

LA COSTA DEL INFINITO

DAVID BRIN



Lectulandia

Jijo es un planeta prohibido, un mundo que se recupera lentamente de un grave desastre ecológico y al que, un millón de años atrás, los buyurs condenaron a permanecer cerrado a la colonización y al contacto interestelar. Sin embargo el aislamiento ha sido roto por las Seis Razas (g'Keks, hoons, humanos, qheuens, traekis y urs), seres inteligentes, a menudo huidos o perdidos, que han llegado a Jijo al margen de lo decretado por la compleja civilización de las Cinco Galaxias.

También el Streaker, la nave terrestre tripulada por neodelfines y poseedora de un secreto que anhelan todas las razas de las Cinco Galaxias, ha elegido Jijo para esconderse. Perseguidos por rothens y traekis modificados en siniestros jophurs, los tripulantes del Streaker se convertirán en aliados de los inesperados defensores de un planeta como Jijo, que había alcanzado una compleja paz social intercultural basada en la tolerancia y el respeto mutuo entre las diversas especies que lo pueblan.

Lectulandia

David Brin

La costa del infinito

La elevación de los pupilos - 5

ePub r1.0

Cowinsaint 01.09.13

Título original: *Infinity's Shore*
David Brin, 1996
Traducción: Carlos Gardini
Diseño de portada: Cowinsaint

Editor digital: Cowinsaint
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

En breve tiempo, posiblemente menos de un año, vamos a tener tres novelas de David Brin en NOVA. Se trata de las dos con que termina la segunda trilogía de la famosa serie de la Elevación de los Pupilos y, también, la tercera y última entrega de esa no menos famosa Segunda Trilogía de la Fundación asimoviana que han abordado Gregory Benford, Greg Bear y David Brin.

No es éste el momento de tratar de una serie irrepetible como esa Segunda Trilogía de la Fundación asimoviana que, a finales de siglo, ha logrado incorporar la moderna manera de escribir ciencia ficción (que representan por derecho propio Gregory Benford, Greg Bear y David Brin) a la mítica aventura de la psichistoria que Isaac Asimov concibiera allá por los años cuarenta. Tras las interesantes especulaciones de Benford y Bear, David Brin cierra la nueva trilogía de la Fundación de la manera más espectacular posible, aunque de todo ello hablaremos con detalle en la presentación de EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN (1999, prevista en NOVA número 136) a la que les remito.

Aquí se trata de presentar la segunda de las etapas de la, también, segunda trilogía de la Elevación de los Pupilos, que con el título definitivo de LA COSTA DEL INFINITO (1996, NOVA número 127) emparenta decididamente con la primera trilogía de la famosa serie.

Con su serie de la Elevación de los Pupilos iniciada en 1980, o con esas obras independientes complejas y sugerentes como EL CARTERO (1985, NOVA número 105 con el título MENSAJERO DEL FUTURO,), TIERRA (1990, NOVA éxito, número 6) o TIEMPOS DE GLORIA (1993, NOVA éxito, número 9), David Brin ocupa ya un lugar privilegiado en el seno de la moderna narrativa especulativa. Considerado por los lectores de la influyente revista LOCUS como el autor favorito de entre los que empezaron a publicar durante los años ochenta, Brin es capaz de abordar las especulaciones más arriesgadas y sugerentes con una habilidad narrativa excepcional.

En los últimos años, David Brin no ha traicionado el alto nivel de exigencia que su producción anterior le ha impuesto, y sus últimos proyectos están claramente a la altura de esas expectativas. Junto a su participación en la Segunda Trilogía de la Fundación, Brin ha vuelto a la más famosa de sus obras, la que le mereció los primeros éxitos y empezó a generar la fama de que hoy goza como brillante narrador: la serie de la Elevación de los Pupilos.

En esa serie, se parte de la idea de que las especies inteligentes de la Tierra (los seres humanos junto con los neochimpancés y los neodelfines genéticamente modificados para aumentar su inteligencia) resultan ser un caso excepcional en la civilización galáctica. Ocurre que la Tierra parece haber logrado la sofisticación

tecnológica y el viaje espacial sin haber recibido la ayuda de una especie superior. El conjunto de la civilización de las Cinco Galaxias se basa precisamente en que las especies avanzadas tutelan el ascenso o «elevación» de sus «pupilos», nuevas especies que, ayudadas por sus mentores, acceden a la cultura galáctica gracias a la educación tutelada y la ingeniería genética.

Así pues, los terrestres parecen ser los únicos que han encontrado por sí mismos el camino a las estrellas, en el marco de un amplio y vasto universo donde, desde los ignotos y misteriosos Progenitores, todas las especies que han alcanzado el viaje estelar lo han hecho orientadas por otras razas alienígenas superiores.

En *NAVEGANTE SOLAR* (1980, NOVA éxito, número 2) se narra la expedición del Navegante, un primer viaje trascendental en la historia de la humanidad, que ha de suponer un duro aprendizaje para llegar a desconfiar de los ambiguos vecinos galácticos tras contactar con misteriosas vidas en la fotosfera del Sol. Con los adecuados elementos de misterio y ciencia, la primera novela de Brin mostraba ya la especial habilidad del autor para narrar todo tipo de aventuras y episodios de acción con personajes que pronto se hacen entrañables para el lector.

Pero el éxito llegó de forma espectacular con *MAREA ESTELAR* (1983, Acervo), cuando el Streaker, una nave espacial tripulada por terrestres (siete humanos, un neochimpancé y varios neodelfines) hace un importante descubrimiento en el espacio. Comandada por primera vez en la historia por un delfín, la tripulación del Streaker parece haberse acercado en demasía al secreto de la desconocida historia de la legendaria y mítica especie de los Progenitores, la primera que llevó la sabiduría y el conocimiento a las estrellas. La nave se verá obligada a posarse en un mundo acuático por culpa de una avería, mientras el resto de las especies sentientes galácticas luchan para apoderarse del secreto obtenido por el Streaker. Los mayores premios de la ciencia ficción mundial (HUGO, NÉBULA y LOCUS) avalan esta exitosa novela de David Brin que sorprendió a todos por su novedad y, lo que es mucho más importante, por la gran fuerza narrativa de un autor por entonces casi desconocido.

Con *LA REBELIÓN DE LOS PUPILOS* (1987, Acervo), Brin cerraba la primera trilogía de la que, a partir de entonces, ha sido llamada la serie de la Elevación de los Pupilos. En este caso, los lectores asistimos emocionados y maravillados a las difíciles relaciones de los terrestres con las demás especies galácticas, algunas amistosas y otras no tanto... Esta vez, en el planeta Garth, los neochimpancés son la especie pupila que debe defenderse de la agresión de los gugrus, una especie avanzada con apariencia de aves. Finalmente surgirá una nueva e inesperada especie pupila, también originaria de la Tierra. *LA REBELIÓN DE LOS PUPILOS* obtuvo el premio HUGO y el LOCUS tras haber sido, también, finalista del premio NÉBULA.

El conjunto ofrecía entonces, con esa primera trilogía ya terminada, un inteligente

y elaborado esquema que guarda todo el sabor de la más clásica ciencia ficción modernizada al estilo narrativo de lo ya exigible en los años ochenta. Se trata de una serie que ha sido galardonada repetidas veces con los premios mayores de la ciencia ficción mundial: dos premios HUGO, dos premios LOCUS y un Premio NÉBULA son el balance ya consolidado de la primera trilogía de la Elevación de los Pupilos.

Afortunadamente, tras otros proyectos no menos interesantes, David Brin ha decidido volver al universo de ficción de la Elevación de los Pupilos. Lo ha hecho con una nueva y ambiciosa trilogía que se inicia con ARRECIFE BRILLANTE (1995, NOVA número 103), para continuar con LA COSTA DEL INFINITO (1996, NOVA número 127) y finalizar con HEAVEN'S REACH (1998, prevista en NOVA número 131).

Tal y como se narra en ARRECIFE BRILLANTE, al inicio de la segunda trilogía, Jijo es un planeta prohibido, un mundo que se recupera lentamente de un grave desastre ecológico y para el que, un millón de años atrás, los buyurs decretaron que quedara cerrado a la colonización y el contacto interestelares.

En ese largo período de aislamiento, Jijo ha alcanzado una compleja paz social intercultural basada en la tolerancia y el respeto mutuo entre las siete especies que lo han poblado: los bípedos hoons, que han servido como adustos y oficiosos burócratas de la cultura galáctica; los qheuens, con forma de cangrejo con cinco patas y pinzas; los urs, parecidos a centauros; los g'Keks, dotados de ruedas impulsadas biomagnéticamente; los traekis, con sus múltiples personalidades en difícil equilibrio; los glávvers, que han involucionado hasta un estado de presapiencia, y, los últimos en arribar, los humanos de la Tierra, quienes aportan la tecnología que permite el florecimiento de una nueva civilización. Siempre bajo el temor del inevitable Día del Juicio, cuando las Cinco Galaxias descubran esa colonia ilegal y prohibida, ocurre algo imprevisto: una nave estelar aterriza cerca del lugar más sagrado para los pobladores de Jijo. La mayor aventura a escala galáctica está servida.

Si ARRECIFE BRILLANTE obligaba a una detallada presentación de la compleja sociedad de Jijo, un mundo donde diversas razas cooperan solidariamente, Brin se atreve en LA COSTA DEL INFINITO a recuperar la historia de los neodelfines tripulantes del Streaker de MAREA ESTELAR e incorporarla a la nueva trilogía. Resulta que también el Streaker, la nave terrestre tripulada por neodelfines y poseedora de un secreto que anhelan todas las razas de las Cinco Galaxias, ha elegido Jijo para esconderse. Perseguidos por rothens y traekis modificados en ominosos jophurs, los tripulantes del Streaker se convertirán en aliados de los inesperados defensores de Jijo.

Y esa magna aventura concluye (espero que sólo temporalmente) en el último volumen de esta nueva trilogía, la ya citada HEAVEN'S REACH, que posiblemente titularemos LOS LÍMITES DEL CIELO (1998, prevista en NOVA número 131),

cuando algunos pobladores de Jijo y la gente del Streaker emprendan un atropellado viaje a través de los lugares más exóticos en el universo de ficción que Brin está construyendo con sorprendentes civilizaciones de respiradores de hidrógeno, de máquinas, de seres trascendentes y, en general, con toda la amplia parafernalia de los temas habituales en la ciencia ficción más clásica, sólo que modernizados y completados con el toque especial de un brillante y ameno novelista como es David Brin.

Brin es hoy un gran autor de éxito capaz de combinar la más brillante especulación intelectual, los personajes más sorprendentes y la acción más dinámica. La serie de la Elevación de los Pupilos nos ofrece un panorama galáctico de vértigo, repleto de maravillas y sabiduría, de perspicacia y aventura donde se nos revelan esos misterios profundos que yacen en el corazón del universo.

En la edición original en inglés los tres libros de esta segunda trilogía aparecieron a un ritmo de uno cada año y medio. Esta ha sido, más o menos, la distancia temporal entre ARRECIFE BRILLANTE y LA COSTA DEL INFINITO, pero he decidido adelantar la publicación del tercer volumen, LOS LÍMITES DEL CIELO, que deberá ver la luz en abril del año 2000.

En mi opinión, ARRECIFE BRILLANTE, la obligada presentación del planeta Jijo y sus diversas razas, es, con mucho, el volumen de la trilogía donde la narración me ha resultado más lenta y apagada, al menos según los estándares a los que Brin nos tiene acostumbrados. Me atrevo a decir eso porque existen otras opiniones totalmente opuestas a la mía, como la de la selecta e influyente revista británica Interzone, que proclama que «ARRECIFE BRILLANTE es exuberante, sentimental, llena de suspense, accesible, deliciosa y francamente magnífica». Yo prefiero aplicar esos calificativos al conjunto de la trilogía, de la que destaco los dos últimos volúmenes.

Tal vez reencontrarme con la tripulación del Streaker fue el elemento que me «obligó» a seguir, casi sin solución de continuidad del segundo al tercer volumen de la trilogía, y así lo propongo al lector español. A las aventuras de los humanos hijos del papelero Nelo (Lark, Sara y Dwer) y los jóvenes de diversas razas que desean emular a Mark Twain y sus personajes (Alvin, Pinzón, Huck y Ur-ronn) se unen en los dos últimos volúmenes de la trilogía las peripecias de viejos personajes conocidos en la aventura del Streaker, cuya singladura aborda de nuevo el espacio en LOS LÍMITES DEL CIELO, el tercer volumen de esta segunda trilogía que pronto estará a disposición del lector.

En cualquier caso, sugiero la lectura previa del glosario final (razas y nomenclatura) antes de entrar de lleno en la historia de éste o cualquiera de los volúmenes de esta trilogía de la Elevación de los Pupilos. La memoria humana es limitada y la complejidad de personajes y razas espaciales que Brin ha puesto en

juego en esta segunda trilogía, concebida como una magna novela coral, constituye un buen desafío al lector. Es por eso, entre otras cosas, por lo que adelantaremos la aparición del tercer volumen.

Que ustedes lo disfruten. Y como quien avisa no es traidor, les advierto que, si ARRECIFE BRILLANTE era la presentación de Jijo y su cultura multirracial, LA COSTA DEL INFINITO puede verse casi como el paso previo a la magnífica aventura de imaginación especulativa que los personajes del Streaker y de Jijo van a abordar en LOS LÍMITES DEL CIELO, un brillantísimo colofón a una trilogía que, posiblemente, deba verse como una única y sorprendente novela de gran extensión.

MIQUEL BARCELÓ

PERSONAJES

ALVIN: Apodo humano de Hph-wayuo, un hoon adolescente de la aldea de Wuphon.

ANTIGUOS: Nombre genérico dado a las razas «retiradas» del Mundo Fractal.

ASX: Miembro del Consejo de Sabios Supremos de Jijo, representante de la raza traeki.

BASKIN, GILLIAN: Agente del Terrágeno y médica, capitana de la nave de investigación Streaker.

BLOOR: Especialista humano en el renacido arte de la fotografía.

BROOKIDA: Metalúrgico delfín del Streaker.

BULLA-JO: Cocinero delfín del Streaker.

CAMBEL, LESTER: Sabio supremo de los terrícolas en Jijo.

CREIDEIKI: Delfín, ex capitán de la nave delfín Streaker. Perdido en Kithrup hace años.

DEDINGER: Fanático humano ortodoxo que desea que todas las razas de Jijo regresen a la no sapiencia, para que un día sean Elevadas desde la inocencia.

DWER: Hijo del papelero Nelo Koolhan, rastreador principal de la Comuna de las Seis Razas.

EMERSON D'ANITE: Ingeniero humano, ex integrante de la dotación de la nave Streaker del Terrágeno, hasta que se estrelló en Jijo.

EWASX: Pila de anillos jophur creada a partir del viejo sabio Asx, por la imposición de un nuevo anillo maestro.

FALLON: Rastreador retirado, ex mentor de Dwer.

FOO, ARIANA: Ex sabia suprema del Sept Humano.

HARULLEN: Intelectual qheuen gris. Jefe de una secta herética que cree que los colonos ilegales deben abstenerse voluntariamente de procrear y así dejar que Jijo vuelva a su tiempo de barbecho.

HIKAHI: Oficial delfín del Streaker perdida en Kithrup. En su homenaje, nombre de un submarino creado con escoria en Jijo.

HOJA: Un qheuen azul; hijo varón de Muerdetroncos, talladora de madera y amiga de Sara Koolhan.

HPH-WAYUO: Nombre formal hoon de Alvin.

HUCK: Apodo humano de una huérfana g'Kek criada en Wuphon. La mejor amiga de Alvin.

HUPHU: Mascota noor de Alvin.

INTUICIÓN ACERADA: Qheuen azul y sabia suprema de la raza qheuen.

JASS: Joven cazador de la banda irruptora de los Cerros Grises. Ex torturador de Rety.

JIMI: Uno de los «benditos», supuestamente avanzado en la Senda de la Redención.

JOP: Granjero de Dolo, creyente en las interpretaciones antiguas de los Rollos Sagrados.

JOSHU: Ex pretendiente de Sara Koolhan, encuadernador de libros que murió en Biblos por la peste de la pimienta.

KAA: Piloto delfín del Streaker. Antes llamado «Kaa el Afortunado».

KEEPIRU: Ex piloto-jefe del Streaker, perdido en Kithrup.

KUNN: Piloto humano de la nave rothen-danik.

KURT: Dirigente del Gremio de los Demoladores. Tío de Jomah.

LARK: Hijastro de Nelo Koolhan, naturalista, joven sabio de la Comuna, y hereje.

LING: Mujer (danik) tripulante de la nave rothen. Experta en biología.

MAKANEE: Cirujana delfín del Streaker.

MELINA: Difunta esposa de Nelo Koolhan, madre de Lark, Sara y Dwer.

MOPOL: Tripulante delfín del Streaker.

NELO: Papelero de Dolo. Patriarca de la familia Koolhan.

NISS: Ordenador seudosapiente prestado al Streaker por el servicio de inteligencia tymbrimi.

ORLEY, THOMAS: Agente del Terrágeno asignado al Streaker, perdido en Kithrup. Esposo de Gillian Baskin.

OZAWA, DANEL: Asistente de los sabios, conocedor de los secretos del Sept Humano.

PEEPOE: Genetista y enfermera delfín del Streaker.

PHWHOON-DAU: Sabio supremo hoon.

PIES DE BARRO: Noor salvaje, bautizado así por Dwer Koolhan.

PINZÓN: Amigo qheuen rojo de Alvin, que fabricó el batiscafo Sueño de Wuphon con un tronco de árbol.

PRITY: Neochimpancé; criada de Sara, hábil en imágenes matemáticas.

PUROFSKY: Sabio académico de Biblos, especialista en la arcana física anterior al Contacto.

RANN: Jefe de los humanos danik a bordo de la nave rothen.

RETY: Irruptora humana que huyó de su banda salvaje de los Cerros Grises.

RO-KENN: «Señor» rothen cuyos seguidores humanos incluían a Rann, Ling, Besh y Kunn.

RO-POL: Una rothen, quizás amante de Ro-kenn, muerta antes de la Batalla del Valle.

SHEN, JENI: Sargento de las milicias humanas.

STRONG, LENA: Miembro de la expedición de Danel Ozawa a los Cerros

Grises.

SUESSI, HANNES: Ingeniero humano del Streaker, cıborg modificado por los Antiguos.

TSH'T: Oficial delfın, cuarta en la cadena de mando del Streaker, que ahora comparte el mando con Gillian Baskin.

TAINED: Estudioso humano que cortej3 a Sara Koolhan.

TYUG: Alquimista traeki de la forja del Monte Guenn, asistente vital de Uriel la herrera.

ULGOR: Calderera urs que respalda a las Urunthai.

UNICA-EN-SU-ESPECIE: Antigua araña reductora cuya misi3n era reducir una ruina de las montaıas en lo alto de los Linderos.

URDONNEL: Aprendiz urs al servicio de Uriel.

URIEL: Maestra herrera urs de la forja del Monte Guenn.

UR-JAH: Sabia suprema urs.

UR-RONN: Amiga de Alvin y miembro de la expedici3n del Sueıo de Wuphon. Sobrina de Uriel.

UTHEN: Naturalista qheuen gris. Colabora con Lark en la creaci3n de una guıa de campo para las especies jjoanas.

VUBBEN: Sabio supremo g'Kek.

WORLEY, JENIN: Miembro de la expedici3n de Danel Ozawa a los Cerros Grises.

YI: Macho urs expulsado de su marsupio por su ex compaıera. Luego «casado» con la muchacha irruptora Rety.

ZHAKI: Tripulante delfın del Streaker.

*Los que tienen hambre de sabiduría suelen
buscarla en las cumbres más altas
o los abismos más hondos.*

*Pero se descubren maravillas en los sitios
superficiales donde comienza,
florece y perece la vida.*

*¿Qué cima, qué monte altivo,
ofrece lecciones tan agudas
como el fluido río,
el ruidoso arrecife
o la tumba?*

Inscripción en una muralla buyur medio
sepultada en un pantano, cerca del
Lejano Santuario Mojado.

Streaker

Cinco jaduras atrás.

KAA

¿Qué extraño destino me trajo,
huyendo de invernales turbulencias,
más allá de cinco galaxias?

¡Sólo para hallar refugio,
en un planeta desolado (¡desnudo!)
en laminar exuberancia!

Así pensaba mientras giraba raudamente, impulsando su cuerpo gris y lustroso con entusiastas coletazos, disfrutando del agua que acariciaba su carne desnuda.

La moteada luz del sol arrojaba franjas luminosas en bajíos cristalinos, atravesando esteras de flotantes flores marinas. Plateadas criaturas nativas semejantes a peces de mandíbulas chatas entraban y salían de las zonas brillantes, llamándole la atención. Kaa reprimió el afán de perseguirlos.

Quizá después. Por ahora, se regodeaba en la textura del agua, que no tenía esa viscosidad de los grasientos mares de Oakka, ese mundo verde-verde donde burbujas jabonosas salían de su orificio nasal cada vez que emergía para respirar. Aunque en Oakka ni siquiera valía la pena inhalar. En esa horrible esfera no había suficiente aire bueno para alimentar a una nutria comatosa.

Y este mar sabía bien, no áspero como el de Kithrup, donde cada excursión fuera de la nave lo exponía a una venenosa dosis de metales duros. El agua de Jijo era limpia, con un gusto salobre que le recordaba la Corriente del Golfo, frente a la Academia de Florida, en días más felices en la lejana Tierra.

Entornó los ojos fingiendo que estaba de vuelta en casa, cazando lisas cerca de Key Biscayne, a salvo de un universo cruel. Pero el intento de autoengaño no funcionó. Una diferencia mayúscula le recordó que estaba en un mundo alienígena.

El sonido, —un batir de mareas subiendo por la plataforma continental, un complejo ritmo marcado por tres lunas en vez de una...

—un eco de olas rompiendo sobre una costa cuya arena abrasiva tenía una textura extraña y áspera...

—un gruñido ocasional y distante que parecía surgir del fondo del mar...

—las vibraciones de retorno de sus chasquidos de sonar, rastreando cardúmenes de criaturas ictioides que movían extrañamente las aletas...

—sobre todo, ese zumbido maquinal detrás de él, una cadencia que había llenado sus días y noches durante cinco largos años.

Y ahora un chasquido gruñón. La crispada poesía del deber.

Calma, Kaa. Cuéntanos
en prosa exploratoria
si existe algún peligro.

La voz persiguió a Kaa como una conciencia ondulante y sonora.

De mala gana, giró para enfrentarse al submarino Hikahi, construido con antiguos componentes esparcidos en el lecho marino de ese planeta, un artefacto improvisado que sentaba bien a una tripulación de fugitivos inadaptados. Las puertas valvares se cerraron como las fauces de un enorme carnívoro, preparando la cámara de presión para que otros le siguieran, si él daba el visto bueno.

Kaa envió su respuesta trinarria, amplificada por la unidad sáser que se conectaba con su cráneo detrás de su ojo izquierdo.

Si el agua fuera todo,
esto sería el paraíso.
¡Pero esperad! ¡Miraré arriba!

Ya le dolían los pulmones, así que siguió su instinto y subió en espiral hacia la reluciente superficie. ¡Preparado o no, Jijo, allá voy!

Perforó gozosamente el tenso límite que separaba el cielo y el mar, volando sin peso por un instante, zambulléndose mientras exhalaba espuma. Pero titubeó antes de inhalar. Los instrumentos predecían una atmósfera terrícola, pero sentía aprensión.

¡El aire sabía mejor que el agua! Kaa giró con eufóricos coletazos, feliz de que la teniente Tsh't le hubiera permitido ofrecerse para esta misión: ser el primer delfín, el primer terrícola, que nadaba en este mar dulce y extraño.

Vio una línea escabrosa y parda en el horizonte.

La costa.

Montañas.

Dejó de girar para mirar el continente. Ahora sabían que estaba habitado. ¿Pero por quién?

Se suponía que no había vida sapiente en Jijo.

Tal vez sólo se ocultan aquí, como nosotros, de un cosmos hostil.

Ésa era una teoría.

Al menos escogieron un mundo agradable, pensó, disfrutando del aire, del agua y de las magníficas hileras de cúmulos que sobrevolaban una montaña gigantesca. Me pregunto si los peces serán sabrosos.

Mientras te esperamos,
amontonados en esta abarrotada cámara,

¿jugamos a los naipes?

El sarcasmo de la teniente irritó a Kaa. Se apresuró a enviar pulsaciones de respuesta.

La fortuna vuelve a sonreír
a nuestra cansada banda de bribones.
Bienvenidos, amigos, a la costa de Ifni.

Quizá fuera presuntuoso invocar a la diosa del azar y del destino, la caprichosa Ifni, que siempre parecía dispuesta a sorprender a la tripulación del Streaker con calamidades inesperadas o fugas milagrosas. Pero Kaa sentía afinidad con la deidad informal de los viajeros espaciales. Sin duda el Servicio de Investigación Terrágeno tenía pilotos mejores que él, pero ninguno sentía mayor respeto por el azar. ¿Acaso su apodo no era «Afortunado»?

Hasta hacía poco, al menos.

Oyó ruido de compuertas. Pronto Tsh't y los demás se le unirían en esta primera exploración de la superficie de Jijo, un mundo que hasta ahora sólo habían visto brevemente desde órbita, luego desde una profunda y gélida fosa submarina. Pronto llegarían sus compañeros, pero por unos instantes todo era suyo: agua sedosa, marea rítmica, aire fragante, cielo y nubes...

Se elevó con un coletazo. Esas nubes no son normales, comprendió, mirando una gran montaña que dominaba el este. Mortajas de blancura ondeante rodeaban el pico. Kaa realizó un análisis espectral con la lente implantada en su ojo derecho, enviando lecturas a su nervio óptico, revelando vapor, óxidos de carbono y emanaciones térmicas.

Un volcán, comprendió Kaa, y ese recordatorio aplacó un poco su euforia. Ésta era una parte activa del planeta, geológicamente hablando. Las mismas fuerzas que lo hacían un buen escondrijo también lo volvían peligroso.

De allí debe venir el gruñido, reflexionó. Actividad sísmica. La interacción de los miniterremotos y gases de la corteza con la delgada pátina del mar.

Vio otro destello en la misma dirección, pero mucho más cerca. Una hinchazón pálida que quizá fuera una nube, salvo por el modo de moverse. Aleteaba como un ave y se inflaba ávidamente con el viento.

Una vela, comprendió. Una grácil goleta de dos mástiles atravesaba la dura brisa, evocando dolorosamente los mares caribeños de su hogar.

La proa hendía el agua, creando una estela donde cualquier delfín amaría cabalgar.

Aclaró y magnificó su visión hasta distinguir borrosas formas bípedas que subían

cuerdas y se movían en cubierta, como cualquier tripulación de marineros humanos.

Pero éstos no eran humanos. Kaa vio espaldas escamosas que terminaban en filosas vértebras. Franjas de pelambre blanca les cubrían las piernas, y membranas de rana palpitaban bajo las anchas barbillas mientras los tripulantes cantaban una canción de trabajo que Kaa podía oír aun desde aquí.

Sintió un escalofrío de reconocimiento.

¡Hoons! ¿Qué cuernos hacen aquí, por las Cinco Galaxias?

Kaa oyó ruido de coletazos, Tsh't y los demás subiendo para reunirse con él. Ahora debía informar que aquí vivían enemigos de la Tierra. Comprendió que esta noticia no le ayudaría a recobrar pronto su apodo.

Pensó nuevamente en la caprichosa diosa del destino. Y oyó el eco de su frase trinaría, como si rebotara en esas aguas alienígenas.

Bienvenidos...

Bienvenidos...

Bienvenidos a la Costa de Ifni...

Irruptores

EL FORASTERO

La existencia es como errar por una casa vasta y caótica. Una casa desgarrada por incendios y terremotos, ahora llena de una niebla amarga e inexplicable. Cuando logra entreabrir una puerta, exponiendo algún rincón del pasado, obtiene cada revelación al precio de punzantes olas de dolor.

Con el tiempo aprende a no dejarse arredrar por el dolor. En cambio, cada suplicio le sirve como señalador, una marca que le confirma que anda por la buena senda.

Su llegada a este mundo, surcando un cielo llameante, debió terminar en un piadoso aturdimiento. ¿Qué capricho de la suerte arrojó su cuerpo ardiente al fétido pantano que lo apagó? Una suerte extraña.

Desde entonces se ha familiarizado con toda clase de padecimientos, desde meros retortijones hasta sutiles aguijonazos. Al catalogarlos, se vuelve un erudito en las muchas formas del dolor.

Los primeros dolores, después del accidente, eran los gritos de sus heridas y quemaduras, una ráfaga de feroz tormento que él apenas notó cuando un variopinto grupo de lugareños salvajes se le acercó en un bote improvisado, como pescadores sacando a un ángel caído del marjal. Se salvó de morir ahogado sólo para enfrentar más calamidades. Seres que insistían en que él luchara por su vida, cuando habría sido más fácil dejarse ir.

Luego, mientras sus heridas más graves sanaban o cicatrizaban, otras angustias dirigieron la sinfonía del dolor.

Aflicciones de la mente. Agujeros en su vida, vastas zonas vacías, desiertas y oscuras, donde los recuerdos que faltaban deberían unir megaparsecs y años-vida.

Cada agujero parece insensible y congelado, una ausencia más frustrante que una picazón que no puede rascarse.

Desde que comenzó a errar por este mundo singular, ha sondeado la oscuridad. Con optimismo, aferra algunos pequeños trofeos de la lucha.

Jijo es uno de ellos.

Saborea la palabra con la mente, el nombre de este planeta donde seis razas renegadas se unen en una tregua primitiva, una cultura mixta como no hay otra bajo las estrellas.

El uso repetido le facilita el acceso a una segunda palabra, Sara. Ella lo rescató de la muerte en su casa arbórea, calmó las oleadas de pánico cuando al despertar él vio pinzas, zarpas y anillos viscosos, el físico de los hoons, traekis, qheuens y otros que compartían la precaria existencia de los renegados.

Conoce más palabras, como Kurt y Prity, amigos en quienes ahora confía casi tanto como en Sara. Le hace bien recordar sus nombres con rapidez, tal como antes

recordaba todas las palabras, antes de su mutilación.

Está especialmente orgulloso de un trofeo reciente.

Emerson.

Es su propio nombre, durante mucho tiempo inalcanzable. Choques violentos lo liberaron hace menos de un día, poco después que incitara a una banda de rebeldes humanos a traicionar a sus aliadas urs en una lucha tan cruenta que una batalla espacial parece insípida en comparación. Ese sangriento frenesí terminó con una explosión que destrozó la polvorienta tienda, arrojando luz en los párpados cerrados de Emerson, dominando a los guardianes de la razón. Y luego, entre los rayos deslumbrantes, entrevió a su capitán.

Creideiki...

El brillo cegador se convirtió en una espuma luminosa azotada por estrías oscilantes. De esa espuma surgió una forma larga y gris cuyo hocico mostraba dientes relucientes. La lustrosa cabeza sonreía, a pesar de llevar una espantosa herida detrás del ojo izquierdo, similar a la herida que privaba a Emerson del habla.

Las burbujas formaron palabras en un idioma que no se parecía a ninguna lengua de los nativos de Jijo ni de otros clanes de la gran galaxia.

En los giros del cicloide,
llega el momento de emerger a la superficie.
El momento de reanudar la respiración
y el hacer,
de reunirse con el sueño del gran mar.
El momento ha llegado para ti, viejo amigo.
El momento de despertar y ver qué pasa.

Un deslumbrado reconocimiento acompañó oleadas de abrasadora angustia, peores que cualquier dolor o aturdimiento físico. Entonces lo abrumó la vergüenza. Pues ninguna herida que no fuera mortal podía excusar su olvido.

Creideiki...

Tierra...

Los delfines...

Hannes...

Gillian...

¿Cómo podía haberlos olvidado en esos meses, mientras recorría ese mundo bárbaro en bote, barcaza y caravana?

La culpa lo pudo devorar durante ese instante de reconocimiento, pero sus nuevos amigos necesitaban que él actuara con urgencia, para aprovechar la breve ventaja ofrecida por la explosión, para dominar a sus captores y tomarlos prisioneros.

Mientras la noche cubría la tienda destrozada y los cuerpos desgarrados, Emerson ayudó a Sara y Kurt a amarrar a los enemigos supervivientes, urs y humanos, aunque Sara pensaba que esa victoria era pasajera.

Pronto recibirían más refuerzos.

Emerson sabía lo que querían los rebeldes. Lo querían a él. No era secreto que venía de las estrellas. Los rebeldes lo entregarían a los oidores del cielo, esperando cambiar su cuerpo vapuleado por una tía de supervivencia. Cómo si algo pudiera salvar a las razas renegadas de Jijo, ahora las Cinco Galaxias los habían encontrado.

Acurrucados alrededor de una fogata, sin más protección que los faldones de la tienda, Sara y los demás observaban mientras aterradores portentos cruzaban las frías constelaciones.

Primero llegó un poderoso titán del espacio, gruñendo mientras cruzaba las montañas cercanas, empeñado en la venganza.

Luego un segundo gigante siguió la misma senda, tan enorme que la gravedad de Jijo parecía aligerarse mientras los sobrevolaba, llenando a todos con profundos y ominosos presagios.

Poco después, relámpagos dorados vibraron entre los picos montañosos, una riña de gigantes. Pero a Emerson no le importaba quién ganaba. Sabía que ninguna de ambas naves era la suya, el hogar que echaba de menos y que rogaba no ver nunca más. Con suerte, el Streaker estaría lejos de ese mundo condenado, albergando en su bodega un tesoro de antiguos misterios. Quizá la clave de una nueva era galáctica.

¿Acaso todos sus sacrificios no estaban destinados a ayudarlo a escapar?

Una vez que pasaron los leviatanes, sólo quedaron estrellas y un viento helado que barría la seca hierba esteparia mientras Emerson iba en busca de los desperdigados animales de carga de la caravana. Con los asnos, sus amigos podrían escapar antes de que llegaran más fanáticos.

Entonces oyeron un ruido tonante que sacudía el suelo. Una cadencia rítmica...

taranta taranta

taranta taranta

Esas trepidaciones sólo podían ser cascos urs, los refuerzos rebeldes, que los harían de nuevo prisioneros. Pero milagrosamente, de la oscuridad salieron aliados, rescatadores inesperados, urs y humanos, que traían consigo bestias asombrosas.

Caballos.

Caballos con silla que asombraron a Sara tanto como a él. Emerson creía que esas criaturas estaban extinguidas en ese mundo, y sin embargo salieron de la oscuridad como de un sueño.

Ahora su atormentado cerebro se pregunta si hay un plan, un destino.

El viejo Kurt parece tener fe en estos sorprendentes salvadores, pero debe haber algo más.

Emerson está cansado de escapar. Quiere encontrar un rumbo.

Mientras cabalga en su montura, nuevos dolores se suman a la música de fondo de su vida, muslos raspados y una espalda magullada que lo agujonean con cada trepidación de los cascos.

taranta, taranta, taranta-tara
taranta, taranta, taranta-tara

Siente culpa por los deberes no cumplidos, y lamenta el probable destino de sus nuevos amigos de Jijo, ahora que la colonia oculta la nave no descubierta.

No obstante...

Al fin Emerson recuerda cómo seguir el vaivén de la silla. Cuando el amanecer evapora el rocío de los árboles flecados de una orilla, enjambres de insectos brillantes zumban en la luz oblicua, bailando mientras polinizan un campo de capullos purpúreos. Cuando Sara lo mira desde su montura, compartiendo una rara sonrisa, sus angustias importan menos. Ni siquiera el temor a esas terribles naves estelares que hendieron el cielo con furibunda arrogancia puede borrar la creciente euforia mientras el grupo fugitivo cabalga hacia peligros desconocidos.

Emerson no puede contenerse. Está en su naturaleza aferrarse de cualquier esperanza. Mientras los caballos sacuden el antiguo suelo de tierra, su cadencia evoca cosas familiares, recordándole una música rítmica muy distinta de la persistente endecha del dolor.

tarantara, tarantara
tarantara, tarantara

Bajo las caricias insistentes de ese sonido palpitante, tiene una repentina revelación. Su cuerpo reacciona involuntariamente cuando un torrente de palabras inesperadas brotan desde un rincón cerrado de su cerebro, asistidas por una melodía que conmueve el corazón. Surge una letra, una corriente indivisa entre los pulmones y la garganta, y sin darse cuenta se pone a cantar.

*Aunque en cuerpo y mente sentimos timidez
y somos ciegos
al peligro que dejamos,*

{;tarantara, tarantara!}

{¡tarantara!}
{¡tarantara, tarantara!}
{¡tarantara!}

Sus amigos sonríen. No es la primera vez que ocurre.

*cuando el peligro está cerca,
logramos aparentar
indiferencia al miedo,
como cualquier otro...*

*¡Como cual-quier o-tro!
{¡tarantara, tarantara!}
{¡tarantara!}*

Sara se ríe, sumándose al estribillo, y aun las taciturnas escoltas urs estiran el largo pescuezo para canturrear:

*cuando el peligro está cerca,
logramos aparentar
indiferencia al miedo,
como cualquier otro...*

*¡Como cual-quier o-tro!
{¡tarantara, tarantara!}
{¡tarantam!}*

PRIMERA PARTE

Cada raza irruptora que constituye La Comuna de Jijo cuenta su historia, heredada de generación en generación, explicando por qué sus ancestros abandonaron sus poderes divinos y se arriesgaron a terribles castigos para incorporarse a este lugar lejano en sus naves-furtivas, burlando las patrullas del Instituto, los guardianes robots y los globos zang. Siete oleadas de pecadores llegaron a plantar su semilla ilícita en un mundo cuya colonización estaba prohibida. Un mundo destinado a descansar y recobrase en paz, de no ser por los de nuestra calaña.

Los g'Keks llegaron primero a esta tierra que llamamos la Cuesta, entre brumosas montañas y el mar sagrado, medio millón de años después que los últimos ocupantes legales, los buyurs, abandonaron Jijo.

¿Por qué esos fundadores g'Keks renunciaron a su vida de dioses que viajaban por las estrellas y a ciudadanos de las Cinco Galaxias? ¿Por qué optaron por vivir como primitivos, careciendo del confort de la tecnología y de todo solaz verbal salvo algunos rollos grabados en platino?

La leyenda cuenta que nuestros primos g'Keks huyeron de una amenaza de extinción, un cruel castigo por devastadoras deudas de juego. Pero no podemos estar seguros.

La escritura era un arte perdido hasta que llegaron Los humanos, así que el paso del tiempo pudo distorsionar estos relatos.

Sabemos que no pudo ser una amenaza pequeña la que los impulsó a abandonar su amada vida de navegantes del espacio para buscar refugio en el pesado Jijo, donde sus ruedas tienen tantas dificultades en el terreno pedregoso.

Con cuatro ojos avizores que miran hacia todas partes desde el extremo de tallos oculares, ¿veían los ancestros de los g'Keks un destino aciago pintado en los vientos galácticos? ¿Esa primera generación no veía otra opción? Tal vez condenó a sus descendientes a esta vida salvaje sólo como último recurso.

Poco después de los g'Keks, hace dos mil años, una partida de traekis descendió precipitadamente del cielo, como temiendo la persecución de un temible enemigo. Sin

perder tiempo, hundieron su nave-furtiva en lo más profundo del mar y luego se convirtieron en nuestra tribu más cordial.

¿Qué Némesis los expulsó de Las sendas de la espiral?

Para cualquier jijoano nativo que mire esas pilas de toroides grasientos, que irradian olorosos vapores y plácida sabiduría en cada aldea de la Cuesta, es difícil imaginar que los traekis tengan enemigos.

Con el tiempo, contaron su historia. No huían de otra raza ni de una mortífera venganza entre los dioses estelares de las Cinco Galaxias, sino de un aspecto de sí mismos. Ciertos anillos —componentes de su cuerpo— habían sufrido modificaciones que los convertían en seres peligrosos: en jophurs, poderosos y temidos entre los nobles clanes galácticos.

Era un destino que los fundadores traekis se negaban a tolerar, así que optaron por convertirse en refugiados ilegales —irruptores en un mundo tabú— para escapar de un destino espantoso. La obligación de ser grandes.

Se dice que los glávvers no llegaron a Jijo por temor, sino buscando la Senda de la Redención, el olvido inocente que borra todas las culpas. En este objetivo han tenido más éxito que los demás, mostrándonos el camino siempre que osemos seguir su ejemplo.

Sigamos o no ese camino sagrado, debemos respetar ese logro: los fugitivos malditos se han transformado en una raza de simples benditos. Como inmortales que surcaban las estrellas, podían ser juzgados responsables de sus crímenes, entre ellos la infracción de invadir Jijo. Pero ahora han llegado a un refugio, la pureza de la ignorancia, libres para comenzar de nuevo.

Con indulgencia, dejamos que los glávvers escarben en la basura de nuestras cocinas y busquen insectos bajo los troncos. Antaño poderosos intelectos, hoy ya no se cuentan entre las razas irruptoras de Jijo. Ya no están manchados por los pecados de sus ancestros.

Los qheuens fueron los primeros en llegar con una cauta ambición. Encabezados por fanáticas matronas grises, semejantes a cangrejos, sus colonos de primera generación chasqueaban despectivamente las pinzas ante la idea de unirse con las otras razas exiliadas. En cambio, buscaban el predominio.

Ese plan quedó sin efecto cuando los qheuens azules y rojos renunciaron a su papel histórico de servidumbre, buscaron su propio camino y abandonaron a las frustradas emperatrices grises, que ya no pudieron imponer sus antiguas lealtades feudales.

Nuestros altos hermanos hoons inhalan profundamente cuando se les pregunta por qué están aquí. Llenan sus prodigiosos sacos laríngeos con meditabundos gutureos. En tonos ondulantes, los ancianos hoons cuentan que sus ancestros no huyeron de un gran peligro, de la opresión de obligaciones indeseadas.

¿Entonces por qué vinieron, arriesgándose a un espantoso castigo en caso de que sus descendientes sean sorprendidos mientras viven ilegalmente en Jijo?

Los hoons más ancianos de Jijo hacen un gesto entre indiferente y jovial, como si desconocieran el motivo y no les importara.

Pero algunos mencionan leyendas. Según esa vaga historia, un oráculo galáctico ofreció a un clan hoon una oportunidad singular, si se atrevía a aprovecharla. Una oportunidad de reclamar algo que les habían quitado, aunque nunca supieron que lo habían perdido. Un precioso derecho que podía descubrirse en un mundo prohibido.

Pero en general, cuando uno de los altos hoons hincha el saco laríngeo para cantar sobre el pasado, entona una profunda y jocunda balada sobre las balsas, botes y buques marítimos que los hoons inventaron poco después de aterrizar en Jijo. Cosas que sus taciturnos primos de las estrellas nunca se habrían molestado en buscar en la Biblioteca Galáctica, y mucho menos se habrían dignado a construir.

Las leyendas narradas por las urs de veloces cascos implican que sus abuelas eran renegadas que llegaron a Jijo para procrear, escapando de los límites impuestos en las regiones civilizadas de las Cinco Galaxias. Con su breve vida, su acalorado temperamento y su prolífica sexualidad, las fundadoras podrían haber llenado Jijo con su especie, o bien enfrentarse a la extinción, tal como los míticos centauros que se les parecen.

Pero escaparon de ambas trampas. En cambio, después de muchas y enconadas luchas, tanto en la forja como en el campo de batalla, ocuparon un lugar de honor en la Comuna de las Seis Razas. Con sus rebaños trepidantes y el dominio del acero, viven con una intensidad que compensa su breve estadía entre nosotros.

Por último, hace dos siglos, llegaron los terrícolas, trayendo chimpancés y otros tesoros. Pero el mayor don de los humanos fue el papel. Al crear el tesoro de Biblos, se convirtieron en dueños del saber en nuestra desventurada comunidad de exiliados. La imprenta y la educación cambiaron la vida en la Cuesta, alentando una nueva tradición de erudición, de modo que las generaciones posteriores de renegados osaran estudiar su mundo adoptivo, su civilización híbrida y su propio yo.

En cuanto a por qué los humanos vinieron aquí, infringiendo leyes galácticas y arriesgándolo todo para acurrucarse con otros refugiados bajo un cielo temible, su relato es uno de los más extraños que se cuentan entre los clanes exiliados de Jijo.

*Dorti Chang-Jones y Huph-mph-Huo,
Etnografía de la Cuesta*

Irruptores

ALVIN

No tenía manera de medir el paso del tiempo, aturdido y semiparalizado en una celda de metal, escuchando el zumbido maquinal de un dragón marino mecánico que me llevaba con mis amigos a sitios desconocidos.

Creo que habían pasado un par de días desde la destrucción de nuestro improvisado submarino, el bello Sueño de Wuphon, cuando me pregunté qué sucedería a continuación.

Recuerdo vagamente el rostro del monstruo marino que vimos a través de nuestra tosca escotilla, alumbrado por el reflector del Sueño.

Ese atisbo duró sólo un instante mientras esa enorme cosa metálica se lanzaba hacia nosotros desde negras y heladas profundidades. Los cuatro —Huck, Pinzón, Ur-ronn y yo— ya nos habíamos resignado a morir aplastados en el fondo del mar. Con el fracaso de nuestra expedición ya no nos sentíamos como audaces aventureros sino como niños asustados que vaciaban sus entrañas mientras esperaban que el cruel abismo triturase nuestro tronco ahuecado.

De pronto esa forma gigantesca se lanzó hacia nosotros, abriendo fauces tan grandes como para engullir al Sueño de Wuphon de un bocado.

O casi. Al pasar esas fauces, chocamos con algo.

La colisión despedazó nuestra cápsula. Lo que siguió todavía es un borrón doloroso.

Creo que cualquier cosa es mejor que la muerte, pero desde el impacto hubo momentos en que la espalda me hacía sufrir tanto que sólo deseaba lanzar un último gutureo por mi dolorido saco laríngeo y despedirme del joven Alvin Hph-wayuo, aspirante a lingüista, escritor humano, exégeta improvisado e imprudente hijo de Muphauwq y Yowg-wayuo de Puerto Wuphon, la Cuesta, Jijo, Galaxia Cuatro, el Universo.

Pero seguí con vida.

Creo que no era propio de un hoon desistir, después de todo lo que mis compañeros y yo pasamos para llegar aquí. ¿Y si yo era el único superviviente? Les debía a Huck y los demás seguir adelante.

Mi celda —¿prisión, sala de hospital?— mide sólo dos metros por dos por tres. Bastante estrecha para un hoon, aunque no esté del todo desarrollado. Es aún más sofocante cuando un demonio metálico de seis patas entra para curar mi espalda lastimada, palpándome con lo que interpreto esperanzadamente como torpe amabilidad. A pesar de sus esfuerzos, el dolor llega en olas espantosas que me hacen extrañar los remedios pergeñados por el viejo Pestilente, nuestro boticario traeki.

Temí que nunca caminaría de nuevo... ni vería a mi familia, ni miraría las aves marinas aleteando sobre los transportes de escoria, anclados bajo la cúpula arbórea de

Wuphon.

Traté de hablar con los insectos gigantes que entraban y salían de mi celda. Aunque tienen torsos muy largos —con un extremo final entreabierto y un caparazón tubular tan duro como acero buyur—, no pude dejar de imaginarlos como enormes phuvnthus, esos bichos de seis patas que roen las paredes de las casas de madera, despidiendo un hedor dulzón y penetrante. Estas criaturas huelen como máquinas gastadas. A pesar de mis intentos en una docena de idiomas terrícolas y galácticos, parecen menos locuaces que los phuvnthus que Huck y yo atrapábamos cuando éramos pequeños, entrenándolos para nuestro circo en miniatura.

Eché de menos a Huck en esa época oscura. Eché de menos su ágil mente g'Kek y sus sarcasmos. Incluso eché de menos el modo en que pellizcaba con sus ruedas la pelambre de mis piernas para llamarme la atención, si miraba demasiado tiempo el horizonte en un trance de marinero hoon. La última vez que vi girar esas ruedas fue en la boca del dragón marino, después que las fauces trituraron nuestro precioso Sueño y nosotros caímos entre las astillas de nuestra nave de aficionados.

¿Por qué no corrí hacia mi amiga en esos desdichados momentos? Aunque ansiaba hacerlo, me costaba ver u oír mucho mientras un viento aullante penetraba en la cámara, expulsando el mar. Al principio tuve que esforzarme tan sólo para respirar. Luego, cuando intenté moverme, mi espalda no respondía.

En esos instantes borrosos, vi que Ur-ronn sacudía el pescuezo y gritaba agitando las cuatro patas y los delgados brazos, aterrada de las sucias aguas. Ur-ronn sangraba, la piel parda atravesada por astillas, restos de la ventana de vidrio que había forjado orgullosamente en los talleres volcánicos de Uriel la herrera.

Pinzón también estaba allí, el mejor equipado de nuestro grupo para sobrevivir bajo el agua. Como qheuen rojo, Pinzón estaba habituado a corretear con sus cinco pinzas quitinosas en bajíos salobres, aunque nuestra caída en ese abismo sin fondo era más de lo que él podía manejar. Recuerdo vagamente que Pinzón parecía estar vivo... ¿o es sólo una expresión de mis deseos?

Mis últimos recuerdos del «rescate» están llenos de imágenes violentas. Luego me desmayé y desperté en esta celda, delirante y solo.

A veces el phuvnthus le hace algo a mi espalda, y me duele tanto que de buena gana le revelaría todos los secretos que conozco. Es decir, siempre que el phuvnthus hiciera preguntas.

Nunca menciono, pues, la misión que Uriel la herrera nos encomendó a los cuatro: buscar un tesoro prohibido que sus ancestros dejaron en el fondo del mar hace siglos. Un tesoro hundido, oculto cuando las colonias urs abandonaron sus naves y sus artefactos de alta tecnología para convertirse en otra raza caída. Sólo una emergencia instaría a Uriel a infringir el Convenio para recobrar ese contrabando.

Supongo que «emergencia» podría incluir la llegada de ladrones alienígenas que

arruinaran el Festival de la Asamblea de las Seis Razas y amenazaran a la Comuna con el genocidio.

Con el tiempo mis dolores de espalda se calmaron, permitiéndome hurgar en mi mochila y reanudar este diario, actualizando mi malhadada aventura. Eso me levantó un poco el ánimo. Aunque ninguno de nosotros sobreviva, es posible que mi diario regrese a casa algún día.

Criado en una pequeña aldea hoon, devorando narraciones de aventuras humanas escritas por Clarke y Rostand, Conrad y Xu Xiang, soñaba que la gente de la Cuesta diría alguna vez: «Vaya, ese Alvin Hph-wayuo era un gran narrador, tan bueno como cualquier terrícola de los viejos tiempos».

Esta podía ser mi única oportunidad.

Así que pasé largos minutos empuñando un rechoncho lápiz de carbón, garrapateando estos pasajes, la historia de cómo llegué a encontrarme en este estado lamentable:

—cómo cuatro amigos construyeron un improvisado submarino con un tronco de garu ahuecado y pieles de skink, soñando con hallar un tesoro en el Gran Sumidero...

—cómo Uriel la herrera, en su forja de la montaña, respaldó nuestro proyecto, convirtiendo el sueño en auténtica expedición...

—cómo los cuatro fuimos al observatorio de Uriel y oímos que un sabio humano hablaba de naves estelares en el cielo, quizá trayendo el juicio anunciado a las Seis Razas.

—y cómo el Sueño de Wuphon pronto colgó de un cable cerca de Roca Terminal, donde la sagrada grieta del Sumidero pasa cerca de tierra, y Uriel nos contó, siseando por su labio superior hendido, que una nave había aterrizado en el norte, pero no transportaba magistrados galácticos sino criminales aún peores que nuestros pecadores ancestros...

Así que cerramos la escotilla, y la gran cabria giró. Pero al llegar al sitio buscado, descubrimos que el tesoro de Uriel ya no estaba. Peor aún, cuando fuimos a buscar esa maldita cosa, el Sueño de Wuphon se extravió y cayó por el borde de un peñasco submarino.

Hojeando las páginas, noto que mi narración del viaje fue escrita por alguien que sufría un dolor insoportable. Sin embargo, hay un aura de dramatismo que ahora no puedo imitar. Sobre todo la escena en que nuestras ruedas patinaron en el fondo y caímos en el Sumidero. Hacia una muerte segura.

Hasta que los phuvnthus nos rescataron.

Aquí estoy, engullido por una ballena de metal, dominado por seres mudos y crípticos, sin saber si mis amigos aún viven o si estoy solo, si estoy sólo lisiado o agonizando.

¿Mis captores tienen algo que ver con el aterrizaje de naves estelares en las

montañas?

¿Constituyen otro enigma que surge del antiguo pasado de Jijo? ¿Reliquias de los desaparecidos buyur? ¿O fantasmas aún más antiguos?

No tengo las respuestas, y como he terminado de narrar el hundimiento del Sueño de Wuphon, no me atrevo a gastar más precioso papel en especulaciones. Debo dejar mi lápiz, aunque me prive de mi último escudo contra la soledad.

Toda mi vida me han inspirado los libros humanos y me imaginaba como protagonista de algún relato súper. Ahora mi cordura depende de mi paciencia.

Debo dejar que el tiempo pase sin preocupaciones. Vivir y pensar, al fin, como un hoon.

ASX

Llamadme Asx.

Anillos multicolores, encimados en ahusada pila, exhalando aromas fragantes, compartiendo la nutricia savia que atraviesa nuestro núcleo común, o participando de la cera de los recuerdos que gotea desde nuestro pico sensorial.

Anillos que cumplen diversas funciones en este cuerpo compartido. Un cono alto como un hoon, pesado como un qheuen azul, y lento en el suelo como un g'Kek viejo con el eje partido.

Anillos que cada día votan si debemos renovar nuestra coalición.

De vosotros, anillos, yo/nosotros requerimos una decisión. ¿Debemos continuar con esta ficción? ¿Este «Asx»?

Los seres unitarios —los humanos, urs y otros queridos compañeros de exilio— insisten en usar ese término, Asx, para referirse a esta pila de toroides grasientos, como si yo/nosotros tuviéramos un nombre fijo, no una mera designación de conveniencia.

Los seres unitarios están locos.

Los traekis renunciamos tiempo atrás a vivir en un universo lleno de egotismo.

No podíamos resignarnos —y por eso nos exiliamos en Jijo— a ser los más egocéntricos de todos.

Una vez, mi/nuestra pila de hinchados tubos desempeñó el papel de un modesto boticario de aldea, sirviendo a otros con humildes secreciones, cerca de las turberas de Lejano Santuario Mojado. Luego otros me/nos rindieron homenaje, llamándonos «Asx», sabio principal del sept traeki y miembro del Consejo de los Seis.

Ahora nos erguimos en un yermo arrasado que antes era un agradable valle del festival.

Nuestros anillos sensores y filamentos neurales se contraen ante imágenes y sonidos intolerables. Y así quedamos prácticamente ciegos, nuestros toroides azotados por los intensos campos de dos naves estelares vastas como montañas.

Aun ahora, la percepción de esas naves se disipa.

Quedamos en la negrura.

¿Qué acaba de ocurrir?

Calma, anillos míos, esto ha sucedido antes. Un shock excesivo puede afectar la alineación de una pila traeki, causando brechas en la memoria efímera. Pero existe un modo más seguro de averiguar lo que sucedió. La memoria neural es precaria. Es mejor recurrir a la confiable y lenta cera.

Sopesad la caliente cera fresca que gotea en nuestro núcleo común, preservando los hechos que sucedieron recientemente en ese aciago valle donde antes se erguían alegres pabellones y flameaban estandartes en los felices vientos de Jijo. Un festival

típico, la asamblea anual de las Seis Razas para celebrar su paz de cien años. Hasta...

¿Es éste el recuerdo que buscamos?

Mirad. Una nave estelar llega a Jijo. No furtivamente en la noche, como nuestros ancestros. No altivamente, como un misterioso globo zang. No, era un arrogante crucero de las Cinco Galaxias, comandado por altivos seres alienígenas llamados rothen.

Rastread el recuerdo de nuestra primera visión de los señores rothens, saliendo al fin de su reducto de metal, apuestos y nobles en su condescendencia, proyectando un majestuoso carisma que ensombrecía aún a sus sirvientes humanos del cielo. ¡Qué glorioso ser un dios de las estrellas! Aun dioses que son «delincuentes» según la Ley Galáctica.

¿No eran más espléndidos que nosotros, míseros bárbaros, así como el sol brilla más que una vela de sebo?

Pero los sabios comprendimos una aterradora verdad. Después de contratarnos para que con nuestra pericia les ayudáramos a recorrer este mundo, los rothens no podían dejar testigos.

No nos dejarían con vida.

No, eso está demasiado lejos. Probad de nuevo.

¿Qué hay de estas vívidas huellas, anillos míos? ¿Una columna roja y llameante estallando en la noche? ¿Una explosión desbaratando nuestra peregrinación sagrada? ¿Recordáis la destrucción de la estación rothen-danik, sus vigas retorcidas y humeantes? ¿Su depósito de biomuestras incendiado? ¿Y, máxima desdicha, un rothen y un humano del cielo muertos?

A la luz del alba, Ro-kenn y nuestros sabios supremos intercambiaron desagradables acusaciones, estremecedoras amenazas.

No, eso sucedió hace más de un día. Acariciad cera más reciente.

Aquí encontramos una ancha lámina de terror que reluce horriblemente en nuestro aceitoso núcleo. Sus colores y texturas mezclan sangre caliente con fuego frío, despidiendo un humoso aroma de árboles llameantes y cuerpos calcinados.

¿Recordáis que Ro-kenn, el rothen superviviente, juró venganza contra las Seis Razas, ordenando a sus robots mortíferos que atacaran?

—¡Matad a todos los que estén a la vista! ¡Muerte a todos los que vieron la revelación de nuestro secreto!

Mas entonces, oh maravilla... Pelotones de nuestros valientes milicianos llegan desde los bosques circundantes, salvajes jijoanos armados sólo con flechas, rifles de balas y coraje. ¿Recordáis cómo atacaron a los mortíferos demonios y vencieron?

La cera no miente. Sucedió en escasos instantes, mientras estos viejos anillos traekis miraban azorados los espantosos estragos de la batalla, asombrados de que yo/nosotros no hubiéramos ardido en una pila de tubos llameantes.

Aunque se amontonaban los muertos y heridos, la victoria era evidente. ¡Victoria para las Seis Razas! Ro-kenn y sus divinos sirvientes estaban desarmados, sorprendidos y ultrajados por este giro de los dados de Ifni.

Sí, anillos míos. Sé que éste no es el recuerdo final. Sucedió hace muchos siglos. Obviamente algo debió suceder desde entonces.

Algo espantoso.

Quizá la nave exploradora danik volvió de su viaje de investigación, trayendo a uno de los feroces guerreros humanos que adoran a sus amos rothen. O bien la nave estelar rothen ha regresado, buscando un tesoro de biodespojos, sólo para encontrar sus muestras destruidas, su estación en ruinas y sus camaradas capturados.

Eso podría explicar el aroma de cenicienta devastación que ahora llena nuestro núcleo.

Pero aún no hay recuerdos posteriores disponibles. La cera no se ha endurecido.

Para un traeki, eso significa que nada de ello ha ocurrido aún. Todavía no.

Quizá las cosas no sean tan malas como parecen.

Es un don que los traekis recobramos al venir a Jijo. Un talento que nos ayuda a compensar muchas cosas que abandonamos al renunciar a las estrellas.

El don para la expresión de deseos.

RETY

Mientras volaba, el feroz viento le secaba los ojos, ahorrándole la vergüenza de que las lágrimas surcaran sus mejillas llenas de cicatrices. Aun así, Rety podía sollozar de rabia, pensando en las esperanzas perdidas. Tendida en una dura lámina de metal, aferrándose con todas sus fuerzas, soportaba el intenso vendaval mientras ramas de árboles le azotaban la cara y la cabeza, haciéndola sangrar.

No estaba dispuesta a soltarse.

La máquina alienígena que la llevaba debía ser su servidora leal. Pero esa maldita cosa no detenía su asustada retirada, aunque el peligro había quedado atrás. Si Rety se caía ahora, tardaría días en regresar a su aldea natal, donde menos de un día atrás había sufrido una violenta emboscada.

Aún no salía de su desconcierto. En pocos instantes le habían arruinado los planes, y todo era culpa de Dwer.

El joven cazador gemía debajo de ella, cautivo de brazos metálicos. Pero mientras la nave averiada huía, Rety dejó de interesarse en el sufrimiento de Dwer. El mismo se lo había buscado, viajando hasta esos mugrientos Cerros Grises desde su seguro hogar de la Cuesta, donde seis razas inteligentes vivían mejor que su clan de míseros salvajes. ¿Por qué la gente de la Cuesta trajinaba más de dos mil leguas infernales para llegar a ese yermo espantoso?

¿Qué esperaban lograr Dwer y sus compañeros? ¿Conquistar a los burdos parientes de Rety?

Pues que Dwer se quedara con sus apestosos parientes, por lo que a Rety le concernía. Y con esa banda de irruptoras urs que Kunn sometió con el fuego de su nave exploradora. Dwer podía quedarse con todo. ¿Pero no podía haber esperado en el bosque, hasta que Rety y Kunn terminaran sus asuntos y se fueran de allí? ¿Por qué tenía que apresurar las cosas y atacar al robot con ella a bordo?

Sin duda lo hizo por despecho. Tal vez no soporte saber que soy la única jijoana con una oportunidad de largarse de este planeta inmundo.

Pero Rety sabía que no era así. El corazón de Dwer no funcionaba de ese modo.

Pero el mío sí.

Él gruñó de nuevo, y Rety rezongó:

—¡Haré que lo lamente aún más, Dwer, si por tu culpa no logro escapar de esta bola de barro!

Así había terminado su glorioso regreso.

Al principio le había parecido divertido hacer una visita, bajando desde un cielo nuboso en el dardo de plata de Kunn, saliendo orgullosamente para provocar jadeos de asombro entre sus harapientos primos, que la habían maltratado durante catorce espantosos años.

Qué climax adecuado para la desesperada apuesta que había hecho meses atrás, cuando al fin encontró el valor para huir del barro y la desdicha, emprendiendo la búsqueda de la fabulosa Cuesta que sus bisabuelos habían abandonado al escoger la vida «libre» de los irruptores salvajes.

Libres de la intromisión de los sabios, con sus reglas acerca de las bestias que podían matar. Libres de esas irritantes leyes que limitaban la cantidad de hijos. Libres de la cercanía de vecinos con cuatro o cinco patas, o que rodaban sobre ruedas zumbonas.

Rety resopló. Sentía desprecio por los fundadores de la tribu.

Libres de los libros y los medicamentos. ¡Libres para vivir como animales!

Harta, Rety había decidido encontrar algo mejor o morir en el intento.

Y le faltó poco para morir durante el viaje, cruzando torrentes helados y yermos calcinados. El momento más peligroso había sido al atravesar un paso alto que llevaba a la Cuesta, siguiendo una misteriosa ave metálica hasta el nido de una araña reductora. La telaraña se convirtió en una trampa mortal cuando la araña la atrapó, cubriéndola con gotas doradas que preservaban...

Recordó involuntariamente a Dwer avanzando en medio de esa espesura con su machete, y cubriéndola con su cuerpo cuando la telaraña se incendió.

Recordó el ave brillante cayendo en llamas, traicioneramente derribada por un robot semejante a su «sirviente». El sirviente que ahora la llevaba a un destino incierto.

Rety sintió vértigo cuando un brusco viraje estuvo a punto de tirarla por la borda. Gritó.

—¡Idiota! ¡Nadie te está disparando ahora! Eran sólo gente de la Cuesta, y todos iban a pie. ¡Nada en Jijo podría atraparte ahora!

Pero el frenético aparato seguía su marcha, montado en un eolio de increíble fuerza.

Rety se preguntó si el robot detectaría su desprecio. Dwer y dos o tres amigos, equipados con toscas varas de fuego, habían tardado pocos días en averiarlo y ahuyentarlo, aunque con cierto coste.

¡Por Ifni, qué brete! Miró el agujero chamuscado donde el ataque por sorpresa de Dwer había arrancado la antena. ¿Cómo le explicaré esto a Kunn?

La posición de Rety como diosa honoraria de las estrellas ya era precaria. El feroz piloto podía abandonarla en aquellos cerros donde ella se había criado, entre salvajes que detestaba.

No regresaré a la tribu, juró. Prefiero juntarme con glávvers salvajes para cazar insectos en el Llano Venenoso.

Todo era culpa de Dwer. Rety odiaba oír los gemidos de ese imbécil.

Nos dirigimos hacia el sur, donde cayó Kunn. El robot debe tener prisa por

presentar un informe personal, ahora que no puede hablar desde lejos.

Habiendo presenciado la habilidad de Kunn para la tortura, Rety esperaba que la herida de la pierna de Dwer se reabriera. Morir desangrado sería mucho mejor.

La máquina abandonó los Cerros Grises y se dirigió hacia una llanura arbolada. Los arroyos confluían, transformando el manantial en un río que serpeaba despacio hacia los trópicos.

El viaje se hizo menos accidentado y Rety se arriesgó a sentarse. Pero el robot no tomó el atajo obvio; en vez de sobrevolar el agua, seguía cada curva sin aventurarse más allá de los juncales.

La comarca parecía agradable. Buena para el ganado o la siembra, si uno sabía hacerlo y no tenía miedo de ser sorprendido.

Le recordaba las maravillas que había visto en la Cuesta después de escapar de la araña reductora. Las gentes de allí dominaban toda clase de artes inteligentes que la tribu de Rety no tenía. Pero, a pesar de sus ingeniosos molinos y jardines, de sus herramientas de metal y sus libros de papel, las gentes de la Cuesta estaban asustadas cuando Rety llegó al famoso Valle del Festival. Las Seis Razas estaban alarmadas por la reciente llegada de una nave estelar que ponía fin a dos mil años de aislamiento.

Para Rety, los hombres del espacio eran maravillosos. Una nave de invisibles amos rothen, pero tripulada por humanos tan apuestos y sabios que Rety daría cualquier cosa por ser como ellos. No una salvaje condenada con la cara llena de cicatrices, sobreviviendo a duras penas en un mundo tabú.

Una osada ambición despertó en ella, y gracias a sus agallas se salió con la suya. Rety llegó a conocer a esos altivos hombres y mujeres —Ling, Besh, Kunn y Rann— y logró ganarse su simpatía. Cuando se lo pidieron, con gusto guió al feroz Kunn al viejo campamento de su tribu, desandando su épico viaje en sólo un cuarto de día, saboreando manjares galácticos mientras miraba por la ventanilla de la nave exploradora.

Se desquitó por años de malos tratos cuando sus mugrientos primos miraron boquiabiertos a esa pícara y sucia muchacha convertida en una diosa de las estrellas.

Ojalá ese triunfo hubiera durado.

Se sobresaltó cuando Dwer la llamó.

Mirando por encima del borde, Rety le vio el rostro tostado por el viento, el cabello negro pegajoso de sudor seco. Una pernera de cuero estaba manchada de ocre bajo una compresa improvisada, aunque Rety no veía indicios de nuevas hemorragias. Atrapado entre los tentáculos del robot, Dwer aferraba con fuerza su precioso arco tallado a mano. Rety no podía creer que alguna vez hubiera querido robar esa tosca arma.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó.

El joven cazador la miró a los ojos.

—¿Puedes darme agua? —graznó.

—Suponiendo que tenga —murmuró ella—, dime una razón por la cual debería compartirla contigo.

Un susurro en su cintura. Una estrecha cabeza asomó de su mono. Tres ojos oscuros la miraron, dos con párpados y uno sin pupilas, facetado como una joya.

—Esposa no mentiré. Esposa tiene botella de agua. Yi huele su sabor amargo.

Rety suspiró ante esta desdichada interrupción de su minúsculo «esposo».

—Sólo queda la mitad. ¡Nadie me avisó que me iría de viaje!

El macho urs resopló reprobatoriamente.

—Esposa debe compartir o tendremos mala suerte. No habrá agujero seguro para bichos y larvas.

Rety quiso replicarle que ese matrimonio no era real. Nunca tendrían «cachorros». De todos modos, Yi parecía empeñado en ser la voz de su conciencia, aunque evidentemente cada criatura se las apañaba por su cuenta.

Nunca debí contarle que Dwer me salvó de la araña reductora. Dicen que los machos urs son tontos. Pero a mí tuvo que tocarme esta lumbrera.

—De acuerdo.

La botella, un artefacto alienígena, pesaba poco más que el líquido que contenía.

—No la derrames —le advirtió a Dwer, bajando el cordel rojo. Él la cogió con avidez.

—¡No, idiota! La tapa no sale como un corcho. Hazla girar. Eso es. Palurdo ignorante.

No añadió que la idea de una tapa con rosca la había desconcertado también, cuando Kunn y los demás la adoptaron como danik provisional. Desde luego eso fue antes que se volviera sofisticada.

Rety observó nerviosamente mientras él bebía.

—No la derrames. ¡Y no se te ocurra beberla toda! ¿Me oyes? Suficiente, Dwer. Basta.

Pero él ignoró sus protestas, bebiendo mientras ella maldecía. Cuando terminó la cantimplora, Dwer le sonrió con sus labios cuarteados.

Demasiado aturdida para reaccionar, Rety supo que ella habría hecho exactamente lo mismo.

Sí, le dijo una voz interior. Pero no lo esperaba de él.

Su furia se aplacó cuando Dwer se retorció, ladeando el cuerpo hacia la dirección que seguía el robot. Entornando los ojos, sostenía el cordel en una mano y la cantimplora en la otra, como esperando que sucediera algo. La máquina voladora sobrevoló un cerro bajo, brincando sobre unos arbustos espinosos, y se zambulló en el otro lado, eludiendo apenas algunas ramas. Rety se aferró, manteniendo a Yi seguro en su morral. Cuando terminaron los peores saltos, miró abajo de nuevo. Se

sobresaltó al toparse con un par de ojos negros y turbios.

De nuevo ese maldito noor. El que Dwer llamaba Pies de Barro.

Varias veces esa criatura ágil y oscura había tratado de salir de su refugio, entre el torso de Dwer y una hendedura en la estructura del robot. Pero a Rety no le gustaba el modo en que salivaba mirando a Yi, mostrando los dientes afilados. Ahora Pies de Barro estaba sobre las costillas de Dwer, usando las zarpas para impulsarse.

—¡Piérdete! —Trató de ahuyentar esa cara estrecha y sonriente—. Quiero ver qué hace Dwer.

Suspirando, el noor regresó a su nido bajo el flanco del robot. Rety vio un relámpago azul cuando Dwer arrojó la botella, que chocó con el agua con un chapoteo, abriendo un surco. Al cabo de varios intentos, Dwer logró mover el cordel de modo que la cantimplora se arrastrara con la abertura hacia delante. El recipiente gorgoteó cuando Dwer lo recobró.

Yo también habría pensado en eso. Si estuviera a la distancia necesaria para intentarlo.

Dwer había perdido sangre, así que era justo que bebiera y rellenara la cantimplora varias veces antes de devolverla. Sí. Es justo. Y además lo hará. Te la devolverá llena.

Rety tuvo un pensamiento incómodo.

Confías en él aunque es tu enemigo. Te trajo muchos problemas, a ti y a los daniks. Pero le confiarías tu vida.

No sentiría la misma confianza en Kunn, cuando llegara el momento de enfrentarse al guerrero estelar que admiraba a los rothens.

Dwer llenó la cantimplora por última vez y se la entregó.

—Gracias, Rety. Te debo una.

Rety se sonrojó, una sensación que le disgustaba.

—Olvídalo. Sólo arrójame el cordel.

Él lo intentó. Rety sintió que le rozaba los dedos, pero no lograba cogerlo. ¿Qué sucederá si no lo recupero?

El noor salió de su angosto refugio y cogió el cordel con los dientes. Trepano sobre el pecho de Dwer, usando el astillado tubo láser del robot como soporte, Pies de Barro se aproximó a la mano de Rety.

Bien, pensó ella, si quiere ayudar...

Mientras estiraba la mano hacia el cordel, el noor brincó, clavándole las zarpas como si su brazo fuera una liana. Rety aulló, pero antes de que pudiera reaccionar Pies de Barro ya estaba arriba, sonriendo con satisfacción.

El pequeño Yi gritó. El macho urs metió la cabeza en el morral y cerró la cremallera.

Rety vio manchas de sangre en su manga y pataleó con furia, tratando de

deshacerse del noor. Pero Pies de Barro la esquivó fácilmente; Se le acercó, sonrió seductoramente y murmuró mientras le presentaba la cantimplora en dos ágiles zarpas.

Suspirando, Rety la aceptó y dejó que el noor se acomodara cerca de ella, pero lejos de Yi.

—No puedo librarme de vosotros, ¿eh? —dijo en voz alta.

Pies de Barro parloteó. Desde abajo, Dwer respondió con una risotada irónica y fatigada.

ALVIN

Me sentía solo, encerrado en una celda de metal entre mordeduras de dolor. La máquina distante y zumbona me recordaba las canciones de cuna que me gutureaba mi padre cuando yo sufría de infección del pie o de irritación del saco. A veces el ruido cambiaba de tono y me provocaba un escozor en las escamas, como el chirrido de un barco de madera cuando encalla.

Al fin me dormí.

Y me desperté aterrorizado al descubrir que un par de monstruos metálicos de seis patas me amarraban a un aparato con correas y tubos de metal. Al principio se parecía a ese instrumento de tortura anterior al Contacto que vi una vez en la edición de Don Quijote ilustrada por Doré. Patalear y forcejear no servía de nada, pero dolía como mil demonios.

Al fin, con cierta vergüenza, comprendí. No era un instrumento de tortura sino una improvisada abrazadera para mi espalda, destinada a restar peso a mi columna vertebral lesionada. Luché para reprimir el pánico ante el estrecho contacto del metal, hasta que me pusieron de pie. Meciéndome de sorpresa y alivio, descubrí que podía caminar un poco, aunque cada paso me provocaba dolor.

—Bien, gracias, bichos feos —le dije al gigante phuvnthus más próximo—. Pero pudisteis avisar primero.

No esperaba respuesta, pero uno de ellos movió el torso blindado —con una joroba en el lomo y una cola abierta— y se ladeó hacia mí. Interpreté el gesto como una reverencia cortés, aunque quizá significara otra cosa para ellos.

Esta vez dejaron la puerta abierta al salir. Lentamente, con gran esfuerzo, salí por primera vez de mi ataúd de acero, siguiendo a las macizas criaturas por un angosto corredor.

Ya me había imaginado que estaba en una especie de submarino, tan grande como para llevar en su interior la mayor nave hoon que hubiera surcado los mares de Jijo.

Aun así, era una mezcolanza. Pensé en el monstruo de Frankenstein, armado con partes de muchos cadáveres. Esa monstruosa nave que me llevaba a quién sabía adonde me producía la misma impresión.

Cada vez que atravesábamos una puerta, era como entrar en una nave distinta, fabricada por otra gente. Más aún, por otra civilización. En un sector, las cubiertas y escotillas eran de láminas de acero remachado. Otra zona estaba hecha de una sustancia fibrosa, flexible pero fuerte. Los corredores cambiaban de tamaño, y pasaban de ser anchos a ser penosamente estrechos. Casi siempre tenía que agacharme bajo el techo, lo cual no era muy divertido con mi dolor de espalda.

Al fin se abrió una puerta deslizante. Un phuvnthus me invitó a seguir adelante y entré en una cámara en penumbra mucho más grande que mi celda anterior.

Mis corazones saltaron de alegría. ¡Ante mí estaban mis amigos! ¡Todos ellos... vivos!

Estaban reunidos alrededor de una tronera circular, mirando las oscuras honduras oceánicas. Pude haber tratado de sorprenderlos, pero los qheuens y los g'Keks tienen literalmente «ojos en la espalda», con lo cual no era fácil sobresaltar a Huck y Pinzón (aunque lo he conseguido un par de veces).

Cuando gritaron mi nombre, Ur-ronn movió el largo pescuezo y se acercó con cascos trepidantes. Nos zambullimos en un abrazo multiespecie. Todo volvió a la normalidad cuando Huck protestó a Pinzón.

—¡Ojo con esas zarpas, cara de cangrejo! ¡Me cortarás un rayo de las ruedas! Atrás, todos. ¿No veis que Alvin está herido? Dejadle espacio.

—Mira quién habla —respondió Ur-ronn—. Tu rueda izquierda acaba de aflastarle los fies, cabeza de fulfo.

No lo había notado hasta que Ur-ronn lo comentó, tan feliz estaba de volver a oír sus rezongos adolescentes.

—Hrrm. Dejad que os eche un vistazo. Ur-ronn, pareces mucho más seca que cuando te vi por última vez.

Nuestra amiga urs lanzó una triste risotada por los belfos. Su pelambre mostraba grandes retazos desnudos donde la piel se había caído después de su inmersión.

—Nuestros huérfanos tardaron un foco en adaptar la humedad de mi habitación, pero al final lo consiguieron —dijo. Su torso mostraba rastros de apresuradas costuras, las toscas suturas con que los phuvnthus habían cerrado las heridas que Ur-ronn sufrió al atravesar la ventanilla del Sueño de Wupbon. Afortunadamente, su gente no practica el cortejo como otras razas. Para las urs no importa la apariencia sino el status. Un par de cicatrices visibles ayudaría a Ur-ronn a mostrar a las demás herreras que tenía mundo.

—Sí. Y ahora sabemos cómo huele una urs después de darse un baño —añadió Huck—. Debieran probarlo con más frecuencia.

—Mira quién habla. Con el sudor de ese ojo verde...

—Basta, basta —reí—. Callad un poco y dejad que os eche un vistazo, ¿sí?

Ur-ronn tenía razón. Los tallos oculares de Huck necesitaban un poco de cuidado y ella tenía buenos motivos para preocuparse por los rayos de sus ruedas. Muchos estaban rotos, y nuevas fibras empezaban a unir los bordes. Tendría que moverse con cautela por un tiempo.

En cuanto a Pinzón, parecía más feliz que nunca.

—Supongo que tenías razón en cuanto a los monstruos de las profundidades —le dije a nuestro amigo de caparazón rojo—. Aunque no se parecen a los que tú descri...

Aullé cuando agujas afiladas me pincharon la espalda, trepando por mi nuca. Pronto reconocí el gruñido de Huphu, nuestra mascota noor, expresando satisfacción

y exigiéndome un gutureo.

Antes de que yo pudiera averiguar si mi irritado saco laríngeo podía hacerlo, Ur-ronn silbó desde la ventana de vidrio oscuro.

—Han encendido de nuevo el reflector —resopló con voz pasmada—. Alvin, deprisa. ¡Tienes que mirar!

Moviéndome con torpeza, me acerqué al lugar que me habían dejado. Huck me acarició el brazo.

—Siempre quisiste ver esto, amigo. Así que mira y admira. Bienvenido al Gran Sumidero.

ASX

He aquí otro recuerdo, anillos míos. Un acontecimiento que sucedió a la breve Batalla del Valle, tan rápidamente que los ecos de guerra aún resonaban en nuestros asolados bosques.

¿Se ha solidificado ya la cera? ¿Podéis acariciar y detectar la espantosa inquietud, la estremecedora belleza de esa noche, mientras mirábamos el paso de un intenso fulgor por el cielo?

Rastread el recuerdo grasiento de esa chispa que surcaba el cielo, cobrando brillo al descender.

Nadie podía dudar de su identidad. El crucero rothen, regresando en busca de sus biomuestras, arrancadas a un mundo frágil. Regresando en busca de los camaradas que había dejado atrás.

En vez de su botín genético, los tripulantes encuentran su base arrasada, sus colegas muertos o capturados. Peor aún, conocemos su verdadero rostro. Nosotros, los renegados, podemos presentar testimonio contra ellos en un tribunal galáctico. Siempre que sobrevivamos.

No se requiere un genio cognoscitivo para comprender en qué trance nos encontramos. Nosotros, las seis razas caídas del remoto Jijo. Como diría un escritor terrícola, estamos hundidos en fétido excremento. Hasta el cuello.

SARA

El accidentado viaje se convirtió en una experiencia eufórica, casi trascendente. Pero no al principio.

Cuando la pusieron encima de una criatura galopante salida de la mitología, Sara reaccionó con aterrada sorpresa. Con sus belfos y su cabezota, el caballo era más imponente que el tributo de piedra de Villa Tarek a una especie perdida. El musculoso torso se flexionaba con cada brinco, haciéndole castañetear los dientes mientras cruzaban las colinas de la Cuesta central bajo la luz de una pálida luna.

Después de dos días y noches de insomnio, aún parecía un sueño el modo en que un escuadrón de esas legendarias bestias llegó trotando al arruinado campamento de las Urunthai, acompañado por escoltas urs. Sara y sus amigos acababan de escapar del cautiverio —sus ex secuestradores estaban muertos o amarrados con jirones de tela— y esperaban que los capturasen de nuevo en cualquier momento. Pero entonces, en vez de nuevos enemigos, la oscuridad trajo a esos desconcertantes salvadores.

Desconcertantes para todos menos para Kurt el demoledor, que recibió a los recién llegados como amigos. Aunque Jomah y el forastero se maravillaron de ver caballos reales, Sara apenas tuvo tiempo de pestañear hasta que la montaron en una silla.

Hoja se ofreció para quedarse junto a la fogata y cuidar de los heridos, aunque la envidia llenaba cada giro de su cúpula azul. Sara hubiera cambiado de lugar con su amigo qheuen, pero su caparazón quitinoso le impedía montar. Apenas tuvo tiempo para despedirse de Hoja con un gesto alentador, pues no tardaron en internarse en la noche.

El trepidar de los cascos pronto le causó dolor de cabeza.

Supongo que es mejor que ser cautiva de los chovinistas humanos de Dedinger, y de esas frenéticas Urunthai. La coalición de celotes, volátiles como el cóctel de un demoledor, había unido sus fuerzas para capturar al forastero y venderlo a los invasores rothen. Pero cometieron el error de subestimar al enigmático viajero. A pesar de su pérdida del habla, el hombre de las estrellas encontró un modo de transformar la suspicacia entre urs y humanos en un sangriento disturbio dejándonos al mando de nuestro propio destino, aunque no podía durar.

Aquí había otra coalición de humanos y centauroides urs. Un poco más cordial, pero igualmente empeñado en llevarla a un destino incierto.

Cuando la pantanosa Torgen se elevó sobre las colinas, Sara miró a las guerreras urs, cuyos flancos marrones estaban cubiertos por una pintura de guerra menos chillona que la que usaban las Urunthai. Pero en sus ojos ardía la misma llama oscura que abrasaba las almas cuando estallaba un conflicto. Trotando en formación,

empuñaban ballestas en sus manos delgadas y estiraban el largo pescuezo con tensa expectativa. Aunque mucho más pequeñas que los caballos, las combatientes urs eran temiblemente habilidosas.

Los humanos eran aún más imponentes. Seis mujeres viajando al norte con nueve caballos con montura, como si esperasen encontrar a otras tres personas para el viaje de retorno.

Pero somos seis. Kurt y Jomah, Prity y yo, el forastero y Dedinger.

No importaba. Las adustas amazonas no se oponían a montar de a dos.

¿Por eso son todas mujeres? ¿Para reducir el peso?

Aunque hábiles con sus monturas, las mujeres parecían inquietas en ese accidentado paraje de desfiladeros y torres de roca. Sara dedujo que les disgustaba recorrer sendas desconocidas de noche. No podía culparlas.

Ninguna tenía rostro conocido. Eso podría haber sorprendido a Sara un mes atrás, dada la pequeña población humana de Jijo. La Cuesta debía ser más grande de lo que pensaba.

Dwer contaba historias sobre los viajes que hacía como explorador de los sabios. Sostenía que había estado en todas partes en mil leguas a la redonda.

Su hermano nunca había mencionado a estas amazonas que usaban caballos.

Sara se preguntó si podrían venir desde fuera de Jijo, pues éste parecía el año de las naves espaciales. Pero no. A pesar de ciertos giros extraños, su fluido idioma parecía emparentado con los dialectos jijoanos que ella conocía por sus investigaciones. Y aunque las mujeres no parecían familiarizadas con esta región, sabían apartarse de un árbol migurv cuando la senda pasaba cerca de sus pegajosas frondas. El forastero tocó uno por curiosidad, aunque le advirtieron con gestos que no tocara las vainas, y aprendió del peor modo.

Sara miró a Kurt. El rostro enjuto del demoleedor mostraba satisfacción con cada legua que avanzaban hacia el sur. La existencia de los caballos no le sorprendía.

Nos dicen que nuestra sociedad es abierta. Pero es evidente que existen secretos conocidos por pocos.

No todos los demoleedores los compartían. El sobrino de Kurt parecía felizmente asombrado mientras intercambiaba anchas sonrisas con el forastero...

Con Emerson se corrigió Sara.

Miró al hombre moreno que había caído del cielo meses atrás, sumergiendo sus quemaduras en un desolado pantano de las inmediaciones de Dolo. El viajero de las estrellas ya no era el moribundo que ella había cuidado en su casa arbórea, sino un ingenioso aventurero. Aún hablaba poco, pero muduras atrás se había golpeado el pecho repitiendo esa palabra —Emerson— una y otra vez, orgulloso de una hazaña que la gente normal daba por sentada. Pronunciar su propio nombre.

Emerson parecía cómodo con su montura. ¿Eso significaba que aún usaban

caballos en los mundos de los dioses, en las Cinco Galaxias? En tal caso, ¿para qué podían servir cuando existían tantas máquinas milagrosas?

Sara miró a su asistente chimpancé, temiendo que la cabalgata reabriera la herida de bala de Prity.

Abrazando la cintura de una de las mujeres, Prity cabalgaba con los ojos cerrados, sin duda inmersa en su amado universo de formas abstractas, un mundo mejor que este mundo de pesadumbre y engorrosa no linealidad.

Dedinger, el jefe rebelde, cabalgaba con ambas manos atadas. Sara no derrochó piedad en ese estudioso metido a profeta. Después de años de predicar una ortodoxia militante, urgiendo a sus seguidores del desierto a seguir la Senda de la Redención, el ex sabio claramente conocía la paciencia.

La cara de halcón de Dedinger lucía una expresión que para Sara resultaba perturbadora.

Frío cálculo.

El ritmo frenético se aceleró cuando la senda pedregosa llegó a terreno abierto. El destacamento de guerreras urs de Ulashtu pronto quedó atrás, sin poder seguir a los caballos.

Con razón algunos clanes urs estaban contra los caballos cuando los humanos colonizaron Jijo. Esas bestias nos daban movilidad, la característica más amada por las capitanas urs.

Dos siglos atrás, después de derrotar a los recién llegados humanos en batalla, la facción Urunthai original había reclamado los corceles de los terrícolas como botín de guerra y los había exterminado.

Pensaron que no les causaríamos más problemas, al tener que combatir a pie. Ese error resultó fatal cuando Drake el mayor forjó la coalición para perseguir a las Urunthai y acabó con su jefa en la Cascada del Casco Mojado.

Pero los caballos no estaban extinguidos, a fin de cuentas. ¿Cómo pudo un clan de jinetes permanecer oculto todo este tiempo? ¿Y por qué aparecían ahora, arriesgándose a revelar su existencia por ir al encuentro de Kurt?

Debe ser la crisis de las naves estelares, que ha terminado con el vencimiento de Jijo. ¿Qué caso tiene guardar secretos, si se aproxima el Día del Juicio?

Sara estaba agotada y entumecida cuando la mañana asomó en el cielo nublado. Una extensión de colinas ondulantes se extendía hasta un pantano verde oscuro.

El grupo se apeó junto a un riacho. La llevaron hacia una manta, donde se derrumbó con un suspiro trémulo. El sueño llegó poblado de imágenes de personas que había dejado atrás.

Nelo, su viejo padre, trabajando en su amada fábrica de papel, ignorando que algunos conspiraban para arruinarla.

Melina, su madre, que había muerto hacía varios años y siempre parecía una

forastera desde que había llegado a Dolo, con un bebé en brazos.

El frágil Joshu, el amante de Sara en Biblos, cuyo contacto le hacía olvidar incluso el gran Puño de Piedra. Un pícaro bien parecido cuya muerte la había deprimido.

Dwer y Lark, sus hermanos, partiendo para asistir a un festival en los Linderos, donde después descendieron las naves estelares.

La mente de Sara se agitaba con cada sacudida.

Por último recordó a Hoja, cuya colmena qheuen criaba cangrejos detrás de la represa de Dolo. El buen Hoja, que salvó a Sara y Emerson del desastre en el campamento de las Urunthai.

Parece que siempre estoy retrasado, silbó su amigo qheuen por tres conductos de sus patas. Pero no te preocupes. Ya me pondré al corriente. Suceden demasiadas cosas como para perderlas.

La seguridad de Hoja había sido como una roca para Sara. En su sueño respondió: Detendré el universo, impediré que haga nada interesante hasta que aparezcas.

Imaginaria o no, la risotada del qheuen azul alentó a Sara, y su sueño perturbado adoptó un ritmo más suave.

El sol estaba en medio del cielo cuando alguien despertó a Sara, una de las taciturnas mujeres, usando la palabra arcaica, brekkers, para anunciar la comida de la mañana. Sara se levantó con el cuerpo dolorido. Engulló un cuenco de potaje de cereal condimentado con especias traeki mientras las mujeres ensillaban sus monturas y Emerson tocaba su amado dulcémele, llenando el valle con una vivaz melodía, adecuada para el viaje. A pesar de su irritación matinal, Sara sabía que el hombre de las estrellas trataba de encarar bien una mala situación. Las canciones eran un modo de superar su mudez.

Kurt estaba enrollando su manta.

—Mira —le dijo Sara al anciano demoledor—, no siento ingratitud por tus amigas. Agradezco el rescate y todo eso. Pero no pensarás seriamente en llegar a caballo al monte Guenn. —Por su modo de hablar, parecía referirse a una luna de Jijo.

El pétreo Kurt sonrió.

—¿Alguna sugerencia mejor? Claro, pensabas entregar al forastero a los sabios supremos, pero furiosas de Urunthai bloquean ese camino. Y recuerda que anoche vimos dos naves estelares descendiendo en el Valle del Festival. Los sabios deben estar bastante ocupados.

—¿Cómo podría olvidarlo? —murmuró Sara. Esos titanes, que habían surcado el cielo rugiendo, se le habían grabado en la mente.

—Tú podrías ocultarte en una de las aldeas por donde pasaremos, ¿pero Emerson no necesitará un boticario de primera cuando se quede sin el medicamento de Pzora?

—Si seguimos rumbo al sur, llegaremos al Gantt. Desde allí un barco fluvial puede llevarnos a Villa Oovoom.

—Suponiendo que haya barcos... y que Oovoom aún exista. Aun así, ¿deberías ocultar a tu amigo alienígena, con todo lo que sucede? ¿Y si él tiene una función que cumplir? ¿Un modo de ayudar a los sabios y la Comuna? ¿No arruinarás su oportunidad de regresar a casa?

Sara entendió a qué se refería Kurt. Ella retenía a Emerson, como una niña negándose a devolver al bosque un animal curado.

Un enjambre de moscas picodulce se había acercado al hombre de las estrellas, bailoteando al ritmo de su música, una extraña melodía que Sara nunca había oído. ¿Dónde la aprendió? ¿En la Tierra? ¿Cerca de una estrella desconocida?

—De cualquier modo —continuó Kurt—, si puedes cabalgar un poco más en estas enormes bestias, podemos llegar al monte Guenn antes que a Oovoom.

—Eso es una locura. Debes pasar por Oovoom si te diriges al mar. Y la otra ruta es peor... los desfiladeros y Angostura.

Kurt parpadeó.

—Me han dicho que existe un camino... más directo.

—¿Directo? ¿Quieres decir por el sur? Más allá del Gantt está el Llano de Arena Áspera, un cruce desesperado en buenas condiciones... las cuales no tenemos. ¿Te has olvidado de que allí Dedinger tiene simpatizantes?

—No, no lo he olvidado.

—Entonces, suponiendo que pasemos las arenas y las dunas flamíferas, luego tendremos el Flujo Espectral. En comparación, cualquier desierto normal es una pradera.

Kurt se encogió de hombros, pero obviamente quería que ella lo acompañara hacia una lejana e hirviente montaña, lejos de donde Sara había jurado llevar a Emerson. Lejos de Lark y Dwer, y de la terrible atracción de esas imponentes naves estelares. Hacia una parte sagrada de Jijo, renombrada ante todo por una cosa: el modo en que el planeta se renovaba con llameante lava.

ALVIN

Tal vez fuera la atmósfera enrarecida que respirábamos, o el incesante zumbido de las máquinas. O quizá fuera la oscuridad exterior, que alentaba una impresión de increíble profundidad, aún mayor que cuando nuestro pobre Sueño de Wuphon cayó en las fauces de esta bestia marina de metal. Un solo haz —mucho más brillante que la luz eik de nuestro batiscafo— hendía un negro paraje que superaba mis pesadillas más desbocadas. Ni siquiera las vividas imágenes de Verne, Pukino y Melville me preparaban para lo que reveló ese círculo movedizo mientras recorríamos un desfiladero submarino cubierto de toda clase de escoria antigua. En rápidas ojeadas vimos tantas cosas titánicas amontonadas que...

Aquí, lo admito, no tengo recursos. Según los textos que enseñan literatura ánglica, hay dos modos básicos en que un escritor puede describir objetos desconocidos. El primero consiste en catalogar imágenes y sonidos, medidas, proporciones, colores; decir, por ejemplo, que este objeto está integrado por racimos de cubos colosales, conectados por varillas traslúcidas, o que aquel es semejante a una enorme esfera con una cavidad en un flanco, arrastrando con sus aplastadas entrañas un pendón reluciente, un estandarte líquido que desafía el tirón del tiempo y la marea.

Puedo juntar palabras y presentar imágenes bonitas, pero ese todo falla, en última instancia, porque en ese momento no podía discernir a qué distancia estaban las cosas. En vano el ojo buscaba pistas. Algunos objetos —apilados en el lodoso paisaje— parecían tan vastos que el enorme navío quedaba empequeñecido, como una mojarrita el medio de un cardumen de serpientes-behemot. En cuanto a los colores, aun en el haz del reflector el agua absorbía todos los matices, salvo un triste gris azulado. Un buen color para una mortaja en ese ambiente de muerte helada.

Otro modo de describir lo desconocido es compararlo con cosas que ya conocemos, pero ese método era peor. Aun Huck, que detecta semejanzas que yo ni siquiera sospecho, sólo podía mirar las grandes pilas de antiguas ruinas con sus cuatro ojos, totalmente desconcertada.

Algunos objetos revelaban cierta familiaridad, como cuando el reflector barrió filas de ventanas vacías, suelos hundidos y paredes rajadas. Había un montículo de torres caídas o entrecruzadas que formaban una ciudad mayor que cualquiera que yo conociera, aun por mis lecturas acerca de antiguos tiempos. Pero alguien arrancó esta metrópolis de sus cimientos y la recogió y la arrojó aquí, descargando todos los edificios para que terminaran en las fieras entrañas de nuestra madre Jijo.

Recordé algunos libros de la Era de la Resolución de la Tierra, cuando los humanos anteriores al Contacto estaban decidiendo cómo salvaguardar su mundo natal después de siglos de usarlo como letrina.

En la novela de misterio *El caso de un clon medio comido*, de Alice Hammett, el asesino escapa de una acusación de homicidio pero es condenado a diez años por arrojar las pruebas al mar. En aquellos días, los humanos no distinguían entre los sumideros submarinos y el fondo del mar en general. Tirar basura era tirar basura.

Era extraño ver el enorme paisaje de escoria desde dos puntos de vista. Según la Ley Galáctica, esto era una parte consagrada del ciclo de preservación de Jijo, un ámbito de devoción. Pero habiéndome criado con libros humanos, podía verlo como una denigración, un lugar pecaminoso. La «ciudad» quedó atrás y volvimos a mirar las formas extrañas, los objetos desconocidos y majestuosos, los artefactos de la civilización de los dioses estelares, incomprensibles para meros mortales. En ocasiones mis ojos entreveían imágenes en la negrura, fuera del haz del reflector, vibraciones relampagueantes entre las ruinas, como si antiguas fuerzas aguardaran allí, lanzando chispas como recuerdos evanescentes.

Murmurábamos, cada cual insistiendo en lo que mejor sabía. Ur-ronn especulaba sobre la naturaleza de los materiales, qué cosas estaban hechas de qué, o qué funciones habían cumplido. Huck juró que había visto inscripciones cuando la luz rozaba una hilera de sombras sospechosas. Pinzón insistía en que cada objeto debía ser una nave estelar. El Sumidero tomaba nuestras conjeturas tal como toma todo lo demás, con un paciente silencio.

Algunos objetos enormes estaban muy hundidos y sus puntas asomaban en el cieno. Pensé: Aquí es donde la placa oceánica de Jijo se sumerge profundamente bajo la Cuesta, arrastrando la costra, el lodo y todo lo demás hasta los pozos de magma que alimentan los hirvientes volcanes. Con el tiempo, todas estas cosas se convertirán en lava, o en preciosos filones que serían usados por una futura raza de ocupantes de este mundo.

Pensé en la nave de mi padre, y los arriesgados viajes que realizaba, llevando cestos de desechos sagrados, enviados por cada una de las seis tribus como pago parcial por el pecado de nuestros ancestros.

En los ritos anuales, cada aldea despeja una parte de la comarca, eliminando nuestra contaminación y fragmentos de lo que dejaron los buyurs.

Las Cinco Galaxias pueden castigarnos por vivir aquí. Aun así, vivimos según un código, fieles a los Rollos.

Las asambleas hoons cantan la historia de Phu-uphyawuo, un capitán que un día vio que se avecinaba una tormenta y arrojó su carga antes de llegar al azul profundo del Sumidero. Arrojó los toneles por la borda antes de la grieta de los desechos. Cayeron en la zona menos profunda y contaminaron un lugar que no se renovaba. En castigo, Phu-uphyawuo fue atado y llevado al Llano de Arena Áspera, donde terminó sus días bajo una duna hueca, bebiendo rocío verde suficiente para beber, pero no para sostener su alma. Luego trituraron su espina cardíaca y la arrojaron en un

desierto donde ningún agua lavaría ni purificaría los granos.

El Sumidero, pensé, tratando de aprehender ese prodigio. Somos los primeros en verlo. Salvo por los phuvnthus. Y quien más viva aquí.

Me sentía cansado. A pesar de la abrazadera y las muletas, el dolor aumentaba. Aun así, me costaba apartarme de la helada ventanilla.

Siguiendo un reflector por la negrura suboceánica, nos zambullíamos como en el pozo de una mina, apuntando a una pila de joyas, objetos relucientes que parecían agujas, o esferas chatas, o panqués lustrosos, o cilindros nudosos. Debajo de nosotros se erguía una vasta pila reluciente, más ancha que la bahía de Wuphon, más imponente que el volcán de Guenn.

—¡Son naves! —declaró Pinzón, gesticulando. Apretados contra el vidrio, miramos esas pilas de tubos, esferas y cilindros grandes como montañas, erizados de protuberancias afiladas.

—Esos deben ser los trebejos probabilísticos que las naves estelares usan para viajar entre las galaxias —diagnosticó Huck, inspirada en su ávida lectura de historias de la era del Tabernáculo.

—Rebasas frobabilísticas —corrigió Ur-ronn, hablando galáctico seis. En cuestiones de tecnología, era mucho más versada que Huck o yo—. Creo que fuedes tener razón.

Nuestro amigo qheuen rió felizmente cuando el reflector enfocó una enorme pila de objetos ahusados. Pronto reconocimos el contorno general por los textos antiguos: cargueros y naves postales, paquebotes y cruceros, todos abandonados tiempo atrás.

El motor emitió un ruido más grave, impulsándonos hacia la masa de naves espaciales desechadas. La más pequeña de esas ruinas se erguía sobre la nave donde viajábamos tal como un traeki adulto se yergue sobre un excremento de pollo gregario.

—Me pregunto si algunas naves de los ancestros están en esta pila —se preguntó Huck—. Las que trajeron a los fundadores. La Laddu'kek o la Tabernáculo.

—Imfrobable —respondió Ur-ronn en ánglico—. No lo olvides, estamos en la Grieta. Esto es sólo un desfiladero lateral del Sumidero. Es frobable que nuestros ancestros arrojaran sus naves en la grieta frincifal, donde cayó la mayor forción de basura buyur.

Esa idea me llamó la atención. ¿Un desfiladero lateral? ¿Una zona secundaria del Sumidero?

Claro que Ur-ronn estaba en lo cierto, pero la imagen era perturbadora. ¡Qué cantidad asombrosa de material debieron arrojar en la grieta principal, a través de las edades! Suficiente para poner a prueba aun la potencia recicladora de las placas trituradoras de Jijo. Con razón los nobles galácticos aislaban ciertos mundos durante diez millones de años o más. Debía necesitarse ese tiempo para que un planeta

dirigiese cada plato de objetos fabricados por seres sapientes, derritiéndolos para reintegrarlos a la naturaleza.

Pensé en el transporte de escoria de mi padre, impulsado por mástiles crujientes, su bodega llena de cosas que los exiliados no podemos reciclar. Al cabo de dos mil años, todos los desechos que los irruptores enviamos al Sumidero ni siquiera se verían en medio de este montículo de naves sumergidas.

¡Qué ricos debían ser los buyurs y los otros dioses para arrojar tamaña fortuna! Algunas naves abandonadas eran tan inmensas como para engullir cada casa, khuta o chabola construida por las Seis Razas.

Entrevimos oscuros portales, torres y cien detalles más, reparando en un dato doloroso: esos sombríos colosos habían sido enviados aquí para descansar en paz. Su sueño no estaba destinado a ser turbado por gentes como nosotros.

Nuestro descenso en el arrecife de naves muertas se volvió alarmante. ¿Alguno de los otros notaba que estábamos bajando a toda velocidad?

—Quizá vivan aquí —especuló Pinzón mientras nos dirigíamos hacia una ruina retorcida y ovalada, de la mitad del tamaño del puerto de Wuphon.

—Quizá los phuvnthus estén hechos con partes de viejas máquinas arrojadas aquí —reflexionó Huck—. Y ellos se arman a partir de lo que encuentran. Así como esta nave donde viajamos está hecha con toda suerte de desechos...

—Quizá fueran sirvientes de los buyurs... —interrumpió Ur-ronn—. O una raza que vivió aquí aun antes. O una raza de mutantes, Como en ese cuento de...

—¿Alguno ha pensado en la idea más simple? —intervine—. ¿Que sean como nosotros?

Mis amigos me miraron y me encogí de hombros, al estilo humano.

—Quizá los phuvnthus también sean irruptores. ¿No lo habéis pensado?

Me respondieron con un significativo silencio. Era como haber sugerido que nuestros anfitriones eran bestias noor.

Bien, nunca me las di de lumbrera, y menos cuando estaba muerto de dolor.

Carecíamos de todo sentido de la perspectiva, de toda manera de saber a cuánta distancia estábamos y a qué velocidad avanzábamos.

Huck y Pinzón murmuraban nerviosamente mientras nuestra nave se precipitaba hacia la montaña de naves a gran velocidad, los motores marcha atrás.

Creo que todos saltamos cuando una enorme lámina de metal corroído se deslizó a un lado, sólo duras antes de una colisión. Nuestra nave entró en un boquete de esa montaña de escoria, un corredor compuesto por cascos de naves espaciales que atravesaba una enorme pila de chatarra interestelar.

ASX

Leed la cera recién solidificada, anillos míos.

Ved cómo las gentes de las Seis Razas se dispersaron, derribando pabellones y llevándose a los heridos, huyendo ante la inminente llegada de la nave rothen.

Nuestro sabio mayor, Vubben de los g'Keks, recitó del Rollo de los Portentos un pasaje que advierte contra la desunión. Las Seis Razas deben esforzarse más que nunca para pasar por alto sus diferencias de forma y caparazón. De carne, cuero y torg.

—Id a casa —dijimos los sabios a las tribus—. Cuidad vuestras pérgolas, vuestras telas de camuflaje. Vivid cerca del suelo, en los lugares protegidos de Jijo. Estad dispuestos para pelear si podéis. Para morir si debéis.

Los celotes, que originalmente provocaron esta crisis, sugirieron que la nave rothen debía tener medios para rastrear a Ro-kenn y sus lacayos, oliendo las ondas cerebrales o las implantaciones corporales de nuestros prisioneros.

—Para una mayor seguridad, arrojemos sus huesos en lagos de lava.

Una facción opositora llamada «amigos de los rothens» exigió la liberación de Ro-kenn y la sumisión a su voluntad de dios. No sólo había humanos, sino qheuens, g'Keks, hoons e incluso algunas urs, agradecidas por las curas o tratamientos recibidos en la clínica de los alienígenas. Algunos creen que la redención puede ganarse en esta vida, sin seguir el largo camino recorrido por los glávvers.

Por último, otros ven este caos como una oportunidad para zanjar viejas querellas. Los rumores hablan de anarquía en otras partes de la Cuesta. De muchos objetos valiosos derribados o incendiados.

¡Tal diversidad! La misma libertad que alienta a un pueblo vital también dificulta mantener un frente unido. ¿Las cosas serían diferentes si tuviéramos un orden disciplinado, como el estado feudal de las reinas grises de antaño?

Es demasiado tarde para lamentaciones. Sólo queda tiempo para improvisar, un arte que no goza de aprobación en las Cinco Galaxias, por lo que sabemos.

Entre pobres salvajes, puede ser nuestra única esperanza.

Sí, anillos míos. Ahora podemos recordar todo eso.

Acariciad esta cera, y observad las caravanas que parten hacia las llanuras, los bosques y el mar. Nuestros rehenes son enviados a sitios donde ni siquiera el avizor escrutinio de una nave estelar podría encontrarlos. El sol huye y las estrellas pueblan el vasto territorio llamado universo. Un reino negado para nosotros, que nuestros enemigos recorren a voluntad.

Algunos se quedan, esperando la nave.

¿Votamos, verdad? Los anillos que constituyen Asx nos ofrecimos para quedarnos. Nuestra voz conjunta hablaría a los enfadados alienígenas en nombre de la

Comuna. Apoyando nuestro toroide basal en dura piedra, pasamos el tiempo escuchando las complejas emisiones del Huevo Sagrado, vibrando en nuestro núcleo grasiento con extrañas fluctuaciones.

Ay, anillos míos, ninguno de estos recuerdos recobrados explica nuestro estado actual. ¿Qué shock sufrimos, para que nos impulsara al ensimismamiento, cerrando toda senda neural hacia el mundo externo? Sólo el tufo del miedo nos recuerda que debe haber sucedido algo terrible.

Veamos aquí. ¿Qué es esta senda cerosa recién congelada?

¿Detectáis allí los contornos titilantes de una gran nave del espacio? ¿Rugiendo en el mismo lugar del ciclo que el sol acaba de abandonar? ¿O es el sol, que ha regresado para revolotear furiosamente sobre el suelo del valle?

La gran nave escruta el valle con sus haces, buscando rastros de los suyos.

Sí, anillos míos. Seguid este ceroso recuerdo. ¿Estamos por redescubrir la causa del terror?

LARK

El verano era aplastante en los Linderos, y consumía los bordes de glaciares mucho más antiguos que las seis razas exiliadas. Crujientes cargas de estática borroneaban las altas cuestas cuando un sinfín de tallos de hierba se elevaban al cielo como tentáculos desesperados. Un sol intenso alternaba con chubascos, cortinas de agua que ondulaban colina arriba, empapando las laderas con láminas continuas, trepando hasta que coronas irisadas cubrían las cimas, erizadas con relámpagos vibrantes.

Reverberaciones compactas rodaban desde las cumbres hasta la costa de un lago venenoso donde los hongos cubrían una extensión de cuarenta hectáreas de lianas crujientes. Ese sitio, antaño un puesto de avanzada de la cultura galáctica, era ahora un amontonamiento de losas de piedra borradas por los abrasivos siglos. El valle apestaba a aromas acres, mientras néctares cáusticos surgían del lago o goteaban por incontables poros.

El sabio más nuevo de la Comuna de Jijo cogió musgo amarillo de un cable decadente, uno de los miles que antes constituían el cuerpo de una criatura de medio millón de años, la araña reductora responsable de demoler este antiguo emplazamiento buyur, devolviéndolo gradualmente a la naturaleza. Lark había visto ese lugar por última vez a fines del invierno, buscando frenéticamente entre los remolinos de nieve las huellas de Dwer y Rety, que huían de la furia de la muerte de esa araña. Las cosas habían cambiado allí desde esa frenética liberación. Habían recogido gran cantidad de cable reductor para un proyecto reciente que nadie se molestó en explicar cuando designaron a Lark. Muchos restos estaban cubiertos por esta pátina pegajosa.

—Spirolegita carióla —murmuró, nombrando la especie mientras frotaba una muestra entre dos dedos. Era una variedad desviada de la carióla. Ese lugar extraño y pestilente parecía especializarse en mutaciones.

Me pregunto qué me hará este lugar... qué nos hará a todos... si nos quedamos aquí mucho tiempo.

Él no había pedido esa misión. Ser un carcelero. El solo título lo hacía sentir menos limpio.

Una retahíla de sílabas incomprensibles le hizo mirar hacia un dosel de tela que cubría un espacio entre rocas delgadas.

—Es un selector clensionante para refindular el exceso de torg...

La voz venía de las sombras del interior, una voz femenina y enérgica, aunque ahora un poco apagada, teñida de resignación. Se oyeron ruidos cuando arrojaron el objeto a una pila y recogieron otro para examinarlo.

—Sospecho que esto era un glannis truncator, usado tal vez en los ritos de una

secta chihánica... es decir, a menos que sea otro dispositivo buyur que parece nuevo.

Lark se cubrió los ojos para mirar a Ling, la joven científica nacida en el cielo, y servidora del dios estelar rothen, para quien él había trabajado como «guía nativo» durante muchas semanas, hasta que la Batalla del Valle invirtió sus posiciones en cuestión de segundos. Desde esa inesperada victoria, los sabios supremos le habían encomendado que la custodiara, un deber que él no había pedido, aunque significara un ascenso.

Ahora soy un médico brujo de alto rango entre salvajes, pensó con irritación. Sumo carcelero de prisioneros alienígenas. Y tal vez verdugo. Prefería no pensar en esa posibilidad. Lo más probable era que Ling fuera canjeada con sus camaradas danik-rothen en algún trato elaborado por los sabios. O bien hordas de invencibles robots la rescatarían en cualquier momento, dominando al pequeño destacamento de espadachines de Lark como una manada de osos santi apartando a los zumbones defensores de un árbol de miel zil.

De cualquier modo, quedará libre. Ling podrá vivir otros trescientos años en su mundo natal, en las Cinco Galaxias, contando anécdotas exageradas sobre su aventura entre los atrasados bárbaros de una colonia ilícita y lamentable. Entretanto, lo mejor que podemos esperar los salvajes es la pura supervivencia. Tratar de seguir alimentándonos del pobre y cansado Jijo, considerándonos dichosos si algunos de los Seis al fin logran sumarse a los glávvers en la Senda de la Redención. El camino hacia el júbilo del olvido.

Lark prefería terminarlo todo de manera noble y heroica. Que los Seis de Jijo cayeran defendiendo ese mundo frágil, para que regresara a su interrumpido descanso.

Ésa era su propia herejía. La creencia ortodoxa sostenía que las Seis Razas eran pecadoras, pero podían mitigar su ofensa viviendo en paz en Jijo. Pero Lark lo consideraba una hipocresía. Los colonos debían poner fin a su crimen, incruenta y voluntariamente, cuanto antes.

No había disimulado su actitud radical, así que le desconcertaba que los sabios supremos le confiaran tanta autoridad.

La mujer alienígena ya no usaba el traje rutilante de su clan estelar danik, esa furtiva banda de humanos que adoraban a los señores rothens. En cambio, vestía una blusa abolsada y una falda casera jijoana.

Aun así, a Lark le costaba no admirar su angulosa belleza. Se decía que los humanos del cielo podían comprar una nueva cara sin siquiera pensarlo. Ling sostenía que no se interesaba en esas cosas, pero ninguna mujer de la Cuesta se le comparaba.

Bajo la atenta mirada de dos cabos de la milicia, Ling se sentó con las piernas cruzadas, examinando reliquias dejadas por la araña reductora muerta, extrañas formas metálicas envueltas en capullos dorados semitransparentes, como arcaicos

insectos atrapados en ámbar. Restos de los buyurs, los últimos ocupantes legales de este mundo, que habían partido medio millón de años atrás, cuando Jijo fue declarado un mundo en barbecho. Una multitud de cápsulas ovoides de preservación yacían desparramadas en la costa del lago ceniciento. En vez de disolver todo indicio de habitación pasada, la araña reductora había optado por robar las reliquias. Coleccionarlas, si Lark debía creer la increíble historia que le había contado su hermanastro Dwer.

Los lustrosos revestimientos lo ponían nervioso. La misma sustancia, secretada por los conductos porosos de la araña, casi había sofocado a Dwer y Rety, la muchacha irruptora salvaje, la misma noche en que dos robots alienígenas se enfrentaron, incendiando un marasmo viviente de lianas corrosivas, terminando con la larga y loca vida de la araña. Ese material dorado tenía una textura singular, como si un líquido extraño gorgoteara bajo vainas de cristal sólido.

—Topórgico —había llamado Ling al material lustroso, en uno de sus momentos amables—. Es muy raro, pero he oído historias. Se dice que es un sustrato pseudomaterial constituido por tiempo plegado orgánicamente.

Si eso quería decir algo. Parecía una de esas cosas que diría Sara, tratando de explicar su amado mundo matemático. Como biólogo, a Lark le resultaba exótico que una criatura viviente secretara «tiempo plegado» por sus conductos.

Cuando terminaba de examinar una reliquia, Ling se encorbaba sobre un fajo del mejor papel de Lark para tomar notas, concentrándose como si cada letra fuera una obra de arte. Como si nunca hubiera cogido un lápiz, pero hubiera jurado dominar esa nueva habilidad.

Como viajera galáctica, manejaba caudales de información, manipulando pantallas multidimensionales, seleccionando datos sobre el complejo ecosistema de este mundo, buscando por encargo de sus amos rothen un biotesoro digno de ser robado. Trabajar con notas manuscritas debía ser como pasar de velocidades interestelares al carro de madera de un traeki.

Es una profunda caída. De semidiosa a rehén de rústicos irruptores.

Esas diligentes notas debían distraerla de los acontecimientos recientes: ese día traumático, dos leguas bajo el nido del Huevo Sagrado, en que su base estalló y las masas de Jijo se rebelaron violentamente.

Pero Lark intuía algo más que distracción deliberada. Al garrapatear esas palabras, Ling obtenía la misma satisfacción que le había visto cuando realizaba bien cualquier acto sencillo. A pesar de su furia persistente, Lark consideraba esto digno de respeto.

Había leyendas folclóricas sobre las arañas reductoras. Se decía que algunas adquirirían extrañas obsesiones durante sus largos milenios de mascar monumentos de metal y piedra del pasado. En un tiempo Lark desdeñaba esas fábulas como

supercherías, pero Dwer había tenido razón en este caso. Había pruebas de que esta araña coleccionaba fetiches en esas incontables cápsulas, el mayor tesoro de chatarra galáctica de la Cuesta. Así esa insidiosa costa se convertía en sitio ideal para ocultar a un alienígena capturado, en caso de que la nave estelar contara con instrumentos que escudriñaran Jijo en busca de camaradas perdidos. Aunque habían investigado cabalmente a Ling, y requisado todas sus pertenencias, podía llevar en su cuerpo algún instrumento de rastreo, injertado mientras se criaba en un lejano mundo galáctico. En tal caso, el material buyur que había por aquí podría ocultar su presencia.

Había otras ideas.

Quizá los sensores humanos no penetren bajo tierra, propuso un técnico humano.

O bien, sugirió una herrera urs, un flujo de lava cercano puede despistar a los ojos alienígenas.

Habían llevado a los otros rehenes —Ro-kenn y Rann— a sitios similares, con la esperanza de retener por lo menos un prisionero. Valía la pena intentarlo todo. La vida de cada niño de los Seis estaba en juego. El trabajo que le habían encomendado a Lark era importante.

Pero él estaba disconforme y deseaba hacer algo más que esperar el fin del mundo. Los rumores decían que otros se preparaban para luchar contra los delincuentes de las estrellas. Lark sabía poco sobre armamento. Su especialidad era el flujo natural de las especies vivientes. Aun así, los envidiaba.

Un burbujeo gemebundo lo llevó al otro extremo de la tienda, donde su amigo Uthen yacía como un montículo quitinoso y ceniciento. Lark cogió una improvisada aspiradora que había hecho con ramas de bu, vejiga de cerdo y savia reductora congelada. Insertó el pico en uno de los orificios de las patas del qheuen y bombeó, desplazando un fluido flemoso que amenazaba los tubos de ventilación de Uthen. Repitió el proceso en las cinco patas, hasta que su colega respiró con más facilidad. El qheuen elevó la cúpula central y su franja visual cobró brillo.

—Gracias, Lark... lamento ser... una carga...

Las voces salían de las patas sin coordinación, como si hablaran cinco pequeños qheuens. O como un traeki cuyos anillos oratorios hablaran cada cual por su cuenta. La fiebre de Uthen preocupaba a Lark. Sintió un nudo en la garganta y le costó responder con mentiras alentadoras.

—Sólo descansa, hermano. Pronto estaremos de vuelta en el campo, excavando fósiles e inventando más teorías para que tus madres se pongan azules de vergüenza.

Eso provocó una risa débil y crepitante.

—Hablando de herejías... p-parece que... t-tú y Harullen... os saldréis con la vuestra.

La mención del otro amigo qheuen gris de Lark le causó un doble pesar. Uthen

desconocía el destino de su primo, y Lark aún no quería decírselo.

—¿A qué te refieres?

—Parece que los incursores hallaron un modo de liberar Jijo de por lo menos una de las seis plagas...

—No digas eso —interrumpió Lark. Pero Uthen expresaba un pensamiento común. Su enfermedad desconcertaba al médico g'Kek que descansaba en el refugio vecino, los cuatro ojos caídos de agotamiento. La enfermedad asustaba a los milicianos. Todos sabían que Uthen había estado con Lark en la ruinosa base danik, hurgando entre cosas prohibidas.

—Lamenté que los celotes volaran la base alienígena. —Uthen tembló mientras recobraba el aliento—. Aun cuando los rothens intentaron usar mal nuestro Huevo Sagrado, enviando sueños falsos que separasen como cuñas a las Seis Razas... ni siquiera eso justificó el asesinato de forasteros.

Lark se enjugó un ojo.

—Eres más caritativo que la mayoría.

—Déjame terminar. Iba a decir que ahora sabemos qué se proponen los visitantes... algo peor que los sueños. Diseñar gérmenes para exterminarnos.

Conque Uthen había oído los rumores... o bien él mismo había llegado a esa deducción.

Guerra biológica. Genocidio.

—Como en La guerra de los mundos. —Era una de las novelas favoritas de Uthen—. Sólo que los papeles se han invertido.

La comparación de Lark provocó la risa del qheuen gris, un silbido desigual y jadeante.

—Siempre me identifiqué... con esos pobres marcianos...

La franja visual se enturbió, perdiendo la luz de la conciencia mientras la cúpula se hundía. Lark verificó la respiración de su amigo, y no la encontró peor. Uthen simplemente estaba cansado.

Tan fuerte, pensó, acariciando el caparazón. Nos imaginamos a los grises como los más recios. Pero la quitina no detiene un rayo láser. Harullen lo había descubierto. La muerte sorprendió al primo de Uthen durante la breve Batalla del Valle, cuando los milicianos de las Seis Razas vencieron a duras penas a los robots de Ro-kenn. Sólo la ventaja de la sorpresa les había permitido triunfar. Los alienígenas no comprendieron que esos salvajes podían tener libros que les enseñaran a fabricar armas de fuego, toscas pero potentes a poca distancia.

Pero la victoria llegó tarde para Harullen. Demasiado dedicado u obstinado para huir, el líder herético pasó sus últimos momentos apelando a la calma y la razón, gritando en cinco direcciones al mismo tiempo, rogando a todos que depusieran las armas y conversaran, hasta que un robot asesino lo despedazó poco antes de ser

destruido.

Habrá luto entre las matronas grises de Tarek, pens  Lark, apoyando ambos brazos en el caparazón de Uthen, apoyando la cabeza en la superficie moteada, escuchando los líquidos resuellos de su amigo, deseando de todo corazón poder hacer algo más.

La ironía era sólo uno de los muchos gustos amargos que sentía en la boca. Siempre pens  que, si llegaba el fin, las qheuens serían las últimas en caer.

EMERSON

Atraviesan rápidamente la campiña de Jijo, como si las misteriosas Amazonas temieran que cualquier demora pudiera frustrar sus esperanzas.

Mudo Emerson ignora adonde cabalgan con tanta prisa, y por Sara se vuelve en la silla para dirigirle una sonrisa alentadora. Pero rewoq de aprensión le rodean la cara, un nimbo de emoción que él puede leer tal como antes interpretaba letras en una pantalla con datos. Tal vez esas aprensiones deberían perturbarlo, pues necesita de ella en este mundo extraño y peligroso. Aun así, Emerson no se preocupa. Tiene muchas otras cosas en que pensar.

La humedad aumenta cuando la caravana vira hacia un sinuoso valle. Los aromas húmedos evocan recuerdos del pantano donde trajinó después del accidente, mutilado y dolorido. Pero Emerson no ahuyenta ese recuerdo. Agradece cualquier sensación que suscite evocaciones: un sonido, un olor, una imagen cualquiera.

Algunos redescubrimientos ya atraviesan un abismo de tiempo y pérdida, como si los hubiera extrañado largamente. Recuerda nombres que se asocian con rostros, e incluso breves jirones de hechos aislados.

Tom Orley, fuerte e inteligente. Buen olfato para los problemas. Y un día llevó problemas a la nave. Problemas suficientes para cinco galaxias.

Hikahi, una dulce delfín. Cordial amiga. Lanzándose al rescate de su amante y capitán. Perdida para siempre.

Toshio, con su risa añorada. Corazón firme. ¿Dónde estaba ahora?

Creideiki, el capitán. Sabio dirigente delfín. Mutilado como él.

Emerson se asombra de la similitud entre las lesiones de Creideiki y las suyas... pero la imagen provoca un relámpago de dolor tan desgarrador que el fugaz pensamiento se desvanece.

Tom, Hikahi, Toshio... Repite esos nombres, cada cual asociado con amigos que no ha visto en... bien... en mucho tiempo.

Otros recuerdos, más recientes, parecen más inaccesibles, más dolorosos.

Suessi... Tsh't... Gillian...

Pronuncia cada sonido varias veces, a pesar de la agotadora cabalgata y la dificultad para coordinar la lengua y los labios. Lo hace para conservar la práctica, pues de lo contrario nunca recobrará su familiaridad con el lenguaje, la facultad de articular palabras como cuando era un tío tan listo, antes que aparecieran esos horribles huecos en su cabeza y su memoria.

Algunos nombres llegan fácilmente, pues los aprendió después de despertar en Jijo, delirando en una casa arbórea.

Prity, la chimpancé que le enseña mediante el ejemplo. Aunque no habla, demuestra gran destreza para la matemática y la ironía gestual.

Jomah y Kurt, sonidos asociados con una versión joven y otra más vieja de la misma cara angosta. Un aprendiz y un maestro de un arte singular, destinado a eliminar las represas, ciudades y casas que los colonos ilegales construyeron en un mundo proscrito. Emerson recuerda que en Biblos, un archivo de libros de papel, Kurt mostró a su sobrino cargas explosivas bien colocadas que podían derrumbar la caverna, pulverizando la biblioteca. Si alguna vez se impartía la orden.

El fanático cautivo, Dedinger, cabalga detrás de los demoleedores, rasgos curtidos y tostados. Jefe de rebeldes humanos cuyas creencias Emerson no comprende, salvo que no predicen el amor hacia los visitantes del cielo. Mientras la partida apura la marcha, Dedinger mueve los ojos grises calculando su próxima maniobra.

Algunos nombres y lugares... estas expresiones ahora tienen sentido. Es un progreso, pero Emerson no se engaña. Sabe que conocía cientos de palabras antes de caer en este mundo. Una y otra vez discierne jirones de sentido en la jerga que hablan sus compañeros. Bocados que lo tientan sin satisfacerlo.

A veces el torrente se vuelve fatigoso, y se pregunta si la gente sentiría menos propensión a pelear si hablara menos, si pasara más tiempo mirando y escuchando.

Afortunadamente las palabras no son su único proyecto. Está la cautivadora familiaridad de la música, y durante los descansos hace juegos matemáticos con Prity y Sara, dibujando formas en la arena, ellas son sus amigas y su risa lo deleita.

Tiene una ventana más hacia el mundo.

Cuando puede soportarlo, Emerson se pone el *rewq* sobre los ojos, una pátina que transforma el mundo en salpicaduras de color. En sus viajes anteriores nunca vio una criatura semejante, una especie usada por las Seis Razas para interpretar las emociones. Si la usa demasiado tiempo, le provoca jaqueca. Aun así, encuentra fascinantes las auras que rodean a Sara, Dedinger y los demás. A veces parece que los colores comunican algo más que emoción, aunque aún no puede precisar qué es.

Emerson recuerda una verdad. Consejos tomados del turbio pozo del pasado, poniéndolo en guardia.

La vida puede estar llena de ilusiones.

SEGUNDA PARTE

Las Leyendas hablan de muchos textos preciosos que se perdieron una amarga noche durante un desastre sin parangón que algunos llaman La Noche de Los Fantasmas, cuando ardió una cuarta parte del archivo de Biblos. Entre los invalorable volúmenes que desaparecieron en ese cruel crepúsculo de invierno, un tomo mostraba imágenes de los buyurs, la poderosa raza cuyo arrendamiento de Jijo expiró hace cinco mil siglos.

Quedan pocos testimonios de esa calamidad, pero según algunos que miraron la colección de xenociencias antes del incendio, los buyurs eran seres macizos, semejantes a las ranas que se muestran en la página noventa y seis de La Guía de formas de vida orgánica terrícolas de Cleary, aunque con piernas elefantiásicas y ojos penetrantes. Tenían fama de ser maestros en la creación de formas de vida útiles, y eran célebres por su prodigioso ingenio.

Pero otras razas irruptoras ya sabían eso de los buyurs, tanto por las tradiciones orales como por los muchos organismos servidores que recorren los lugares de Jijo, tal vez aún buscando a sus antiguos amos. Al margen de estos fragmentos, nos queda muy poco de la raza cuya poderosa civilización habitó este mundo durante más de un millón de años.

¿Cómo se pudo perder tanto conocimiento en una sola noche? Hoy parece extraño. ¿Por qué no había copias de los valiosos textos que los primeros colonos humanos imprimieron antes de enviar su nave-furtiva al fondo del mar? ¿Por qué no guardar duplicados en toda la Cuesta, salvaguardando el conocimiento de todo peligro?

En defensa de nuestros ancestros, recordemos que eran tiempos de tensión, antes de la gran Paz o la llegada del Huevo. Las cinco razas sabientes ya presentes en Jijo (con exclusión de los Glábbers) habían llegado a un tenso equilibrio cuando el navío estelar Tabernáculo cruzó la polvorienta mirada de Izmunuti con su cargamento de terrícolas ilegales, la última oleada de colonos criminales que acuciaría un mundo perturbado. En aquellos días, eran frecuentes los combates entre los clanes urs y las altivas emperatrices qheuens, mientras que las tribus hoons luchaban entre si en su

continuo conflicto ético por los derechos civiles de los traekis. Los sabios supremos ejercían poca influencia, aparte de leer e interpretar los Rollos Parlantes, los únicos documentos existentes en la época.

En ese tenso clima llegó la última invasión de refugiados irruptores, que encontraron un inusitado nicho ecológico. Pero los colonos humanos no se conformaron con dedicarse a sembrar árboles como otro clan de analfabetos. En cambio, usaron los motores del Tabernáculo por última vez antes de hundirlo. Con esos divinos poderes construyeron la fortaleza de Biblos, talaron mil árboles y convirtieron su pulpa en libros impresos.

Este acto sorprendió tanto a las otras cinco razas que casi costó la vida a los colonos humanos. Las disgustadas reinas de Tarek sitiaron a los terrícolas, muy inferiores en número. Otros, igualmente ofendidos por lo que parecía una herejía contra los Rollos, se contuvieron sólo porque los sacerdotes se negaron a proclamar la guerra santa. Este escaso margen dio a los dirigentes humanos tiempo para negociar, para seducir a las tribus y detenerlos con consejos prácticos tomados de sus libros, sobornándolos con cosas útiles: suelas para las ruedas g'Kek; mejores velas para los capitanes hoons; y, para las herreras urd, el ansiado secreto del vidrio transparente.

Las cosas habían cambiado mucho pocas generaciones después, cuando la nueva clase de sabios y eruditos se reunió para afianzar la Gran Paz, escribiendo sus nombres en papel nuevo y enviando copias a cada villorrio de la Cuesta. La lectura se convirtió en hábito común, y ni siquiera la escritura se consideraba pecado.

Una minoría ortodoxa aún se opone al repiqueteo de las imprentas. Sostiene piadosamente que el alfabetismo alienta el recuerdo, y así el apego a las mismas veleidades que pusieron en problemas a nuestros ancestros. Debemos cultivar el distanciamiento y el olvido, declaran, para seguir la Senda de la Redención.

Quizá tengan razón. Pero en la actualidad pocos demuestran prisa por seguir a los glávvers en ese camino bendito. Todavía no. Primero debemos preparar nuestra alma.

Y las páginas de un libro, declaran los nuevos sabios, pueden alimentar la sabiduría.

Homer Auph-puthtwaoy,

La forja de la paz: un gutureo de meditación histórica

Streaker

KAA

Perdido, por obra de un destino implacable, en la costa de Ifni...

Perdido, y varado como una ballena encallada...

Perdido cinco veces...

Primero, aislado de la Tierra por alienígenas hostiles que odiaban mortalmente a los terrícolas en general y a los tripulantes del Streaker en particular, aunque Kaa nunca comprendió por qué.

Segundo, exiliado de su galaxia natal, desviado de su curso por un capricho del hiperespacio, aunque muchos tripulantes aún culpaban a Kaa, llamándolo «error del piloto».

Tercero, la nave estelar Streaker refugiándose en un mundo tabú, destinado a descansar de las mentes sapientes. Un refugio ideal, según algunos. Una trampa, según otros.

Cuarto, cuando los fatigados motores de la nave dejaron de operar, dejando al Streaker en un mundo fantasmal, en el rincón más oscuro del planeta, lejos del aire y la luz.

Y ahora esto, pensó Kaa. ¡Abandonado por una tripulación de renegados!

Claro que la teniente Tsh't no lo expresó así cuando le pidió que se quedara en un puesto de avanzada en compañía de tres voluntarios.

—Éste será tu primer comando importante, Kaa. Una oportunidad para mostrar de qué estás hecho.

Seguro, pensó. Sobre todo si me atraviesan con un arpón hoon, me arrastran a un barco y me abren en dos.

El día anterior se había salvado por poco. Seguía una de las naves nativas, tratando de averiguar su propósito y destino, cuando uno de mis jóvenes asistentes, Mopol, se adelantó siguiendo la estela del buque de madera, un pasatiempo favorito en la Tierra, donde los delfines seguían con frecuencia a los barcos. Pero aquí era tan tonto que Kaa ni siquiera había pensado en prohibirlo.

Cuando regresaron al refugio, Mopol presentó una excusa típica de leguleyo:

—Además no causé ningún daño.

—¿Ningún daño? ¡Dejaste que te vieran! —rezongó Kaa—. ¿No sabes que comenzaron a arrojar lanzas al agua en cuanto te saqué de ahí?

Mopol irguió el torso lustroso y el hocico ahusado en una actitud rebelde.

—Nunca vieron un delfín. Tal vez pensaron que era un pez local.

—Y eso seguirán pensando, ¿te enteras?

Mopol asintió ambiguamente, pero el episodio molestaba a Kaa.

Poco después, evaluando sus propios defectos, trabajó en el lodazal del fondo, injertando fibra óptica en un cable que había tendido el submarino Hikahi, en su viaje

de regreso al escondrijo del Streaker. La nueva cámara le permitiría espiar cómodamente la colonia hoon cuyos muelles y casas camufladas se encontraban a lo largo de la bahía. Ya podía informar que los intentos de ocultamiento estaban destinados a proteger la colonia de visitantes del cielo, no del mar. Esa información, creía Kaa, sería valiosa.

Aun así, no estaba entrenado para ser espía. ¡Maldición, él era piloto!

No había tenido mucha práctica durante los primeros días de la misión del Streaker, cuando languidecía a la sombra de Keepiru, el piloto principal, que siempre conseguía las misiones duras y brillantes.

Cuando Keepiru desapareció en Kithrup, junto con el capitán y otros, Kaa tuvo la oportunidad de practicar su destreza, para bien y para mal.

Pero ahora el Streaker no va a ninguna parte. Un barco encallado no necesita piloto, así que soy prescindible.

Kaa terminó el injerto. Estaba retrayendo los brazos del arnés cuando un destello plateado pasó a gran velocidad, ondulando frenéticamente. Sintió la bofetada del sonar mientras líquidas olas de retroceso le sacudían el cuerpo. Un tableteo de risa llenó los bajíos.

Admítelo, buscador de estrellas:
no me oíste ni me viste
salir de la oscuridad.

Kaa sabía que Zhaki se aproximaba, pero no quería desalentarlo en su práctica de las artes del sigilo.

—En ánglico —ordenó.

Pequeños dientes cónicos relucieron en una franja de sol oblicua mientras el joven Tursiops se enfrentaba a Kaa.

—¡Es mucho más fácil hablar trinario! A veces el ánglico me hace doler la cabeza.

Pocos humanos, escuchando este diálogo entre dos neodelfines, habrían comprendido los sonidos. Como el trinario, este dialecto subacuático consistía principalmente en gruñidos y tableteo. Pero la gramática era semejante a la del ánglico estándar. Y la gramática condiciona el modo de pensar de una persona, o así enseñaba Creideiki, cuando ese maestro de las artes keeneenk vivía entre los tripulantes del Streaker, guiándolos con su sabiduría.

Hace dos años que Creideiki nos dejó, abandonado con Orley y los demás cuando huimos de las flotas de combate en Kithrup. Pero lo echamos de menos todos los días, lo mejor que produjo nuestra especie.

Cuando hablaba Creideiki, uno olvidaba que los neodelfines eran seres toscos e

inconclusos, la raza sapiente más nueva y menos afianzada de las Cinco Galaxias.

Kaa trató de responder a Zhaki como imaginaba que lo haría el capitán.

—El dolor que sientes se llama concentración. No es fácil, pero permitió a nuestros instructores humanos llegar a las estrellas por su cuenta.

—Sí. Y mira de qué les sirvió —replicó Zhaki.

Antes que Kaa pudiera responder, el joven emitió la señal Necesito aire y salió disparado a la superficie, sin siquiera nadar en espiral para buscar peligro. Violaba las medidas de seguridad, pero la disciplina estricta parecía menos esencial a medida que pasaban los días jijoanos. Este mar era demasiado blando y amable para alentar la diligencia.

Kaa pasó ese detalle por alto y siguió a Zhaki a la superficie. Respiraron el dulce aire, cargado de promesas de lluvia. El ánglico requería otro dialecto cuando tenían los orificios nasales genéticamente modificados fuera del agua; a pesar de sus siseos y gorgoritos, se parecía más al lenguaje humano.

—De acuerdo —dijo Kaa—. Ahora el informe.

El otro delfín movió la cabeza.

—Los cangrejos rojos no sospechan nada. Están metidos en sus corrales. Sólo rara vez uno mira cuando nos acercamos.

—No son cangrejos. Son qheuens. Y he dado órdenes estrictas. No debías acercarte para que te vieran.

Consideraban que los hoons eran más peligrosos, así que Kaa tenía que reservarse esa parte de la misión de espionaje. Aun así, convenía con que Zhaki y Mopol fueran discretos mientras exploraban la colonia qheuen del borde del arrecife. Creo que me equivoqué.

—Mopol quería probar algunos manjares de los rojos, así que planeamos una distracción. Yo arreé un cardumen de esos peces de aletas verdes, los que saben como anguilas de los Sargazos, y los llevé hasta la colonia qheuen. ¿Sabes qué? Resulta ser que los cangrejos tienen redes saltarinas que usan justo para eso. En cuanto el cardumen estuvo dentro de sus límites, atraparon a esas criaturas y se llevaron todo el cardumen.

—Tienes suerte de que no te pillaran a ti también. ¿Qué hacía Mopol, entretanto?

—Mientras los rojos estaban ocupados, Mopol registró los corrales de los cangrejos. —Zhaki rió con deleite—. Te guardé uno, de paso. Son deliciosos.

Zhaki llevaba un mini arnés sujeto al flanco, con un brazo manipulador que se plegaba cuando nadaba. A una señal neural, la mano mecánica se metió en su morral cosido y extrajo una criatura sinuosa, entregándosela a Kaa.

¿Qué debo hacer? Kaa miró la criatura que se retorció. ¿Aceptarla sólo alentaría la indisciplina de Zhaki? ¿O el rechazo sólo presentaría a Kaa como empecinado e irracional?

—Esperaré a ver si te cae bien —le dijo al joven. No debían experimentar con la fauna nativa con sus propios cuerpos. A diferencia de la Tierra, la mayoría de los ecosistemas planetarios eran mezclas de especies de las Cinco Galaxias, introducidas por razas cuyo arrendamiento podía durar diez millones de años. Hasta ahora, muchos de los ictioides locales eran nutritivos y sabrosos, pero la próxima bestia que cazaran podía vengarse envenenándolos.

—¿Dónde está Mopol?

—Haciendo lo que nosss dijeron —dijo Zhaki—. Observando cómo los cangrejos rojos interactúan con los hoons. Hasta ahora lesss hemos visto llevar dos cargamentos de algas hacia el puerto. Regressaron con cargamentos de madera. Ya sabes, árboles talados.

Kaa asintió.

—Conque tienen comercio, tal como sospechábamos. Hoons y qheuens viviendo juntos en un mundo prohibido, ¿qué significará eso?

—Quién sabe. Si no fueran misteriosos, no serían interesantes. ¿Puedo volver con Mopol?

Kaa se hacía pocas ilusiones en cuanto a lo que sucedía entre los dos jóvenes delfines. Probablemente interfería con su trabajo, pero si presentaba el problema, Zhaki lo acusaría de ser un mojigato o, peor aún, de estar «celoso».

Si tan sólo fuera un auténtico líder, pensó Kaa. La teniente nunca me habría dejado a cargo...

—Sí, puedes ir —dijo—. Pero sólo para buscar a Mopol y regresar al refugio. Se está haciendo tarde.

Zhaki irguió el cuerpo sobre la cola.

Sí, oh exaltado.

Tu orden será obedecida

como las mareas obedecen a las lunas.

El joven delfín hizo una pirueta y se zambulló en el mar. Pronto su reluciente aleta dorsal hendía las encrespadas olas.

Kaa reflexionó sobre la ambigua insolencia de esa exclamación trinarria de Zhaki. En términos humanos —según la lógica de causa y efecto que la raza instructora había enseñado a sus pupilos delfines— el océano se hinchaba y se movía en respuesta a la atracción gravitatoria del sol y la luna. Pero había modos más antiguos de pensar, utilizados por los antepasados cetáceos mucho antes que los humanos manipularan sus genes. En aquellos días, no se cuestionaba que las mareas eran las fuerzas más poderosas. En la vieja religión primigenia, las mareas controlaban la luna, no al revés.

En otras palabras, la declaración trinaría de Zhaki era una insolencia rayana en la insubordinación.

Tsh't cometió un error, reflexionó Kaa, nadando hacia el refugio. Nunca nos debieron dejar solos aquí.

En el camino experimentó la principal amenaza para su misión. No lanzas hoons ni pinzas qheuen, ni siquiera naves de guerra alienígenas, sino Jijo mismo.

Uno podría enamorarse de este lugar. El sabor del océano lo llamaba, al igual que la textura aterciopelada del agua. Lo llamaba tal como las criaturas ictioides le demostraban respeto con su fuga, aunque hubiera podido atraparlas si deseaba.

Lo más seductor eran los ecos palpitantes que penetraban de noche por las paredes de la base, ritmos distantes, casi inaudibles. Turbadores, pero evocaban las canciones de las ballenas.

A diferencia de Oakka, el mundo verde-verde, o del terrible Kithrup, este planeta parecía tener un mar reverente. Un mar donde un delfín podría nadar en paz.

Y quizás olvidar.

Brookida esperaba cuando Kaa atravesó la cámara de presión, cuyo tamaño apenas alcanzaba para que un delfín por vez entrara en el refugio, una burbuja medio llena de agua y anclada al suelo oceánico. Contra una pared habían preparado un laboratorio para el geólogo y metalúrgico, un delfín mayor cuya fragilidad había aumentado a medida que el Streaker se alejaba cada vez más de su hogar.

Habían tomado las muestras de Brookida cuando el Hikahi siguió un velero hoon más allá de la plataforma continental, hasta una grieta abismal donde la nave procedió a arrojar el cargamento por la borda. Mientras cascos, toneles y cofres caían en el lodo, el submarino recogió algunos con sus fauces para analizarlos mientras regresaba a la base.

Brookida ya había encontrado lo que él llamaba «anomalías», pero ahora había algo más que entusiasmaba al científico.

—Recibimos un mensaje mientras no estabas. Tsh't oyó algo asombroso mientras se dirigía al Streaker.

Kaa asintió.

—Yo estaba aquí cuando lo anunció, ¿recuerdas? Encontraron un antiguo depósito, dejado por colonos ilegales cuando...

—Eso no es nada. —El viejo delfín estaba más animado que de costumbre—. Tsh't volvió a llamar diciendo que rescataron a un grupo de niños que estaban a punto de ahogarse.

Kaa pestañeó.

—¿Niños? No querrás decir...

—Ni humanos ni delfines. Pero espera a que te enteres de quiénes son... y de cómo llegaron aquí, bajo el mar.

Irruptores

ALVIN

Unos duras antes del impacto, parte de la pared de escombros comenzó a moverse. Un risco escabroso, consistente en cascos de naves estelares, se deslizó mágicamente, ofreciendo a la nave phuvnthu una cavidad larga y angosta.

Nos zambullimos entre esas paredes amenazadoras, apagando la luz del reflector y quedando en sombras. Los motores chirriaron y callaron.

Resonaron golpes metálicos contra el casco. Poco después se abrió la puerta de la cámara. Un brazo con pinzas nos indicó que saliéramos.

Varios phuvnthus aguardaban, criaturas insectoides con torsos metálicos y enormes ojos vidriosos y negros. Nuestros misteriosos salvadores, benefactores o captores.

Mis amigos trataron de ayudarme, pero los alejé.

—Vamos, chicos. Ya es bastante difícil manejar estas muletas sin vosotros alrededor. Vamos. Yo os seguiré.

En la intersección que conducía a mi vieja celda, quise girar a la izquierda pero uno de nuestros guías de seis patas señaló la derecha.

—Necesito mis cosas —le dije al phuvnthu más cercano. Pero hizo un gesto negativo con sus zarpas mecánicas, cerrándome el paso.

Maldición pensé, recordando la libreta y la mochila. Creí que volvería.

Una tortuosa marcha nos llevó a través de varias compuertas y largos corredores metálicos. Ur-ronn comentó que algunas soldaduras parecían «apresuradas». Admiré el modo en que ella se aferraba a su profesionalismo cuando se enfrentaba a una tecnología desconcertante.

No sé en qué punto salimos del dragón marino y entramos en la base, campamento, ciudad o colmena, pero llegó un momento en que los grandes phuvnthus parecían más relajados. Incluso llegué a oír esa ondulación saltarina que una vez tomé por habla. Pero no había tiempo para escuchar atentamente. Sólo moverme hacia delante, dando un paso cada vez, significaba combatir contra oleadas de dolor.

Al fin llegamos a un corredor que tenía un aire de permanencia, con paredes claras y una iluminación tenue que parecía llegar desde el techo. Este pasaje se curvaba hacia arriba en ambas direcciones, hasta perderse de vista a un cuarto de tiro de flecha a ambos lados. Parecía que estábamos en un enorme círculo, aunque no me imaginaba para qué podía servir ese extraño pasadizo.

Aún más sorprendente era el comité de bienvenida. De inmediato nos enfrentamos a un par de seres que no podían ser más diferentes que los phuvnthus, salvo porque tenían seis extremidades. Se erguían sobre el par posterior, vestidos con túnicas plateadas, extendiendo cuatro manos escamosas y membranosas en un gesto

que interpreté como una bienvenida. Eran pequeños, y se elevaban apenas por encima de mis rodillas superiores, o del quitinoso caparazón de Pinzón.

Una espumosa corona de fibras húmedas y rizadas coronaba sus ojos bulbosos. Con rápidos chillidos nos indicaron que los siguiéramos, mientras los phuvnthus grandes se retiraban con evidente avidez.

Los cuatro wuphonitas nos consultamos con una mirada e hicimos un gesto qheuen de indiferencia. Nos volvimos para seguir en silencio a nuestros nuevos guías. Huphu ronroneaba sobre mi hombro, mirando a los pequeños seres, y juré soltar las muletas y aferrar a la noor si intentaba saltar sobre uno de nuestros anfitriones. Dudaba que estuvieran tan indefensos como parecían.

Todas las puertas del pasillo estaban cerradas. Al lado de cada puerta había algo parecido a un papel pegado a la pared, siempre a la misma altura. Uno de los ojos de Huck señaló los improvisados adhesivos y parpadeó en Morse.

«Secretos debajo.»

Entendí a qué se refería. Nuestros anfitriones no querían que leyéramos los letreros. Eso implicaba que usaban uno de los alfabetos conocidos por los Seis. Sentí la misma curiosidad que Huck, pero me dispuse a detenerla si intentaba arrancar un adhesivo. Hay momentos para ser impulsivo, pero ése no era uno de ellos.

Una escotilla se abrió con un susurro y nuestros guías nos indicaron que entráramos.

Unas cortinas dividían una cámara grande en cubículos paralelos. También entreví una gran hilera de máquinas brillantes, pero no me fijé mucho en ellas por lo que después apareció frente a nosotros.

Los cuatro nos paramos en seco frente a un cuarteto de criaturas conocidas: una urs, un hoon, un qheuen rojo y una joven g'Kek.

Imágenes de nosotros mismos, comprendí, aunque claramente no eran reflejos. Por lo pronto, podíamos ver a través de ellas. Y mientras mirábamos, cada figura nos hacía gestos indicándonos un recoveco con cortinas.

Después del shock inicial, noté que las imágenes no eran retratos perfectos. La versión urs tenía una pelambre perfecta, y mi imagen hoon estaba erguida, sin una abrazadera en la espalda. ¿Era significativa la diferencia?

La caricatura hoon me sonrió a la antigua, moviendo el saco laríngeo, sin esa mueca labial que los hoons jijoanos añadieron con la llegada de los humanos.

—Sí, seguro —masculló Huck, mirando a la g'Kek que la imitaba, cuyas ruedas relucían—. Se nota que son irruptores, Alvin.

Hice una mueca. Así que me había equivocado. No tenía caso insistir.

—Hrrrm, cállate, Huck.

—Estas son froyecciones holográficas —dijo Ur-ronn en inglés, el único idioma jijoano apto para ese diagnóstico. Las palabras venían de libros humanos heredados

de la Gran Edición.

—Lo que digas —añadió Pinzón, mientras cada fantasma se introducía en una celda con cortinas—. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Qué opción tenemos? —murmuró Huck—. Cada uno de nosotros sigue a uno de ellos, y nos vemos al otro lado.

Con un andar desigual, siguió a la imagen de la g'Kek reluciente.

Una cortina se cerró detrás de ella.

Ur-ronn suspiró.

—Buenas aguas para ambos.

—Fuego y ceniza —respondimos cortésmente a la vez Pinzón y yo, mientras ella seguía a su caricatura.

El falso hoon me indicó que entrara en el cubículo de la derecha.

—Sólo nombre, rango y número de serie —le dije a Pinzón.

Exhaló un preocupado «¿Eh?» con los tres conductos de sus patas. Cuando miré hacia atrás, el ojo de su cúpula aún giraba indeciso, mirando hacia todas partes excepto al qheuen traslúcido que tenía enfrente.

Un tabique nos separó.

Mi silencioso guía hoon me condujo a un obelisco blanco que ocupaba el centro de la pequeña habitación y me indicó que apoyara los pies en una placa de metal. Cuando acerqué el rostro y el pecho a la superficie blanca, noté que era mullida. En cuanto apoyé los pies en la placa, la lámina comenzó a inclinarse, rotando hasta convertirse en una mesa, con mi pobre persona tendida encima. Huphu saltó de mis hombros lanzando quejas guturales, y gritó cuando un tubo surgió de abajo y se acercó a mi cara.

Supongo que pude haber tratado de resistirme, o de escapar, ¿pero qué sentido tenía? Cuando salió gas de color del tubo, el olor me recordó mis visitas infantiles a nuestra enfermería de Wuphon. La Casa de los Hedores, la llamábamos los niños, aunque nuestro boticario traeki era amable y si nos portábamos bien secretaba una golosina de un anillo superior.

Recuerdo que al perder la conciencia esperaba que también esa vez me obsequiaran con una sabrosa golosina.

—Buenas noches —murmuré mientras Huphu parloteaba y gemía. Luego todo se puso negro.

ASX

Acariciad la fresca cera, anillos míos, caliente con noticias del tiempo real.

Aquí... seguid este bramido, un ensordecedor grito de consternación que resuena en picos escarchados, haciendo temblar bosques de macizos bu.

Sólo instantes antes, la nave rothen sobrevolaba majestuosamente su estación en ruinas, escrutando el valle en busca de señales de sus perdidos compañeros de esporas, los miembros que faltaban de la tripulación.

La palpitante nave parecía furiosa, cavilosa y amenazadora, dispuesta a la venganza.

Pero yo/nosotros nos quedamos donde estábamos, ¿verdad, anillos míos? El deber hizo que esta pila traeki, delegada por el Consejo de los Sabios para parlamentar con los señores rothen, permaneciera en su sitio.

Otros también se quedaron, caminando por el pisoteado terreno del festival. Curiosos, o los que por motivos personales deseaban ofrecer su lealtad a los invasores.

Así que yo/nosotros no fuimos los únicos en presenciar lo que siguió. Había varios centenares presentes, mirando pasmados mientras la nave rothen sondeaba el valle con sus rayos, escrutando las vigas derretidas de su base destruida.

Luego se oyó ese sonido abrupto y espantoso. Un grito que aún hierve, sin congelar, en nuestro núcleo grasiento. ¡Una exclamación de angustia y espanto que llegaba de la nave!

¿Recordaremos más? ¿Nos atreveremos a seguir esta senda cerosa? ¿Aunque despida su doloroso y líquido calor?

Sois valientes, anillos míos.

Mirad la nave rothen, súbitamente bañada de luz.

Un resplandor actínico se derrama sobre ella, irradiado por una nueva entidad que brilla como el sol ardiente. No es un sol, sino otra nave del espacio. Una nave increíblemente más grande que la ladrona de genes, irguiéndose sobre ella como un traeki adulto sobre un anillo recién vlennado.

¿Creeremos a la cera? ¿Podría existir algo tan enorme y poderoso como esa luminosa montaña que sobrevuela el valle como una cabeza de tormenta? La atrapada nave rothen emite un ruido espantoso y áspero, procurando escapar del titán recién llegado. Pero la cascada de luz presiona con fuerza, derramándose en el valle como una sustancia física. Como una franja sólida, el haz empuja la nave rothen hacia abajo hasta que su vientre raspa el herido suelo de Jijo.

Un diluvio de color azafrán rodea el crucero rothen, cubriéndolo con capas cada vez más gruesas, como gotas de savia que se enfría.

Pronto la nave rothen queda aprisionada. Hojas y ramillas parecen apresadas en el

aire, inmóviles junto al casco cubierto de oro.

Y arriba revolotea una nueva fuerza. Leviatán.

Las crudas luces se opacaron.

Entonando una canción de abrumador poder, el titán descendió, como otra montaña bajando a ocupar su sitio en los Linderos. Una piedra del cielo, triturando roca y dando nueva forma al valle con su peso aplastante.

Ahora el hilillo de cera cambia de curso. La esencia derretida de una pena destilada sigue una nueva dirección.

¿Su rumbo, anillos míos? Un precipicio. Al infierno.

RETY

Rety pensaba en su pájaro. El pájaro brillante, tan vivo, tan injustamente mutilado, como ella en su terca lucha por sobrevivir.

Todas sus aventuras comenzaron un día cuando Jass y Bom regresaron de una cacería alardeando de haber herido a una misteriosa criatura volante. Su trofeo —una magnífica pluma de metal— era el incentivo que ella había esperado. Rety lo tomó como un presagio que confirmaba su decisión de marcharse. Una señal de que era hora de abandonar su harapienta tribu y buscar una vida mejor.

Supongo que todos buscan algo, pensó, mientras el robot seguía otra curva del desolado río, girando hacia el último destino conocido de la nave de Kunn. Rety perseguía el mismo objetivo, pero también lo temía. El piloto danik podía ser rudo con Dwer. Y quizá juzgara a Rety por sus muchos fracasos.

Juró reprimir su carácter y suplicar si era necesario. Con tal de que las gentes de las estrellas cumplan su promesa y me lleven consigo al irse de Jijo. ¡Tienen que hacerlo! Yo les di el pájaro. Rann dijo que era una clave para ayudar a los daniks y sus señores rothen en la búsqueda...

Tropezó en sus pensamientos.

¿Búsqueda de qué? Deben necesitar mucho lo que buscan para infringir la Ley Galáctica irrumpiendo en el lejano Jijo.

Rety nunca se había creído lo del «robo genético», la historia de que la expedición rothen venía en busca de animales que estaban al borde del pensamiento. Cuando uno se cría cerca de la naturaleza, buscando comida entre otras criaturas, pronto comprende que todos piensan. Bestias, peces... caray, algunos de sus primos incluso les rezaban a los árboles y las piedras.

La respuesta de Rety era... ¿y qué? ¿Un gallaiter sería menos pestilente si supiera leer? ¿O un kleb retozón sería menos repulsivo si recitara poesía mientras se revolcaba en el estiércol? A su entender, la naturaleza era ruin y peligrosa. Estaba harta de ella y con gusto la abandonaría para vivir en una brillante ciudad galáctica.

Rety no creía que la gente de Kunn hubiera surcado el espacio para enseñar a hablar a algunas criaturas.

¿Cuál era el verdadero motivo? ¿Y de qué tenían miedo?

El robot eludió las aguas profundas, como si sus campos de fuerza necesitaran roca o suelo para afirmarse. Cuando el río se ensanchaba y los tributarios se convertían a su vez en ríos, el avance resultaba imposible. Ni siquiera un largo desvío hacia el oeste ofrecía una salida. El robot zumbaba de frustración, rodeado por las aguas.

—¡Rety! —gruñó Dwer desde abajo—. ¡Háblale de nuevo!

—Ya le hablé, ¿recuerdas? Debes haberle estropeado las orejas en la emboscada,

cuando le arrancaste esa antena.

—Bien, inténtalo de nuevo. Dile que tal vez yo conozca un modo de cruzar un arroyo.

Rety miró a Dwer, atrapado por brazos que parecían serpientes.

—¿Antes trataste de matarlo y ahora le ofreces ayuda?

Él hizo una mueca.

—Será mejor que vagabundear aferrado de él hasta que caiga el sol. Me imagino que hay comida y medicamentos en la nave. Además he oído muchas cosas sobre estos humanos del espacio. ¿Por qué tú debes divertirte sola?

Rety nunca sabía si Dwer hablaba en serio o le gastaba una broma. Ni le importaba. Si la idea de Dwer resultaba útil, quizá Kunn lo tratara mejor.

Y también a mí, pensó.

—Está bien.

Rety le habló a la máquina, tal como le habían enseñado.

—¡Robot cuatro! ¡Oye y obedece! Te ordeno que desciendas para que podamos deliberar sobre cómo atravesar este río. El prisionero dice que tiene un modo de hacerlo.

El robot no respondió, sino que siguió volando entre dos puntos altos, buscando un vado. Al fin, sus vibrantes repulsores cambiaron de tono mientras sus brazos de metal bajaban a Dwer, dejándolo caer en una ribera musgosa.

El joven se quedó un rato gruñendo en el suelo. Boqueaba como un pez encallado.

La entumecida Rety bajó de la plataforma superior, haciendo una mueca de dolor al tocar el suelo. Sentía un doloroso hormigueo en ambas piernas, aunque Dwer debía sentirse peor. Se arrodilló y le tocó el codo.

—Oye, ¿estás bien? ¿Necesitas ayuda para levantarte?

Dwer tenía un destello de dolor en los ojos, pero lo negó con un gesto de la cabeza. Ella le rodeó el hombro con el brazo mientras él procuraba sentarse. La herida del muslo había dejado de sangrar.

El robot aguardó en silencio mientras el joven se levantaba penosamente.

—Tal vez pueda ayudarte a cruzar el agua —le dijo a la máquina—. Si lo hago, ¿cambiarás el modo de llevarnos? ¿Te detendrás para descansar y nos ayudarás a encontrar comida? ¿Qué dices?

Al cabo de una larga pausa estalló un estridente gorjeo. Rety había aprendido un poco de galáctico dos durante su tiempo de aprendizaje. Reconoció el sonido ascendente que significaba Sí.

Dwer asintió.

—No garantizo que mi plan funcione. Pero he aquí mi propuesta.

Era sencilla, casi obvia, pero Rety miró a Dwer de otra manera cuando él emergió

del río, goteando. El robot se acercó a Dwer y flotó sobre su cabeza, colocándose de tal modo que sus campos hacían contacto con el terreno.

Era como si Dwer usara un sombrero de ocho lados que flotaba sobre su cabeza como un globo. Tenía los ojos vidriosos y el cabello erizado cuando Rety lo ayudó a sentarse.

—Oye. —Lo codeó—. ¿Te sientes bien?

La mirada de Dwer parecía lejana. Al cabo de unos duras respondió:

—Creo que sí.

Ella sacudió la cabeza. Hasta Pies de Barro y Yi habían terminado su campaña de miradas mortíferas mutuas para mirar al hombre de la Cuesta.

—¡Eso fue tan raro! —comentó Rety. Le costaba decir «valiente», «emocionante» o «alocado».

Él torció la cara, como si sólo ahora los mensajes de su cuerpo magullado llegaran a su aturdido cerebro.

—Sí... fue todo eso. Y más.

El robot gorjeó. Rety supuso que ese triple sonido ascendente con una nota aguda al final significaba: Basta de descanso. ¡En marcha!

Ayudó a Dwer a sentarse en el asiento improvisado que el robot creó elevando los brazos. Esta vez, cuando reanudó su vuelo hacia el sur, los dos humanos iban al frente con Pies de Barro y el pequeño Yi, compartiendo el calor corporal en medio del crudo viento.

Rety sabía algo de esta región por las descripciones de esos cazadores presuntuosos, Jass y Bom. Era una comarca baja, llena de pantanos y entrecruzada por muchos ríos.

ALVIN

Me desperté con mareo, y borracho como un chimpancé que ha masticado hojas de ghigree. Pero al menos el dolor se había pasado.

La lámina blanda estaba debajo de mí, aunque noté que ya no estaba sujeto con correas ni tubos de metal. Moví la cabeza y vi una mesilla. Un cuenco blanco contenía varias formas familiares, vitales para los ritos hoons de la vida y la muerte.

¡Ifni!, pensé. Estos monstruos me han extirpado las vértebras.

Luego reflexioné.

Espera. Eres un niño. Tienes dos conjuntos. Más aún, ¿no debes perder el primero el año próximo?

Realmente era así de lento en mis reacciones. El dolor y las drogas causan ese efecto.

Mirando de nuevo el cuenco, vi todas mis vértebras infantiles. Normalmente, se hubieran aflojado con los meses, mientras las filosas vértebras adultas se afianzaban. El accidente debía haber aplastado ambos conjuntos, presionando los nervios y acelerando el proceso natural. Los phuvnthus debieron decidir que extraerían las vértebras viejas aunque las nuevas no estuvieran preparadas.

¿Actuaban por intuición o ya conocían a los hoons?

Una cosa por vez, pensé. ¿Sientes los garfios del pie? ¿Puedes moverlos?

Envié señales para retraer las vainas de las zarpas, y sentí la resistencia de la tela de la mesa. Hasta ahora todo iba bien.

Moví la mano izquierda y encontré un bulto liso que cubría mi columna vertebral, duro y elástico. Oí palabras. Una voz turbadoramente tersa, en galáctico siete.

—El nuevo dispositivo ortopédico te ayudará a soportar la tensión de tus movimientos hasta que se solidifiquen los vertebroides de tu nueva etapa. No obstante, es aconsejable que no te muevas de manera tan brusca.

El dispositivo me ceñía el torso, y era cómodo, a diferencia de la improvisada abrazadera que los phuvnthus me habían puesto antes.

—Por favor acepta mi gratitud —respondí en galáctico siete formal, apoyándome en el codo, mirando hacia otro lado—. Y mis disculpas por los inconvenientes que haya causado...

Me interrumpí. Donde esperaba ver a un phuvnthu, o uno de los pequeños anfibios, había una forma sinuosa y fantasmal como las proyecciones holográficas que habíamos visto antes, pero abstracta.

Una urdimbre giratoria de líneas complejas flotaba cerca de la cama.

—Ningún inconveniente —dijo la voz, que parecía surgir de la imagen giratoria—. Sentíamos curiosidad por lo que sucede en el mundo de aire y luz. Vuestra rápida llegada, la zambullida en un desfiladero submarino, cerca de nuestra nave

exploradora, nos pareció tan fortuita como nuestra presencia lo fue para vosotros.

Aun en mi aturdimiento, detecté una ironía múltiple en los comentarios de esa criatura sinuosa. Me recordaba grácilmente que los supervivientes del Sueño de Wuphon le debíamos algo... nuestra vida.

—Es verdad —admití—. Aunque mis amigos y yo no habríamos caído en ese abismo si alguien no se hubiera llevado el objeto que buscábamos en aguas menos profundas. Nuestra búsqueda nos hizo caer en el despeñadero.

La urdimbre de líneas movedizas cobró un nuevo matiz de color azul vibrante.

—¿Os declararéis dueños de la cosa que buscabais? ¿Es de vuestra propiedad?

Reflexioné, temiendo una trampa. Según los códigos de los Rollos, el tesoro que Uriel nos había mandado buscar no debía existir. O infringía el espíritu y la letra de la ley, que establecía que los colonos irruptores de un mundo prohibido debían atenuar su delito abandonando sus herramientas deíficas. Me alegró estar usando un dialecto formal, pues me obligaba a pensar con mayor atención que en nuestro dialecto local.

—Me declaro con derecho a inspeccionar ese objeto, y me reservo una opción para posteriores reclamaciones.

Ondas moradas invadieron la estructura giratoria, y casi podría jurar que se reía. Tal vez esta extraña entidad ya había sometido a mis amigos al mismo interrogatorio. Tal vez yo sepa expresarme —Huck dice que soy insuperable en galáctico siete— pero nunca afirmé que fuera el más brillante de nuestra pandilla.

—El asunto se puede discutir en otra oportunidad —dijo la voz—. Una vez que nos cuentes tu vida, y los hechos recientes del mundo de arriba.

Algo despertó en mí, ese instinto comercial latente en todo hoon. La habilidad para las bellas artes del regateo. Con mucho cuidado me senté, apoyando el peso en el aparato.

—Hrrm. Me pides que entregue lo único que tenemos para negociar... nuestra historia y la de nuestros antepasados. ¿Qué ofreces a cambio?

La voz hizo una buena imitación de un gutureo hoon.

—Mis disculpas. No pensamos que lo verías de ese modo. Vaya, ya me has dicho bastante. Ahora devolveremos tu información almacenada. Acepta nuestras disculpas por haber buscado acceso a ella sin autorización expresa.

Una puerta se abrió y una de las criaturas anfibias entró en el cubículo, trayendo mi mochila en sus cuatro brazos delgados.

Mejor aún, encima estaba mi precioso diario, marchito y doblado, pero aún era el objeto que yo más valoraba en el mundo. Le arrebaté la libreta, hojeando sus ajadas páginas.

—Quédate tranquilo —anunció el dibujo giratorio—. Nuestro estudio de este documento, aunque esclarecedor, sólo ha aguzado nuestro apetito de información. Tus intereses económicos no han sido afectados.

Pensé en eso.

—¿Leíste mi diario?

—Una vez más, disculpas. Parecía aconsejable, cuando procuraba comprender tus lesiones y el modo en que habías llegado a este mundo de húmeda oscuridad.

Una vez más, las palabras parecían llegar con capas de sentido e implicaciones que yo apenas comenzaba a entrever. En ese momento sólo quería terminar la conversación cuanto antes, y deliberar con Huck y los demás antes de continuar.

—Me gustaría ver a mis amigos —le dije a la imagen, pasando al inglés.

Pareció temblar, como si cabeceara.

—Muy bien. Les han informado que te esperen. Por favor, sigue a la entidad que aguarda en la puerta.

El pequeño anfibio esperó mientras yo bajaba al suelo, apoyando mi peso con sumo cuidado. Al principio sentí agujonazos, hasta que logré adaptarme al respaldo de ese aparato ortopédico. Cogí el diario, pero eché una mirada a mi mochila y el cuenco con mis vértebras.

—Esas cosas estarán seguras aquí —prometió la voz.

Eso espero, pensé. Mamá y papá todavía los quieren... suponiendo que alguna vez vuelva a ver de nuevo a Mu-phauwq y Yowg-wayuo... y especialmente si no los veo.

—Gracias.

El dibujo giró.

—Es un placer servirte.

Aferrando mi diario, seguí a la criatura. Cuando miré hacia atrás, la proyección giratoria se había ido.

ASX

Aquí está, al fin. La imagen que buscábamos ya se ha enfriado.

Sí, anillos míos. Es hora de otro voto. ¿Permaneceremos catatónicos, en vez de afrontar aquello que sin duda será una visión horripilante?

Nuestro primer anillo cognoscitivo insiste en el cumplimiento del deber, a pesar de la tendencia natural traeki a rehuir subjetividades desagradables. ¿Está convenido? ¿Seremos Asx, y afrontaremos la realidad? ¿Qué votáis, anillos míos?

Acariciad la cera...

Seguid los surcos...

Ved la llegada de la poderosa nave...

Entonando una canción de poder abrumador, la monstruosa nave desciende, aplastando los árboles del sur del valle, formando una represa con el río, llenando el horizonte como una montaña.

¿Podéis sentirlo, anillos míos? Premonición. Palpitando en nuestro núcleo con vapores acres.

En el flanco de la nave se abre una escotilla, tan grande que podría devorar una aldea entera.

Se recortan siluetas contra el interior iluminado.

Conos ahusados.

Pilas de anillos.

Parientes temibles que esperábamos no ver nunca más.

SARA

Sara evocaba con afecto la cabalgata de la noche, pues ahora los caballos iban a tal velocidad que sentía las posaderas como mantequilla.

Y pensar que cuando niña deseaba cabalgar como los personajes de los libros de cuentos.

Cuando disminuían la velocidad, ella miraba a las enigmáticas amazonas, que parecían tan cómodas encima de esas enormes bestias mitológicas. Se hacían llamar illias, y sus vidas habían sido un secreto por largo tiempo. Pero ahora la prisa las obligaba a viajar a campo abierto.

¿Será sólo para llevar a Kurt el demolidor adonde él quiere ir? Suponiendo que su misión sea vital, ¿por qué quiere mi ayuda? Soy una matemática teórica con cierta formación lingüística. Aun en matemática, estoy atrasada en siglos respecto de la Tierra. Para los galácticos sería apenas un chamán inteligente.

El grupo descendió a un terreno más bajo y empezó a atravesar asentamientos, al principio campamentos urs con talleres y corrales subterráneos, ocultos al cielo reluciente. Pero pronto recorrieron zonas más pobladas, con represas donde colmenas de qheuens azules cuidaban granjas subacuáticas. Pasando junto a un bosquecillo, encontraron que los «árboles» eran mástiles hábilmente plegados de barcos pesqueros hoons y botes khuta. Sara incluso vio una aldea de tejedores g'Kek donde árboles robustos sostenían rampas, puentes y veredas colgantes.

Al principio los asentamientos parecían desiertos, pero los corrales de aves estaban llenos, y los toldos de camuflaje recién remendados. El mediodía no es momento predilecto para salir, y menos cuando hay espectros siniestros en el cielo. Cualquiera que se levantara de la siesta sólo vería figuras que galopaban, oscurecidas por el polvo.

Pero la atención fue inevitable después, cuando miembros de las Seis Razas salieron de los refugios, gritando mientras las bestias y jinetes pasaban. Las graves illias no respondían, pero Emerson y el joven Jomah saludaban a los atónitos aldeanos, provocando algunos hurras vacilantes. Sara rió y se sumó a los saludos, transformando la procesión en una especie de desfile exótico.

Cuando las monturas parecían agotadas, las guías se internaron en una arboleda donde aguardaban dos mujeres más, vestidas con cuero.

Tenían un acento que Sara encontró llamativamente familiar. Una comida caliente aguardaba a la partida, junto con varias monturas nuevas.

Alguien es buen organizador, pensó Sara. Comió de pie, un potaje vegetariano y picante. Caminó para estirar los músculos.

La próxima etapa anduvo mejor. Una de las illias mostró a Sara un truco para flexionarse en los estribos y atemperar los saltos. Aunque agradecida, Sara seguía

intrigada.

¿Dónde ha vivido esta gente?

Dedinger, el profeta del desierto, miró a Sara a los ojos, ansioso de hablar del misterio, pero ella miró hacia otro lado. La atracción de su intelecto no compensaba su insufrible carácter. Sara prefería pasar sus momentos libres con Emerson. Aunque no hablara, el herido hombre de las estrellas tenía un alma bondadosa.

Las aldeas escaseaban al sur del Gran Marjal. Pero los traekis prosperaban allí, desde pilas altas y cultas, versadas en herboristería, hasta los quintetos, cuartetos y tercetos que consumían la materia decadente tal como sus antepasados debían hacerlo en un mundo natal olvidado, antes que una raza instructora los pusiera en el camino de la Elevación.

Para distraerse, Sara pensó en arcos geométricos, olvidándose del calor y el tedio en un mundo de parábolas y ondulaciones, libres del tiempo y la distancia. Cuando irguió la cabeza, atardecía y un ancho río fluía a la izquierda, con luces tenues reluciendo en la otra orilla.

—El Cruce de Traybold. —Dedinger echó una ojeada al asentamiento, camuflado con lianas—. Creo que los residentes han hecho lo correcto, aunque sea un inconveniente para viajeros como nosotros.

El nervudo rebelde parecía complacido. Eso intrigó a Sara. ¿Se referirá al puente? ¿Los lugareños lo habrán derribado, sin orden de los sabios?

Dwer, su hermano viajero, había descrito el puente del Gentt como una maravilla de disimulo, pues parecía un amontonamiento de árboles rotos. Pero ni siquiera eso satisfacía a los fanáticos de los Rollos.

A través de la penumbra crepuscular vio un desolado esqueleto de troncos carbonizados sobre los bancos de arena. Igual que en la aldea Bing. ¿Por qué los puentes atraen a los destructores?

Cualquier cosa fabricada por sapientes podía ser blanco del fanatismo.

Los talleres, represas y bibliotecas podían desaparecer. Seguiremos a los glávvers a su bendita oscuridad. Tal vez la herejía de Dedinger resulte acertada, y la de Lark equivocada.

Suspiró. La mía fue siempre la más improbable de todas. A pesar del cautiverio, Dedinger parecía confiar en el triunfo de su causa.

—Ahora nuestras jóvenes guías deberán pasar días tratando de contratar embarcaciones. Basta de apurarse y de postergar el Día del Juicio. Como si los demolidores y sus amigos hubieran podido cambiar el destino.

—Cállate —dijo Kurt.

—Siempre pensé que tu gremio estaría de nuestra parte cuando llegara el momento de abandonar las vanidades y seguir el camino de la redención. ¿No es frustrante prepararte toda la vida para demoler cosas sólo para contenerte en el

momento crucial?

Kurt miró hacia otra parte.

Sara esperaba que las mujeres se dirigieran hacia una aldea pesquera cercana. Los botes hoon podían tener tamaño suficiente para llevar un caballo por vez, aunque eso expondría a las illias a la curiosidad de muchos ciudadanos en leguas a la redonda. Para peor, los refuerzos Urunthai, o los simpatizantes de Dedinger, podrían tener tiempo para alcanzarlos.

Pero, para su sorpresa, el grupo se alejó de la carretera del río, dirigiéndose al oeste por una senda angosta a través de una tupida espesura. Dos illias se rezagaron para borrar los rastros de su paso.

¿Estaría su asentamiento en esa espesura?

Pero los cazadores y granjeros de varias razas sin duda habían explorado esa zona. ¡Un clan de Amazonas secretas no podía permanecer oculto durante más de cien años!

Desorientada en un laberinto de árboles y promontorios, Sara miraba atentamente al jinete que la precedía. No quería extraviarse en la oscuridad.

Ganando altura, el sendero llegó al fin a un apiñamiento de cerros, montes abruptos que rodeaban una depresión llena de matorrales. Por su simetría, Sara pensó en ruinas buyurs. O algo aún más antiguo. Pero se olvidó de la arqueología cuando algo le llamó la atención.

Un destello lejano hacia el oeste.

La ancha montaña se perfilaba como una cuña contra las estrellas. Cerca de la cima, estrías curvas brillaban con un fulgor rojo y naranja.

Lava. La sangre de Jijo. Un volcán. Sara parpadeó. ¿Era posible que ya hubieran llegado a...?

—No —se respondió—. Eso no es Guenn. Es la Montaña Ardor.

—Si ese fuera nuestro destino, Sara, las cosas serían más simples —dijo Kurt—. Pero las herreras del pico Ardor son conservadoras. No quieren participar en los entretenimientos y pasatiempos que se practican donde nos dirigimos.

¿Entretenimientos? ¿Pasatiempos? ¿Kurt trataba de desconcertarla con acertijos?

—No pensarás que nos dirigimos a...

—¿A la otra gran fragua? Sí, Sara. Llegaremos, no temas.

—¡Pero el puente está cortado! Luego hay desierto, y después de eso, el Flujo...

Calló cuando la caravana empezó a descender por una senda espinosa entre los cerros. Tres veces las Amazonas desmontaron para mover inteligentes barreras que parecían rocas o troncos de árboles. Al fin llegaron a un claro donde las guías saludaron a otro grupo de mujeres vestidas con cuero. Había una fogata, y un grato aroma a comida.

A pesar del día agotador, Sara logró desensillar su montura y cepillar a la cansada

bestia. Comió de pie, dudando que alguna vez volviera a sentarse.

Debería ver a Emerson. Cerciorarme de que tome su medicamento. Tal vez necesite una historia o una canción para calmarse después de todo esto.

Una pequeña figura se le acercó, chachareando nerviosamente.

No vayas agujero. Prity señaló con manos ágiles. Agujero temible.

Sara frunció el ceño.

—¿De qué agujero hablas?

La chimpancé cogió la mano de Sara, llevándola hacia varias illias que estaban cargando bártulos en un vehículo cuadrangular.

Una carreta, comprendió Sara. Una carreta grande, con cuatro ruedas en vez de las dos habituales. Le sujetaron caballos frescos, ¿pero para llevarla adónde? ¡No pensarían atravesar esa espesura!

Entonces vio a qué «agujero» se refería Prity, mirando el pie de un cerro. Una abertura con paredes lisas y suelo aplanado. Una franja delgada y reluciente atravesaba el centro del túnel, continuando cuesta abajo antes de perderse de vista.

Jomah y Kurt ya estaban encima de la carreta, con Dedinger amarrado detrás con una expresión de aturdimiento en su cara aristocrática.

Por una vez, Sara estuvo de acuerdo con el hereje.

Emerson estaba en la entrada del túnel y gritaba, como un niño explorando una caverna con el sonido de sus ecos. El hombre de las estrellas sonrió, más feliz que nunca, y quiso cogerle la mano. Sara la aceptó, inhalando profundamente.

Bien, apuesto a que Dwer y Lark nunca entraron en semejante sitio. Quizá yo aún sea la que tiene la mejor historia que contar.

ALVIN

Encontré a mis amigos en una cámara penumbrosa donde una niebla fría borroneaba los contornos. A pesar de mis muletas, mis torpes pisadas apenas hacían ruido mientras me aproximaba a las siluetas de Huck y Ur-ronn, con la pequeña Huphu acurrucada sobre el caparazón de Pinzón. Todos miraban hacia el lado contrario, estudiando un suave fulgor.

—¿Qué sucede? —pregunté—. ¿Éste es modo de saludar...?

Huck volvió uno de sus ojos hacia mí.

—De-acuerdo-nos-alegra-verte-pero-ahora-cállate-y-ven-aquí.

Pocos ciudadanos de la Cuesta podían compactar todo eso en una sola palabra de galáctico tres. Claro que su destreza no excusaba su grosería.

—Hrrrm. Lo-mismo-digo-ya-que-estás-demasiado-obsesionada-para-tratarme-con-cortesía —repliqué del mismo modo.

Noté cambios en mis compañeros. La piel de Ur-ronn relucía, las ruedas de Huck estaban realineadas y el caparazón de Pinzón estaba liso y remendado. Aun Huphu parecía lustrosa y contenta.

—¿De qué se trata? —insistí—. ¿Por qué todos miráis...?

Callé al ver donde estaban. Era un balcón sin baranda que asomaba sobre la fuente de ese fulgor pálido y esa niebla fría. Era un cubo —dos longitudes hoon por lado, con un color pardusco amarillento— aureolado por una bruma de su propia creación, sin más adornos que un símbolo calado en un lado.

Un emblema acaracolado con cinco brazos y un centro bulboso, todo cruzado por una reluciente línea.

Aunque la gente de la Cuesta ha caído mucho, y ha transcurrido mucho tiempo desde que nuestros antepasados viajaban como dioses estelares, ese emblema es conocido por todos nuestros críos. Inscrito en cada copia de los Rollos Sagrados, inspira reverencia cuando los profetas y sabios hablan de prodigios perdidos.

Ese obelisco escarchado sólo podía significar una cosa: que estábamos cerca de más conocimientos de los que nadie en Jijo podía reunir, ni siquiera imaginar. Si los tripulantes humanos de la nave-furtiva Tabernáculo hubieran seguido imprimiendo libros de papel hasta hoy, apenas habrían vertido una fracción del tesoro de conocimientos que teníamos ante nosotros, un tesoro que era anterior a muchas estrellas del cielo.

La Gran Biblioteca de la Civilización de las Cinco Galaxias.

Me han dicho que estos momentos pueden inspirar elocuencia a las grandes mentes.

—Cielos —comentó Pinzón.

Ur-ronn fue menos concisa.

—Las preguntas... —jadeó—. Las preguntas que podríamos hacer...

Codeé a Huck.

—Bien, tú dijiste que querías encontrar algo para leer.

Por primera vez en todos los años que la conozco, nuestra amiga rodante se quedó sin palabras. Sus tallos temblaban. El único sonido que emitió fue un suave suspiro.

ASX

Si tuviéramos ágiles pies para correr,
yo/nosotros podríamos usarlos ahora para escapar.

Si tuviéramos zarpas,
yo/nosotros podríamos cavar un agujero para ocultarnos.

Si tuviéramos alas,
yo/nosotros echaríamos a volar.

Careciendo de estas útiles facultades, los anillos de nuestra pila compuesta casi votan por retirarse para siempre, aislándose del mundo, negando el universo objetivo, esperando que lo intolerable desaparezca. No quiere irse.

Así nos lo recuerda nuestro segundo anillo cognoscitivo.

Entre las grasientas sendas de sabiduría que revisten nuestro añoso núcleo, muchas fueron tendidas después de leer libros cultos, o de entablar prolongadas discusiones con otros sabios. Estas sendas de cera filosófica concuerdan con nuestro segundo anillo. Por mucho que a un traeki le cueste aceptarlo, el cosmos no se desvanece cuando nos volcamos hacia dentro. La lógica y la ciencia parecen demostrar lo contrario. El universo continúa. Las cosas que importan siguen sucediendo, una tras otra. Aun así, es difícil mover nuestros trémulos anillos sensores para enfrentar el gigantesco acorazado que recientemente descendió del cielo, cuya mole parece llenar el valle y el cielo.

Más difícil es mirar por la escotilla del flanco de la gran nave, una abertura tan grande como el mayor edificio de Tarek.

Más difícil es mirar el peor de todos los espectáculos posibles, estos primos de quienes los traekis huimos tiempo atrás.

Terribles y fuertes, los poderosos jophurs.

Qué magníficos parecen esos relucientes anillos de savia, meciéndose en el portal iluminado, mirando sin piedad el herido valle que su nave deforma con su peso aplastante. Un valle poblado de delincuentes semianimales, una chusma mestiza, toscos descendientes de fugitivos. Exiliados que en vano creían que podrían eludir lo ineludible.

Nuestros conciudadanos murmuran atemorizados, azorados por la derrota del crucero rothen, ese poder que nos había espantado durante meses, ahora aplastado y encerrado en una luz mortífera.

Sí, anillos míos. Yo/nosotros intuimos que algunos conciudadanos —los rápidos y prudentes— pusieron los pies en polvorosa, retirándose aun antes que callaran los temblores del aterrizaje. Otros se dirigen neciamente hacia la nave gigantesca, impulsados por la curiosidad o la reverencia. Tal vez les cueste asociar las formas que ven con el peligro.

Inofensivo como un traeki, dice la expresión. A fin de cuentas, ¿qué amenaza puede haber en ahusadas pilas de anillos grasientos?

Ah, mis/nuestros pobres inocentes vecinos. ¡Estáis por descubrirlo!

LARK

Esa noche soñó con la última vez que vio la sonrisa de Ling, antes que el mundo de ambos cambiara para siempre.

Parecía un largo tiempo atrás, cuando peregrinaban a la luz de las lunas entre conductos volcánicos y peñascos abruptos, llevando la esperanza compartida y la reverencia por el Huevo Sagrado. Doce docenas de celebrantes vestidos de blanco constituían esa procesión —qheuens y g'Keks, traekis y urs, humanos y hoons— que subía por una senda oculta a su lugar sagrado. Y por primera vez los acompañaban visitantes del espacio exterior, un maestro rothen, dos humanos daniks y sus guardias robóticos, asistiendo para presenciar los ritos de unidad de una pintoresca tribu salvaje.

Soñó con el último momento apacible de esa peregrinación, antes que palabras extrañas y actos fanáticos despedazaran la hermandad.

Soñó con la sonrisa de Ling, cuando le anunció alegres nuevas.

Llegan naves, Lark. ¡Muchas naves! Es hora de llevaros a todos de vuelta a casa.

Dos palabras aún palpitaban como chispas en la noche. Danzando rítmicamente mientras él las buscaba en sueños.

Naves...

Hogar...

Naves...

Hogar...

Una palabra se desvanecía cuando la tocaba en sueños, no sabía cuál. Aferró la otra con fuerza, y su fulgor flamígero aumentó. Una luz extraña, liberándose de toda restricción. Atravesaba la carne y los huesos. Un fulgor esclarecedor que se ofrecía a mostrárselo todo.

Todo excepto...

Excepto que ella se había ido. Arrebatada por la palabra que se desvanecía.

Un aguijonazo despertó a Lark. Envuelto en la manta sudada, se aferró el pecho con la trémula mano derecha, sintiendo oleadas de dolor. Exhaló un largo suspiro mientras usaba la mano izquierda para abrir los dedos de la derecha, separándolos uno por uno. Algo cayó de su palma abierta...

Era el fragmento del Huevo Sagrado, el que había arrancado cuando era un niño rebelde, y que usaba desde entonces como penitencia. Mientras el sueño se disipaba, imaginó el pétreo talismán palpitando al ritmo de los latidos de su corazón.

Lark miró la lona de camuflaje, el claro de luna que brillaba más allá.

En Jijo permanezco en la oscuridad, pensó, ansiando ver una vez más el resplandor que llenaba su sueño. Una luz que parecía a punto de revelar paisajes distantes.

Ling le habló ese día, cuando un nervioso miliciano les llevó el almuerzo.

—Mira, esto es estúpido —dijo ella—. Ambos actuamos como si el otro fuera un engendro demoníaco. No tenemos tiempo para rencores, cuando tu gente y la mía están en curso de colisión.

Lark había pensado lo mismo, aunque ella parecía demasiado enfurruñada para hablarle. Ahora Ling lo miraba francamente a los ojos, como si ansiara compensar el tiempo perdido.

—Yo diría que ya hubo colisión —comentó.

Ella apretó los labios. Asintió.

—Es verdad. Pero estaría mal culpar a toda la Comuna por los actos de una minoría, actuando sin autoridad o...

Él rió con amargura.

—Aunque trates de ser sincera, todavía eres paternalista, Ling.

Ella lo miró un instante, cabeceó.

—De acuerdo. Tus sabios aprobaron el ataque de los celotes, post facto, al mantenernos prisioneros y amenazar con la extorsión. Es justo decir que ya estamos...

—En guerra. Es verdad, querida ex jefa. Pero dejas de lado nuestro *casus belli*. —Lark temía cometer un error gramatical, pero le gustaba demostrar que aun un salvaje podía usar un latinasgo—. Estamos luchando por nuestra supervivencia. Y ahora sabemos que los rothens se proponían cometer genocidio desde el principio.

Ling miró a un médico g'Kek que extraía un fluido nauseabundo de los conductos de un qheuen que yacía inconsciente en el fondo del refugio. Ella había trabajado con Uthen durante meses, evaluando las especies locales para una posible Elevación. La enfermedad del gris no era una abstracción.

—Créeme, Lark. No sé nada sobre esta enfermedad. Tampoco sé nada sobre la presunta treta de Ro-kenn, el intento de irradiar influencias psi a través del Huevo.

—¿Presunta? ¿Sugieres que nosotros podríamos tener la tecnología para lograr algo semejante e incriminarlo?

Ling suspiró.

—No desecho la idea del todo. Desde el principio los jijoanos jugaron con nuestros prejuicios. Nuestro empeño en veros como bárbaros ignorantes. Tardamos semanas en enterarnos de que todavía erais alfabetos... y de que tenéis cientos, quizá miles de libros.

Una sonrisa irónica cruzó la cara de Lark, hasta que comprendió cuánto revelaba su expresión.

—¿Más que eso? ¿Mucho más? —Ling lo miró sorprendida—. ¿Pero dónde? Por las barbas de Von Daniken... ¿cómo?

Lark dejó a un lado la comida, que apenas había probado. Metió la mano en la

mochila y extrajo un grueso volumen encuadernado en cuero.

—No sé cuántas veces quise mostrarte esto. Supongo que ahora ya no importa.

En un gesto que Lark supo apreciar, Ling se secó las manos antes de aceptar el libro, hojeándolo con gran cuidado. Pero pronto notó que aquello que parecía reverencia era inexperiencia. Ling tenía poca práctica en el manejo de los libros de papel.

Quizá nunca haya visto uno, fuera de un museo.

Había columnas de tipografía pequeña mechadas con litografías.

Ling lanzó una exclamación al ver esas imágenes planas e inmóviles.

Muchas de esas especies habían pasado por el pabellón de investigación danik durante los meses en que ella y Lark trabajaban juntos, buscando animales con los rasgos especiales que deseaban sus amos rothens.

—¿Qué antigüedad tiene este texto? ¿Lo encontraste aquí, entre estos restos? —Ling señaló una pila de artefactos preservados por la araña reductora, reliquias de los antiguos buyurs encerradas en capullos de ámbar.

Lark gruñó.

—Sigues en lo mismo, Ling. ¡Por amor de Ifni! Este libro está escrito en inglés. Ella asintió vigorosamente.

—Desde luego. Tienes razón. ¿Pero entonces quién...?

Lark señaló la portadilla del volumen.

UN CROQUIS DE LA INTERDEPENDENCIA
FILOGENÉTICA EN LOS SISTEMAS ECOLÓGICOS DE
LA CUESTA JIJOANA

—Ésta es la primera parte. La segunda parte consiste principalmente en notas. Dudo que hubiéramos vivido el tiempo suficiente para completar el tercer volumen, así que dejamos los desiertos, mares y tundras para que otro continuara.

Ling miró boquiabierta el papel de lino, acariciando dos líneas de letra más pequeña, debajo del título. Miró a Lark, miró al qheuen moribundo.

—Así es —dijo él—. Estás viviendo en la misma tienda que los dos autores. Y como te obsequio este ejemplar, tienes una rara oportunidad. ¿Quieres que ambos te lo autografiemos? Creo que serás la última persona que gozará de ese privilegio.

Su sarcasmo pasó inadvertido. Obviamente ella no entendía la palabra «autógrafo». De todos modos, Ling la bióloga había reemplazado a la paternalista incursora. Volviendo las páginas, comentaba con murmullos cada capítulo.

—¡Esto habría sido increíblemente útil durante nuestra investigación!

—Por eso nunca te lo mostré.

Ling respondió con un gesto parco. Dado su desacuerdo sobre la legitimidad del robo genético, la actitud de Lark era comprensible.

Al fin ella cerró el volumen, acariciando la cubierta.

—Me siento honrada por este obsequio. Este logro. Sé que no puedo entender cuánto te habrá costado crearlo en estas condiciones. Sólo vosotros dos...

—Con la ayuda de otros, y de pie sobre los hombros de quienes nos precedieron. Así funciona la ciencia. Se supone que cada generación mejora, sumando elementos a aquello que sabían las anteriores.

Calló al comprender lo que decía.

¿Progreso? ¡Pero ésa es la apostasía de Sara, no la mía! De todos modos, ¿por qué siento tanta amargura? ¿Qué tiene de malo que una enfermedad alienígena extermine a todos los seres sapientes de Jijo? ¿No estabas dispuesto a considerarlo una bendición, poco tiempo atrás? ¿No parecía un modo ideal de terminar rápidamente con nuestra colonia ilegal? ¿Una invasión perniciosa que nunca debió existir?

Durante el curso de la enfermedad de Uthen, Lark llegó a comprender algo: que la muerte puede parecer deseable en abstracto, pero resulta muy diferente cuando se vuelve íntima y personal.

Si Harullen el hereje hubiera vivido, ese purista quizás habría ayudado a Lark a aferrarse a su creencia en la Ley Galáctica, que por buenas razones prohibía colonizar mundos en barbecho. Tu objetivo era expiar el egoísta pecado de nuestros ancestros. Ayudar a Jijo a liberarse de esta plaga.

Pero Harullen había muerto, despedazado por un robot rothen, y ahora Lark era presa de la duda.

Ojalá Sara tuviera razón. Si tan sólo pudiera ver nobleza aquí. Algo digno de rescatar. Algo digno de una lucha. En realidad no quiero morir.

Ling echó otro vistazo a la guía. Ella, más que la mayoría, podía valorar el trabajo al que él y Uthen habían consagrado su vida. Su estima profesional ayudó a franquear las diferencias personales.

—Ojalá tuviera algo de igual valor para darte —dijo, mirándolo de nuevo a los ojos.

Lark reflexionó.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí.

—Pues bien, espera aquí. Vuelvo enseguida.

En el fondo del refugio, el médico g'Kek dio a entender que el estado de Uthen no había cambiado. Buena noticia, pues hasta ahora cada cambio había sido para peor. Lark acarició el caparazón quitinoso de su amigo, ansiando consolarlo a través de su sopor.

—¿Será culpa mía que hayas pescado esta peste, viejo amigo? Yo te hice bajar

conmigo a las ruinas de la estación, en busca de secretos. —Suspiró—. No puedo compensar eso. Pero lo que hay en tu maletín puede ayudar a otros...

Cogió el maletín de Uthen y se lo llevó a Ling. Hurgando en su interior, acarició varios objetos fríos y chatos.

—Antes encontramos algo que podrías ayudarme a leer. Si tu promesa iba en serio.

Le puso uno de los losanges en la mano. Eran pardos y lisos como vidrio, con una espiral en cada lado.

Ling lo miró por varios duras. Cuando alzó los ojos, había algo nuevo en su semblante. ¿Era respeto por el modo en que la había arrinconado, atrapándola con el único rasgo que compartían, un arraigado sentido del honor?

Por primera vez desde que se conocían, los ojos de Ling parecían conceder que estaba tratando con un igual.

ASX

Calma, anillos míos. Nadie puede obligaros a acariciar cera contra vuestra voluntad.

Como traeki, cada uno de nosotros es soberano, libre de no evocar recuerdos intolerables si no estamos preparados.

Dejemos que la cera se enfríe un poco más —una mayoría de anillos lo exige— antes de atrevernos a mirar de nuevo. Que el terror más reciente aguarde.

Pero nuestro segundo anillo cognoscitivo insiste en que no nos demoremos más en afrontar la espantosa noticia de que los jophurs, nuestros terribles primos, han llegado a Jijo.

Nuestro segundo anillo cognoscitivo nos recuerda el dilema del solipsismo, el acertijo que instó a nuestros fundadores traekis a huir de las Cinco Galaxias.

Solipsismo. El mito de la suma importancia del yo.

La mayoría de los seres mortales sapientes respaldan esta falsedad, en mayor o menor grado. Un individuo puede percibir a los demás mediante la vista, el tacto y la empatía, y aun así considerarlos meras proyecciones o autómatas. Caricaturas sin importancia.

En el marco del solipsismo, el mundo existe para cada individualista solitario.

Para el analista desapasionado, parece un concepto demencial. Especialmente para un traeki, pues ninguno de nosotros puede prosperar ni pensar a solas. Pero la egolatría también puede ser útil para las criaturas ambiciosas, al impulsar su terca persecución del triunfo. La locura parece esencial para alcanzar la «grandeza».

Los sabios terrícolas conocen esta paradoja por su prolongado aislamiento. Ignorantes y solitarios, los humanos se regodearon en una extraña superstición tras otra, probando frenéticamente conceptos que ninguna especie Elevada tendría en cuenta por un dura. Según las leyendas lobeznas, los humanos lucharon sin cesar contra sus abrumadores egos.

Algunos intentaron suprimir el yo, buscando el distanciamiento. Otros sometieron la ambición personal a una totalidad más grande: la familia, la religión o un líder.

Luego atravesaron una fase donde el individualismo se exaltó como la mayor virtud, enseñando a su prole a inflar el ego más allá de toda restricción natural. Las obras de esta descabellada era del yo se encuentran en el Archivo de Biblos, con una furia vehemente bramando en cada página.

Al fin, justo antes del Contacto, surgió otro enfoque.

Algunos de sus textos usan la palabra madurez.

Nosotros los traekis —recién Elevados desde los reflexivos pantanos de nuestro mundo natal— parecíamos inmunes a la grandeza, por muchas habilidades que nuestros instructores, los benditos poas, insertaran en nuestros anillos. Oh, nos

resultaba grato fusionarnos en altas y sabias pilas. Juntar la cera culta y recorrer las estrellas. Pero, para frustración de nuestros instructores, nunca nos resultaron atractivas las rivalidades facciosas que conmueven las Cinco Galaxias. La aspiración frenética y el fanatismo nos parecían sin sentido.

Entonces los poas trajeron expertos, los oalies.

Los oalies se compadecieron de nuestra deficiencia. Con gran destreza, nos dieron herramientas para el logro. Para la grandeza.

Los oalies nos dieron nuevos anillos.

Anillos de poder.

Anillos de gloria egocéntrica.

Anillos que convirtieron a los meros traekis en jophurs.

Demasiado tarde, nosotros y los poas aprendimos una lección: que la ambición tiene un precio.

Huimos, ¿verdad, anillos míos?

Mediante un accidente, algunos traekis lograron zafarse de estos «dones» oalies, y escapar.

De aquellos días sólo sobreviven algunas células de ceroso cristal de recordación. Reminiscencias entrelazadas con espanto ante aquello en que nos convertíamos.

En aquella época, nuestros antepasados no vieron más opción que la fuga.

Aun así, un remordimiento gotea en nuestro núcleo interior. ¿Pudo ser de otra manera?

¿Pudimos habernos quedado y luchar para domar estos temibles nuevos anillos? Si el éxodo de nuestros ancestros parece fútil, ¿también fue erróneo?

Desde que se unió a los sabios supremos, este traeki, Asx, ha reflexionado sobre los libros terrícolas, estudiando su solitaria y decisiva lucha, una feroz campaña para controlar su naturaleza profundamente solipsista. Aún estaban empeñados en esa tarea cuando salieron de la cuna de la Tierra para establecer contacto con la civilización galáctica.

Los resultados de la investigación de Asx aún no han llegado a ninguna conclusión, pero yo/nosotros encontramos claves interesantes.

El ingrediente principal, al parecer, es el coraje.

¿Sí, anillos míos?

Bien, entonces. El segundo anillo cognoscitivo ha convencido a una mayoría.

De inmediato yo/nosotros volveremos a la caliente y temible senda cerosa del recuerdo reciente.

Conos relucientes miraban a los confundidos testigos que recorrían el arrasado valle. Desde un balcón del flanco de la imponente nave, bruñidas pilas de grasientos anillos goteaban sin cesar al mirar a los salvajes, los miembros de las seis razas exiliadas.

Colores cambiantes juegan sobre sus toroides rechonchos, sombras de rápida disputa. Aun a gran distancia, yo/nosotros percibimos una controversia entre los poderosos jophurs, que riñen entre sí. Debatiendo nuestro destino.

Los acontecimientos se interrumpen, aun mientras confluyen las gotas de nuestros pensamientos.

Cerca.

Al fin hemos llegado muy cerca del hecho. El presente.

¿Lo veis, anillos míos? ¿El momento en que nuestros espantosos primos dejaron de discutir qué harían con nosotros? En medio del relampagueante furor de su debate, de pronto apareció una vigorosa determinación. Los que estaban al mando —potentes pilas de anillos cuya autoridad es suprema— lanzaron su decreto con desconcertante confianza.

¡Cuánto aplomo! ¡Cuánta certidumbre! Nos bañaba, aun a seis tiros de flecha.

Entonces algo más surgió de la poderosa nave de combate.

Cortantes haces de luz infernal.

EMERSON

Nunca le gustaron mucho las cavidades. Ésta lo intriga y atemoriza.

Es un viaje extraño en una carreta de madera tirada por cuatro caballos, en un conducto de paredes irregulares, como un intestino interminable. La única iluminación —una franja tenue— se prolonga hacia delante y hacia atrás, desvaneciéndose en ambos extremos.

Esa dualidad parece una moraleja. Después de abandonar la entrada oculta del bosque, el tiempo se volvió impreciso, el pasado borroso y el futuro incierto. Así ha sido gran parte de su vida desde que recobró la conciencia en este mundo salvaje, con una cavidad en la cabeza y un millón de espacios oscuros donde debería estar la memoria.

Emerson siente las desgarradoras asociaciones de este lugar en las honduras de su vapuleado cráneo. Correlaciones que rechinan más allá de las barreras de su amnesia. Siniestros recuerdos acechan a poca distancia. Recuerdos alarmantes de un terror abyecto, que lo agujonean cada vez que intenta recobrarlos. Como si alguien lo vigilara.

Extrañamente, esto no le impide tantear esas barricadas. Ha pasado demasiado tiempo en compañía del dolor para tenerle demasiado respeto. Familiarizado con sus caprichos, Emerson piensa que ahora conoce el dolor tan bien como se conoce a sí mismo. Mejor, en realidad.

Como una presa que se enfrenta al enemigo, harta de huir, y decide atacar a su cazador, Emerson sigue ávidamente el olor del miedo, persiguiéndolo hasta su raíz.

El sentimiento no es compartido. Aunque las bestias de tiro jadean y sus cascos trepidan, todos los ecos quedan sofocados, como en una tumba. Sus compañeros de viaje se agazapan nerviosamente en los estrechos asientos, y su aliento enturbia el aire húmedo.

Kurt el demoledor parece menos sorprendido que Sara o Dedinger, como si el anciano hubiera sospechado la existencia de un camino subterráneo. Pero mueve los ojos de aquí para allá, como para sorprender un movimiento peligroso en las sombras. Aun sus guías, las taciturnas mujeres, parecen inquietas. Deben haber venido antes por aquí, pero Emerson nota que les disgusta el túnel.

Túnel.

Pronuncia la palabra, añadiéndola con orgullo a su lista de sustantivos recobrados.

Túnel.

En un tiempo el término significaba algo más que un boquete en el terreno, cuando su trabajo era afinar potentes máquinas que atravesaban la moteada negrura del espacio. En ese entonces significaba...

Ninguna otra palabra acude a su mente. Ni siquiera imágenes, aunque

curiosamente surgen ecuaciones en una parte de su cerebro menos dañada que el centro de lenguaje. Ecuaciones que explican asépticamente los túneles multidimensionales que serpean entre los traicioneros bajíos del hiperespacio. Para su decepción, las fórmulas no tienen poder para suscitar recuerdos. No tienen la marca del miedo.

También está ileso su infalible sentido de la orientación. Emerson sabe en qué momento el pasadizo pasa bajo el ancho río, aunque no hay filtraciones. El túnel es un sólido ejemplo de artesanía galáctica, construida para durar siglos o milenios, hasta el momento de desmantelarlo.

Ese momento llegó a este mundo tiempo atrás. Este lugar tendría que haber desaparecido junto con todas las grandes ciudades, cuando Jijo fue declarado en barbecho. Por algún descuido, las grandes máquinas destructoras y los lagos de ácido viviente lo pasaron por alto.

Ahora fugitivos desesperados usan la antigua carretera para evadir un cielo hostil, de pronto lleno de naves.

Aunque los detalles son vagos, Emerson sabe que hace tiempo que huye de naves estelares, junto con Gillian, Hannes, Tsh't y la tripulación del Streaker.

Surgen rostros, acompañando cada nombre mientras el dolor del recuerdo le hace gruñir y apretar los párpados. Rostros que Emerson echa de menos... y espera no ver de nuevo. Sabe que él fue sacrificado de algún modo, para ayudar a los otros a escapar.

¿El plan ha tenido éxito? ¿El Streaker escapó de esas temibles naves de guerra? ¿O él ha sufrido todo esto en vano?

Sus compañeros sudan y respiran entrecortadamente. Parecen fatigados por el aire enrarecido, pero para Emerson es sólo otra clase de atmósfera. Ha inhalado muchos tipos a lo largo de los años. Al menos este aire alimenta los pulmones...

A diferencia del viento de ese mundo verde-verde, donde un día caluroso podía ser mortífero si fallaba el casco.

Y su casco falló, ahora recuerda, en el peor momento posible, mientras trataba de cruzar una alfombra semivegetal y absorbente, cuando corría frenéticamente hacia...

Sara y Prity jadean, cortando sus asociaciones, obligándolo a mirar para ver qué ha cambiado.

La carreta entra velozmente en una parte más ancha del túnel, como el bolsón donde la víbora digiere su alimento. Las paredes irregulares se pierden en profundas sombras, donde acechan grandes objetos... vehículos tubulares, corroídos por el tiempo. Algunos fueron aplastados por aludes. Pilas de escombros bloquean otras salidas de la bóveda subterránea.

Emerson alza una mano para acariciar la criatura transparente que le cubre la frente, leve como una bufanda o velo. El rewwq tiembla ante el contacto, extendiendo

su membrana traslúcida sobre sus ojos. Algunos colores se diluyen mientras otros se intensifican. Los antiguos vehículos titilan como espectros, como si él no los mirase a través del espacio sino a través del tiempo. Casi es posible imaginarlos en movimiento, llenos de aquellas energías vitales que los enviaban por la red que unía una civilización viviente y global.

Las mujeres que van en el pescante aferran las riendas y miran adelante, aureoladas por un nimbo de tensión que el rewq vuelve visible, revelando un temor tenso y supersticioso. Para ellas ésta no es una inofensiva cripta con reliquias polvorientas, sino un lugar macabro donde acechan los espectros. Fantasmas de una época de dioses.

El rewq intriga a Emerson. ¿Cómo hace el parásito para traducir emociones, aun entre seres tan diferentes como los humanos y los traekis, y todo sin palabras? Cualquiera que llevara semejante tesoro a la Tierra sería generosamente recompensado.

A su derecha, ve que Sara conforta a su asistente chimpancé, sosteniéndola en brazos. Prity tiene miedo de la oscura y silenciosa caverna, pero los colores del rewq delatan un matiz de engaño en la angustia de Prity. ¡En parte está actuando! Es un modo de distraer a su ama y protegerla de su propia claustrofobia.

Emerson sonrío. Los matices que rodean a Sara revelan lo que el ojo capta a simple vista... que a la joven le agrada que la necesiten.

—Todo está bien, Prity —susurra—. Calma, todo está bien.

Las frases son tan simples y familiares que Emerson las comprende. Oía las mismas palabras en su delirio, después del accidente, cuando los cuidados de Sara lo ayudaron a salir de ese pozo de fuego oscuro.

La vasta cámara se prolonga, y sólo la franja refulgente impide que pierdan el rumbo. Emerson mira hacia atrás y ve al joven Jomah sentado en el último banco, con la gorra entre las manos, mientras su tío Kurt trata de explicarle algo con murmullos, señalando el techo y las paredes, tal vez preguntándose qué las sostenía, o qué fuerza explosiva se necesitaría para derribarlas. Y el rebelde Dedinger, atado de pies y manos, proyecta puro odio desde donde está.

Emerson siente fastidio hacia sus compañeros. ¡Qué melancólico grupo! Ha estado en lugares infinitamente más perturbadores que esta tumba inofensiva, aunque no puede recordar algunos de ellos. Si algo recuerda con certeza de su vida anterior, es que un viaje alegre pasa mucho más rápido, sea en el espacio profundo o en el umbral del infierno.

De una bolsa que tiene a los pies saca el dulcemele que Ariana Foo le dio en Biblos, ese complejo laberinto de corredores llenos de libros de papel. Se apoya el instrumento en el regazo y rasguea las cuerdas. Las punzantes notas arrancan a los otros de sus murmuraciones.

Aunque el deteriorado cerebro de Emerson carece del habla, ha encontrado modos de demostrar su buen humor. La música y el canto le originan en otra zona.

La asociación libre recorre los sombríos archivos de la memoria.

Gavetas y armarios iniciales, no tocados por los traumas de la vida posterior. De algún recoveco extrae una tonada sobre el viaje por otra carretera angosta. Una con perspectivas de esperanza al final de la línea.

Surge contra su voluntad, entera, con una voz que carece de práctica pero es fuerte.

*Tengo una mula llamada Sal,
a quince millas por el Canal de Eñe.*

*Es trabajadora y buena compañera,
a quince millas por el Canal de Eñe.*

*Hemos llevado bastante cargamento,
pilas de leña, carbón y heno,
y conocemos el camino palmo a palmo,
desde Albany hasta Buffalo...*

Entre las sombras, no es fácil arrancarlos de sus preocupaciones. También él siente el peso de la roca y de tantos años. Pero Emerson se niega a deprimirse. Canta con más fuerza, y pronto la voz de Jomah se suma al refrán, seguida por la de Sara. Los caballos yerguen las orejas. Relinchan, trotando a mayor velocidad.

El pasaje subterráneo se estrecha de nuevo, y las paredes convergen. Adelante, la franja reluciente se interna en un túnel.

Emerson titubea cuando tiene un breve recuerdo. De pronto evoca otra inmersión abrupta: una zambullida en un portal que caía en un vacío, mientras el universo presionaba de todas partes para estrujarlo.

Y otra cosa.

Una hilera de ojos azules.

Los Antiguos...

Pero la canción tiene vida propia. Su ritmo brota sin cesar de un jovial rincón de su mente, superando esas imágenes fugaces y temibles, haciéndole cantar la siguiente estrofa con ronco y gutural desafío.

*¡Puente bajo, a agacharse todos!
¡Puente bajo! Pues llegamos a un pueblo.
Y siempre conocerás a tu vecino,*

*siempre conocerás a tu amigo,
si navegas por el Canal de Eñe.*

Sus compañeros se agachan al angostarse las paredes. Juntan los hombros mientras el hoyo se dispone a engullirlos una vez más.

TERCERA PARTE

Cuando un episodio prolongado de colonización toca a su fin, el reciclaje por subducción es uno de los métodos más comunes para limpiar los desechos de un mundo con vida. Allí donde los ciclos naturales de las placas tectónicas brindan una poderosa fuerza de absorción, los tórridos procesos de convección del planeta pueden derretir y mezclar los elementos con que se forjaron herramientas e implementos civilizados. Así un ámbito en barbecho elimina materiales que de otro modo resultarían venenosos o dugregadores para las nuevas especies, mientras un mundo entra en la necesaria fase de letargo.

Lo que sucede con estos materiales refinados, una vez absorbidos, depende de procesos propios de cada planeta. Ciertos sistemas de convección transforman la sustancia derretida en filones de gran pureza. Algunos son lubricados por filtraciones de agua que estimulan grandes derrames de magma líquido.

Pero otro resultado puede consistir en repentinas expulsiones de polvo volcánico que brevemente cubren el planeta y dejan su rastro en delgadas capas sedimentarias enriquecidas con metales refractáreos.

Estos resultados pueden derivar en perturbaciones de la biosfera local, y en ocasionales episodios de extinción. Sin embargo, el enriquecimiento y la fecundidad resultantes suelen ser tan benéficos que compensan estos contratiempos, fomentando el desarrollo de nuevas especies presapientes.

*Manual galactográfico para terrícolas lobeznos ignorantes,
publicación especial del Instituto de la Biblioteca de las Cinco Galaxias,
año 42 del Contacto, en satisfacción parcial de la deuda del año 35*

Streaker

HANNES

Suessi extrañaba su humanidad. En ocasiones aún deseaba ser un hombre.

No despreciaba el don que le habían concedido los Antiguos, en ese extraño sitio llamado Sistema Fractal, donde seres arrogantes transformaron su cuerpo viejo y achacoso en algo más duradero. Sin ese don, estaría totalmente muerto, tan frío como los gigantescos cadáveres que lo rodeaban en ese oscuro cementerio de naves.

Las antiguas naves parecían gozar de un digno reposo, y era tentador pensar en el reposo, en dejar que los milenios pasaran sin más afanes ni luchas.

Pero Suessi estaba demasiado ocupado. No tenía tiempo para estar muerto.

—Hannes —graznó una voz en su nervio auditivo—. Dos minutos, Hannes. Creo que luego podremos seguir cortando.

Haces brillantes hendían la acuosa negrura, arrojando óvalos chispeantes hacia un segmento curvo del casco de la nave terrícola Streaker. Siluetas distorsionadas atravesaban los haces con movimientos cautos y lentos, las largas y ondulantes sombras de operarios vestidos con armadura presurizada.

Este ámbito era más peligroso que el vacío.

Suessi ya no tenía laringe, ni pulmones para soplar aire. Aun así, conservaba una voz.

—En espera, Karkaett —transmitió, y escuchó mientras sus palabras eran convertidas en gruñonas pulsaciones sáser—. Por favor, mantén estable el alineamiento. No te excedas.

Una sombra se volvió para mirarlo. Aunque revestida con una vaina protectora, la cola del delfín giró en un gesto significativo.

Confía en mí. No tienes opción.

Suessi rió, un temblor en su jaula de titanio que reemplazaba el viejo y simiesco método de los jadeos sincopados. No era igualmente satisfactorio, pero al parecer los Antiguos no parecían muy interesados en la risa.

Karkaett guió su equipo en los preparativos finales mientras Suessi monitoreaba. A diferencia de otros tripulantes del Streaker, los ingenieros se habían templado con cada año que pasaba. Con el tiempo ya no necesitarían el aliento —la muleta de la supervisión— de un miembro de la raza instructora. Cuando llegara ese día, Hannes se sentiría satisfecho de morir.

He visto demasiado. He perdido demasiados amigos. Algún día nos capturará una de esas facciones ET que nos persiguen. O bien obtendremos la oportunidad de convertirnos en un gran Instituto, sólo para enterarnos de que la Tierra se perdió mientras huíamos a trompicones por el universo. De un modo u otro, no quiero estar presente para verlo. Los Antiguos pueden quedarse con su maldita inmortalidad.

Suessi admiraba el trabajo de su bien entrenado equipo, que instalaba una

máquina cortadora especial con cauta determinación. Sus sensores de audio detectaron murmullos, cantos keeneenk, diseñados para que las mentes de los cetáceos se concentraran en pensamientos y tareas que sus cerebros ancestrales no estaban destinados a realizar.

Pensamientos de ingeniero, como algunos filósofos delfines llamaban al precio más doloroso de la Elevación.

Este entorno no ayudaba: un montañoso cementerio de naves estelares muertas, una espectral acumulación, sepultada en un abismo oceánico que los delfines tradicionalmente asociaban con sus cultos y misterios más crípticos. Las densas aguas parecían amplificar cada chasquido de las herramientas. Cada zumbido de los brazos artificiales resonaba extrañamente en el denso ambiente líquido.

El ánglico sería la lengua de los ingenieros, pero los delfines preferían el trinario para marcar los momentos de resolución y acción. La voz de Karkaett transmitió confianza en un espontáneo haikú cetáceo:

En la oscuridad total
adonde nunca llega el giro del cicloide,
mirad: decisión.

La cortadora lanzó una llamarada hacia la nave que era su hogar y refugio, que los había traído entre terrores inimaginables. El Streaker —comprado por el Consejo Terrágeno a un vendedor de naves usadas y adaptado a tareas de investigación— había sido el orgullo del empobrecido clan terrícola, el primer navío que partió con un capitán delfín y una tripulación de mayoría cetácea, con la misión de corroborar la veracidad de la Gran Biblioteca de la Civilización de las Cinco Galaxias, que tenía mil millones de años.

Ahora el capitán había desaparecido, junto con un cuarto de la tripulación. La misión había sido una calamidad para el clan terráqueo y las Cinco Galaxias. En cuanto al casco del Streaker —otrora tan lustroso, a pesar de su edad— estaba cubierto por una capa de material tan negro que las abisales aguas parecían claras en comparación. Una sustancia que bebía fotones y aumentaba el peso de la nave.

Oh, las pruebas a que te hemos sometido, querida nave.

Ésta era sólo una prueba más.

En un tiempo, campos exóticos la acariciaron en un estanque galáctico llamado Cúmulo Superficial, donde dieron con un «filón»: una enorme flota abandonada que contenía misterios no tocados durante miles de milenios. En otras palabras, allí habían empezado sus tropiezos.

Rayos salvajes la sacudieron en el nexo de Morgran, donde una mortífera emboscada sorprendió al Streaker y sus tripulantes.

Tras efectuar reparaciones en el venenoso Kithrup, escaparon justo a tiempo de flotas de agresivas naves, metiendo el Streaker en un crucero thennanio ahuecado y llegando a un punto de transferencia, aunque al precio de abandonar a muchos amigos.

Oakka, el mundo verde, parecía un objetivo ideal después de eso, una jefatura de sección del Instituto de Navegación. ¿Quiénes estaban mejor calificados para custodiar sus hallazgos? Como Gillian Baskin explicó en ese momento, era su deber de ciudadanos galácticos delegar el problema en los grandes institutos, esos augustos organismos cuyos imparciales señores aliviarían a la fatigada tripulación del Streaker de esa pesada carga. Parecía bastante lógico, pero casi los llevó a la perdición. La traición de los agentes de ese organismo «neutro» reveló hasta qué punto la civilización era presa de la turbulencia. La corazonada de Gillian salvó a los terrícolas, además de una audaz incursión encabezada por Emerson D'Anite, que tomó la base de los conspiradores por la retaguardia.

El vapuleado Streaker escapó una vez más.

Durante un tiempo hallaron refugio en el Sistema Fractal, ese vasto laberinto donde antiguos seres les dieron asilo. Pero al fin eso sólo condujo a más traiciones, más pérdidas y una fuga que los llevó aún más lejos de su hogar.

Cuando una nueva escapatoria parecía imposible, Gillian encontró una pista en esa unidad de la Biblioteca que habían capturado en Kithrup. Un síndrome llamado «la senda de los irruptores». Siguiendo esa pista, trazó una peligrosa trayectoria que podía llevarlos a la salvación, aunque significaba atravesar las llamaradas de una estrella gigante, más grande que la órbita de la Tierra, cuyo hollín envolvió al Streaker en pesadas capas.

Pero logró llegar a Jijo.

Este mundo parecía adorable desde órbita. Lástima que sólo echamos un vistazo antes de precipitarnos a este cementerio de naves.

Guiada por el sonar de los técnicos delfines, una cortadora improvisada atacó el casco del Streaker. El agua se vaporizó tan violentamente que ecos estruendosos llenaron la caverna dentro de la montaña de metal. Había peligros que limitaban el uso de energía en un espacio tan cerrado. Los gases separados podían recombinarse explosivamente. O bien podían delatar la existencia de su refugio. Algunos sugerían que el riesgo era demasiado grande, que sería mejor tratar de reactivar uno de los antiguos cascos que los rodeaban.

Había equipos que investigaban esa posibilidad. Pero Gillian y Tsh't decidieron probar suerte con esto, pidiendo al equipo de Suessi que intentara una nueva resurrección.

La elección alegró a Hannes. Había volcado demasiadas cosas en el Streaker para abandonarlo ahora. Tal vez haya más partes de mí en su casco magullado que en este

cuerpo ciborg.

Eludiendo el fulgor actínico de la cortadora, reflexionó sobre ese montículo de naves abandonadas. Parecían hablarle, al menos en su imaginación.

También nosotras tenemos historias, decían. Cada una de nosotras fue lanzada con orgullo, pilotada con esperanza, reconstruida muchas veces con habilidad, venerada por los que protegíamos de la tormentosa desolación del espacio, mucho antes que vuestra raza soñara con las estrellas.

Suessi sonrió. Eso lo habría impresionado una vez, naves con millones de años de antigüedad. Pero ahora conocía una verdad sobre esos antiguos cascos.

¿Queréis hablar de antigüedad?, pensó. Pues yo he visto cosas antiguas.

He visto naves que hacen que muchas estrellas parezcan jóvenes.

La cortadora producía gran cantidad de burbujas. Chirriaba al disparar rayos ionizados contra la capa negra que estaba a pocos centímetros. Pero cuando la apagaron al fin, los resultados de ese embate destructivo fueron decepcionantes.

—¿Es todo lo que quitamos? —preguntó Karkaett incrédulamente, mirando un pequeño fragmento de carbono erosionado—. Así tardaremos años en eliminarlo todo.

La compañera del ingeniero, Chuchki, tan voluminosa que casi hacía estallar su exotraje, comentó en asombrado trinario:

Frenéticos se agolpan
los misterios a la sombra de Ifni.
¿Adonde fue la energía?

Suessi lamentó no tener cabeza ni hombros que le permitieran gesticular. Lanzó un suspiro vibrante a las aguas negras, como una ballena encallada:

No invocaré a Ifni
sino a su creativo jefe.
¡Por Dios, ojalá lo supiera!

GILLIAN

Para un ser humano no es fácil fingir que es un alienígena.

Sobre todo si el alienígena es thenniano.

Nimbos de color engañoso rodeaban a Gillian, aureolando la mentira con carne falsa, brindándole una apariencia de tez correosa y una postura bípeda. Sobre su cabeza, una cresta simulada ondulaba y se flexionaba cuando ella asentía.

A más de dos metros de distancia parecía un recio guerrero cubierto por su armadura y las medallas de cien campañas estelares, no una rubia delgada y ojerosa, una médica a quien las circunstancias obligaban a comandar una nave en guerra.

Por ahora el disfraz era bastante bueno. Tenía que serlo. Hacía un año que lo estaba perfeccionando.

—Gr-phmph pltith —murmuró Gillian.

Cuando había empezado con estas farsas, la máquina Niss traducía sus preguntas ánglicas al thenniano. Pero ahora Gillian creía dominar ese dialecto galáctico con tanta fluidez como cualquier humano vivo. Tal vez incluso como Tom.

Pero todavía suena raro. Como un bebé haciendo pedorreos con la boca por pura diversión.

En ocasiones, lo más difícil era contener la risa. Una carcajada sería fatal. Los thennianos no eran famosos por su sentido del humor.

Continuó con el saludo ritual.

—¡Fhishmishingul parfful, mph!

Una bruma helada invadió la penumbrosa cámara, surgiendo de una concavidad donde un cubo color beige irradiaba su luz mortecina. Gillian no podía sino pensar en él como una caja mágica, un receptáculo plegado en muchas dimensiones, que contenía mucho más de lo que cualquier recipiente de su tamaño podía contener.

Estaba en un balcón sin borde, disfrazada para asemejarse a los ex dueños de la caja, aguardando una respuesta. La espiral del flanco parecía temblar como si el emblema la mirase arteramente, con un alma mucho más antigua que la suya.

—Toftorph-ph parfful. Fhishfingtumpti parffful.

La voz era resonante. Si ella hubiera sido una auténtica thenniana, esos tonos le habrían acariciado la cresta, provocando una atención respetuosa. En su hogar, la rama terrícola de la Biblioteca hablaba como una amable abuela humana, infinitamente experimentada, paciente y sabia.

—Preparado para recibir —murmuró un botón en el oído de Gillian, traduciendo al ánglico—. Luego estaré disponible para consulta.

Era la transacción perpetua. Gillian no podía limitarse a pedir información del archivo. También tenía que dar algo. Normalmente eso no significaría ningún problema. Cualquier unidad de la Biblioteca asignada a una nave espacial importante

tenía imágenes de vídeo de la sala de control y del exterior de la nave, para mantener un registro WOM para la posteridad. A cambio, el archivo ofrecía acceso rápido a una sabiduría que abarcaba dos mil millones de años de civilización, condensada a partir de los gigantescos archivos del Instituto de la Biblioteca de la Civilización de las Cinco Galaxias.

Pero hay un inconveniente, pensó Gillian.

El Streaker no era una «nave espacial importante». Sus unidades WOM eran aparatosas, baratas, burdas, las únicas que la empobrecida Tierra podía costearse. Este generoso cubo era un tesoro mucho más grande, rescatado en Kithrup del potente crucero de guerra de un rico clan que viajaba por las estrellas.

Ella quería que el cubo siguiera pensando que estaba en ese crucero, sirviendo a un almirante thenniano. De ahí su disfraz.

—Tus sensores de observación directa todavía están desactivados —explicó, usando el mismo dialecto—. Sin embargo, he traído imágenes más recientes, tomadas por dispositivos de grabación portátiles. Por favor, acepta y recibe estos datos.

Le hizo una seña a la máquina Niss, su inteligente asistente robótico del cuarto contiguo. Escenas vívidas aparecieron junto al cubo, imágenes de la grieta submarina que los jijoanos llamaban el Sumidero, cuidadosamente editadas para excluir ciertas cosas.

Es un juego peligroso, pensó, mientras fluctuantes holosímbolos mostraban montículos de escombros antiguos, ciudades desechadas y naves abandonadas. La idea era fingir que la nave thennania, Fuego de Krondor, se ocultaba por razones tácticas en ese reino de máquinas muertas, y hacerlo sin mostrar el delgado casco del Streaker ni los delfines, sin siquiera revelar el nombre y la posición de este planeta.

Si logramos regresar a casa, o a una base neutral del Instituto, tendremos la obligación legal de entregar esta unidad. Aun bajo el sello anónimo, será mejor que sepa lo menos posible.

Aun así, quizá la Biblioteca se negara a colaborar con meros terrícolas. Era mejor hacerle creer que trataba con sus arrendatarios oficiales.

Desde el desastre de Oakka, Gillian había hecho de esto su proyecto personal, embaucando a su trofeo para sonsacarle datos. En muchos sentidos, el cubo de la Biblioteca era más valioso que las reliquias que el Streaker había sacado del Cúmulo Superficial.

Y el subterfugio había funcionado mejor de lo esperado. Parte de la información obtenida podría resultar muy útil para el Consejo de los Terrágenos.

Suponiendo que alguna vez regresemos...

Desde Kithrup, donde el Streaker perdió a sus mejores tripulantes, siempre había parecido una posibilidad muy remota.

En un área de la tecnología los humanos del siglo veintidós casi habían igualado

la habilidad de los galácticos, aun antes del Contacto. Las imágenes holográficas.

Los especialistas en efectos especiales de Hollywood, Luanda y Aristarco estuvieron entre los primeros en abordar confiadamente las artes alienígenas, sin dejarse arredrar por una nimiedad tal como una ventaja de mil millones de años. A las pocas décadas los terrícolas pudieron decir que había un campo que dominaban tanto como los mejores clanes estelares.

El virtuosismo en el arte de mentir con imágenes.

Durante miles de años, cuando no estábamos buscando comida, nos estábamos contando fábulas. Prevaricando. Haciendo propaganda. Forjando ilusiones. Filmando películas.

Careciendo de ciencia, nuestros ancestros cayeron en la magia. La persuasiva narración de embustes.

Pero a Gillian aún le asombraba que su disfraz thenniano funcionara tan bien. Sin duda la «inteligencia» de esta unidad, por asombrosa que fuera, era muy diferente de la suya y tenía sus propias limitaciones.

O quizá no le importe.

Gillian sabía por experiencia que el cubo de la Biblioteca aceptaría casi cualquier cosa como entrada de datos, mientras el espectáculo consistiera en escenas creíbles que nunca hubiera presenciado. Así que el abismo de Jijo fluctuó ante él: esta vez los panoramas venían por cable de fibra desde el mar occidental, enviados por el equipo de exploradores de Kaa, cerca de la región habitada llamada la Cuesta. Los reflectores alumbraban antiguos edificios sumergidos sin ventanas. Ese yermo campo era aún más vasto que aquel donde se había refugiado el Streaker. Una masa de objetos artificiales acumulados por una cultura planetaria durante un millón de años.

Al fin, la cascada de imágenes cesó.

Siguió una breve pausa durante la cual Gillian esperó tensamente.

La caja beige comentó:

—La secuencia de acontecimientos permanece inconexa respecto de los anteriores. Los hechos no suceden en un orden causal temporal relacionado con los movimientos inerciales de esta nave. ¿Este efecto es resultado del antedicho daño de combate?

Gillian había oído la misma queja —las mismas palabras, en verdad— desde que había recurrido a esa estratagema, poco después que Tom llevó el trofeo capturado a bordo del Streaker, sólo días antes de desaparecer de su vida.

Respondió como de costumbre:

—Correcto. Mientras no terminemos las reparaciones, las discrepancias deben atribuirse al control de misión del Fuego de Krondor. Ahora prepárate para una consulta, por favor.

Esta vez no hubo demora.

—Procede con tu requerimiento.

Usando un transmisor en la mano izquierda, Gillian le hizo una seña a la máquina de Niss, que esperaba en otra habitación. La entidad espía tymbrimi envió solicitudes de datos, un torrente de luz fluctuante que ninguna criatura orgánica podía seguir. Pronto el flujo de información fue bidireccional, una respuesta torrencial que obligó a Gillian a desviar los ojos. Quizás en medio de ese torrente hubiera algún dato útil para la tripulación del Streaker, algo que aumentara sus probabilidades de supervivencia.

El corazón de Gillian se aceleró. El momento tenía sus propios peligros. Si una nave estelar —quizás un perseguidor del Streaker— activaba sus sensores en las inmediaciones, podía detectar un elevado nivel de actividad digital en la zona.

Pero el océano de Jijo brindaba una buena protección, al igual que esa montaña de naves estelares desechadas. En todo caso, el riesgo valía la pena.

Lástima que la información ofrecida por el cubo fuera tan confusa. Muchos datos estaban destinados a viajeros estelares con mayor experiencia y refinamiento que la tripulación del Streaker.

Peor aún, nos estamos quedando sin cosas interesantes para mostrar a la Biblioteca. Sin nuevos datos, tal vez se niegue a cooperar.

Por esta razón el día anterior había resuelto dejar que los cuatro niños nativos entraran en esa cámara brumosa y visitaran el archivo.

Como Alvin y sus amigos aún no sabían que estaban a bordo de una nave terrícola, no podían revelar demasiado, y el efecto sobre la unidad de la Biblioteca podía valer la pena.

Por cierto, el cubo pareció divertirse con el singular espectáculo de una urs y un hoon que se llevaban amistosamente. Y la existencia de un g'Kek viviente era suficiente para satisfacer, por sí misma, la curiosidad pasiva del archivo. Poco después, ofreció voluntariamente un caudal de información acerca de los diversos tipos de naves abandonadas que rodeaban al Streaker en ese cementerio de chatarra submarino, incluidos parámetros usados por los antiguos paneles de control buyurs.

Eso fue útil. Pero necesitamos más. Mucho más.

Supongo que dentro de poco tendré que pagar con auténticos secretos.

Gillian tenía algunos buenos secretos que podía usar, si se atrevía.

En su oficina, a poca distancia, había un cadáver momificado que tenía más de mil millones de años. Herbie.

Para apoderarse de esa reliquia —y las coordenadas de su origen— la mayoría de las alianzas de fanáticos seudoreligiosos de las Cinco Galaxias había perseguido al Streaker desde Kithrup.

Examinando el cubo beige, pensó: Apuesto a que si te mostrara al tipejo Herbie, tendrías un ataque y vomitarías todos los datos que tienes almacenados. Lo curioso es

que nada me haría más feliz que no haber visto nunca esa maldita cosa.

Cuando era niña, Gillian había soñado con viajes estelares y hazañas memorables. Ella y Tom habían planeado juntos su carrera, y su matrimonio, con un solo objetivo en mente. Vivir en el límite que separaba la Tierra de los enigmas de un cosmos peligroso.

Recordando esa ingenua ambición, y el modo extravagante en que se había cumplido, Gillian quiso reír a carcajadas. Pero apretó los labios y reprimió su amarga ironía.

Por el momento, debía mantener la digna presencia de un almirante thenniano. Los thennianos no apreciaban la ironía. Y nunca se reían.

Irruptores

EWASX

Será mejor que os acostumbréis, anillos míos.

Las penetrantes sensaciones que sentís son mis fibras de control, deslizándose por nuestro núcleo interior compartido, sorteando las lentas y anticuadas sendas de cera, adhiriéndose y penetrando vuestros cuerpos toroides para introducir un nuevo orden.

Comienza la lección: os enseñaré a ser sirvientes dóciles de algo más grande que vosotros. Ya no seréis una pila de componentes mal amalgamados, paralizado por la indecisión y el disenso. Ya no habrá votaciones por las creencias que debe sostener un «yo» frágil y tentativo.

Así obraban nuestras toscas pilas ancestrales, rumiando pensamientos en los olorosos pantanos del mundo de Jophekka. Desechados por otros clanes estelares, parecíamos material inepto para la Elevación. Pero los grandes poas, semejantes a babosas, vieron potencial en nuestros reflexivos precursores, y comenzaron a Elevar a esos montículos tan poco prometedores.

Al cabo de un millón de años, los poas se frustraron con nuestra lánguida naturaleza traeki.

—Diseñad nuevos anillos para nuestros pupilos —rogaron a los inteligentes oalies—, para impulsarlos, guiarlos, estimularlos.

Los oalies no fracasaron, tan grande era su dominio de las artes genéticas.

¿CUÁL ERA SU DON TRANSFORMADOR?

Anillos nuevos, ambiciosos.

Anillos dominantes.

COMO YO.

ALVIN

Ésta es una prueba. Estoy probando un nuevo modo de escribir.

Si se puede llamar «escribir». Hablo en voz alta y miro las oraciones que aparecen en el aire encima de una cajita que me han dado. Oh, claro que es súper. Anoche Huck usó su nuevo autoescriba para llenar una habitación de palabras y signos en gal-tres, gal-ocho y todos los dialectos oscuros que conocía, pidiendo traducciones del uno al otro hasta que quedó rodeada de símbolos relucientes.

Nuestros anfitriones nos dieron máquinas para ayudarnos a contar nuestra historia, especialmente cómo las Seis Razas conviven en la Cuesta. A cambio, la voz giratoria prometió una recompensa: luego podremos hacer preguntas a la gran caja fría.

Huck se puso eufórica con el ofrecimiento. ¡Libre acceso a una unidad de memoria de la Gran Biblioteca de las Cinco Galaxias! Vaya, es como decirle a Cortés que podía tener un mapa de las ciudades perdidas del oro, o cuando el legendario héroe hoon, Yuq-wourphmin, encontró una clave para controlar las fábricas de robots de Kurtturn.

Ni mi propio tocayo habría sentido mayor pasmo, ni siquiera cuando los secretos de Vanamonde y la Mente Loca se revelaron en toda su gloria.

Pero yo, a diferencia de Huck, encaro esta perspectiva con preocupación. Como el detective de un viejo relato terrícola, debo preguntarme cuál es la trampa.

¿Faltarán a su promesa, una vez que hayamos revelado todo lo que sabemos? Tal vez inventen las respuestas. (¿Cómo sabríamos la diferencia?).

O quizá nos dejen hablar con el cubo porque piensan que esos conocimientos no nos servirán de nada, ya que nunca regresaremos a casa.

Por otra parte, digamos que todo es abierto y sincero. Digamos que tenemos la oportunidad de hacer preguntas a la unidad de la Biblioteca, ese tesoro de erudición acopiado por una civilización de mil millones de años. ¿Qué podríamos preguntar?

Me he pasado un midura experimentando. Dictando texto. Haciendo copias de seguridad y reescribiendo. El autoescriba es sin duda mucho más flexible que usar un lápiz y una bola de goma de guarru como borrador. La mano puede desplazar fragmentos de texto como objetos sólidos. Ni siquiera tengo que hablar en voz alta, sino sólo decidir las palabras con leves murmullos. Sé que no es lectura de la mente. La máquina debe seguir los cambios musculares de mi garganta o algo parecido. Leí sobre esas cosas en La era de Black Jack y en Vagabundo en Ciudad Luna. Pero de todos modos es perturbador.

Como cuando pedí ver el diccionario de sinónimos ánglicos de la máquina. Siempre pensé que tenía un buen vocabulario, después de memorizar el ejemplar del diccionario de sinónimos que había en la ciudad. Pero resulta ser que ese volumen

excluía la mayoría de los injertos y calcos del hindi y del árabe en las lenguas de raíz euroasiática.

Esta cajita tiene suficientes palabras como para que Huck y yo actuemos con humildad. Al menos yo.

Mis amigos están en habitaciones cercanas, recitando sus propios recuerdos. Me imagino que Huck se despachará con algo rápido, sobrecargado y descuidadamente brillante, para satisfacer a nuestros anfitriones. Ur-ronn será meticulosa y seca, mientras que Pinzón se distraerá contando jadeantes historias sobre monstruos marinos. Yo empiezo con ventaja porque mi diario ya contiene la mayor parte de nuestra historia personal: cómo estos cuatro aventureros llegaron a este refugio submarino de corredores curvos.

Así que tengo tiempo para preguntarme por qué los phuvnthus se interesan en nosotros.

Podría ser mera curiosidad. Por otra parte, algo que dijéramos podría perjudicar a nuestra gente de la Cuesta. No me imagino cómo. Es decir, no poseemos secretos militares, excepto el tesoro urs que Uriel la herrera nos envió a buscar bajo el agua. Pero la voz giratoria ya está enterada de eso.

En mis momentos más alegres me imagino que los phuvnthus nos permiten recobrar el tesoro y nos llevan de vuelta a Wuphon en su ballena de metal, así que será como si regresáramos de entre los muertos, como la legendaria tripulación del Hukuph-tau... para gran sorpresa de Uriel, Urdonnol y nuestros padres, que nos deben haber dado por perdidos.

Las fantasías optimistas se alternan con otras escenas que no me puedo quitar de la cabeza, como algo que sucedió poco después que la ballena o submarino rescató al Sueño de Wupbon de su zambullida mortal. Evoco la brumosa imagen de arañas de ojos saltones recorriendo las ruinas de nuestra nave, hablando con palabras rechinantes, saltando de terror al ver a Ziz, el inofensivo traeki de cinco pilas que nos dio Tyug el Alquimista.

Chorros de fuego despedazaron al pobre Ziz.

Uno se pregunta por qué alguien cometería semejante crueldad.

Será mejor que me ponga a trabajar.

¿Cómo iniciar mi historia?

Llamadme Alvin...

No. Demasiado trillado. Probemos con esto.

Alvin Hph-wayuo despertó una mañana y se encontró transformado en un gigante...

No. Demasiado cerca de la verdad.

Tal vez debería imitar el modelo de Veinte mil leguas de viaje submarino. Aquí estamos, náufragos retenidos cordialmente como prisioneros en un mundo submarino.

A pesar de ser mujer, Huck diría que ella es el heroico personaje de Ned Land. Ur-ronn sería el profesor Aronnax, desde luego, con lo cual Pinzón o yo tenemos que ser Conseil, el personaje cómico.

¿Y cuándo conoceremos finalmente a Nemo?

Hrrrm. Es una desventaja de este modo de escribir, tan sencillo y fácil de corregir. Alienta la verbosidad, mientras que con lápiz y papel uno tenía que pensar de antemano lo que diría...

Un momento. ¿Qué fue eso?

Ahí empieza de nuevo. Un ruido resonante... ahora más fuerte.

Más cerca.

Creo que no me gusta. En absoluto.

¡Ifni! Esta vez hizo temblar el suelo.

El rumor me recuerda el volcán de Guenn, eructando y gruñendo, haciendo que todos en Wuphon se preguntaran si era el esperado Gran...

¡Por mi saco laríngeo! Esto no es broma.

¡Son explosiones, cada vez más próximas!

Ahora llega otro ruido, como un zookir rascándose la cabeza porque se sentó sobre un lagarto emplumado.

¡Es el ruido de una sirena! Siempre me lo pregunté.

¡Gishtuphwayo! Ahora se apagan las luces. El suelo tiembla...

¡Por Ifni! ¿Qué diantres sucede?

DWER

La vista desde la duna más alta no era prometedora. La nave exploradora danik estaba cinco o seis leguas mar adentro, un punto diminuto, apenas visible más allá de una línea clara donde el color del agua cambiaba de verde azulado a negro. La máquina voladora iba de un lado al otro como buscando algo. Cuando cambiaba el viento, oían el murmullo de los motores, pero cada cuarenta duras Dwer avistaba motas que caían de la lustrosa nave, reluciendo en el sol de la mañana antes de caer en el mar. Diez duras después la superficie marina se hinchaba con espuma, como si un monstruo inmenso sufriera estertores de agonía.

—¿Qué está haciendo Kunn? —preguntó Dwer, volviéndose a Rety, que se cubrió los ojos para mirar la máquina—. ¿Tienes idea?

La muchacha se iba a encoger de hombros, pero Yi, el macho urs, estaba encaramado allí, irguiendo su delgado pescuezo para dirigir los tres ojos hacia el sur. El robot osciló con impaciencia, como tratando de llamar a la nave con el cuerpo.

—No lo sé, Dwer —respondió Rety—. Supongo que tiene algo que ver con el pájaro.

—Pájaro —repitió él.

—Ya sabes. El pájaro de metal. El que salvamos de la araña reductora.

—¿Ese pájaro? —Dwer cabeceó—. Se lo ibas a mostrar a los sabios. ¿Cómo pudieron los alienígenas...?

—Los daniks querían saber de dónde venía —le interrumpió Rety—. Así que Kunn me pidió que lo guiara hasta aquí y recogiera a Jass, pues él vio a qué lado de la costa venía el pájaro. Nunca pensé que eso significaría dejarme en la aldea. —Se mordió el labio—. Jass debe haber guiado a Kunn hasta aquí. Kunn habló de «expulsar la presa». Supongo que busca más pájaros.

—O bien al que fabricó el pájaro y lo mandó a la costa.

—O bien eso —convino ella, obviamente incómoda. Dwer optó por no pedir detalles sobre su trato con los humanos de las estrellas.

Mientras avanzaban hacia el sur, la cantidad de corrientes pantanosas se había multiplicado, obligando a Dwer a «llevar» el robot varias veces más hasta que se detuvieron al caer la tarde. Hubo una breve confrontación cuando la máquina de combate trató de intimidarlo para continuar. Pero sus potentes armas se habían estropeado en la emboscada del campamento irruptor, y Dwer se enfrentó a las zarpas de el robot sin temor, ayudado por un extraño distanciamiento, como si su mente hubiera crecido mientras soportaba los campos palpitantes de la máquina. Alucinación o no, esa sensación le permitió responder al desafío.

El robot cedió con una renuencia que parecía típica de una criatura viviente. Junto a una fogata, Dwer compartió con Rety el charqui de asno que llevaba en el morral.

Al cabo de un titubeo, Rety también aportó lo suyo, dos pequeños losanges envueltos en vainas lisas. Le mostró a Dwer cómo desenvolverlos, y se rió ante la cara que él puso al sentir intensos y extraños sabores en la boca. Él también se echó a reír, y casi se atragantó. La dulzura de ese bocado ganó un lugar en la lista de cosas que le alegraba haber hecho antes de morir.

Más tarde, acurrucado con Rety junto a las brasas, Dwer soñó con una sucesión de imágenes fantásticas y poderosas, tal vez un efecto de haber «llevado» el robot, obrando como conductor de sus campos. En vez de un peso aplastante, fantaseó con una liviandad, como si su cuerpo surcara el aire. Paisajes incomprensibles fluctuaban bajo sus párpados cerrados, objetos que titilaban contra fondos oscuros, o formas gaseosas y relucientes. Una vez, tuvo una extraña sensación de reconocimiento, una impresión atemporal de afectuosa familiaridad.

El Huevo, murmuró su conciencia dormida. Sólo que la piedra sagrada lucía extraña. No era una roca enorme en una grieta de montaña, sino un sol inmenso y oscuro cuya negrura resplandecía más que las estrellas normales.

Reanudaron el viaje antes del alba, y cruzaron sólo dos ríos más antes de llegar al mar. El robot giró y se dirigió hacia el este a lo largo de la playa hasta llegar a las dunas, un punto alto para escudriñar las azules aguas de la Grieta.

Al menos Dwer pensaba que era la Grieta, una gran rajadura que dividía el continente. Ojalá tuviera mi telescopio, pensó. Con él podría hacerse una idea de lo que se proponía el piloto de la nave exploradora.

Expulsar la presa, dijo Rety.

Si ése era su objetivo, el guerrero danik podía aprender un par de cosas sobre técnicas de cacería. Dwer recordó una lección que le había dado el viejo Fallon.

Por potente que sea tu arma, y sin importar qué animal persigues, no es buena idea ser batidor y cazador al mismo tiempo. El cazador solitario domina la paciencia, y aprende en silencio las costumbres de su presa.

Ese enfoque tenía una desventaja. Requería empatía. Cuanto más aprendías a sentir como tu presa, más probable era que un día dejaras de llamarla así.

—Bien, hemos establecido una cosa —comentó Rety, viendo que el robot agitaba los brazos en el punto más alto de la duna, como un niño llamando a padres alejados—. Has hecho un magnífico trabajo con este equipo de comunicaciones. Ni siquiera funciona a corto alcance.

Dwer quedó debidamente impresionado. Rety había aprendido mucho durante su período de alienígena adoptiva.

—¿Crees que el piloto podrá localizarnos visualmente, cuando regrese a la aldea para recogerte? —preguntó Dwer.

—Quizá... suponiendo que sea su propósito. Tal vez se olvide de mí cuando encuentre lo que busca y vaya a la estación rothen para presentar su informe.

Dwer sabía que Rety se había malquistado un poco con los humanos del cielo. Hablaba con rencor, pues a bordo de ese punto distante volaba Jass, que la había atormentado mientras ella se criaba con una tribu salvaje. Había querido vengarse de ese matón, pero ahora Jass acompañaba al piloto mientras Rety estaba varada ahí abajo.

Su preocupación era evidente. ¿Y si su enemigo ganaba la recompensa por la que tanto se había esforzado, su billete a las estrellas?

—Mmm. Bien, será mejor que nos aseguremos de que nos vea cuando nos sobrevuele.

Dwer no estaba ansioso de conocer al piloto que había incinerado despiadadamente a las pobres irruptores urs. No se hacía ilusiones sobre la cordialidad de Kunn. Pero la nave exploradora ofrecía vida y esperanza para Rety. Y quizás, atrayendo la atención del danik, pudiera impedir el rápido retorno de ese hombre a los Cerros Grises. Danel Ozawa había muerto en la lucha con el robot, pero quizá Dwer pudiera ganar tiempo para que Lena Strong y la jefa urs elaborasen un acuerdo con la tribu de Rety, realizando una sigilosa retirada a un sitio donde los dioses de las estrellas no los encontrarían nunca. Quizás esa demora fuera el último servicio digno que Dwer podía prestarles.

—Preparemos una fogata —sugirió la muchacha, señalando la playa, llena de leña seca arrojada por tormentas pasadas.

—Estaba por sugerir lo mismo —respondió Dwer.

Ella rió entre dientes.

—¡Si, seguro! Claro que sí.

SARA

Al principio el antiguo túnel parecía espantoso y sombrío. Sara se imaginó un polvoriento vehículo buyur volviendo a la vida, un airado fantasma arrojándose contra la carreta dispuesto a castigar a los tontos que turbaban sus dominios espectrales. El espanto la afectó un rato, dificultándole la respiración.

Pero el miedo tiene un gran enemigo, más poderoso que la confianza o el coraje.
El tedio.

Harta de estar sentada en el banco, Sara renunció a su depresión con un largo suspiro. Bajó de la carreta para correr al lado. Al principio sólo para estirar las piernas, pero luego por períodos más largos, manteniendo un trote parejo. Al cabo de un rato, incluso empezó a disfrutarlo.

Supongo que sólo me estoy adaptando a los tiempos. Quizá no haya lugar para los intelectuales en el mundo venidero.

Emerson se le unió sonriendo mientras le seguía el paso a grandes trancos. Y pronto el túnel perdió también su poder sobre los demás.

Las dos conductoras illias de la carreta —Kepha y Nuli— estaban menos tensas con cada legua que avanzaban hacia su hogar.

¿Pero dónde estaba eso?

Sara se imaginó un mapa de la Cuesta, trazando un ancho arco al sur del Gentt. No ofrecía ninguna pista del posible escondrijo de un clan de amazonas.

¿Habrá una gigantesca cámara de magma bajo el monte Guenn? Era un pensamiento seductor, imaginar un mágico santuario de prados ocultos, a salvo del cielo refulgente. Un mundo subterráneo, como en una aventura legendaria anterior al Contacto, con cavernas milenarias, místicas fuentes de luz y monstruos ridículos.

Desde luego ese lugar no podía existir según las leyes naturales. ¿Pero podrían los buyurs —o algún arrendatario anterior de Jijo— haber usado las mismas fuerzas que cavaron ese túnel para crear un escondrijo? ¿Un lugar para preservar tesoros mientras eliminaban los artefactos sapientes del mundo de la superficie?

Sara rió para sus adentros. Pero no desechara la idea.

Poco después se enfrentó a Kurt.

—Bien, ahora estoy comprometida. Dime qué es tan urgente como para que Emerson y yo te sigamos por este camino.

El demoledor sacudió la cabeza, negándose a hablar frente a Dedinger.

¿Qué hará el hereje,? pensó Sara. ¿Romper sus ligaduras y regresar para avisar al mundo?

El cautiverio del profeta del desierto parecía seguro. Aun así, era desconcertante ver en la cara de Dedinger una expresión de serena confianza, como si las circunstancias sólo justificaran su causa.

Estas circunstancias generan una multitud de herejes, como avispas de intimidad en una reunión. No es de extrañar que proliferen los fanáticos.

Los Rollos Sagrados prescribían dos modos en que los colonos ilegales de Jijo podían liberarse de su herencia pecaminosa: preservar el planeta y seguir la Senda de la Redención. Desde los días de Drake y Ur-chown, los sabios enseñaban que la salvación y la renovación llegaban a quienes eliminaban los impedimentos mentales y redescubrían su naturaleza profunda.

El primer obstáculo a eliminar, el ancla que sujeta nuestras almas, es el conocimiento.

Ambos grupos sostenían que los sabios supremos de hoy eran los verdaderos herejes, pues conformaban a las masas con su blanda moderación. Cuando llegaron las temidas naves estelares, los nuevos conversos adoptaron credos más puros, predicando mensajes simples y una medicina fuerte para tiempos temibles.

Sara sabía que su propia herejía no atraería discípulos. Parecía inadecuada para Jijo, un planeta de infractores destinado al olvido. Aun así...

Todo depende de tu punto de vista. Así lo enseñaba un sabio traeki. Yo/nosotros/tú a menudo somos engañados por lo obvio.

LARK

Una mensajera urs salió a toda prisa del alto y oscilante bosque de bu.
¿Será mi respuesta?

Miduras antes Lark había despachado un miliciano con un mensaje para Lester Cambel, que se hallaba en el refugio secreto de los sabios supremos.

No. Esa mensajera de piel áspera había galopado desde el Valle del Festival. En su prisa, ni siquiera quiso esperar a que Lark pinchara la vena de un simia amarrado y ofreciera a la sedienta urs una hospitalaria taza de sangre humeante. En cambio, los humanos miraron asombrados mientras ella hundía el hocico en un balde de agua pura, bebiéndolo con desagrado. Entre un sorbo y otro, contó noticias nefastas.

Tal como se rumoreaba, la segunda nave estelar era gigantesca, enorme como una montaña, y había bloqueado el río de tal modo que pronto se formó un pantano alrededor del crucero rothen atrapado, aprisionando por partida doble a los camaradas de Ling. Los testigos supervivientes informaban haber visto siluetas conocidas en la iluminada escotilla de la nave. Conos corrugados. Pilas de anillos brillantes.

Sólo unos pocos observadores, conocedores de las antiguas leyendas, sabían que no era buena señal, y que tenían poco tiempo para difundir una advertencia antes de que los rayos calientes hendieran la noche, segando todo en varios tiros de flecha a la redonda.

Al romper el alba, los valientes vigías que observaban desde picos cercanos vieron una franja de suelo triturado, cubierto de manchas aceitosas y escombros sangrientos. Un perímetro defensivo, sugerían los asombrados vigías, aunque esa prudencia parecía excesiva para esos omnipotentes dioses de las estrellas.

—¿Cuántas bajas? —preguntó la sargento Jeni Shen, del contingente miliciano de Lark, una mujer baja y musculosa, amiga de su hermano Dwer. Habían visto luces a lo lejos, y oído detonaciones, pero no se imaginaban nada tan espantoso como lo que informaba la mensajera.

La urs hablaba de cientos de muertos, incluido un sabio de la Comuna. Asx estaba cerca de un grupo de curiosos y confundidos simpatizantes de los invasores, esperando para parlamentar con los visitantes. Cuando se disiparon el polvo y las llamas, el traeki no estaba a la vista.

El doctor g'Kek que cuidaba a Uthen expresó la pesadumbre que todos sentían, moviendo los cuatro ojos tentaculares y pateando el suelo con su pata impulsora. Esto era horroroso. Asx había sido un sabio popular, dispuesto a reflexionar sobre los problemas que planteara cualquiera de las Seis Razas, desde los consejos matrimoniales hasta la división del patrimonio de una colmena qheuen escindida.

Asx podía rumiar durante días, semanas o un año antes de dar una respuesta, o varias, y presentar diversas opciones.

Antes de la partida de la mensajera, Lark, siendo un sabio joven, pudo echar un breve vistazo a los dibujos que la urs llevaba en su morral. Mostró a Ling un boceto de una nave oval, mucho más grande que el crucero que la había llevado a ese mundo. Ella adoptó una expresión sombría. Esa potente silueta era desconocida y temible.

El mensajero de Lark —un bípedo humano— se había internado en el bosquecillo de bu al romper el alba, llevando la solicitud de que Lester Cambel enviara la unidad de biblioteca de Ling, para que ella pudiera leer las barras de memoria que él y Uthen habían encontrado en la estación destruida.

El ofrecimiento de Ling, presentado la noche anterior, se limitaba a la busca de datos sobre plagas, sobre todo la que ahora azotaba a la comunidad qheuen.

—Si Ro-kenn estaba preparando sustancias genocidas, es un criminal según nuestra ley.

—¿Aun siendo un amo rothen? —preguntó Lark escépticamente.

—Aun así. No es desleal que yo lo confirme o demuestre lo contrario. Pero no esperes que te ayude a librar una guerra contra mis camaradas o mis amos. No podréis hacer mucho, ahora que están prevenidos. Una vez nos sorprendisteis con túneles y pólvora, destruyendo una pequeña base de investigaciones. Pero descubriréis que dañar una nave estelar es una imposibilidad, aun para vuestros celotes mejor equipados.

Esa conversación tuvo lugar antes de que supieran de la existencia de la segunda nave. Antes de que llegara la noticia de que el poderoso crucero rothen era un juguete cautivo junto a un auténtico coloso del espacio.

Mientras esperaban la respuesta de Cambel, Lark envió a sus milicianos a registrar las doradas cápsulas de preservación de la costa del lago reductor. La tecnología galáctica había sido estándar durante millones de años. Era posible que existiera un lector intacto en medio de toda la chatarra que había juntado la araña parlanchína. Al menos, valía la pena intentarlo.

Mientras examinaban una pila de capullos ambarinos, él y Ling reanudaron el viejo juego de evasiones. Las circunstancias habían cambiado —Lark ya no se sentía tan estúpido en presencia de ella— pero el juego era el mismo.

Ante todo, Ling le hizo preguntas sobre la Gran Edición, el acontecimiento que transformó la precaria coalición de razas irruptoras de Jijo aún más que la llegada del Huevo Sagrado. Lark respondió sinceramente, pero sin mencionar el archivo de Biblos. En cambio describió los gremios de impresores, fotocopiadores y papeleros, con sus potentes prensas y sus bastidores de secado, y la creación de bonitas páginas bajo la supervisión de su padre, el famoso Nelo.

—Un almacenamiento de memoria no volátil, de acceso aleatorio, analógica, que es totalmente invisible desde el espacio. Ninguna señal eléctrica o digital que se

pueda detectar desde órbita —se maravilló ella—. Aunque vimos libros, dimos por sentado que estaban copiados a mano... un proceso que no sirve para aumentar la cultura. Imagínate... una tecnología lobezna resultó tan efectiva en estas circunstancias.

A pesar de esa admisión, Lark tenía sus dudas sobre la actitud de los daniks, que parecían demasiado dispuestos a despreciar los logros de sus antepasados humanos, salvo cuando podían atribuirlos a la inventiva rothen.

Era su turno de preguntar, y optó por otro rumbo.

—Parecías tan sorprendida como los demás cuando esa criatura dejó la cara de Ro-pol al descubierto.

Se refería a los acontecimientos previos a la Batalla del Valle, cuando se vio que una rothen muerta quedaba privada de su carismática máscara simbiótica. Los ojos de Ro-pol, antes cálidos y expresivos, asomaban sin vida en un rostro oblicuo, casi predatorio, menos humanoide.

Ling nunca había visto a sus amos expuestos de esa manera. Respondió la pregunta de Lark con cautela.

—No pertenezco al círculo áulico.

—¿Qué es eso?

Ling inhaló profundamente.

—Rann y Kunn tienen conocimientos acerca de los rothens que la mayoría de los daniks no obtienen nunca. Rann ha estado en uno de los hogares secretos de los rothens. La mayoría no tenemos esa suerte.

»Cuando no estamos en una misión, vivimos con nuestra familia en los desfiladeros cubiertos de Puesto de Poria, con un centenar de nuestros amos. Aun en Poria, las dos razas no se mezclan a diario.

—Aun así, no saber algo tan elemental sobre quienes afirman ser...

—Oh, oyes rumores. A veces ves un rothen cuyo rostro parece extraño... como si algo no estuviera bien puesto. Tal vez colaboramos con el engaño porque a cierto nivel optamos por no notarlo. De todos modos, el problema no está allí, ¿verdad?

—¿Y dónde está el problema?

—Insinúas que debería espantarme de que usen simbioses para parecer más humanoides. Para parecer más apuestos a nuestros ojos. ¿Pero por qué los rothens no deberían usar dispositivos artificiales, si les ayuda a servir mejor como guías y conducir a nuestra raza hacia la excelencia?

—¿Qué dices de un detalle llamado franqueza? —murmuró Lark.

—¿Acaso le dices todo a tu chimpancé o zookir? ¿Acaso los padres no les mienten a los hijos por su propio bien? ¿Qué hay de los amantes que procuran lucir bien ante el otro? ¿Son deshonestos?

»Piensa, Lark. ¿Cuáles son las probabilidades de que otra raza parezca tan

gloriosamente bella a los ojos humanos como nuestros instructores? Oh, parte de su atractivo sin duda se remonta a etapas iniciales de la Elevación, en la Vieja Tierra, cuando llevaron a nuestros ancestros simiescos al borde de la sapiencia plena, antes de iniciar la Gran Prueba. Puede estar arraigada en un nivel genético, tal como los perros fueron adaptados para desear el contacto del hombre. Pero somos criaturas inconclusas. Toscamente emocionales. Te haré una pregunta, Lark.

»Si tu tarea fuera Elevar a seres volubles y agresivos, y encontraras que el uso de un simbiote cosmético te facilita la tarea, ¿no lo usarías?

Antes de que Lark pudiera responder con un enfático «no», ella continuó.

—¿Acaso algunos miembros de los Seis no usan rewq para fines similares? ¿Esos simbiotes que extienden sus cuerpos traslúcidos sobre vuestros ojos, sorbiendo un poco de sangre a cambio de la ayuda para traducir emociones? ¿No son los rewq una parte vital de la compleja relación que es la Comuna?

—Hrrrm —gurgureó Lark, como un hoon dubitativo—. Los rewq no nos ayudan a mentir. Y ellos no son una mentira.

Ling asintió.

—Aun así, nunca te enfrentaste a una tarea tan ardua como la de los rothens... la de Elevar criaturas tan brillantes y desagradables como los seres humanos. Una raza cuyas aptitudes para la majestad futura también la hacen caprichosa y peligrosa, proclive a los giros falsos y los errores fatales.

Lark reprimió el impulso de discutir. Sólo lograría que Ling se obstinara en refugiarse en racionalizaciones y se negara a abandonar ese refugio. Al menos ahora admitía que un rothen podía cometer actos malignos, y que los actos personales de Ro-kenn podían ser criminales.

¿Y quién sabe? Tal vez eso sea todo. Las intrigas de un individuo criminal. Tal vez la raza sea tan maravillosa como ella dice. ¿No sería agradable que la humanidad tuviera esos instructores, y una grandeza manifiesta esperándola más allá del próximo milenio?

Ling parecía sincera cuando sostenía que el comandante de la nave rothen llegaría al fondo de las cosas.

Es imperativo convencer a tus sabios de que deben entregar a los rehenes y el cuerpo de Ro-pol, junto con los «fotogramas» que tomó vuestro retratista. El chantaje no funcionará contra los rothens, debéis entenderlo. No está en su carácter responder a las amenazas.

Aun así, las «pruebas» que habéis reunido pueden ser perjudiciales a la larga.

Eso fue antes de recibir la asombrosa noticia de que la nave rothen estaba encarcelada en una prisión de luz.

Lark examinó uno de los huevos dorados de la araña reductora mientras Ling hablaba del arduo pero glorioso destino que sus amos habían planeado para la

impulsiva y brillante humanidad.

—Hay algo desquiciado en la lógica de esta situación —comentó él.

—¿A qué te refieres?

Lark se mordió el labio, como una urs luchando con la incertidumbre. Luego decidió hablar con franqueza.

—Bien, olvidemos por el momento la aparición de la nueva nave estelar. Los rothens pueden tener conflictos de los que tú no sabes nada. O quizá sea otra pandilla de incursores que ha venido a buscar genes en la biosfera de Jijo. También puede ser que los magistrados del Instituto Galáctico de Migraciones hayan traído el Día del Juicio, como está vaticinado en los Rollos.

»Pero limitémonos a lo que provocó la Batalla del Valle, el combate donde resultaste ser mi prisionera. Comenzó cuando Bloor fotografió a la difunta Ro-pol sin su máscara. Ro-kenn se puso lívido, y ordenó a sus robots que mataran a todos los testigos.

»¿Pero no aseguraste una vez que no había necesidad de eliminar a los testigos locales de la visita de tu equipo? ¿Que tus amos podían manejarlo, aunque los legados orales y escritos sobrevivieran cientos o miles de años, describiendo una visita de incursores humanos y rothens?

—En efecto.

—Pero admites que el robo genético va contra la Ley Galáctica. Sé que crees que los rothens están por encima de esas minucias, pero no quieren que los sorprendan con las manos en la masa.

»Supongamos que un testimonio verosímil, con fotografías, llegara a los inspectores del Instituto de Migraciones la próxima vez que visiten Jijo. Testimonios sobre Rann, Kunn y tú. Incursores humanos. Hasta yo sé que la norma «Vigila a tu propia especie» prevalece en las Cinco Galaxias. ¿Ha explicado Ro-kenn cómo impedirían los rothens que la Tierra sufriera sanciones?

Ling lo miró adustamente.

—Estás diciendo que nos tomaron por tontos. Que él me dejó dar falsos pretextos a los nativos, mientras planeaba sembrar gérmenes y exterminar a todos los testigos.

Obviamente le costaba decirlo.

Ling pareció sorprendida cuando Lark sacudió la cabeza.

—Eso creí al principio, cuando los qheuens enfermaron. Pero ahora me imagino algo peor.

—¿Qué podría ser peor que el genocidio? —exclamó Ling con asombro—. Si hay pruebas de esa acusación, Ro-kenn será llevado en cadenas de dolor. Será castigado como ningún rothen lo ha sido en siglos.

Lark se encogió de hombros.

—Quizá. Pero piénsalo un poco.

»Primero, Ro-kenn no dependía sólo de la enfermedad para hacer el trabajo. Quizá tuviera una biblioteca entera de gérmenes, agentes infecciosos usados en guerras pasadas en las Cinco Galaxias. Sin duda los qheuens que viajaban por las estrellas tiempo atrás desarrollaron medidas preventivas contra el germen que ataca ahora los tubos linfáticos de Uthen. Estoy seguro de que los brebajes de Ro-kenn matarán a muchos más.

Ling iba a protestar, pero Lark continuó.

—No obstante, sé un par de cosas sobre el modo en que trabaja la pestilencia en los ecosistemas naturales. Sería una extravagancia que aun una serie de enfermedades exterminara a todos los miembros de los Seis. Las inmunidades aleatorias contrarrestarían los virus mejor diseñados. Más aún, cuanto más escaseara la población, más difícil sería llegar a los supervivientes dispersos e infectarlos.

»No, Ro-kenn necesitaba algo más. Un colapso de la Comuna en una guerra total. Una guerra que pudiera ser explotada, llevada al límite. Una lucha tan enconada que cada raza persiguiera a sus víctimas hasta los rincones más remotos de Jijo, ayudando a difundir nuevos parásitos con tal de matar a sus enemigos.

Notó que Ling se esforzaba para comprender esta lógica. Pero ella estaba presente cuando reprodujeron las grabaciones psi de Ro-kenn, mórbidas imágenes oníricas destinadas a provocar rencores fatales entre los Seis. Los presentes no fueron engañados porque estaban sobre aviso, pero si los mensajes se hubieran irradiado como se planeaba, amplificados por las imponentes emisiones ondulatorias del Huevo Sagrado...

—Hablaré de esto al regresar —juró Ling con voz débil—. Será castigado.

—Eso es gratificante —continuó Lark—. Pero no he terminado. Verás, aun combinando las plagas con la guerra, Ro-kenn no podía garantizar la aniquilación de las Seis Razas, ni eliminar la remota probabilidad de que un testimonio creíble se legara a nuevas generaciones, quizá guardado en una caverna, para llegar finalmente a los fiscales del Instituto. Por otra parte, él podía influir sobre cuál raza o sept quedaría en pie al final, y cuál perecería primero. Hay una, sobre todo, cuyo destino sabe manipular bien. El Homo sapiens.

»A mi modo de ver, el plan de Ro-kenn tenía varias partes. Primero, tenía que asegurarse de que odiaran a los terrícolas. Segundo, debía debilitar a las otras cinco razas propagando enfermedades por las que pudieran culpar a los humanos. Pero el objetivo final era lograr que los humanos se extinguieran en Jijo. Le importaba un bledo si los otros dejaban supervivientes para contar la historia.

Ling lo miró sorprendida.

—¿De qué serviría eso? Dijiste que se podía legar un testimonio...

—Sí, pero cuando los terrícolas de Jijo fueran sólo un recuerdo aborrecible, la historia sólo contaría que una vez descendió una nave llena de humanos, robó genes y

trató de matar a todos. Nadie se molestaría en enfatizar qué humanos hicieron estas cosas.

»En el futuro, quizá dentro de algunos siglos, si alguien deja una pista anónima, llegarían jueces galácticos y oiría que gente de la Tierra cometió estas atrocidades. La Tierra soportaría todo el peso de las sanciones, mientras que los rothens saldrían bien librados.

Ling calló un largo instante, tratando de entender. Al fin sonrió.

—Por un momento lograste preocuparme, pero he descubierto el fallo de tu lógica.

Lark ladeó la cabeza.

—Explícamelo.

—Ese plan diabólico tendría sentido, salvo por dos defectos...

»Primero, los rothens son instructores de toda la humanidad. La Tierra y sus colonias, aunque hoy son gobernadas por los tontos darwinistas del Consejo de los Terrágenos, todavía representan la vasta mayoría de nuestra reserva genética. Los rothens nunca permitirían que dañaran nuestro mundo natal. Aun en la actual crisis galáctica, están actuando entre bastidores para proteger la seguridad de la Tierra frente a los enemigos que la asedian.

Ahí estaba de nuevo, una referencia a hechos funestos que sucedían a megaparsecs de distancia. Lark ansiaba pedir más explicaciones, pero Ling continuó con su razonamiento.

—Segundo... digamos que Ro-kenn quería echar toda la culpa a los humanos. ¿Entonces por qué él y Ro-pol salieron de la estación y se mostraron? Al exponerse en público, dejando que los artistas los dibujaran y los escribas consignaran sus palabras, ¿no se mostraban ante los mismos testigos que según tú dañarían la Tierra?

Ling parecía dispuesta a aceptar que su jefe fuera criminal o demente, pero defendía a su raza instructora con parapetos lógicos. A Lark no le resultaba agradable demoler esa fe. También él tenía sus herejías.

—Lo lamento, Ling, pero mi propuesta aún se sostiene.

»Tu primer punto sólo es válido si es verdad que los rothens son nuestros instructores. Sé que es la premisa central de tu educación, pero la creencia no la hace realidad. Admites que los daniks son numéricamente escasos, viven en un puesto aislado y ven a pocos rothens. Dejando de lado fábulas míticas acerca de los visitantes antiguos y las pirámides egipcias, sólo tienes su palabra respecto de una presunta relación con nuestra raza. Y eso puede ser un mero fraude.

»En cuanto a tu segundo punto, mira el modo en que se desarrollaron los hechos. Ro-kenn sin duda sabía que lo estaban dibujando cuando salió esa noche, usando su carisma para sembrar semillas de disenso. Después de una larga convivencia, cada miembro de las Seis Razas es afectado por las pautas de belleza de los demás, y los

rothens sin duda eran bellos.

»Ro-kenn incluso puede haber sabido que teníamos la capacidad para fijar nuestros dibujos en placas duraderas. Cuando vio el primer conjunto de imágenes fotográficas de Bloor, apenas pestañeó. Fingió disentir con los sabios, pero tú y yo sabemos que no temía la «prueba» que usaban para chantajearlo. Sólo estaba ganando tiempo hasta la llegada de la nave. Y pudo haber funcionado... si Bloor no hubiera descubierto y registrado el cadáver de Ro-pol, expuesto y desenmascarado. Ahí fue cuando Ro-kenn se puso histérico y ordenó una matanza.

—Lo sé. —Ling sacudió la cabeza—. Fue una locura. Pero debes comprender. Molestar a los muertos es muy grave. Debe haberlo irritado en extremo...

—¡Irritado, ja! Él sabía exactamente lo que hacía. Piensa, Ling. Supongamos que un día observadores del Instituto vieran fotos mostrando humanos con un grupo de seres humanoides de quienes nadie oyó hablar, cometiendo crímenes en Jijo. ¿Podrían esas toscas imágenes implicar a los rothens?

»Tal vez, si así fueran los rothens. Pero hasta que Bloor fotografió la cara desenmascarada de Ro-pol, nuestras toscas imágenes no planteaban ninguna amenaza para los rothens. Porque dentro de un par de siglos esos simbioses faciales no existirán más, y nadie que esté vivo sabrá qué aspecto tenían los rothens.

—¿De qué estás hablando? Todos los daniks crecen viendo a los rothens con sus simbioses. Obviamente habrá gente que sabrá... —Calló y miró sorprendida a Lark—. No querrás insinuar...

—¿Por qué no? Después de una larga asociación con tu gente, sin duda adquirieron los medios necesarios. Una vez que los humanos no les sirvan como fachada para sus planes, tus «instructores» usarán una amplia gama de virus personalizados para eliminar a todos los daniks, tal como planeaban eliminar a los humanos de Jijo.

»Llegado el caso, una vez que lo hayan probado en ambos pueblos, estarán en buena posición para vender esa arma a los enemigos de la Tierra. A fin de cuentas, una vez que se extinga nuestra raza, ¿quién defenderá nuestra inocencia? ¿Quién se molestará en buscar otros sospechosos de una serie de delitos menores que fueron cometidos, en todas las Cinco Galaxias, por grupos de bípedos muy parecidos a...?

—¡Suficiente! —exclamó Ling, poniéndose de pie, tirando los capullos dorados que tenía en el regazo. Retrocedió agitada.

Lark continuó sin inmutarse.

—He pensado en ello desde que abandonamos el valle. Y todo tiene sentido. Hasta el hecho de que los rothens impidan que tú especie use sensores neurales.

—Te lo he dicho. Está prohibido porque los sensores podrían enloquecernos.

—¿De veras? ¿Y por qué los tienen los rothens? ¿Porque son más evolucionados? —Lark resopló—. De todos modos, he oído que actualmente los humanos los usan en

otras partes.

—¿Cómo lo sabes?

Lark se apresuró a interrumpirla.

—Lo cierto es que los rothens no pueden arriesgarse a permitir que sus mascotas humanas establezcan enlaces directos con ordenadores, porque algún día un danik podría sortear las consolas controladas, conectarse directamente con la Gran Biblioteca y deducir que han sido peones...

Ling retrocedió otro paso.

—Por favor, Lark, no quiero hablar más de esto.

Él sintió el impulso de callar, de apiadarse. Pero lo reprimió. Tenía que decirlo todo.

—Debo admitir que es un plan sensacional... usar a los humanos como fachada para el robo genético y otros delitos. Aun hace dos siglos, cuando partió el Tabernáculo, nuestra raza tenía la pésima reputación de ser una de las tribus más bajas de las Cinco Galaxias. Nos llamaban lobeznos, y ningún clan antiguo nos defendía. Si pillan a alguien, seremos víctimas fáciles. El plan rothen es astuto. Pero la pregunta es por qué los humanos se dejan usar de ese modo.

»La historia puede tener la respuesta, Ling. Según nuestros textos, los humanos sufrieron un gran complejo de inferioridad en tiempos del Contacto, cuando nuestras primitivas canoas espaciales tropezaron con una majestuosa civilización de dioses estelares. Tus ancestros y los míos escogieron diferentes modos de encarar el complejo. Algunos se aferraron de cualquier esperanza, de cualquier excusa.

»Los colonos del Tabernáculo soñaban con huir a un sitio que escapara al control de los burócratas galácticos y los poderosos clanes galácticos, un lugar para reproducirse libremente y cumplir el viejo anhelo romántico de colonizar una frontera. Tus ancestros daniks, en cambio, se apresuraron a aceptar la fábula que les contó un grupo de personajes convincentes. Una fábula halagüeña que apelaba a su orgullo herido, prometiendo un grandioso destino para ciertos humanos escogidos y sus descendientes... siempre que hicieran lo que les decían. Aunque eso significara criar a sus hijos para que fueran víctimas complacientes y ladrones furtivos al servicio de una pandilla de hampones galácticos.

Ling tembló, alzando una palma, como tratando de detener físicamente las palabras.

—Te pedí que no hablaras más —insistió, respirando con dificultad. El dolor le contorsionaba el rostro.

Lark calló al fin. Había ido demasiado lejos, aun en nombre de la verdad. Atolondradamente, tratando de mantener cierta dignidad, Ling dio media vuelta y caminó hacia el lago acre que se extendía a orillas de las ruinas buyurs.

A nadie le gusta que derriben su visión del mundo, reflexionó Lark, mientras Ling

arrojaba piedras a las cáusticas aguas. La mayoría rechazaríamos todas las pruebas del cosmos antes de aceptar que nuestras creencias son erróneas. Pero la científica que hay en ella no pasará por alto las pruebas. Tiene que enfrentarse a los hechos, le gusten o no.

El hábito de la verdad es duro de adquirir, y es una bendición ambigua. No deja refugio cuando llega una nueva verdad que lastima.

Lark sabía que sus propios sentimientos no eran precisamente un testimonio de claridad. Había furia, mezclada con la vergüenza de no poder aferrarse a la pureza de sus propias convicciones. Sentía la pueril satisfacción de oponerse a la altanería de Ling, y remordimiento por ese motivo tan mezquino. A Lark le gustaba tener razón, pero esta vez habría preferido estar equivocado.

Justo cuando lograba que me respetara como un igual, y quizás empezara a gustarle, pisoteo sus creencias, derribando los ídolos que le enseñaron a adorar, mostrando las manos ensangrentadas de sus dioses. Tal vez ganes una discusión, muchacho. Incluso quizá la convenzas. ¿Pero alguien podrá perdonarte del todo por semejante cosa?

Sacudió la cabeza, pensando en todo lo que quizás hubiera perdido por el acalorado placer de la franqueza.

EWASX

No temáis, mis componentes menores.

Las sensaciones que tenéis pueden parecer un dolor abrumador, pero comunican una especie de amor que con el tiempo os resultará entrañable.

Ahora soy parte de vosotros, uno con vosotros. Nunca haré nada que nos cause daño, mientras esta alianza cumpla una función.

Adelante, acariciad la cera si queréis, pues los viejos caminos de la memoria aún tienen ciertos usos (mientras sirvan a Mi propósito). Jugad con imágenes recientes, y evoquemos juntos los hechos que llevaron a nuestra nueva unión. Recread la escena percibida por el reverente Asx mientras observaba la gran nave jophur, Polkjhy, mientras descendía del cielo, apresaba a los piratas y aterrizaba en este torturado valle. Pobre, nulunido, desconcertado Asx. ¿Acaso Yo/nosotros no miramos con trémulo temor?

Sí, y percibo otra motivación. Una que os mantenía admirablemente unidos, a pesar del miedo turbulento. Era un apremiante sentido del deber. Deber hacia esa comunidad de semicriaturas que llamáis Comuna.

Como Asx, vuestra pila planeaba hablar en nombre de la Comuna. Asx esperaba enfrentarse a los humanos estelares y esas criaturas conocidas como «rothens». ¡Pero entonces vio formas jophurs en nuestras escotillas!

Luego, al cabo de un titubeo, ¿no girasteis para tratar de huir?

¡Qué lenta era esta pila antes del cambio! Cuando cuchillos de fuego brotaron de esta potente nave, ¿cómo reaccionasteis ante el remolino de destrucción? ¿Ante haces voraces y calientes que asolaban madera, piedra y carne, pero siempre perdonaban a esta pila de añosos anillos? Si entonces hubierais poseído las brillantes y nuevas piernas que ahora usamos, os habríais arrojado en esa rugiente calamidad.

Pero Asx era lento, tan lento que ni siquiera pudo proteger a sus compañeros con su mole traeki.

Todos murieron, salvo esta pila.

¿NO ESTÁIS ORGULLOSOS?

El siguiente rayo de la nave capturó este cono, elevándolo en el aire de la noche, llevando los anillos grasientos hacia las puertas que se abrían para recibirlo.

Oh, qué bien habló entonces Asx, a pesar de la confusión. Con coherencia asombrosa para una pila sin amo, explotando cerosas estrías de elocuencia, Asx presentó súplicas, exhortaciones y razonamientos a las enigmáticas criaturas que miraban desde atrás de luces resplandecientes.

Al fin estos seres se adelantaron. La cabina de la nave se llenó con los aromas de espanto de Asx.

¡Qué unidos estabais, anillos Míos! El testimonio de la cera está claro. En ese

momento, estabais unidos como nunca.

Unidos en la consternación de ver a esos primos toroides que vuestros ancestros procuraron rehuir hace muchos ciclos.

Nosotros los jophurs, poderosos y cabales.

DWER

El robot resultó útil para apilar leña en una duna que daba sobre la Grieta. Sin pausa ni descanso, arrojaba una carga e iba a buscar más, en la dirección que Rety le indicara. La máquina danik parecía ansiosa de obedecer una vez más, mientras las órdenes condujeran a una reunión con Kunn.

Esa terca devoción al amo le recordó a Dwer las historias terrícolas sobre perros, cuentos que su madre leía en voz alta cuando él era pequeño.

Le resultó extraño que los colonos del Tabernáculo llevaran caballos, asnos y chimpancés pero no caninos.

Quizá Lark o Sara sepan por qué. Así pensaba Dwer siempre que encontraba algo que no entendía. Solo que ahora le provocaba un retortijón, sabiendo que quizá nunca volviera a ver a sus hermanos.

Tal vez Kunn no me mate de inmediato. Tal vez me lleve encadenado, antes que los rothens exterminen a las Seis Razas para borrar sus huellas.

Ése era el terrible destino que los sabios supremos prevían para los colonos de Jijo, y Dwer suponía que sabían de qué hablaban. Recordó las reflexiones de Lena Strong acerca de los medios que los alienígenas podían usar para consumir el genocidio. Con siniestro deleite, Lena se superaba a sí misma durante el largo viaje al este desde los Linderos. ¿Los dioses de las estrellas lavarían la Cuesta con fuego, barriéndola desde los glaciares hasta el mar? ¿Derretirían los casquetes de hielo para ahogarlos? Sus mórbidas especulaciones eran como un quinto compañero mientras Dwer guiaba a dos mujeres fornidas y un sabio menor por mil leguas de hierba venenosa, hasta los Cerros Grises, en un desesperado intento de salvaguardar un fragmento de la civilización humana.

Dwer había visto a Jenin, Lena y Danel por última vez durante la breve lucha cerca de las chozas del clan de Rety. Este mismo robot derribó a Danel con rayos letales, instantes antes de que sus armas fueran destruidas.

En verdad, este robot de combate no era un perro amigable. Tampoco mostraría gratitud por las veces que Dwer lo había ayudado a cruzar los ríos, usando su cuerpo como conducto para sus campos.

Pies de Barro tampoco era un gran camarada. El ágil noor pronto se aburrió de juntar madera y se escapó para explorar la orilla, escarbando furiosamente donde las burbujas revelaban una colmena de almejinas. Dwer ansiaba asar algunas, hasta que vio que Pies de Barro estaba devorándolas todas, sin apartar ninguna para los humanos.

Útil como un noor pensó, recordando un refrán, aplacando su hambre mientras cogía otra gavilla de leña, hundiendo los mocasines en la cuesta arenosa. Trataba de conservar el optimismo.

Tal vez Kunn me alimente, antes de conectarme a las máquinas de tortura. Yi se erguía con orgullo sobre la creciente pila de madera. El macho urs daba instrucciones con voz aflautada, como si los meros humanos no pudieran armar una fogata adecuada sin supervisión urs. El «esposo» de Rety resoplaba con desdén ante la poca colaboración de Dwer, como si estar herido y hambriento después de volar por medio Jijo en las garras de un robot no fuera excusa. Dwer ignoró la reprimenda de Yi, arrojando su carga y dirigiéndose a la duna para buscar la nave de Kunn.

La vio a gran distancia, un abalorio plateado que revoloteaba sobre las profundas aguas azules de la Grieta. Por momentos algo pequeño y reluciente caía de la esbelta nave. Un explosivo, supuso Dwer, pues durante veinte duras, después que cada cápsula se estrellaba en el agua, el mar se hinchaba abruptamente con espuma blanca. A veces un tono agudo, casi musical, llegaba a la costa.

Según Rety, Kunn trataba de obligar a algo o alguien a salir de su escondrijo.

Espero que yerres, pensó Dwer, aunque era posible que el piloto estelar estuviera de mejor humor con los prisioneros si le iba bien en su cacería.

—Me pregunto qué le ha dicho Jass a Kunn, todo este tiempo —dijo Rety, reuniéndose con Dwer—. ¿Y si se hacen amigos?

Dwer esperó mientras el robot dejaba otra carga de leña e iba a buscar más.

—¿Has cambiado de parecer? —preguntó—. Aún podemos tratar de escapar. Eliminar al robot, eludir a Kunn. Seguir nuestro camino.

Rety sonrió con sorprendente calidez.

—¿Qué es esto, Dwer? ¿Una declaración? ¿Qué haremos? ¿Crear nuestro propio clan de irruptores en estos yermos ventosos? Sabes que ya tengo marido y necesito su permiso para agregar otro.

En realidad él había pensado en regresar a los Cerros Grises, donde Lena y Jenin sin duda necesitarían ayuda. O bien, si eso parecía muy difícil y Rety se negaba a regresar a la tribu que odiaba, podían dirigirse hacia el oeste y llegar a la Angostura a los dos meses, si conseguían provisiones en el camino.

Rety continuó, con más tensión en la voz.

—Además, le he echado el ojo a ese apartamento en Poria. Como el que estaba en la imagen que me mostraron Besh y Ling, con un balcón, y una cama de material blando. Creo que será un poco más cómodo que sobrevivir el resto de mis días entre salvajes.

Dwer se encogió de hombros. No había esperado que ella aceptara. Como «salvaje», tenía sus razones para encender la fogata y llamar la atención de Kunn.

—De todos modos, no creo que el robot baje la guardia por segunda vez.

—Tuviste suerte al sobrevivir la primera, Dwer.

Tardó un instante en comprender que era un cumplido. Lo valoró, sabiendo que quizá nunca oyera otro.

Ese momento de inusitada calidez se interrumpió cuando un objeto enorme pasó a tal velocidad que su estela de aire derrumbó a los dos humanos. La destreza de Dwer como rastreador le permitió seguir el borroso objeto hasta una duna cercana, que estalló en un chorro de arena.

Notó que el robot cavaba frenéticamente. En un santiamén abrió un agujero y se zambulló, apuntando la lente sensora restante al sur y al oeste.

—¡Vamos! —urgió Dwer, cogiendo su arco y su aljaba. Rety se detuvo sólo el tiempo necesario para recoger al gemebundo Yi. Juntos bajaron al pie de la cuesta, y Dwer se puso a cavar con ambas manos.

Tiempo atrás, Fallon el explorador le había enseñado: Si no sabes lo que sucede en una crisis, imita a una criatura que lo sepa. Si el robot sentía la repentina necesidad de ocultarse, era prudente imitarlo.

—¡Ifni! —murmuró Rety—. ¿Qué demonios haces ahora?

Aún estaba de pie, mirando la Grieta. Dwer la arrastró al agujero que había cavado. Sólo cuando la arena les cubrió el cuerpo asomó la cabeza para mirar.

Obviamente el piloto danik entendía que algo andaba mal. La pequeña nave enfilaba hacia la costa a toda velocidad. Buscando refugio, pensó Dwer. Tal vez pueda enterrarse como el robot.

Dwer iba a volverse para localizar aquello que había asustado a Kunn, pero entonces la nave viró y zigzagueó frenéticamente. Su cola escupió brillantes bolas de fuego, como chispas saltando de un leño ardiente. Vibraban en el aire, borroneando los contornos de la nave fugitiva.

Desde atrás de Dwer, estrías de fiera luz se lanzaron hacia la nave fugitiva. La mayoría chocaron con zonas distorsionadas, desviándose del curso, pero una sorteó las bolas relucientes y dio en el blanco.

En el último momento, Kunn movió su ágil nave y disparó contra sus atacantes, lanzando una andanada mientras el implacable misil avanzaba.

Dwer obligó a Rety a agachar la cabeza y cerró los ojos.

Las detonaciones fueron menos estremecedoras de lo que esperaba, una serie de estallidos sonoros casi decepcionantes. Con la cara cubierta de arena, miraron al ganador y al perdedor de esa breve batalla entre carrozas de los dioses.

La nave de Kunn se había estrellado más allá de las dunas, enterrándose en un pantano. Brotaba humo de su popa destrozada.

El vencedor sobrevolaba a su víctima, reluciendo con un tinte plateado que parecía menos metálico que cristalino. El recién llegado era más grande y parecía más potente que la nave exploradora danik. Kunn no había tenido oportunidad.

—Ella dijo que aparecería alguien más fuerte —murmuró Rety, con un hilo de voz.

Dwer sacudió la cabeza:

—¿Quién?

—Esa pestilente urs. La jefa de esas irruptoras cuadrúpedas, en el corral de la aldea. Dijo que los rothens podían tener miedo de alguien más grande. Así que tenía razón.

—¿Urs pestilente? —objetó Yi—. Mira quién habla.

Rety acarició al pequeño macho mientras Yi estiraba el pescuezo con un suspiro de satisfacción.

La nave caída se sacudió con una nueva explosión, que abrió un rectángulo brillante en el flanco. Esa sección cayó y dos figuras bípedas saltaron al pantano, perseguidas por el humo que brotaba del interior. Tambaleando en las aguas turbias, los hombres se apoyaron uno en el otro hasta llegar a un islote con juncales, donde cayeron exhaustos.

La nueva nave trazó un círculo cauteloso, perdiendo altitud.

Dwer vio que una estela de humo pálido brotaba de un desgarrón en su otro flanco. Un carraspeo del motor empeoró gradualmente. Pronto la segunda nave se posó cerca de la primera.

Bien, parece que Kunn también dio en el blanco. ¿Y por qué eso me satisface? se preguntó Dwer.

ALVIN

Las estremecedoras detonaciones se volvieron más aterradoras a cada dura, golpeando nuestra cárcel y refugio submarino, a veces alejándose para regresar con nueva fuerza, dificultándole a un pobre hoon la tarea de permanecer de pie en el suelo tembloroso.

Las muletas y la prótesis de la espalda no ayudaban, ni el pequeño autoescriba, que enturbiaba la habitación con mis propias palabras. Tambaleando entre citas, busqué un objeto sólido para aferrarme mientras el escriba seguía escupiendo palabras, registrando mis frenéticas maldiciones en inglés y gal-siete. Cuando encontré una viga, me aferré con todas mis fuerzas. El clamor de las explosiones sonaba como un gigante que se acercara con pisadas estremecedoras.

Luego, cuando ya temía que una juntura rota dejara entrar las oscuras aguas del Sumidero, cesó de pronto.

El silencio era tan desconcertante como ese ruido espantoso. Mi saco laríngeo palpitaba en vano mientras la histérica Huphu me clavaba las uñas en los hombros, desprendiendo hilillos de escamas. Afortunadamente los hoon no tienen mucho talento para el pánico. Quizá nuestras reacciones sean demasiado lentas, o bien nos falta imaginación.

Mientras recobraba la compostura, la escotilla se abrió y entró uno de los anfibios, chillando en galáctico dos simplificado.

Una llamada. La voz giratoria nos requería para otra reunión.

—Quizá debemos compartir conocimientos —dijo cuando los cuatro, más Huphu, estuvimos reunidos.

Huck y Pinzón, que podían mirar a todas partes al mismo tiempo, compartieron miradas significativas con Ur-ronn y conmigo. Todos estábamos bastante conmocionados por las explosiones. Ni siquiera vivir cerca de un volcán nos había preparado para eso.

La voz parecía proceder de un espacio donde líneas abstractas se curvaban en diseños compactos, pero yo sabía que era una ilusión. Las formas y sonidos eran proyecciones enviadas por una entidad cuyo cuerpo real estaba en otra parte, más allá de las paredes. Seguía esperando que Huphu se alejara y rasgara un telón, exponiendo a un hombrecillo con un traje esmeralda de carnaval.

¿Creen que somos tan tontos como para caer en semejante treta?

—¿Conocimientos? —se burló Huck, retrayendo tres ojos—. ¿Quieres compartir conocimientos? ¡Pues dinos qué está ocurriendo! ¡Creí que este lugar se hacía pedazos! ¿Fue un terremoto? ¿El Sumidero nos está succionando?

—Te aseguro que no ocurre nada de eso —fue la respuesta, en apacible gal-seis—. El origen de nuestra mutua preocupación está arriba, no abajo.

—Exflosiones —murmuró Ur-ronn, resoplando por su hocico y pateando con el casco trasero—. No terremotos, sino detonaciones submarinas. Claras, fuertes y muy fróximas. Diría que allá afuera hay alguien que no os tiene sinfatía.

Pinzón siseó y yo miré a nuestra amiga urs, pero la voz giratoria concedió:

—Una conjetura astuta.

No supe si hablaba con respeto o ironía.

—Y como nuestro gremio de demolidores no fodría lograr tales hazañas, esto sugiere que tenéis otros enemigos foderosos, mucho más grandes que los débiles Seis.

—De nuevo, una suposición razonable. Una joven brillante.

—Hrrrm —añadí, para no quedar excluido de esa respuesta incisiva—. Nos han enseñado que siempre debemos verificar las hipótesis más sencillas. Así que déjame adivinar... os persiguen los mismos que aterrizaron hace poco tiempo en el Valle del Festival. Esos incursores que Uriel mencionó antes de que partiéramos. ¿Es eso?

—Una buena conjetura, y quizás hasta sea cierta... aunque bien podría ser otro.

—¿Otro? ¿Qué estás diciendo? —preguntó Pinzón, alzando tres patas y balanceándose peligrosamente sobre las otras dos. Su piel quitinosa cobró un angustiado tinte carmesí—. ¿Que los ET del Valle no son los únicos? ¿Que tenéis hordas enteras de enemigos?

Las líneas abstractas se entrecruzaron en un mudo remolino. La pequeña Huphu, que desde el principio parecía fascinada por la voz, miró cautivada esa espiral, clavándome las zarpas en el hombro.

—¿Cuántos enemigos tenéis, tíos? —murmuró Huck.

Cuando la voz habló de nuevo, no había el menor rastro de ironía. Parecía profundamente cansada.

—Ah, queridos niños. A veces parece que la mitad del universo conocido se ha pasado años persiguiéndonos.

Pinzón hizo chasquear las pinzas y Huck lanzó un suspiro sordo. Mi gutureo de consternación alarmó a Huphu, que dejó de mirar la imagen arremolinada y chachareó nerviosamente. Ur-ronn gruñó simplemente, como si lo esperase, vindicando su cinismo de urs. A fin de cuentas, cuando las cosas no pueden andar peor, se las apañan para empeorar de todos modos. Ifni tiene una imaginación fecunda, aunque insidiosa. La diosa del destino sigue tallando nuevas caras en sus dados, cuyos lados son infinitos.

—Bien, supongo que esto significa que podemos desechar la idea de que vosotros los phuvnthus seáis antiguos jijoanos, o criaturas nativas del abismo.

—O restos de máquinas buyurs descartadas —continuó Huck—. O monstruos marinos.

—Sí —añadió Pinzón, decepcionado—. Sólo otra p-p-pandilla de g-g-galácticos

dementes.

El dibujo arremolinado mostró confusión.

—¿Preferirías monstruos marinos?

—Olvídalo —dijo Huck—. No entenderías.

Los dibujos oscilaron.

—Me temo que tengas razón en eso. Vuestro grupo nos tiene muy perplejos. Tanto que algunos de los nuestros han planteado la posibilidad de que hayáis venido aquí para confundirnos.

—¿Cómo?

—Vuestros valores, creencias y evidente afecto mutuo contribuyeron a erosionar supuestos que considerábamos inmutablemente anclados en la naturaleza de la realidad. Desde luego, esta confusión no es del todo desagradable. Como entidad pensante, una de mis motivaciones principales se podría denominar afán de sorpresa. Y los que trabajan conmigo están igualmente sorprendidos por el imprevisto prodigio de vuestra camaradería.

—Nos alegra que nos encontréis entretenidos —comentó Huck con seca ironía—. ¿Conque habéis venido aquí a hurtadillas, como nuestros ancestros?

—Hay paralelismos. Pero nuestro plan no era quedarnos. Solamente efectuar reparaciones, juntar provisiones y esperar que llegue el momento oportuno para trasladarnos al punto de transferencia más cercano.

—¿Entonces Uriel y los sabios pueden estar equivocados en cuanto a la nave que vino al Valle? ¿El robo de genes es sólo una fachada? ¿Sois vosotros la verdadera causa de nuestros problemas?

—Tener problemas es sinónimo de ser una entidad metabolizadora. De lo contrario, ¿por qué vosotros los habéis buscado con tanto entusiasmo? Pero vuestra queja se justifica. Creíamos haber eludido toda persecución. La nave que aterrizó en las montañas pudo venir aquí por coincidencia, o bien atraída por una confluencia de factores infortunados. En todo caso, si hubiéramos sabido de vuestra existencia, habríamos buscado refugio en otra parte, quizás en una ciudad muerta de una de vuestras lunas, aunque esos lugares son menos cómodos para efectuar reparaciones.

Me costó creer esa parte. Soy sólo un salvaje ignorante, pero por las novelas científicas clásicas que me crié leyendo, podía imaginarme trabajando en un pueblo fantasma lunar como mi tocayo, despertando potentes máquinas que habían dormido durante siglos. ¿Qué viajeros de las estrellas encontrarían la oscuridad y el agua salada más «cómodos» que el limpio vacío?

Recaímos en un melancólico silencio, sin poder enfadarnos con gente que aceptaba de tan buena gana su responsabilidad. En todo caso, ¿no eran también víctimas de la persecución galáctica? O de la justicia. Fue otro preocupado pensamiento.

—¿Podéis decirnos por qué todos están tan furiosos con vosotros? —pregunté.

La imagen giratoria se convirtió en un embudo angosto cuyo extremo menor parecía muy lejano.

—Como vosotros, investigábamos lugares desconocidos, creyéndonos audaces exploradores —explicó la voz con gran tristeza—. Hasta que tuvimos la desgracia de encontrar precisamente lo que buscábamos. Maravillas inesperadas e inimaginables.

»Sin infringir ninguna ley, sólo planeábamos compartir lo que habíamos encontrado. Pero quienes nos perseguían abandonaron todo disimulo de legalidad. Como gigantes peleando por la posesión de un mosquito, guerrearán ávidamente, batallando por la oportunidad de capturarnos. Quien gane nuestro tesoro sin duda lo usará contra multitudes.

Nos quedamos atónitos, hasta que Pinzón se puso a susurrar por todos los conductos al mismo tiempo.

—¿T-t-tesoro?

Huck se aproximó al dibujo giratorio.

—¿Puedes probar lo que acabas de decirnos?

—No sin exponer a vuestra gente a mayor peligro del que ya corre.

Recuerdo haberme preguntado qué podía ser más peligroso que el genocidio que había mencionado Uriel, como un resultado probable del contacto con los incursores.

—No obstante —continuó la voz—, quizá sea posible reforzar nuestra confianza mutua. O incluso ayudarnos significativamente.

SARA

Supongamos que los dos observadores más atentos del mundo presenciaron el mismo acontecimiento. Nunca se pondrían exactamente de acuerdo en lo que sucedió. Tampoco podrían retroceder para verificarlo. Los hechos se pueden consignar, pero el pasado no puede reproducirse.

Y el futuro es aún más nebuloso, un territorio sobre el cual podemos inventar historias, consignando estrategias que nunca resultan como se planearon.

Las amadas ecuaciones de Sara, derivadas de obras de la antigua Tierra anteriores al Contacto, pintaban el tiempo como una dimensión emparentada con los diversos ejes del espacio. Los expertos galácticos se burlaban de esta noción, diciendo que los modelos relativistas de Einstein y otros eran «ingenuos». Pero Sara sabía que las expresiones contenían una verdad. Tenían que contenerla. Eran demasiado bellas para no formar parte de un diseño universal.

Esa contradicción la llevó de la matemática a la lingüística: cómo el lenguaje condiciona la mente, de modo que algunas ideas surgen fácilmente mientras que otras ni siquiera se pueden expresar. Las lenguas terrícolas —el inglés, el ruso y el nórdico— parecían especialmente proclives a las paradojas, las tautologías y las «demostraciones» que sonaban convincentes pero eran contrarias al mundo real.

Pero el caos también había invadido los dialectos galácticos usados por las otras razas exiliadas de Jijo, aun antes de que llegaran los colonos terrícolas. Para algunos lingüistas de Biblos, esto era prueba de involución, de que el refinamiento de los viajeros estelares cedía ante el salvajismo, y al fin a los gruñidos presapientes. Pero el año pasado Sara había pensado en otra explicación, basada en la teoría de la información anterior al Contacto. Una noción tan interesante que dejó Biblos para trabajar en ella.

¿O sólo buscaba una excusa para alejarme?

Cuando la peste mató a Joshu —y un infarto a la madre de Sara—, investigar una especialidad desconocida parecía el refugio perfecto.

Aislada en su casa arbórea, con la única compañía de Prity y sus libros, Sara se consideraba protegida de las intrusiones del mundo.

Pero el universo se las ingenia para derribar las paredes.

Sara miró la reluciente y morena tez de Emerson y su sonrisa robusta, que irradiaba afecto y confianza. Al margen de su mudez, el hombre de las estrellas distaba de ser el guiñapo que ella había encontrado en el pantano de Dolo y que había rescatado de una muerte inminente.

Tal vez debería renunciar a mis pretensiones intelectuales y atenerme a aquello para lo que sirvo. Si las Seis Razas se ponían a luchar entre sí, se necesitarían más enfermeras que teóricos.

Sus pensamientos giraban caóticamente, centrados en la franja reluciente del centro del túnel. Una franja que no se alteraba mientras seguían avanzando. Su inalterabilidad era un reproche a la herejía privada de Sara, la extraña y blasfema creencia que quizás ella fuera la única en sostener entre los jjoanos.

La pintoresca noción de progreso.

Sin aliento después de otro trote, regresó a la carreta y encontró a Prity chachareando nerviosamente. Sara revisó la herida de la chimpancé, pero Prity se zafó, trepando al asiento, chistando a través de los dientes desnudos mientras miraba hacia delante. Kepha y Nuli también estaban conmocionadas, y suspiraron audiblemente. Sara contuvo el aliento y encontró su cabeza llena de contrastes. Un bucólico aroma silvestre se mezclaba con un penetrante olor metálico, algo totalmente alienígena. Se puso de pie, apoyando las piernas en el asiento.

¿Qué era esa chispa de luz allá donde la franja del centro se desvanecía?

Pronto fue evidente un fulgor pálido. Emerson se puso el rewq sobre los ojos, se lo quitó.

—¡Tío, despierta! —Jomah sacudió el hombro de Kurt—. ¡Creo que hemos llegado!

Pero el fulgor permaneció borroso largo tiempo. Dedinger murmuró con impaciencia, y por una vez Sara estuvo de acuerdo con él.

La expectativa del final del viaje hacía que el resto del túnel fuera insoportable.

Los caballos se apresuraron mientras Kepha y Nuli hurgaban bajo sus asientos y pasaban gafas oscuras. Sólo Emerson quedó exento, pues su rewq volvía innecesaria una protección artificial. Sara hizo girar las gafas de fabricación urs en sus manos.

Supongo que la luz del día resultará intolerable durante un tiempo, cuando salgamos de este agujero. Aun así, sería una incomodidad breve, mientras sus ojos volvían a acostumbrarse al mundo de arriba. La precaución parecía excesiva.

Al fin averiguaremos dónde se ocultó el clan de los caballos todos estos años. La avidez se mezclaba con la tristeza, pues ninguna realidad —ni siquiera las divinas maravillas de los galácticos— se podía comparar con las caprichosas imágenes que había en las leyendas anteriores al Contacto.

¿Un portal místico hacia una realidad paralela? ¿Un reino flotando en las nubes?

Suspiró. Quizá sólo sea un valle apartado, con aldeanos tan aislados e ignorantes que desconocen la diferencia entre un asno y un caballo.

La antigua carretera comenzó a elevarse. La franja resplandeciente perdió brillo mientras la iluminación bañaba las paredes como un líquido. Pronto el túnel cobró textura. Sara distinguió formas, contornos irregulares.

Comprendió consternadamente que se dirigían hacia conjuntos de mandíbulas triples, como una gigantesca boca urs con dientes tan grandes que pudieran perforar la carreta entera.

Sara imitó a las illias. Kepha y Nuli no parecían alarmadas. Pero aunque vio que los dientes eran de metal —corroído por la herrumbre—, Sara no lograba convencerse de que era sólo una máquina muerta. Una enorme máquina buyur.

Nunca había visto nada parecido. Los meticulosos buyurs habían arrojado al mar casi todos sus grandes edificios y dispositivos durante sus últimos años en Jijo, desmantelando ciudades enteras y sembrando arañas reductoras para comer los restos.

¿Por qué los deconstructores no se habían llevado esa cosa?

Detrás de las enormes fauces había discos erizados de piedras brillantes. Sara notó que eran diamantes grandes como su cabeza. La carreta empezó a dar bandazos mientras Kepha maniobraba por una senda tortuosa a través del gznate de la gran máquina, zigzagueando alrededor de los enormes discos.

Sara comprendió.

¡Esto es un deconstructor! Debía estar demoliendo el túnel cuando se descompuso. Me pregunto por qué nadie se molestó en repararlo o en llevárselo.

Entonces Sara vio la razón.

Lava. Lenguas y arroyos de basalto congelado sobresalían por varias fisuras, donde se habían endurecido medio millón de años atrás.

Fue sorprendido por una erupción.

Mucho después, equipos de mineros de alguna de las Seis Razas debían haber trabajado para abrir un camino en el vientre de la máquina muerta, cavando el tramo que separaba el túnel de la superficie. Sara vio marcas de toscos picos. Y también debían haber usado explosivos. Eso podía explicar por qué el gremio de los demoleedores conocía el lugar.

Sara quiso evaluar la reacción de Kurt, pero el resplandor creció mientras la carreta doblaba un abrupto recodo final, trepando por una rampa empinada hacia un remolino de luz.

Sara buscó las gafas mientras el mundo estallaba en color.

Colores arremolinados e hirientes.

Colores chillones.

Colores que cantaban con melodías tan imponentes que le hacían palpar los oídos.

Colores que le hacían cosquillear la nariz y hormiguar la piel con sensaciones que estaban a un paso del dolor. Los pasajeros jadearon al unísono mientras la carreta trepaba una elevación que revelaba un paisaje más extraño que un sueño.

Aun con las gafas puestas, cada cresta y valle titilaba con más pigmentos de los que Sara podía nombrar.

Obnubilada, ordenó sus impresiones. A un lado asomaba el mastodóntico deconstructor, un jirón de metal ahogado en olas de magma congelado. Olas que se extendían hasta el horizonte, capa tras capa de piedra radiante.

Al fin tenía la respuesta a su pregunta.

¿En qué parte de la Cuesta podía un gran secreto permanecer oculto un siglo o más?

Aun Dedinger, profeta del desierto de arena, reaccionó con un gemido ante la obviedad.

Estaban en el último lugar de Jijo adonde alguien iría a buscar gente.

El centro mismo del Flujo Espectral.

CUARTA PARTE

DE LAS NOTAS DE GILLIAN BASKIN

Ojalá pudiera presentarme a Alvin. Siento que ya conozco al niño después de leer su diario y espiar las conversaciones con sus amigos.

Tienen un conocimiento tan perfecto del inglés del siglo veintitrés, y demuestran un entusiasmo tan diferente de los hoonos y urs que conocí antes de llegar a Jijo, que casi me olvido de que estoy hablando con alienígenas, si ignoro los giros e inflexiones extrañas que ellos usan.

Hasta que la extraña lógica de sus ocurrencias me recuerda que no son niños humanos vestidos con trajes de Halloween para parecer un cangrejo, un centauro y un calamar en una silla de ruedas.

Al pasar el tiempo, se preguntaban (y no podía culparlos) si eran prisioneros o huéspedes en este refugio submarino. La especulación llevó a amplias discusiones y comparaciones con varios cautivos famosos de la literatura. Entre sus curiosas percepciones, Ur-ronn ve Ricardo II como la historia de la apropiación legítima de una empresa, con BoLingbroke como el aprendiz del rey. El qheuen rojo, Pinzón, sostiene que el héroe de las crónicas de Feng Ho fue encerrado en el harén del emperador contra su voluntad, aunque tuviera acceso a las Ochocientas Beldades y pudiera marcharse en cualquier momento.

Por último, a Huck le molestaba que Shakespeare dedicara tan poco tiempo a la maligna esposa de Macbeth, sobre todo a su intento de escapar del pecado hallando la Redención en un estado presapiente. Huck tiene ideas para una continuación donde describiría a lady Macbeth en su «nueva Elevación desde el estado de barbecho». Su ambiciosa obra sería una enseñanza moral acerca de la traición y el destino en las Cinco Galaxias.

Al margen de estas singulares percepciones, me asombra que en Jijo una comunidad analfabeta de renegados recibiera súbitamente el saber escrito provisto por colonos humanos. Qué irónica inversión de la situación de la Tierra, con nuestra cultura nativa casi abrumada por el contacto con la Gran Biblioteca Galáctica. Asombrosamente, las Seis Razas parecen haberse adaptado con vitalidad y confianza,

si Huck y Alvin son representativos.

Les deseo suerte en su experimento.

Por cierto, aún me cuesta comprender su religión. Dan por sentado el concepto de redención por involución, cuyo atractivo se me escapa.

Para mi sorpresa, nuestra médica de a bordo dice que lo comprende muy bien.

—Los delfines sienten esa llamada —me explicó Makanee—. En el sueño, nuestras mentes aún yerran por el vasto paisaje melódico del Sueño de las Ballenas. Nos exhorta a regresar a nuestra naturaleza básica, cuando el estrés de nuestro estado sapiente se vuelve demasiado agobiante.

Esta tripulación de delfines ha estado bajo presión durante tres largos años. El personal de Makanee debe encargarse de más de una veintena de pacientes que ya están «redimidos», como diría un jijoano. Estos delfines han «regresado a su naturaleza básica», sin duda. En otras palabras, los hemos perdido como camaradas y colegas habilidosos, tanto como si hubieran muerto.

Makanee lucha contra la regresión cuando encuentra los síntomas, y aun así adopta una actitud filosófica. Incluso presenta una teoría para explicar por qué la idea me repugna tanto.

Dijo algo así...

«Quizá los humanos teméis este camino porque vuestra raza tuvo que trabajar para ser sapiente, ganándolo con esfuerzo a través de miles de desdichadas generaciones.

»Los delfines —y estos urs y qheuens y hoons, y todo otro clan galáctico— recibimos el don de una raza que nos precedió. No podéis esperar que nos aferremos a esa condición tan tenazmente como vosotros, que luchasteis desesperadamente por ese premio.

»La atracción de la Senda de la Redención puede ser como abandonar la escuela. Hay algo seductor en la idea de alejarse, de evitar la disciplina y el trabajo de mantener una mente rigurosa. Si uno holgazanea, ¿qué tiene de malo? Nuestros descendientes tendrán otra oportunidad. Un nuevo comienzo en el camino ascendente de la Elevación, con nuevos instructores para mostrarnos el camino».

Le pregunté a Makanee si esa parte le resultaba especialmente atractiva. La idea de tener nuevos instructores. ¿Los delfines estarían mejor siendo pupilos de una especie que no fuera el Homo sapiens?

Ella se echó a reír y me respondió en trinario, con exquisita ambigüedad:

Cuando el hielo invernal
ruge en los mares del norte,
los timoratos aman la Corriente del Golfo.

EL comentario de Makanee me hizo reflexionar una vez más sobre La cuestión del origen humano.

En la Tierra, la mayoría de la gente parece dispuesta a suspender el juicio cuando se pregunta si nuestra especie recibió ayuda de expertos genéticos, antes de la época de la ciencia y del Contacto.

Los darwinistas empeñados aún presentan argumentos convincentes, pero pocos tienen las agallas para declarar que los expertos galácticos se equivocan al afirmar, con milenios de experiencia, que el único camino hacia el estado sapiente es la Elevación. Muchos ciudadanos de la Tierra están dispuestos a aceptar su palabra.

Así continúa el debate, en espectáculos populares de los medios y en discusiones privadas entre humanos, delfines y chimpancés, acerca de quiénes fueron nuestros instructores ausentes.

En el último recuento había seis docenas de candidatos, desde los tuvallianos y los lethanis hasta los helioespectros y los viajeros del tiempo de una extravagante dimensión diecinueve.

Aunque algunos delfines creen en instructores ausentes, la mayoría son como Makanee. Sostienen que los humanos llegamos por nuestra cuenta, luchando contra la oscuridad sin intervención externa.

¿Cómo lo expresó una vez el capitán Creideiki? Ah, sí.

«Hay memorias raciales, Tom y Jili. Recuerdos a los que se puede llegar mediante meditación keeneenk. Una imagen particular viene de nuestras leyendas oníricas, una criatura simiesca navegando hacia el mar en un tronco de árbol, proclamando con orgullo que la había tallado con un hacha de piedra, y exigiendo la aprobación de un cosmos indiferente.

»Pregunto: ¿un instructor decente dejaría que su pupilo actuara de esa manera ridícula?

»No. Desde el principio notamos que vosotros, los humanos, fuisteis Elevados por aficionados. Por vosotros mismos».

Al menos así es como recuerdo el comentario de Creideiki. A Tom le resultaba gracioso, pero recuerdo que sospeché que nuestro capitán se callaba parte de la historia. Había más, pero se la guardaba para otra oportunidad. Sólo que esa oportunidad nunca llegó.

Aun mientras cenábamos esa noche con Creideiki, el Streaker se dirigía por una oscura ruta hacia el Cúmulo Superficial.

Un par de días después, todo cambió.

Es tarde y debo terminar estas notas. Tratar de dormir.

Hannes me informa de que los resultados del trabajo fueron ambiguos. Él y Karkaett encontraron un modo de eliminar parte del revestimiento de carbono del casco del Streaker, pero un trabajo más intensivo terminaría por dañar nuestras aletas

débiles, así que por ahora queda excluido.

Por otra parte, los parámetros de control que me dio el cubo de la Biblioteca permitieron al equipo de Suessi revivir un par de estas naves estelares. Todavía son chatarra, pues de lo contrario los buyurs se las habrían llevado consigo al partir. Pero la inmersión en agua helada parece haber causado pocas alteraciones desde entonces. Tal vez podamos utilizar un par de cascos. En todo caso, les sirve de ocupación a los ingenieros.

Necesitamos distracción, ahora que el Streaker parece atrapado una vez más. Cruceros galácticos nos han perseguido nuevamente hasta un rincón lejano del universo, en busca de nuestra vida y nuestro secreto.

¿Cómo?

He reflexionado sobre esto una y otra vez. ¿Cómo nos siguieron el rastro?

El camino de Izmunuti parecía bien escondido. Otros lograron escapar por allí anteriormente. Por ejemplo, los antepasados de las Seis Razas.

Tendría que haber funcionado.

En esta angosta habitación, miro una figura iluminada. Mi compañero más íntimo desde que Tom se fue.

Herbie.

Nuestro trofeo del Cúmulo Superficial.

Portador de esperanzas y mala suerte.

¿Había una maldición en la vasta flota de naves traslúcidas que descubrimos en esa extraña inmersión en el espacio? Cuando Tom se abrió paso en sus campos relucientes y decidió adueñarse de Herbie, ¿trajo un genio que nos acechará hasta que devolvamos su maldito cadáver a su tumba de mil millones de años?

La antigua momia antes me resultaba cautivadora. Había cierta picardía en ese remedo de sonrisa humanoide.

Pero he llegado a odiar esa cosa, y todo el espacio que hemos cruzado por culpa de este descubrimiento. Lo daría todo por recuperar a Tom. Por borrar los últimos tres años. Por recobrar esos días viejos e inocentes en que las Cinco Galaxias solo eran muy peligrosas, y todavía existía un hogar.

Streaker

KAA

—¡P-pero tú dijiste que los hoons eran nuestrosss enemigosss!

El tono de Zhaki era desafiante, aunque su postura —la cabeza gacha y el hocico erguido— delataba incertidumbre. Kaa aprovechó esa ventaja, agitando el agua con sus aletas pectorales, adoptando la posición firme de un oficial del Servicio de Investigación Terrágeno.

—Ésos eran otros hoons —replicó—. El desastre de NuDawn sucedió hace mucho tiempo.

Zhaki sacudió el hocico, arrojando espuma en la húmeda cúpula.

—Los ET son ET. Aplastarán a los terrícolas en cuanto tengan una oportunidad, así como los soros, los tandus y los demás lodosos galácticoss.

Kaa frunció el ceño ante esa generalización, pero al cabo de dos años de fuga esas actitudes eran comunes en la tropa. Kaa también tenía una imagen de la Tierra contra el universo entero. Pero si así fuera, el tormento habría finalizado tiempo atrás con la aniquilación.

Tenemos aliados, algunos amigos y la renuente simpatía de los clanes neutrales, que celebran reuniones para debatir qué hacer con la plaga del fanatismo que recorre las Cinco Galaxias. Con el tiempo, la mayoría puede llegar a un consenso y actuar para restablecer la civilización.

Quizás hasta castiguen a nuestros asesinos.

—En realidad —dijo Brookida desde su banco de trabajo, en un rincón del abarrotado refugio—, no pondría a los hoons en la misma categoría que nuestros demás perseguidores. No son extremistas religiosos ni conquistadores ávidos de poder. Sería más apropiado describirlos como burócratas avinagrados. Gente que se atiene a las reglas, por lo cual muchos ingresan en los Institutos Galácticos. En NuDawn sólo hacían cumplir la ley. Cuando los colonos humanos se resistieron...

—¡Creían que loss invadían! —objetó Zhaki.

—Ssssí —convino Brookida—. Pero esa colonia de la Tierra no había tenido noticias del Contacto, y carecía del equipo para oír las preguntas de los galácticos. Cuando llegaron los oficiales hoons para presentar un ultimátum ritual, encontraron algo que no estaba en los manuales... invasores armados. Bárbaros que no dominaban ninguna lengua galáctica. Se cometieron errores. Llegaron unidades militares desde Joph...

—Esto no tiene nada que ver con nuestro problema actual —intervino Kaa, interrumpiendo la disertación histórica de Brookida—. Zhaki, debes dejar de cortar las redesss de pesssca de los hoons. Llamas la atención sobre nosotros.

—Y los enfureces —añadió Brookida—. Están tomando precauciones contra tus vandalissssmos, Zhaki. La última vez arrojaron muchas lanzas.

El joven delfín resopló.

Que ataquen los balleneros:
como antaño en las tormentas de otoño,
crecen las olas, caen los bípedos.

Kaa hizo una mueca. Instantes atrás Zhaki ansiaba vengar a los humanos que habían perecido en una colonia perdida, en un tiempo en que los delfines apenas sabían hablar. Ahora el iracundo joven juzgaba a todos los bípedos con la misma vara, reviviendo rencores de antiguos días en que los humanos aún no eran los cuidadores de la Tierra. No se podía discutir con una mente que funcionaba de ese modo.

Aun así, su función era imponer disciplina.

Si vuelves a actuar así,
ningún arpón herirá tu lomo
como mis dentelladas.

No era un gran haikú; sin duda no era como esos clásicos y poéticos versos trinarios que el capitán Creideiki usaba para deslumbrar a su tripulación, logrando una devota lealtad con olas de magnífico sonido. Pero la advertencia frenó a Zhaki. Kaa proyectó un intenso haz de sonar desde la frente, atravesando el cuerpo de Zhaki, delatando agitaciones de temor.

Cuando tengas dudas, pensó, vuelve a las costumbres ancestrales.

—Largo de aquí —concluyó—. Id a descansar. Mañana será otro día.

Zhaki giró obedientemente, retirándose al nicho cortinado que compartía con Mopol.

Pero Kaa sabía que este éxito sería breve.

Tsh't nos dijo que esta misión era importante. Pero apuesto a que designó a todos los que estamos aquí porque somos los más prescindibles a bordo del Streaker.

Esa noche soñó que era piloto. Los neodelfines tenían cierta habilidad para ello, un talento precoz en la especie sapiente más nueva de las Cinco Galaxias. Trescientos años después que los genetistas humanos empezaron a modificar los delfines naturales, la nave estelar Streaker partió en un noble experimento destinado a probar la habilidad de sus tripulantes. El Consejo de los Terrágenos pensó que la Tierra cimentaría su posición si era conocida como cuna de excelentes pilotos.

A Kaa el Afortunado le había agradado ser escogido para esa misión, aunque le permitió comprender un hecho contundente.

Yo era bueno, pero no era el mejor.

En medio del sueño, Kaa revivió la aterradora emboscada de Morgran. El peligro que habían corrido aún lo conmocionaba después de tanto tiempo.

Enchufado en su puesto del puente, impotente para hacer nada salvo atenerse a las circunstancias, mientras Keepiru guiaba la vieja nave clase Snark en maniobras que un caza tandu envidiaría, eludiendo minas y trampas, sumergiéndose en el remolino de Morgran, sin el beneficio de una guía informática.

El recuerdo no perdía vividez después de dos largos años.

Los rodeaban hebras de tránsito, un vertiginoso borrón de singularidades dimensionales. Por capricho de la evolución cerebral, los pilotos delfines eran excelentes para rastrear las grietas del fluctuante espacio-tiempo con imágenes de sonar. ¡Pero Kaa nunca había encontrado semejante maraña! Un tornado de mechas anudadas. Cada hebra brillante, cogida en el ángulo erróneo, podía arrojar la nave de vuelta al espacio normal, con la coherencia de un caldo de quarks...

Pero de algún modo la nave saltó de una hebra a la otra, Keepiru escapó de los perseguidores, esquivó las rutas comerciales normales y al fin llevó el Streaker a un refugio escogido por el capitán Creideiki. Kithrup, donde podían encontrar recursos para las reparaciones, como el metal isotópico puro que proliferaba como coral en un mar venenoso. Kithrup, hogar de dos razas desconocidas, una hundida en un antiguo berenjenal de desesperación, y la otra nueva y esperanzada...

Kithrup, adonde nadie podría seguirlos...

Pero los siguieron. Galácticos luchando frenéticamente...

Y pronto Keepiru desapareció, junto con Toshio, ICAI, Mister Orley...

Y Kaa aprendió que era mejor que ciertos deseos no se cumplieran.

Aprendió que no deseaba realmente ser jefe de pilotos, a pesar de todo.

En los años transcurridos, ha ganado experiencia. Las fugas que él protagonizó como piloto —desde Oakka y el Sistema Fractal— fueron hábiles, incluso brillantes.

Pero no tanto como para que Kaa conservara su apodo.

Nunca oí que nadie dijera que podía hacerlo mejor. A fin de cuentas, no fue un sueño reposado.

Antes del alba Zhaki y Mopol empezaron a menearse de nuevo, frotándose y chillando detrás de una delgada cortina que hicieron jirones con sus coletazos. Si querían retozar, tendrían que haber salido, pero Kaa no se atrevía a ordenarlo.

—Típica conducta post-adolescente —le dijo Brookida, junto al dispensador de comida—. Los machos jóvenes se agitan. Entre los delfines naturales, el juego unisexual deja de ser suficiente cuando los jóvenes piensan en ganar la compañía de las hembras. A menudo ponen a prueba su prestigio desafiando a los machos mayores.

Kaa sabía todo eso, pero no aceptaba que fuera «típico». Yo nunca actué así. Claro que era un joven arrogante y pendenciero. Pero nunca fui grosero como un

animal involucionado.

—Tal vez Tsh't debió incluir hembras en nuestro equipo —reflexionó en voz alta.

—No serviría —respondió el metalúrgico—. Si esos dos no conquistaban a nadie en la nave, no tendrían más suerte aquí. Nuestras hembras son muy exigentes.

Kaa escupió un bocado, echándose a reír, agradeciendo la tosca humorada de Brookida, aunque tocaba un tema delicado entre los tripulantes del Streaker, la Petición de Procreación que algunos habían firmado y hecho circular.

Kaa cambió de tema.

—¿Cómo anda tu análisis de la materia que los hoons arrojaron por la borda?

Brookida señaló su banco de trabajo, donde había varios toneles abiertos. Trozos de hueso y cristal relucían entre pilas de polvo ceniciento.

—Hasta ahora el contenido confirma lo que el niño hoon escribió en su diario.

—Asombroso. Yo estaba seguro de que era un engaño, una treta de nuestros enemigos. —Las transcripciones del diario manuscrito, distribuidas por la comandante del Streaker, parecían demasiado increíbles.

—Al parecer la historia es cierta. Seis razas conviven en este mundo. Como parte de ciertos ritos ecológicos, arrojan al mar sus desechos no reciclables, llamados escoria, para sepultarlos en zonas especiales. Esto incluye partes de sus cuerpos procesados.

—Y descubriste...

—Restos humanos. —Brookida cabeceó—. De chimpancés, hoons, urs... todas las especies mencionadas por nuestro joven Alvin.

Kaa aún estaba deslumbrado.

—Y hay... j-j-jophurs. —Apenas podía pronunciar la palabra.

Brookida frunció el ceño.

—Una cuestión de definición, aparentemente. He intercambiado mensajes con Gillian y la máquina Niss. Sugieren que estos «traekis» podrían haber engañado a las demás razas como parte de una compleja y larga conspiración.

—¿Cómo sería eso?

—No estoy seguro. No se necesitaría que todos los traekis estuvieran al corriente. Sólo unos pocos, con anillos maestros secretos, y el equipo oculto para dominar a sus congéneres. No lo comprendo del todo. Pero Gillian ha interrogado a la unidad de la Biblioteca. Y parece una probabilidad creíble.

Kaa no tenía respuesta para eso. Esos asuntos le resultaban tan complejos e incomprensibles que sólo atinaba a temblar desde la punta del hocico hasta la cola.

Pasaron otro día espionando a los irruptores locales. El puerto hoon, Wuphon, parecía congeniar con las descripciones del diario de Alvin, aunque resultaba más tosco a ojos de seres que habían visto las torres celestiales de Tanith y las brillantes ciudades de la luna terrícola. Los hoons parecían prestar más atención a sus

embarcaciones que a sus casas. Los gráciles veleros llevaban delicadas tallas y orgullosos mascarones con forma de gárrulas deidades.

Al pasar un barco, Kaa oyó los profundos sonidos del alegre canto de los marineros.

Cuesta creer que sean los mismos que Brookida describió como mentecatos desapasionados. Tal vez haya dos razas de aspecto similar y nombre similar. Kaa recordó que debía enviar una pregunta en el informe de esa noche.

Los hoons no estaban solos en la cubierta. Vio criaturas más pequeñas que corrían sobre los aparejos. Trató de usar una cámara portátil, pero la imagen pasó demasiado rápidamente para resultar muy precisa.

El Streaker también quería mejores imágenes del volcán, que aparentemente era un centro de actividad industrial entre las razas irruptoras. Gillian y Tsh't pensaban enviar otro robot autónomo a la costa, aunque los primeros habían sido decepcionantes, y habían perdido varios. Kaa obtuvo lecturas espectrales de las emanaciones de la montaña y descubrió los raíles de un funicular camuflados en la rocosa cuesta.

Vigilaba a Zhaki y Mopol, que parecían portarse bien, para variar, y se atenían a su tarea de espiar la colonia de qheuens rojos.

Pero después, cuando los tres regresaban a la base, Mopol no dejaba de rezagarse.

—Debe ser algo que comí —murmuró el delfín azul, mientras gorgoritos desagradables resonaban dentro de su abdomen.

Magnífico, pensó Kaa. Le advertí cien veces que no probara las criaturas locales sin que Brookida las hubiera analizado.

Mopol juraba que no era nada. Pero cuando el agua que rodeaba el refugio palidecía con el sol poniente, empezó a gemir de nuevo.

Brookida usó el pequeño analizador médico, pero no descubrió el problema.

TSH'T

Era la comandante nominal de la nave espacial más famosa de la Tierra, una belleza casi nueva por pautas galácticas: sólo tenía novecientos años cuando el Consejo de los Terrágenos se la compró a un vendedor de naves usadas de Punctin, la llamó Streaker y la modificó para probar la destreza de los neodelfines.

Pero parecía improbable que esa vapuleada nave volviera a surcar los brazos en espiral. Abrumada por un grueso revestimiento de polvo estelar refractario, atrapada en el fondo del mar mientras sus perseguidores sondeaban el abismo con bombas, parecía condenada a sumarse a la gran pila de desechos que la rodeaban, hundiéndose en el voraz lodo de una grieta oceánica.

Tsh't había perdido el entusiasmo inicial. La emoción del vuelo.

La euforia. Ni siquiera había mucho placer en la «autoridad», pues ella no tomaba las decisiones cruciales ni trazaba los planes. Gillian Baskin cumplía esa función. Sólo le quedaba manejar diez mil detalles, como cuando un cocinero malhumorado la arrinconó en un acuoso pasillo, pidiendo permiso para subir al reino de la luz.

—¡Aquí abajo es demasiado oscuro para ir a pescar! —se quejó Bulla-jo, cuya tarea consistía en alimentar a cien delfines quisquillosos—. Mi equipo de pesca apenas puede moverse, con esa armadura de presión. ¿Y has visto los peces que pescamos? Criaturas extrañas, relucientes y espinosas.

—La doctora Makanee ha declarado que por lo menos cuarenta especies de la fauna marina local son sabrosas y nutritivas —respondió Tsh't—, mientras las suplementemos con los aditivos correctos.

Pero Bulla-jo no cedía.

—Todos prefieren las muestras que obtuvimos en el mundo de arriba. Grandes cardúmenes de criaturas encantadoras nadan cerca del aire libre.

Bulla-jo pasó al trinario.

Donde la perfecta luz del sol
se refleja en peces saltarines
que huyen de nosotros.

—Si quieres comida fresca —concluyó—, vamos a la superficie, como prometiste.

Tsh't reprimió un suspiro de exasperación. En esa etapa de su Elevación, los neodelfines eran caprichosos y optaban por ignorar las contradicciones.

Yo misma lo hago, de cuando en cuando.

Intentó cultivar la paciencia, como les enseñaba Creideiki.

—La doctora Baskin canceló los planes de enviar más partidas a la superficie —le

dijo a Bulla-jo, cuyos flancos moteados y pico corto revelaban que descendía de delfines Stenos—. ¿No sabes que han detectado emisiones gravíticas encima de esta profunda fisura? ¿Y que alguien ha arrojado cargas sónicas, procurando encontrarnos?

Bulla-jo bajó el rostro en una actitud de obstinada insolencia.

—Podemos ir desnudos, sin herramientas que los ET puedan detectar.

Tsh't se asombró de la necesidad de ese razonamiento.

—Eso podría funcionar si las emisiones gravíticas vinieran desde lejos, desde órbita o gran altura. Pero una vez que conocen nuestra localización aproximada, pueden patrullar la zona, buscando la espora radioquímica de las moléculas de nuestra sangre. Los delfines que nadaran en la superficie nos delatarían.

La ironía era agri dulce para Tsh't, pues sabía algo que no tenía intenciones de revelar a Bulla-jo. Nos detectarán, por muchas precauciones que tome Gillian.

Al frustrado tripulante sólo le dijo palabras tranquilizadoras.

—Aguanta un poco más, Bulla-jo. A mí también me gustaría perseguir peces plateados por aguas cálidas. Todo se resolverá p-prontamente.

Enfurecido pero aplacado, el cocinero saludó con las aletas pectorales y regresó a su puesto. Pero Tsh't sabía que la crisis se repetiría.

A los delfines les disgustaba permanecer tanto tiempo lejos de la luz solar y del vaivén de la marea. Pero los delfines del género Tursiops no estaban destinados a habitar a tanta profundidad, donde las ondas sonoras presurizadas se portaban extrañamente.

Es el reino de Physeter el cachalote, jorobado mensajero de los antiguos dioses del sueño, que se zambulle para combatir contra demonios armados.

El abismo era el lugar donde las esperanzas y pesadillas del pasado, el presente y el futuro formaban oscuros sedimentos, un lugar que convenía dejar a los durmientes.

Los neodelfines somos seres supersticiosos. Pero qué se puede esperar, cuando los humanos son nuestros amados instructores. Los humanos, que son lobeznos, primitivos según las pautas de una cultura de mil millones de años.

Así reflexionaba mientras aspiraba profundamente, llenándose los pulmones-agallas con oxígeno, ese fluido cargado de aire que cubría casi todos los pasajes residenciales del Streaker; era un modo de respirar derivado de la manipulación genética, eficaz pero incómodo.

Otra razón para que muchos tripulantes añoraran el limpio y brillante mundo de arriba.

Volviéndose hacia el puente del Streaker, hendió vigorosamente el líquido efervescente, dejando nubes de burbujas detrás de sus aletas impulsoras. Las burbujas estallaban ruidosamente o se diluían en la solución supercargada. A veces la susurrante combinación sonaba como un aplauso irónico o una risa burlona que la

siguiera por la nave.

Al menos no me engaño, pensó. Hago lo correcto. Gillian dice que confía en mí. Pero sé que no sirvo para mandar.

Tsh't nunca había esperado semejante función cuando el Streaker salió de la órbita de la Tierra, modificado para tripulantes neodelfines. Entonces —sólo dos años atrás, tiempo de a bordo— la teniente Tsh't estaba quinta en la línea de mando, por debajo del capitán Creideiki. Y todos sabían que Tom Orley y Gillian Baskin podían intervenir si era necesario. Como al fin lo hizo Gillian, durante la crisis de Kithrup.

Tsh't no lamentaba esa intervención humana. Al escapar de la trampa Tom y Gillian lograron un milagro, aunque condujo a la separación de ambos amantes.

¿No era ésa la función de los dirigentes y héroes humanos? ¿Interceder cuando una crisis abrumaba a sus pupilos?

¿Pero adónde iremos cuando los asuntos se pongan demasiado feos aun para los humanos?

La tradición galáctica se atenía a una firme —opresiva, decían algunos— jerarquía de deudas y obligaciones. Una raza pupila estaba en deuda con sus instructores, éstos con sus benefactores sapientes, y así sucesivamente, llevando la gran cadena de la Elevación hasta los legendarios Progenitores. Esa misma cadena de deberes había provocado la reacción de algunos clanes fanáticos al enterarse del descubrimiento del Streaker, una flota de naves abandonadas con antiguos y venerados emblemas.

Pero la pirámide de la devoción tenía aspectos positivos. Cada especie nueva contaba con ayuda para franquear el temible abismo que dividía a los meros animales de los ciudadanos de las estrellas. Si los instructores carecían de respuestas, podían preguntar a sus instructores. Y así sucesivamente.

Gillian había tratado de apelar a este sistema, llevando el Streaker de Kithrup a Oakka, el mundo verde, buscando consejo entre los imparciales sabios del Instituto de Bibliotecas. Al fracasar allí, buscó ayuda en el Sistema Fractal —ese lugar enorme y helado, un copo de nieve gigante que abarcaba la anchura de un sistema solar—, con la esperanza de que los venerables seres que lo habitaban pudieran ofrecer serena sabiduría, o al menos refugio.

No fue culpa de la doctora Baskin no ganar ninguna de ambas apuestas. La idea general era correcta, reflexionó Tsh't. Pero Gillian aún no ve lo obvio.

¿Quién te ayudará más, si estás en problemas y te persigue una turba de linchadores?

¿Los tribunales?

¿Los académicos?

¿O tu propia familia?

Tsh't nunca se atrevió a sugerir su idea en voz alta. Como Tom Orley, Gillian se

enorgullecía de la imagen romántica del advenedizo clan terrícola, solo contra el universo. Tsh't sabía que la respuesta sería negativa.

Así, en vez de impartir una orden directa, Tsh't había puesto en efecto su propio plan con toda discreción, antes que el Streaker saliera del sistema Fractal.

¿Qué otra cosa podía hacer, con el Streaker perseguido por temibles flotas, nuestros mejores tripulantes muertos y la Tierra sitiada?

Nuestros amigos tymbrimis ni siquiera pueden ayudarse a sí mismos.

Los institutos galácticos se han corrompido y los Antiguos nos mintieron.

No teníamos opción. Yo no tenía opción.

Costaba ocultar las cosas, sobre todo a alguien que conocía a los delfines tan bien como Gillian. Desde la llegada del Streaker a este mundo, Tsh't había abrigado la esperanza de que su desobediencia no sirviera de nada.

Luego el oficial de detección localizó rastros gravíticos. Naves estelares entrando en el espacio de Jijo.

Conque vinieron a pesar de todo, había pensado al oír la noticia, ocultando su satisfacción mientras sus compañeros se lamentaban ruidosamente, alegando que ahora estaban arrinconados por enemigos implacables en un mundo perdido.

Tsh't quería decir la verdad, pero no se atrevía. Esa buena noticia debía esperar.

Ahora otro rastro gravítico —más pequeño pero más cercano— acompañado por el estruendo intermitente de bombas de sonar, no destinadas a destruir sino a buscar...

Ifni quiera que yo tenga razón.

Tsh't se detuvo frente al puente, llenando de oxiaqua sus pulmones genéticamente modificados. Enriqueciendo su sangre para pensar con lucidez antes de poner en marcha la próxima fase de su plan.

Hay una sola opción real para una raza pupila, cuando sus amados instructores no saben qué hacer y todos los demás caminos están cortados.

Que los dioses del antiguo océano de la Tierra sepan y comprendan lo que he hecho.

Y lo que quizá tenga que hacer.

Irruptores

NELO

Una vez, un centro urbano buyur se extendía entre dos ríos, desde el Roney hasta el lejano Bibur.

Ahora las torres habían desaparecido, desmanteladas y transportadas a mares distantes. En su lugar, helechos espinosos y nubosos árboles voow cubrían un viscoso pantano. Telarañas reductoras unían los pocos promontorios que quedaban de la gran ciudad, pero aun esas hebras habían perdido el color una vez concluida la demolición.

Para Nelo esto era un yermo, rico en vida pero inútil para las Seis Razas, salvo quizá como centro de vacaciones para los traekis.

¿Qué hago aquí?, se preguntó. Debería estar en Dolo, cuidando mi molino, no atravesando un pantano en compañía de una loca.

A sus espaldas, los marineros hoons maldijeron con gutureos expresivos, protestando porque debían remar en un marjal. El tiempo adecuado para la exploración era el comienzo de la estación seca, cuando los ciudadanos recorrían el pantano en esbeltos botes para buscar las reliquias buyurs que la paciente bestia reductora había perdonado. Ahora se pronosticaban tormentas todos los días, y las condiciones eran pésimas para explorar. Los lodosos canales tenían poca profundidad, pero el peligro de una inundación repentina era muy real.

Nelo se enfrentó a la anciana que estaba sentada en una silla de ruedas cerca de la proa, escudriñando la arboleda con un rewq sobre los ojos.

—Los tripulantes no están contentos, sabia Foo —le dijo—. Preferirían esperar hasta que sea seguro.

Ariana Foo no movió la cabeza.

—Oh, qué gran idea. Nos quedaríamos sentados cuatro meses mientras el pantano se llena, los canales cambian y la cosa que buscamos se hunde en el fango. Por supuesto, para entonces la información ya no serviría de nada.

Nelo se encogió de hombros. Esa mujer se había retirado. No tenía poder oficial. Pero como ex sabia suprema de los humanos de Jijo, Ariana tenía autoridad moral para pedir lo que quisiera, incluso para obligar a Nelo a abandonar su amada fábrica de papel de la ancha represa de Dolo para acompañarla en esta búsqueda absurda.

Claro que no hay demasiadas cosas que hacer en la fábrica, pensó. Con el comercio arruinado por el pánico que han causado esas malditas naves estelares, nadie parece estar interesado en hacer grandes pedidos.

—Ésta es la mejor época —continuó Ariana—. A fines de la estación seca, con el bajo nivel del agua y el descenso del follaje, tenemos máxima visibilidad.

Nelo no la contradijo. Con la mayoría de los jóvenes cumpliendo su deber de milicianos, la cuadrilla de búsqueda estaba integrada ante todo por adolescentes y viejos. La hija de Nelo había sido una de las que había descubierto al viajero del

espacio en esta misma región, varios meses atrás, durante un viaje de exploración rutinario. Y estaba en deuda con Ariana, pues ella le había comunicado que Sara y los muchachos estaban bien, según sus últimas noticias. La sabia Foo había pasado un tiempo con la hija de Nelo, acompañándola desde Villa Tarek hasta el archivo de Biblos.

Otra gota le golpeó la mejilla, la décima desde que habían salido del río para internarse en este canal interminable. Extendió la mano bajo el cielo turbio y rogó que los auténticos chubascos aguardaran unos días más.

¡Después que llueva! El lago está bajo. Necesitamos presión de agua para la rueda, pues de lo contrario tendré que cerrar la fábrica por falta de energía.

Volvió a pensar en su negocio, la compra y almacenaje de tela reciclada de las Seis Razas para hacer pulpa. Su familia era famosa por fabricar hojas de calidad desde que los humanos habían llevado a Jijo la bendición del papel.

Una bendición que para algunos era una maldición. Esa visión extrema ahora obtenía el apoyo de simples aldeanos que sentían pánico ante el inminente Final de los Días.

Un grito estalló arriba.

—¡Allá! —exclamó una nervuda joven hoon encaramada en lo alto del mástil—. Debe ser la nave del forastero. ¡Os dije que éste era el lugar!

Wyhuph-eihugo había acompañado a Sara en ese decisivo viaje de exploración, un deber requerido a todos los ciudadanos. Aunque carecía del saco laríngeo de los machos, gutureaba enérgicamente, orgullosa de su sentido de la orientación.

¡Al fin!, pensó Nelo. Ahora Ariana puede hacer sus bocetos y podremos largarnos de este espantoso lugar. Los cables reductores lo ponían nervioso. La punta de obsidiana de la embarcación cortaba sin problemas los cables secos, pero aun así daban la sensación de estar tendiendo una trampa demoníaca.

Ariana murmuró algo. Nelo se volvió con un pestañeo.

—¿Qué dijiste?

La anciana señaló adelante, los ojos relucientes de curiosidad.

—¡No veo hollín!

—¿Y?

—El forastero se quemó. Sus ropas eran jirones cenicientos. Pensábamos que su nave había caído en llamas, quizá después de batallar con otros alienígenas encima de Jijo. Pero mira. ¿Ves rastros de algún incendio?

El bote rodeó un último bosquecillo de voow, revelando una cápsula de metal curvo que relucía entre ramas astilladas. La única abertura evocaba los pétalos de una flor, más que una puerta o escotilla. La llegada de este intruso había trazado una franja de devastación que se extendía al noroeste. Varios promontorios del pantano estaban cortados por ese surco recto, sólo en parte suavizado por el crecimiento de la

vegetación.

Nelo tenía cierta experiencia como agrimensor, así que ayudó a tomar mediciones para calcular las dimensiones generales de la nave.

Era pequeña, apenas mayor que esa embarcación hoon; por cierto no era un crucero majestuoso como el que había surcado el cielo de Dolo, provocando histeria entre los ciudadanos. Los flancos redondeados evocaban una lágrima natural, más que un objeto fabricado por seres sapientes.

Dos gotas le pegaron en la mejilla y la frente, otra en el dorso de la mano. Nelo oyó el rumor crepitante del trueno.

—¡Deprisa! —ordenó Ariana, abriendo su cuaderno de dibujos.

Murmurando de mal humor, los hoons se apoyaron en las pértigas y los remos para avanzar más rápido.

Nelo miró la nave alienígena, pero sólo pudo pensar en escoria.

A menudo las Seis Razas exploraban los emplazamientos buyurs, buscaban objetos que pudieran ser útiles en el hogar o el taller. Pero útiles o no, todos terminaban al fin en los toneles que se enviarían al Gran Sumidero. Así los colonos contribuían a limpiar Jijo, tal vez causando más beneficios que daños a su mundo adoptivo.

—¡Ifni! —suspiró Nelo, mirando el vehículo que había traído al forastero desde el espacio. Quizá fuera diminuto como nave estelar, pero costaría moverlo.

—Nos costará un trabajo infernal sacar esta cosa de aquí, y mucho más llevarla al mar.

El trueno resonó nuevamente hacia el sur.

EWASX

Los jophurs aprendemos que es terrible ser un traeki, una pila que carece de yo central. Condenada a una fragmentaria vida de imprecisión y borrosa placidez.

Todos alaban a los poderosos oalies, que suplantaron a los tímidos poa en las etapas finales de nuestra Elevación.

Los mismos oalies que diseñaron nuevos anillos maestros para unificar nuestra naturaleza.

Sin anillos como Yo, ¿cómo podría nuestra raza ser grande y temible en las Cinco Galaxias?

NO OBSTANTE, mientras aprendo a integrar vuestros pequeños yoes en una nueva totalidad, me asombra la vividez de estas viejas gotas que encuentro en vuestro núcleo interior... gotas que datan de antes de Mi fusión con vuestra vieja pila de anillos. Qué brillantes parecen estos recuerdos, a pesar del contrapunto de sus armonías. Admito que la existencia tenía intensidad y desborde cuando vosotros/nosotros éramos meramente Asx.

Tal vez me sorprende porque soy joven, pues me han extraído recientemente del flanco del comandante de nuestra nave, del anillo de embriones de ese grande.

Sí, es una gran heredad. ¡Imaginad la sorpresa de encontrarme en esta situación! Diseñado para operar en la casta dominante, estoy desposado, por razones pragmáticas, con una confusa pila de toroides rústicos, llenos de nociones extravagantes y primitivas. Me han encargado sacar el máximo provecho de esta mala situación hasta el momento en que pueda realizarse cirugía de reconfiguración.

AH, ¿ESO PROVOCA UNA REACCIÓN EN ALGUNOS DE VOSOTROS? Nuestro segundo anillo cognoscitivo, sobre todo, encuentra perturbadora esta idea.

¡No temáis, anillos Míos! Aceptad estas descargas de dolorosa tranquilización, que os recuerdan vuestro lugar: no cuestionar, sino servir. Sabed que el procedimiento al que me refiero está muy avanzado entre los poderosos jophurs. Cuando se saca un anillo para integrarlo a una nueva pila, con frecuencia se puede recobrar y aprovechar la mitad de los componentes restantes. Desde luego, la mayoría de vosotros sois ancianos, y los sacerdotes pueden pensar que lleváis contaminaciones de otras razas que impedirán la incorporación a nuevos montículos. Pero aceptad este juramento. Cuando llegue el momento, Yo, vuestro amado anillo maestro, ciertamente hará la transición en buena salud, y llevaré tiernos recuerdos de nuestra asociación a Mi gloriosa nueva pila.

Sé que este dato traerá satisfacción a nuestro núcleo común.

LARK

Un silencio de catedral llenaba el bosque de bu, una tupida extensión de columnas verdigrises que se elevaban para sostener el cielo.

Cada majestuoso tronco tenía un diámetro semejante al caparazón de un qheuen adulto. Algunos tenían la altura del Techo de Piedra de Biblos.

Ahora sé cómo se siente un insecto al escurrirse por un mar de hierba.

Avanzando por una senda angosta entre las gigantescas columnas, Lark a menudo podía estirar los brazos y rozar dos tallos gigantes al mismo tiempo. Sólo la sargento miliciana parecía inmune a la sensación de encierro que dominaba a los viajeros en este extraño lugar de perspectivas verticales. Otros guardias expresaban la tensión con ojos movedizos que escrutaban preocupadamente las sombras de los nudosos pasillos.

—¿Cuánto falta para la meseta de Dooden? —preguntó Ling, estirando las correas de su mochila de cuero. La transpiración le humedecía el cuello, empapando su chaquetón tejido. El efecto no era tan seductor como el que Lark recordaba de sus viajes de investigación, cuando la tela de un traje danik ceñía provocativamente su silueta bioesculpida.

No puedo permitirme eso, ahora que soy un sabio. La promoción sólo traía responsabilidades desagradables.

—Nunca tomé este atajo —respondió Lark, aunque él y Uthen solían recorrer esas montañas en busca de datos para su libro. Había otros caminos por la montaña, y los g'Keks que dominaban la zona a penas podían andar en un terreno tan escarpado —. Sospecho que tardaremos dos miduras. ¿Quieres descansar?

Ling se apartó mechones húmedos de los ojos.

—No. Sigamos andando.

La ex incursora parecía muy consciente de Jeni Shen, la menuda sargento, que en sus brazos nudosos acunaba una ballesta como si fuera un hijo. Jeni miraba con frecuencia a Ling con ojos de cazadora, como calculando qué órgano vital constituiría un buen blanco. Cualquiera notaba la palpitante hostilidad que había entre las dos mujeres. Y que Ling preferiría morir antes que demostrar debilidad ante la miliciana.

Lark encontraba conveniente este antagonismo. Ayudaba a desviar la ira de Ling, sobre todo después del modo en que él había usado la lógica para derribar a sus amados dioses rothens. Desde entonces, la bióloga había sido cortés pero distante.

A nadie le gusta que derriben sus supuestos más elementales, y menos que lo haga un salvaje primitivo.

Lark resopló con las mejillas, la versión hoon de un gesto de indiferencia.

—Hrrrm. Tomaremos un descanso en la próxima elevación. Para entonces habremos dejado lo peor del bosque.

De hecho, ya habían atravesado la zona más tupida, una arboleda tan densa que los monstruosos tallos se frotaban en el viento, creando un tamborileo musical que hacía vibrar los huesos. Viajando en hilera, virando al costado cuando los troncos se apretaban más, el grupo buscaba las señales talladas en los troncos.

Hice bien en dejar a Uthen, pensó, con la esperanza de convencerse. Sólo aguanta, viejo amigo. Quizás encontremos algo. Ojalá que sí.

Una bruma reducía la visibilidad, pues los altos bu acumulaban agua en la parte superior y rezumaban humedad. Varias veces atravesaron claros donde viejas columnas habían caído en un efecto dominó, dejando caóticos desechos.

A través de la niebla, Lark veía a veces otros símbolos, tallados en los troncos. No eran señales, sino emblemas crípticos en gal-dos y gal-seis, acompañados por hileras de números ánglicos.

¿Por qué alguien escribiría graffiti en un bosque de bu?

Incluso atisbó figuras en la bruma —un humano, varias urs, un par de traeki—, entre las grandes columnas verdes. Al menos esperaba que esos conos ahusados fueran traeki. Se desvanecieron como fantasmas antes que pudiera verificarlo.

La sargento Shen se movía con demasiada prisa para investigar.

Dos sabios supremos habían convocado a Lark y su prisionera, una orden que derogaba cualquier otra. A pesar del terreno dificultoso, las noticias recientes del Valle de Asamblea eran suficientes para infundir vigor a sus pasos.

Los mensajeros informaban que la nave jophur aún bloqueaba el valle sagrado, recostada en su franja de devastación, con la nave rothen doblemente cautiva, primero en un capullo dorado y ahora bajo un lago. Los jophurs enviaban diariamente un par de naves menores, dagas que surcaban el cielo investigando la Cuesta y los mares. Nadie sabía qué buscaban los dioses de las estrellas.

A pesar de lo sucedido la noche en que aterrizó la gran nave —los estragos sufridos por Asx y otros—, los sabios supremos se disponían a enviar otra embajada de valientes voluntarios, con la esperanza de parlamentar. Nadie pidió a Lark que sirviera como delegado. Los sabios le reservaban otros deberes.

Los humanos no fueron los únicos que hicieron trampa cuando los fundadores crearon una colonia tabú en el prohibido Jijo.

Durante más de un año después del aterrizaje, la tripulación del Tabernáculo demoró el envío de su preciosa nave al abismo oceánico. Pasó un año usando herramientas deíficas para talar árboles e imprimir libros, y luego para almacenar los preciosos volúmenes en un baluarte que los fundadores tallaron bajo un gran saliente de piedra, protegido por altas murallas y un río. Durante esos primeros días —sobre todo durante las guerras urs y qheuens— la Fortaleza de Biblos sirvió como refugio vital hasta que los humanos tuvieron fuerza suficiente para exigir respeto.

Los qheuens grises también tuvieron una ciudadela similar en un tiempo,

esculpida con potentes máquinas cuando llegaron, antes que su nave-furtiva cayera bajo las olas. La Caverna de Shood, cerca de la actual Villa Oovoom, debía parecer inexpugnable. Pero ese laberinto de profundas cuevas quedó sumergido bajo las aguas cuando los obreros rojos y azules abandonaron sus tareas de esclavos, partiendo en busca de nuevos hogares y destinos, lejos de sus emperatrices quitinosas.

La Meseta de Dooden era la más antigua de las murallas irruptoras. Después de Villa Tarek, constituía el corazón de la vida g'Kek en Jijo, un lugar de maravillosas rampas de piedra que evocaban gráciles filigranas, permitiendo que los seres rodantes se desplazaran por una maraña de curvas de recodos, desde sus telares y talleres hasta plataformas arboladas donde familias enteras dormían con sus ruedas unidas en racimos rotativos. Bajo un toldo de tela, el meandroso sistema evocaba imágenes encontradas en ciertos libros terrícolas acerca de los tiempos anteriores al Contacto. Lucían como una cruce entre un «parque de diversiones» y un empalme de carreteras en las grandes ciudades.

El rostro de Ling se iluminó con asombrado deleite cuando miró el asentamiento, cabeceando mientras Lark le explicaba el intrincado laberinto de angostos pasajes. Como Biblos, la Muralla de Dooden no estaba destinada a durar para siempre, pues eso violaría el Convenio del Exilio. Algún día todo debería desaparecer, como concedían los ancianos g'Keks. Aun así, los seres rodantes sentían una palpitación de pecaminoso orgullo en las ruedas al hablar de su amada ciudad. Su hogar.

Mientras Ling se maravillaba, Lark examinaba el lugar con nueva ironía.

Es su único hogar.

A menos que los rothens mintieran, parece que no hay más g'Keks viviendo en las Cinco Galaxias.

Si mueren en Jijo, desaparecerán para siempre.

Observando a los jóvenes que se deslizaban por las gráciles rampas con audaz abandono, doblando las esquinas con cuatro ojos alerta y ruedas chirriantes, Lark no podía creer que el universo permitiera que esto ocurriese. ¿Cómo podía permitirse que una raza tan singular se extinguiera?

Dejando atrás el bu, la partida llegó a la cima de un risco cubierto de bosques normales. Un zookir bajó al camino desde las ramas de un árbol garu cercano, con brazos y patas esmirriados cubiertos de blancas espirales de torg algodónoso. Asistentes y mascotas de los g'Keks, los zookirs ayudaban a hacer la vida soportable para los seres rodantes en un planeta donde las carreteras eran escasas y había demasiados obstáculos.

El zookir miró al grupo con ojos entornados, se aproximó, olfateó. Sorteó a los demás humanos infaliblemente, acercándose a Lark.

Los zookirs conocen a los sabios, decía un refrán popular. Nadie sabía cómo las

criaturas los distinguían, pues en otros sentidos parecían menos inteligentes que los chimpancés. El ascenso de Lark era reciente y usaba el nuevo status de «sabio joven» incómodamente, pero la criatura no tuvo problema en distinguirlo. Apretó la nariz húmeda contra su muñeca e inhaló. Con satisfacción, deslizó un pergamino plegado en la mano de Lark.

Encuétranos en el refugio. Era todo lo que decía.

LESTER CAMBEL

Un par de sabios supremos esperaba en un desfiladero angosto a media legua. Lester Cambel e Intuición Acerada, la qheuen azul cuya reputación de ser compasiva la hacía una de las favoritas entre los Seis.

También aquí los caminos eran lisos y adecuados para los g'Keks, pues esto era parte del dominio de Dooden. Figuras rodantes se desplazaban entre los prados, cuidando de los seres protegidos que vivían en refugios bajo los árboles. Era un asilo para los «benditos», cuya existencia —según los Rollos— prometía un futuro para las Seis Razas.

Varios benditos se reunían alrededor de Intuición Acerada, parloteando en versiones rebajadas de las lenguas galácticas. En su mayoría eran hoons y urs, aunque una qheuen roja se reunió con la multitud mientras Lester observaba, y varias pilas traekis se aproximaron tímidamente, lanzando felices olores. Cada cual recibía una caricia afectuosa de Intuición Acerada, como si sus pinzas fueran manos suaves.

Lester miró a su colega y supo, con una sensación de culpa, que él nunca podría igualar esa jovial amabilidad. Los benditos eran seres superiores que se elevaban por encima del resto de los Seis. Su simplicidad era prueba de que otras razas podían seguir el ejemplo de los glávvers, bajando por la Senda de la Redención.

Mi corazón debería alegrarse de verlos, pensó. Pero odio venir a este lugar.

Los miembros de las Seis Razas vivían en refugios sencillos bajo las paredes del desfiladero, cuidados por los g'Keks y por voluntarios de toda la Cuesta. Cuando una aldea qheuen, hoon o urs encontraba entre sus chiquillos alguien que tenía talento para la inocencia, un don para el candor animal, el afortunado individuo era enviado aquí para que lo cuidaran y estudiaran.

Hay sólo dos modos de escapar de la maldición que nos legaron nuestros ancestros, pensó Lester, esforzándose por creer. Podríamos hacer lo que quieren los herejes de Lark, dejar de procrear y abandonar Jijo en paz. O bien buscar otro camino hacia el olvido, para que los hijos de nuestros hijos vuelvan a un estado presapiente. Limpios y preparados para un nuevo ciclo de Elevación. Así podrán encontrar nuevos instructores, y quizás un destino más feliz.

Así lo prescribían los Rollos Sagrados, aun después de todas las componendas forjadas desde la llegada de los terrícolas y del Huevo Sagrado. Dada la situación de las razas exiliadas, que vivían aquí con tiempo prestado, enfrentados a un atroz castigo cuando un instituto galáctico los encontrara, ¿qué otro objetivo podía haber?

Pero no puedo hacerlo. No puedo mirar este lugar con alegría. Los valores terrícolas me impiden ver a estas criaturas como seres excelsos. Merecen bondad y piedad, pero no envidia.

Era su propia herejía. Lester trató de mirar hacia otra parte. Pero al hacerlo sólo se

encontró con otro grupo de «benditos». Esta vez humanos, reunidos en un círculo bajo un árbol ilhuna, las piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas, cantando con voz baja y vibrante.

Hombres y mujeres cuyas sonrisas blandas y ojos inmóviles parecían mostrar la simplicidad que se buscaba aquí. Pero Lester sabía que eran embusteros.

Tiempo atrás él había cogido el mismo camino. Usando técnicas de meditación tomadas de antiguas religiones terrícolas, se sentó bajo un árbol, liberando su mente de las obsesiones mundanas, disciplinándola para percibir la Verdad. Y por un tiempo pareció tener éxito.

Los acólitos se inclinaban con reverencia, llamándolo iluminado. Entonces el universo parecía nítido, como si las estrellas fueran fuego sagrado. Como si estuviera unido con todas las criaturas de Jijo, llegando hasta el nivel cuántico de las piedras que lo rodeaban. Vivía en armonía, y necesitaba poca comida, pocas palabras y pocos nombres.

A veces extrañaba dolorosamente esa serenidad.

Pero al tiempo llegó a comprender que esa claridad que había encontrado era un vacío estéril. Un vacío agradable, pero que no tenía nada que ver con la redención. No para él ni para su raza.

Los otros cinco no usan disciplina ni concentración para buscar la simplicidad. No vemos glávvers meditando junto a un tronco podrido lleno de sabrosos insectos. La simplicidad los llama naturalmente. Ellos viven su inocencia.

Cuando Jijo sea reabierto, algún gran clan adoptará con gusto a la nueva subespecie gláver, poniéndola una vez mas en la Senda Alta, tal vez con mejor suerte de la que tuvieron la primera vez.

Pero esos instructores no nos elegirán a nosotros. Ningún clan antiguo está buscando astutos maestros zen, ávidos de explicar su propia iluminación. No es una página limpia sobre la cual se pueda escribir, sino una simplicidad basada en el orgullo individual.

Aunque quizás ese detalle ya no tuviera importancia. Si la nave jophur representaba a los grandes institutos de la Civilización de las Cinco Galaxias, estos bosques pronto estarían llenos de inspectores que analizarían dos mil años de infracciones contra un mundo en barbecho. Sólo los glávvers estarían a salvo, habiendo escapado a tiempo. Las otras seis razas pagarían por una apuesta perdida.

¿Y si no representan a los institutos?

Los rothens habían resultado ser criminales, incursores. ¿Los jophurs serían más de lo mismo? Era posible que también pensarán en el genocidio. El clan g'Kek, ante todo, estaba aterrado con las noticias recién llegadas del Valle.

Por otra parte, quizá fuera posible llegar a un trato. O quizá sólo se vayan, dejándonos en el mismo estado que antes.

En ese caso, los refugios como éste seguirían siendo la principal esperanza para el mañana, para cinco razas de las Seis.

Un tirón en la manga interrumpió sus cavilaciones.

—¿Sabio Cambel? Los visitantes... que esperabas...

Era un joven humano de mejillas anchas, ojos claros y azules y tez pálida. El joven habría parecido alto, casi un gigante, pero su postura encorvada disminuía su talla. Tamborileaba en su frente con los dedos de su mano derecha, como en un saludo militar.

Lester respondió amablemente en inglés, el único idioma que había logrado aprender.

—¿Qué dijiste, Jimi?

El joven tragó saliva, concentrándose.

—Creo que la gente que... querías ver... creo que está aquí, sabio Cambel.

—¿Lark y la mujer danik?

Un enérgico cabeceo.

—Sí, señor. Los envié al cobertizo de los visitantes... para que te esperaran a ti y al otro gran sabio. ¿Estuve bien?

—Sí, Jimi. —Lester le apretó el brazo cordialmente—. Por favor, ahora regresa. Dile a Lark que pronto estaré allí.

Una ancha sonrisa. El joven dio media vuelta y emprendió el regreso, torpe en su afán de ser útil.

Allá va la otra clase de humano que viene a este lugar, pensó Lester. Los diferentes...

Ese antiguo eufemismo sonaba extraño.

A primera vista parecía que las personas como Jimi eran adecuadas. Mentes más simples. Inocentes. Nuestros enviados ideales para recorrer la Senda.

Miró a los benditos que rodeaban a Intuición Acerada, urs, hoons y g'Keks que sus respectivas razas enviaban aquí con esa misión. Encabezar la marcha.

Por las pautas de los Rollos, éstos no están dañados. Aunque son simples, no tienen defectos. Son líderes. Pero nadie puede decir eso de Jimi. Toda compasión aparte, es defectuoso, incompleto. Cualquiera puede verlo.

Podemos y debemos amarlo, ayudarlo, brindarle afecto. Pero él no conduce a la humanidad a ninguna parte.

Le hizo una seña a su colega qheuen azul, usando un cabeceo urs para indicar que sus invitados habían llegado. Ella respondió moviendo la cúpula visual; con una rápida serie de guiños en gal-dos, indicó que pronto se reuniría con él.

Lester siguió los pasos de Jimi, tratando de concentrarse en la crisis actual. El problema de la nave jophur. Los planes urgentes que debía discutir con el joven hereje y la mujer de las estrellas. Debía pedirles que aceptaran una propuesta delicada

y peligrosa.

Pero al pasar junto al círculo cantarín de humanos que meditaban —hombres y mujeres saludables que habían abandonado sus granjas, familias y artesanías para vivir sin trabajar en este valle apartado— Lester sintió un amargo resentimiento. Las palabras que había en su cabeza eran indignas de un sabio supremo, y lo sabía. Pero no podía dejar de pensarlas.

Retardados y meditadores... ésas son las personas que nuestra raza envía aquí. No hay una auténtica alma «bendita» entre ellos. No por las pautas establecidas en los Rollos. Los humanos casi nunca se internan en la Senda de la redención. Ur-jah y los demás son corteses. Fingen que también nosotros tenemos esa opción, esa salvación potencial. Pero no la tenemos. Nuestro grupo es estéril.

Con o sin juicio de las estrellas, el único futuro al que los humanos se enfrentan en Jijo es la condenación.

DWER

Brotaba humo del lugar donde se habían estrellado las naves. No era conveniente acercarse. Más aún, ahora tenía la oportunidad de correr en dirección contraria, mientras el robot danik se metía en un agujero, sin mostrar más interés en sus prisioneros.

¿Y si Rety quería quedarse?

Pues que se quedara. Lena y Jenin se alegrarían de ver a Dwer si lograba regresar a los Cerros Grises. Y podía lograrlo, con la confianza que le daba su arco en la mano. Claro que Rety lo necesitaba, pero las del norte tenían más derecho a su lealtad.

Dwer aún estaba aturdido por el estruendo de la breve batalla, cuando la poderosa nave danik fue derribada por un aterrador recién llegado. Ambas naves estaban más allá de la próxima duna, carrozas del cielo de insondable poder, y Rety quería acercarse aún más.

—Tenemos que averiguar qué sucede —insistía en un susurro agudo.

Él le exigió silencio con la mirada, y por una vez ella obedeció, dándole un instante para reflexionar.

Lena y Jenin pueden estar a salvo por un tiempo, ahora que Kunn no regresará para molestarlas. Si los daniks y rothens tienen enemigos en Jijo, todos los dioses de las estrellas pueden estar demasiado ocupados combatiendo entre sí para perseguir a un grupo pequeño en los Cerros Grises.

Aun sin la guía de Danel Ozawa, la avispada Lena Strong podría hacer un trato con la tribu de Rety y las irruptoras urs. Usando el «Legado» de Danel, la nueva tribu podía sembrar una semilla que florecería en el desierto. Suponiendo que en la Cuesta sucediera lo peor, la nueva tribu aún podía encontrar la Senda.

Dwer sacudió la cabeza. A veces le costaba concentrarse. Desde que el robot había usado su cuerpo como conductor para sus campos, era como si lo llamaran voces casi inaudibles. Como cuando la loca araña reductora invadía sus pensamientos.

De cualquier modo, no le correspondía reflexionar sobre el destino ni tomar decisiones propias de un sabio. Algunas cosas eran obvias. Quizá no le debiera nada a Rety. Quizás ella mereciera que la dejara librada a su suerte. Pero no podía hacer eso.

Así, a pesar de sus aprensiones, Dwer cabeceó, añadiendo con enfáticos gestos que más le valía quedarse callada. Ella replicó con un gesto que parecía decir Claro, hasta que decida lo contrario.

Echándose el arco y la aljaba sobre un hombro, encabezó la marcha, pasando de un matorral al otro hasta llegar a la cresta de la duna.

Se asomaron cautelosamente por un apiñamiento de frondas saladas para mirar las

dos naves del cielo. La más pequeña era una ruina humeante, medio sumergida en un pantano lodoso. La nave más grande, posada en las cercanías, no había salido ileso del enfrentamiento. En un flanco lucía una profunda fisura que escupía hollín cuando los motores intentaban arrancar.

Dos hombres yacían en un islote pantanoso, moviéndose apenas.

Kunn y Jass.

Dwer y Rety cavaron un nuevo agujero para ocultarse y esperaron para ver quién aparecía o qué sucedía.

No esperaron mucho. En el cilindro grande se abrió una escotilla que mostró un oscuro interior. Salió una sola figura, asombrosamente familiar, una columna de ocho lados con brazos colgantes, un primo cercano del robot averiado que Dwer conocía demasiado bien. Pero este brillaba con franjas azules y rosadas, un resplandor que lastimaba los ojos.

Tenía una especie de cuerno en la parte inferior, apuntado hacia abajo. Eso debe ser lo que le permite viajar bajo el agua, pensó. Si el robot es similar, ¿eso significa que los enemigos de Kunn también son humanos?

No, Danel había dicho que la maquinaria era estándar entre el medio millón de razas que viajaban por las estrellas, y cambiaba apenas con cada milenio. Este nuevo robot podía pertenecer a cualquiera.

El autómatas se aproximó a Kunn y Jass, alumbrándolos con un reflector, intenso a pesar de la luz del sol. Sus vestimentas ondearon, tocadas por dedos traslúcidos. El robot descendió, extendiendo los brazos. Kunn y Jass permanecieron inmóviles mientras él los palpaba con diversos objetos de sus pinzas.

Sin duda emitió una señal, pues una rampa se abrió en la escotilla abierta, bajando al pantano. ¿Quién podrá moverse en ese fangal?, se preguntó Dwer. ¿Bajarán un bote?

Se dispuso a ver una raza extraña, que tuviera trece patas o resbalara sobre huellas viscosas. Varios grandes clanes habían sido conocidos como enemigos de la humanidad, aun en tiempos del Tabernáculo como los legendarios soros, o los insectoides tandus. Dwer incluso abrigaba la débil esperanza de que los recién llegados fueran de la Tierra, y que hubieran recorrido esa gran distancia para rescatar a sus primos criminales. También había parientes de los hoons, las urs y los qheuens allá afuera, cada cual con naves y vastos recursos.

Bajaron figuras por la rampa.

—¡Son traekis! —jadeó Rety.

Dwer miró un terceto de pilas de anillos de aspecto temible, con bandoleras de herramientas colgando de sus toroides manipuladores.

Los conos se posaron en el agua lodosa. Las patas-aletas que parecían torpes en la rampa los impulsaron con turbadora velocidad hacia los dos sobrevivientes.

—¿Pero no se supone que los traekis son pacíficos?

Lo son, pensó Dwer, lamentando no haber prestado más atención a las lecciones que su madre daba a Sara y Lark. Lecturas de oscuros libros que superaban todo lo que se enseñaba en la escuela. Buscó un nombre, pero no lo encontró. Pero sabía que el nombre existía. Un nombre que antaño inspiraba temor.

—No creo que sean traekis —susurró—. Al menos no hemos visto esta clase en mucho tiempo.

ALVIN

Al principio la escena era difícil de interpretar. Imágenes azuladas y brumosas pasaban rápidamente, haciéndome temblar la espalda, no del todo sana. Huck y Pinzón parecieron comprender más pronto y señalaron varios objetos, compartiendo gruñidos cómplices. La experiencia me recordó nuestro viaje en el Sueño de Wuphon, cuando el pobre Alvin el hoon era siempre el último en comprender qué sucedía.

Al fin entendí que mirábamos una localidad distante, en el mundo de sol y lluvia. ¿Cuántas veces Huck y yo leímos acerca de un personaje ficticio que miraba un lugar distante por control remoto? Es raro. Un concepto puede ser familiar por las novelas, pero causa asombro cuando uno lo encuentra en la vida real.

La luz del día penetraba en bajíos acuosos donde frondas verdes ondulaban en una marea suave. Vi cardúmenes de siluetas plateadas, especies que nuestros pescadores cogían con redes para descargarlas en las plataformas de secado y las ollas de los khutas hoons.

La voz giratoria decía que había sensores sonoros junto a la lente de la cámara móvil, lo cual explicaba los gorgoteos. Pinzón movió el caparazón, silbando con añoranza por los cinco conductos, extrañando los corrales de su colonia de qheuens rojos. Pero Ur-ronn pronto se hartó y volvió la lustrosa cabeza con un relincho, mareada de ver tanta agua.

El oleaje creció, tornándose violento. Luego el agua se alejó del ojo de la cámara en láminas espumosas mientras nuestro punto de vista emergía a un paisaje de arena. La unidad remota se internó en tierra firme, adhiriéndose al suelo.

—Normalmente esperaríamos la noche para enviar un robot a la costa. Pero esta cuestión es urgente. Debemos contar con que el resplandor del suelo ocultará su presencia.

Ur-ronn suspiró, aliviada de no ver más turbulencia líquida.

—No puedo dejar de freguntarme for qué no habéis enviado agentes de investigación antes.

—De hecho, despachamos varios para detectar señales de civilización. Hemos perdido dos, pero otros transmitieron escenas asombrosas.

—¿Por ejemplo? —preguntó Huck.

—Marineros hoons tripulando veleros de madera en alta mar.

—Hrrrm. ¿Qué tiene eso de extraño?

—Y qheuens rojos, sin supervisión de los grises y azules, sin sujeción a nadie, comerciando apaciblemente con sus vecinos hoons.

Pinzón resopló por sus conductos, pero la voz continuó.

—Intrigados, enviamos una expedición submarina más allá de la Grieta. Nuestros exploradores siguieron uno de vuestros transportes de escoria, juntando muestras de

su descarga sagrada. Al regresar a la base, nuestra nave exploradora encontró el «tesoro» urs que vosotros debíais recobrar. Naturalmente, supusimos que los dueños originales estaban extinguidos.

—¿Por qué? —preguntó incisivamente Ur-ronn.

—¡Porque habíamos visto hoons vivos! ¿Quién se imaginaría que urs y hoons convivían apaciblemente dentro de un volumen de menos de un pársec cúbico? Si los hoons vivían, las urs de Jijo debían haber muerto.

—Ah —comentó Ur-ronn, moviendo el largo pescuezo para mirarme de hito en hito.

—Imaginad nuestra sorpresa cuando una tosca nave cayó hacia nuestro submarino. Un tronco ahuecado que contenía...

La voz se interrumpió. La unidad remota se puso de nuevo en marcha. El ojo de la cámara mostraba arena y vegetación achaparrada.

—Fensé que no fodíais usar radio ni nada que se fudiera detectar desde el espacio —objetó Ur-ronn.

—Correcto.

—¿Entonces cómo obtenéis estas imágenes en tiempo real?

—Excelente pregunta, viniendo de alguien que no tiene experiencia en estos asuntos. En este caso, el robot sólo necesita viajar un kilómetro por la costa. Puede desplegar un cable de fibra que transmite imágenes indetectables.

Tirité. Algo en esas palabras me había alarmado.

—¿Se relaciona con las explosiones? —preguntó Ur-ronn—. ¿El reciente ataque de quienes desean vuestra destrucción?

La forma giratoria se contrajo y se expandió.

—Vosotros cuatro sois realmente rápidos e imaginativos. Hablar con vosotros ha sido una experiencia inusitada. Y me han creado para apreciar las experiencias inusitadas.

—En otras palabras, sí —resopló Huck.

—Hace un tiempo, una máquina voladora comenzó a sondear este mar con tentáculos de sonido. Horas después, pasó a arrojar cargas de profundidad en un claro intento de desalojarnos de las ruinas donde nos ocultamos. La situación se estaba poniendo peligrosa cuando los campos gravíticos de una segunda nave entraron en la zona, y detectamos señales de combate aéreo. Se intercambiaron proyectiles y rayos mortíferos en una breve y desesperada lucha.

Pinzón se hamacó de un pie al otro.

—¡C-cáspita! —suspiró, arruinando nuestra pose de indiferencia.

—Luego ambas naves dejaron de volar. Sus signaturas inerciales cesaron cerca de la posición actual del robot.

—¿A qué distancia? —preguntó Ur-ronn.

—Muy cerca —respondió la voz.

Fascinados, observamos una hipnótica escena de rápido movimiento. Un panorama de plantas achaparradas visto desde el suelo, pasando con borrosa velocidad. El ojo de la cámara eludió matas de frondas-sable, deslizándose con frenética velocidad, mientras el robot buscaba una altura que dominaba un vasto pantano.

De pronto, un destello plateado. Dos destellos. Los flancos curvos de...

Fue entonces cuando sucedió.

Tan imprevistamente como cuando vimos por primera vez las naves estrelladas, una cara sonriente llenó la pantalla.

Nos echamos hacia atrás, gritando de sorpresa. Yo retrocedí tan rápidamente que ni siquiera mi prótesis de alta tecnología pudo salvar mi espalda del penetrante dolor. Huphu me clavó las zarpas en el hombro mientras lanzaba un chillido de alarma.

El rostro mostraba dientes puntiagudos y relucientes, ojos turbios y negros, con una expresión burlona que reconocimos de inmediato.

Nuestro diminuto robot se inclinó, tratando de escapar, pero el demonio sonriente lo aferró con sus patas delanteras. La criatura alzó sus agudas zarpas, disponiéndose a atacar.

Entonces habló la voz giratoria, cuyo sonido voló hacia fuera y regresó por los sensores del robot. Eran sólo cuatro palabras, en una versión curiosamente acentuada del gal-siete, muy agudas, casi más allá de los alcances de un hoon.

—Hermano —le dijo la voz al noor—. Basta, por favor.

EWASX

Llegan noticias de que hemos perdido rastros de una corbeta.

Nuestro crucero liviano, enviado para perseguir una nave de los bandidos rothens.

No se anticipaban problemas en esta misión de rutina. Esto plantea preguntas perturbadoras. ¿Hemos subestimado la capacidad de esta banda de delincuentes?

Tú, nuestro segundo anillo cognoscitivo, brindas acceso a muchos recuerdos y pensamientos acumulados por nuestra pila antes que yo fuera vuestro anillo maestro. Recuerdos de una época en que tú/nosotros éramos sólo Asx.

Recordarás haber oído que los incursores humanos hacían afirmaciones ridículas. Por ejemplo, que sus instructores, los misteriosos rothens, son desconocidos en la sociedad galáctica. Que los rothens ejercen una fuerte influencia de manera oculta. Que apenas temen las potentes flotas de combate de los grandes clanes de las Cinco Galaxias.

Nosotros, en la nave Polkjhy, hemos oído cuentos similares antes de llegar a este mundo. Considerábamos que todo era mera exageración. Una fachada patética, un vano intento de ocultar la auténtica identidad de los infractores.

¿PERO Y SI LA HISTORIA ES CIERTA?

Nadie puede dudar que existen fuerzas misteriosas, antiguas, altaneras, influyentes. ¿Se habrá cruzado nuestro destino con algún poder arcano en una galaxia abandonada, lejos de casa?

TOMEMOS LA IDEA CON MAYOR AMPLITUD. ¿Podría esa poderosa raza encubierta guiar secretamente a todos los terrícolas? ¿Protegerlos del destino que normalmente alcanza a las razas lobeznas? Ello explicaría muchos extraños hechos recientes. También podría significar un destino funesto para nuestra Alianza de Obedientes, en estos tiempos peligrosos.

PERO NO. Los hechos no respaldan ese temor.

Vosotros, anillos rústicos y primitivos, no podéis saberlo, así que me explicaré.

HACE POCO TIEMPO, la Polkjhy tuvo contacto con ciertos traficantes de datos, alimañas inescrupulosas que ofrecían noticias en venta. A través de agentes humanos, estos rothens se aproximaron a los grandes y devotos jophurs, porque nuestra nave realizaba una patrulla en las cercanías. Pensaban que los jophurs pagarían el doble por la información que querían vender.

PRIMERO, pagarían por pistas para encontrar la presa que buscamos, una nave terrícola que diez mil naves han perseguido durante años, un trofeo inigualable en las Cinco Galaxias...

SEGUNDO, pagarían por información sobre los malditos g'Keks, un vestigio sobreviviente que se refugió aquí hace muchos ciclos, escapando de nuestra justa y destructiva ira.

Los rothens y sus secuaces esperaban obtener pingües ganancias vendiéndonos esta información, sumada a las muestras genéticas que pudieran robar en este mundo inmaduro. El arreglo debió parecerles ideal, pues ambas partes tendrían interés en mantener en secreto la transacción.

¿Es ésa la conducta de un poder grande y exaltado? ¿Un poder que ha trascendido las preocupaciones triviales y mortales? ¿Seres semejantes a dioses se dejarían sorprender tan burdamente por los salvajes que destruyeron su estación subterránea con meros explosivos químicos?

¿Demostraron tanto poder cuando dimos media vuelta en un acto de piadosa traición, y saltamos sobre su nave? ¿Congelándola en estasis por medio de un truco nada desdeñable?

No, estas preguntas no pueden ser razonables, anillos Míos. Me preocupa que derrochéis nuestros recursos mentales siguiendo un camino ciego. ¿ACASO ESTA DIGRESIÓN ES OTRO VANO INTENTO DE DISTRAERME DE LA CONCENTRACIÓN QUE ES MI PRINCIPAL CONTRIBUCIÓN A LA PILA?

¿Es por ello que algunos os empeñáis en recibir directrices de esa tonta roca que llamáis Huevo Sagrado?

¿Estos vagos y dislocados esfuerzos se dirigen a otra rebelión?

¿AÚN NO HABÉIS APRENDIDO?

¿Debo demostrar una vez más por qué los oalies crearon mi especie, y nos llamaron anillos maestros?

Dejemos estas tontas meditaciones y busquemos otras explicaciones para la desaparición de la corbeta. Tal vez, cuando nuestra tripulación perseguía la nave exploradora rothen, se topó con otra cosa.

Algo más poderoso e importante.

¿Es verdad? ¿De veras ignoráis a qué me refiero?

¿Ni la menor idea? Vaya, la mayoría de los habitantes de las Cinco Galaxias, incluso los enigmáticos zangs, conocen la nave que buscamos. Una nave perseguida por la mitad de las flotas del espacio conocido.

¡Realmente habéis vivido aislados, mis rústicos anillos! Mis primitivas subidentidades. Mis bellezas provisionales, que no habéis oído hablar de una nave tripulada por delfines semianimales.

Extraño, en verdad.

SARA

Sin las gafas oscuras provistas por las illias, Sara temía perder la vista o la razón. Algunos destellos aislados eran suficientes para apuñalar sus nervios con colores antinaturales, reclamando atención, gritando peligrosamente, rogándole que mirase sin protección... quizá para perderse en un mundo de luz cambiante.

Aun en tonos sepia, los peñascos circundantes parecían cargados de significados crípticos. Sara recordó que el legendario Odiseo, navegando cerca de las legendarias sirenas, ordenó a sus hombres que se taparan los oídos con cera y se amarró al mástil para que sólo él pudiera oír la llamada de las tentadoras, mientras la tripulación remaba frenéticamente frente a los seductores y brillantes bajíos.

¿Le dolería quitarse las gafas y mirar el ondulante paisaje? Si ese poder hipnótico la dominaba, ¿sus amigos la rescatarían? ¿O su mente sería absorbida para siempre?

La gente rara vez mencionaba el Flujo Espectral, un punto ciego en los mapas de la Cuesta. Incluso esos hombres recios que recorrían el desierto de arena, lanceando rodandantes bajo las dunas huecas, se mantenían a respetuosa distancia de ese paisaje venenoso. Un reino presuntamente despojado de vida.

Sólo ahora Sara recordó un día de casi dos años atrás, cuando su madre yacía moribunda en la casa, cerca de la fábrica de papel, mientras el molino de Dolo entonaba su grave lamento. Desde la puerta de la habitación de Melina, Sara oyó que Dwer hablaba de ese lugar en voz baja.

Su hermano menor tenía licencia especial para recorrer la Cuesta y sus alrededores, buscando violaciones del Código del Exilio y los Rollos. A Sara no le sorprendió que hubiera visitado la ponzoñosa tierra de los colores psicóticos. Pero por frases que oyó por la puerta abierta, parecía que Melina también había visto el Flujo Espectral antes de viajar al norte para casarse con Nelo y criar una familia junto al apacible y verde Roney. Era una conversación susurrada junto a un lecho de muerte, y después Dwer nunca habló de ella.

Ante todo, Sara quedó conmovida por el tono de añoranza de la voz de su madre moribunda.

—Dwer... recuérdame de nuevo los colores...

Los caballos no parecían necesitar protección en los ojos, y las dos conductoras usaban la suya con displicencia, más para evitar una irritación que un peligro siniestro. Al salir del túnel buyur, Kepha murmuró algo a Nuli, y las illias rieron por primera vez.

Ahora pensaba con mayor coherencia, y la sorpresa cedía el paso a la curiosidad. ¿Y qué hay de las personas y razas que son daltónicas por naturaleza? El efecto debía implicar algo más que variaciones de frecuencia en el espectro electromagnético, pues las gafas urs hacían algo más que oscurecer. Debía haber algo más.

¿Polarización de la luz? ¿Psi?

El rewig de Emerson sustituía las gafas, pero Sara se preocupó cuando él se quitó el simbionte para echar una ojeada. Parpadeó, retrocediendo visiblemente ante el exceso sensorial, como si le hubieran clavado algo en el ojo. Ella se le acercó, pero esa reacción inicial fue breve. Poco después el hombre de las estrellas le sonrió con inefable deleite.

Bien, cualquier cosa que puedas hacer tú... pensó, echándose las gafas hacia atrás.

Se sorprendió al no sentir dolor. Sus iris se adaptaron y el volumen de luz resultó tolerable.

En cambio, Sara sintió oleadas de náusea mientras el mundo parecía oscilar y disolverse, como si observara a través de capas de imágenes encimadas. La topografía del terreno consistía en flujos de lava superpuestos, barrancas erosionadas y mesetas. Pero ahora parecía un tapiz donde un enloquecido artista g'Kek hubiera bordado una aparición con hilo grueso y pintura luminosa. Cada vez que Sara parpadeaba, sus impresiones se alteraban.

Las majestuosas protuberancias eran castillos mágicos, y sus ondeantes pendones estaban hechos de relucientes jirones de bruma deshilachada...

Las cuencas polvorientas eran estanques palpitantes. Ríos de mercurio y corrientes de sangre parecían correr cuesta arriba como líquidos arremolinados...

Ondeante como la memoria, un peñasco cercano evocaba la arquitectura buyur, las torres de Villa Tarek, sólo que en vez de ventanas había un millón de luces resplandecientes...

Miró la carretera polvorienta, donde las ruedas de la carreta arrancaban chispas a la piedra pómez. Pero en otro plano parecía espuma constituida por un sinfín de estrellas titilantes...

La carretera trepó a un cerro que reveló el espejismo más improbable de todos: valles angostos rodeados por colinas empinadas como olas marinas, congeladas en su hirviente caudal. Al pie de esas alturas protectoras se extendían valles verdes y fecundos, cubiertos de prados imposibles y árboles grotescos.

—Xi —anunció Kepha, murmurando felizmente en ese acento que Sara encontraba turbadoramente familiar.

Y de pronto supo por qué.

La sorpresa le hizo soltar las gafas, y volvió a cubrirse los ojos.

Los castillos y estrellas se desvanecieron.

Pero los prados permanecían. Formas cuadrúpedas pastaban en una hierba muy real y bebían en un arroyo muy real.

Kurt y Jomah suspiraron. Emerson rió y Prity batió las palmas.

Pero Sara estaba demasiado asombrada para emitir un sonido. Pues ahora sabía la

verdad sobre Melina la sureña, la mujer que tiempo atrás había ido al Roney, presuntamente desde la lejana Angostura, para convertirse en la prometida de Nelo... Melina, la excéntrica que crió a tres hijos excepcionales junto al rumor incesante de la represa de Dolo.

Madre, pensó Sara con aturdimiento. Este era tu hogar.

El resto de las mujeres llegó pocas miduras después con sus compañeras urs, sucias y cansadas. Las illias desensillaron sus fieles bestias antes de quitarse la ropa de montar y zambullirse en un cálido arroyo volcánico, debajo de las rocas donde descansaban Sara y los demás visitantes.

Mirando a Emerson, Sara verificó que una parte de su torturado cerebro debía estar intacta, pues el hombre del espacio miraba a las illias desnudas con actitud masculina normal.

Reprimió un aguijonazo de celos, sabiendo que su silueta nunca podría competir con esas formas bronceadas y atléticas.

El hombre de las estrellas miró a Sara de soslayo y se sonrojó, con tanta timidez que ella tuvo que echarse a reír.

—Se mira y no se toca —dijo Sara, agitando un dedo. Tal vez él no comprendiera todas las palabras, pero comprendió esa afectuosa admonición.

Sonrió y se encogió de hombros, como diciendo: ¿Quién, yo? ¡Ni pensaría en ello!

Los pasajeros de la carreta ya se habían bañado, aunque más púdicamente. No porque la desnudez fuera tabú en otras partes de la Cuesta. Pero las mujeres illias se comportaban como si ignorasen o desdeñasen un dato sencillo que todas las niñas humanas aprendían acerca del sexo opuesto. Que el Homo sapiens macho tiene respuestas primitivas de excitación conectadas con sus nervios ópticos.

Quizá sea porque no tienen hombres, pensó Sara. En verdad, sólo veía mujeres jóvenes y adultas trabajando entre los cobertizos y refugios.

También había urs de la amigable tribu de Ulashtu, cuidando sus preciosos rebaños de simias y asnos en los lindes del oasis. Las dos razas sabientes no se eludían, sino que se trataban cordialmente. Pero en este limitado reino, cada cual tenía su territorio favorito.

Ulashtu conocía a Kurt, y debía haber pasado tiempo en la Cuesta exterior. Y era probable que algunas mujeres illias visitaran subrepticamente a los aldeanos de las Seis Razas.

Melina tenía una buena pantalla cuando se presentó en Dolo, llegando con cartas de presentación y el pequeño Lark. Todos suponían que venía de la Angostura. Un típico matrimonio arreglado.

Para Nelo nunca había parecido un problema que su hijo mayor tuviera un padre desconocido. Melina desalentaba sutilmente las preguntas sobre su pasado.

Pero un secreto como éste...

Con el grupo de Ulashtu venía un prisionero, Ulgor, la calderera urs que había trabado amistad con Sara en Dolo, sólo para montar una trampa que los había puesto en manos de los fanáticos de Dedinger y las Urunthai. Ahora los papeles se habían invertido. Sara notó que los ojos triples de Ulgor miraban consternadamente el asombroso oasis.

¡Cómo odiarían las Urunthai ese lugar! Sus predecesoras capturaron nuestros caballos para destruirlos. Las sabias urs se disculparon cuando Drake el mayor venció a las Urunthai. ¿Pero cómo se remedia la muerte?

No se remedia. Pero es posible burlar la extinción. Viendo los potrillos que jugaban con sus madres bajo una brillante protuberancia rocosa, Sara se sintió casi feliz. Este oasis podía permanecer invisible incluso para los omniscientes detectores de los seres de las estrellas, confundidos por la circundante tierra de espejismos. Tal vez Xi sobreviviera cuando el resto de la Cuesta quedara despojada de vida sapiente.

Vio que encerraban a Ulgor en un corral, cerca del profeta del desierto, Dedinger. Ninguno de los dos hablaba.

Más allá de las mujeres que chapoteaban en el lago, y de los rebaños, se extendía un reluciente paisaje donde cada ondulación y protuberancia fingía ser mil cosas imposibles. La comarca de las mentiras, llamaban al Flujo Espectral. Sin duda una persona se habituaba, desechando las irritantes fantasmagorías que nunca resultaban útiles ni informativas. O quizá las illias no necesitaban sueños, pues vivían cada día sumergidas en las fantasías de Jijo.

Sara la científica se preguntó por qué afectaba igualmente a todas las razas, y cómo semejante maravilla podía surgir naturalmente. En Biblos no se menciona nada semejante. Pero los humanos tenían pocos materiales de referencia galácticos cuando la Tabernáculo se fue de la Tierra. Tal vez este fenómeno sea común y se encuentre en muchos mundos.

¡Pero cuánto más maravilloso sería si Jijo hubiera creado algo único!

Escrutó el horizonte, dejando que su mente asociara libremente las formas a partir de los colores palpitantes, hasta que una cálida voz femenina la interrumpió.

—Tienes los ojos de tu madre, Sara.

Parpadeó, y se enfrentó a dos humanos vestidos con la ropa de cuero de las illias. La que había hablado era la primera anciana que Sara veía allí. El otro era un hombre.

Sara se sorprendió al reconocerlo.

—¿Fallon?

Había envejecido desde que había iniciado a Dwer en las artes del desierto. Aun así, el sonriente ex jefe de exploradores conservaba su robustez.

—¡Pero creí que habías muerto! —exclamó Sara, con poco tacto.

Él se encogió de hombros.

—La gente cree lo que quiere. Nunca dije que había muerto.

Un koan zen, a su manera. Pero entonces Sara recordó lo que había dicho la otra persona. Aunque perfilada contra el fulgor del desierto, la anciana parecía participar de los matices del Flujo Espectral.

—Mi nombre es Foruni —dijo—. Soy jinete principal.

—¿Conociste a mi madre?

La anciana cogió la mano de Sara. Su actitud recordaba a Ariana Foo.

—Melina era mi prima. La he echado de menos todos estos años... aunque sus infrecuentes cartas nos hablaban de sus notables hijos. Vosotros tres validáis su elección, aunque el exilio no debió ser fácil. Nuestros caballos y sombras son difíciles de abandonar.

—¿Mi madre se marchó por Lark?

—Tenemos maneras de facilitar el nacimiento de niñas. Cuando nace un varón, lo entregamos a discretos amigos de la Cuesta, a cambio de una niña.

Sara asintió. El intercambio de hijos era una práctica común que ayudaba a cimentar las alianzas entre aldeas y clanes.

—Pero mi madre se negó a canjear a Lark.

—En efecto. En todo caso, necesitamos agentes allá afuera, y Melina era de fiar. Así se hizo, y la decisión resultó atinada... aunque la lloramos al enterarnos de su muerte.

Sara aceptó esto con un cabeceo.

—Lo que no entiendo es por qué sólo hay mujeres.

Tras una vida de entornar los ojos, la anciana tenía profundas arrugas en las comisuras.

—Estaba requerido en el pacto que se acordó cuando las tías de la tribu Urchachkin ofrecieron asilo a algunos humanos y caballos en su reducto más secreto, para protegerlos de las Urunthai. En aquellos días, las urs encontraban perturbadores a nuestros hombres, tan fuertes y jactanciosos, a diferencia de sus esposos. Parecía más sencillo arreglar las cosas entre mujeres.

»Además, algunos varones desdeñan las restricciones sociales durante la adolescencia, por bien educados que estén. Con el tiempo algunos jóvenes se habrían ido del reino de las illias sin preparación adecuada... y sólo hace falta uno para perjudicarnos. En su necesidad de alardear y ganar prestigio, podría revelar nuestro secreto a la Comuna.

—Las niñas también actúan así, a veces —señaló Sara.

—Sí, pero así teníamos más probabilidades a favor. Recuerda a los jóvenes que conoces, Sara. Imagínate cómo se habrían portado.

Se imaginó a sus hermanos creciendo en ese estrecho oasis. Lark habría sido discreto y de fiar. Pero Dwer, a los quince años, era muy diferente de lo que llegó a

ser a los veinte.

—Sin embargo, veo que no sois todas mujeres...

La anciana sonrió.

—Tampoco somos célibes. En ocasiones traemos varones maduros, con frecuencia exploradores, sabios o demoleedores, hombres que ya conocen nuestro secreto y tienen edad suficiente para ser compañeros calmos y sensatos, pero que aún conservan el vigor en el andar.

Fallon rió para cubrir su embarazo.

—Mi andar ya no es mi mejor rasgo.

Foruni le estrujó el brazo.

—Servirás por bastante tiempo.

Sara asintió.

—Una solución urs.

Algunos grupos de urs jóvenes, careciendo de medios para mantener varios esposos, compartían uno, pasándolo de marsupio en marsupio. La anciana asintió, expresando una sutil ironía con lánguidos movimientos del cuello.

—Al cabo de muchas generaciones, quizá nos hayamos vuelto un poco más urs.

Sara miró a Kurt el demoleedor, sentado en una roca y estudiando textos celosamente custodiados, cerca de Jomah y Prity.

—Entonces enviaste una expedición en busca de Kurt porque quieres otro...

—¡No, por Ifni! Kurt es demasiado viejo para esos menesteres, y cuando traemos nuevos compañeros lo hacemos con suma discreción. ¿Kurt no te ha explicado de qué se trata? ¿Su papel en la crisis actual? ¿La razón por la cual arriesgamos tanto en vuestro rescate?

Sara meneó la cabeza. Foruni agitó las fosas nasales y resopló como una tía urs, irritada con la necesidad de sus subalternos.

—Bien, es cosa suya. Yo sólo sé que debemos llevaros a destino cuanto antes. Esta noche descansarás con nosotros, sobrina mía. Pero las remembranzas familiares deberán esperar hasta el fin de esta emergencia... siempre que podamos solucionarla.

Sara asintió, resignada a seguir viajando.

—Desde aquí... ¿Podemos ver...?

Fallon asintió gentilmente.

—Te mostraré, Sara. No está lejos.

Ella le cogió el brazo mientras Foruni les pedía que regresaran cuanto antes para una fiesta. Sara ya olía los aromas de la comida, pero pronto fijó sus pensamientos en el camino mientras atravesaban prados angostos y milagrosos, y chaparrales donde pacían simias, hasta llegar a un paso entre dos cerros. La luz del sol se desvanecía rápidamente, y pronto la luna más pequeña, Passen, despuntó en el oeste.

Oyó música antes de cruzar el paso. El familiar sonido del dulcemele de Emerson.

Sara odiaba interrumpir, pero el fulgor la atraía, una irradiación centelleante que se elevaba desde Jijo, llenando el paisaje que se extendía más allá del oasis.

El irregular terreno pareció transformarse en un perlado claro de luna. Desaparecieron los colores garrulos, dejando un efecto extravagante en la imaginación. Se requería un esfuerzo de la voluntad para no deslizarse por las cuevas, creyendo en falsos mares y almenas, en ciudades espectrales y paisajes estelares, en una miríada de mundos fantasmagóricos que su cerebro formaba a partir de los rayos opalinos y las sombras.

Fallon cogió el brazo de Sara, volviéndola hacia Emerson. El hombre de las estrellas estaba en una prominencia rocosa con el dulcemele apoyado ante él, rasgueando las cuarenta y seis cuerdas.

Era una melodía extraña, con un ritmo ordenado pero desbordante, como una serie matemática que se negara a confluir.

Emerson se perfilaba contra un fuego fluctuante mientras tocaba para la turbulenta naturaleza.

No era un fuego imaginario, la creación de un ojo crédulo. Ondulaba y se retorció en lontananza, aureolando las anchas curvas de un poderoso pico que se elevaba en el cielo.

Lava fresca.

La caliente sangre de Jijo.

El néctar de renovación del planeta, derretido y reciclado.

Martillando las tensas cuerdas, el forastero tocaba para el Monte Guenn, ofreciendo al volcán una serenata mientras la montaña le retribuía con una aureola de fuego purificador.

QUINTA PARTE

PROPUESTA PARA UNA ESTRATEGIA INSTRUMENTAL BASADA EN NUESTRA EXPERIENCIA EN JIJO

Ha transcurrido casi un milenio desde que se encontró una gran epidemia de traekismo.

Estas inconvenientes erupciones hacían que pilas de dedicados anillos languidecieran sin siquiera un toroide maestro que los guiara. Pero ninguna noticia de semejante acontecimiento se ha encontrado en la memoria de la cera viviente.

La reacción de nuestra nave Polkjhy ante este descubrimiento en Jijo fue odio y repulsión.

Sin embargo, detengámonos a pensar cómo la Gran Liga Jophur podría beneficiarse y aprender con este experimento. Nunca nuestros primos anulares habitaron en tal intimidad con otras razas. Aunque contaminados, estos traekis también han adquirido experiencia sobre las formas de vida sapiente urd, hoons y qheuens, así como los lobeznos humanos y las alimañas g'Keks.

Más aun, los mismos rasgos que los jophurs encontramos repulsivos en los anillos naturales traekis —su falta de foco, yo y ambición— parecen capacitarlos para sentir empatía por los seres unitarios. Las otras cinco razas de Jijo confían en estas pilas de anillos. Les muestran secretos, comparten confidencias, les delegan tareas médicas e incluso poderes de continuación y cesación de la vida.

Imaginemos esta posibilidad. Supongamos que creamos una estratagema.

Intencionalmente podríamos crear nuevos traekis y disponer que «escapen» de los jophur reales o de nuestro noble clan. Creyendo genuinamente que se fugan de «opresivos» anillos maestros, estas pilas serían inducidas a buscar refugio entre las razas que consideramos enemigas.

Y supongamos que, usando ese vacuo don de la empatía, entablan amistad con nuestros enemigos. Al pasar las generaciones, se convierten en camaradas de confianza.

En ese punto disponemos que Los agentes recobren —cosechen— a estos traekis renegados, convirtiéndolos a jophurs tal como se hizo cuando Asx fue transformado en Ewasx, aplicando los necesarios anillos maestros.

¿No obtendríamos rápidos conocimientos sobre nuestros enemigos?

Admito que el experimento Ewasx no ha sido un éxito total El viejo traeki, Asx, logró derretir muchos recuerdos cerosos antes que se completara la metamorfosis. La amnesia parcial resultante ha sido un inconveniente.

No obstante, esto no resta valor al plan general de introducir espías empáticos entre nuestros enemigos. ¡Espías que son creíbles porque ellos piensan que son auténticos amigos! No obstante, con el don de los anillos maestros, podemos reclamar hermanos perdidos donde y cuando los encontremos.

Streaker

MAKANEE

Había dos clases de alumnos en la ancha y húmeda aula.
Un grupo significaba esperanza, el otro desesperación.
Uno era ilegal, el otro infeliz.
El primer tipo era inocente y ávido.
El segundo había visto y oído demasiado.

Buen pez...
Buenpez, buenpez.
Buen-buen PEZ...

La doctora Makanee nunca oía hablar delfín primario a bordo del Streaker cuando el maestro keeneenk, Creideiki, mantenía la disciplina con su infalible ejemplo.

Pero hoy era común oír jirones de la vieja lengua, los chillidos sencillos y emotivos usados por los Tursiops no modificados en los antiguos mares de la Tierra. Como médica de a bordo, incluso Makanee gruñía a veces una frase cuando se apilaban las frustraciones, y cuando nadie escuchaba.

Makanee miró la ancha cámara medio llena de agua mientras los hambrientos alumnos se apiñaban muy cerca de un gran tanque en un extremo. Había unos treinta neodelfines y una docena de figuras de seis brazos, semejantes a monos, encaramadas a las paredes, o bien zambulléndose para nadar ágilmente con sus manos membranosas.

Sólo la mitad del grupo original de kiqui había sobrevivido desde que los rescataron precipitadamente del lejano Kithrup, pero parecían saludables y felizmente satisfechos de retozar con sus amigos delfines.

Aún no sé si hicimos lo correcto al traerlos. Los neodelfines son demasiado jóvenes para tomar las responsabilidades del pupilaje.

Un par de maestras trataron de imponer orden en la indisciplinada multitud. Makanee vio que la más joven —su ex jefa de enfermeras, Peepoe— usaba un arnés chirriante para coger bocados vivientes del tanque y arrojarlos a los alumnos. El que había pronunciado el exabrupto primal —un delfín maduro de ojos inexpresivos— cerró las mandíbulas sobre una criatura azul de tentáculos movedizos que no se parecía a un pez. Aun así, el delfín ronroneaba felizmente mientras masticaba.

¡Buenpez...
buen-buen-buen!

Makanee conocía al pobre Jecajeca antes que el Streaker partiera de la Tierra, un ex astrofotógrafo que amaba sus cámaras y la reluciente negrura del espacio. Ahora Jecajeca era otra víctima de la larga retirada del Streaker y que se alejaba cada vez más de los cálidos mares que consideraban su hogar.

Se suponía que este viaje duraría seis meses, no dos años y medio, y aún no había un final a la vista. Una joven raza pupila no debería afrontar los desafíos a los que nos hemos enfrentado nosotros, casi solos.

Visto bajo esa luz, parecía un milagro que sólo un cuarto de la tripulación sufriera psicosis de involución.

Dale tiempo, Makanee. Es posible que tú misma sigas ese camino.

—Sí, son sabrosos, Jecajeca —comentó Peepoe, transformando la exclamación del delfín involucionado en una lección—. ¿Puedes decirme, en inglés, de dónde viene esta nueva variedad de «peces»?

La mitad más brillante del curso, los que tenían futuro, lanzó ávidos gruñidos y chillidos. Pero Peepoe acarició al delfín mayor con el sonar, y el ojo vidrioso de Jecajeca se iluminó un poco. Para complacerla, se concentró.

—D-de af-fuera. Buen s-s-sol... buena ag-g-gua...

Otros estudiantes lanzaron hurras, recompensando ese breve ascenso hacia lo que Jecajeca había sido una vez. Pero era una cuesta resbalosa. Y la medicina no podía hacer mucho. La causa no estaba en un defecto orgánico.

La involución es el refugio máximo frente a las preocupaciones.

Makanee aprobaba la decisión de la teniente Tsh't y de Gillian Baskin de no mostrar el diario de Alvin el hoon a toda la tripulación.

Si hay algo que la tripulación no necesita en este momento, es conocer una religión que predica las bondades de la involución.

Peepoe terminó de alimentar a los adultos involucionados mientras su compañera se encargaba de los niños y de los kiquis. Al mirar a Makanee, hizo una ágil pirueta y atravesó la cámara a nado, emergiendo en medio de un estallido de espuma.

—Sí, doctora. ¿Querías verme?

Y quién no querría ver a Peepoe. Su tez brillaba con lustre juvenil, y su buen humor nunca flaqueaba, ni siquiera cuando la tripulación tuvo que huir de Kithrup, abandonando a tantos amigos.

—Necesitamos una enfermera calificada para una misión. Una larga misión, me temo.

Peepoe arrugó la frente con gesto inquisitivo.

—El puessto de Kaa. ¿Algún herido?

—No esstoy segura. Tal vez sea ingestión de tóxicos... o bien fiebre kingree.

Peepoe expresó su alivio.

—En ese caso, ¿no puede encargarse Kaa? Tengo deberesss aquí.

—Olachan puede encargarse mientras tú no estás.

Peepoe meneó la cabeza, un gesto humano tan arraigado que aun los delfines involucionados lo usaban.

—Debe haber dos maestras. No podemos mezclar mucho a los niños y los kiquis con los involucionados.

Hasta ahora los tripulantes sólo habían tenido cinco hijos, a pesar del creciente número de firmas en la irritante Solicitud de Procreación. Pero esos cinco jóvenes merecían una instrucción atenta. Y eso valía el doble para los kiquis, presentientes que parecían maduros para ser Elevados por el afortunado clan galáctico que se ganara el derecho de adoptarlos. Eso planteaba un doble peso moral a la tripulación del Streaker.

—Yo vigilaré personalmente a los kiquis, y liberaremos a los padres de los niños de sus deberes, en turnos rotativos, para que ayuden a las maestras. No puedo hacer más, Peepoe.

La joven delfín asintió a regañadientes.

—Será como perseguir atunesss en vano. Conociendo a Kaa, tal vez se haya olvidado de limpiar los filtros de agua.

Todos sabían que el piloto estaba prendado de Peepoe. Los delfines podían escudriñar las entrañas de los demás con el sonar, de modo que no podían ocultar pasiones simples y persistentes.

Pobre Kaa. Con razón perdió su apodo.

—Hay otro motivo por el cual vasss —reveló Makanee en voz baja.

—Eso pensé. ¿Se relaciona con las señales gravíticasss y las bombass de profundidad?

—Este escondrijo está en peligro —declaró Makanee—. Gillian y Tsh't planean trasladar el Streaker.

—¿Quieres que ayude a encontrar otro refugio? ¿Explorando esas enormes pilasss de chatarra? —Peepoe suspiró—. ¿Qué otra cosa? ¿Debo componer una sinfonía, inventar un motor estelar y de paso negociar tratados con los nativosss?

Makanee rió.

—Por lo que dicen, el luminoso mar de arriba es el más agradable que hemos encontrado desde que partimos de Calafia. Todos te envidiarán.

Peepoe resopló dubitativamente, y Makanee añadió en trinario:

Un rasgo admirable se describe
en las leyendas que contaban las ballenas:
¡la adaptabilidad!

Peepoe festejó la broma. Era algo que el capitán Creideiki habría dicho, si aún

estuviera presente.

En la enfermería, Makanee terminó de tratar a su último paciente y dio por concluidas las tareas del día. Estaban las dolencias psicosomáticas habituales, y las inevitables heridas sufridas por los que trabajaban en el exterior, con trajes blindados, curvando y soldando metal bajo una montaña de naves desechadas. Al menos los problemas digestivos habían disminuido desde que los equipos con redes comenzaron a pescar alimentos nativos. El mar de Jijo rebosaba de vida, y una gran parte era nutritiva, si se suplementaba adecuadamente. Tsh't incluso había empezado a preparar fiestas en el exterior, hasta que los sensores detectaron naves entrando en órbita.

¿Eran perseguidores? ¿Más flotas furiosas buscando los secretos del Streaker? Nadie tendría que haber podido seguir la tortuosa trayectoria de Gillian por una supergigante cuyos vientos cenicientos habían incapacitado a los robots guardianes del Instituto de Migraciones.

Pero la idea no era tan original como creíamos. Otros vinieron antes, incluido un grupo de humanos renegados. No debería sorprendernos que también se les ocurra a nuestros perseguidores.

El cronómetro de Makanee sonó, recordándole que el consejo de a bordo —dos delfines, dos humanos y un ordenador desquiciado— se reuniría una vez más para buscar el modo de frustrar a un universo implacable.

Una sexta integrante asistía en silencio, ofreciendo nuevas combinaciones de oportunidad y desastre en cada giro. Sin sus aportaciones, el Streaker habría sido destruido o capturado tiempo atrás.

O bien, sin ella, todos estaríamos a salvo en casa.

De todos modos, no había modo de rehuir su participación.

Ifni, caprichosa diosa del azar.

HANNES

Era difícil trabajar. La doctora Baskin se empeñaba en sacar operarios de la sala de máquinas para asignarles otras tareas.

—¡Es demasiado pronto para dar por perdido el Streaker! —protestó.

—No lo doy por perdido —respondió Gillian—. Pero con ese revestimiento de carbono como lastre...

—Al fin hemos podido analizarlo. Parece que el viento de Izmunuti no consistía sólo en carbono molecular o atómico, sino en una especie de hollín estelar constituido por tubos, serpentinas, esferas y cosas semejantes.

Gillian asintió, como si lo esperase.

—Esferas saltarinas. O, en gal-dos... —frunciendo los labios, lanzó un trino chirriante que significaba «contenedor de átomos»—. Realicé ciertas investigaciones en el cubo de la Biblioteca. Parece que una urdimbre de estas microformas puede volverse superconductor y resistir mucho calor. No la arrancarás fácilmente con las herramientas que tenemos.

—Podría haber ventajas en ese material.

—La Biblioteca dice que algunos clanes han logrado sintetizarlo. ¿Pero de qué sirve, si le añade peso al casco y cubre nuestras bocas de fuego, de modo que no podemos combatir?

Suessi argumentó que la otra posibilidad no era mucho mejor. Sí, los rodeaba una montaña de antiguas naves estelares, y habían reactivado los motores de algunas. Pero eso estaba muy lejos de encontrar un sustituto adecuado de la nave de exploración clase Snark que había servido tan bien a esta tripulación.

Éstas son naves que los buyurs no consideraron dignas de llevarse cuando evacuaron este sistema.

Ante todo, ¿cómo podían los delfines operar una nave que se había construido cuando los humanos estaban aprendiendo a tallar herramientas de pedernal? El Streaker era un prodigio de inteligentes concesiones, modificado para que seres que carecían de brazos y piernas pudieran desplazarse y trabajar, ya en unidades ambulatorias de seis patas, o bien nadando en cámaras inundadas.

Los delfines son excelentes pilotos y especialistas. Algún día muchos clanes galácticos contratarán uno o dos por vez, ofreciéndoles instalaciones especiales como profesionales mimados. Pero pocas razas querrán una nave como la Streaker, con todos los inconvenientes que supone.

Pero Gillian no se daba por vencida.

—Nos hemos adaptado antes. Sin duda algunas de esas viejas naves tienen diseños que podemos utilizar.

Antes de disolver la reunión, él presentó una última objeción.

—Todo este trabajo con otros motores, además de los nuestros, debe permitir que se escape una señal, a pesar del agua que nos cubre.

—Lo sé, Hannes —dijo Gillian con ojos sombríos—. Pero ahora es importante apurarse. Nuestros perseguidores ya tienen una idea aproximada de nuestra posición. Por el momento tendrán otras ocupaciones, pero vendrán pronto. Debemos prepararnos para llevar el Streaker a otro escondrijo, o bien evacuar a otra nave.

Así, con resignación, Suessi alteró los puestos de trabajo, dejó de trabajar en el casco y aumentó los equipos que operaban en las ruinas alienígenas, una tarea tan peligrosa como fascinante. Muchas de esas ruinas abandonadas parecían más valiosas que las naves que la empobrecida Tierra había comprado a través de revendedores. En otras circunstancias, el Sumidero habría sido un magnífico hallazgo.

—En otras circunstancias —murmuró—, ni siquiera habríamos venido aquí.

Irruptores

EMERSON

¡Qué lugar tan maravilloso!

Desde el glorioso poniente, ha cantado una serenata a las estrellas y al rugiente volcán, luego al arco de reflejos chispeantes de la luna más grande. Ciudades muertas, abandonadas tiempo atrás en el vacío.

Ahora Emerson se vuelve hacia el este, hacia un nuevo día. Bañado por una cálida fatiga, de pie en las alturas que protegen los angostos prados de Xi, se enfrenta a la chillona invasión del alba. A solas.

Incluso esas Amazonas permanecen en sus refugios al romper el día, un momento en que los haces oblicuos del hinchado sol barren todos los colores abandonados por la noche, empujándolos como una marea abrumadora. Una ola de luz moteada. Filosa como astillas de vidrio roto.

Su yo anterior lo encontraría demasiado doloroso para soportarlo, ese lógico ingeniero que siempre sabía qué era real y cómo clasificarlo. El inteligente Emerson, tan hábil para reparar cosas. Él habría retrocedido ante el embate de esa desconcertante tempestad de rayos hirientes.

Pero ahora esto no parece nada en comparación con los sufrimientos que ha padecido desde que se estrelló en este mundo. En contraste con la pérdida de una parte del cerebro, por ejemplo, la tormenta de luz ni siquiera se puede considerar irritante. Se parece más a las zarpas de cincuenta mininos que le hacen cosquillar la encallecida piel con mil rasguños.

Emerson extiende los brazos, abriéndose a esa comarca encantada cuyos colores derriban los bloqueos de su mente, incinerando barreras, liberando de su cárcel una explosión de imágenes contenidas.

Los barrancos relampaguean, una capa tras otra de extrañas imágenes. Estallidos en el espacio. Mundos sumergidos donde islotes bulbosos titilan como hongos de metal. Una casa de hielo que se extiende alrededor de una refulgente estrella roja, convirtiendo el tenue resplandor del sol en el fuego acogedor de un hogar.

Estas y muchas otras imágenes tiemblan ante él. Cada cual reclama atención, fingiendo ser un reflejo fiel del pasado. Pero él sabe que la mayoría son ilusorias.

Una falange de mujeres armadas blande látigos centelleantes contra dragones que respiran fuego, cuyas heridas arrancan arcos iris al suelo del desierto. Aunque intrigado, él desecha esas escenas, colaborando con su *rewq* para excluir lo irrelevante, lo antojadizo, lo fácil.

¿Qué le queda?

Mucho, al parecer.

En un campo de lava cercano, las partículas de cristal reflejan relumbrones solares que su ojo distingue como vastas y distantes explosiones. Todo sentido de la

escala se desvanece mientras potentes naves perecen en furiosa batalla. Unos escuadrones destruyen otros. Pliegues móviles de espacio torturado arrasan flotas enteras.

¡Es verdad!

Sabe que este recuerdo es real. Imborrable. Demasiado horrible para olvidarlo.

¿Entonces por qué se perdió?

Emerson procura formar palabras, usando su raro poder para encerrar el recuerdo en el sitio que le corresponde.

Vi... suceder... esto... Yo... estuve... ahí...

Busca más. En aquella dirección, en medio de un pedregal, se extendía una espiral galáctica, vista desde encima de la rueda giratoria. Vista desde un lugar bajo el cual hierven pocas mareas espaciales. Había misterios en ese lugar, no turbados por las ondas del tiempo.

Hasta que alguien, con más curiosidad que sensatez, invadió esa quietud sepulcral.

¿Alguien...?

Escoge una palabra mejor.

Nosotros...

Y una palabra aún mejor.

¡Streaker!

Un leve giro y la ve entre las capas pedregosas de una meseta cercana. Una esbelta forma de gusano, erizada de espinos destinados a anclar una nave a este universo, un universo hostil a todo aquello que representaba la Streaker. Mira nostálgicamente la nave. Vapuleada y reparada, a menudo por él mismo, con una belleza sólo visible para quienes la amaban.

La amaban...

Las palabras tienen el poder de sacudir la mente. Escruta el horizonte, esta vez buscando un rostro humano. Un rostro que adoraba sin esperar nada salvo amistad. Pero esa imagen no aparece en el paisaje deslumbrante.

Emerson suspira. Por ahora, es suficiente con ordenar sus descubrimientos.

Hay una correlación que resulta especialmente útil: si duele, debe ser real.

¿Qué significa eso?

Esta pregunta basta para partirle el cráneo de dolor.

¿Será esa la intención? ¿Impedirle recordar?

Sensaciones punzantes lo atacan. ¡Esta pregunta es peor! ¡Nunca debe hacerla!

Emerson se aferra la cabeza mientras una punta se le clava a martillazos.

Nunca, nunca, nunca...

Hamacándose, suelta un aullido. Ladra como un animal herido, enviando ecos contra las protuberancias rocosas. El sonido cae como un pájaro aturdido, pero se

detiene antes de estrellarse.

En un giro abrupto, regresa... ¡una carcajada!

Emerson brama.

Ruge de desprecio.

Grita con alegría rebelde.

A través de las lágrimas, hace la pregunta y se regodea en la respuesta, sabiendo al fin que no es un cobarde. Su amnesia no es una retirada histérica, un retroceso frente a los traumas del pasado.

Lo que le sucedió a su mente no es accidental.

Las inhibiciones programadas oponen resistencia, derramando plomo caliente en su espalda.

El corazón de Emerson palpita, amenazando con reventarle el pecho. Pero él insiste, enfrenta la verdad de frente, con una especie de euforia brutal.

Alguien... hizo... esto...

Una imagen de ojos fríos se yergue en la fracturada meseta. Pálida y lechosa. Misteriosa, antigua, engañosa. Y sería aterradora... si aún tuviera algo que perder.

¡Alguien... me... hizo... esto!

Apretando los puños, lagrimeando, Emerson ve que los colores se derriten mientras sus ojos se llenan de dolor líquido. Pero ya no importa lo que él ve. Sólo lo que sabe.

El forastero lanza un grito que se pierde en las eternas colinas.

Un grito de desafío.

EWASX

Muestran coraje.

En eso teníais razón, anillos Míos.

Los jophurs no esperábamos que alguien se acercara tan pronto cuando la Polkjhy arrasó una superficie de veinte korechs alrededor de nuestra zona de descenso. Pero ahora viene una delegación, agitando una bandera blanca.

Al principio el simbolismo confunde al personal de comunicaciones de la Polkjhy. Pero los anillos de asociación de esta pila comunican el recuerdo de una tradición humana: el uso de la bandera blanca para significar tregua.

INFORMAMOS AL LÍDER CAPITÁN. Esa noble pila parece complacida con nuestro servicio. Anillos míos, en verdad estáis bien informados sobre estas alimañas. Estos toroides aparentemente inservibles, restos del ex Asx, poseen un ceroso conocimiento de las costumbres humanas que podría resultar útil a la Alianza de los Obedientes, si el profetizado tiempo de cambio realmente ha llegado a las Cinco Galaxias.

La Gran Biblioteca nos frustró con su escasa información sobre el pequeño clan de la Tierra. Qué irónico que encontráramos conocimientos cabales en un mundo tan tosco y trasnochado como Jijo. Conocimientos que pueden contribuir a nuestro objetivo de causar al fin la extinción de los lobeznos.

¿Qué? ¿Tembláis ante esta sugerencia? ¿En alegre afán de servir? ¿Con la expectativa de que desaparezca otro enemigo de nuestro clan?

No, en cambio vibráis, llenando nuestro núcleo con humos de amotinamiento.

Mis pobres y contaminados anillos. ¿Tan infestados estáis de nociones alienígenas que os compadecéis de esos ruidosos bípedos? ¿Y de las alimañas g'Keks que hemos jurado eliminar?

Quizás el veneno esté demasiado arraigado para que resultéis útiles, a pesar de vuestra pericia.

Los oalies tenían razón. Sin anillos maestros, una pila es presa de la sensiblería traeki.

LARK

El alto señor de las estrellas no era menos imponente en camisa y pantalones que en su viejo uniforme negro y plateado. Los macizos brazos así como el corpulento torso de Rann inducían a pensar en cosas imposibles, como enfrentarlo con un hoon adulto en una pelea.

Eso podría quitarle cierto envaramiento, pensó Lark. Ese tío no tiene nada de superior. Bajo su físico y su elusiva conducta existía la misma tecnología que había dado a Ling la belleza de una diosa. Yo podría ser igualmente fuerte —y vivir trescientos años— si no hubiera nacido en un yermo abandonado.

Rann hablaba ánglico con rudo acento danik, haciendo resbalar las sílabas como sus amos rothens.

—El favor que pides es arriesgado e impertinente. ¿Puedes darme una buena razón para que yo coopere?

Bajo la vigilancia de los milicianos, el señor de las estrellas estaba sentado con las piernas cruzadas en una caverna de la Meseta de Dooden, donde rampas camufladas se fusionaban con el bosque circundante bajo mantas de tela. Más allá de la colonia g'Kek, distantes riscos parecían ondular mientras vastos bosques de bu se mecían en el viento. En las inmediaciones de la gruta subía el vapor de los conductos geotérmicos, impidiendo —esperaban los sabios— que los instrumentos galácticos detectaran al cautivo.

Ante Rann había una pila de losanjes de datos que llevaban el sello de la Biblioteca Galáctica, las láminas pardas que Lark y Uthen habían encontrado en la estación danik destruida.

—Podría darte varias razones —gruñó Lark—. La mitad de los qheuens que conozco están enfermos o muriendo por obra de un virus que vosotros habéis liberado...

Rann hizo un gesto despectivo.

—Eso supones tú. Yo lo niego.

Lark sintió un nudo en la garganta. Estaba furioso. A pesar de todas las pruebas condenatorias, Rann se empeñaba en negar la posibilidad de que existieran gérmes genocidas diseñados por los rothens.

«Lo que sugieres es ridículo —había dicho antes—. Es contrario a la naturaleza benévola de nuestros señores».

La primera reacción de Lark fue asombro. ¿Naturaleza benévola? ¿Rann no estaba presente cuando Bloor, el infortunado retratista, fotografió un rostro rothen sin máscara y Ro-kenn ordenó la muerte de todos los testigos?

De nada valía repetir el argumento que había expuesto ante Ling. Ese hombre corpulento era demasiado desdeñoso de todo lo jijoano para seguir una

argumentación lógica.

O bien lo sabía desde siempre, y ahora usa la negación como su mejor defensa.

La alicaída Ling estaba sentada en una estalagmita, incapaz de mirar a los ojos a su ex jefe. Habían ido a buscar la ayuda de Rann sólo cuando ella no pudo leer los archivos rescatados con su placa de datos.

—De acuerdo —continuó Lark—. Si la justicia y la misericordia no te convencen, tal vez las amenazas lo logren.

El hombre corpulento rió.

—¿De cuántos rehenes puedes prescindir, joven bárbaro? Sólo tienes a tres de nosotros para detener el fuego del cielo. Tu amenaza carece de convicción.

Lark se sintió como un lémning arbóreo enfrentándose a un ligerer. Aun así, se aproximó.

—Las cosas han cambiado, Rann. Antes pensábamos canjearte por ciertas concesiones. Ahora la nave rothen y tus camaradas están encerrados en una burbuja. Negociaremos con los jophurs. Sospecho que les importa muy poco que te entreguemos un poco maltratado.

Rann se sorprendió, lo cual era una mejora.

—Por favor —intervino Ling—. Así no vamos a ninguna parte. —Se puso de pie y se acercó al danik—. Rann, quizá debamos pasar el resto de nuestra vida con esta gente, o compartir el destino que nos deparen los jophurs. Una cura puede ayudar a mejorar nuestras relaciones con los Seis. Sus sabios prometen absolvernó, si encontramos pronto un tratamiento.

La silenciosa mueca de Rann no necesitaba la interpretación de un rewq. No le interesaba ser absuelto por salvajes.

—Además están los fotogramas —dijo Ling—. Tú perteneces al círculo áulico de los danik, así que quizás hayas visto antes la verdadera cara de los rothens. Pero para mí fue una sorpresa. Es evidente que esas imágenes fotográficas dan cierto poder de negociación a los nativos de Jijo. Por lealtad a nuestros am... a los rothens, debes pensar en ello.

—¿Y a quién mostrarían sus imágenes? —rió Rann. Pero miró a Lark y su expresión cambió—. No seríais capaces...

—¿De entregarlas a los jophurs? ¿Para qué molestarnos? Ellos pueden abrir tu nave estelar cuando quieran, y diseccionar a tus amos hasta llegar a sus ácidos nucleicos. Afróntalo, Rann, el disfraz ya no sirve. Tus amos han caído en los anillos de los jophurs.

—¡Estás hablando de los amados instructores de toda la humanidad!

Lark se encogió de hombros.

—Cierto o no, eso no cambia nada. Si los jophurs lo desean, pueden condenar a los rothens en las Cinco Galaxias. Las multas pueden ser calamitosas.

—¿Y qué hay de las Seis Razas? —replicó Rann—. Vosotros también sois criminales. Todos os enfrentáis al castigo... no sólo los humanos y los demás que viven aquí, sino el hogar de cada especie, en todas partes del espacio.

—Ah. —Lark asintió—. Pero nosotros ya lo sabíamos. Siempre hemos convivido con esa lúgubre perspectiva. La culpa mancha nuestra grata visión de la vida. —Sonrió irónicamente—. Pero me pregunto si un tío optimista como tú, que se considera parte de un destino grandioso, estará igualmente resignado a perder todo lo que ama y conoce.

La expresión del danik se oscureció.

—Rann —insistió Ling—, tenemos que hacer causa común.

Él la miró con cara de pocos amigos.

—¿Sin la aprobación de Ro-kenn?

—Se lo han llevado de aquí. Ni siquiera Lark sabe adonde. De todos modos, ahora estoy convencida de que debemos pensar qué es lo mejor para la humanidad, para la Tierra... al margen de los rothens.

—¡No puede haber una cosa sin la otra!

Ella se encogió de hombros.

—Pragmatismo, pues. Si ayudamos a estas gentes, quizá puedan hacer lo mismo por nosotros.

El danik resopló escépticamente. Pero al cabo de varios duras, tocó los losanjes de datos con el pie.

—Bien, siento curiosidad. Estos no pertenecen a la Biblioteca de la estación. Reconocería los signos cromáticos. ¿Ya has tratado de ganar acceso?

Ling asintió.

—Entonces quizá sea mejor que lo intente —dijo Rann.

Miró de nuevo a Lark.

—¿Sabes el riesgo que implica encender el lector?

Lark asintió. Lester Cambel se lo había explicado. Era probable que las señales digitales irradiadas por una unidad diminuta fueran enmascarados por los geiseres y microsismos que estallaban continuamente bajo los Linderos.

Pero, para mayor seguridad, cada colonia, desde los g'Keks y los glávvers hasta los urs y humanos, envió sus naves-furtivas al Sumidero.

No se conservó un solo ordenador. Nuestros antepasados debieron considerar que el peligro era muy real.

—No es preciso sermonear a un irruptor sobre el riesgo —respondió—. Nuestras vidas giran con los dados de Ifni. Sabemos que no podemos ganar. Sólo pretendemos postergar la derrota el mayor tiempo posible.

Jimi, uno de los benditos que vivían en el asilo de la redención, un joven jovial, casi tan corpulento como Rann pero mucho más amable, les llevó la comida. Jimi

también les llevó una nota del sabio Cambel.

La delegación había llegado al Valle de Asamblea, con la esperanza de establecer contacto con los invasores jophurs.

La nota manuscrita tenía una coda: ¿Algún avance?

Lark hizo una mueca. No sabía cómo definir un «avance» en este caso, aunque dudaba que lo hubiera. Ling ayudó a insertar las placas en el lector de Rann, devuelto con este propósito. Juntos, los daniks estudiaron un laberinto de símbolos relucientes.

Los libros anteriores a la Tabernáculo describían el mundo digital, un reino de incontables dimensiones, aptitudes y correlaciones donde cualquier simulación podía adquirir realidad palpable. Desde luego las meras descripciones no compensaban la falta de experiencia.

Pero yo no soy como un isleño legendario, desconcertado por el rifle y la brújula del capitán Cook. Tengo conceptos, matemática, una noción de lo que es posible.

Al menos, eso esperaba.

Luego se preocupó. ¿Y si los daniks estaban disimulando? ¿Fingiendo que tenían dificultades mientras ganaban tiempo?

No quedaban muchas opciones. Pronto Uthen moriría, y luego sus otros amigos quitinosos. Peor aún, nuevos rumores de la costa hablaban de problemas respiratorios entre los aldeanos hoons; una extraña dolencia afectaba sus sacos laríngeos.

Vamos, urgió en silencio. ¿Qué tiene de difícil usar un sofisticado índice informático para buscar algo?

Rann arrojó una placa de datos, lanzando maldiciones guturales en un idioma extraño.

—¿Está encriptado!

—Eso pensé —dijo Ling—. Pero creí que tú, como miembro del círculo áulico...

—Ni siquiera a nosotros nos dicen todo. Aun así, conozco las características de un código rothen, y esto es diferente. —Frunció el ceño—. Pero familiar, en cierto modo.

—¿Puedes descifrarlo? —preguntó Lark, mirando el laberinto de símbolos flotantes.

—No con este tosco lector. Necesitamos algo más grande. Un auténtico ordenador.

Ling se enderezó, mirando a Lark con ojos cómplices. Pero le dejó a él la decisión.

Lark resopló.

—Hrrrm. Creo que puede arreglarse.

Un grupo de milicianos se entrenaba bajo los árboles, con aire gallardo en su pintura de guerra. Había algunos qheuens, el equipo blindado de las fuerzas armadas jihoanas.

Siendo uno de los pocos jjoanos que había volado a bordo de la nave alienígena y visto sus herramientas, Lark sabía que la Batalla del Valle había sido un accidente, y por eso las lanzas, ballestas y rifles habían prevalecido sobre los dioses estelares. Ese accidente no se repetiría. Aun así, había motivos para continuar el adiestramiento. Mantiene ocupados a los voluntarios, e impide que renazcan viejas rivalidades.

No podemos permitirnos el lujo de la desunión.

Lester Cambel los recibió en una tienda, junto a un espumoso manantial.

—Corremos un riesgo al hacer esto —dijo el sabio mayor.

—¿Qué opción tenemos?

Lark leyó la respuesta en los ojos de Lester.

Podemos permitir que Uthen y muchos qheuens mueran, si es el precio para que otros vivan.

Lark odiaba ser un sabio. Detestaba el modo en que esperaban que pensara, teniendo en cuenta concesiones insatisfactorias.

Cambel suspiró.

—Vale la pena intentarlo. Dudo que el artefacto se encienda.

En una tosca mesa de madera, los asistentes humanos y urs de Cambel comparaban objetos relucientes con antiguas ilustraciones.

Rann miró asombrado los objetos, que habían llevado desde la costa de un lejano lago de ácido.

—Pero pensé que desechabais todos vuestros archivos digitales...

—En efecto. Nuestros ancestros lo hacían. Estos objetos son restos. Riquezas de los buyurs.

—Imposible. ¡Los buyurs se marcharon hace medio millón de años!

Lark contó una versión abreviada de la historia de la araña reductora loca y su obsesión de coleccionista. Una criatura hecha para destruir que se pasó milenios guardando tesoros en capullos de tiempo congelado.

Trabajando día y noche, los alquimistas traekis habían encontrado una fórmula para disolver las cápsulas de preservación, devolviendo el contenido al mundo real. Fue una suerte que estos expertos estuvieran en la zona, pensó Lark. Los fatigados traekis estaban a poca distancia, exhalando vapor amarillo por sus anillos de síntesis química.

Rann acarició un objeto recuperado, un trapezoide negro, evidentemente un primo más grande de su placa de datos portátil.

—Los cristales de potencia parecen negentrópicos e intactos. ¿Sabéis si todavía funciona?

Lark se encogió de hombros.

—¿Estás familiarizado con este objeto?

—La tecnología galáctica es bastante estándar, aunque los humanos en cuanto

tales no existían cuando se creó este objeto. Es un modelo de nivel más alto del que yo he usado pero...

El humano del cielo se sentó ante el antiguo artefacto, apretando sus protuberancias.

El dispositivo arrojó altos chorros de luz. El sabio supremo y su equipo retrocedieron alarmados. Las herreras urs resoplaron, retorciendo el largo pescuezo mientras los técnicos humanos agitaban las manos para ahuyentar el mal.

Aun entre los acólitos personales de Cambel —sus librescos «expertos»— nuestra sofisticación es tan superficial que se puede raspar con la uña.

—En general los buyurs hablaban galáctico tres —dijo Rann—. Pero el gal-dos es casi universal, así que lo probaremos primero.

Pasó a ese código sincopado, emitiendo chasquidos, estampidos y gruñidos tan rápidamente que Lark pronto se perdió, incapaz de seguir el arcano dialecto de las órdenes informáticas. El señor de las estrellas movía las manos entre imágenes flotantes. Ling se sumó al esfuerzo, cogiendo objetos simulados que no significaban nada para Lark, desechando los que consideraba irrelevantes, dando a Rann espacio para trabajar. Pronto la zona estuvo despejada salvo por un conjunto de dodecaedros flotantes con símbolos ondeantes.

—Los buyurs eran buenos programadores —comentó Rann en gal-seis—. Aunque su mayor pasión eran las manipulaciones biológicas, no eran rezagados en las artes digitales.

Lark miró a Lester, que había ido al otro extremo de la mesa para preparar una pila piramidal de piedras sensoras, una colina de ópalos relucientes. El nervioso sabio mantenía una cauta vigilia, alerta a cualquier chispa de advertencia.

Lark miró hacia el otro lado y vio que el lugar estaba desierto. Los milicianos se habían marchado.

Ninguna persona sensata se quedaría cerca mientras sucede esto.

Rann masculló una maldición.

—Esperaba que la máquina reconociera las particularidades de la encriptación, si es un código comercial estándar muy usado en las Cinco Galaxias. O puede haber caprichos específicos de alguna raza o alianza. El ordenador dice que no reconoce el criterio criptográfico usado en estas placas de memoria. Dice que la técnica de codificación es... innovadora.

Lark sabía que el término se consideraba levemente insultante entre los antiguos clanes estelares.

—¿Será un diseño desarrollado después que los buyurs se marcharon de Jijo?

Rann cabeceó.

—Medio millón de años es un largo rato, aun entre los galácticos.

—Tal vez sea terrícola —intervino Ling.

El corpulento danik la miró, asintió, pasó al ánglico.

—Eso podría explicar la vaga familiaridad. ¿Pero por qué un rothen usaría un código terrícola? Ya sabes lo que piensan de la tecnología lobezna. Especialmente todo lo producido por esos incrédulos terrágenos...

—Rann —interrumpió Ling con un susurro—. Quizás estas placas no pertenecieran a Ro-kenn ni a Ro-pol.

—¿A quién entonces? Niegas haberlas visto antes. Tampoco yo las vi. Eso deja... Parpadeó, luego asestó un puñetazo sobre la mesa.

—¡Debemos descifrar esta cosa! Ling, empecemos por dedicar toda la potencia de esta unidad al hallazgo de la clave.

Lark se adelantó.

—¿Estás seguro de que es prudente?

—¿Buscas una cura para la enfermedad de tus compañeros salvajes? Bien, la nave jophur se apoya en las ruinas de nuestra estación, y nuestra nave está cautiva. Quizás ésta sea nuestra única oportunidad.

Obviamente Rann tenía otro motivo para su repentino entusiasmo. Aun así, parecía que todos querían lo mismo. Por ahora.

Lester dio su autorización a regañadientes y volvió a vigilar las piedras sensoras.

Lo hacemos por ti, Uthen, pensó Lark.

Tuvo que retroceder varios pasos cuando el espacio que rodeaba el prehistórico ordenador se pobló de signos que chocaban como copos de nieve en una tormenta ártica. La máquina buyur aplicaba su potente intelecto digital a la resolución de un acertijo complejo.

Rann trabajaba, moviendo las manos sobre ese remolino, con una expresión de hirviente rabia. Esa rabia sólo podía tener un origen.

Traición.

Pasó un midura hasta que el viejo ordenador anunció resultados preliminares. Lester Cambel estaba agotado. La transpiración le empapaba la túnica, y respiraba entrecortadamente. Pero Lester no permitía que nadie lo reemplazara frente a las piedras sensoras.

—Se requiere largo entrenamiento para detectar los fulgores de advertencia —explicó—. En este momento, si distiendo la vista, puedo distinguir un fulgor tenue entre dos de las piedras de abajo.

Cuando Lark miró la frágil pirámide, vio la débil iridiscencia, semejante a la llama mortecina que lamía el borde de un sartén reductor cuando hervían a un traeki muerto, preparando los anillos grasientos para devolverlos al ciclo de Jijo.

Cambel continuó con la descripción, como si Lark no lo viera con sus propios ojos.

—Algún día, si hay tiempo, te enseñaremos a percibir la resonancia pasiva, Lark.

En este caso es suscitada por la nave jophur. Sus grandes motores están ociosos, a cuarenta leguas de aquí. Lamentablemente, aun eso crea suficiente ruido de fondo como para encubrir cualquier nueva perturbación.

—¿Cómo cuál?

—Como otro conjunto de repulsores gravíticos que se movieran hacia aquí.

Lark asintió sombríamente. Como una rica mercader urs con dos esposos en sus marsupios, las grandes naves estelares llevaban naves más pequeñas, frágiles y ágiles, que enviaban en misiones mortíferas.

Eso era lo que más preocupaba a Lester.

Lark pensó en volver para observar el trabajo de los dos daniks, que invocaban demonios informáticos en busca de una clave matemática. ¿Pero de qué serviría mirar lo insondable? Se agachó cerca de las piedras, sabiendo que cada destello era un eco de fuerzas titánicas, como las que alimentaban el sol.

Por un tiempo no vio más que una llama azulada y tenue. Pero luego empezó a notar otro ritmo, que concordaba con el parpadeo. La fuente palpitaba cerca de sus costillas, encima de su corazón.

Se metió una mano en la túnica y cogió su amuleto, el fragmento de Huevo Sagrado que pendía de una correa de cuero. Estaba pálido.

La cadencia pulsátil parecía crecer a cada dura, haciéndole vibrar dolorosamente el brazo.

¿Qué puede tener el Huevo en común con los motores de un crucero galáctico? ¿Salvo que ambos parecen empeñados en fastidiarme hasta el día de mi muerte?

Oyó que Rann soltaba un grito airado. El gran danik golpeó la mesa, haciendo temblar las frágiles piedras.

Cambel fue a ver qué había averiguado Rann. Pero Lark no podía seguirlo. Estaba paralizado por una rigidez que se difundía desde su puño y por su brazo. Le cruzaba el pecho, se extendía por sus piernas arqueadas.

Trató de hablar, pero no le salían las palabras. La parálisis lo despojaba de la voluntad de moverse.

Año tras año había luchado para lograr algo que resultaba fácil para algunos peregrinos, cuando los miembros de las Seis Razas buscaban la comunión con el don de Jijo, el Huevo, ese enigmático prodigio. Para algunos era una bendición: diseños orientadores, profundos y conmovedores. Un consuelo en el trance del exilio.

Pero nunca para Lark. Nunca para el pecador.

Hasta ahora.

Pero Lark, en vez de paz trascendente, saboreó un gusto amargo como metal derretido. Le vibraban los tímpanos, como si empujaran una enorme piedra por un tubo demasiado angosto. En medio de su confusión, las grietas de las piedras sensores evocaban el abismo que separaba los planetas. Las piedras eran lunas, rozándose con

pesada gracia.

Ante sus fascinados ojos, la sedosa llama generó una minúscula hinchazón, como un nuevo brote saliendo de un rosal. La protuberancia se movió, separándose, arrastrándose por la superficie, cruzando una brecha, elevándose.

Era sutil. Sin la sensibilidad nacida de su ataque, Lark no lo habría notado.

Algo se aproxima.

Pero sólo pudo reaccionar con un gorgoteo cataléptico.

Oyó más ruidos de furia, Rann exasperado por algún descubrimiento. Lester y los guardias milicianos se movían alrededor del airado danik. Nadie prestaba atención a Lark.

Buscó desesperadamente el lugar donde residía su voluntad. El centro de la volición. La parte que ordena al pie que se mueva, al ojo que gire, a la voz que articule palabras. Pero su alma parecía cautiva de esa incolora protuberancia de fuego y su movimiento.

Ahora que tenía su atención, el centelleo no lo soltaba.

¿Esta es tu intención? le preguntó al Huevo, a medias un rezo, a medias un reproche. ¿Me previenes sobre el peligro pero no me dejas lanzar una advertencia?

Pasó otro dura —o diez— mientras la chispa se desplazaba hacia la siguiente piedra. Con un blando crujido cruzó otra brecha. ¿Cuántas más debía atravesar antes de llegar a la cima? ¿Qué sombra surcaría los cielos cuando eso sucediera?

Una gran silueta se irguió ante los ojos de Lark. Una forma espectral y gigantesca, vasta y borrosa ante su mirada desenfocada.

El objeto le habló.

—¿Sabio Koolhan? ¿Te encuentras bien, señor?

Lark le pidió que se acercara con un gesto. Eso es, Jimi. Un poco más a la izquierda...

Súbitamente la llama desapareció, eclipsada por la cara redonda de Jimi el bendito, Jimi el simple, que tocó la frente sudada de Lark con expresión preocupada.

—¿Puedo traerte algo, sabio? ¿Un trago o agua, tal vez?

Liberado de la trampa hipnótica, Lark encontró al fin su voluntad, aguardando en el sitio de siempre.

—Eh...

Respiró aire rancio. Sintió dolor en el cuerpo encorvado, pero lo reprimió, usando toda su voluntad para articular dos sencillas palabras.

—Todos... fuera...

EWASX

Cumplen rápidamente sus promesas, ¿verdad, anillos Míos?

¿Veis cuan pronto los nativos accedieron a nuestras demandas?

Parecéis sorprendidos de que obraran tan rápidamente para aplacarnos, pero yo lo esperaba. ¿Qué otra decisión era posible, ahora que sus presuntos «sabios» comprenden cómo son las cosas?

Como vosotros, anillos menores, otras razas sólo cumplen la función de obedecer.

¿PREGUNTÁIS CÓMO SUCEDIÓ ESTO?

Sí, tenéis Mi permiso para acariciar antiguas gotas de cera, rastreando recuerdos recientes. Pero también lo narraré del modo oalie, más eficaz, para que podamos celebrar juntos una empresa bien concluida.

COMENZAMOS con la llegada de los emisarios, uno de cada tribu salvaje, entrando en este arrasado valle a pie y en ruedas, moviéndose como animales sobre las astillas que rodean a nuestra orgullosa Polkjhy.

Irguiéndose con valor bajo la curva de nuestro reluciente casco, se turnaron para gritar ante una escotilla abierta, pronunciando bonitos discursos en nombre de su rústica Comuna. Con asombrosa elocuencia, citaron párrafos pertinentes del derecho galáctico, aceptando en nombre de sus ancestros plena responsabilidad por su presencia en este mundo, y requiriendo cortésmente que nosotros explicáramos nuestro propósito al venir aquí.

Preguntaron si éramos inspectores y jueces oficiales del Instituto de Migraciones. De lo contrario, ¿con qué derecho violábamos la paz de este mundo?

¡Descaro! Entre los tripulantes del Polkjhy, contrarió ante todo a nuestra pila sacerdotal joven, pues ahora parecemos obligados a justificarnos ante bárbaros.

«¿Por qué no freímos a estos delegados como hicimos con los anteriores?»

He aquí la respuesta de nuestro grácil líder capitán:

«Poco nos cuesta arrojar vapor informativo hacia seres medio involucionados. Y no olvidéis que hay datos que buscamos, también. Recordad que las canallescadas entidades llamadas rothens ofrecieron vendernos valioso conocimiento, antes que piadosamente los traicionáramos. Tal vez podamos arrebatarse ese mismo conocimiento a los lugareños, a un precio mucho más pequeño, ahorrándonos el tiempo y el esfuerzo de una búsqueda».

Y la pila sacerdotal joven insistió en su argumento.

«¡Mirad los horrores! ¡Abominaciones! Se mezclan a la sombra de nuestra gran nave, formas urs junto con hoons, pobres y errados primos traekis junto a humanos lobeznos. Y para peor, hay entre ellos nada menos que g'Keks. ¿Qué se puede ganar hablando con estos promiscuos? ¡Destruidlos ya!».

AH, ANILLOS MÍOS, ¿no serían más simples las cosas para Yo/nosotros, si el

líder capitán hubiera cedido, aceptando el consejo del joven sacerdote? En cambio, nuestro insigne comandante consultó a la pila sacerdotal mayor.

Esa augusta entidad se irguió, una torre de cincuenta gloriosos toroides, y declaró:

«Yo/nosotros concedemos que es una tarea degradante, pero poco nos daña observar las formas y ritos apropiados. Dejemos la tarea a Ewasx. Que la pila Ewasx converse con estos salvajes involucionados. Que Ewasx averigüe lo que saben sobre las dos clases de presa que buscamos».

Y así se dispuso. La tarea se asignó a esa pila híbrida e improvisada. La obligación de ser un ruin agente. De parlamentar con semianimales.

De este modo, Yo/nosotros conocimos la baja estima en que nos tienen nuestros pares jophurs.

PERO ESO NO IMPORTA AHORA. ¿Recordáis cómo encaramos nuestra misión, con resuelto aplomo? Por placa gravitatoria, descendimos al bosque demolido donde aguardaban los seis emisarios.

Nuestro anillo asociativo reconoció a dos de ellos, Phwhoon-dau, acariciándose su blanca barba hoon, y Vubben, el más sabio de los g'Keks. Este par mostró al principio grata sorpresa, creyendo que enfrentaba a un camarada perdido, Asx.

Al comprender su error, los seis retrocedieron con exclamaciones de consternación. Sobre todo el traeki (¿nuestro/vuestro reemplazo entre los sabios supremos?), que parecía especialmente contrariado por nuestra transformación. ¡Ah, cómo temblaba esa pila de toroides aborígenes al percibir nuestra jophurización! ¿Su segmentada unión se desharía en el acto? Sin un anillo maestro que los uniera y guiara, ¿los anillos componentes rasgarían sus membranas y se irían a rastras, regresando a los hábitos primitivos de nuestros ancestros?

Al fin los seis representantes se recobraron y pudieron escuchar.

En términos sencillos, expliqué la misión de la Polkjhy en este mundo remoto.

NO SOMOS DEL INSTITUTO DE MIGRACIONES, Yo/nosotros explicamos, aunque invocamos una cláusula del derecho galáctico para obrar como alguaciles y arrestar a los incursores rothens. Se harán pocas preguntas cuando los sometamos a juicio a ellos, y a los colonos criminales.

¿A quién apelarán los salvajes?

PERO NO ES PRECISAMENTE NUESTRO OBJETIVO.

Esto añadí para tranquilizarlos. Hay villanos más peligrosos que un hato de renegados perdidos en un arrecife prohibido, buscando su redención de la única manera posible.

Nuestro objetivo principal es una nave perdida tripulada por delfines terrícolas. Una nave buscada por diez mil flotas en las Cinco Galaxias. Una nave que lleva secretos, y quizá la clave de una nueva era.

Dije a los emisarios que pagaríamos por los datos, si los lugareños nos ayudaban

a abreviar nuestra búsqueda.

(Sí, anillos Míos. El líder capitán también prometió pagarles a esos canallas rothens, cuando su nave se reunió con la nuestra en el espacio de salto, ofreciéndonos pistas vitales. Pero esos tontos impacientes revelaron demasiado en su avidez. Hicimos vagas promesas, enviándolos a buscar más pruebas, y los seguimos sigilosamente antes de cerrar un trato definitivo. Una vez que nos condujeron a este mundo, ¿qué otro propósito podían cumplir? En vez de pagarles, capturamos su nave.

(Es verdad, quizá tuvieran más datos para vender. Pero si la nave de los delfines se encuentra en este sistema, la encontraremos pronto.

(No, anillos Míos, nuestro núcleo de memoria no parece contener impresiones cerosas de una «nave de delfines». Pero quizás haya otros en Jijo que sepan algo. Tal vez conservaron datos de su sabio traeki. De cualquier modo, ¿podemos fiarnos de los recuerdos heredados de Asx, que astutamente derritió muchas gotas del núcleo? Es preciso interrogar a los delegados jijoanos, usando amenazas y recompensas.

Mientras los emisarios cavilaban sobre el asunto de la nave de los delfines, pasé a nuestro segundo requerimiento. ¡Nuestro objetivo de postergada justicia!

TAL VEZ ESTE REQUERIMIENTO ADICIONAL OS RESULTE DESAGRADABLE O DESLEAL, PERO NO TENÉIS OPCIÓN. DEBÉIS SOMETEROS A NUESTRA IMPLACABLE VOLUNTAD. EL SACRIFICIO QUE EXIGIMOS ES ESENCIAL. ¡NI PENSÉIS EN NEGAROS!

El sabio hoon gutureó estruendosamente, inflando su saco laríngeo.

—No entendemos a qué te refieres. ¿Qué debemos sacrificar?

Ante este obvio intento de distracción, repliqué desdeñosamente, cubriendo nuestros anillos superiores con ondeantes sombras enfáticas.

SABÉIS LO QUE DEBÉIS ENTREGARNOS. ESPERAMOS PRONTO UN ANTICIPO SIMBÓLICO. UN PAGO INICIAL PARA DEMOSTRARNOS QUE COMPRENDÉIS.

Con eso, ordené a nuestro anillo manipulador que extendiera sus tentáculos hacia el viejo g'Kek.

Vubben.

Esta vez demostraron comprensión en sus reacciones. Algunos ex anillos de Asx compartieron la revulsión de esos salvajes, pero los sometí con shocks eléctricos disciplinarios.

Los intimidados bárbaros retrocedieron, llevando consigo la palabra del cielo.

No esperábamos tener noticias de los asustados irruptores por un par de días. Entretanto, el líder capitán decidió enviar nuestra segunda corbeta para ayudar a reparar la otra unidad, varada cerca de una grieta de aguas profundas. (¡Un lugar donde quizá se oculte la perdida nave terrícola!).

Temíamos que los delfines hubieran abatido nuestra nave, y que la Polkjhy

debiera encargarse de esta tarea. Pero nuestra pila táctica calculó que la nave rothen había realizado un disparo afortunado. Parecía que era seguro enviar una nave pequeña.

Y cuando nuestra nave de reparaciones estaba por partir, recibimos una señal en estas montañas. ¿Quiénes podían ser sino los delegados jjoanos, respondiendo a Mis/nuestras exigencias?

La corbeta se desvió hacia el norte, hacia esta nueva emisión.

Y ved que aquí llega su informe. ¡Una colonia g'Kek —una ciudad enana de los demonios rodantes— oculta en el bosque!

Oh, la habríamos encontrado de todos modos. Apenas hemos comenzado a trazar nuestros mapas.

Aun así, este gesto es alentador. Muestra que los Seis (que pronto serán Cinco) poseen suficiente aptitud sapiente como para evaluar probabilidades, para percibir lo inevitable y reducir sus pérdidas.

¿Qué, anillos Míos? ¿Sorprendidos? ¿Esperabais mayor solidaridad en vuestra presunta Comuna? ¿Mayor lealtad?

Vivid y aprended, Mis antiguas bellezas. Esto es sólo el comienzo.

LARK

Las lágrimas cubrían las mejillas del viejo sabio humano mientras corría por el bosque.

—Es culpa mía... —murmuraba entre sus jadeos—. Todo culpa mía. Nunca debí permitirlo... tan cerca de los pobres g'Keks...

Lark oía el lamento de Cambel mientras se sumaban a una estampida de refugiados que bajaban por estrechos pasadizos entre colosales troncos de bu. Tuvo que ayudar a Lester cuando el viejo fue presa de la pesadumbre al recordar lo que habían presenciado pocos días atrás. Lark hizo una seña a un miliciano hoon que llevaba una enorme espada colgada de la espalda. El corpulento guerrero recogió a Lester en sus brazos, llevándolo a lugar seguro.

Para los que huían por el bosque de bu, esa palabra —seguro— ya nunca significaría lo mismo. Durante dos mil años, las almenas de la Meseta de Dooden habían protegido a la raza irruptora más antigua y más débil. Pero ninguna defensa podía oponerse al crucero que sobrevoló ese valle en cuanto Lark hizo su advertencia. Algunos refugiados —los que tenían coraje suficiente para mirar atrás— siempre recordarían la llegada de esa nave espantosa que aleteaba como un ave de presa sobre las gráciles rampas, hogares y talleres.

El ordenador buyur debía haberla atraído con su «resonancia digital».

Una vez encima de la montaña, los alienígenas no pudieron sino ver el asentamiento g'Kek.

—Estábamos demasiado cerca de los pobres g'Keks...

Impulsado por la necesidad de respuestas —y su vieja curiosidad por la cultura galáctica— Cambel había permitido que Ling y Rann usaran la máquina a toda potencia, descifrando los misteriosos registros. Fue como agitar una bandera sobre esa parte de los Linderos, llamando un viento maligno.

Algunos de los que corrían por el bosque parecían menos asustados. La enérgica Jeni Shen mantenía la disciplina entre sus milicianos, para que Rann y Ling no pudieran escabullirse entre los bu. Como si los daniks tuvieran otro sitio adonde ir. Parecían tan consternados como los demás.

A Lark aún le vibraban los oídos por los brillantes haces de la nave jophur, que había desgarrado el frágil toldo de tela, exponiendo la Meseta de Dooden a un sol cruel. Figuras rodantes escapaban en vano, como una colonia de termitas colmenares en un nido derrumbado.

Los haces cesaron, y algo aún más espantoso descendió de ese demonio volante.

Una aureola dorada, una lluvia de luz líquida.

A Lark le había fallado el coraje en ese punto, y también él se zambulló en el bosque, huyendo del desastre que había contribuido a crear.

No estás solo, Lester. Tienes compañía en el infierno.

DWER

Pies de Barro parecía más loco que nunca.

El frenético noor se agazapaba sobre una criatura indefensa que había atrapado cerca de la costa, aferrando su presa con ambas patas delanteras, amenazando a la bestia con sus filosos dientes. Pies de Barro no mostraba interés en las dos ennegrecidas naves caídas más allá de la duna.

¿Por qué iban a interesarle?, pensó Dwer. Los galácticos que lo vean sólo pensarán en otro animal de Jijo. Disfruta tu comida, Pies de Barro. ¡No tienes que refugiarte bajo la arena caliente!

El escondrijo de Dwer era sumamente incómodo. Sentía las piernas entumecidas y el polvillo le invadía todas las grietas del cuerpo. Su túnica, apoyada en dos flechas y cubierta de arena, le ofrecía un poco de sombra. Pero debía compartir ese angosto refugio con Rety. Para peor, había unos bichos parecidos a mosquitos que parecían considerar irresistible el aliento humano. Los insectoides subían por la cuesta hacia la improvisada cavidad donde Dwer y Rety asomaban la cara para respirar, e iban hacia sus bocas. Rety tosía, escupía y maldecía en su dialecto de los Cerros Grises, aunque Dwer le rogaba silencio.

No está adiestrada para esto, pensó, tratando de ser paciente.

Cuando él era aprendiz, Fallon lo dejaba en un coto de caza durante días, y luego regresaba sigilosamente para observarlo. Por cada sonido que emitía Dwer, Fallon añadía otro midura, hasta que Dwer aprendió el valor del silencio.

—Ojalá dejara de jugar con su comida —murmuró Rety, mirando a Pies de Barro—. O bien nos trajera un bocado.

El vientre de Dwer gruñó aprobatoriamente.

—Ni pienses en ello —dijo sin embargo—. Trata de dormir. Intentaremos escapar al caer la noche.

Por una vez, ella pareció dispuesta a seguir su consejo. A veces Rety mostraba su mejor aspecto en las peores situaciones.

Si esto sigue así, será una santa antes que todo haya terminado.

Miró a la izquierda, hacia el pantano. Las dos naves estaban a dos tiros de flecha. Los dos humanos serían blancos fáciles si se movían. Y no había ninguna garantía de que esto cambiara por la noche.

He oído decir que los dioses de las estrellas tienen lentes que detectan un cuerpo caliente moviéndose en la oscuridad, y otras lentes que rastrean metales y herramientas.

Escapar de allí quizá no fuera fácil, ni siquiera posible. Y no había muchas otras posibilidades. Entregarse a Kunn habría sido una cosa. Rety, adoptada por los daniks, podría haber convencido al piloto de perdonar la vida de Dwer.

Pero los recién llegados que habían derribado la nave exploradora... Dwer sentía un hormigueo al ver esas ahusadas pilas de roscas relucientes que inspeccionaban su nave averiada, acompañadas por robots volantes.

¿Por qué temerles? Parecen traekis, y los traekis son inofensivos, ¿verdad?

No cuando descienden del espacio, escupiendo rayos.

Dwer lamentó no haber escuchado más atentamente las ceremonias sagradas en su infancia, en vez de distraerse cuando leían los Rollos Sagrados. Esas criaturas anulares habían insertado algunos fragmentos, cuando llegaron sus naves-furtivas. Eran pasajes de advertencia. Al parecer, no todas las pilas de anillos grasientos eran amigables. ¿Cuál era el nombre que usaban? Dwer trató de recordar la palabra que describía a un traeki que no era traeki, pero no la encontró.

A veces deseaba parecerse más a sus hermanos, capaces de reflexiones profundas y poseedores de grandes conocimientos librescos.

Sin duda Lark o Sara aprovecharían mejor este tiempo de inactividad forzada. Sopesarían, evaluarían, formularían un plan.

Pero yo sólo puedo dormir, pensando en comida. Desear que hubiera un modo de rascarme.

Pero aún no estaba tan desesperado como para caminar hacia esa nave plateada con las manos en alto. De todos modos, los alienígenas y sus ayudantes aún estaban tratando de reparar el casco manchado de humo.

Mientras cabeceaba, presa del sueño, luchaba contra ese cosquilleo que sentía en la cabeza. La sensación se había intensificado desde que había llevado al robot danik a través del río, usando su cuerpo para conducir sus campos. Cada vez que terminaba un cruce, tenía una sensación de despertar, como si saliera de un pozo. El efecto crecía con cada cruce.

Al menos no tendré que hacer eso de nuevo. El robot ahora se ocultaba bajo una duna, inútil e impotente desde que habían abatido la nave de Kunn y capturado a su amo.

El sueño de Dwer era inquieto, turbado por una letanía de dolores, y luego por sueños perturbadores.

Siempre había soñado. Cuando era niño, Dwer se despertaba sobresaltado, gritando hasta despertar a toda la casa, desde Nelo y Melina hasta los chimpancés y criados, que acudían a tranquilizarlo. No recordaba claramente qué pesadillas lo aterraban tanto, pero Dwer aún tenía visiones oníricas de asombrosa vividez y claridad.

Pero no valía la pena gritar por ellas.

A menos que incluyas a Única-en-su-especie.

Recordó a la araña reductora del lago de ácido, que le habló en la mente un día fatídico, durante su primer viaje exploratorio en solitario, más allá de los Linderos.

La araña loca, diferente de las demás, que utilizaba toda clase de tretas para atraer a Dwer a su telaraña, para sumarlo a su «colección».

La misma araña que casi atrapó a Dwer esa espantosa noche en que Rety y su «pájaro» fueron apresados en ese laberinto de amargas lianas, antes que la telaraña estallara en un incendio mortal.

Imaginó cables vivientes, el cuerpo de la araña deslizándose por un enmarañado laberinto, aproximándose, preparando una trampa ineludible. De cada cuerda retorcida goteaban vapores cáusticos, o licores que lo aturdirían.

El refugio de arena parecía una nudosa espiral que cerraba su asfixiante y amante abrazo con dulce morbidez.

Nadie podría valorarte como yo, canturreó la paciente voz de Única-en-su-especie. Compartimos un destino, mi precioso, mi tesoro.

Dwer se sentía atrapado, más por la languidez del sueño que por la arena. Murmuró.

—Sólo estás... en... mi... imaginación...

Una risotada zumbona, y una voz meliflua.

Eso afirmabas siempre, aunque eludías cautamente mi captura. Hasta la noche en que casi te aprehendí.

—¡La noche en que moriste! —respondió Dwer, con un hilo de voz.

Es verdad. ¿Pero piensas francamente que ahí terminó todo? Mi especie es muy antigua. Yo había vivido medio millón de años, eliminando lentamente los duros restos de los buyurs. En todos esos milenios, pensando largos pensamientos, ¿no aprendería todo lo que hay que saber sobre la mortalidad?

Dwer comprendió. Esas veces en que había ayudado al robot danik a cruzar un arroyo, conduciendo sus campos palpitantes, lo habían cambiado por dentro. Lo habían sensibilizado. O bien lo habían enloquecido. De un modo u otro, explicaban este espantoso sueño.

Abrió los ojos, tratando de despertar, pero la fatiga lo envolvía como una mortaja y sólo pudo mirar el pantano entre pestañeos.

Hasta ahora siempre había mirado las dos naves, la más grande semejante a un cigarro plateado y la más pequeña semejante a una flecha de bronce. Pero ahora miraba el trasfondo. El pantano, no los lustrosos invasores.

Son sólo escoria, mi precioso. Ignora esos fugaces fragmentos de «materia fabricada», pasajeras fantasías de seres efímeros. El planeta los absorberá, con la paciente ayuda de mi especie.

Distraído por las naves, había pasado por alto las señales reveladoras. Un montículo cuadrangular cuya simetría estaba casi escondida por la tosca vegetación. Una serie de depresiones, como surcos llenos de algas, siempre a la misma distancia, una tras otra, perdiéndose a lo lejos.

Era un antiguo asentamiento buyur, desde luego. Tal vez un puerto o balneario, demolido tiempo atrás, con restos que el viento y la lluvia disolverían.

Ayudados por el amigo de un planeta herido, dijo la voz con renovado orgullo.

El que ayuda a borrar las cicatrices.

El que acelera el efecto del tiempo.

Más allá. Entre las sombras de sus propias pestañas, Dwer distinguió formas esbeltas entre las plantas del pantano, como hebras que rodearan las raíces y frondas, serpeando entre los bajíos fangosos. Largos contornos tubulares cuyo movimiento era lento como el de un glaciar. Pero podía seguir los cambios, con paciencia.

¡Ay cuanta paciencia habrías adquirido si tan sólo te hubieras unido a mí! Ahora seríamos uno con el tiempo, mi mascota, mi rareza.

No sólo sentía una creciente irritación contra esa voz fastidiosa, pues a fin de cuentas sabía que era imaginaria. También sentía una creciente comprensión que al fin le dio la voluntad para despertarse.

Apretó los párpados hasta lagrimear y vencer ese entumecimiento. Despejado, los abrió de nuevo y miró los sinuosos trazos. Eran reales.

—Es un pantano reductor —murmuró—. Y todavía vive.

—¿Y qué? —rezongó Rety—. Razón de más para salir de este lugar apestoso.

Pero Dwer sonrió. Despertando de su inquieta siesta, encontró que sus pensamientos viraban abruptamente, abandonando el punto de vista de la víctima, del temor de la víctima.

A lo lejos, el noor aún ladraba y gruñía mientras jugaba con su presa. El privilegio del carnívoro, según la ley de la naturaleza. Antes la conducta de Pies de Barro había irritado a Dwer. Pero ahora la tomaba como un presagio.

Todos sus problemas y heridas —y el mero sentido común— parecían exigir que huyera de ese lugar mortífero, llevándose a Rety a cualquier escondrijo que pudieran encontrar en un mundo fatal. Pero ahora surgía otra idea, clara como las aguas de la Grieta.

No escaparé, decidió. No sabría cómo. Un cazador. Eso era, por nacimiento y formación.

ALVIN

Allí estábamos, observando acontecimientos locales por el visor mágico de los phuvnthus, cuando el ojo de la cámara empezó a saltar y nos encontramos frente a las sonrientes fauces de un gigantesco noor.

Muy magnificado. Era lo que habría visto un ratón de pantano, su última visión antes de ser almuerzo.

Huphu reaccionó con un gran chillido. Me hundió las uñas en el hombro.

La voz giratoria de nuestro anfitrión parecía tan sorprendida como nosotros. Ese holograma rotativo se retorció como el pescuezo de una urs confundida, asintiendo como si consultara con alguien que no estaba a la vista. Detecté murmullos que podrían ser ánglico y gal-siete.

Cuando la voz habló de nuevo, oímos las palabras dos veces, la segunda vez demorada mientras regresaba por los diminutos sensores del robot. Hablaba en gal-seis con acento, y se dirigía al noor. Cuatro palabras, tan agudas que apenas las entendí.

—Hermano —urgió la voz—. Basta, por favor.

Y el noor obedeció, moviendo la cabeza para examinar el robot.

Los hoons usamos noors como ayudantes en nuestros barcos, y aprenden muchas palabras y órdenes sencillas. Pero eso sucede en la costa, donde les pagamos con golosinas y dulces gutureos. ¿Cómo sabía galáctico seis un noor que vivía al este de los Linderos?

La voz insistió, cambiando de modulación, casi en el límite de mi audición.

—Hermano, habla con nosotros, en nombre del Embaucador.

Huck y yo nos miramos asombrados. ¿Qué se proponía esa voz?

Evoqué un borroso recuerdo del momento en que nuestro desventurado Sueño de Wuphon se estrelló contra la nave ballena de los phuvnthus. Mis amigos y yo caímos en una cubierta de metal, y poco después me envolvió una bruma mientras monstruos de seis patas pisoteaban nuestros precarios instrumentos, agitando faroles, parloteando en un lenguaje saltarín que yo no entendía. Esos seres con armadura parecían crueles cuando destruyeron al pobre Ziz, el traeki de cinco pilas.

Parecieron volverse locos al ver a Huphu. Recuerdo que curvaron sus patas de metal para agacharse ante mi mascota, zumbando como si trataran de hacerle hablar.

Y aquí había más de lo mismo. ¿La voz esperaba persuadir a un noor salvaje de soltar al robot? Huck me guiñó dos ondulantes ojos g'Keks, un semáforo de divertido desprecio. Aunque fueran dioses estelares, nuestros anfitriones parecían tontos de capirote si esperaban la fácil cooperación de un noor.

Pero fuimos nosotros los sorprendidos —incluso Pinzón y Ur-ronn— cuando la figura de la pantalla chasqueó las mandíbulas en una mueca de concentración. Luego,

a través de los dientes apretados, llegó un chillido, una respuesta en la misma lengua informal.

—En nombre del Embaucador... ¿quién... demonios... sois?

Mi espalda dolorida crujió mientras yo me enderezaba, lanzando un gutureo de asombro. Huck suspiró y el visor de Pinzón pestañeó con más rapidez que el agitado holograma. Sólo Huphu parecía ausente. Se relamía con satisfacción, como si no hubiera oído una sola palabra.

—¿Pero qué creéis que estáis haciendo, Ifni os maldiga? —gimió Huck, agitando los cuatro ojos, demostrando más furia que temor.

Dos enormes phuvnthus de seis patas la escoltaban, llevándola por el borde de las ruedas. Los demás éramos más, aunque renuentes. Pinzón tuvo que ladear su caparazón quitinoso para pasar a través de algunas puertas, mientras un par de criaturas anfibias nos conducía de vuelta a la nave ballena que nos había llevado a ese reducto submarino. Ur-ronn trotaba detrás de Pinzón, agachando consternadamente el pescuezo.

Yo me arrastraba en muletas detrás de Huck, tratando de mantenerme lejos de la pata impulsora con que pateaba las paredes.

—¡Prometisteis explicar todo! —exclamaba—. ¡Dijisteis que podríamos hacer preguntas a la Biblioteca!

Ni los phuvnthus ni los anfibios respondieron, pero recordé lo que la voz giratoria había dicho antes de despedirse.

—Ya no se justifica que os mantengamos aquí en condiciones que os ponen en peligro. Es posible que bombardeen de vuelta este lugar, con mayor saña. Además, ahora sabéis más de lo que os conviene.

—¿Qué te parece? —había exclamado el perplejo Pinzón—. ¿Esos noors pueden hab-b-blar?

El holograma asintió.

—Entre otras cosas. No podemos reteneros aquí, ni enviaros a casa como pensábamos al principio, pues podría resultar desastroso para vosotros y vuestra familia. De ahí nuestra decisión de trasladaros a otro lugar. Un objetivo mencionado en vuestro diario, donde podréis estar satisfechos el tiempo necesario.

—¡Esperad! —exclamó Huck—. Apuesto que tú ni siquiera mandas. Quizá seas sólo un ordenador... una cosa. Quiero hablar con alguien más. Quiero ver al jefe.

Juro que el dibujo giratorio parecía tan sorprendido como divertido.

—Qué jóvenes astutos. Tuvimos que revisar muchos supuestos desde que os conocimos. Como estoy programado para encontrar grata la incongruencia, deseo agradecer la experiencia y desearos sinceramente mucha suerte.

Noté que la voz no había respondido la pregunta de Huck.

Un típico adulto, pensé. Sean padres hoons o ingenios alienígenas, todos son

iguales.

Huck se calmó una vez que salimos del pasillo curvo y regresamos al laberinto de pasajes que conducían a la nave ballena. Los phuvnthus la apoyaron en el suelo y ella echó a andar con el resto de nosotros. Mi amiga seguía haciendo comentarios sobre la fisiología phuvnthus, sus hábitos y sus antepasados, pero entendí que era pura farsa. Huck tenía esa mirada astuta, como si se hubiera salido con la suya.

Una vez a bordo de la nave, nos dieron otra habitación con ventana. A los phuvnthus no parecía molestarles que memorizáramos ciertas referencias. Al principio eso me preocupó.

¿Nos abandonarán en otra ruina, bajo otra pila de escoria, en algún barranco lejano del Sumidero? En ese caso, ¿quién vendría a buscarnos si los destruían?

La voz hablaba de enviarnos a un lugar «seguro». Que me acusen de raro, pero no me sentía seguro desde que habíamos dejado la tierra firme en Roca Terminal. ¿A qué se refería la voz al hablar de un sitio adonde ya «queríamos ir»?

La nave ballena se deslizó despacio por el túnel de salida, un pasaje construido con cascos de antiguas naves estelares, sostenido con varas y vigas improvisadas. Ur-ronn dijo que esto concordaba con lo que ya sabíamos. Los phuvnthus eran recién llegados en Jijo, quizá refugiados como nuestros ancestros, pero con una gran diferencia. Ellos esperaban marcharse.

Los envidié. No por el obvio peligro que los amenazaba, perseguidos por enemigos mortíferos, sino porque tenían esa opción. Irse. Volar a las estrellas, aunque ese camino condujera a una destrucción cierta. ¿Era ingenuo pensar que la libertad hacía que valiera la pena, que cambiaría mi lugar por el de ellos, si pudiera?

Tal vez ese pensamiento fue el germen de mi comprensión posterior. De pronto todo adquirió sentido. Recordad ese pensamiento.

Antes que la nave ballena saliera del túnel, vimos figuras en la oscuridad, donde largas sombras se alejaban de puntos móviles de luz intensa. El trémulo resplandor y la cerrada oscuridad dificultaban la visión, hasta que Pinzón identificó las siluetas.

Eran phuvnthus, las criaturas de seis patas cuyo andar parecía tan desmañado en el interior. Ahora, por primera vez, las veíamos en su elemento, nadando con las patas mecánicas plegadas o usándolas como brazos de trabajo. El ensanchamiento del extremo de su cuerpo ahora tenía sentido. Era una gran aleta que los impulsaba grácilmente por las oscuras aguas.

Ya habíamos pensado que quizá no fueran seres puramente mecánicos. Ur-ronn creía que el grueso caparazón de metal era un traje, y que las criaturas estaban dentro de cápsulas horizontales.

Los usan adentro porque sus cuerpos no tienen patas, pensé, sabiendo también que las vainas de acero protegían su identidad. ¿Pero por qué, si eran nadadores natos, seguían usando el traje en el exterior?

Entrevimos estallidos de hiriente resplandor. Soldaduras y cortes bajo el agua. Reparaciones, pensé. ¿Habían librado una batalla espacial antes de huir a Jijo? Mi mente se llenó de imágenes de esos vívidos libros de aventuras espaciales que el señor Heinz reprobaba, prefiriendo que los niños ampliáramos nuestro gusto con Keats y Basho.

Ansiaba aproximarme y ver las cicatrices del combate, pero el submarino entró en un conducto estrecho y perdimos de vista la nave phuvnthus.

Pronto nos internamos en la negrura del Sumidero. Un frío profundo pareció penetrar la ventana de vidrio, y retrocedimos. Apagaron los reflectores, y el mundo externo quedó vacío, salvo por el destello azul de alguna criatura marina que trataba de atraer a una pareja.

Me tendí en la cubierta de metal para dar reposo a mi espalda, sintiendo la vibración de los motores. Era como la canción gutural de un hoon estelar que no necesitara reposo. Llené mi saco laríngeo y me puse a guturear un contrapunto. Los hoons piensan mejor cuando hay una cadencia de fondo, un tono que sirva como eje de la reflexión.

Y yo tenía mucho en que pensar.

Mis amigos al fin se aburrieron de mirar esa lúgubre desolación.

Pronto estaban reunidos alrededor de la pequeña Huphu, nuestra mascota noor, tratando de hacerla hablar. Pinzón me pidió que me acercara y usara gutureos para inducirla a cooperar, pero me negué. Conozco a Huphu desde que era cachorro, y no puedo creer que se haya hecho la tonta desde entonces. De todos modos, había visto una diferencia en ese extraño noor de la playa, el que respondió a la voz giratoria en fluido gal-seis. Huphu nunca había tenido ese destello en los ojos.

Pero, mientras reflexionaba, tuve la certeza de que había visto antes esa mirada, en algunos noors que remoloneaban en los muelles de Wuphon o trabajaban en las velas de naves visitantes. Noors extraños, un poco más altaneros. Tan mudos como sus hermanos, parecían sin embargo más observadores. Más atentos. Más divertidos por la actividad de las Seis Razas.

Nunca había pensado mucho en ellos, pues todos los noors parecían un poco maliciosos. Pero ahora creía ver en qué se diferenciaban.

Aunque los noors suelen ser asociados con los hoons, no vinieron a Jijo con nosotros, como los chimpancés, los lorniks y los zookirs con los humanos, los qheuens y los g'Keks. Ya estaban aquí cuando llegamos y empezamos a construir nuestras gallardas balsas. Siempre entendimos que eran bestias nativas, naturales o quizás adaptadas, dejadas por los buyurs como una broma a costa de sus sucesores. Aunque lográbamos que realizaran tareas útiles, los hoons no nos engañábamos pensando que eran nuestros.

Al fin Huck desistió, mientras Pinzón y Ur-ronn continuaban tratando de

persuadir a nuestra aburrida mascota. Mi amiga g'Kek se acercó y se puso a descansar. Pero no me engañaba ni por un pidura.

—¿Qué estás tramando? —pregunté.

—¿Por qué? —respondió ella, fingiendo inocencia.

—Hrrrm. ¿Qué me dices de ese falso modo de patear en el pasillo, un berrinche como los que tenías cuando usabas patas, hasta que llegaron los nuestros? Cuando abandonamos el corredor te quedaste tranquila, con aire de haber robado las joyas de la corona ante las mismísimas narices de Richelieu.

Huck hizo una mueca, contrajo los tallos oculares. Luego rió.

—Pues me has pillado, D'Artagnan. Mira. Echa un vistazo.

Me incorporé con esfuerzo mientras Huck se acercaba más. La emoción le hacía temblar las ruedas.

—Usé las patas impulsoras. Seguí pateando la pared hasta que logré apoderarme de una de éstas.

Extendió el brazo tentacular. Sostenía una angosta franja rectangular de algo que parecía papel grueso. Extendí la mano.

—Cuidado. Es pegajosa de un lado. Creo que un libro la llamaba cinta adhesiva. Se arrugó un poco cuando la desprendí de la pared. Tuve que arrancar algunos fragmentos pegajosos. Me temo que no queda mucho texto impreso, pero si miras atentamente...

La examiné. Uno de aquellos adhesivos que habíamos visto en las paredes, siempre a la misma altura, a la izquierda de cada puerta del pasillo, sin duda cubriendo etiquetas en algún idioma desconocido.

—Por casualidad no estarías mirando cuando la arranqué, ¿verdad? —preguntó Huck—. ¿No viste lo que decía debajo?

—Hrrrm. Ojalá. Pero estaba demasiado ocupado evitando tus patadas.

—Bien, no importa. Mira atentamente esta punta. ¿Qué ves?

Yo no tenía la mirada aguda de Huck, pero los hoons tienen buenos ojos. Miré lo que parecía un trazo circular con un hueco y un corte abrupto a la derecha.

—¿Es un símbolo?

—Correcto. Ahora dime... ¿En qué alfabeto?

Me concentré. Los círculos eran ingredientes básicos en la mayoría de los códigos galácticos. Pero esta forma parecía única.

—Te daré mi primera impresión, aunque quizá sea incorrecta.

—Adelante.

—Hrrrm. Parece una letra ánglica. Una G, para mayor precisión.

Huck suspiró con excitación, agitando los cuatro tallos oculares, como meciéndose en la brisa.

—Coincidimos.

Nos reunimos alrededor de la ventana cuando el casco empezó a crujir, indicando un rápido cambio de presión. Pronto el mundo externo se volvió más brillante y supimos que el submarino se aproximaba a un atracadero. La luz del sol iluminaba aguas poco profundas. Todos estábamos un poco mareados, supongo que por el cambio en la densidad del aire. Pinzón soltaba gritos susurrantes, alegrándose de regresar a un mundo familiar, aunque le faltaran las comodidades de su clan. Láminas de agua resbalaron por la ventana y pronto vimos nuestro destino.

Obeliscos inclinados y esqueletos de hormigón, dispuestos en grandes cúmulos a lo largo de la costa.

Huck suspiró con entusiasmo.

Ruinas buyurs, comprendí. Estos deben ser los chaparrales del sur de la Grieta, donde dejaron algunas ciudades para que el oleaje y el viento las destruyeran.

La voz leyó mi diario y supo de nuestro interés en venir aquí. Si debían ponernos en cuarentena, éste era el lugar ideal.

Ese apiñamiento de antiguas ciudades había sido el objetivo especial de Huck, antes que abordáramos el Sueño de Wuphon. Ahora brincaba sobre sus ruedas, ansiosa de llegar a la costa y leer las inscripciones que supuestamente abundaban en las paredes de ese lugar. Había olvidado sus quejas sobre las incumplidas promesas de los phuvnthus. Éste era un sueño más viejo.

Entró uno de los anfibios de seis patas, indicándonos que nos moviéramos deprisa. Sin duda los phuvnthus ansiaban llevarnos a la costa antes que sus enemigos nos localizaran. Huck siguió a Pinzón. Ur-ronn me miró de soslayo, moviendo la cabeza y el pescuezo en un gesto urs de indiferencia. Al menos abandonaría esa agua y humedad.

La comarca que veíamos lucía agradablemente seca.

Pero no sería así.

Esta vez fui yo quien se rebeló.

—¡No! —gutureé con fuerza, clavando los pies—. No pienso moverme.

Mis amigos me miraron sorprendidos. Debieron ver esa terquedad hoon en mi posición mientras yo aferraba las muletas. El anfibio lanzó un gorjeo de consternación.

—Olvidadlo —insistí—. ¡No bajaremos!

—Alvin, todo est-tá b-bien —murmuró Pinzón—. Prometieron dejarnos mucha comida, y puedo cazar en la costa...

Sacudí la cabeza.

—No nos dejarán así, exilándonos en nombre de nuestra maldita seguridad, como un grupo de niños indefensos. Lejos de donde suceden las cosas. ¡Cosas importantes!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Huck, regresando a la cabina, mientras el anfibio agitaba en vano los cuatro brazos. Al fin, entró un par de phuvnthus grandes

con traje de metal, sus largos cuerpos horizontales suspendidos entre seis patas de acero. Pero me negué a dejarme intimidar. Señalé al más próximo, con su par de enormes, negros y vidriosos ojos a los costados de la ahusada cabeza.

—Llamad a la voz giratoria y decídselo. Decidle que podemos ayudar. Si nos echáis, dejarnos en la costa no servirá de nada. No nos callaremos, porque encontraremos el modo de volver a casa a toda prisa. Nos dirigiremos a la Grieta y enviaremos señales a los amigos del otro lado. Les contaremos la verdad sobre vosotros.

—¿Qué verdad, Alvin? —murmuró Ur-ronn.

Acompañé mis palabras con un gutureo profundo.

—Que sabemos quiénes son estos tíos.

SARA

En el refugio de un clan de jinetes uno esperaba ver lazos, riendas y mantas colgadas de las paredes. Tal vez un par de guitarras. Pero parecía extraño encontrar un piano en Xi.

Un instrumento muy semejante al que tenía en su casa de Villa Dolo, donde Melina leía a sus hijos durante horas, eligiendo libros oscuros que nadie sacaba del Archivo de Biblos, con páginas arrugadas que despedían el aroma de la Gran Edición de doscientos años antes. Sobre todo los libros de música escrita que Melina tocaba en el precioso piano que Nelo le había fabricado, como parte del precio del matrimonio.

Ahora, en el gran salón de las illias, Sara tocó las teclas negras y blancas, acariciando las finas marcas de expertas talladoras qheuens, imaginando la infancia de su madre en ese reino de caballos y espejismos desconcertantes. Abandonar Xi debía haber sido como viajar a otro planeta. ¿Sentía alivio al abandonar un encierro claustrofóbico, al atravesar el túnel buyur en busca de una nueva vida en el nevado norte? ¿Melina añoraba esos valles ocultos, la emoción visceral de la cabalgata, la pureza bucólica de una vida donde los hombres no imponían sus restricciones?

¿Echaba de menos los colores que teñían cada sueño y pesadilla y formaban un paisaje secreto bajo la luz del día?

¿Quién te enseñó a tocar el piano, madre, sentada junto a ti en este banco, tal como tú solías sentarte junto a mí, tratando de ocultar tu decepción con mis torpes dedos?

Había una hoja pentagramada sobre la bruñida superficie del piano. Sara la miró, recordando antiguas composiciones que cautivaban a su madre durante muchos días, haciendo que Sara sintiera celos de esos puntos en la página. Puntos que Melina transformaba en gloriosas armonías.

Más tarde Sara comprendió cuán mágicas eran esas melodías. Pues se podían repetir. En cierto sentido, la música escrita era inmortal. Nunca moría.

El típico conjunto jijoano —un sexteto que incluía a miembros de cada raza irruptora— tocaba espontáneamente. Una composición nunca era igual en cada representación. Ese rasgo era atractivo para los qheuens azules y los hoons, quienes, según la leyenda, no tenían libertad para innovar en la ordenada sociedad galáctica. Expresaban asombro cuando los músicos humanos sugerían grabar una pieza de éxito en cera traeki, o escribirla.

¿Para qué?, preguntaban. Cada momento merece su propia canción.

Un modo jijoano de encarar las cosas, reconocía Sara.

Apoyó las manos en el teclado y ejercitó algunas escalas. Aunque le faltaba práctica, ese ejercicio era como un viejo amigo. Con razón Emerson también

encontraba confortación en melodías que evocaban días más felices.

Pero sintió una inquietud al tocar algunas piezas sencillas, comenzando con Para Elisa.

Según los textos de antropología de Biblos, la mayoría de las antiguas culturas de la Tierra tocaban música espontáneamente, como el sexteto jijoano. Pero poco antes de realizar sus viajes al espacio, los humanos también descubrieron las formas escritas.

Buscábamos orden y memoria. Debía parecer un refugio frente al caos que llenaba nuestras oscuras vidas.

Pero eso fue tiempo atrás, cuando la matemática también iniciaba la gran era de descubrimiento en la Tierra. ¿Hay algo en común? ¿Es por la misma razón que Melina amaba este instrumento? ¿Porque brinda un elemento previsible en el caos de la vida?

Una sombra rápida cruzó la pared. La alarmada Sara se encontró con los ojos castaños de Foruni, la anciana dirigente del clan de amazonas.

—Lamento molestarte, querida. —La canosa matriarca le indicó que volviera a sentarse—. Pero al mirarte, casi creí que Melina había regresado y volvía a tocar con la misma intensidad de antes.

—Me temo que no me parezco mucho a mi madre. Y tampoco toco como ella.

La anciana sonrió.

—Un buen progenitor quiere que su hijo sobresalga, que haga lo que él no podía hacer. Pero un progenitor sabio deja que su hijo escoja en qué desea sobresalir. Tú escogiste reinos de pensamiento profundo. Sé que ella estaba orgullosa.

Sara agradeció el cumplido con un cabeceo, pero los aforismos no la consolaban demasiado. Si yo hubiera podido elegir, ¿no crees que sería bella como Melina? Una mujer morena y misteriosa, que asombraba a las gentes con su grácil talento.

La matemática me escogió a mí. Se adueñó de mí con frías infinitudes y atisbos de verdad universal. ¿Pero a quién conmuevo con mis ecuaciones? ¿Quién mira mi silueta con deleite?

Melina murió joven, pero rodeada por quienes la amaban. ¿Quién llorará por mí cuando me vaya?

La dirigente illias debió interpretar mal ese gesto.

—¿Mis palabras te perturban? —preguntó—. ¿Hablo como una hereje al creer que las generaciones pueden mejorar? ¿Parece una creencia extraña en una tribu secreta que se oculta incluso de una civilización de exilados?

A Sara le costaba responder.

¿Por qué los hijos de Melina son tan raros entre los jijoanos? Aunque la herejía de Lark parece contraria a la mía, compartimos un rasgo... rechazamos la Senda de la Redención.

El libro que nos leía mamá hablaba a menudo de una esperanza nacida de un acto de rebelión.

—Tú y tus amigas urs rescatasteis caballos —respondió a la dirigente illias—, cuando parecían condenados. Vuestra alianza se anticipó a la de Drake y Ur-Kachoen. Sois una sociedad de mujeres que escogéis a vuestros varones entre los mejores que Jijo puede ofrecer. Viviendo en majestuoso aislamiento, veis lo mejor de la humanidad... y rara vez su lado más perverso. No, no me sorprende que las illias sean optimistas de corazón.

Foruni asintió.

—Me han dicho que tú, en tus investigaciones sobre teoría del lenguaje, has llegado a conclusiones similares.

Sara se encogió de hombros.

—No soy personalmente optimista. Pero por un tiempo creí ver un patrón en la evolución de los dialectos de Jijo, y en la nueva actividad literaria de la Cuesta. Claro que ya no importa, ahora que han venido alienígenas para...

—No crees que estemos destinados a ser como glávvers —interrumpió la anciana—, y ganar nuestra segunda oportunidad a través del olvido.

—¿Te refieres a lo que pudo haber ocurrido si no hubieran llegado estas naves estelares? He discutido con Dedinger por esta causa. Si hubieran dejado Jijo en paz, existía la posibilidad de...

Sara sacudió la cabeza y cambió de tema.

—Hablando de Dedinger, ¿has logrado encontrarlo?

Foruni hizo una mueca.

—Ha pasado un tiempo desde que escapó del corral donde estaba encerrado. Nunca creímos que fuera tan habilidoso, que supiera ensillar y robar un caballo.

—Tuvo tiempo de aprender mediante la observación.

—Veo que fuimos ingenuas. Hace tiempo que no tenemos prisioneros en Xi. Lamentablemente, las huellas no conducen al túnel, donde podríamos haberlo atrapado en la oscuridad. En cambio, ese engendro de un lagarto se internó en el Flujo Espectral.

Sara trató de imaginarse a un hombre solo a caballo, cruzando ese vasto desierto de piedra venenosa y luz cortante.

—¿Crees que puede lograrlo?

—¿Quieres decir si lograremos atraparlo antes que muera allí? —esta vez fue Foruni quien se encogió de hombros—. Fallon no está tan ágil como antes, pero partió hace un tiempo con algunas de nuestras mejores jinetes. Pronto atraparemos al fanático, y lo vigilarémos con mayor atención...

Foruni se interrumpió, mirándose la mano. Un insecto le olfateaba una vena. Sara reconoció a un mosquito, un chupasangre irritante y conocido en toda la Cuesta. Eran

lentos y fáciles de aplastar, pero por alguna razón Foruni se contuvo. Dejó que el pequeño vampiro insertara un tubo delgado y se alimentara. Cuando terminó, ejecutó una danza espasmódica.

Sara miró fascinada. Los mosquitos rara vez sobrevivían a estas incursiones.

Ven conmigo, parecía decir con cada vaivén del diminuto abdomen. Ven conmigo ahora.

Entendió que debía ser otro vestigio buyur. Un mensajero servicial, si uno sabía usarlo.

Foruni suspiró.

—Ah, querida prima, es tiempo de que partas. Tú, Kurt y los otros debéis llegar deprisa adonde más os necesitan.

¿Necesitan?, se preguntó Sara. En tiempos como éstos, ¿quién puede necesitar a una persona como yo?

Reanudaron el viaje al sur, esta vez a caballo. Usaron el antiguo túnel buyur durante largos tramos, donde el fracasado deconstructor había dejado inconclusa su tarea de demolición. Pero pronto aparecieron fisuras, como en la vaina larval de un qheuen recién desarrollado, que mostraban cavidades polvorientas o fosos llenos de agua. Cabalgaban cada vez más al descampado, bañados en la marea cromática del Flujo Espectral. Las illias le dieron una manta con capucha. Aun así, era como si los colores masajearan esas prendas reflectantes, buscando una brecha para penetrarlas.

Kurt y Jomah cabalgaban adelante con Kepha, la guía. El anciano demoledor se encorbaba en la silla como si eso los ayudara a llegar más pronto. Luego seguía Prity, montada en un asno más adecuado para su cuerpo menudo.

Emerson parecía extrañamente calmo, aunque por momentos sonreía a Sara. Usaba el *rewq* constantemente, aunque por sus movimientos Sara dedujo que el simbiote hacía algo más que atenuar los colores. Debía estar traduciéndolos, en cierto modo. A veces el hombre de las estrellas gruñía, poniéndose tieso en la silla, y Sara no sabía si era de dolor, sorpresa o exaltación.

A la retaguardia iba Ulgor, la traidora urs que los había vendido a las Urunthai. Sabiamente, no había intentado escapar por la llanura venenosa con su ex aliado, Dedinger. Ulgor trotaba custodiada por dos urs de la colonia Xi, meciendo la cabeza con avidez mientras el grupo se aproximaba al Monte Guenn. Las urs fruncían los belfos al oler humo y roca derretida, un sabor amargo que se intensificaba a medida que el volcán crecía en el cielo meridional.

¿También podrían oler la gran forja de Uriel la herrera?

Sara se sentía asombrosamente bien. Ahora la silla de montar era una herramienta que su cuerpo dominaba. Cuando el camino era empinado y todos se apeaban para guiar sus caballos, tenía menos problemas de los que había esperado en el sendero pedregoso. En vez de temblar, sus piernas le enviaban oleadas de confortante calidez.

Conque una matemática ermitaña puede conservar el buen estado, a fin de cuentas. ¿O es la privación de oxígeno, a medida que ascendemos? Tal vez esta euforia sea un síntoma inicial de mal de altura.

Trepaban una de las muchas colinas del pie del volcán cuando de pronto las tres urs se lanzaron hacia delante, jadeando de emoción y levantando nubes de polvo de piedra pómez, olvidando su función mientras se esforzaban por llegar al próximo sitio alto. Allí se plantaron, perfiladas contra el cielo, meciendo las largas cabezas.

Los humanos tardaron un rato en alcanzarlas. Al principio, agotada por el ascenso, Sara sólo pudo descansar con las manos sobre las rodillas. Al fin ella y Emerson se reunieron con las urs ante una de las majestuosas cavidades que abundaban en el inmenso volcán, que seguía elevándose varias leguas hacia el sureste.

Pero este lugar fascinaba a las urs. Densas fumarolas surgían de los orificios que bordeaban el escabroso círculo. Sara se quitó cautamente las gafas de sol y descubrió que los colores del Flujo Espectral casi habían desaparecido. El basalto era más tosco, menos parecido a una gema. Habían entrado en otra región.

—Aquí se encontraba la primera forja —anunció Ulgor, la voz transida de emoción. Movi6 el hocico a la derecha, y Sara distinguió un amontonamiento de bloques de piedra, demasiado toscas para ser obra de los buyurs, y sin duda abandonadas. Estos refugios habían sido tallados a mano por las primeras herreras urs, las que se atrevieron a dejar los rebaños y las llanuras, buscar el secreto del calor de la lava con la esperanza de averiguar por su cuenta, sin ayuda de los rollos de la Biblioteca Galáctica, cómo forjar bronce y acero. En sus tiempos, las reinas grises se habían opuesto a ese proyecto, describiéndolo como un sacrilegio, tan transgresor como la Gran Edición de los humanos.

Con el tiempo, lo que había sido una profanación se convirtió en tradición. Se zanjaron cuestiones relacionadas con el reciclaje de escoria, y las herreras urs formaron parte de la vida irruptora.

—Habrán encontrado mejores condiciones en lo alto —dijo Jomah, pues la senda continuaba su ascenso.

Una guardia urs asintió.

—Fero fue aquí donde las frimeras exfloradoras urs descubrieron el camino secreto del Flujo Espectral. El secreto de Xi.

Sara cabeceó. Eso explicaba por qué un grupo rivalizaba con otro —las poderosas Urunthai— en el plan para lograr la extinción de los caballos cuando la humanidad acababa de llegar a Jijo. Las herreras de aquellos tiempos se interesaban poco en los juegos de poder de las altas tías de las llanuras. No les importaba cómo olieran los terrícolas, ni qué bestias montaran, sólo que poseían un tesoro.

Los libros de los terrícolas. Contienen secretos de metalurgia. Teníamos que

compartirlos o quedar atrás.

Así que el reducto secreto de Xi no era una medida puramente idealista. Se había pagado un precio. Los humanos debían ser los más hábiles ingenieros de Jijo, pero quedamos excluidos de la herrería, y ahora sé por qué.

A pesar de haberse criado entre ellas, la variedad de las urs fascinaba a Sara. Su gama de personalidades y motivos —desde fanáticas hasta herreras pragmáticas— era tan amplia como la que existía entre los seres humanos. Otra razón por la cual los estereotipos no sólo son malignos, sino imbéciles.

Kepha lanzó un sonido gutural, y Kurt asintió con entusiasmo.

Aún les quedaba un largo tramo para escalar.

Poco después que reanudaron la marcha, la senda siguió un risco que ofrecía vistas espectaculares. Todo el Flujo Espectral se extendía a la izquierda, una comarca fantasmagórica, aunque la distancia y las gafas desdibujaran su resplandor. El laberinto de barrancos moteados se extendía hasta una estría de blancura deslumbrante, el Llano de Arena Áspera. El hogar de Dedinger, donde el aspirante a profeta estaba forjando una nación de celotes con toscas gentes del desierto.

Gentes que se consideraban la vanguardia de la humanidad en la Senda de la Redención.

En dirección contraria, al sudoeste, a través de claros en la accidentada montaña, Sara vio otra maravilla. El vasto mar donde se realizaba la renovación de la vida en Jijo. Adonde habían ido las cenizas de Melina después de la reducción. Y las de Joshu. Donde el planeta borraba el pecado al absorber y derretir todo aquello que le enviaba el universo.

La Cuesta es tan estrecha, y Jijo es tan grande. ¿Los dioses de las estrellas nos juzgarán tan duramente por vivir apaciblemente en un rincón de un mundo prohibido?

Siempre había esperanzas de que los alienígenas terminaran sus asuntos y se marcharan, dejando que las Seis Razas continuaran por la senda que el destino les había trazado.

Sí, concluyó. Pero esas esperanzas son ilusorias.

El viaje continuó, más a pie que a caballo, y la vista se volvió más espectacular mientras avanzaban hacia el este, donde se veían los Linderos meridionales. Una vez más Sara notó inquietud entre las urs. En ciertos lugares el suelo despedía vapores húmedos que alarmaban a los caballos.

Vio un destello rojo a cierta distancia, una meandrosa corriente de lava que fluía cuesta abajo a varios tiros de flecha.

Tal vez fuera la fatiga, el aire enrarecido o el terreno escarpado, pero al apartar los ojos de esa senda resplandeciente, escrutó las montañas y sorprendió un relámpago de luz. Sensibilizada por su permanencia en Xi, se alarmó al ver ese áspero destello.

¿Qué es eso?

El relámpago se repitió irregularmente, como si la lejana cumbre le hablara.

Entonces Sara detectó otro movimiento.

Eso debe ser una ilusión, pensó. Tiene que serlo... ¡Pero está tan lejos del Flujo Espectral!

Podía jurar que había visto las anchas alas de un ave titánica o un dragón, deslizándose entre...

No estaba mirando el camino. Una piedra giró inesperadamente y Sara trastabilló. Inclinandose hacia el lado contrario, se ladeó excesivamente y perdió el equilibrio.

Cayó con un grito.

El áspero sendero recibió gran parte del impacto inicial, pero luego Sara rodó sobre el borde, cayendo por un pedregal y entre copos de basalto. A pesar de sus resistentes prendas de cuero, sintió punzadas de dolor mientras se cubría desesperadamente la cara y la cabeza.

Un gemido acompañó su caída. En un aterrado aturdimiento, Sara comprendió que no era ella quien gemía, sino la desesperada Prity.

—¡Sara! —gritó alguien. Oyó pasos lejanos.

En medio de su caída, entre un golpe y otro, vislumbró algo a través de sus dedos ensangrentados, un riacho que serpeaba en medio del paisaje torturado. Una corriente líquida, tórrida y viscosa que se desplazaba lánguidamente. Tenía el mismo color de su sangre, y se acercaba deprisa.

NELO

Ariana Foo pasó el viaje de regreso estudiando los dibujos de la diminuta cápsula espacial donde el forastero había viajado a Jijo. Entretanto, Nelo se irritaba con esta tonta distracción. Sus obreros sin duda se habrían retrasado en el trabajo. Cualquier contratiempo daría a esos holgasanes una excusa para remolonear como hoons a la hora de la siesta.

El comercio había menguado durante la crisis, y su almacén estaba lleno, pero Nelo estaba resuelto a seguir produciendo papel. ¿Qué sería Villa Dolo sin el crujiente molino, el golpeteo del martillo triturador, el dulce aroma de las hojas frescas que se secaban al sol?

Mientras el timonel gutureaba jovialmente, manteniendo un ritmo constante para la tripulación que impulsaba la embarcación, Nelo extendió una mano, temiendo la lluvia. Antes habían caído unas gotas, y un trueno perturbador había sonado hacia el sur.

El pantano fue desapareciendo a medida que los riachos confluían nuevamente en un único río. Pronto los jóvenes empuñarían los remos y se internarían en el manso lago de la Represa de Dolo.

El gutureo del timonel se convirtió en gemido. Varios tripulantes se inclinaron hacia el agua. Un joven gritó cuando las aguas le arrebataron la pértiga. Parece un poco caudaloso, pensó Nelo, mientras las últimas plantas del pantano quedaban atrás y los árboles se sucedían rápidamente.

—¡Todos a los remos! —gritó la joven hoon que estaba al mando.

Sus vértebras, aún frescas, se encresparon con alarma.

—¡Sujetadlos!

Ariana miró inquisitivamente a Nelo. Él respondió con un gesto de indiferencia.

El bote tembló, recordándole las cataratas que había varias leguas río abajo, más allá de Villa Tarek, un obstáculo al que se había enfrentado una sola vez, cuando acompañaba el tonel de escoria de su esposa hasta el mar.

¡Pero aquí no hay rápidos! ¡Desaparecieron cuando se llenó el lago, hace siglos!

El bote viró, tumbándolo en la sentina. Con las manos irritadas, Nelo se incorporó para sentarse junto a Ariana. La ex sabia aferraba su banco, con sus preciosos dibujos guardados dentro de la chaqueta.

—¡Aguantad! —gritó la joven comandante. El aturdido Nelo aferró la plancha mientras se internaban en una extraña región. Una región que no debía existir.

Eso pensaba Nelo una y otra vez, mientras bajaban por un estrecho canal. En ambos lados se veía la costa normal, donde cesaban los árboles y aparecían plantas acuáticas. Pero la nave parecía estar debajo de ese nivel, y bajaba rápidamente.

La espuma lamía la borda, empapando a pasajeros y tripulantes. Éstos remaban

furiosamente, siguiendo las roncadas órdenes de la teniente hoon. Aunque no tenía el resonante saco laríngeo de un macho, lograba expresar sus deseos.

—Atrás y a la izquierda... ¡Atrás y a la izquierda, marinos andrajosos mordidos por noors! Derecho... ¡Ahora adelante! ¡Con todas vuestras fuerzas, flojos quejosos! ¡Remad para salvar el pellejo!

Se aproximaron a paredes gemelas de piedra que amenazaban con aplastar el bote por ambos flancos. Cubiertas de aceitosas algas, se erguían como un yunque y un martillo mientras los tripulantes remaban frenéticamente hacia la angosta ranura del medio, aureolada de espuma blanca. Detrás había un misterio que Nelo rogaba llegar a ver.

Hoons, qheuens y humanos gritaron con desesperación cuando el bote rozó una roca con un estruendo vibrante, pero el casco sobrevivió a la zambullida por ese embudo.

Ya deberíamos estar en el lago, pensó Nelo, apretando los dientes. ¿Adonde se fue el lago?

Cayeron como una jabalina en una cascada donde las agitadas aguas lamían piedras diseminadas, virando súbitamente mientras aparecían y desaparecían nuevas barreras. Era una carrera de obstáculos que pondría a prueba al mejor piloto, pero Nelo no tenía ojos para la continua lucha, que sólo decidiría si él vivía o moría. Fijaba los ojos más allá del lodazal que había sido el fondo del lago, en cuyo centro se despeñaba el desbordado río Roney. Un río que ahora rodaba libremente, como antes de la llegada de los terrícolas.

La represa... la represa...

Los qheuens azules que la colmena local había prestado para este viaje gimieron. Sus criaderos de peces y langostas habían estado más allá de la represa donde tenían su próspero hogar, y ahora veían sus restos desperdigados mientras el bote se dirigía hacia el centro del remolino.

Nelo parpadeó, incapaz de expresar su consternación, ni siquiera con un gemido.

La represa aún estaba casi toda intacta. Pero ese casi no servía de mucho en una represa. Se le hundió el corazón cuando vio la brecha en un extremo, el extremo más próximo a su amado molino.

—¡Aguantad! —insistía la piloto mientras se dirigían a la abertura. Y todos oyeron el violento rugido de la cascada.

SEXTA PARTE

DEL DIARIO DE GILLIAN BASKIN

Quizá mi decisión no sea del todo racional.

Es posible que Alvin esté alardeando para evitar el exilio. Quizá no tenga idea de quiénes somos.

O quizá haya sospechado la verdad. A fin de cuentas, los delfines se mencionan en muchos libros terrícolas que él ha leído. Aun con su unidad ambulatoria de seis patas, el contorno de un delfín es reconocible. Una vez que se le ocurrió la idea, Alvin pudo hacer el resto con su fecunda imaginación.

Como precaución, podríamos llevar a los niños más al sur, o a un habitat submarino. Eso los mantendría a buen recaudo y callados. Tsh't lo sugirió antes que yo ordenara que el Hikahi regresara y los trajera de vuelta.

Admito que no soy enteramente imparcial. Extraño a Alvin y sus compañeros. Ojalá las facciones de las razas de las Cinco Galaxias tuvieran una camaradería semejante.

De todos modos, tienen edad suficiente para elegir su propio destino.

Hemos recibido un informe de la enfermera de Makanee. Mientras viajaba en trineo acuático para revisar a un miembro enfermo del equipo de Kaa, Peepoe localizó otras dos pilas de chatarra espacial, más pequeñas que ésta, pero adecuadas si tuviéramos que desplazar el Streaker. Hannes despachó dotaciones para iniciar el trabajo preparatorio.

Una vez más, debemos confiar en el mismo grupo de cincuenta delfines capacitados. Los que siguen siendo de fiar, los que conservan la concentración después de tres largos años. Los que no se amedrentan ante rumores supersticiosos acerca de monstruos marinos acechando entre las máquinas muertas de los buyurs.

En cuanto a nuestros perseguidores, no hemos visto más firmas gravíticas ni naves volantes al este de las montañas. Es una buena noticia, pero el respiro me pone nerviosa. Dos pequeñas naves espaciales no pueden ser todo.

Los sensores detectan una nave mastodónica quinientos kilómetros al noroeste. ¿Este inmenso crucero está relacionado con las dos naves que cayeron cerca de aquí?

Sin duda comprenden que esta región es de interés.

Parece alarmante que no hayan hecho un seguimiento.

Como si creyeran que tienen todo el tiempo del mundo.

La máquina Niss logró intercambiar algunas palabras más con la «bestia noor» que nuestro robot encontró en la costa. Pero la criatura nos tiene en vilo tratando al robot explorador como un juguete, o un animal al que azuza con mordiscos y rasguños. Pero también lo lleva en la boca, cuidando de no enredarse en el cable de fibra, dándonos breves y útiles tomas de las naves caídas.

Habíamos pensado que los «noors» eran versiones involucionadas de los tytlal, de escaso interés salvo como curiosidades. Pero si conservan la facultad del habla, ¿de qué otra cosa son capaces?

Al principio creí que la máquina Niss sería la más calificada para encarar este desconcertante encuentro. A fin de cuentas, el noor es su «primo», en cierto modo.

Pero las relaciones familiares pueden implicar rivalidad entre hermanos, incluso desprecio. Tal vez la máquina tymbrimi sea el portavoz equivocado.

Otro motivo por el cual deseo traer de vuelta a Alvin.

En medio de todo esto, tuve tiempo de hacer más investigaciones sobre Herbie.

Ojalá hubiera un modo de calcular los datos isotópicos anteriores a su muerte, pero los análisis de racemización química tomados de la antigua momia parecen mostrar un período temporal mucho más breve de lo que indicaban las historias de rayos cósmicos del casco que Tom abordó en el Cúmulo Superficial.

En otras palabras, Herbie parece más joven que la nave donde Tom lo encontró.

Eso podría significar varias cosas.

¿Podría Herbie ser el cadáver de un ladrón de tumbas que irrumpió a bordo hace pocos millones de años, y no hace mil a dos mil millones? ¿O la discrepancia podría ser un efecto de esos extraños campos que encontramos en el Cúmulo Superficial, rodeando esa flota de espectrales naves estelares, volviéndola casi invisible? Quizá los cascos de esas enormes y silentes naves experimentaban el tiempo de modo diferente de su contenido.

Eso me causa preguntas sobre el pobre teniente Yachapa-jean, que fue víctima de esos campos y cuyo cadáver debimos abandonar. ¿Es posible que una expedición futura recupere el cadáver bien preservado de un delfín y recorra el universo pensando que tiene los restos de un progenitor?

Confundiendo la raza sapiente más joven con la más antigua. Qué broma sería.

Una broma a costa de ellos, y de nosotros.

Herbie nunca cambia. Pero juro que a veces le veo sonreír.

Nuestra unidad robada de la Biblioteca Galáctica se vuelve rara y arcana a veces. Si yo no estuviera disfrazada, el gran cubo quizá no me contaría nada. Aun disfrazada de almirante thennania, encuentro a la Biblioteca evasiva cuando le muestro esos

símbolos que Tom copió a bordo de la nave en ruinas.

Un signo se parece al emblema que usan todas las unidades de la Biblioteca en el espacio conocido, una gran rueda en espiral. Sólo que, en vez de cinco brazos girando alrededor de un centro común, ésta tiene nueve. Y ocho óvalos concéntricos se superponen sobre esa hélice galáctica estilizada, con lo cual se parece a un blanco.

Nunca vi nada parecido.

Cuando exijo respuestas, nuestro archivo robado dice que el símbolo «es muy antiguo» y que su utilización «ha sido desalentada meméticamente».

Vaya a saber qué significa eso.

A riesgo de humanizar una máquina, la unidad parece enfurruñarse, como si le disgustara que la confundieran. He visto esto antes. Los investigadores terrágenos encuentran que ciertos temas ponen quisquillosa a la Biblioteca, como si odiara el trabajo adicional de escarbar en archivos antiguos. O quizá sea una excusa para no admitir que hay cosas que no sabe.

Ale recuerda las discusiones que teníamos Tom y yo con Jake Demwa, citando libros nos quedábamos hasta horas tardías tratando de descifrar el universo.

Jake sostenía que la historia galáctica, que pretende remontarse a más de mil millones de años, sólo es precisa hasta hace ciento cincuenta millones.

—Por cada millón de años que se retrocede más allá de ese umbral —sostenía—, lo que nos cuentan se parece cada vez más a una fábula bien urdida. Existen pruebas de que existen viajeros estelares respiradores de oxígeno desde hace diez veces ese tiempo. Sin duda algunos de los antiguos acontecimientos consignados en los anales oficiales deben ser auténticos. Pero muchos también se han retocado.

Una noción escalofriante. Se supone que los grandes institutos están dedicados a la verdad y la continuidad. ¿Cómo es posible desalentar meméticamente una información válida?

Sí, parece una obsesión bastante abstracta, en un momento en que el Streaker —y Jijo— se enfrentan a amenazas terribles e inmediatas. Aun así, no puedo dejar de pensar que todo se une en el fondo de un cementerio planetario donde las placas tectónicas derriten la historia convirtiéndola en filones.

Estamos atrapados en los lentos engranajes de una máquina más vasta de lo que imaginábamos.

Streaker

HANNES

Por momentos Hannes Suessi echaba de menos a su amigo Emerson, cuyas notables habilidades hacían que el Streaker ronroneara como un leopardo mientras surcaba las sendas del espacio.

Hannes admiraba a los habilidosos delfines de la sala de máquinas, compañeros cordiales e industriosos entre quienes no había síntomas de regresión. Pero los delfines visualizan los objetos como formas sonoras, y con frecuencia fijan sus calibraciones intuitivamente, basándose en las vibraciones de las máquinas. Una técnica útil, pero no siempre de fiar.

Emerson D'Anite, en cambio...

Hannes no conocía a nadie que tuviera mejor comprensión de las conexiones de probabilidad cuántica. No la arcana teoría hiperdimensional, sino el aspecto práctico de extraer movimiento de las contorsiones del espacio-tiempo arrugado. Emerson también dominaba mejor que Hannes el trinario de los Tursiops, y podía transmitir ideas complejas en el híbrido idioma de los neodelfines. Un talento útil en ese cascajo.

Ahora sólo quedaba un humano bajo la cubierta, para ayudar a reparar los motores que ya estaban bastante estropeados.

Siempre que Hannes Suessi aún se pudiera considerar humano.

¿Soy mas de lo que era? ¿O menos?

Ahora tenía «ojos» en toda la sala de máquinas, sensores remotos enlazados directamente con su cerebro envasado en cerámica. Hannes podía supervisar a Karkaett y Chuchki a distancia, y también a las tripulaciones que trabajaban en naves alienígenas en otras partes del gran cementerio de chatarra submarina. Así podía ofrecer consejo y consuelo, cuando se ponían nerviosos, o cuando sufrían claustrofobia cetácea.

Lamentablemente, sus habilidades de cibernético no servían para atenuar la soledad.

Nunca debiste dejarme solo aquí, le reprochó Hannes al ausente Emerson. Eras un ingeniero, no un agente secreto ni un piloto estelar. No tenías por qué marcharte a hacer hazañas heroicas.

Había especialistas para esas tareas. El Streaker contaba con varios «héroes» al partir, individuos con el entrenamiento y la personalidad adecuados, que los equipaban para enfrentarse a situaciones peligrosas e improvisar.

Lamentablemente, los más calificados se habían ido: el capitán Creideiki, Tom Orley, el teniente Hikahi, el joven alférez Toshio, todos perdidos en ese costoso escape de Kithrup.

Supongo que alguien tenía que cubrir el puesto después de eso, concedió Hannes.

Emerson logró un golpe audaz en Oakka, el mundo verde, cuando la Alianza de

los Obedientes tendió una trampa mientras Gillian trataba de negociar una rendición ante los funcionarios del Instituto de Bibliotecas.

Ni siquiera la suspicaz máquina Niss pensaba que los burócratas galácticos neutrales pudieran traicionar su juramento y violar la tregua del Streaker. Se suponía que no era posible. De no ser por la audaz acometida de Emerson por la jungla de Oakka, y su captura de una estación emisora de campos de los jophurs, el Streaker habría caído en las garras de un clan de fanáticos, algo que el Consejo de los Terrágenos deseaba impedir a toda costa.

Pero dejaste que el éxito se te fuera a la cabeza, ¿eh? ¿Qué te creías? ¿Que eras otro Tom Orley?

Meses después cometiste otra locura heroica, conduciendo un caza thennanio por el Sistema Fractal, disparando audazmente para cubrir nuestra fuga. ¿Qué lograste, salvo hacerte matar?

Recordaba el panorama que ofrecía el puente del Streaker, la cavidad interior de una vasta y escarchada estructura del tamaño de un sistema solar, construida con materia primigenia condensada. Una estructura irregular con una pálida estrella en el centro. El caza de Emerson viró entre las espinas de ese enorme artefacto, lanzando brillantes pero inservibles rayos mientras garras de hielo de hidrógeno se cerraban a su alrededor.

Tonto heroísmo. Los Antiguos podían haber detenido el Streaker tan fácilmente como te detuvieron a ti, si lo hubieran querido. Querían dejarnos escapar.

Recordó con una mueca cómo la valiente y fútil «distracción» de Emerson terminaba en un estallido de luz dolorosa, un destello contra la inmensa cúpula fractal. Luego el Streaker descendió por un túnel entre dos dimensiones, deslizándose hacia la prohibida Galaxia Cuatro. Una vez allí, una sinuosa trayectoria rozó las rutas comerciales de una civilización que respiraba hidrógeno y dejó atrás una supergigante cuyas erupciones ocultarían la estela de la nave terrícola.

Otros llegaron secretamente a Jijo antes que nosotros, dejando que Izmunuti borrara sus huellas.

También debió funcionar para nosotros.

Pero Hannes sabía que esta vez era diferente.

La cabeza de esos otros no tenía precio. Se podría comprar medio brazo en espiral con la recompensa que varios ricos y aterrados linajes han ofrecido por el Streaker.

Hannes suspiró. El reciente ataque con cargas de profundidad había sido impreciso, así que los cazadores sólo sospechaban cuál era la posición general. Pero la caza se había reanudado. Y él tenía trabajo que hacer.

Al menos tengo una excusa para eludir otra reunión del consejo de a bordo. Es una farsa, de todos modos, pues siempre terminaremos por acatar las decisiones de Gillian. Sería una locura no hacerlo.

Karkaett indicó que el dispositivo motivador estaba alineado. Hannes usó un brazo cibernético para poder ajustar las perillas de calibración del control maestro, tratando de imitar el diestro toque de Emerson. Las extensiones biomecánicas que reemplazaban sus manos eran dones maravillosos que aumentaban su destreza y su expectativa de vida, aunque aún extrañaba el placer táctil de las yemas de los dedos.

Los Antiguos fueron generosos. Luego nos robaron y nos expulsaron. Dieron vida y la quitaron. Pudieron traicionarnos por la recompensa, o bien ocultarnos en su mundo inconmensurable. Pero no hicieron ninguna de ambas cosas.

Sus planes eran más profundos de lo que un humano podía entender. Quizá todo lo que sucedió después formaba parte de un plan enigmático.

A veces creo que la humanidad habría hecho mejor en quedarse en el sistema solar.

TSH'T

Le dijo a Gillian Baskin lo que pensaba de la decisión.

—Todavía no estoy de acuerdo con la idea de traer de vuelta a esos jóvenes irruptores.

La mujer rubia miró a Tsh't con ojos cansados. Tenía arrugas que no estaban allí cuando el Streaker inició el viaje. Era fácil envejecer en una misión como ésta.

—El exilio parecía lo mejor para su propio bien. Pero pueden ser útiles aquí.

—Sí... suponiendo que digan la verdad acerca de esos hoons y jophur que conviven con humanos y urs, leyendo libros de papel y citando a Mark Twain.

Gillian asintió.

—Rebuscado, lo sé. Pero...

—¡Piensa en la coincidencia! En cuanto nuestro submarino explorador descubre un viejo escondrijo urs, estos presuntos niños aparecen con su batiscafo de juguete.

—Habrían muerto si el Hikahi no los hubiera rescatado —señaló Makanee, la médica de a bordo.

—Quizá, pero poco después de su llegada detectamos motores gravíticos que se dirigían hacia esta grieta. ¡Y alguien se puso a bombardear el abismo! ¿Casualidad? ¿O algún espía los mandó aquí?

—¿Para bombardearlos a ellos? —La cirujana resopló—. Para mí, una explicación más simple es que atraparon uno de nuestros robots exploradores y detectaron su origen.

De hecho, Tsh't sabía que los cuatro niños irruptores no habían llevado galácticos a la Grieta. No tenían nada que ver con ello. Ella era la responsable.

Cuando el Streaker se preparaba para escapar del Sistema Fractal, siguiendo otro de los brillantes y desesperados planes de Gillian, Tsh't había enviado un mensaje secreto. Una súplica de ayuda a la única fuente que le parecía segura, revelando el destino de la nave y conseguir un escondrijo en jijo.

Gillian me lo agradecerá después, había pensado. Cuando nuestros instructores rothens vengan a cuidarnos.

Sólo ahora las imágenes de la costa evidenciaban cuan mal habían ido las cosas. Dos naves caídas en un pantano, la mas grande tripulada por implacables jophurs.

Tsh't se preguntó cómo su bien intencionado plan podía haber salido tan mal. ¿Los rothens se dejaron seguir? ¿O mi mensaje fue interceptado?

Se sentía carcomida por la preocupación y la culpa.

Otra voz participó. Meliflua. Surgiendo de una espiral de líneas rotativas que refulgían en un extremo de la mesa de conferencias.

—¿Entonces el alarde de Alvin no pesó sobre tu decisión, doctora Baskin? — ¿Pero es un mero alarde? Esos niños crecieron leyendo a Melville y Bickerton. Tal

vez reconoció formas de delfines bajo esos abultados exotrajés. O quizá dejamos escapar alguna pista cuando conversábamos.

—Sólo la Niss les habló directamente —observó Tsh't, señalando el holograma giratorio, que respondió con inusitada contricción.

—Al revisar las grabaciones, concedo haber usado términos tales como «kilómetro» y «hora», por hábito de a bordo. Alvin y sus amigos pueden haber relacionado esto con su gran conocimiento del ánglico, pues los galácticos no usan medidas lobeznas.

—¿Quieres decir que un ordenador tymbrimi puede cometer errores? —preguntó Tsh't.

El dibujo giratorio murmuró y todos reconocieron el gutureo filosófico de un hoon meditabundo.

—Los seres flexibles exhiben cierta capacidad para aprender cosas nuevas —explicó la Niss—. Mis creadores me donaron para servir a bordo de esta nave por esa razón. Por eso los tymbrimi entablaron amistad con vosotros, los rufianes terrícolas.

Era una provocación relativamente suave, comparada con los sarcasmos habituales de la máquina.

—De todos modos —continuó Gillian—, no fue el alarde de Alvin lo que pesó en mi decisión.

—¿Entonces qué? —preguntó Makanee.

El holograma Niss giró, centelleó y respondió por Gillian.

—Está la cuestión del tytlal, el noor parlante. No ha querido colaborar ni informar, a pesar de nuestra urgente necesidad de comprender su presencia aquí. La doctora Baskin y yo estamos de acuerdo. Necesitamos a esos niños por esa razón. Sobre todo a Alvin.

»Para que nos ayude a convencerlo de que nos hable.

Irruptores

EMERSON

Se culpa a sí mismo. Su mente estaba en lugares y tiempos lejanos.

En su distracción, tardó en reaccionar cuando Sara cayó.

Hasta ese momento, Emerson avanzaba en su lucha para ordenar el pasado, una pieza por vez. No era una tarea fácil, ya que le faltaba una parte del cerebro, la parte que antes ofrecía palabras para lubricar sus pensamientos y necesidades.

Arraigadas inhibiciones combaten su intento de recordar, castigando cada esfuerzo con un salvajismo que le hace gruñir y sudar.

Pero los extraños paisajes ayudan por un tiempo. Esos colores saltarines y esos paisajes semilíquidos abren algunos recintos donde yacían los recuerdos encadenados.

Un recuerdo emerge en su totalidad. Un viejo recuerdo de la infancia. Algunos vecinos tenían un gran pastor alemán al que le gustaba perseguir abejas.

El perro acechaba a su presa de un modo poco canino, agazapándose como un gato torpe, persiguiendo al incauto insecto en los canteros y la hierba. Luego brincaba, cerrando sus poderosas fauces sobre la pequeña presa.

Cuando niño, Emerson observaba con asombrado deleite mientras un furioso zumbido resonaba entre los dientes del perro, seguido por un vívido instante en que la abeja dejaba de protestar y atacaba con el aguijón. El perro resoplaba y estornudaba. Pero ese breve dolor iba acompañado por un triunfo evidente. La caza de abejas daba sentido a su estéril vida suburbana.

Emerson se pregunta por qué esta metáfora tiene resonancias tan fuertes. ¿Él es el perro que vence el dolor para coger un recuerdo tras otro?

¿O él es la abeja?

Emerson sólo recuerda fragmentos de las altivas entidades que saquearon su mente y enviaron su cuerpo a Jijo. Pero sabe que veían a los de su especie como insectos.

Se imagina con un filoso aguijón, ansiando la oportunidad de hacer estornudar a los Antiguos. Sueña con enseñarles a odiar el gusto de las abejas.

Emerson eslabona los recuerdos que ha recobrado con esfuerzo.

Un collar con más huecos que perlas. Lo más fácil es recobrar hechos de la infancia, la adolescencia y los años de entrenamiento en el Servicio de Investigaciones de los Terrágenos.

Cuando la caravana se aparta de esa comarca de colores hirientes para escalar un abrupto sendero de montaña, él tiene otras herramientas para trabajar. Música, matemática y señas manuales que intercambia con Prity, compartiendo bromas obscenas. Durante los descansos, su cuaderno de dibujos le ayuda a explorar el subconsciente, usando impacientes trazos para esbozar imágenes de esa época oscura.

Streaker...

La nave cobra forma, casi se dibuja sola, un cilindro con cuernos en los flancos. Él la conduce bajo el agua, rodeado por algas. Es algo anormal en una nave del espacio profundo, pero tiene sentido cuando surgen otros recuerdos.

Kithrup...

Ese mundo espantoso adonde el Streaker fue a buscar refugio tras escapar a duras penas de una emboscada y enterarse de que cien flotas guerreaban por el derecho de capturarlo.

Kithrup. Un planeta cuyos mares eran veneno, pero un lugar útil para efectuar reparaciones, pues sólo media docena de los tripulantes tenían piernas. Los demás —brillantes y temperamentales delfines— necesitaban un ámbito acuoso para trabajar. Además parecía un buen sitio para esconderse después del desastre de...

Morgran...

Un punto de transferencia. El más seguro de los quince caminos para viajar de estrella en estrella. Bastaba zambullirse con la inclinación y el margen adecuados para emerger en otro punto, muy lejos en la rueda estelar. Aun el precario navío terrícola Vesarius lo había logrado, aunque por accidente, antes que la humanidad adquiriese las formas de la ciencia galáctica.

Al pensar en Morgran recuerda a Keepiru, el mejor piloto que Emerson conoció... ¡Un jactancioso...! Evadió el peligro con una gracilidad que escandalizó a los atacantes, regresando al remolino y alejándose de la inminente batalla espacial... Similar a otra batalla que se libró semanas después, sobre Kithrup.

Relucientes flotas, la riqueza de nobles clanes, atacándose y destruyendo en instantes el orgullo de muchos mundos. Emerson mueve rápidamente la mano, dibujando arcos explosivos en una hoja de papel nativo, rasgándola al escribir, frustrado por su incapacidad para expresar el majestuoso salvajismo que una vez presenció con sus propios ojos.

Emerson pliega los dibujos cuando el grupo vuelve a montar, alegrándose de que el *rewq* oculte sus lágrimas.

Más tarde, cuando se enfrentan a un humeante volcán, recuerda otra cuenca, hecha de espacio plegado... El Cúmulo Superficial... El último sitio que el Streaker investigó antes de dirigirse a Morgran, un lugar vacío donde no había nada digno de nota, según decía la Biblioteca Galáctica.

¿Entonces qué información o premonición instó al capitán Creideiki a dirigirse a ese sitio poco prometedor?

Sin duda, en tantos millones de años, alguien más tenía que haber tropezado con la flota de naves ruinosas que el Streaker descubrió allí, la causa de todos sus problemas. Ahora recuerda esas arcas silenciosas, vastas como lunas pero transparentes, como si no se decidieran a existir.

Este recuerdo duele de otro modo. Está cubierto de rasguños, como si una fuerza externa lo hubiera examinado en detalle, tal vez tratando de vislumbrar formas en las estrellas de fondo. Siguiendo la trayectoria del Streaker hacia un punto determinado del espacio.

Emerson supone que no consiguieron nada. Él nunca tuvo interés en las constelaciones.

Emerson, no tienes que ir.

Sacude la cabeza cuando esas palabras se desprenden de un recuerdo varios meses más reciente que Morgran o Kithrup.

Emerson escruta la tierra de colores ondeantes, ahora vista desde las alturas. Al fin encuentra el rostro de ella en destellos ondulantes.

Un rostro preocupado, agobiado por cien vidas y secretos vitales. De nuevo ella habla, y las palabras aparecen enteras, porque él nunca las almacenó en partes del cerebro destinadas a la conversación trivial.

Porque todo lo que ella decía le parecía música.

Te necesitamos aquí. Encontremos otra manera.

Pero no había otra manera. Ni siquiera el irónico ordenador tymbrimi de Gillian pudo sugerir una antes que Emerson abordara un caza thennanio rescatado para hacer una apuesta desesperada.

Mirando a través del tiempo, ansía ver en los ojos de Gillian la misma mirada que ella tenía cuando Tom emprendía una aventura peligrosa.

Ve preocupación, incluso afecto. Pero no es lo mismo.

Emerson deja de mirar el desierto de colores torturados, buscando vistas menos turbadoras en el este. Montañas lejanas ofrecen un alivio con formas ondulantes y naturales suavizadas por bosques verdes.

Entonces, desde un pico alto, llega un relámpago. Varios más se suceden. Un ritmo que parece hablar...

Su curioso distanciamiento es interrumpido por un grito de miedo. El absorto Emerson tarda en reaccionar. No ve que Sara se cae del camino. Pero el grito de Prity lo desgarró como un soplete quemando telarañas.

Pronuncia el nombre de Sara con involuntaria claridad. Su cuerpo actúa al fin, y salta para perseguirla.

Bajando por la pedregosa cuesta, lanza elocuentes maldiciones contra el universo, desafiándolo a llevarse a otra amiga.

LARK

La sargento tenía pintura de camuflaje en la cara. Aún tenía manchas de arcilla y hierba en el pelo negro después de avanzar entre grietas angostas y mirar entre arbustos. Pero Lark nunca había visto a Jeni Shen lucir mejor.

La gente está bien cuando hace aquello para lo que nació. En el caso de Jeni, se trata de ser guerrera. Ella habría preferido vivir cuando héroes como Drake modelaban la Gran Paz con sangre y fuego, y no durante la paz misma.

—Hasta ahora, todo bien —informó la joven miliciana. Su mono de camuflaje diluía su contorno bajo la cruda luz de los faroles—. Me acerqué lo suficiente para observar a los emisarios que regresaban al valle, llevando la respuesta de los sabios a los jophurs. Un par de guardianes robots bajaron a examinarlos, sobre todo al pobre Vubben, oliéndolo de las ruedas a los tallos oculares. Luego los seis emisarios se dirigieron al Valle, escoltados por los robots. —Jeni describió el descenso con las manos—. Eso significa que quedan sólo un par de robots patrullando este sector del perímetro. Creo que no podríamos pedir mejor oportunidad para hacer lo nuestro.

—¿Puede haber alguna duda? —añadió Rann. El alto viajero de las estrellas se cruzó de brazos y se apoyó en una pared de piedra caliza. No estaba armado, pero actuaba como si fuera su expedición—. Claro que seguiremos adelante. No hay otra opción.

A pesar del aplomo de Rann, el plan era de Lark. También le correspondía esta decisión. Sería su responsabilidad si sesenta valientes perecían en el intento, o si su acto impulsaba a los jophurs a espasmos de vengativa destrucción.

Podríamos poner en jaque a los sabios supremos en el instante mismo en que hayan calmado a los jophurs.

Por otra parte, ¿cómo podían las Seis Razas pagar el precio que les exigían? Mientras los sabios regateaban, alguien tenía que ver si había un modo mejor. Un modo de no pagar.

Ojos ansiosos lo miraron desde todos los rincones de la gruta, uno de los incontables conejares humeantes que cruzaban estos cerros. Ling, muy lejos de Rann, lo miraba con especial intensidad. Los dos viajeros de las estrellas habían estado enfrentados desde que habían trabajado para decodificar esas crípticas placas de datos, esa espantosa tarde en que Rann gritó «¡Traición!» y una niebla de oro cayó sobre la Meseta de Dooden. Cada humano del cielo tenía sus propios motivos para colaborar con esta desesperada misión.

El informe de Jeni no era muy alentador. Sólo quedan un par de robots. Según los asistentes de Lester Cambel, los robots podían sondear pasajes subterráneos para contrarrestar una amenaza. Por otra parte, esta región era un laberinto de conductos humeantes y sismos.

También estaban las sutiles canciones del Huevo Sagrado, emanaciones que hacían temblar el amuleto que Lark llevaba contra el pecho.

Todos observaban, aguardando su decisión: voluntarios humanos, urs y hoons, además de algunos qheuens que aún no estaban enfermos.

—De acuerdo —dijo Lark—. Adelante.

Una orden suave pero tajante. Sonriendo, Jeni dio media vuelta para internarse en la caverna, seguida por los que llevaban los faroles.

En realidad Lark quería decir ¡No! Larguémonos de aquí. Convidaré a todos con un trago para brindar por el pobre Uthen.

Pero si mencionaba el nombre de su amigo, no podría contener el llanto. Así que ocupó su lugar en la columna de figuras que avanzaban por el penumbroso pasaje, alumbrado por parches refulgentes adheridos a las paredes.

Sus pensamientos eran conflictivos. Por ejemplo, se preguntaba en qué parte de la Cuesta las Seis Razas podrían hacer el mismo brindis al mismo tiempo. No muchas tabernas servían alcohol y sangre de simia fresca, pues los humanos y urs desdeñaban los hábitos alimenticios de los demás. Y la mayoría de los traekis se abstendrían cortésmente de comer frente a las demás razas.

Conozco un bar en Villa Tarek... siempre que una lluvia dorada no haya borrado Tarek. Después de Dooden, quizá los jophurs ataquen los poblados más grandes, donde viven muchos g'Keks.

Uno se pregunta por qué los g'Keks vinieron a Jijo. Sólo pueden recorrer la Senda de la Redención si está pavimentada.

Lark sacudió la cabeza.

Trivialidades. Minucias. Sinapsis cerebrales activándose, cuando lo único que importa es seguir al hombre que va delante, sin chocar la cabeza contra una estalactita.

Cuando lo miraban, sus seguidores veían a un hombre aplomado. Pero por dentro Lark era presa de la agitación, mientras un caudal de palabras se agolpaba en su mente.

Debería estar llorando a mi amigo.

Debería contratar a un sepulturero traeki, disponer una generosa ceremonia de reducción, para que el bruñido caparazón de Uthen pueda unirse con elegancia a los huesos y pinzas de sus ancestros, que yacen en el Gran Sumidero.

Es mi deber presentar mis condolencias a las reinas grises, en el salón polvoriento desde donde antes dominaban casi toda la Cuesta. La Cámara de las Noventa Columnas Talladas en Dientes, donde todavía fingen vivir en pomposa gloria. ¿Pero cómo explicar a las matronas qheuens que han muerto dos de sus hijos más brillantes, Harullen, despedazado por láseres alienígenas, y Uthen, muerto por la peste?

¿Cómo decir a esas emperatrices cenicientas que sus otros hijos pueden ser los

siguientes?

Uthen había sido su mejor amigo, el colega que compartía su fascinación por los vaivenes del frágil ecosistema de Jijo. Aunque no compartía la herejía de Lark, Uthen era el único que entendía por qué las razas irruptoras no tendrían que haber viajado a ese mundo. El que comprendía por qué algunas leyes galácticas eran buenas.

Te decepcioné, compañero. Pero aunque no pueda cumplir con mis demás deberes, quizá pueda obtener algo para compensarlo.

Justicia.

Los escombros cubrían el suelo de la última caverna, arrojados allí durante la conspiración de los celotes, cuando un grupo de jóvenes icheldcs usó los mismos corredores para meter explosivos bajo la estación danik, incinerando a la amiga de Ling, Besh, y a una de las rothens. Las repercusiones del hecho aún vibraban, como ondas después que una gran piedra cae en un estanque.

La nave jophur estaba encima de las ruinas de la estación, pero nadie sugería usar el mismo método de ataque por segunda vez. Aun suponiendo que pudieran volar una potente nave estelar, necesitarían tanta pasta de demolición que el equipo de Lark estaría trasladando toneles hasta el próximo Día de los Fundadores. De todos modos, no había voluntarios para aproximarse al mortífero coloso espacial. El plan de Lark implicaba no acercarse a más de varios tiros de flecha.

Aun así, la empresa estaba erizada de peligros.

—A partir de aquí el camino es demasiado angosto para los grises —dijo Jeni.

Las guerreras urs miraron un pasaje que se estrechaba considerablemente, moviendo los pescuezos al unísono, oliendo un aroma que disgustaba a su especie.

Los qheuens grises aguardaron mientras otros bajaban provisiones de sus lomos quitinosos. Con tiempo suficiente, esas criaturas corpulentas podrían ensanchar el corredor con sus pinzas y sus duros dientes, pero Lark se sentía mejor enviándolas de regreso. Quién sabía cuánto tiempo tenían, con la peste propagándose por los vientos de Jijo. ¿Era un virus genocida? Ling había encontrado pruebas en las placas de datos, aunque Rann aún negaba que fuera de origen rothen.

Rann estaba obsesionado con otro dato.

En la estación de incursores había un espía. Alguien que llevaba un diario, registrando cada infracción cometida por los rothens y sus servidores humanos.

¡Un agente del consejo de los Terrágenos!

Al parecer, el organismo que gobernaba la Tierra tenía un informador en medio del clan de fanáticos humanos que adoraban a los señores rothens.

Lark deseaba interrogar a Ling, pero no había tiempo para sus viejos juegos. Habían huido del desastre de Dooden junto con los asustados asistentes de Lester Cambel, atravesando un laberinto de bu. Nuevas sendas y troncos recién cortados habían demorado a los jadeantes fugitivos hasta que llegaron a un claro desconocido,

sorprendiendo a una falange de traekis que formaban una larga fila, exhalando vapores ponzoñosos como ollas hirvientes.

Milicianas urs habían acudido a proteger a los traekis, arreando a los humanos como si fueran simias en estampida, y alejando al equipo de Cambel del claro, desviándolo hacia los refugios del oeste y del sur.

Cuando al fin llegaron a un refugio, no hubo respiro para discutir los lejanos asuntos galácticos. Ling pasaba el tiempo con los dos médicos, comentando lo poco que había aprendido acerca de la peste qheuen con las notas del espía.

Entretanto, Lark se encontró absorbido por una furiosa actividad, comandando un creciente séquito de seguidores.

Lo cual demuestra que la gente desesperada sigue a cualquiera que tenga un plan. Aun un plan tan descabellado como el mío.

Los porteadores hoons cogieron los bultos de los grises y la caravana partió de nuevo. Media docena de qheuens azules cuidaban la retaguardia, tan jóvenes que sus caparazones aún relucían con humedad larval. Aunque eran pequeños para su especie, necesitaban la ayuda de hombres que eliminaban las obstrucciones de piedra caliza con martillos y barrotes. El plan de Lark dependía de estos voluntarios adolescentes.

Esperaba que ese rebuscado plan no fuera el único en marcha.

Siempre está la plegaria.

Lark acarició su amuleto. Estaba frío, pues ahora el Huevo estaba en reposo.

En un empalme, el grupo de celotes había doblado a la izquierda, llevando barriles de pasta explosiva hasta una caverna que estaba bajo la estación rothen. Pero el grupo de Lark viró a la derecha. Debían recorrer menos distancia, pero su trayectoria era más peligrosa.

Jimi el bendito estaba entre los hombres corpulentos que ayudaban a ensanchar el camino, atacando una obstrucción con tal furia que Lark tuvo que intervenir.

—¡Calma, Jimi! ¡Despertarás a los muertos reciclados!

Esto provocó risas entre los sudados trabajadores, y gutureos estruendosos entre los porteadores hoons. Valientes hoons. Lark recordó que esa raza detestaba los lugares cerrados. Las urs, normalmente cómodas bajo tierra, se ponían más nerviosas al aproximarse al agua.

Ninguno de ellos se alegraba de aproximarse al gigantesco crucero estelar.

Las Seis Razas habían pasado siglos temiendo el día en que las naves de los Institutos irían a juzgar sus crímenes. Pero cuando llegaron las grandes naves, no traían altaneros magistrados sino ladrones y asesinos. Si los rothens y sus fantoches humanos parecían astutos y manipuladores, los jophurs eran escalofriantes.

Exigen lo que no podemos dar.

No sabemos nada sobre la «nave de los delfines» que ellos buscan.

Y preferiríamos la perdición antes que entregar a nuestros hermanos g'Keks.

Así que Lark, que se había pasado la vida esperando que los galácticos llegaran para poner fin a la colonia ilegal de Jijo, encabezaba ahora un desesperado intento de combatir contra los dioses estelares.

La literatura humana ha sido muy influyente desde la Gran Edición. Está llena de causas perdidas. Empresas que ninguna persona racional intentaría.

Él y Ling se ayudaban a bajar por una barranca de piedra caliza, cubierta de humedad y líquen, cuando llegó un mensaje de los exploradores de vanguardia.

—Hay agua adelante.

Era el mensaje que enviaba Jeni Shen.

Conque yo tenía razón, pensó Lark. Hasta ahora, añadió.

El líquido era aceitoso y frío. Despedía un olor almizclado. Eso no disuadió a dos jóvenes azules de internarse en el estanque negro, arrastrando la cuerda de fibra de un carrete. Hoons con bombas de mano inflaban vejigas de aire mientras Lark se disponía a entrar en ese lugar húmedo y oscuro.

¿Te estas arrepintiendo?

Jeni revisó su traje protector de membranas de skinks. Podía combatir el frío, pero eso no era lo que preocupaba a Lark.

Puedo aguantar el frío. Pero será mejor que haya aire. Las vejigas eran una innovación que no habían puesto a prueba.

Cada cual era un anillo traeki, endurecido para contener gas bajo presión. Jeni se colgó una de la espalda y le mostró cómo respirar por su protuberancia carnosa, un tentáculo gomoso que brindaría aire fresco y eliminaría el viejo.

Dependemos de las sustancias químicas que secretan los traekis para que las comidas nativas sean digeribles, y alcohol destilado por los traekis para animar las celebraciones. Un farmacéutico traeki prepara nuestros medicamentos en su anillo de síntesis química. Pero nos repugna la idea de ponernos estas cosas en la boca.

Sabía como una viscosa vela de sebo.

Ling y Rann se adaptaron rápidamente a esta novedad jijoana. Claro que ellos no debían superar el contratiempo de asociar a los traekis con la bazofia.

—Vamos —rezongó Jeni—. No te asfixies, hombre. Ahora eres un sabio. ¡Otros están mirando!

Lark asintió espasmódicamente y lo intentó de nuevo. Mordiendo el tubo con los dientes, hizo como ella le había enseñado. El aire no olía tan mal como esperaba. Tal vez contenía algo que lo diluía. Los diseñadores farmacéuticos eran astutos en esas cosas.

Esperemos que sus primos de las estrellas no piensen también en esto.

De eso dependía el plan de Lark. Los comandantes jophurs podían estar prevenidos contra un ataque subterráneo directo. Pero quizá no esperasen problemas allí donde la ruta subterránea se combinaba con el agua.

Los rothens nos subestimaron. Por Ifni y el Huevo, ojalá los jophurs hagan lo mismo.

Cada nadador llevaba un rewq para protegerse los ojos y ayudarse a ver en la luz penumbrosa de los faroles. Guantes membranosos y botas completaban el equipo.

Se volvió al oír la carcajada de Ling, y vio que ella lo señalaba.

—Mira quién habla —le replicó a la desmañada criatura en que Ling se había convertido, más monstruosa que un rothen sin máscara.

Los hoons dejaron de bajar bártulos y se sumaron al festejo, gutureando bonachonamente mientras sus mascotas noors sonreían con dientes afilados.

Lark se imaginó la escena de arriba, encima de varias capas de roca, en el mundo de la luz. La nave jophur estaba encaramada sobre el valle, obstaculizando el trayecto del río hacia el mar. El lago resultante se extendía ahora más de una legua cuesta arriba.

El agua busca su propio nivel. Debemos estar a varios tiros de flecha de la costa. Es un largo camino para nadar hasta que lleguemos al lago mismo.

No podía evitarse. Su objetivo era difícil de alcanzar, en muchos sentidos.

Burbujas en el agua. Una cúpula qheuen emergió a la superficie, seguida por otra. Los jóvenes azules se arrastraron a la costa, respirando por los conductos de sus patas, enviando informes en gal-seis.

—El camino a aguas abiertas despejado está. A buena velocidad avanzamos. Hacia el blanco os escoltaremos.

Los hoons y urs vivaron, pero Lark no sentía entusiasmo.

Ellos eran los que tendrían que realizar el resto del trayecto.

El agua modificaba las cavidades y grutas. Las aletas levantaban nubes de sedimento, llenando los haces fosforescentes con una miríada de motas. El rewq de Lark jugaba con la polarización, transformando la bruma en claridad parcial. Aun así, se requería concentración para no chocar con las protuberancias de piedra caliza. La sogá le impedía perderse.

Bucear en una caverna era como ser un joven sabio de la Comuna, una experiencia que él nunca buscó ni previó en su vida anterior de científico hereje.

Los humanos parecían desgarrados cuando nadaban junto a los gráciles qheuens, que aferraban las rugosas paredes con sus pinzas, impulsándose con agilidad, tan a sus anchas en el agua como en tierra firme.

Lark había perdido sensibilidad en la piel allí donde las láminas de skink se habían aflojado. Otras partes se calentaban por el esfuerzo. Lo más molesto era el tentáculo traeki que llevaba en la boca, anticipándose a sus necesidades de modo perturbador. No le permitía retener el aliento, como podría hacer un hombre que se concentrara en un problema inmediato, sino que le hacía cosquillas en la garganta para provocar una exhalación. La primera vez que sucedió, casi vomitó.

(¿Y si lanzaba el desayuno? ¿Él y el anillo se asfixiarían? ¿O el anillo tomaría ese bocado como un regalo sabroso y predigerido?)

Lark estaba tan concentrado en la soga que ni reparó en la transición que los llevó desde las pétreas catacumbas hasta una lodosa planicie de prados anegados, árboles sumergidos y escombros flotantes.

Las turbias orillas quedaron atrás cuando la luz diurna bañó el Valle de Asamblea —ahora el fondo de un lago—, volviendo extrañamente macabras las formas familiares.

La soga pasó cerca de un bosquecillo de bu cuyos tallos supervivientes tenían altura suficiente para llegar a la lejana superficie. Los qheuens se reunieron alrededor de un tubo, sorbiendo ráfagas de aire.

Una vez saciados, rodearon a Lark y los humanos, guiándolos hacia el próximo tramo de soga.

Poco antes que los detalles se aclarasen en la turbia bruma, distinguió su objetivo por su fulgor. Rann y Ling agitaron las aletas, pasando a Jeni. Cuando Lark los alcanzó, apretaban las manos contra un gigantesco sarcófago del color de un claro de luna amarillento. Adentro había una nave con forma de cigarro, la nave rothen, su hogar lejos del hogar, ahora encerrada en una trampa mortal.

Los dos viajeros de las estrellas se separaron, él nadando a la derecha y ella a la izquierda. Por tácito acuerdo, Jeni acompañó al corpulento danik. A pesar de su diferencia de tamaño, ella era la más apta para vigilar a Rann. Lark se mantuvo cerca de Ling, observándola mientras se desplazaba junto a la pared dorada.

Aunque él tenía más experiencia que otros jijoanos con las máquinas galácticas, era la primera vez que estaba cerca de este intruso cuyo dramático descenso había interrumpido el festival muchas semanas atrás. ¡Cuan terrible y magnífico había parecido! Majestuoso e invencible. Pero ahora estaba indefenso. Muerto o prisionero.

Lark identificó algunos rasgos, como las anclas que sostenían una nave contra las «fluctuaciones de probabilidad cuántica», si acaso esto quería decir algo. Los técnicos que trabajaban para Lester Cambel tenían dudas aún sobre los elementos básicos del diseño de las naves estelares. En cuanto a Lester, no había participado en la exposición de Lark, y había preferido cavilar en su tienda, sintiéndose culpable por la destrucción que él había contribuido a llevar a la Meseta de Dooden.

A pesar de la creciente sensación de peligro, Lark descubrió una especie de belleza siniestra mientras nadaba en ese reino donde la luz del sol se curvaba en ondeantes franjas, llenas de motas chispeantes, un mundo silencioso, extrañamente caviloso.

Además, aun envuelto en membranas de skink, el atlético cuerpo de Ling era todo un espectáculo.

Rodearon el borde del crucero estelar, donde una sombra abrupta cortaba el sol.

Podía ser una nube, o el flanco de una montaña. Entonces comprendió...

Es la nave jophur.

Aunque el agua lodosa lo enturbiara, el contorno curvo le causó escalofríos. Erguido a orillas del lago, podría haber tragado entera la nave rothen.

Un extraño pensamiento lo asaltó.

Primero los rothens nos causaron pasmo. Luego vimos esa «majestad» reducida por un poder auténtico. ¿Y si sucede de nuevo? ¿Qué clase de recién venido podría someter a los jophurs? ¿Una cordillera volante que cubriera toda la Cuesta con su sombra?

Se imaginó sucesivas olas de «naves», cada cual más vasta que la anterior, primero similares a las lunas, luego a todo Jijo y —¿por qué no?— al sol e incluso a la inmensa Izmunuti.

La imaginación es asombrosa. Permite que un salvaje rústico llene su mente con antojadizas improbabilidades.

Unas violentas burbujas casi le arrancaron el rewg de la cara mientras Ling aceleraba, pataleando furiosamente. Lark la siguió, e instantes después se paró en seco.

Ling palpaba la barrera dorada con una mano, a pocos metros de una abertura. Una escotilla, iluminada por un interior radiante. Había varias figuras en el portal, tres humanos y un rothen con su atractiva máscara simbiótica. El cuarteto miraba su prisión dorada con instrumentos y expresión preocupada.

Pero los cuatro bípedos parecían congelados, encapsulados en un líquido cristalino.

De cerca, el capullo dorado semejaba los capullos de preservación de una enorme araña reductora cuya manía de «coleccionar» casi había costado la vida a Dwer y Rety, meses atrás. Pero esta trampa no era un ovoide. Parecía una vela a medio derretir, con charcos dorados que se superponían alrededor de la base. Los jophurs habían sido generosos en su don de tiempo congelado, derramando el suficiente para cubrir toda la nave.

Como en la Meseta de Dooden, pensó Lark.

Parecía un modo ideal de matar a los enemigos sin usar fuego destructivo. Tal vez los jophurs no puedan arriesgarse a dañar la ecoesfera de Jijo. Sería un crimen ante los Institutos, como el robo de genes y la colonización ilegal.

Por otra parte, los invasores no habían sido tan escrupulosos cuando segaron el bosque que rodeaba la nave. Tal vez esa trampa dorada tuviera otro propósito. Capturar, en vez de matar. Tal vez los g'Keks de la Meseta de Dooden aún pudieran ser rescatados de su tumba titilante.

Eso había pensado Lark tres días atrás. En apresurados experimentos, disolvieron más reliquias de la araña reductora, usando los nuevos solventes traekis. Algunos de

los objetos preservados habían estado vivos alguna vez, pájaros y reptiles que habían caído tiempo atrás en la trampa de la araña.

Todos estaban muertos.

Tal vez los jophurs posean mejores métodos de resurrección, pensó Lark en ese momento. O bien no se proponen recobrar a sus víctimas, sólo preservarlas como trofeos.

La noche anterior había tenido un sueño que le sugirió una idea.

El hivvern pone los huevos bajo la nieve, que se derrite en primavera, dejando que el huevo se hunda en el lodo, que luego se endurece.

Pero el suelo vuelve a ablandarse cuando llegan las lluvias. Entonces la larva del hivvern sale a nado.

Cuando despertó, la idea estaba allí, intacta.

Una nave espacial tiene un casco de metal cerrado, como el huevo del hivvern. La nave rothen puede estar atrapada, pero sus tripulantes están ilesos.

Pueden estar vivos.

Y ahora tenía la prueba delante de él. Esos cuatro eran conscientes de la barrera dorada que rodeaba la nave, y la examinaban con sus instrumentos.

Había un solo problema: no se movían. Tampoco había indicios de que supieran que los observaban a poca distancia.

Ling garrapateó algo en su tablilla revestida de cera y se la mostró a Lark.

EL TIEMPO ES DIFERENTE DENTRO.

Él buscó su propia tablilla, sujeta a su cintura.

¿TIEMPO MÁS LENTO?

La respuesta lo desconcertó.

QUIZÁS. O TAL VEZ CUANTIZADO. ENMARCADO.

La perpleja mirada de Lark expresó más que las palabras escritas.

Ling borró la tabla y escribió de nuevo.

HAZ LO QUE YO HAGA.

Él asintió, observándola con cuidado. Ling pataleó para alejarse de la nave. Imitándola, Lark se encontró mirando el devastado Valle.

Rayos devastadores habían astillado los árboles, que habían quedado sumergidos en el lago. El agua tibia lo enturbiaba todo, pero Lark creyó ver huesos entre las astillas. Costillas urs, vértebras hoons mezcladas con sonrientes calaveras humanas. No era el modo en que los cuerpos debían procesarse. Era irrespetuoso para los muertos, y para Jijo.

Tal vez los jophurs nos permitan instalar una araña reductora en este nuevo lago, pensó. Algo debe hacerse para limpiar estas impurezas.

Ling lo codeó. VUÉLVETE AHORA, decía su tablilla. Lark obedeció, y miró sorprendido por segunda vez.

¡Se habían movido!

Las estatuas aún estaban frente a la escotilla, pero habían cambiado de posición.

Un humano señalaba hacia fuera con expresión de asombro. Otro parecía observar a Lark como petrificado en su expresión.

¿Hicieron todo esto mientras nosotros nos volvíamos?

El flujo del tiempo dentro de la cápsula dorada era más extraño de lo que él se imaginaba.

ESTO PUEDE LLEVAR CIERTO TRABAJO, escribió Ling.

Lark la miró a los ojos, notando que expresaban una tensa pero esperanzada ironía.

Asintió.

YA LO CREO.

ALVIN

Pasé casi todo el viaje de regreso con la nariz metida en mi diario, recordando las cosas que he visto y oído desde que el Sueño de Wuphon se zambulló bajo Roca Terminal. Pinzón mascó amablemente mi lápiz para afilarlo. Luego me acosté y escribí la sección anterior.

Lo que comenzó como una conjetura ahora es una convicción.

La concentración alivió mi ansiedad y mi dolor de espalda. Mis amigos trataron de interrogarme, pero yo me encerré en mi terquedad hoon, negándome a confiarles mis pensamientos. A fin de cuentas, los phuvnthus se habían tomado un gran trabajo para ocultar su identidad.

La voz giratoria decía que era para protegernos. Tal vez sólo fueran pamplinas paternalistas. Típico de los adultos. ¿Pero si decía la verdad? ¿Puedo poner en peligro a mis amigos?

Cuando llegue el momento, me enfrentaré a la voz a solas.

SARA

Vagaba en una nube de matemática.

A su alrededor flotaban arcos y secciones cónicas, relucientes como llamas. Caían meteoros por sendas impuestas por la gravedad. Formas más majestuosas se sumaron a esas figuras retozonas y Sara supuso que eran planetas, con trayectorias elípticas, no parabólicas. Cada cual tenía su propio marco de referencia, alrededor del cual parecían moverse las otras masas.

Subiendo, bajando...

Subiendo, bajando...

Esa danza hablaba de una ciencia perdida que ella había estudiado una vez, en un oscuro texto del Archivo de Biblos. El nombre entró flotando en su delirio... mecánica orbital... como si programar los majestuosos giros de soles y lunas no fuera más complejo que mantener un molino de agua.

Sara sentía un vago dolor. Pero le llegaba a través de una capa de ropa maloliente, como algo desagradable guardado en la gaveta de una despensa. Un fuerte olor a ungüentos traekis le llenó la nariz, atenuando cada dolor excepto uno, un conocimiento turbador. Estoy herida.

A veces oía palabras, murmullos urs, la ronca voz de Kurt el demoledor, y frases pomposas y solemnes que le evocaron días más felices...

Purofsky. Sabio de los misterios...

¿Pero qué está haciendo aquí?

¿Y dónde estamos?

Abrió los párpados con la esperanza de resolver el acertijo. Pero sin duda estaba soñando. Pues no podía existir un lugar como el que veía a través de una bruma borrosa, un mundo de cristales giratorios. Un universo de platillos traslúcidos. Discos y ruedas rozándose en ángulos extraños, reflejando haces de luz en borbotones rítmicos.

Era demasiado vertiginoso. Cerró los ojos, pero el remolino continuó en su mente, volviéndose abstracto.

Una onda sinusoidal le llenó la mente, pero ya no era la forma estática que conocía por las figuras de tinta de los libros. Ésta oscilaba como las ondas de un estanque, y el tiempo parecía ser la variable libre.

Pronto una segunda ola se unió a la primera, con el doble de frecuencia, luego una tercera con picos y valles aún más comprimidos. Nuevos ciclos se fusionaron, uno tras otro, combinándose en una serie incesante —una transformación— cuya suma formaba una figura nueva y compleja, una entidad de picos y valles irregulares, como una cordillera.

A partir del orden... el caos...

Las montañas evocaban lo último que Sara había visto antes de caerse del sendero y rodar por las filosas piedras hacia un río de fuego.

Relámpagos de un pico distante... largo-corto, corto-largo, mediocorto-corto...

Lenguaje en código, transmitido por un idioma de luz, parecido al gal-dos...

Palabras urgentes, de cautela y batalla...

El febril devaneo de su mente era interrumpido en ocasiones por suaves caricias en la frente, un paño caliente, o bien un toque gentil.

Reconoció los largos dedos de Prity, pero también había otra textura, el contacto de un hombre, en su brazo, en su mejilla, sosteniéndole la mano.

Cuando él le cantó, Sara supo que era el forastero... Emerson... por su extraño acento y el modo de cantar la letra de memoria, como una corriente líquida, sin enfatizar ninguna palabra o frase en particular. Pero no era una exótica balada terrícola sino una pieza folclórica jijoana, familiar como una canción de cuna. La madre de Sara se la cantaba cuando estaba enferma... tal como Sara se la murmuraba al hombre del espacio cuando velaba por él.

Uno es un saco laríngeo, una canción para guardar.

Dos es un par de manos, para llevarte a un sueño feliz.

Tres gordos anillos resoplarán nubes de feliz vapor.

Cuatro ojos oscilan y danzan, velando tu sueño.

Cinco pinzas tallarán la maciza caja de tu esperanza.

Seis cascos trepidantes cruzarán la pradera.

Siete pensamientos ocultos aguardan en el abismo.

Pero el ocho es una piedra gigantesca cuya señal palpita suavemente.

Aun en su aturdimiento, supo algo importante. El forastero no podía cantar a menos que las palabras estuvieran almacenadas en lo más profundo, mas allá de la parte destruida de su cerebro. Eso significaba que ella debía haberlo conmovido, cuando sus papeles estaban invertidos.

Ni todos los ungüentos del mundo —ni la fría belleza de la matemática— podían hacer esto por Sara. Lo que al final la rescató fue saber que alguien la echaba de menos.

EWASX

Nuestra tarea presentaba una placentera sensación de importancia, ¿verdad, anillos Míos? Allí estábamos, una pila de toroides de aspecto harapiento, encargados de una noble misión, explicar a los delegados de las Seis Razas el nuevo orden de la vida en este mundo.

PRIMERO, no debían esperar la llegada de grandes jueces de esos institutos que median entre diez mil razas que viajan por las estrellas.

Las pasiones se exaltan en las Cinco Galaxias. Las fuerzas de los Institutos se han retirado, junto con los clanes tímidos, los que se llaman «moderados», una mayoría inepta y pusilánime. Hoy sólo las grandes alianzas religiosas demuestran agallas, batallando por el modo en que las Ruedas Galácticas girarán durante un tiempo de cambios.

NOSOTROS SEREMOS VUESTROS JUECES, dije a los embajadores. Por amabilidad, los tripulantes del Polkjhy nos hemos ofrecido a servir como alguaciles y jurados, castigando a las siete razas que turbaron la paz de este mundo en barbecho.

Para demostrar esta benevolencia, hemos postergado varios días la importante tarea que nos trajo aquí, aunque ello signifique permitir que nuestros camaradas hagan las reparaciones por su cuenta en ese pantano del este, mientras nuestra corbeta restante recorre la Cuesta, fotografiando y grabando pruebas. También nos da la oportunidad de demostrar la irresistible majestad de nuestro poder. Hicimos esto al destruir magníficas estructuras que los irruptores no deben usar, si su auténtico objetivo es la redención racial.

NÓTESE QUE NO HABÉIS AYUDADO MUCHO EN ESTA TAREA, ANILLOS MÍOS. (Aceptad estos agujonazos de reproche, como símbolos de guía afectuosa). Asx derritió muchos recuerdos antes de la captura y conversión, pero Yo/nosotros recordamos ciertas abominaciones. Fue meritorio, por ejemplo, que ayudáramos a encontrar los buques de vapor del río Bibur, y una refinería en Villa Tarek, un edificio llamado el Palacio de los Hedores.

NO OS PREOCUPÉIS. Con el tiempo, los del Polkjhy encontraremos todos los patéticos objetos pecaminosos valorados por los tercicos irruptores. Ayudaremos a borrar la flagrante hipocresía del uso de herramientas entre quienes escogieron la Senda del Descenso.

SEGUNDO, nuestra inflexible exigencia de justicia. Los sabios supremos demostraron un asombroso sentido común al apresurarse a emitir una llamada, poco después de nuestra última reunión. Un destello de datos informáticos condujo a nuestra corbeta a la Meseta de Dooden. Pero este gesto simbólico no servirá por mucho tiempo. Queremos que se nos informe de cada miembro viviente de la raza g'Kek.

Eso no será demasiado difícil. Perdidos en un planeta sin caminos, son seres singularmente inmóviles.

—Por favor, no destruyáis a nuestros hermanos rodantes —nos suplican los delegados—. Dejad que los g'Keks busquen refugio sagrado en la Senda de la Redención. ¿No se dice que todas las deudas y venganzas cesan una vez que se reencuentra la inocencia?

Al principio vemos esto como cháchara de leguleyos. Pero luego, asombrosamente, nuestra pila sacerdotal mayor está de acuerdo. Más aún, esa augusta pila hace una sugerencia insólita e innovadora.

HE AQUÍ LA PREGUNTA planteada por la pila sacerdotal. ¿Qué clase de venganza contra los g'Keks trascendería incluso la extinción?

LA RESPUESTA. Que la raza g'Kek sea nuevamente elegible para la adopción, y que sus nuevos instructores sean jophurs. En su segunda secuencia de Elevación, podríamos transformarlos del modo que consideremos adecuado, en criaturas que sus yoes anteriores habrían despreciado.

La venganza es mejor cuando se ejecuta con imaginación. Esto justifica la presencia del sacerdote. Esa pila es realmente útil.

Claro que este osado plan tiene complicaciones. Implica abstenerse de informar a las Cinco Galaxias acerca de esta plaga irruptora.

En cambio, nuestro clan jophur debe guardar el secreto, cuidando Jijo como nuestro jardín privado.

ASÍ NOS VOLVEMOS CRIMINALES bajo la Ley Galáctica. Pero eso no importa, pues esa ley cambiará cuando nuestra alianza asuma el liderazgo en la próxima fase de la historia.

Sobre todo si los Progenitores realmente han regresado.

TERCERO, la oportunidad de ganancia. Tal vez los incursores rothens tramaran algo. Jijo parece excepcionalmente rico por ser un mundo en barbecho. (Los buyurs eran buenos cuidadores que dejaron el planeta lleno de bioposibilidades). ¿Los rothens habrán descubierto una probable raza presentiente? ¿Una raza madura para la Elevación? ¿Deberíamos haber negociado con los ladrones de genes para tener acceso a sus datos, en vez de encerrarlos en el tiempo?

RECHAZAD ESA IDEA. Son extorsionadores y traidores reconocidos. Traeremos nuestros propios biólogos para investigar Jijo.

QUIÉN SABE. Quizá podamos acelerar el paso de las razas irruptoras por la senda que buscan. Los glávvers ya han avanzado hacia la inocencia. Los hoons, urs y qheuens tienen primos estelares que pueden oponerse si los adoptamos demasiado pronto. Pero eso puede cambiar cuando los fuegos de la batalla ardan a través de las galaxias. En cuanto a los lobeznos humanos, nuestra última noticia es que su mundo natal estaba sitiado, en circunstancias desesperadas.

Quizá los de Jijo sean los últimos de su especie.

ESO DEJA A NUESTRA CONSIDERACIÓN A NUESTROS PARIENTES TRAEKIS. Las pilas rebeldes que vinieron aquí buscaban rechazar el don de los oalies, los anillos especializados que nos dan propósito y destino. Es desgarrador ver que los traekis andan a tumbos como nuestros patéticos ancestros. Seres desgarbados, plácidos, carentes de ambiciones. Deberíamos iniciar de inmediato un programa para crear anillos maestros en gran cantidad. Una vez convertidos, nuestros primos serán instrumentos ideales de dominación y control, capaces de dirigir concienzudamente este planeta sin nuevos costes para el clan.

ESTAS PREOCUPACIONES PARECEN DE SUMA IMPORTANCIA.

Pero, desde el principio, algunos miembros de la tripulación se negaron a hablar de venganza, ganancia o redención. Aun el destino de los traekis lugareños parecía irrelevante, en comparación con el asunto que trajo aquí al Polkjhy.

Los rothens insinuaron que conocían el paradero de la nave desaparecida.

La nave que lleva noticias del retorno de los Progenitores.

¡ABANDONAD DE INMEDIATO TODA OTRA PREOCUPACIÓN! Así insistían estas pilas. ¡Enviad la corbeta restante al este! No esperéis que la tripulación de la primera nave se encargue sola de las reparaciones. Traed e interrogad a los esclavos humanos de los rothens. Buscad bajo el agua el escondrijo de la nave desaparecida. ¡Basta de demoras!

Pero nuestro líder capitán y nuestra pila sacerdotal convinieron en que algunos días no importarían. Nuestro predominio en este mundo es total. La presa no puede escapar.

LARK

La pálida luz del día penetraba el lago donde los árboles sumergidos agitaban sus ramas como en medio de la brisa. El rewq que tenía sobre los ojos le ayudaba a ver, amplificando el brumoso fulgor, pero Lark encontraba siniestras esas sombras, pues realizaban la sensación de que nada de esto podía ser real.

Trabajando bajo el agua junto a Rann y Ling, participaba en un extraño ritual, comunicándose con los atrapados habitantes de la burbuja de preservación. Desde que se inició el proceso, la ventana de la nave prisionera se había llenado de humanos y rothens que se apretaban ávidamente contra la barrera áurea. Sin embargo, desde el exterior no se veía ningún movimiento. Los del interior aún parecían estatuas, efigies de cera representando personas preocupadas.

Sólo cuando Lark y los demás nadadores se volvían, eludiendo su mirada, las «estatuas» cambiaban de posición a increíble velocidad.

Según la lacónica explicación de Ling, garrapateada en su tablilla, los cautivos vivían en «otro mundo cuántico». Mencionó la «interferencia cognoscitiva de observadores orgánicos» y parecía pensar que eso lo explicaba. Pero Lark no entendía por qué no mirar cambiaba las cosas. Sin duda Sara lo entendería mejor que su hermano biólogo. Yo bromeaba diciéndole que los libros que más le gustaban estaban llenos de abstracciones inservibles. Conceptos que ningún jijoano volvería a necesitar. Eso demuestra cuan poco sabía yo.

Para Lark esto apestaba a magia, como si la caprichosa diosa Ifni hubiera inventado la barrera dorada para poner a prueba la paciencia de los mortales.

Por suerte, los microanillos traekis brindaban a los nadadores humanos todo el aire que necesitaban. Cuando la provisión se agotaba, los toroides desplegaban grandes abanicos emplumados que ondulaban en el agua del lago como alas perezosas, recogiendo oxígeno fresco. Otro rasgo notable de esos adaptables seres anulares. Combinado con los trajes de skink y los rewqs, hacía que los nadadores parecieran exóticos monstruos marinos para los que estaban dentro de la burbuja.

Pero al fin los prisioneros prepararon una placa con un mensaje electrónico que envió palabras ánglicas a través de la barrera traslúcida.

DEBEMOS HACER CAUSA COMÚN, decía.

Hasta ahora, la idea de Lark había funcionado. A diferencia de la trágica Meseta de Dooden, estos prisioneros estaban encerrados en un casco hermético que impedía que el licor dorado inundara sus cuerpos y sus máquinas de soporte vital. Más aún, el helado lago absorbía calor suficiente para que sus máquinas ociosas no los hornearan. Estaban encapsulados en un tiempo extraño, pero vivos.

Cuando Lark miró a uno de los amos rothens, distinguió fácilmente la máscara. Los colores generados por el rewq dividían sus rasgos carismáticos, tan nobles para

un humano, en dos partes, cada cual con su propia aura. En la parte superior había una carnosa bestia simbiote, modelada para presentar ese semblante regio, los pómulos altos y la majestuosa nariz. Una franja gris delataba que bajo los ojos rothen había una especie de lente sintética, y que los dientes blancos tenían una cobertura artificial.

Un disfraz convincente, pensó. Pero aun sin las máscaras, los rothens eran notablemente humanoides, una semejanza que sin duda había alentado su astuto plan de conquistar a algunos terrícolas impresionables en los frenéticos e ingenuos días posteriores al Contacto, haciendo de esos conversos una selecta tribu de leales ayudantes, los daniks. Los rothens contaban con intermediarios humanos para el trabajo sucio. Y si los daniks eran sorprendidos, la Tierra sería culpada.

Los ocupantes de esa nave se merecían ese destino. Lark habría votado por abandonarlos hasta que Jijo reclamara esa escoria. Sólo que ahora acechaba un peligro mayor, y no había otro lugar donde buscar aliados contra los jophurs.

Los cautivos parecían ávidos. La última línea de su mensaje así lo expresaba.

¡SACADNOS DE AQUÍ!

Flotando en la corriente, Lark vio a Rann, el alto danik, escribiendo en su tablilla.

DEBEMOS ENCONTRAR UN CAMINO. DEBÉIS PREPARAR UNA ÓRBITA. LAS...

Lark cogió su tablilla, pero Ling actuó primero, arrebatándole el cincel a Rann. El danik reaccionó con sorpresa y furia. Pero estaba en inferioridad numérica, y sabía que Jeni Shen tenía dardos letales en su ballesta subacuática. La sargento observaba desde un punto donde su vigilancia no interferiría con esta conversación distorsionada por el tiempo.

Ling reemplazó el mensaje de Rann con otro.

¿ALGUNA SUGERENCIA?

Se colgó la tablilla sobre la espalda, con el mensaje hacia fuera.

Cuando hizo una señal, Rann y Lark se giraron con ella. Lark sintió un escalofrío al imaginar una frenética actividad a sus espaldas. Sin observadores, los rothens y los daniks quedaban liberados del tiempo congelado, libres para leer el mensaje de Ling, deliberar y buscar una respuesta.

Nunca leí mucho sobre física, pensó Lark. Pero hay algo realmente desquiciado en todo esto.

Los nadadores sintieron que la inercia los hacía volver. Pocos duras después se volvieron hacia la ventana, y la mayoría de los rothens y humanos se había movido en ese breve instante. Un nuevo mensaje parpadeaba en la tablilla eléctrica.

MÉTODO PREFERIDO: DESTRUIR A LOS JOPHURS.

Lark sofocó una carcajada, llenando de burbujas su tubo de respiración. Ling lo miró de soslayo, compartiendo la broma. La segunda parte del mensaje era más seria.

OTRA POSIBILIDAD: OFRECER A LOS JOPHURS LO QUE DESEAN.

¡COMPRAR NUESTRA LIBERTAD!

Lark escrutó a las estatuas apiñadas, donde muchos rostros humanos exhibían expresiones de desesperación. La súplica lo conmovía. En cierto modo no es culpa de ellos. Sus antepasados hicieron un trato estúpido, al igual que los míos. La gente debía ser alocada y crédula en esos días, cuando los terrícolas conocieron la cultura galáctica.

Le costó endurecer su corazón, pero sabía que debía hacerlo.

Rann quiso coger nuevamente la tablilla, pero Ling se apresuró a escribir:

¿QUÉ PODÉIS OFRECER A CAMBIO?

Al ver el mensaje, Lark y Rann la miraron asombrados. Pero Ling no parecía consciente de que sus palabras tenían un sentido personal, además de general. Se giraron de nuevo, dando a los prisioneros la oportunidad de leer y responder. Mientras giraban en un lento círculo, Lark la miró de soslayo, pero esas antiparras vivientes le impedían mirarla a los ojos. El aura transmitida por el rewo comunicaba una fiera resolución.

Lark esperaba que los cautivos demostraran contrariedad ante la implícita secesión de Ling. Luego comprendió. Ellos sólo nos ven cuando les damos la espalda. Quizá ni siquiera sepan que estos dos son Rann y Ling.

LO QUE TENGAMOS.

Era la franca respuesta, en letras relucientes.

El próximo mensaje de Ling fue igualmente conciso.

RO-KENN PROPAGÓ PESTE QHEUEN Y HOON. QUIZÁS OTRAS.

CURADLAS O PERECED.

Ante esta nueva acusación, Rann perdió los estribos y burbujeó de furia. Lark temió que sus maldiciones llegaran hasta la otra orilla del lago. El hombre de las estrellas intentó coger la tablilla, forcejeando con Ling. Pero Lark se pasó la mano por la garganta y Jeni se aproximó desde el flanco de la nave, blandiendo la ballesta y acompañada por dos jóvenes qheuens.

Rann desistió y se giró mecánicamente. Lark oyó un ruido rechinante, y supo que el corpulento danik apretaba los dientes.

Lark esperaba que los prisioneros alegaran su inocencia, y por cierto su próximo mensaje proclamaba:

¿PESTE? NO SABEMOS NADA DE ESO.

Pero Ling fue tan terminante que sorprendió a Rann. Usando un lenguaje expeditivo, dijo a los cautivos —sus ex amigos y camaradas— que respondieran honestamente o quedarían librados a su suerte. Así logró una renuente admisión.

RO-KENN TENÍA OPCIONES. OPTÓ POR USAR ESOS MEDIOS. SACADNOS DE AQUÍ. TENEMOS CURAS.

Lark miró a la mujer, deslumbrado por la intensidad de su aura reww. Hasta ese momento ella debía haberse aferrado a la esperanza de que todo fuera un error, de que la condena de Lark contra los dioses rothen tuviera algún fallo. De que hubiera otra explicación.

Ahora esas complicadas posibilidades se desvanecían. La llama de su furia hacía palidecer la de Rann.

Mientras ambos daniks se enfurecían, cada cual por motivos diferentes, Lark cogió la tablilla y escribió una respuesta.

PREPARAD CURAS DE INMEDIATO. PERO HAY ALGO MÁS. NECESITAMOS OTRA COSA.

Tenía sentido que los jophurs usaran esa extraña arma, derramando sobre sus enemigos una materia temporal químicamente sintetizada. Le hacía honor al genio de su raza para manipular materia orgánica.

Pero en su desprecio, los anillos maestros habían olvidado algo.

En Jijo tienen primos que son leales a los Seis.

Los traekis carecían de ambición, y no eran expertos en ciencia galáctica avanzada. Aun así, un equipo de talentosos farmacéuticos analizó la sustancia —un tejido viscoso, cuasiviviente— sólo por el sabor. Sin comprender sus arcanos efectos temporales, lograron secretar un antídoto con sus fecundas glándulas.

Lamentablemente, no era sólo cuestión de aplicar la fórmula y frotar el capullo dorado que rodeaba la nave rothen. Ante todo, el antídoto se diluía en el agua. Aplicarlo bajo un lago presentaba problemas.

Pero existía una posibilidad. En la Meseta de Dooden, encontraron que los capullos de preservación de la araña reductora se podían apretar contra la pared dorada para que se fusionaran con ella y penetraran la barrera como piedras hundiéndose en arcilla.

Lark hizo traer más capullos del antiguo ser que Dwer llamaba Única-en-su-especie. Qheuens azules empujaron objetos ovoides contra el tramo de pared que él indicó, frente a la ventana. Estos capullos habían sido ahuecados y transformados en botellas, cerrados en un extremo con tapones de cera traeki. En su interior había máquinas y otras reliquias de la era buyur, reluciendo como insectos atrapados en ámbar. Ahora esas reliquias parecían flotar en el interior, chapoteando en una espuma.

Al principio el esfuerzo de los qheuens dio pocos resultados visibles. Estampidos y gorgoteos resonaban en el agua, pero no había fusión. Lark escribió una orden.

¡QUE NADIE MIRE!

Ling asintió vigorosamente. Cuando realizaban experimentos en el devastado asentamiento g'Kek, no había observadores en el interior. Es decir, no había observadores vivientes. Aquí la escena era observada, de un modo extrañamente

alternativo, por gente de ambos lados. Tal vez los efectos cuánticos asimétricos implicaran que nada sucedería mientras la gente observara.

Tardaron un rato en hacer comprender a los de la nave que también debían girarse. Pero pronto los rothens y humanos de ambos lados giraron. Los jóvenes qheuens empujaron a ciegas, enfocando sus cúpulas de visión hacia el interior de su caparazón. Este debe ser el modo más exótico de hacer algo, pensó Lark, mirando el turbio paisaje, otrora el Valle de Asamblea de la Comuna de las Seis Razas. Toda su vida, los maestros y dirigentes le habían dicho que mirase lo que hacía. Este modo inverso de actuar —donde no mirar era una virtud— le recordaba que algunos místicos nihaneses de la Angostura practicaban «artes zen» tales como la arquería, con los ojos vendados, cultivando el distanciamiento y preparándose para la Senda de la Redención.

De nuevo miró a Ling. Su aura aún hervía, aunque en tonos más calmos. Ha terminado con su vieja lealtad. ¿Tendrá una nueva? Es decir, aparte de la venganza. Deseaba hablar a solas con ella, sin la actitud agresiva de sus conversaciones anteriores. Pero no estaba seguro de que ella quisiera lo mismo. Aunque él hubiera tenido razón, ella no lo bendeciría por destruir sus ídolos de la infancia.

Después de un largo intervalo, Ling cabeceó y se giraron de nuevo.

Rann gruñó satisfecho, y Lark sintió que su corazón palpitaba con fuerza.

Los capullos habían penetrado en la jaula reluciente. Los empeñosos azules burbujearon de satisfacción y se dirigieron al bosquecillo de bu, extrayendo aire de su improvisado esnorquel.

Lark escribió un mensaje para los que estaban en la nave.

QUE TODOS SE ALEJEN SALVO DOS HUMANOS. USAD PROVISIÓN DE AIRE. TRAED CURAS.

Cuando él y sus compañeros miraron la ventana, estaba vacía.

Había dos mujeres al otro lado. Aunque menudas, aun a través de sus trajes de natación vio figuras bien desarrolladas, con curvas y cintura de avispa. Sin duda habían aprovechado la misma bioescultura cosmética que había hecho a Ling y la difunta Besh tan atractivas. Es otro universo, donde uno puede modelarse a sí mismo como un dios.

Lark nadó hasta el sitio donde la punta de la cápsula reductora sobresalía de la barrera jophur. La mayor parte de la cápsula estaba enterrada. El agujero de la improvisada botella estaba taponado por un sello de cera.

Extrajo de su morral una herramienta provista por uno de los asistentes de Lester Cambel. Un «abrelatas», lo llamaba.

—Nuestro problema es poner el fluido en contacto con la barrera, pero no con el agua del lago —había explicado el técnico—. Nuestra respuesta es usar el nuevo fluido traeki para ahuecar algunas cápsulas reductoras. Luego revestimos estas

cavidades con cera neutral y las rellenas con más antídoto. El agujero queda tapado, así que tenemos un recipiente cerrado...

—Veo que dejaste una máquina buyur dentro —había observado Lark.

—El fluido no la afectará, y necesitamos esa máquina dentro. No importa lo que hacía en tiempos buyurs, mientras podamos activarla para que mueva un cordel sujeto al tapón. Cuando salga el tapón, el contenido entrará en contacto con la pared jophur. Es infalible.

Lark no estaba tan seguro. No se sabía si los artefactos eléctricos caseros funcionarían bajo el agua, rodeados por campos de distorsión temporal. Aquí vamos, pensó, apretando el activador.

Para su alivio, la máquina buyur empezó a moverse, extendiendo un apéndice flexible.

Me pregunto qué hacías, reflexionó, mirando cómo la máquina se retorció y giraba. ¿Tienes conciencia suficiente para preguntarte quién eres? ¿Adonde se han ido tus amos? ¿Tienes un reloj interno para saber que ha pasado medio millón de años? ¿O el tiempo se detuvo dentro de la cápsula?

El brazo serpentino se estiró mientras la máquina se enderezaba, tirando de un cordel unido al tapón. El tapón se deslizó, se trabó, se deslizó una vez más.

Costaba seguir los acontecimientos en la región del «tiempo cuántico separado». Las cosas sucedían espasmódicamente. A veces el efecto parecía preceder a la causa o él veía el otro lado de un objeto rotativo mientras partes más cercanas permanecían oscurecidas. Era un modo extraño y oblicuo de ver que le recordaba el arte «cubista», descrito en un antiguo libro que su madre solía tomar del Archivo de Biblos.

Al fin, el tapón se liberó. Una espuma rojiza se difundió desde la punta de la improvisada botella, donde su contenido se encontraba con la pared dorada. Lark observaba con ansiedad, y notó que su amuleto, el fragmento del Huevo Sagrado, se calentaba. Aferró su traje de skink con la mano izquierda, pero no pudo tocar la piedra vibrante. Soportó la palpitación como si fuera una picazón que no podía rascarse.

Rann gruñó de satisfacción mientras la mancha espumosa se difundía, erosionando la barrera jophur. El agujero que se ensanchaba encontró pronto otra «botella» incrustada en la pared cerca de la primera. En pocos momentos brotó más fluido solvente. El material de la barrera titiló como si estuviera vivo, como si sufriera dolor. Ondas de color palpitaron alrededor de la creciente cavidad, mientras su rewq procuraba leer extrañas emociones.

Tan fascinados estaban todos que durante un tiempo nadie miró hacia la cámara de presión y sus dos ocupantes, hasta que una corriente apartó a Lark. Careciendo de observadores externos, las mujeres daniks debían haber experimentado el paso del tiempo de modo más lineal. Parecían tensas, y se alejaban de la espuma rojiza,

agazapándose cerca de la puerta interna de la cámara mientras la burbuja se aproximaba lentamente. Se les notaba el miedo a través de las máscaras faciales transparentes. Nadie sabía qué sucedería cuando penetrara la susurrante efervescencia.

También se estaba acercando al lado de Lark de la pared. Él retrocedió hacia los demás y descubrió que ellos habían retrocedido más.

Ling le cogió el brazo.

Aparentemente, si lograban cavar un túnel sería ancho en el medio pero muy angosto en ambos extremos. Además el material de la pared no era sólido, sino un líquido muy viscoso. Un topórgico fresco ya se deslizaba hacia la cavidad. Todo pasaje sería por fuerza provisional.

Si no calculamos bien, si los dos extremos se abren en el orden equivocado, tendremos que empezar de nuevo. Hay más botellas de líquido en la caverna. ¿Pero cuantas veces podemos intentarlo?

Aun así, no podía no sentir orgullo.

No estamos indefensos. Frente a un poder abrumador, innovamos. Perseveramos.

Esta comprensión era una irónica confirmación de la herejía que él había sostenido toda su vida adulta.

No estamos destinados a la Senda de la Redención. Por mucho que lo intentemos, nunca viajaremos por el camino de la inocencia. Por eso nuestra especie nunca tendría que haber venido a Jijo. Estamos destinados a las estrellas. Este no es nuestro lugar.

NELO

No sabía qué era lo más triste.

Por momentos deseaba que el bote se hubiera volcado durante esa carrera por los rápidos, así no habría vivido para ver esas cosas.

Necesitaron medio día de trajín con los remos para remontar la corriente hacia Villa Dolo. Cuando llegaron a la pila de madera que había sido el muelle, los jóvenes remeros estaban exhaustos. Los aldeanos bajaron por una barranca lodosa para ayudarles a arrastrar el bote a la costa y llevaron a Ariana Foo a terreno seco. Un hoon corpulento ignoró las protestas de Nelo, lo recogió como un bebé y lo depositó junto a las raíces de un árbol garu.

Muchos sobrevivientes erraban aturcidos, aunque otros formaron cuadrillas cuya primera tarea era juntar escoria. Sobre todo cadáveres: era preciso recogerlos y reducirlos, tal como lo exigía la ley sagrada.

Nelo vio cadáveres formando una larga fila. La mayoría eran humanos. En aturdimiento vio al maestro carpintero y a Jobee el fontanero. Algunos artesanos yacían cubiertos de lodo en una franja de légamo y muchos más habían desaparecido, arrastrados corriente abajo cuando el río arrasó con el molino y los talleres. Los granjeros arbóreos, en cambio, habían sufrido pocas pérdidas. Viviendo en la copa de los Árboles, no estaban expuestos cuando se rompió la represa.

Nadie hablaba, aunque las miradas seguían al papelero mientras recorría la hilera, con un murmullo de dolor cuando reconocía a un empleado, un aprendiz o un viejo amigo. Cuando llegó al final, no dio media vuelta sino que siguió andando en la misma dirección, hacia lo que había sido el centro de su vida.

El lago estaba bajo. Quizá la inundación no lo haya destruido todo.

Nelo estaba desorientado, pues se sentía transportado lejos de su aldea natal. En vez de plácidas aguas, bajíos fangosos se extendían casi una legua. Un río atravesaba su amada represa.

Para los qheuens, la represa y el hogar eran lo mismo. Ahora la colmena estaba partida en dos. El colapso había destruido el recinto de las larvas. Equipos de azules adultos trajinaban para proteger los huevos sobrevivientes de la intensa luz del sol.

Nelo miró aprensivamente el lugar donde estaba su famosa papelería, junto a una grácil rueda de molino. De su casa, sus talleres y sus cubas de pulpa sólo quedaban los cimientos.

Ese espectáculo le desgarró el corazón, pero nada ganaba con desviar los ojos. A poca distancia vio más qheuens azules trabajando en silencio en la costa, tratando de liberar a uno de los suyos de una especie de nido. Por su falta de apuro, era evidente que la víctima estaba muerta, tal vez ahogada en los bajíos.

Reconoció con pesadumbre el cadáver, una hembra anciana —Muerdetroncos—

por las tallas del caparazón. Otra amiga perdida, y un golpe para todos los que valoraban su sabiduría a orillas del Roney.

Luego reconoció la trampa que la había sujetado hasta ahogarla. Era una maraña de madera y alambres. Algo procedente del hogar de Nelo.

El precioso piano de Melina, que yo ordené construir con gran coste.

Lanzó un gemido gutural. En todo el mundo, sólo le quedaba una cosa por la cual vivir: la esperanza, frágil como era, de que sus hijos estuvieran a salvo y no tuvieran que ver semejantes cosas.

¿Pero dónde estaban? ¿Qué lugar podía ser seguro, cuando naves estelares podían descender del cielo y arrasar el trabajo de cinco generaciones en un santiamén?

Unas palabras lo arrancaron de sus amargas cavilaciones sobre el suicidio.

—Yo no hice esto, Nelo.

Se volvió y vio a otro humano. Otro artesano de su edad. Henrik el demoledor, cuyo joven hijo había acompañado a Sara y el forastero en su viaje a tierras lejanas. Al principio las palabras lo desconcertaron. Tragó saliva hasta encontrar las fuerzas para responder.

—Claro que tú no lo hiciste. Dicen que una nave del cielo...

El demoledor sacudió la cabeza.

—Tontos o embusteros. O bien no saben calcular el tiempo, o bien fueron cómplices.

—¿A qué te refieres?

—Una nave nos sobrevoló, sí, y nos echó un vistazo. Luego pasó de largo. Un día después vino una partida de granjeros. Sacaron los sellos de algunas de mis cargas, bajo uno de los muelles de la represa, y le acercaron un soplete.

Nelo pestañeó.

—¿Qué has dicho? —Lo miró, parpadeó de nuevo—. ¿Pero quién...?

Henrik respondió con una sola palabra.

—Jop.

LARK

Los exploradores regresaron del helado lago a la caverna, llevando todo lo que habían buscado. Pero les esperaban malas noticias.

Lark sentía fatiga mientras sus ayudantes le quitaban el equipo de buceo y lo secaban. Le parecía extraño estar de vuelta, como si la vida en la tierra seca hubiera sido siglos atrás.

Una tensa tristeza llenaba la voz del cabo humano que comunicó lo que había sucedido en ausencia de Lark.

—Atacó a nuestros grises de pronto, arrancándoles una flema efervescente. Luego un par de jóvenes azules enfermaron también. Los enviamos a ver a un farmacéutico de la cumbre, pero se dice que la peste está empeorando por allí. Quizá no quede mucho tiempo.

Se volvieron hacia las mujeres daniks que acababan de escapar de la nave atrapada. Aún parecían aturcidas por su experiencia, que había comenzado con el golpe del agua que había inundado la cámara de presión cuando la fisura se rompió al fin. Después protagonizaron una apresurada y pesadillesca fuga por la abertura, escurriéndose desesperadamente antes que el túnel se cerrara y aprisionara sus cuerpos en tiempo líquido, como los pobres g'Kek de la Meseta de Dooden.

Lark había sentido una gran turbación al ver las imágenes de esa fuga en distorsión cuántica. En vez de dos siluetas humanas, parecían órganos sueltos retorciéndose en un tubo que se desplazaba alrededor de ellas. Por un instante vio a una mujer con sus entrañas expuestas, ofreciendo un conocimiento indeseado sobre su última comida.

Pero aquí estaban vivas frente a él. Superando su náusea, las dos fugitivas se atuvieron al trato, poniéndose a trabajar de inmediato en una pequeña máquina que traían. A cambio de una cura, los jjoanos ayudarían a otros tripulantes a salir de la nave atrapada, luego coordinarían una acción conjunta contra los jophurs, sin duda alguna medida desesperada que requeriría una unión de los magros conocimientos y recursos de ambos grupos, más una generosa porción de la ayuda de Ifni.

Todo el proyecto había sido idea de Lark, pero él le daba tantas probabilidades de éxito como a un ribbit que quisiera salir ileso de la guarida de un ligger.

—¿Síntomas? —preguntó la primera mujer, cuyo cabello rojizo Lark nunca había visto en una jjoana.

—¿No sabéis qué virus es? —preguntó Jeni Shen.

—En la estación de investigación guardábamos diversos agentes patógenos —respondió la otra, una imponente trigueña que parecía mayor que los daniks que Lark había visto. Parecía una cuarentona escultural, aunque quizá tuviera dos siglos.

—Si Ro-kenn liberó un organismo de esa provisión —continuó—, debemos

identificar cuál es.

A pesar de haberse quitado el rewoq, Lark identificó una renuencia fatalista en su voz. Al ayudar a resolver el problema, ella confesaba que Ro-kenn había intentado el genocidio, y que su nave llevaba rutinariamente los medios para ese crimen. Tal vez, como Ling, no supiera nada de ello hasta el momento. Sólo la indefensión habría forzado a los rothens a revelar tanto a sus servidores humanos, así como a los irruptores de Jijo.

A juzgar por su expresión, Rann disentía con la medida, y Lark sabía por qué.

Va más allá de la moralidad y los crímenes contra la Ley Galáctica. Nuestros qheuens y hoons tienen parientes entre las estrellas. Si esta noticia se difunde, ellos podrían vengarse de los rothens. O bien, con estas pruebas, la Tierra podría iniciar un pleito para reclamar la población danik que los rothens han mantenido en secreto durante dos siglos.

Claro que eso supone que la Tierra aún vive. Y que todavía impera la ley en las Cinco Galaxias.

Rann obviamente entendía que el riesgo era demasiado grande.

Habrían tenido que sacrificar la nave y la tripulación para guardar el secreto.

Lo lamento, Rann, pensó Lark. Al parecer tus compañeros prefieren vivir.

Mientras Ling describía la enfermedad que había liquidado a Uthen ante sus propios ojos, Lark oyó que Rann susurraba con impaciencia a Jeni Shen:

—Si hemos de sacar a los demás, tiene que ser una tarea completa. Debemos trasladar armas y provisiones. La fórmula traeki se debe reproducir a bordo, para abrir un pasaje duradero...

—Una vez que hallemos una cura, hombre de las estrellas —replicó Jeni—. De lo contrario, tus compadres y su raza de los amos pueden pudrirse en su propio estiércol.

Pintoresco, pensó Lark, sonriendo.

Pronto la máquina estuvo programada con todos los datos pertinentes.

—Muchos hoons también están dando indicios de una nueva enfermedad —le recordó Ling.

—Llegaremos a eso —dijo la pelirroja—. Esto llevará un par de minutos.

Lark observó los símbolos que cruzaban la diminuta pantalla.

Más ordenadores, pensó de mal humor. Era una unidad mucho más pequeña que el gran procesador que habían usado en la Meseta de Dooden. Esta «resonancia digital» quedaría tapada por la actividad geológica de la zona, más cincuenta metros de roca sólida.

¿Pero cómo estar seguros?

El dispositivo campanilleó.

—Síntesis completa —dijo la danik mayor, cogiendo una redoma que contenía un fluido verde—. Aquí hay sólo dos o tres dosis, pero bastará para probarlo. Podemos

producirlo en masa a bordo de la nave. Lo cual significa que necesitaremos un canal permanente a través de la barrera.

Entendía que su bando contaba con una ventaja para negociar.

Sosteniendo la redoma con tres dedos, continuó:

—Este sería buen momento para discutir cómo cada grupo ayudará al otro, el vuestro con mano de obra, y el nuestro brindando...

Ling le arrebató la cápsula y la puso en manos de Jeni Shen.

—Corre —le dijo.

Jeni echó a correr seguida por un par de chillones noors.

Tendrían que esperar el alba para regresar a la nave prisionera. Ni siquiera un reww bien sintonizado podía amplificar una luz inexistente.

Ling quería mantener a las dos daniks ocupadas produciendo antídotos contra todos los patógenos enumerados en la biblioteca, por si otras pestes se estaban propagando sin que nadie lo supiera, pero Lark vetó la idea. Desde el desastre de Dooden, los ordenadores lo ponían nervioso. Quería que éste estuviera encendido el menor tiempo posible. Que los rothens produjeran más vacunas a bordo de la nave y las sacaran junto con otras provisiones, dijo, cuando hicieran un nuevo túnel. Ling parecía dispuesta a discutir, pero optó por callarse. Cogiendo un farol, se retiró a un rincón de la caverna, lejos de Rann y sus ex camaradas.

Lark pasó un tiempo preparando un informe para los sabios supremos, pidiendo más botellas del líquido traeki y describiendo las condiciones preliminares de una alianza entre las Seis Razas y sus ex enemigos, aunque no confiaba mucho en esa coalición.

Nos prometen armas y más ayuda, escribió. Pero exhortaba a la cautela. Dada la relativa facilidad con que vencieron a los rothens, a quienes Phwhoon-dau caracteriza como delincuentes galácticos, deberíamos preferir cualquier trato ventajoso con los jophurs, salvo consentir el genocidio. La insurrección debe considerarse un último recurso.

Tal vez esta recomendación sonara extraña para los sabios, pues el plan de Lark era el que había permitido la alianza con los rothens. Pero Lark no veía ninguna contradicción. Abrir una puerta no significaba trasponerla. Él creía en explorar diversas posibilidades.

No quedaba mucho salvo aguardar, esperando que las noticias de los médicos fueran prontas y satisfactorias. El grupo ni siquiera podía encender una fogata en la húmeda caverna.

—Hace frío —comentó Ling cuando Lark pasó cerca de ella. Él buscaba un sitio para desenrollar su saco de dormir. No quería acercarse más de la cuenta, pero tampoco quería alejarse demasiado, por si ella lo llamaba. Se detuvo, preguntándose a qué se refería.

¿Eso fue una invitación? ¿O una acusación?

Lo segundo parecía más probable. Ling habría estado mucho más cómoda en un cálido habitat de alta tecnología, bajo la lumbre de una fe mesiánica.

—Hace frío, en efecto —murmuró.

Era difícil acercarse. Era difícil esperar otra cosa que no fuera un rechazo. Durante meses su relación se había basado en una tensa batalla de ingenio que en parte era indagación y en parte búsqueda de supremacía, con momentos de intensidad erótica. Al fin él había ganado la partida, pero no por su propio mérito. Los pecados de los dioses rothens daban a Lark un arma que no guardaba proporción con su habilidad personal, dejándole una sola opción, destruir todas las creencias de Ling. Desde entonces habían trabajado juntos en pos de una meta común sin intercambiar palabras personales.

Había logrado que Ling fuera una aliada de Jijo, pero había perdido lo que tenían antes. No se sentía como un conquistador.

—Entiendo por qué te consideran hereje —dijo Ling, rompiendo el incómodo silencio.

Por timidez o desconfianza, Lark no la miraba directamente. Vio que ella tenía un libro abierto en el regazo, con una página iluminada por el tenue haz de su farol. Era el texto de biología jijoana que él había escrito con Uthen. El trabajo de una vida.

—Traté de que eso no obstaculizara mis investigaciones —respondió.

—¿Cómo podía no interferir? Tu uso de la taxonomía cladística choca con el modo en que la ciencia galáctica ha definido y organizado las especies durante mil millones de años.

Lark entendió lo que ella se proponía, y se alegró. Su común amor por la biología era un terreno neutro donde no entraban las cuestiones de culpa o vergüenza. Se acercó para sentarse en una piedra.

—Creí que hablabas de mi herejía jijoana. Yo formaba parte de un movimiento... —Hizo una mueca, recordando a su amigo Harullen—. Su objetivo era persuadir a las Seis Razas de poner fin a nuestra colonia ilegal... voluntariamente. Ella asintió.

—Una postura digna, por pautas galácticas. Pero difícil para los seres orgánicos, que están programados para el sexo y la propagación.

Lark se sonrojó, y agradeció que hubiera poca luz.

—Bien, la cuestión ya no está en nuestras manos —dijo—. Aunque curemos las pestes de Ro-kenn, los jophurs pueden liquidarnos. O bien pueden entregarnos a los Institutos, y tendremos el Día del Juicio que describen los Rollos Sagrados. Podría ser un alivio, después de los últimos meses. Al menos, es como siempre me imaginé que terminarían las cosas.

—Aunque esperabas que no sucediera hasta que estuvieras redimido. Sí, conozco

vuestra ortodoxia jjoana. Pero yo hablaba de una herejía científica, del modo en que tú y Uthen organizasteis los tipos animales en vuestro trabajo... por especie, género, phylum y demás. Usáis el sistema cladístico de la taxonomía terrícola anterior al Contacto.

Él asintió.

—Tenemos algunos textos que explican la nomenclatura galáctica. Pero la mayoría de nuestros libros vinieron de archivos terrícolas. Pocos biólogos humanos habían adoptado el sistema galáctico cuando partió la Tabernáculo.

—Nunca vi la cladística usada en un ecosistema real —comentó Ling—. Presentas un fuerte argumento a su favor.

—Bien, en nuestro caso se trata de hacer virtud de la necesidad. Estamos tratando de entender el pasado y el presente de Jijo estudiando una sola tajada de tiempo, aquélla donde vivimos. Como pruebas, sólo tenemos los rasgos comunes de los animales vivientes y los fósiles que exhumamos. Es como seguir la historia de un continente estudiando capas de rocas. Los terrícolas hacían ese tipo de ciencia antes del Contacto... como reunir pruebas de un delito mucho después que el cadáver se enfriara. Los galácticos nunca necesitaron esas técnicas de interpolación. En el curso de los milenios se limitan a observar y consignar el ascenso y caída de las montañas y la divergencia de las especies. O bien crean nuevas especies mediante injertos genéticos y Elevación.

Ling asintió reflexivamente.

—Nos han enseñado a despreciar la ciencia lobezna. Supongo que eso afectó el modo en que yo te trataba cuando... bien, ya sabes.

Si era una disculpa, Lark la aceptaba satisfecho.

—Yo tampoco fui del todo franco contigo, por lo que recuerdo.

Ella rió secamente.

—No, no lo fuiste.

El silencio se prolongó. Lark estaba por seguir hablando de biología, pero comprendió que era un error. Aquello que había servido para franquear un silencio incómodo sólo podía mantener una reserva, una neutralidad que él ya no quería. Torpemente, intentó cambiar de tema.

—¿Qué clase de...? —Tragó saliva y empezó de nuevo—. Tengo un hermano y una hermana. Quizá los haya mencionado antes. ¿Tienes familia en...?

Dejó la pregunta pendiente, y por un momento temió haber rozado un tema demasiado doloroso y personal. Pero Ling, con su expresión de alivio, demostró que quería seguir adelante.

—Tenía un hermano menor —dijo—. Y una hija-en-común cuyos suprapadres eran muy amables. Los extraño mucho.

Durante un midura Lark escuchó desconcertado la descripción del complejo

modo de vida danik en el lejano Puesto de Poria. Dejó que ella descargara su tristeza, ahora que incluso sus camaradas libres eran como alienígenas para ella, y nada volvería a ser igual.

Luego pareció muy natural desenrollar su saco de dormir junto a ella. Separados por capas de tela y torg algodónoso, sus cuerpos compartían el calor sin tocarse. Pero en el fondo Lark sentía un sosiego que hasta ahora le había faltado.

Ella no me odia.

Era un buen comienzo.

La segunda inmersión pareció más rápida al principio. Ahora tenían más experiencia en el viaje subacuático, aunque varios voluntarios humanos tuvieron que reemplazar a los qheuens azules enfermos.

En cuanto a la enfermedad, las noticias resultaron alentadoras. Las muestras de vacuna parecían ayudar a las primeras víctimas. Mejor aún, los traekis podían sintetizar las moléculas. Aun así, era demasiado pronto para celebrarlo. Aunque existiera una cura completa, estaba el problema de la distribución. ¿Las curas podrían llegar a las comunidades distantes antes que poblaciones enteras de qheuens y hoons fueran asoladas?

En la nave rothen, la cámara de presión ya estaba ocupada por tripulantes con equipo de buceo —tres humanos y un rothen— junto a cajas de provisiones. Como figuras de cera, permanecían inmóviles mientras Lark y Ling entrenaban a nuevos asistentes en las extrañas artes que habían aprendido el día anterior. Luego abrieron otro túnel en la materia dorada.

Una vez más se turnaron, dejando que los tripulantes se prepararan. Una vez más los voluntarios se aproximaron con cápsulas de preservación ahuecadas que se convirtieron en botellas para el solvente.

Una vez más tuvieron que mirar hacia otro lado. Nada ocurrió en los primeros intentos, hasta que Jeni notó que uno de los nuevos ayudantes estaba espiando por curiosidad. A pesar de la resistencia del agua, le dio un golpe tan fuerte que el sonido vibró como un latigazo.

Pronto fueron expertos en ello. Había seis botellas en su sitio, a distintas distancias dentro de la barrera. Al igual que el día anterior, Lark aplicó el «abrelatas», encendiendo una antigua máquina buyur, que a la vez tiró de un tapón de cera, desatando una reacción en cadena para abrir un agujero en el viscoso material. Retrocedió, fascinado nuevamente por visiones turbadoras mientras la espuma roja se propagaba y se formaba una cavidad. Alguien le tocó el hombro.

Jeni, la joven miliciana, le mostraba una tablilla de cera.

¿DÓNDE ESTÁ RANN?

Él parpadeó, pero no lo sabía. El alto danik estaba cerca un momento antes. Jeni estaba preocupada. Lark escribió en su tablilla: AHORA NO NOS NECESITAN.

LING Y YO BUSCAREMOS EN EL NORTE.

ENVÍA A OTROS AL SUR Y ESTE. TÚ QUÉDATE.

Jeni aceptó a regañadientes. El trabajo de Lark estaba casi terminado. Si el túnel se abría según lo planeado, pasaría otro grupo y Jeni debería coordinar su traslado y el de su equipo a la caverna.

Ling asintió con un cabeceo. Se marcharon juntos, pataleando. Unidos, podrían enfrentarse a Rann si se resistía. De todos modos, ¿adonde iría? En ese momento no tenía muchas opciones.

Aun así, Lark sentía aprensión. Con cierta ventaja, Rann podía llegar a la costa del lago y escapar. Podría causar problemas o, peor aún, ser atrapado e interrogado por los jophurs. Rann era recio, ¿pero cuánto podría resistir contra las técnicas de interrogación galácticas?

Cuando Ling le cogió el brazo, Lark se volvió para seguir su gesto, que señalaba la superficie del lago. Allí vio un par de aletas ondeando en el extremo de dos fuertes piernas.

¿Qué hace allá arriba? se preguntó Lark mientras se elevaban hacia el escondido danik. Rann había llegado a la superficie. Su cabeza y sus hombros estaban fuera del agua. ¿Está echando un vistazo a la nave jophur? Todos queríamos, pero nadie se atrevía.

Lark sintió como un peso la sombra de esa gigantesca nave. Por primera vez tenía una impresión directa de su forma globular y sus dimensiones colosales, que bloqueaban por completo el angosto valle, creando ese lago. Habiéndose criado junto a una represa, Lark tenía una idea de la presión que ejercía tanta agua. Habría una tremenda inundación cuando despegara para regresar a su hogar de las estrellas.

El anillo traeki luchó mientras ascendían, siseando y palpitando para adaptarse al cambio de presión. El tubo bucal se retorció. Pero la principal preocupación de Lark era que los jophurs localizaran a Rann.

Con suerte, las pieles de skink lo harán parecer un resto flotante, que es como se sentirá cuando termine con él. Era presa de la ira cuando cogió el tobillo del danik.

La pierna respondió con una patada instintiva.

Ling cogió el otro brazo de Lark, señalando por segunda vez.

Rann tenía un objeto frente a él... el ordenador rothen. Estaba tecleando los controles mientras se mantenía a flote.

¡Canalla! Lark subió a la superficie, tratando de atrapar el aparato.

Ya no le importaba si su cuerpo era visible desde lejos. Era como si Rann hubiera encendido una señal luminosa mientras batía un tambor.

En cuanto Lark emergió, el danik intentó pegarle... y habría sido el golpe de un experto, en tierra firme. Pero Rann, estando en el agua, perdió el equilibrio y sólo rozó la oreja de Lark.

En medio del dolor, Lark notó que Ling emergía detrás de su ex colega, arrojándole los brazos al cuello. Lark aprovechó la distracción, pateando el pecho de Rann hasta hacerle soltar el ordenador.

Eso no bastaba para terminar el peligro. La pantalla aún estaba encendida.

—¡No sé cómo apagar esta cosa! —le gritó a Ling.

Ella tenía sus propios problemas, pues Rann intentaba pegarle con sus potentes brazos. Tenía que deshacerse del danik, y pronto.

Alzó el ordenador con ambas manos y lo bajó enérgicamente sobre la cabeza de Rann.

Sin apoyo, pegó con menos fuerza de la que esperaba, pero el golpe distrajo a Rann. El segundo impacto fue mejor y más resonante.

Rann se aflojó con un gruñido.

Lamentablemente el golpe no destruyó el resistente ordenador, que siguió encendido aun cuando Lark asestó un golpe final.

Rann flotaba con los brazos extendidos, respirando entrecortadamente con el anillo traeki. Ling nadó hacia Lark, apoyándole un brazo en el hombro para sostenerse. Al fin tecleó un lugar en el estuche del ordenador, apagándolo.

Así está mejor... pero se dice que los galácticos pueden rastrear las señales digitales aunque la máquina esté apagada.

Lark cerró la tapa, soltando la máquina. Necesitaba ambas manos para sostener a Ling.

Sobre todo cuando una nueva sombra cayó sobre ellos y Ling se puso rígida.

De pronto todo parecía muy frío.

Ambos miraron trémulamente hacia arriba para ver lo que descendía sobre ellos.

DWER

Esa noche fue una de las más raras en la vida de Dwer, aunque empezó del modo más natural, con una riña con Rety.

—¡No iré allá! —dijo ella con un juramento.

—Nadie te lo pidió. Cuando yo baje la cuesta, puedes irte hacia el otro lado. Viaja media legua al oeste, hasta esa elevación boscosa que pasamos al venir hacia aquí. Vi rastros de buenas presas. Puedes tender trampas, o buscar burbujas de almejinas en la playa. Saben mejor asadas, pero no conviene encender una fogata...

—Y supongo que tendré que esperarte. Preparar una sabrosa comida para el gran cazador, cuando haya terminado de enfrentarse solo a todo el universo.

El sarcasmo no ocultaba su temor. Dwer no se engañó pensando que Rety se preocupaba por él. Sin duda no quería estar sola.

Atardecía en las dunas y los bajíos, y las lejanas montañas eran apenas un perfil dentado que cortaba el hinchado sol. La escasa luz evanescente les permitió salir de la arena sin que los vieran. Una vez que pasaron la cresta, se sacudieron la tierra de la ropa y el cuerpo mientras discutían con agitados susurros.

—¡Te digo que no tienes que hacer nada! Sin duda Kunn tuvo tiempo de pedir auxilio antes de caer. La nave rothen debía regresar pronto, y debió oírle. En cualquier dura descenderá, rescatará a Kunn y recogerá su trofeo. Sólo tenemos que llamarlos a gritos.

Rety había estado pensando durante la larga e incómoda espera. Sostenía que la otra nave era el blanco que Kunn buscaba cuando arrojaba bombas de profundidad para sacar a su presa del refugio. Siguiendo esa lógica, la breve batalla aérea era la defensa desesperada de un enemigo arrinconado. Pero Kunn había logrado derribarla, y ahora la presa yacía indefensa en el pantano, de donde no había podido elevarse.

Según ese razonamiento, los señores rothens pronto irían a completar la tarea y capturarían a los no-traekis. Los rothens estarían complacidos con ese éxito y pasarían por alto los errores de Dwer.

Y los de ella.

Era una teoría agradable. ¿Pero por qué la nave enemiga había atacado desde el oeste en vez de elevarse desde las aguas donde Kunn había arrojado las bombas? Dwer no era experto en las guerras entre dioses estelares, pero el instinto le decía que habían sorprendido a Kunn con la guardia baja.

—En ese caso, lo que intentaré me congraciara con tus amigos —le dijo a Rety.

—Si sobrevives hasta que lleguen, lo cual dudo. Esas alimañas te localizarán en cuanto cruces la duna.

—Quizá. Pero he estado observando. ¿Recuerdas que pasó un rebaño de bestias del pantano, mascando tubérculos arrancados por el accidente? Grandes criaturas

pasaron junto a ambos cascos sin ser detectadas. Calculo que los robots guardianes me tomarán por un animal nativo...

—Pues tendrían razón —masculló Rety.

—Y me dejarán en paz —continuó Dwer—, al menos hasta que esté bien cerca.

—¿Y entonces qué? ¿Piensas atacar una nave estelar con arco y flechas?

Dwer no quiso recordarle que su arco una vez le había parecido un tesoro, un trofeo por el cual estaba dispuesta a arriesgar la vida.

—Te dejaré las flechas —dijo—. Tienen punta de acero. Si las llevo, sabrán que no soy un animal.

—Deberían preguntarme a mí. No vacilaré en decirles que eres...

—¡Esposa, suficiente!

Era la voz aflautada del «esposo» urs de Rety, que la estaba acicalando, lamiendo los granos de arena con su ágil lengua.

—¡Sé sensata, mujer! Bravo muchacho logra que ojos de nave lo miren para que tú y yo escapemos. Todo lo demás son pamplinas, bonitas mentiras para que escapemos. Sé buena con bravo muchacho. Lo menos que puedes hacer.

Rety pestañeó, y Dwer se maravilló. ¿Todos los machos urs trataban así a sus hembras, retándolas desde los pliegues de sus marsupios? ¿O Yi era especial? ¿Una esposa anterior lo había echado por su mal carácter?

—¿Es cierto, Dwer? —preguntó Rety—. ¿Te sacrificarías por mí?

Él trató de interpretar su expresión, de juzgar qué respuesta la induciría a actuar como él deseaba. Pero la poca luz lo obligó a adivinar.

—No, no es verdad. Tengo un plan. Es arriesgado, pero quiero intentarlo.

Rety lo miró cautelosamente. Al fin soltó una risotada.

—Qué mentiroso. Yi tiene razón. Eres demasiado decente para sobrevivir si nadie te cuida.

Dwer no entendía. Había probado con la verdad, esperando convencerla, pero Rety había reaccionado de un modo inesperado.

—Está decidido, pues —afirmó ella con esa expresión resuelta que le conocía tan bien—. Te acompañaré, Dwer, adondequiera que vayas. Si quieres salvarme, pues, será mejor que los dos vayamos hacia el oeste.

—¡Esto no es el oeste! —jadeó Rety medio midura después.

Dwer siguió avanzando en silencio, con el agua del pantano hasta la cintura. Lástima que tuvimos que dejar a Yi con nuestro equipo, pensó. El pequeño urs aportaba a su «esposa» una saludable dosis de prudencia y buen criterio. Pero no soportaba mojarse.

Esperaba que el instinto de supervivencia de Rety se impusiera y ella se callara por su cuenta.

Iban casi desnudos, vadeando el pantano mientras se dirigían hacia un par de

siluetas redondeadas, una más grande, con flancos lisos y relucientes, salvo por una mancha borrosa. La otra estaba más allá, medio hundida. Tanto el vencedor como el vencido callaban bajo el amarillo fulgor de Passen, la luna más pequeña de Jijo.

Colonias de cisnes de cuello largo anidaban en los matorrales, dormitando después de un largo día de caza en los bajíos y cuidando de su prole. Los más cercanos irguieron sus filosas cabezas ante los dos humanos, y las bajaron cuando Dwer y Rety siguieron de largo.

El lodo cubría a Dwer y la muchacha irruptora de la cabeza a los pies, ocultando parte de sus emisiones térmicas con una evaporación constante. Según el antiguo saber, eso permitiría que la máquina guardiana los considerase más pequeños de lo que eran. Y Dwer seguía una ruta sinuosa para alentar la impresión de que eran animales que salían a cazar.

Formas esbeltas con escamas luminosas se deslizaron bajo la superficie del agua, rozando los muslos de Dwer con sus colas. Un distante chapoteo delató a un cazador nocturno en la afilada hierba. Criaturas hambrientas se desplazaban en esa jungla húmeda. Rety pareció entenderlo, y calló un momento.

Si tan sólo supiera cuan vago era el plan de Dwer, Rety lanzaría un aullido tan fuerte que ahuyentaría a todas las aves acuáticas. En realidad, él seguía una corazonada. Quería echar un buen vistazo a la nave no-traeki, y confirmar su impresión acerca de este pantano. Para verificar su idea, necesitaba alcanzar cierto estado mental.

¿En qué pensaba ese día en que tuve mi primer contacto —o alucinación— con Única-en-su-especie?

Había sucedido años atrás. Realizaba su primer viaje en solitario por los Linderos, entusiasmado porque lo habían promovido de aprendiz a maestro cazador, rebosante de un espíritu de libertad y aventura, pues ahora era uno de los pocos jijoanos que podían vagar por donde quisiera, incluso más allá de la Cuesta colonizada. El mundo parecía ilimitado.

Sin embargo...

Sin embargo, aún recordaba vívidamente el momento en que había salido de un bosque de bu, un pasillo que era angosto como un hombre y parecía alto como una luna. De pronto el bosque había cesado, dejándolo en una cuenca rocosa, bajo un vasto cielo azul. Ante él se extendía un lago reductor, anidado en el flanco de la montaña, rodeado por extensiones de piedras rotas.

En ese momento vertiginoso no sólo se sintió liberado de la cerrazón del bosque. Una sensación de apertura le llenó la mente, realzando su capacidad visual. Al mirar las ruinas buyurs, vio las antiguas torres tal como debían haber sido mucho tiempo atrás, titilantes y orgullosas. Y por un instante se sintió extrañamente en casa.

Fue entonces cuando oyó por primera vez la susurrante y persuasiva voz de la

araña, urgiéndolo a aceptar un trato. Un trato justo. Con ayuda de la araña, Dwer dejaría de vivir, pero no moriría nunca. Sería uno con el glorioso pasado, y se uniría a la araña en un viaje por el tiempo.

Ahora, mientras chapoteaba bajo la luz de las estrellas, Dwer buscó de nuevo ese sentimiento, esa sensación de apertura. Por la textura del lugar —el olor y el sabor— sabía que también aquí altas torres habían perforado el cielo, sólo que eran mucho más imponentes que en cualquier lugar montañoso. La tarea de demolición estaba avanzada, y quedaba poco por derribar. Aun así, sabía dónde y cuándo había estado qué cosa.

Aquí una fila de obeliscos puros y blancos había saludado el sol, tan místicos como pragmáticos en su alineamiento preciso y matemático. Más allá, piernas buyurs habían recorrido pesadamente una galería comercial llena de mercancías exóticas. Cerca de aquella fuente traslúcida, contemplativas mentes buyurs se consagraban a tareas para él incomprensibles mientras naves comerciales de diez mil mundos surcaban el cielo.

Por las avenidas se oían voces, no sólo buyurs, sino pertenecientes a muchos otros tipos de seres pensantes.

Sin duda era una época gloriosa, aunque también fatigosa para cualquier planeta cuya carne debía alimentar una civilización tan atareada y voraz.

Al cabo de un millón de años, Jijo necesitaba reposo. Y las fuerzas de la sabiduría se lo otorgaban. Las voces continuaron. Las torres cayeron y otra clase de vida se impuso, una vida dedicada a borrar las cicatrices, un ser más paciente, menos frenético...

¿Quién va?

Pasaban palabras por la mente de Dwer, al principio con titubeos.

¿Quién llama, despertándome de esta somnolienta reflexión?

Dwer quiso desecharlo como obra de su imaginación. La tarea de trasladar el robot por los helados arroyos había agotado su sistema nervioso. Los espejismos serían normales después de tanto trajín, seguido por días de inanición. De todos modos, su defensa habitual contra Única-en-su-especie había consistido en desechar la voz de la araña reductora como un fantasma.

¿Quién es un fantasma?

¿Yo, que serenamente perduro más que los imperios?

¿O tú, insecto efímero, que vives y mueres en el tiempo que a mi me lleva soñar un sueño?

Dwer procuró no responder. Primero quería estar seguro. Avanzando cautamente, buscó las lianas que había entrevisto desde la duna.

Encontró prometedora una elevación cercana. A pesar de la vegetación, tenía los ordenados contornos de una estructura en ruinas.

Dwer pronto encontró su camino bloqueado por cables, algunos tan gruesos como su muñeca, todos convergiendo en el antiguo emplazamiento buyur. Olió fluidos corrosivos.

—¡Oye, esto es un pantano reductor! ¡Nos dirigimos hacia una araña!

Dwer asintió, reconociendo en silencio el comentario de Rety. Si ella quería irse, conocía el camino de regreso.

Las arañas eran bastante comunes en la Cuesta. Los jóvenes iban a explorar las zonas de reducción, aunque se arriesgaban a recibir quemaduras de ácido si no tenían cuidado. En ocasiones, algún niño aldeano moría por un error tonto cuando se internaba más de la cuenta, pero la atracción persistía. Las reliquias buyur de alta calidad se encontraban con frecuencia donde los cables reductores rodeaban los restos de días pasados.

Abundaban las leyendas folclóricas sobre esas criaturas, cuyos cuerpos estaban constituidos por las lianas mismas. Se decía que hablaban con algunos miembros de los Seis, aunque Dwer nunca había conocido a nadie más que lo admitiera. Nunca había oído hablar de ninguna araña reductora como Unica-en-su-especie, que atraía presas vivientes a su telaraña y encerraba sus «singulares» tesoros en ataúdes de gelatina.

¿La conociste? ¿La loca de las alturas?

¿De veras compartiste pensamientos con ella? ¿Y escapó?

Excepcionalmente interesante.

Tus estructuras mentales son muy claras, por tratarse de un ser efímero.

Eso es raro en vosotros.

Cuan singular eres.

Sí, así le hablaba Unica-en-su-especie. Esto era coherente. O bien la imaginación de Dwer lo era.

Las palabras regresaron con una nota incisiva.

¿Te sientes halagado, creyendo que podrías imaginar a una criatura tan sublime como yo? Admito, sin embargo, que eres interesante como criatura transitoria.

¿Necesitas verificación de mi realidad objetiva? ¿Cómo puedo demostrarla?

En vez de responder directamente, Dwer mantuvo su mente cerrada.

Lánguidamente, pensó que sería interesante ver movimiento en las lianas que tenía delante.

¿Como si me lo ordenaras? Un concepto divertido.

¿Pero por qué no?

Regresa dentro de cinco días. En ese breve tiempo, las encontrarás totalmente cambiadas de lugar.

Dwer rió desdeñosamente.

¿No te resulta suficientemente rápido, mi inconstante amigo? ¿Has visto una

criatura reductora que actúe con más celeridad?

Ah, pero ésa estaba loca, trastornada por el aislamiento, la altura y una dieta de piedra psi. Se obsesionó con la mortalidad y la naturaleza del tiempo. No esperarás de mí una prisa indigna.

Como Única-en-su-especie, esta araña podía hurgar en la memoria de Dwer, usándola para construir oraciones mejores que las que él lograba formar por sí mismo. Pero Dwer superó la tentación de arrojarle palabras. En cambio, se obligó a dar media vuelta.

¡Espera! Tú me intrigas. ¡Las conversaciones entre los de nuestra especie son tan lánguidas! Soporíferas, podrías decir.

Presentando incesantes comparaciones de la variada escoria que devoramos. La charla lenta se vuelve más tediosa a medida que envejecemos.

Cuéntame, ¿pertenece a una de las frenéticas razas que se han asentado en una vida parlanchína mas allá de las montañas? ¿Las que hablan y hablan pero casi nunca construyen?

—¿Qué está pasando? —murmuró Rety.

Pero Dwer le indicó que lo siguiera, alejándose de los cables reductores.

¡De acuerdo! Por impulso, lo haré. Me moveré por ti.

Me moveré como no lo he hecho en siglos.

Observa, forma fugaz. ¡Observa esto!

Dwer miró hacia atrás y vio que algunas lianas temblaban. Los temblores fueron creciendo espasmódicamente hasta llegar a formar una nudosa maraña. Transcurrieron más duras, y un nudo se elevó del agua, goteando como un ser anfibio que emergiera de su morada.

Era una confirmación, no sólo de la realidad de la araña, sino de la cordura de Dwer. Pero reprimió toda sensación de reconocimiento o alivio. En cambio, aparentó decepción.

Un brote joven de bu se mueve mucho más en el crecimiento de un día, reflexionó, sin molestarse en proyectar su pensamiento.

¿Me comparas con el bu?

¿El bu?

¡Insecto insolente! ¡Eres tú quien es obra de mi imaginación! Quizá sólo seas un trozo indigesto de cemento, o un fragmento de mal acero, turbando mis sueños.

¡No, espera! No te marches aún. Presiento que hay algo que te convencerá.

Dime qué es. Dime qué te instaría a reconocer mi existencia y charlar un rato.

Dwer sintió el impulso de hablar, de expresar sus deseos. Pero no lo haría. Había aprendido de su experiencia con Unica-en-su-especie.

Esa bestia reductora estaría loca, pero sin duda compartía algunas características de personalidad con el resto de su especie.

Dwer sabía que debía hacerse el difícil. Así que presentó su idea en forma de fantasía, de ensoñación. Rety trató de interrumpir de nuevo, pero él la acalló con un gesto mientras seguía imaginando aquello que una araña podría hacer para convencerlo de que era real.

La clase de cosa que Dwer encontraría convincente.

El siguiente mensaje de la araña demostró curiosidad.

¿De veras?

¿Por qué no?

La nueva escoria a la que te refieres ya me causaba preocupación. Esas grandes pilas de metal refinado y venenos orgánicos volátiles... no he encontrado esencias tan purificadas en largo tiempo.

Ahora temes que la escoria eche a volar, que contamine alguna parte de Jijo que esté fuera del alcance de toda criatura reductora. ¿Temes que nunca se la elimine adecuadamente?

Pues no te preocupes más, mi responsable y efímera criatura.

Me haré cargo de ello.

Déjalo por mi cuenta.

ALVIN

¡Yo tenía razón! ¡Los phuvnthus son terrícolas!

Aún no sé qué son los anfibios, pero sé que las criaturas de seis patas son delfines. Como los de Rey del mar o La costa brillante, sólo que estos hablan y conducen naves espaciales. Realmente súper.

Y hay humanos.

¡Humanos del cielo!

Un par de ellos, al menos.

Conocí a la mujer que está al mando. Se llama Gillian. Entre otras cosas, me dijo algunas palabras bonitas sobre mi diario. En realidad, si alguna vez logran salir de aquí y regresar a la Tierra, promete encontrarme un agente y hacerlo publicar.

Increíble. No veo el momento de contárselo a Huck.

A cambio, Gillian sólo quiere un favor.

No veo ningún motivo para negarme.

EWASX

¡Ah, cómo prevarican!

¿Esto es seguir la Senda de la Redención?

A veces una raza ciudadana decide cambiar de curso, rechazando el destino que le han asignado su instructor y su clan. La Civilización de las Cinco Galaxias permite ciertos ámbitos de apelación, pero si fallan todas las demás medidas, hay un refugio que permanece disponible para todos, el camino que retrocede desde la sapiencia y el viaje estelar hasta la naturaleza animal. La ruta hacia una segunda oportunidad. Empezar de nuevo bajo la guía de un segundo instructor.

Yo/nosotros entendemos esto. ¿Pero debe esa senda tener una fase intermedia, entre el ciudadano y la bestia bruta? ¿Una fase donde los miembros de la especie involucionada se conviertan en abogados?

Sus delegados se yerguen ante nosotros, citando puntos de la Ley Galáctica que fueron consignados en la tradición sagrada. El emisario g'Kek es especialmente verborágico. Sí, anillos Míos, identificáis a este g'Kek como Vubben, «amigo y colega», por los días en que erais Asx el traeki. Ah, ese sabio-entre-irruptores distorsiona la lógica, alegando que sus gentes no son responsables de la deuda que su especie tiene con nuestro clan, por regla de venganza. Una deuda de extinción.

La pila sacerdotal mayor que está a bordo insiste en que debemos escuchar estas patrañas, por una cuestión formal, antes de continuar con nuestra justa venganza. Pero la mayoría de las pilas del Polkjhy coinciden con nuestro líder capitán, cuya impaciencia hierve con cada pulso palpitante de un furioso núcleo reductor. Al fin el líder capitán transmite una señal de terminación dirigida a Mí/nosotros. Al fiel Ewasx.

—¡SUFICIENTE! —interrumpo, con tonante voz de resolución oalie. Vubben mira sorprendido—. TUS ESPECIOSOS RAZONAMIENTOS SE BASAN EN SUPUESTOS INVÁLIDOS.

Quedan atónitos ante Mi/nuestro reproche. El silencio de estos semianimales nos/Me complace más que su cháchara inservible. Al fin, la sabia qheuen, Intuición Acerada, inclina su caparazón azul y pregunta:

—¿A qué supuestos te refieres?

Nuestro segundo anillo cognoscitivo se retuerce en un gesto que debo reprimir con severos agujonazos de dolor, impidiendo que las células de color del anillo rebelde relampagueen visiblemente. Compórtate, ordeno, imponiendo autoridad a los yoes que nos componen.

No trates de comunicarte con tus ex camaradas. De nada servirá.

La pequeña rebelión Me despoja de recursos para mantener Mi voz pontifical. Así que cuando hablo en voz alta, lo hago en tono normal. Pero el mensaje no es

menos severo.

—Vuestros falsos supuestos son tres —le respondo a la qheuen azul—. Suponéis que la ley aún impera en las Cinco Galaxias. Suponéis que deberíamos atenernos a procedimientos y precedentes de los últimos diez millones de años. Pero el supuesto más falso es creer que todo eso nos importa.

DWER

No bastaba con instigar a la araña reductora. Dwer tuvo que aproximarse y supervisar, pues la araña no tenía sentido de la prisa.

Dwer podía percibir su concentración, desplazando fluidos y recogiendo fuerzas de una periferia que se extendía legua tras legua por la costa de la Grieta. La criatura era inmensa, mucho mayor que la araña loca que casi había consumido a Dwer y Rety. Este titán estaba en la etapa final de la demolición de una vasta ciudad, la culminación de su propósito, y por tanto de su vida. Milenios atrás habría ignorado a Dwer, como un obrero atareado ignora los correteos de un ratón.

A hora el tedio la obligaba a responder a cualquier voz que la distrajera.

Aun así, Dwer tenía sus dudas.

¿Por qué podía comunicarme con Única-en-su-especie? ¿Y también con esta araña? Somos tan diferentes, criaturas destinadas a extremos opuestos del ciclo de un planeta.

La sensibilidad de Dwer, en todo caso, había crecido. Quizás al permitir que el robot danik usara su columna vertebral para conducir campos de fuerza. Pero el talento original debía relacionarse con aquello que hacía de él un cazador excepcional.

Empatía. Perspicacia para intuir las necesidades y deseos de las cosas vivientes.

Los Rollos Sagrados hablaban oscuramente de esos poderes. Talentos psi. No eran recomendables para gentes como los Seis, que debían alejarse del gran teatro del espacio. Por eso Dwer nunca lo comentaba, ni siquiera con Sara, Lark y Fallon, aunque suponía que el viejo jefe explorador debía haberlo sospechado.

¿Hice esto antes? Reflexionó sobre el modo en que había impulsado a la araña a actuar. Siempre creí que mi empatía era pasiva. Que escuchaba a los animales y me servía de ello para cazar. ¿Pero he influido sutilmente sobre ellos? Cuando disparo una flecha, ¿acierto siempre a causa de mi legendaria puntería? ¿O influyo sobre el vuelo de la codorniz de tal modo que se interpone en el camino del proyectil? ¿Hago que el taniger vire a la izquierda, justo cuando mi piedra está por golpear?

Se sintió culpable. Poco deportivo.

¿Y bien? ¿Qué sucede ahora? Estás muerto de hambre. ¿Por qué no llamas a los peces y aves para que se te ofrezcan?

De algún modo, Dwer sabía que no funcionaba así.

Trató de despejarse. Adelante, siluetas redondeadas se perfilaban contra el firmamento. Dos naves del cielo, inmóviles pero misteriosas y letales. Hundió un dedo en el agua y la saboreó, notando con disgusto que un líquido desagradable goteaba de uno de los cruceros caídos.

Sus sensibles oídos detectaron ruidos en la nave más grande. Chasquidos y

estampidos. Sin duda la tripulación trabajaba sin descanso para hacer reparaciones. A pesar de las afirmaciones de Rety, no confiaba en que el nuevo día viera una nave estelar rothen elevándose en el cielo para rescatar a sus camaradas perdidos y su presa. Parecía más probable lo contrario.

De un modo u otro, tenía trabajo que hacer.

Mientras los sabios no digan lo contrario, debo obedecer las órdenes de Danel Ozawa. Él dijo que debíamos defender Jijo.

Los dioses estelares no deberían estar aquí. Tienen aún menos derecho que nosotros.

El graznido de un ave lo exhortó a agacharse.

Era Rety, llamando desde un punto de vigilancia en una ruina buyur. Escudriñó los juncos y vio una forma reluciente, un robot enviado por los no-traeki, que regresaba de su última patrulla.

La araña reductora leyó su preocupación y manifestó curiosidad.

¿Más escoria?

Manteniendo una altiva reserva, Dwer sugirió a la criatura que se concentrara en su tarea actual mientras él se preocupaba por las cosas volantes.

Tus recuerdos afirman que uno de estos mecanismos volantes mató a mi hermana de las serranías. Aunque estuviera loca, su tarea quedó inconclusa por culpa de ese final prematuro. ¿Ahora quién la terminará?

Una pregunta justa. Esta vez Dwer formó palabras.

Si sobrevivimos a esta época de crisis, los sabios pondrán un capullo reductor en el lago. Es nuestra costumbre. Al ayudar a liberarnos de las ruinas buyur, cada generación de los Seis deja Jijo un poco más limpio, compensando el pequeño daño que hacemos. Los Rollos dicen que puede atenuar nuestra penitencia cuando al fin lleguen los jueces.

Pero no te preocupes ahora por este robot. Tienes que concentrarte en otro objetivo. Allá, en el casco de la nave más grande, hay un desgarrón, una abertura...

Dwer sintió un hormigueo en la piel, el inequívoco cosquilleo de cercanos campos gravíticos. Claramente este robot era más potente que el que había afrontado en la aldea irruptora. El otro aún se refugiaba en un agujero bajo la arena, mientras él y Rety se enfrentaban a sus enemigos.

Se agazapó como un animal, e incluso trató de pensar como un animal mientras el zumbido pasaba, haciendo temblar la superficie del agua como un tamborileo qheuen. Dwer cerró los ojos, pero lo asaltó una cascada de imágenes. Chispas volando de una forja urs. Una espuma irritante cayendo sobre una aldea inundada. La luz de las estrellas rebotando en un extraño pez que abría la boca con un rictus...

La temible fuerza se alejó. Dwer entornó los ojos para observar el robot chato que sobrevolaba el oleaje fosforescente y desaparecía tras las dunas.

Más lianas se apiñaban y retorcían alrededor de la nave grande, disponiéndose a enviar brotes más altos. Esta descabellada idea partía de una premisa: que las defensas de la nave, ya bastante averiadas, estarían en guardia contra cosas «antinaturales», como metales o fuentes energéticas. En circunstancias normales, las plantas o animales no representarían ninguna amenaza para una nave con casco de metal.

¿Aquí?

La pregunta de la araña acompañó imágenes mentales de un desgarrón en el flanco de la nave no-traeki, resultado del contraataque de Kunn, aun mientras su nave exploradora caía en llamas. Dwer tuvo una impresión tenue como una ensoñación, que sólo presentaba borrosos detalles visuales, aunque sentía el potente aroma de una sustancia. La araña ignoraba cómo funcionaban las máquinas galácticas.

Solo le importaba de qué estaban hechas, y qué jugos derretirían más pronto este insulto a la paz de Jijo.

Completamente, proyectó Dwer. Y también todo el exterior. Salvo la tronera transparente. No tenía sentido poner sobre aviso a las criaturas al cubrir las ventanas con lianas. Que lo descubrieran por la mañana. Para entonces, con la bendición de Ifni, sería demasiado tarde. Recuerda que...

Pero la araña interrumpió: Lo sé. Usaré mis lianas más fuertes.

La monofibra reductora era la sustancia más dura conocida por los Seis. Dwer había visto con sus propios ojos cómo un nudo de filamento recobrado arrastraba funiculares hasta las alturas del Monte Guenn. Aun así, los dioses estelares tendrían herramientas para cortar ese material resistente. A menos que estuvieran distraídos.

Pasó el tiempo. A la luz de la luna el pantano estaba lleno de movimiento —ondulaciones y correteos— mientras más lianas convergían en la masa creciente que rodeaba la nave. Cables serpentinos pasaron junto a Dwer, pero no sintió el espanto que le había provocado el contacto con Única-en-su-especie. El propósito es todo. De algún modo, sabía que esa vasta entidad no pensaba hacerle daño.

En ocasiones Rety se valía de astutos sonidos para avisarle que el robot guardián regresaba. Dwer temía que encontrara a la cobarde máquina danik oculta bajo la arena. En tal caso, los no-traeki alertados podían salir, llenando el pantano de deslumbrante luz artificial.

Dwer rodeó lentamente la nave, evaluándola. Pero mientras él contaba los pasos, sus pensamientos se dirigían a los Cerros Grises, donde Lena Strong y Jenin Worley debían estar ocupadas reuniendo a la vieja banda de Rety con las irruptoras urs, forjando una nueva tribu.

No será tarea fácil, pero ellas dos son capaces de lograrlo.

Aun así, sentía tristeza por ellas. Deben sentirse solas, con la muerte de Danel Ozawa. Y yo fui capturado por una máquina rothen. Deben creer que también he

muerto.

Jenin y Lena todavía tenían el «legado» de libros y herramientas, y una sabia urs para ayudarlas. Podrían lograrlo, si las dejaban en paz.

Esa era la tarea de Dwer, asegurarse de que nadie cruzara el cielo para molestarlas.

Sabía que el plan era rebuscado. Sin duda Lark habría tenido una ocurrencia mejor, si estuviera aquí. Pero sólo estoy yo. Dwer el niño salvaje. Mala suerte para Jijo.

La voz de la araña lo sorprendió mientras revisaba el otro lado del crucero caído, donde una larga rampa conducía a una escotilla cerrada.

¿También aquí?

Otra imagen del desgarrón del flanco de la nave llenó su mente. El claro de luna brillaba por una melladura del casco. El abarrotamiento de máquinas parecía aún mayor a medida que las lianas penetraban, derramando néctares cáusticos. Pero Dwer notó que su atención se dirigía hacia la pared opuesta.

Una luz tenue brillaba por una fisura. No una iluminación pálida, sino cruda, azul y sintética, procedente de otra sala.

Quizá la nave ya no sea hermética.

Qué lástima que esto no ocurrió en las montañas. Los traekis odiaban el frío. Un viento glacial sería ideal para expulsarlos de aquí.

No, le respondió a la araña. No vayas hacia el espacio iluminado. Todavía no.

La voz regresó, pensativamente sería:

¿Esta luz interferirá con mi trabajo?

Dwer asintió.

Sí, la luz interferirá.

Y no pensó más en ello, pues en ese momento vio algo por el rabillo del ojo, hacia el sureste. Una figura oscura avanzaba sigilosamente, rodeando el montículo de lianas.

¿Rety? Pero ella tenía que vigilar.

Éste no era momento para que se pusiera impulsiva. En menos de un midura despuntaría la luna más grande, y ambos debían emprender la fuga antes que los no-traeki despertaran y vieran lo que ocurría.

Con turbadora cortesía, los cables reductores se apartaron de su camino mientras iba en busca de la muchacha, tratando de no chapotear. Al parecer ella se dirigía a la nave de Kunn. Desde las dunas, Dwer y Rety habían visto la caída y la captura de sus pasajeros humanos.

También podría ocurrirnos a nosotros. Dwer lamentó haber dejado al «esposo» urs de Rety, su conciencia y voz del sentido común.

Esa luz que interfería.

Creí que te gustaría saberlo.

Me estoy encargando de ella.

Dwer cortó el contacto mental de la araña mientras cruzaba un descampado. Las cosas mejoraron un poco cuando se desvió para cubrirse tras los dos promontorios cubiertos de juncos, que impedirían que lo vieran desde la nave. Pero el robot guardián aún estaba patrullando. Sin vigía, Dwer tenía que confiar en sus propios sentidos.

Mientras vadeaba una zona más honda, con el agua hasta las axilas, sintió un escozor de advertencia.

Me están vigilando.

Se volvió lentamente, esperando ver las armas vidriosas de un asesino sin rostro. Pero no había ninguna máquina sobre el montículo.

En cambio encontró ojos en el punto más alto de la loma, en una cornisa que podía haber sido la pared de un hogar buyur. Una sonrisa de dientes afilados.

Pies de Barro.

El noor lo había hecho de nuevo.

Algún día me cobraré todos los sustos que me has dado.

Pies de Barro tenía un acompañante, una criatura más pequeña que sostenía entre las zarpas. ¿Una nueva presa? No se resistía, pero los ojos verdes relucían con frío interés. La sonrisa de Pies de Barro lo invitaba a adivinar quién era su nuevo amigo.

Dwer no tenía tiempo para juegos.

—Pasadlo bien —masculló, y siguió de largo, subiendo una barranca lodosa. Estaba por rodear la esquina, buscando a Rety a la sombra de la ruina rothen, cuando un ruido estalló detrás. Estentóreos estampidos reverberaron mientras él se agazapaba, mirando la nave más grande.

Este flanco parecía intacto: una reluciente carroza estelar, dispuesta a saltar al cielo. Pero una rajadura rectangular hendía el flanco encima de la rampa y escupía bocanadas de humo, insidiosos fantasmas acometiendo contra la noche.

He liquidado la interferencia.

La araña parecía satisfecha, incluso orgullosa.

Figuras oscuras cayeron a través del hollín y por la rampa, gimiendo agónicamente. Dwer contó tres no-traeki, luego dos formas bípedas tambaleantes, apoyándose una en otra mientras escapaban de las vaharadas venenosas.

Lo que siguió le causó náuseas. Roscas solitarias, anillos traeki que se contorsionaban, arrancados de las amarras cerosas que antes los unían como seres sapientes. Un gran toroide salió de la atmósfera turbia, galopando sobre patas palpitantes sin guía ni dirección, arrastrando fibras viscosas mientras saltaba de la rampa al agua profunda.

Otro círculo infortunado se tambaleaba, mirando a todas partes con franjas

visuales asustadas hasta que lo alcanzaron negros vapores.

No he actuado así, con tal vigor y decisión, desde los antiguos días, cuando máquinas buyurs aún animadas trataban de ocultarse y reproducirse entre las ruinas, después de la partida de sus amos. Entonces los agentes deconstructores éramos enérgicos, antes que pasaran los largos siglos de paciente erosión.

¿Ves cuan eficientes podemos ser los de mi especie, cuando sentimos la necesidad? ¿Y cuando tenemos un público digno?

¿Ahora reconocerás mi existencia, oh singular joven efímero?

Dwer dio media vuelta y huyó pateando espuma.

La nave rothen era una ruina de alas rugosas. Descubrió una escotilla abierta y entró. Sintió el frío de la cubierta de metal bajo sus pies descalzos.

Ni siquiera la luz de la luna entraba en el interior, así que tardó en encontrar a Rety en un rincón alejado, tomando tesoros de un armario y guardándolos en un saco. ¿Qué está buscando? ¿Comida?

¿Cuando tantos venenos se han derramado aquí después del accidente?

—No hay tiempo para eso —gritó—. Tenemos que salir de aquí.

—Dame un dura —respondió la muchacha—. Sé que está aquí. Kunn lo guardaba en uno de estos estantes.

Dwer se asomó por la escotilla para mirar afuera. El guardián robot había regresado, sobrevolando la nave no-traeki, arrojando una tórrida luz sobre los supervivientes. Mientras el espeso humo se difundía, Dwer olió algo dulce y nauseabundo.

De pronto sintió un nuevo impacto en sus sentidos. Sonido. Una serie de vibraciones sacudió el aire. Se estiraron líneas por el agua mientras cientos de cables se tensaban, rodeando la nave como las cuerdas de un pabellón del festival. Algunas lianas se partieron con la ignición, caracoleando en el aire. Una cuerda sinuosa cortó una pila de anillos sobreviviente, arrojando los toroides superiores al pantano mientras la mitad inferior se tambaleaba a ciegas. Otros supervivientes se internaron precipitadamente en el pantano.

El robot descendió, angostando el haz. Uno por uno, los tensos cables reductores se cortaron bajo su ataque. Pero era demasiado tarde. Algo o alguien debía haber erosionado el lodo de abajo de la nave, que comenzó a deslizarse hacia una viscosa cripta, gorgoteando mientras el lodo penetraba por la escotilla.

—¡Lo encontré! —exclamó Rety con inusitada alegría. Se reunió con Dwer, acunando su trofeo. El pájaro de metal. Desde que lo había visto, esa cosa había pasado de mano en mano, y ya no podía confundirse con una criatura viviente, ni siquiera en la penumbra. Otro maldito robot pensó Dwer. Esa condenada cosa le había causado demasiados problemas. Aun así, para la muchacha irruptora era un símbolo de esperanza. El primer heraldo de libertad en su vida.

—Vamos —rezongó—. Esta ruina es el único refugio que hay en las cercanías. Los supervivientes vendrán aquí. Tenemos que irnos.

Rety sonreía mientras bajaba al pantano. Lo siguió con la feliz obediencia de alguien que ya no necesitaba rebelarse.

Dwer sabía que él también debía sentirse complacido. Su plan había funcionado mucho mejor de lo que esperaba. Pero su única emoción era un vacío.

Quizá sea porque me han herido, golpeado, agotado y dejado hambriento, y estoy demasiado aturdido para que me importe. O quizá sea que nunca me gustó esa parte de la cacería. La parte de la matanza.

Caminaron hacia una espesura. Dwer estaba tratando de escoger un buen camino a las dunas cuando oyó una voz.

Hola, creo que debemos hablar.

Dwer estaba agradecido a la araña reductora. Le debía la conversación que ella deseaba, y el reconocimiento de su poderío. Pero se sentía demasiado agotado. Ahora no, proyectó. Más tarde. Lo prometo, si sobrevivo a esta noche.

Pero la voz era insistente. Y Dwer comprendió que las palabras no resonaban dentro de su cabeza, sino en el aire, con un tono familiar. Venían desde arriba.

—Hola, humanos del pantano. ¿Podéis oírme?

La voz se sofocó, como si el parlante se moviera para interpelar a otra persona.

—¿Estás seguro de que esta cosa funciona? —preguntó.

Desconcertado, y pese a que era imprudente, Dwer respondió:

—¿Cómo cuernos sé si funciona o no? ¿Quién eres?

Las palabras volvieron con más claridad y evidente ansiedad.

—¡Ah! Bien. Entonces estamos en contacto. Magnífico.

Dwer finalmente vio de dónde venía la voz. Pies de Barro estaba arriba, habiéndolo seguido para molestarlo, y tenía a su nuevo compañero de ojos verdosos.

—De acuerdo —gruñó Dwer, perdiendo la paciencia—. Estamos en apuros, a menos que me cuentes lo que está pasando.

La criatura de ojos verdosos ronroneó gravemente. Dwer pestañeó, asombrado por la resonancia de un gutureo hoon.

—Hrrrm... bien, ante todo, me presentaré. El nombre formal que me da mi gente es Hph-wayuo. Pero puedes llamarme Alvin.

SÉPTIMA PARTE

UNA PARÁBOLA

—Maestro —preguntó el discípulo—. El universo es tan complejo. Sin duda el Creador no pudo usar sólo su volición para ponerlo en movimiento. Al elaborar Su diseño, y al ordenar a los ángeles que hicieran Su voluntad, debió usar ordenadores.

El gran sabio reflexionó largamente antes de responder en forma negativa.

—Te equivocas. Ninguna realidad puede ser modelada totalmente por una máquina calculadora que está contenida en esa misma realidad y participa de ella. Dios no usó un ordenador para crear el mundo. Usó matemática.

El estudiante meditó sobre esta sabia respuesta e insistió en su argumento.

—Así puede haber sido cuando se trataba de concebir y crear el mundo, maestro, y de prever consecuencias futuras en el destino revelado. ¿Pero qué hay del mantenimiento? El cosmos es una vasta e intrincada red de decisiones. Cada milbillonésimo de segundo se realizan opciones, y como resultado los seres vivientes ganan o pierden. ¿Cómo hacen los asistentes del Creador para seguir estas miríadas de ramificaciones locales, a menos que usen modelos informáticos?

Una vez más, el gran sabio lo miró reprobatoriamente.

—Ella fue la gran alguacil, quien decide estas cosas. Pero ella no necesita herramientas complejas para decidir los acontecimientos locales. En nombre del creador, dirige el mundo usando datos.

Streaker

KAA

Cinco delfines estaban reunidos en el atestado habitat submarino frente a una pequeña holopantalla, observando una incursión en tiempo real. Las imágenes del lejano ataque eran borrosas, pero conmovían el corazón.

Mientras Brookida, Zhaki y Mopol se apiñaban a la izquierda de Kaa, él sólo pensaba en Peepoe, que estaba a su derecha, desplazando agua con sus pectorales para apuntar un ojo hacia el monitor. La presencia de Peepoe turbaba su equilibrio mental y hormonal, sobre todo cuando una corriente la acercaba a él. Para Kaa esto demostraba irónicamente la naturaleza múltiple de su mente sapiente: la persona que más deseaba ver era la que más temía tener cerca.

Afortunadamente, el espectáculo de la pantalla ofrecía distracción, transmitido por una cámara espía situada a cientos de kilómetros, en un peñasco arenoso que se erguía sobre la Grieta. Las nubes bajas y resplandecientes creaban un efecto crepuscular. Pero, aumentando el contraste, un observador podía distinguir formas que se deslizaban bajo las aguas azules, aproximándose a la costa.

Figuras con armadura emergieron del oleaje, monstruos hexápodos con cuerpos cilíndricos horizontales, anchos en el extremo posterior, desplazándose por la playa y luego por un pantano, disparando láseres. Tres robots volantes los acompañaban, goteando agua de mar mientras se dirigían hacia el sorprendido enemigo.

El campamento enemigo era sólo una tosca tienda de tela apoyada contra el flanco de una nave espacial destrozada. Un solo guardián robot gritó, elevándose airadamente al avistar a los recién llegados.

Pronto fue una brasa humeante que se hundía en el espumoso pantano. Los sobrevivientes jophurs no pudieron resistirse. Las células oculares palpitaban desdichadamente sobre los ahusados anillos, con encandilada sorpresa, incapaces de comprender esta humillación. Seres augustos capturados por meros delfines.

Por la raza más joven del lobezno clan de la Tierra.

Kaa se sintió bien al observar cómo sus camaradas doblegaban a esas odiosas pilas de roscas grasientas. La alianza jophur había perseguido implacablemente al Streaker por las sendas estelares. Esta pequeña victoria era casi tan satisfactoria como esa otra incursión, en Óakka, donde una acción resuelta les permitió tomar una base enemiga por la retaguardia, burlando una nueva trampa.

Sólo que esa vez no tuvo que observar de lejos. Yo pilotaba el bote para recoger al ingeniero D'Anite, esquivando el fuego.

En aquellos días aún era Kaa el «afortunado».

Con Peepoe y los demás, observó cómo la teniente Tsh't gesticulaba con sus brazos metálicos, ordenando a los miembros del grupo que arrearan a los cautivos hacia la costa, donde una nave con forma de ballena emergió del oleaje abriendo

potentes fauces.

A pesar de las nubes, la partida tenía que apresurarse para eludir la detección.

Un cautivo jophur tropezó en el oleaje. Sus anillos palpitaron, amenazando con cortar sus vinculaciones mucosas. Mopol chilló de deleite ante la incomodidad del enemigo, moviendo la cola y salpicando el techo del habitat.

Peepoe envió a Kaa un chasquido de sonar, llamando la atención sobre la conducta de Mopol.

—¿Ves lo que digo?, comentó en trinario.

Kaa asintió. Todo rastro de la enfermedad se había ido, reemplazado por una exaltación primitiva. Sin duda Mopol ansiaba estar en la partida, torturando a los torturadores.

Peepoe sentía fastidio de haber viajado tanto, conduciendo un trineo por aguas desconocidas donde acechaban temibles sombras sonoras, sólo para diagnosticar un caso de fiebre kingree. El nombre tenía sus raíces en una palabra ánglica, *malingering*, que significaba fingir enfermedad para faltar a sus deberes. Los delfines conocían muchos modos de inducir síntomas de intoxicación alimentaria.

—Lo sup-puse desde el principio —le había dicho Kaa—. Makanee decidió enviar una enfermera, por las dudas.

Eso no aplacó a Peepoe.

—El trabajo de un líder es motivar —había replicado—. Si el trabajo es duro, debes motivarlos aún más.

Kaa todavía recordaba ese reproche. Pero estaba desconcertado, pues Mopol no parecía tener motivos para fingir una enfermedad. A pesar de sus otros defectos, no era conocido por ser perezoso. De cualquier modo, la situación en ese puesto era más agradable que en el Streaker, donde había que respirar irritante oxigua y tratar de dormir en medio de los extraños efectos sonoros de un abismo de alta presión. Aquí las olas eran sedosas, los peces sabrosos y la tarea de espiar era variada y divertida. ¿Por qué Mopol fingiría enfermedad, si eso significaba estar encerrado en un habitat atestado con sólo Brookida por compañía?

En la pantalla, media docena de pasmados jophurs abordaban el submarino, mientras en la costa la teniente Tsh't consultaba con dos nativos humanos vestidos con harapos, un hombre joven y una mujer aún más joven, que parecían demacrados y fatigados. El hombre cojeaba, aferrando un arco y una aljaba mientras su compañera sostenía un robot averiado.

Brookida soltó un grito, reconociendo una sonda de su diseño, con forma de ave jijoana, construida meses atrás para espiar la costa.

El joven señaló una duna cercana y dijo palabras que la cámara no pudo reconocer. Los tres robots guerreros terrícolas rodearon la elevación, revoloteando cautelosamente. Poco después, saltó arena de un agujero y emergió un robot más

grande, visiblemente vapuleado por combates anteriores. Titubeó, como si no supiera si rendirse o autodestruirse. Al fin la máquina averiada se deslizó a la playa donde dos humanos más eran llevados en camillas por delfines con exotraje. Esos hombres también estaban enlodados. Pero bajo la suciedad, el más corpulento vestía prendas galácticas. El robot cautivo se aproximó a ese hombre, acompañándolo mientras abordaba el submarino.

Los últimos en abordar fueron Tsh't y los dos humanos nativos.

El joven vaciló un instante ante la escotilla, que semejaba las fauces de una bestia voraz. Pero la joven estaba encantada. Echó a correr por el oleaje para entrar.

Luego sólo quedó la teniente Tsh't. Mirando una pequeña criatura que remoloneaba en la playa, acariciándose la pelambre lustrosa, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Por los comunicadores del exotraje, Tsh't interpeló al extraño ser.

—Si q-quieres venir, es tu última oportunidad.

Kaa aún no podía entenderlo. Durante dos semanas había espiado los veleros hoons que operaban desde el puerto de Wuphon, y observado las diminutas criaturas que correteaban por las jarcias. Ni una vez asoció esas formas borrosas con los tytlals, una especie pupila cuyos instructores, los tymbrimi, eran los mayores amigos de la Tierra.

¿Quién podría culparme? Con los hoons actúan como animales inteligentes, no como seres sapientes. Según el diario de Alvin, los jijoanos llamaban bestias noor a esas criaturas. Y los noors no hablaban.

¡Pero el noor de la playa había hablado! Y con acento tymbrimi.

¿Podían seis razas haber vivido allí tanto tiempo sin saber que había otro grupo de irruptores entre ellas? ¿Los tytlals habían simulado ser tontos todo ese tiempo, sin delatarse?

La criaturilla parecía dispuesta a poner a prueba la paciencia de Tsh't. De pronto una nueva voz habló desde el submarino. El ojo de la cámara giró hacia allí, enfocando una figura alta, desgarrada y blanca, con brazos escamosos y un órgano semejante a un fuelle bajo la mandíbula, emitiendo una llamada resonante.

Alvin, comprendió Kaa. El joven autor de las memorias que lo habían tenido en vela varias noches, mientras leía acerca de esa extraña civilización de refugiados.

Le debe estar «gutareando» al tytlal.

Poco después el lustroso tytlal se encaramó al exotraje de la teniente, mientras Tsh't abordaba. Su sonriente expresión parecía decir:

Bien, ya que insistes.

La escotilla se cerró y el submarino retrocedió rápidamente, hundiéndose en las olas. Pero las imágenes continuaron.

A solas al fin, el robot explorador del Streaker movió el ojo hacia las dunas. Sobrevoló el terreno arenoso buscando un sitio desde el cual pudiera observar las dos

naves derribadas, ahora cubiertas de lodo y abrazadas por lianas corrosivas.

Sin duda Gillian Baskin y el consejo de a bordo estaban profundamente interesados en los que fueran a visitar ese lugar de devastación.

GILLIAN

Ha terminado los ejercicios iniciales. Un cosquilleo cálido invade su cuerpo flotante de la cabeza a los pies.

Ahora Gillian está preparada para el primer movimiento profundo, *lis narushkan*, la estrella de mar, un estiramiento del cuello, los brazos y las piernas, extendiéndose hacia los cinco puntos cardinales del plano.

La disciplina física es el centro del yoga sin peso, tal como Gillian lo aprendió en la Tierra, cuando ella y Tom se entrenaban para la supervivencia con Jacob Demwa. La carne participa en todo lo que hacemos había explicado el anciano maestro. Los humanos gustamos de creer que somos seres racionales. Pero los sentimientos siempre preceden a la razón.

Es una fase delicada. Necesita liberar el cuerpo tenso, permitiendo que la piel se convierta en una antena sensible. Pero no puede liberarse por completo si eso significa liberar la pena y la soledad que siente en su interior.

Flotando en una zona de cero g, Gillian deja que su torso horizontal responda al tirón de ciertos objetos localizados fuera del tanque de suspensión, en otra parte de la nave, y más allá. La influencia de esos objetos penetra las paredes, haciéndole palpitar los nervios sensibilizados.

«Artículos del destino»: así los llamó un enigmático Antiguo, durante la breve visita del Streaker al Sistema Fractal. Nunca llegó a conocer al que decía esas palabras. La voz llegaba desde gran distancia, desde el otro lado de ese titánico edificio de hielo de hidrógeno. El Sistema Fractal era un enorme habitat, inmenso como un sistema solar, con un diminuto sol rojo en su centro. Ningún perseguidor podía encontrar el Streaker en un lugar tan vasto, si le daban asilo.

—Tu nave lleva una carga pesada —había dicho la voz—. Una carga fatídica.

—Entonces entiendes por qué vinimos —dijo Gillian mientras el casco del Streaker pasaba entre ángulos salientes de caprichoso cristal, y negras sombras de tamaño planetario. La nave parecía un grano de polen perdido en un bosque gigantesco.

—En efecto. Comprendemos tu propósito. Estamos estudiando tu solicitud. Entretanto, ¿puedes culparnos por abstenernos de visitar tu nave, incluso de tocar tu casco, un casco tan recientemente castigado por una luz destructiva? Los que vivimos aquí nos hemos retirado de la efervescencia de las Cinco Galaxias. De las flotas, las batallas estelares y las intrigas políticas. Aún no hemos decidido si recibirás la ayuda que buscas. Pero no esperes una bienvenida acogedora. Pues tu cargamento revive muchos apetitos, las urgencias e irritantes obsesiones de la juventud.

Ella trató de hacerse la inocente.

—Se sobrevalora la importancia de nuestro cargamento. Lo entregaremos con

gusto a quienes demuestren sabiduría e imparcialidad.

—¡No hables así! —le reprochó su interlocutor—. No añadas la tentación a los venenos que ya traes.

—¿Venenos?

—En tu bodega traes bendiciones... y maldiciones —concluyó la voz—. Tememos que tu presencia atente contra nuestra antigua paz.

El tiempo de asilo del Streaker duró pocas semanas, hasta que las convulsiones sacudieron el Sistema Fractal, enviando espantosas chispas por una inmensa estructura construida para albergar a miles de billones. Estallaron invernáculos de cristal grandes como la luna de la Tierra, exponiendo la biomasa al vacío. Astillas jovianas se desprendieron, blandas como cartón, aunque llenas de ventanas iluminadas.

Como carámbanos agitados por una ráfaga brusca, rodaron y chocaron con otras protuberancias, estallando en huracanes de polvo silencioso. Entretanto, sonaba una cacofonía de voces...

Los pobres lobeznos... debemos ayudar a los terrícolas...

¡No! Borrados, así podremos regresar a nuestros apacibles sueños.

¡Objeción! Tratemos de averiguar qué saben.

Sí. Luego compartiremos el conocimiento con nuestros hermanos más jóvenes de la Alianza de los Expectantes...

¡No! Los Herederos...

¡Los Abdicadores...!

Gillian recuerda que se maravilló ante esa tormenta de crueldad.

En eso quedaba la presunta serenidad de la vejez.

Pero cuando todo parecía perdido, fuerzas favorables intervinieron brevemente.

Este reino helado no es el lugar que buscas.

Necesitas consejo sabio y desapasionado. Búscalo entre quienes son más viejos y sabios.

Donde las mareas se curvan, ahuyentando la noche.

Deprisa, jóvenes. Aprovechad esta oportunidad. Huid mientras podéis.

Abruptamente, un camino de escape se abrió para la nave terrícola, una hendedura en el vasto laberinto de hielo de hidrógeno, con una figura constelada de estrellas. El Streaker sólo tuvo instantes para atravesarla, una salida demasiado súbita para Emerson D'Anite, que había partido en un valiente y solitario sacrificio.

Pobre Emerson. Combatiendo hasta que la noche engulló su nave.

Gillian recuerda todo esto, no en una secuencia, sino en una totalidad temporal, al evocar la frase «Artículos del destino».

Sumergida en su trance, siente el tirón de esos objetos. Los mismos que causaron tantos problemas en el Sistema Fractal.

Le acariciaban el cuerpo, las puntas de narushkan, no con una fuerza física, sino con el peso agobiador de su existencia.

Narushkan cede el paso a abhusa, el perdiguero, y estira la mano izquierda hacia un cubo macizo, una unidad portátil de la gran Biblioteca Galáctica, envuelta en una bruma fría a dos corredores de distancia. Con los dedos del pensamiento, Gillian acaricia una faceta donde está tallada una espiral.

A diferencia de las unidades mínimamente programadas que los advenedizos lobeznos se podían costear, ésta estaba diseñada para servir a un poderoso clan estelar. Ese solo trofeo hubiera bastado para justificar el costoso viaje del Streaker.

Pero el cubo parece el menos importante de los cargamentos del Streaker.

Abhusa mueve la mano derecha, abriéndola como una flor que busca el calor para contrarrestar el antiguo frío de la Biblioteca.

Hacia la juventud, la antítesis de la vejez.

Gillian oye a su criado Kippi, que ordena su habitación. El anfibio kiqui, nativo del mundo acuático Kithrup, limpia con sus seis ágiles miembros. Una jovial música de gorjeos y trinos sincopados acompaña su labor. Los superficiales pensamientos de Kippi son fáciles de seguir, aun con el limitado talento psi de Gillian. Una plácida curiosidad llena esa mente presapiente. Kippi no parece consciente de que su joven raza está liada en una gran crisis que abarca Cinco Galaxias.

Me pregunto qué viene a continuación
qué viene
qué viene a continuación; espero que algo bueno

Gillian comparte ese ferviente deseo. En bien de los kiquis, el Streaker debe encontrar un rincón del espacio dónde aún tengan vigencia las tradiciones galácticas. Idealmente, un linaje estelar fuerte y benévolo, capaz de abrazar y proteger a la joven raza anfibia mientras tórridos vientos de fanatismo soplan en las sendas estelares.

Alguna raza digna de instruirlos, de ayudarlos, como los humanos nunca fueron ayudados, hasta que los kiquis puedan bastarse solos.

Ya había abandonado la esperanza de incluir a los kiquis en la pequeña familia terrícola de humanos, neodelfines y neochimpancés, la idea inicial, cuando el Streaker llevó a bordo una pequeña población de Kithrup. Las especies presapientes maduras eran raras, y ésta constituía un verdadero hallazgo. Pero ahora el clan terrícola, que apenas podía protegerse a sí mismo, no podía aceptar nuevas responsabilidades.

Abhusa cambia de nuevo, transmutándose en poposh mientras Gillian siente un cosquilleo en los pies, detectando una nueva presencia en la habitación. El intruso está aureolado por la fragancia rancia de la ironía. Es el holograma giratorio de la

máquina Niss, invadiendo su reducto exclusivo con típica grosería. Tom consideró buena idea llevar la máquina tymbrimi cuando esta infortunada expedición partió de la Tierra. Por Tom, a quien extraña, Gillian reprime su natural irritación ante ese ser artificial de voz suave.

—El submarino, con nuestra partida a bordo, regresará con los prisioneros dentro de pocas horas —entona la Niss—. ¿Repasamos los planes de interrogatorio, doctora Baskin? ¿O prefieres dejar esa tarea a un grupo de niños alienígenas?

La insolente máquina parece irritada desde que Gillian delegó en Alvin y Huck la función de intérpretes. Pero las cosas andan bien hasta ahora. No obstante, Gillian ya sabe qué preguntar a los cautivos humanos y jophur.

Más aún, ella tiene su modo de prepararse. El viejo Jake decía:

Cómo podemos prever, sin primero recordar.

Necesita estar a solas, sin la máquina, sin Hannes Suessi, sin un centenar de nerviosos delfines asediándola como si fuera su madre. A veces la presión es más agobiante que el oscuro abismo que rodea esa montaña de naves estelares muertas.

Responder verbalmente la arrancaría del trance, así que Gillian invoca el signo empático kopon. Nada complicado, pues ella carece del talento típico de un tymbrimi... sólo la cruda sugerencia de que la Niss encuentre un rincón del espacio cibernético y pase la siguiente hora en autorréplica simulada, hasta que ella la llame.

La máquina protesta. Hay más palabras. Pero Gillian las deja pasar como espuma en una playa. Entretanto continúa con el ejercicio, pasando a otro punto cardinal. Uno que parece sereno como la muerte.

Abhusha regresa, acercándose a un cadáver, de pie en un rincón de la oficina como la momia de un faraón, rodeado por campos de preservación que todavía funcionan, después de tres años y un millón de parsecs, manteniéndolo como era. Como había sido desde que Tom sacó el antiguo cadáver de una enorme nave averiada, a la deriva en el cúmulo Superficial.

Tom siempre tuvo talento para comprar recuerdos caros. Pero éste se llevó el premio.

Herbie.

Nombre irónico para un Progenitor... si eso era. Dos mil millones de años, y la causa de los problemas del Streaker.

La causa de guerra y turbulencia en una docena de brazos en espiral.

Tendríamos que habernos librado de él en el mundo de Oakka.

Entregar a Herbie al Instituto de la Biblioteca era oficialmente correcto. Y seguro.

Pero los funcionarios del sector estaban corrompidos. Muchos bibliotecarios renegaron de su juramento y pelearon entre ellos, raza por raza, clan por clan, cada cual buscando el tesoro del Streaker.

La fuga era un deber.

Ninguna facción galáctica puede poseer vuestro secreto.

Así ordenaba el Consejo de los Terrágenos, en el único mensaje de largo alcance que el Streaker había recibido. Gillian se sabía las palabras de memoria.

Mostrar parcialidad puede conducir al desastre.

Puede significar la extinción del Clan Terrícola.

Los Artículos del Destino la llaman, reorientando su cuerpo flotante. Mirando hacia arriba, Gillian abre los ojos, pero sin ver el techo.

En realidad, mira hacia el pasado.

El Cúmulo Superficial. Una falange de esferas titilantes, engañosamente bellas, como lunas traslúcidas o burbujas flotando en un sueño.

La emboscada de Morgran, feroces explosiones entre potentes acorazados, numerosos como estrellas, luchando por la oportunidad de atrapar un mosquito.

Kithrup, adonde el mosquito huyó, donde hubo tantas pérdidas, incluida la mayor parte de su alma.

¿Dónde estás, Tom! ¿Aún vives, en alguna parte del espacio y del tiempo?

Oakka, ese lugar verde y traicionero donde los institutos fallaron.

Y el Sistema Fractal, donde los Antiguos demostraron que no hay límite de edad para la perfidia.

Herbie parece divertido por ese pensamiento.

¿Antiguos? Desde mi perspectiva, esos habitantes de un gigantesco copo de nieve son meros bebés como tú.

Claro que la voz viene de su imaginación, poniendo palabras en una boca que quizás hablara cuando los mares de la Tierra aún no albergaban ninguna forma de vida salvo bacterias, cuando el sistema solar tenía la mitad de su edad actual.

Gillian sonrío y abhusha se transforma en kuntatta, la risa en medio de una tormenta de rayos oblicuos.

Pronto debe luchar con el mismo dilema, cómo disponer el escape del Streaker una vez más, perseguido por sabuesos gruñones. Esta vez se necesita mucha habilidad, con una nave jophur recién descendida en Jijo y el casco del Streaker cubierto de hollín refractario.

Se necesita un milagro.

¿Cómo nos siguieron?, se pregunta. Parecía un escondrijo perfecto.

El único camino hacia Jijo atravesaba la atmósfera de una gigantesca estrella de carbono. Las razas irruptoras lograron hacerlo, y llegaron sin dejar huella. ¿Qué hicimos mal?

La recriminación no tiene lugar en el yoga sin peso.

Arruina la serenidad.

Lo lamento, Jake, piensa Gillian. Suspira, sabiendo que ha terminado el trance. Más vale emerger y volver a sus tareas. Tal vez el ICAI traiga noticias útiles de su

incursión en la superficie.

Lo lamento, Tom. Tal vez llegue un momento en que pueda despejarme la mente el tiempo suficiente para oírte, o para arrojar un fragmento de mí misma adondequiera hayas ido.

Gillian no se permite imaginar la probabilidad más convincente:

Que Tom ha muerto, junto con Creideiki y todos los demás que ella tuvo que abandonar en Kithrup, con poco más que un esqui espacial para regresar a casa.

El proceso de emersión continúa. Las formas de la meditación vuelven a ser abstracciones y ella regresa al mundo de los hechos desagradables.

Aun así...

Mientras se dispone a salir, Gillian nota un quinto tirón en su cuerpo: una caricia en la nuca, un cosquilleo en las vértebras occipitales, y finalmente en los folículos del cuero cabelludo. Es familiar. Lo ha sentido antes, aunque nunca tanto. Una presencia que no llama desde las inmediaciones, ni siquiera desde la nave, sino desde fuera del casco del Streaker. Desde otra parte del planeta.

La sensación es rítmica y resonante, como una vibración en una piedra densa.

Si tan sólo Creideiki estuviera aquí, quizá podría establecer contacto, tal como hizo con esos pobres seres que vivían bajo tierra en Kithrup. O bien Tom habría elaborado un modo de descifrarlo.

Aun así, empieza a sospechar que esta vez es otra cosa. Corrigiendo su impresión anterior, Gillian comprende que...

No es una presencia en este mundo, ni debajo de él, sino algo propio del planeta. Un aspecto de Jijo.

Narushkan la orienta como la aguja de una brújula, y de pronto siente una conmoción en su interior. Tarda un tiempo en reconocer la impresión. Pero al fin la reconoce.

Tentativamente, como un amigo perdido que no está seguro de ser bien recibido, la esperanza regresa a su corazón, galopando en esa cadencia pétrea.

EWASX

Luego llegaron noticias, hace sólo unos instantes. Demasiado pronto para que vosotros, anillos, hayáis interpretado la cera aún caliente. Así que dejadme narrar.

¡NOTICIA DE DESASTRE! ¡NOTICIA DE CALAMIDAD!

Noticia de una aciaga pérdida, al este de aquella cordillera. Nuestra corbeta caída... ¡destruida!

El disenso divide la tripulación del Polkjhy. Los toroides de síntesis química expulsan bocanadas de culpa mientras los anillos oratorios vierten estentóreas recriminaciones.

¿Podría la tragedia ser obra de los delfines de la nave desaparecida, en represalia contra sus perseguidores? Durante años ha crecido su renombre, después de astutas fugas de otras trampas.

Pero no puede ser. Los sensores de largo alcance no muestran indicios de emanaciones gravíticas ni armas energéticas. Las primeras señales indican algún fallo a bordo.

No obstante, no conviene subestimar a los astutos lobeznos.

Yo/nosotros podemos leer memorias cerosas dejadas por el ex Asx, leyendas históricas acerca de los años formativos de la Comuna jijoana, sobre todo historias de las guerras entre humanos y urs. Estas historias demuestran que ambas razas tienen aptitudes excepcionales para la improvisación.

Hasta ahora pensábamos que era coincidencia, que había irruptores terrícolas aquí, que los rothens tenían servidores humanos, y que la nave desaparecida también venía del mundo lobezno. Los tres grupos no parecen tener nada en común, ni motivos ni objetivos ni aptitudes.

¿Pero si existe una asociación?

Yo/nosotros debemos hablar de ello con el líder capitán, en cuanto las pilas de mayor jerarquía se aplaquen y nos permitan exhalar una sugerencia.

Preparaos, anillos Míos. Nuestra primera tarea sin duda será interrogar a los prisioneros.

TSH'T

¿Qué haré?

Reflexionaba sobre su situación mientras el submarino regresaba a la montaña de naves muertas. Mientras otros tripulantes del ICAI festejaban su victoria, ansiando reunirse con sus camaradas del Streaker, Tsh't temía su llegada.

En apariencia no había problemas. Los prisioneros estaban bien amarrados. Los jóvenes aventureros, Alvin y Huck, conversaban con Dwer y Rety, irruptores humanos que habían logrado derrotar una corbeta jophur. Una vez que el Hikahi se estabilizó, Tsh't supo que se habían salido con la suya, logrando una victoria para la Tierra sin ser atrapados.

Esa incursión hablaba bien de la comandante de la misión. Algunos dirían que Tsh't era una heroína. Pero ella sentía un nudo en el estómago.

Ifni debe odiarme. Estoy liada en la peor combinación posible de acontecimientos.

—Aguarda un minuto —protestó la g'Kek hembra, que había adoptado el nombre de una antigua figura literaria de la Tierra. Mientras sus ruedas vibraban de agitación, apuntó un ojo al joven que tenía el arco y las flechas sobre las rodillas—. ¿Estás diciendo que caminaste desde la Cuesta para encontrar esa tribu perdida, mientras ella volaba a bordo de la nave dakkin...?

—Es danik, rodante tonta —corrigió Rety, la muchacha humana—. ¿Y qué tiene de sorprendente? Había logrado engatusar a Kunn y los demás. Estaba preparada para ser una de ellos. Claro que mantenía los ojos abiertos, buscando una oportunidad para...

Tsh't ya había oído aquella historia, así que prestó poca atención esta vez, salvo para notar que Huck hablaba mejor inglés que la joven humana. De cualquier modo, tenía muchas otras cosas en mente. Sobre todo uno de los prisioneros que estaba en una celda de popa, un viajero estelar cautivo que podía revelar su secreto más profundo.

Tsh't envió señales por el empalme neural que tenía bajo el ojo izquierdo. Su unidad ambulatoria giró sobre las seis patas para apuntar su pico fuera del puente. Sin armadura ni equipo de soporte vital, maniobró grácilmente en medio de los demás delfines. Los delfines parecían cautivados al ver dos humanos tan harapientos, y una muchacha con cicatrices que cualquier hospital de la Tierra podía borrar en un día. Su acento rústico y su asombro al ver delfines vivos parecía entrañable en miembros de la raza instructora.

Ninguno de los dos parecía extrañado, sin embargo, de hablar con Alvin y Huck, como si los seres rodantes y los hoons que hablaban inglés fueran tan comunes como espuma en una ola. Tan comunes que Rety y Huck reñían como hermanos.

—Claro que traje a Kunn aquí. Pero sólo para averiguar de dónde venía el pájaro.
—Rety acarició a un pequeño urs cuyo largo pescuezo giraba alrededor de su muñeca
—. Y mi plan funcionó, ¿verdad? ¡Os encontré!

Huck revolvió los cuatro ojos, clara expresión de duda y desdén.

—Sí, aunque significara revelar la posición de la nave terrícola, permitiendo que tu piloto danik la localizara desde el aire.

—¿Y? ¿Adonde quieres llegar?

Desde la puerta, Tsh't vio que el varón humano miraba al hoon adolescente. Dwer y Alvin acababan de conocerse, pero intercambiaron sonrisas de conmiseración. Quizá después pudieran hablar de cómo se las apañaban con compañeras tan «dinámicas».

Tsh't encontraba demasiado complicada esa variedad de voces.

Esta tinaja parece un zoológico.

La discusión continuó mientras Tsh't salía del puente. Tal vez las grabaciones resultaran útiles cuando Gillian y el ordenador Niss analizaran cada palabra. También se estaban realizando preparativos para interrogar a los supervivientes jophurs con técnicas halladas en el cubo thennania, datos sofisticados de un clan que luchaba contra los jophurs desde antes que Salomón construyera su templo.

Tsh't lo aprobaba, hasta ahora.

Pero Gillian también querrá interrogar a Kunn. Y conoce demasiado bien a su especie para dejarse engañar.

El sumergible Hikahi era una nave improvisada, construida con partes rescatadas de los antiguos cascos del fondo de la Grieta. Tsh't atravesó corredores de diverso material, enlazados por placas toscamente soldadas, hasta llegar a la celda donde estaban los dos prisioneros humanos. Lamentablemente el guardia resultó ser Karkaett, alumno del programa de entrenamiento mental keeneenk del capitán Creideiki. Tsh't no podría enviar a Karkaett a hacer alguna tarea y pensar que se olvidaría. Toda contravención sería recordada.

—Las roscas están sedadas —informó el guardia—. También paralizamos al robot rothen y lo pusimos en un refrigerador. Hannes y yo estudiaremos su almacenaje de memoria después.

—Est-tá bien —respondió ella—. ¿Y el tytlal?

Karkaett movió la lustrosa cabeza gris.

—¿Te refieres al que habla? Aislado en una cabina, como ordenaste. La mascota de Alvin es sólo un noor. Supongo que no querías encerrarla también.

Tsh't no estaba tan segura de entender la diferencia entre un noor y un tytlal. ¿Era sólo la facultad del habla? ¿Y si todos sabían hablar pero guardaban el secreto? Los tytlals eran legendarios por su característica de llevar una broma hasta el extremo.

—Veré a los prisioneros humanos —le dijo al guardia.

Karkaett transmitió una señal para abrir la puerta. Siguiendo las reglas, la acompañó adentro, apuntando las armas contra los cautivos.

Ambos hombres yacían en catres con equipos médicos sujetos a los brazos. Parecían haber mejorado bastante desde que los habían encontrado en el pantano, desesperados y jadeantes, aferrados a un juncal para mantener la cabeza fuera del agua. El más joven parecía aún más andrajoso y muerto de hambre que Rety. Era un joven menudo y robusto, de pelo negro, con una cicatriz encima de un ojo. Rety lo había llamado Jass. Un primo irruptor por quien no demostraba gran afecto.

El otro hombre era mucho más corpulento. Aún se reconocía su uniforme bajo la capa de mugre. Ojos acerados taladraron a Tsh't en cuanto entró.

¿Cómo nos seguisteis hasta Jijo?

Eso era lo que Gillian preguntaría al danik. Era la pregunta que Tsh't más temía.

Cálmate, se dijo. Los rothens sólo saben que alguien envió un mensaje desde el Sistema Fractal. No pueden saber quién.

De cualquier modo, ¿le confiarían eso a sus servidores daniks?

Este pobre sujeto quizás esté tan desconcertado como nosotros.

Pero la mirada de Kunn parecía tener la sólida fe que una vez ella vio en el Misionero, el discípulo que tiempo atrás llevó un radiante mensaje de verdad a la comunidad de delfines de Sub Bimini, cuando Tsh't era una niña que nadaba en la estela de su madre.

—Los humanos son los amados instructores de la raza neodelfina, es verdad — explicaba el converso durante una reunión secreta, en una caverna donde los turistas que buceaban no se aventuraban nunca—. Pero hace sólo unos siglos, hombres primitivos con barcos cazaron a los cetáceos casi hasta extinguirlos. Hoy pueden actuar mejor, ¿pero quién negaría que su madurez es frágil? Sin ser desleales, muchos neodelfines sienten incomodidad, preguntándose si no habrá algo o alguien más grande y más sabio que la humanidad. Alguien a quien todo el clan pueda acudir en tiempos peligrosos.

—¿Te refieres a Dios? —preguntó uno de los delfines.

El Misionero respondió con un cabeceo.

—En esencia, sí. Todas las antiguas leyendas sobre seres divinos que intervienen en los asuntos de la Tierra, todos los grandes maestros y profetas, se basan demostrablemente en una sencilla verdad. La Tierra no es sólo un mundo aislado, hogar de extravagantes lobeznos y sus toscos pupilos. Forma parte de un maravilloso experimento. Y he venido desde lejos para hablaros de él. Nos han observado largo tiempo. Nos han custodiado afectuosamente durante nuestro largo sueño. Pero pronto, muy pronto, será tiempo de despertar.

KAA

Mopol parecía haberse recobrado de su fiebre. Parecía muy animado cuando partió la mañana siguiente, nadando al este con Zhaki para reanudar el reconocimiento del Puerto de Wuphon.

—¿Ves? Sólo necesitaba un sermón —le explicó Peepoe con evidente orgullo—. Era preciso recordarle su deber.

Kaa notó el reproche implícito en esas palabras, pero optó por ignorarlo.

—Tienes modales persuasivos —respondió—. Sin duda te los enseñan en la facultad de medicina.

En realidad, estaba seguro de que la recuperación de Mopol tenía poco que ver con el sermón de Peepoe. Había aceptado enseguida lo que decía la enfermera, moviendo la cabeza gris y trinando que sí repetidamente.

Él y Zhaki traman algo, pensó Kaa, mientras los miraba nadar hacia la colonia costera hoon.

—Necesito regresar a la nave —dijo Peepoe, y Kaa abrió su estrecha mandíbula.

—Pero creí que te quedarías unos días. Accediste a venir a ver el volcán.

—No sé —dijo ella con cautela—. Cuando me fui, hablaban de llevar el Streaker a otro escondrijo. Los exploradores se estaban acercando demasiado.

Como si desplazar la nave unos kilómetros cambiara mucho las cosas, si las flotas galácticas ya la habían localizado. Ni siquiera esconderse bajo una gran pila de naves desechadas ayudaría, una vez que los perseguidores hubieran localizado el lugar para usar sensores olfativos químicos. El ADN terrícola los llamaría como las feromonas de la hembra llaman a las mariposas macho.

Kaa agitó la cola en un gesto de indiferencia.

—Brookida quedará decepcionado. Ansiaba mostrarte su colección de escoria de las seis razas irruptoras.

Peepoe miró a Kaa, escrutándolo con un sonido penetrante hasta encontrar su amargura.

Lanzó una risotada.

—Oh, de acuerdo. Veamos esa montaña. De todos modos, me moría por ir a nadar.

Como de costumbre, el agua estaba magnífica. Un poco más salada que la terrícola, pero con un agradable sabor mineral y una viscosidad iónica que la hacía resbalar sobre la piel. Daba la impresión de que ese aire oxigenado le permitiría ir más allá del horizonte.

Era un mar mucho más acogedor que el de Kithrup u Oakka, donde los océanos eran ponzoñosos. Más acogedor, siempre que se contaran los gruñidos que en ocasiones llegaban desde el Sumidero, como si una tribu de ballenas locas viviera allá

abajo, cantando baladas sin ton ni son.

Según el diario de Alvin, su principal fuente sobre Jijo, algunos nativos creían que antiguos y peligrosos seres vivían bajo la plataforma continental. Esos datos instaron a Gillian a ordenar que continuara la vigilancia.

Mientras el Streaker no necesite un piloto, bien puedo jugar al agente secreto. De todos modos, es una tarea que Peepoe podría respetar.

Aparte de eso, Kaa recordó cuan agradable era nadar en tándem, impulsándose con fuertes coletazos, sumando empuje con cada zambullida para elevarse en un arco como si volara. La cumbre de la euforia nunca se alcanzaba a solas. Dos o más delfines debían moverse al unísono, montando las olas. Cuando se hacía bien, la tensión de la superficie se desvanecía y todo el planeta se fusionaba, desde el centro hasta la roca, desde el mar hasta el cielo.

¿Hasta el vacío?

Un poeta moderno podría hacer esa extrapolación, pero nunca se le había ocurrido a los cetáceos naturales, ni siquiera en especies cuya vista distinguía las estrellas, hasta que los humanos dejaron de cazarlos y empezaron a enseñarles.

Nos modificaron. Nos mostraron el universo que había más allá del sol, la luna y las mareas. Nos enseñaron a ser pilotos, a nadar en agujeros de gusano. Supongo que eso compensa los crímenes de sus antepasados.

Aun así, algunas cosas nunca cambian. Como la erótica caricia de la espuma contra la carne, el chorro de aire caliente y espumoso.

Esa salida ofrecía muchos placeres que Kaa echaba de menos en el Streaker.

También era una magnífica oportunidad para el cortejo.

Suponiendo que ella piense igual que yo.

Suponiendo que pueda ganarme su estima.

Se aproximaban a la costa. Lo notaba por los ecos de las olas que rodaban sobre las rocas. Distinguía una montaña brumosa cada vez que brincaban. Pronto llegarían a la caverna donde él ocultaba su equipo de espionaje. Luego tendría que volver a hablar con Peepoe con meras palabras.

Ojalá esto continuara para siempre, pensó.

Un breve contacto de sonar, y supo que Peepoe sentía lo mismo.

Ella también ansiaba que este momento de primitiva libertad durase.

Kaa detectó un cardumen de pseudo-atunes nadando en los bajíos, tentadores después de un insulso desayuno de carne sintética. Los atunes no estaban en su trayectoria. Habría que desviarse. Aun así, Kaa exclamó en trinario:

En la luz estival
los peces atraen como
singularidades comestibles.

Kaa estaba orgulloso del haikú: era impulsivo, pero combinaba ingeniosamente imágenes espaciales y planetarias. Pero ese tipo de pesca aún no estaba aprobado oficialmente. Esperó el rechazo de Peepoe.

¿Qué nos sostiene al cruzar un abismo,
un arrecife brillante o un agujero negro?
Nuestro navegante.

Esta aceptación llenó de esperanza el palpitante corazón de Kaa.

Peepoe lo siguió con rítmicos coletazos cuando él se zambulló para un temprano almuerzo.

Irruptores

LARK

Ya he estado a bordo de una nave espacial, se dijo. No soy un simple rústico que se deja asombrar por puertas, paneles de metal y luz artificial.

Este lugar no debería aterrarme.

Las paredes no nos aplastarán.

Su cuerpo no estaba convencido. Su corazón palpitaba y él no podía descansar. Experimentaba la turbadora ilusión de que esa pequeña habitación se estaba empequeñeciendo.

Tenía que ser una ilusión. Ni Ling ni Rann parecían temer el aplastamiento. Estaban acostumbrados a superficies grises y duras, pero el recinto de metal era hostil para alguien que creció correteando entre las ramas de un bosque de garu. Las láminas del suelo vibraban sin cesar.

Lark comprendió que eso le recordaba algo... La maquinaria de la papelera de su padre, los martillos trituradores, diseñados para aplastar cualquier cosa que tocaran, transformando la tela en pulpa blanca.

Ese ruido resonante lo invitaba a salir al descampado, en largas excursiones donde buscaba criaturas vivas para estudiarlas.

—Bienvenido a una nave estelar, irruptor —murmuró Rann, acariciándose la cabeza dolorida, resentido después de su pelea en el lago—. ¿Qué te parece?

Los tres prisioneros humanos aún usaban su ropa mojada, después de ser despojados de sus herramientas y sus trajes de skink. Por alguna razón, los jophurs les dejaron conservar sus rewq, aunque Rann se había arrancado el suyo; la rugosa criatura no tuvo tiempo de retirar sus ventosas alimentarias y le había dejado marcas rojas en las sienes.

Al menos nadie había resultado herido durante la rápida captura, cuando un enjambre de conos ahusados descendió de la mastodónica nave, cada jophur montado en su plataforma de metal resplandeciente. Campos de suspensión presionaron sobre el lago, rodeando a los nadadores humanos con depresiones acuosas y redondas. Robots volantes crujían con energía contenida, y uno se zambulló para cortarles la retirada, arreando a los cautivos hacia un trineo antigravedad, y luego a su prisión.

Para sorpresa de Lark, los pusieron en la misma celda. Por lo que sabía de la edad oscura de la Tierra, era común separar a los prisioneros para doblegarlos. Luego comprendió.

Si los jophurs son como los traekis, no entienden la idea de estar solo. Un traeki solitario estaría feliz mientras sus anillos conversan hasta el regreso de los Progenitores.

—Tal vez estén desorientados, buscando información sobre los terrícolas en su

base de datos —explicó Ling—. Hasta hace poco, no había mucha disponible.

—¡Pero han pasado trescientos años desde el Contacto!

—Eso puede parecer mucho para nosotros, Lark. Pero la Tierra era una noticia sin importancia. Los primeros estudios detallados de los Institutos acerca de nuestro mundo natal apenas han llegado a la Biblioteca de Tanith.

—¿Y por qué copian los libros terrícolas? Nuestras enciclopedias, textos médicos, autoanálisis... el conocimiento que tardamos milenios en acumular.

Ella alzó los ojos.

—Supersticiones lobeznas. Ni siquiera a los daniks nos enseñan a pensar así. —Miró de soslayo a Rann—. Necesité tu tesis, Lark, la que escribiste con Uthen, para convencerme de que las cosas podrían ser diferentes.

Aunque halagado por el cumplido, Lark contuvo su imaginación.

Trató de no mirar esa figura desnuda. La exigua ropa interior no ocultaría su excitación. Además no era el momento adecuado.

—Todavía no entiendo esa actitud. ¿Los galácticos prefieren esperar siglos para tener un informe formal sobre nosotros?

—Oh, estoy segura de que las grandes potencias, como los soros y los jophurs, tuvieron acceso a los borradores iniciales. Y han buscado más datos desde que comenzó la crisis del Streaker. Sus agentes estratégicos sin duda secuestraron y diseccionaron a algunos humanos, por ejemplo. Pero no podían enviar datos ilícitos a cada crucero estelar. Correrían el riesgo de contaminar las bibliotecas de a bordo.

»Supongo que esta tripulación ha improvisado, una habilidad que cuenta con poco estímulo en la sociedad galáctica.

—Pero los humanos son famosos por ella. ¿Por eso tu nave vino a Jijo? ¿Improvisando una oportunidad?

Ling asintió, frotándose los hombros desnudos.

—Nuestros señores roth... —Se interrumpió, eligió otra expresión—. El círculo áulico recibió un mensaje. Una cápsula de tiempo, destinada a cualquiera que dispusiera de la clave rothen.

—¿Quién la envió?

—Aparentemente, un creyente clandestino de la tripulación de la nave de los delfines. O alguien tan desesperado como para desobedecer las órdenes de los terrágenos y pedir ayuda.

—Un creyente... —Lark reflexionó—. En la fe danik, quieres decir. Pero los daniks enseñan que los humanos son los beneficiarios secretos de la instrucción rothen.

—Y por tradición, eso significa que los delfines también podrían pedir ayuda rothen, en caso de extrema necesidad... lo cual sin duda ocurre con esas pobres criaturas.

—Como acudir a los abuelos si tus padres no pueden manejar un problema. Hrrrm.

Lark ya había oído partes de la historia. Cómo la primera nave estelar tripulada por delfines partió en una misión de investigación para verificar la precisión de la pequeña unidad planetaria que la Tierra había recibido del Instituto de Bibliotecas. Los clanes más civilizados simplemente aceptaban los masivos volúmenes de información almacenados por generaciones pasadas, sobre todo los concernientes a regiones remotas del espacio, donde se podía obtener poca ganancia mediante la exploración.

Se suponía que era rutina. Un viaje de confirmación. Pero en algún sitio alejado de las rutas habituales la nave Streaker se encontró con algo inesperado, un descubrimiento que enloqueció a las grandes alianzas. Indicios de un tiempo de transición, quizá, cuando las antiguas verdades de las galaxias conocidas podían cambiar abruptamente.

Se dice que cuando esto ocurra, sólo una raza de cada diez logrará llegar a una nueva era, había explicado el sabio supremo hoon, Phw-whoon-dau, una noche junto a una fogata, después de la caída de la Meseta de Dooden, basándose en sus profundas lecturas del Archivo de Biblos. Las que deseen sobrevivir en la larga fase de estabilidad querrán aprender todo lo posible. Hrrrm. Sí, hasta un irruptor puede entender por qué esta nave terrícola se encontró en apuros.

—Un delfín danik —se maravilló Lark—. Así que este creyente envió un mensaje secreto a los rothens...

—A no es la palabra adecuada. Hacia sería mejor. Pero nada en inglés describe bien la retorcida lógica de la comunicación por descenso temporal. —Ling se acariciaba el cabello. Había crecido desde la Batalla del Valle, y todavía estaba enmarañado después de su larga inmersión en el lago—. Pero sí, el mensaje del creyente delfín explicaba dónde estaba la Streaker, en uno de los hábitats de hielo de hidrógeno donde muchas razas antiguas se juntan cerca de las mareas estelares, tras retirarse de la actividad galáctica. Más aún, insinuaba adonde pensaba huir la comandante de la nave. Resultó ser una versión inteligente de la Senda de los Iruptores. Un tránsito difícil, a poca distancia de la feroz Izmunuti. Con razón los Seis pasasteis tanto tiempo sin ser detectados.

—Hrrrm —gurguló Lark—. A diferencia de nuestros ancestros, vosotros os dejasteis seguir.

Esto provocó la reacción de Rann, que se acariciaba hurañamente la cabeza dolorida en un rincón opuesto de la celda.

—Tonto. ¡No hicimos semejante cosa! ¿Estás diciendo que no podemos repetir fácilmente una hazaña realizada por una banda de cobardes irruptores?

—Insultos aparte, estoy de acuerdo —dijo Ling—. Parece improbable que nos

siguieran. Es decir, no fue la primera vez que nuestra nave vino a Jijo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lark.

—Cuando nuestros camaradas se fueron, encomendando a cuatro humanos y dos rothens una evaluación biológica de Jijo, pensé que ellos recorrerían el espacio cercano por si la nave de los delfines se ocultaba en algún planetoide. Pero ése no era su propósito. Su propósito era encontrar un comprador.

Lark frunció el ceño. La palabra álglica *buyur*, «comprador», se parecía a *buyur*.

—¿*Buyur*? ¿Pero no están extinguidos? ¿Quieres decir que los rothens querían contratar a uno como guía, regresar a Jijo y...?

—No *buyur*, sino comprador. —Ling rió de mala gana—. Tenías razón acerca de los rothens, Lark. Viven trocando información inusitada o ilícita, a menudo usando agentes daniks como intermediarios. Era un interesante modo de vida, hasta que me hiciste comprender que nos habían usado. —Ling sacudió la cabeza con expresión sombría—. En este caso, habrán comprendido que Jijo valía una fortuna para el cliente adecuado. En este planeta hay formas de vida cuyo desarrollo parece adelantado y se aproximan rápidamente a la presapiencia. Y están las Seis Razas. Alguien querría saber acerca de esta plaga de delincuentes irruptores... no te ofendas.

—En absoluto. Y desde luego, el paradero de la nave de los delfines valía muchísimo. —Lark resopló con disgusto, como una urs enfadada—. Tus amos decidieron vendernos a todos.

Ling asintió, clavando los ojos en Rann.

—Nuestros instructores nos vendieron a todos.

El corpulento danik no la miró. Se apretó las sienes con ambas manos, tan molesto con su dolor como con esa traición. Miró la pared, pero no tocó la superficie aceitosa.

—Después de lo que hemos visto, ¿aún crees que los rothens son los instructores de la humanidad? —preguntó Lark.

Ling se encogió de hombros.

—No puedo desechar fácilmente las pruebas que me mostraron cuando era pequeña... pruebas que tienen miles de años. De todos modos, podría explicar nuestra sangrienta y traicionera historia. Los rothens sostienen que es porque nuestras oscuras almas se desviaban del camino. Pero quizá seamos exactamente lo que ellos buscaron al Elevarnos. Nos criaron para ser estafadores para una banda de ladrones.

—Hrrm. Eso disminuiría nuestra responsabilidad. Pero prefiero que seamos lobeznos, con la ignorancia como única excusa.

Ling asintió y calló, tal vez pensando en la gran mentira que había sido el eje de su vida. Entretanto, Lark encontró una nueva perspectiva para la historia de la humanidad. Era algo más que una seca enumeración de hechos memorizados en los polvorientos volúmenes del archivo de Biblos.

Los daniks sostienen que nos guiaron desde siempre, que Moisés, Jesús, Buda, Fuller y otros eran maestros disfrazados. Pero si recibimos ayuda, de los rothens o de cualquier otro, quienes nos ayudaron hicieron una pésima tarea.

Como un niño problemático que necesita atención abierta, franca y personal, necesitábamos algo más que exhortaciones éticas. Las insinuaciones moralistas como «tened fe» y «sed agradables con los demás» no sirven para guiar a un chiquilín revoltoso, y sin duda no impidieron la barbarie, la esclavitud, el holocausto del siglo veinte ni los gobiernos despóticos del veintiuno.

Todos estos horrores hablan tan mal del maestro como de los discípulos. A menos...

A menos que supongamos que lo hicimos a solas...

Lark tuvo la misma sensación que cuando él y Ling hablaban junto al lago de la araña reductora. Su mente se llenó con una imagen de majestuosa belleza. Un tapiz que abarcaba miles de años, la historia humana vista desde lejos. Una historia de huérfanos asustados, trajinando en la ignorancia. De criaturas tan listas como para mirar maravilladas las estrellas, interrogando a una noche que sólo respondía con un silencio aterrador.

A veces, en las imaginaciones desesperadas, ese silencio provocaba alucinaciones rugientes, racionalizaciones antojadizas, excusas complacientes para cualquier crimen que los fuertes cometieran contra los débiles. Los desiertos se ensanchaban mientras los ignorantes hombres talaban bosques. Las especies desaparecían mientras los granjeros quemaban y araban. Las guerras propagaban la ruina en nombre de causas nobles.

Pero, en medio de todo eso, la humanidad comenzó a unirse, a dominar las artes de la serenidad, a mirar el futuro, como un niño abandonado aprendiendo a gatear y hablar.

A ponerse de pie y pensar.

A caminar y leer.

A sentir afecto, a ser un padre cariñoso para otros.

Un padre que los pobres huérfanos nunca tuvieron.

Nacido en un mundo de refugiados cuya frágil seguridad había desaparecido, prisionero en las entrañas de una nave alienígena, Lark aún prefería no preocuparse por su propio destino, ni siquiera por los seis clanes exilados en Jijo. A fin de cuentas, en la escala grande de las cosas, su vida importaba poco. Las Cinco Galaxias seguirían girando, aunque los terrícolas desaparecieran.

Pero sentía el corazón desgarrado por la trágica historia del Homo sapiens, los lobeznos autodidactas de la Tierra. Era una historia agrídulce que arrancaba a sus ojos renuentes una humedad salobre que sabía como el mar.

La voz era aterradoramente familiar.

Contádnoslo ahora.

Los tres humanos guardaron silencio, y el interrogador jophur se aproximó, irguiéndose sobre ellos. Palabras ánglicas hirvieron sobre la oscilante pila de anillos grasientos, acompañadas por burbujeos líquidos y estampidos viscosos.

—Explicadnos, ¿por qué enviasteis la señal que condujo a vuestra captura? ¿Os sacrificasteis para ganar tiempo para otros camaradas? ¿Aquellos que perseguimos más ávidamente?

Se había presentado como Ewasx, y Lark reconoció con horror las marcas del ex sabio traeki Asx. Había una gran diferencia en el pie de la pila, donde nuevas y ágiles patas le permitían moverse más ágilmente que antes. Y fibras plateadas rodeaban los tubos, conduciendo a un reluciente anillo joven que no parecía tener rasgos ni apéndices. Pero Lark intuía que era el componente que convertía al ex sabio en jophur.

—Detectamos una turbación en el campo temporal topórgico que retiene a la nave rothen bajo el lago —dijo—. Pero esos temblores estaban dentro de los niveles de ruido aceptables y nuestros líderes estaban demasiado ocupados para investigar. No obstante, Yo/nosotros discernimos claramente lo que intentabais lograr con esta treta.

La declaración no sorprendió a Lark. Una vez alertados, los poderosos alienígenas frustrarían ese improvisado plan destinado a permitir que los daniks escaparan de la nave atrapada. Sólo esperaba que Jeni Shen, Jimi y los demás lograsen huir antes que los robots cazadores rodearan el capullo temporal y la red de cavernas.

Como los tres humanos aún guardaban silencio, Ewasx continuó:

—La concatenación lógica es manifiesta, y revela un insistente esfuerzo de los irruptores para desviarnos de nuestro propósito principal en este mundo. En pocas palabras, intentabais distraernos.

Lark miró a Ling con desconcierto.

¿De qué habla el jophur?

—Comenzó hace varias rotaciones de Jijo —continuó Ewasx—. Aunque ninguna otra pila tripulante lo consideró inusitado, yo sentí perplejidad cuando los sabios supremos accedieron tan prontamente a la exigencia de nuestro líder capitán. No esperaba que Vubben y Lester Cambel obedecieran tan deprisa, revelando las coordenadas del principal campamento g'Kek.

—Te refieres a la Meseta de Dooden —dijo Lark.

Aún se sentía culpable de que una resonancia informática delatara la posición de la colonia. Aparentemente Ewasx pensaba que la transmisión había sido deliberada.

—La Meseta de Dooden, correcto. El envío de la señal parece demasiado conveniente, demasiado insólito. Las pilas de memoria heredadas de Asx indican un repulsivo nivel de lealtad entre las especies, entre las razas mestizas de Jijo. Una lealtad que debió haber demorado el acatamiento de nuestra demanda. Normalmente

los sabios habrían postergado las cosas con la esperanza de evacuar a los g'Keks antes de ceder.

—¿Para qué necesitabas esperar una señal? —preguntó Lark—. Si tienes recuerdos de Asx, sabías dónde estaba Dooden. ¿Para qué molestarse en preguntar a los sabios supremos?

Por primera vez, Lark vio indicios de lo que podía considerarse una respuesta emocional. Ondas irregulares atravesaron varios anillos de Ewasx, como si se contorsionaran con sensaciones desagradables.

Cuando volvió a hablar, la voz sonaba forzada.

—Las razones para la recuperación incompleta de datos no te interesan. Baste decir que el encapsulamiento de la Meseta de Dooden fue grato para los comandantes del Polkjhy, pero Yo/nosotros tenemos reservas con esta pila de inquietos anillos. El momento parecía demasiado conveniente.

—¿A qué te refieres?

—La señal llegó justo cuando estábamos por lanzar nuestra corbeta restante para socorrer a otra, que había realizado un aterrizaje forzoso más allá de las montañas. Postergamos esa misión al averiguar el paradero del principal escondrijo g'Kek. La corbeta estaba provista con topórgico, para atacar a nuestros enemigos jurados, e impedir la fuga de esas alimañas rodantes.

Lark notó que Rann miraba significativamente a Ling. Más allá de las montañas. Los daniks habían enviado la nave de Kunn a esa región, antes de la Batalla del Valle. ¿Y ahora los jophurs decían que habían perdido una «corbeta» en esa misma dirección?

No perdido. Un aterrizaje forzoso. Aun así, tenían extrañas prioridades. La venganza antes que el rescate.

—Después de terminar con la Meseta de Dooden, hubo otras demoras. Y cuando reanudamos los preparativos para enviar ayuda a nuestros primos caídos, se produjo esta nueva distracción. Me refiero a vuestra actividad bajo el lago. Astutamente encontrasteis un tosco modo de hacer vibrar el sello topórgico de la nave rothen. Al principio no le dimos importancia, pues meros irruptores nunca podrían penetrar ese capullo...

Otro temblor cruzó los anillos de la criatura, aunque esta vez no dejó de hablar.

—Pronto, sin embargo, hubo una distracción que no pudimos ignorar. La aparición de tres humanos en la superficie del lago, dentro de nuestro perímetro. Esto activó alarmas, concentrando nuestra atención por un período prolongado. Yo/nosotros conocemos ahora vuestra intención.

Lark lo miró atónito.

Después de la captura, él y Ling habían especulado en susurros acerca de la traición de Rann, que había nadado a la superficie para llamar la atención de los

jophurs con el ordenador portátil. Ling había mencionado un motivo probable.

—Rann es más leal a nuestros amos de lo que imaginé. Sabe que las Seis Razas poseen pruebas que pueden delatar el engaño rothen. Ayudar a nuestros camaradas a escapar de la nave sólo empeoraría las cosas, al permitir que más daniks conocieran tus argumentos, Lark. Tus pruebas del genocidio y otros males. Sería posible alejarlos de nuestros amos, como ocurrió conmigo. Antes que permitirlo, Rann prefería que los jophurs los exterminaran a todos y dejar a nuestra tripulación encerrada. Al menos así el clan rothen estaría a salvo.

La explicación de Ling había desconcertado a Lark. Pero la de Ewasx era aún más extraña.

—¿Estás diciendo que hicimos vibrar la cápsula dorada de la nave sumergida para llamar vuestra atención? ¿Y como eso no funcionó, subimos a la superficie para hacer más ruido, tratando de distraeros?

Al decir estas palabras, Lark notó con sorpresa que eso tenía mayor sentido que la realidad de los hechos. En comparación, parecía improbable que irruptores primitivos encontraran un modo de penetrar la trampa topórgica, o que un danik traicionara a sus camaradas para mantenerlos sepultados para siempre. Había un solo problema lógico.

—¿Pero por qué estaríamos tan desesperados para hacer semejante cosa? ¿De qué serviría ese sacrificio?

El jophur suspiró.

—Lo sabes muy bien. No obstante, para establecer una base clara para el interrogatorio, lo explicaré. Yo/nosotros conocemos vuestro secreto. Estáis en comunicación con la nave terrícola.

ALVIN

Los delfines no han dado un nombre a esta montaña de naves estelares abandonadas. Esta pila de desechos de una civilización perdida que se pudre en el fondo del Sumidero.

Huck quiere llamarla Atlántida. Pero por una vez una sugerencia suya me parece poco imaginativa.

Yo prefiero ese lugar mítico tan cautivadoramente descrito por el gran Clarke. Los Siete Soles. Donde mi tocayo encontró antiguas reliquias olvidadas por titanes que habían seguido su camino, dejando atrás a sus obsoletos sirvientes.

Restos de un pasado poderoso, ahora perdido entre la ciudad y las estrellas.

Ya no pasamos mucho tiempo juntos, los cuatro de Puerto de Wuphon. Los cuatro camaradas y aventureros. Hemos seguido distintos caminos, guiados por nuestras obsesiones.

Ur-ronn pasa el tiempo donde uno esperaría, en la sala de máquinas, estudiando los motores de la nave estelar y haciéndose compinche de Hannes Suessi. Tengo la impresión de que estos delfines no son tan buenos como una urs en el trabajo manual delicado, así que Suessi está contento de tenerla.

Además es el lugar más seco de este crucero sumergido. Aun así, me imagino que Ur-ronn pasaría tiempo allí aunque tuviera que chapotear en medio de un lago. Es donde debe estar una herrera.

Suessi esperaba que ofreciéramos alguna pista para liberar el casco del Streaker de un grueso revestimiento de carbono. Las tradiciones orales hablan del hollín estelar que aumentaba el peso de las naves furtivas cuando pasaban cerca de Izmunuti. Pero nunca supe de un clan que intentara sacarlo.

¿Para qué iban a molestarse nuestros ancestros, si hundían sus arcas poco después de llegar?

De todos modos, ¿por qué no reparar uno de los viejos cascos del Sumidero y usarlo para escapar?

Ur-ronn dice que Suessi y la doctora Baskin pensaron en ello.

Pero es chatarra, a fin de cuentas. Si las naves pudieran volar, los buyurs se las habrían llevado.

Para ayudar a los ingenieros, Ur-ronn espera alguna colaboración a cambio. Cumplir la misión que nos encomendaron cuando nuestro Sueño de Wuphon se sumergió desde Roca Terminal. Uriel nos pidió que encontráramos un tesoro escondido, equipo para ayudar a los sabios supremos a enfrentarnos con las naves invasoras.

Ahora sabemos más acerca de esos invasores, un crucero rothen seguido por un acorazado jophur. Parece improbable que ese tesoro nos ayude contra fuerzas tan

poderosas. Aun así, Uriel y nuestros padres deben darnos por muertos desde que se cortó la manguera de aire del Sueño de Wuphon.

Pero Ur-ronn tiene razón. Un juramento es un juramento.

Entiendo por qué la doctora Gillian prefiere que no nos comuniquemos con nuestros padres. Pero debo convencerla de que lo intente.

Pinzón pasa casi todo el tiempo con los kiquis, esos anfibios de seis patas que una vez considerábamos los dueños de esta nave. En realidad son algo aún más reverenciado en las Cinco Galaxias, auténticos seres presapientes. Pinzón parece tener cierta afinidad con ellos, pues su raza de qheuens rojos también debe vivir allí donde las olas se encuentran con una costa rocosa. Pero eso es sólo el principio de la explicación.

Él habla de construir un nuevo batiscafo para explorar el Sumidero. No sólo este montículo de naves muertas, sino las vastas y maravillosas ciudades abandonadas por los buyurs.

Obviamente disfrutó de su breve período como capitán del Sueño de Wuphon. Sólo que en esta ocasión desea una nueva tripulación. Los ágiles, obedientes y acuáticos kiquis pueden ser ideales, en vez de un hoon demasiado alto, una g'Kek quisquillosa y una urs hidrofóbica.

Tal vez Pinzón aún tenga la esperanza de encontrar monstruos.

Huck se niega a creer que algo importante pueda ocurrir sin ella.

En cuanto regresamos con la teniente Tsh't, se puso a interrogar a los prisioneros jophurs que tripulaban la nave destruida.

Según las novelas de espionaje y aventuras, el arte de interrogar se relaciona con los trucos del lenguaje. Inducir al otro a decir algo que no se proponía. Huck se cree muy lista para eso. No importa si los jophurs son diferentes de los traekis. Esperaba romper su obstinado silencio y obligarlos a hablar.

Se llevó un gran chasco cuando entró en la cámara y de sólo verla tuvieron un ataque, y se arrojaron contra el campo restrictivo para pegarle. La cámara se llenó de olor a odio.

Curiosamente, eso resultó útil. Los jophurs renunciaron súbitamente a su mutismo y se pusieron a hablar. En general, sus exabruptos en gal-dos y gal-cinco estaban llenos de furia humeante. Pero pronto intervino la astuta máquina Niss.

Huck volvió los cuatro ojos para mirar al holograma giratorio cuando dijo a los jophurs que quizás les entregaran una sabrosa g'Kek si colaboraban. Pronto, entre los juramentos de venganza y las promesas de represalia, hubo jirones de información útil, tales como el nombre de la nave y el rango de su líder capitán. Y un dato crucial.

Aunque su acorazado es un gigante en comparación con el Streaker, la nave jophur vino sola a Jijo.

Huck sostiene que ella supo siempre que la Niss no hablaba en serio. Más aún, se

atribuyó el triunfo, como si hubiera sido su plan.

Preferí no mencionar la pátina de sudor verde que le cubría los ojos. Después de la entrevista, necesitó un baño.

A diferencia de los otros, yo aún tengo mis dudas.

¿Hemos elegido el bando correcto?

Parece haber buenas razones para unir nuestro destino al de estos fugitivos. Los humanos son miembros de los Seis, de modo que los delfines son como primos. Y el Streaker se parece más a nuestras naves fugitivas irruptoras que estas arrogantes naves de los Linderos. Además yo me crié leyendo fábulas terrícolas. Simpatizo con los perdedores.

Aun así, debo mantener un grado de distanciamiento. En última instancia, mi lealtad se debe a mi familia, mi sept y mi clan, y a los sabios supremos de la Comuna de Jijo.

Entre nosotros cuatro, alguien debe recordar nuestras prioridades. Quizá llegue un momento en que no coincidan con las de nuestros anfitriones.

¿En qué me he ocupado todo este tiempo?

Ante todo, he aprendido a investigar la base de datos de la nave, extrayendo resúmenes históricos de lo que sucedió desde la Gran Edición. La historia resumida es un deleite para un amante de la información como yo.

No obstante, aún no puedo quitarme ese cubo brumoso de la cabeza. A veces me escabullo para entrar en esa fría habitación y hacer preguntas a la Biblioteca, un depósito tan grande que el Archivo de Biblos parece un manual para un niño de dos años.

Cuando regresábamos de la superficie conocí a Rety, la irascible humana cuya tribu ilegal de salvajes habría causado gran escándalo en la Comuna en tiempos normales. También hablé con Dwer el cazador, que según recuerdo visitó Wuphon hace unos años. Dwer habló de sus aventuras mientras Makanee trataba sus heridas, hasta que se durmió. Pronto Rety también se durmió con su pequeño «esposo» urs, que le apoyaba la cabecita en el pecho.

Ante todo, me he dedicado a guturear.

Así es. A guturear para un noor.

Mi mascota Huphu no sabe cómo reaccionar ante el recién llegado, Pies de Barro. Al verlo chistó, y él replicó como un noor común.

Fue una reacción tan normal que empecé a dudar de mi propia memoria. ¿De veras oí hablar a Pies de Barro?

Mi tarea consiste en mantenerlo contento hasta que decida hablar de nuevo.

Supongo que estoy en deuda con esta gente... Gillian Baskin, Tsh't y los delfines.

Nos salvaron del abismo... aunque quizá no habríamos caído si ellos no hubieran intervenido.

Me curaron la espalda... pero me la lastimé cuando ellos destruyeron el Sueño de Wuphon, Transformaron una mera aventura en una gesta épica, pero no nos dejan ir a casa por temor a que contemos la historia.

De acuerdo, maldición. Guturará para ese tonto noor. Se acicala y parece necesitar sonidos, después de meses con sólo humanos por compañía.

De cerca veo una diferencia en él. Veía lo mismo en ocasiones, en los ojos de algunos noors que holgazaneaban en el puerto de Wuphon.

Una cierta arrogancia.

Una perezosa astucia.

La impresión de que está tramando algo. Una de esas bromas que sólo comprendes cuando tienes la cara manchada de huevo.

EWASX

Los cautivos humanos parecen obstinados, anillos míos, y se niegan a responder. O bien nos confunden con mentiras flagrantes.

PREGUNTA:

¿Hay alguna similitud entre su conducta y el modo en que me confundisteis a Mí?

¿El modo en que habéis diluido tantos recuerdos cerosos que heredamos de Asx?

¿El modo en que nuestra unión oscila entre la renuente cooperación y la intermitente resistencia pasiva?

Es suficiente para provocar preguntas desagradables.

¿NO OS GUSTA FORMAR PARTE DE NUESTRA MEJORADA TOTALIDAD? ¿NUESTRA AMBICIOSA UNIDAD?

Sí, la mayoría de vosotros se declara satisfecha de formar parte de una gran entidad jophur, en vez de una tibia mezcla traeki. ¿Pero podemos Yo/nosotros estar seguros de que vosotros/nosotros Me/nos amáis?

La pregunta en sí constituye un posible síntoma de locura. ¿Qué jophur unido naturalmente abrigaría semejantes dudas? La pila sacerdotal del Polkjhy predijo que este experimento de hibridación fracasaría. El sacerdote predijo que sería en vano imponer un toroide maestro a anillos traekis de costumbres arraigadas.

Una metáfora asciende por gastadas sendas de cera semiderretida.

¿Intentas hacer una comparación, oh segundo anillo cognoscitivo?

Ah, sí. Yo/nosotros la vemos.

Forjar un noble jophur a partir de diversas celdas traekis es como domar una manada de bestias salvajes. Es una analogía adecuada.

Lástima que la metáfora no contribuye a resolver Mi/nuestro problema.

¿Qué secretos se ocultan en las zonas derretidas? ¿Qué recuerdos destruyó el sabio supremo traeki durante esos tensos momentos anteriores a la conversión de Asx? Yo/nosotros notamos que importantes pruebas relucían en esas capas que cubrían nuestro núcleo común.

Algo que los jophurs no debían conocer.

Pero Yo/nosotros lo conoceremos.

Yo debo conocerlos.

SUGERENCIA:

Tal vez podamos sonsacar información a estos humanos recién capturados.

Los portadores de los atributos nominales Lark, Ling y Rann.

RECHAZO:

La pila sacerdotal escupe vapor de frustración, contrariado al enterarse cuan pocos datos sobre los terrícolas contiene la biblioteca de a bordo. Tenemos muchas recetas detalladas de sueros de la verdad o drogas de coerción efectivas contra otras

razas y especies que son enemigas de los grandes jophurs, pero los archivos no guardan registro de ninguna sustancia que sea específica para los humanos. Nuestra biblioteca necesita una actualización, aunque es una unidad relativamente nueva, de menos de mil años.

Una pila táctica, asignada al personal de planificación, propuso que usáramos técnicas de interrogación diseñadas para los tymbrimi.

Esos embaucadores son aliados de los terrícolas, y parecen similares en modos que trascienden la locomoción bípeda. Probando esa sugerencia, hemos intentado proyectar ondas de compulsión psi contra los prisioneros, sintonizadas en frecuencias empáticas tymbrimi.

Pero los humanos parecían sordos a las pulsaciones y no reaccionaron.

Entretanto, el líder capitán despide vapores de ira, vapores acres que inducen al personal licenciado a rehuir su presencia.

¿Cuál es la causa de ese resentimiento, anillos Míos?

Noticias recientes de más allá de las colinas.

Amargas noticias sobre una derrota. Desastre en el este.

AL FIN nuestra corbeta restante llegó al lugar donde su gemela cayó hace dos días. A bordo del Polkjhy, nosotros/Yo/nosotros miramos consternados las imágenes de devastación.

La ruina yacía hundida en aguas pantanosas, un marasmo donde un traeki se revolcaría con placer mientras observa goteos cerosos. Un viento lluvioso barría la zona mientras los exploradores buscaban supervivientes, pero sólo encontraron restos, en general anillos solitarios que habían regresado a un estado animal y preparaban instintivamente nidos de vegetación putrefacta, como si sólo fueran primitivos predecesores de los traekis.

Recogieron varios toroides supervivientes. Al raspar sus núcleos, recobramos algunas borrosas sendas de memoria. Suficientes para sugerir que los culpables fueron delfines que emergieron del mar para sembrar estragos entre nuestros hermanos.

¿CÓMO PUDIERON?

La corbeta derribada había informado que los sistemas defensivos funcionaban en un cuarenta por ciento. Más que suficiente ante un ataque de los desesperados terrícolas. Aun en medio de una tormenta cargada de relámpagos, no habría sido posible que la presa arrinconada organizara un ataque por sorpresa. No obstante, ni siquiera una señal de alarma escapó de nuestra nave abatida antes que fuera vencida misteriosamente.

De nuevo surgen dudas. Se dice que los lobeznos son primitivos, no mucho más aptos que los salvajes irruptores cuyos cobardes antepasados colonizaron este mundo. Aun así, estos mismos terrícolas han sembrado turbulencia en las Cinco Galaxias,

escapando reiteradamente de las potentes flotas que los perseguían.

Tal vez fue un error que nuestro Polkjhy realizara esta misión a solas, sólo un acorazado para defender el destino de nuestra especie.

AROMÁTICOS RUMORES SE DIFUNDEN POR EL POLKJHY, alegando que el líder capitán tiene pilas deficientes. Feromonas subversivas sugieren que toroides de decisión defectuosos nos llevaron a esta inusual situación. La obsesión de vengarse de los g'Keks cegó a nuestro comandante, que así ignoró prioridades más altas.

Furioso al descubrir moléculas de motín en los conductos de aire, nuestro líder capitán procura contrarrestarlas con sus excrecencias químicas, una humeante combinación de hirviente rechazo. Perfumes de dominio inundan las cubiertas.

¿Qué pasa ahora, anillo Mío?

Ah. Nuestro segundo anillo cognoscitivo ha encontrado otra metáfora, y compara al líder capitán con el capitán de un velero hoon que trata de acallar a gritos a su preocupada tripulación, usando una voz estentórea en vez de auténtico liderazgo.

Muy interesantes, anillo Mío, estos paralelismos entre la conducta alienígena y las decisiones que se toman a bordo de una nave jophur. Estas intuiciones hacen que esta irritante unión valga la pena.

Amenos...

NO apliques esta metáfora a tu propio anillo maestro.

No me provoques. Te lo advierto. Sería un error.

NUESTRO PROBLEMA PERSISTE.

A diferencia de las pilas tácticas, Yo/nosotros no atribuimos el triunfo lobezno sobre nuestra corbeta a una tecnología anómala, ni a la suerte. Demasiada coincidencia en la sincronización. Estoy convencido de que los delfines sabían cuándo atacar, cuando otros acontecimientos nos distraían.

CONCLUSIÓN: las razas salvajes deben estar en comunicación con la nave terrícola.

Los cautivos humanos niegan tener contacto con los delfines.

Sostienen que sus actividades en la superficie del lago eran una manifestación de luchas humanas de predominio que en nada se relacionan con la nave perdida.

Deben estar mintiendo. Debemos encontrar modos de aumentar su nivel de cooperación.

Ojalá pudiera rodear sus núcleos simiescos con fibras plateadas, tal como hace un anillo maestro para inducir a otros componentes de una pila a colaborar en gozosa unidad.

Al parecer, debemos recaer en clásicas y bárbaras técnicas de interrogación.

¿Amenazaremos a los humanos con lesiones corporales?

¿Los atacaremos con tormentos metafísicos?

Prescindiendo de Mi/nuestra pericia, el líder capitán se ha decidido por una técnica que resulta efectiva contra muchas razas de sangre caliente.
Usaremos la atrocidad.

SARA

El aroma de ungüentos traekis llenaba sus narices con un grato aturdimiento, como si hubiera bebido varias copas de vino. Sara sentía el trabajo de las sustancias químicas, que perseguían y expulsaban el dolor para permitir que ella emergiera.

Un día después de regresar al mundo, dejó que Emerson empujara su silla de ruedas por la veranda de piedra de Uriel la herrera, observando el alba sobre los majestuosos picos que se extendían al norte y al este. Al oeste de las montañas, una bruma polvorienta cubría la maravilla multicolor del Flujo Espectral y el Llano de Arena Áspera.

El paisaje ayudó a Sara a olvidar el reflejo que veía en el espejo de mano que le había prestado Uriel. El ancho paisaje de Jijo aclaraba la silenciosa prédica de Emerson.

El mundo es más grande que todos nuestros problemas.

Le entregó el espejo al hombre de las estrellas, que con hábiles trucos de prestidigitación lo hizo desaparecer en una manga de su bata. Emerson sonrió cuando Sara se echó a reír.

¿De qué sirve pensar en mis puntos y raspones?, pensó. Las cicatrices no importarán en los días venideros. Los supervivientes vivirán de la tierra. No importarán las mujeres bonitas sino las recias.

¿O esta complacencia era inducida por las sustancias químicas que tenía en las venas? Pociones preparadas por Tyug, maestro alquimista de la Forja del Monte Guenn. Al cabo de siglos, los traekis de Jijo sabían mucho sobre la curación de otras razas, aptitudes adquiridas por ensayo y error mientras los qheuens, urs, hoons y hombres libraban escaramuzas antes de la Gran Paz. En años recientes, los textos del archivo de Biblos ayudaron a expertos moleculares como Tyug a suplementar sus conocimientos prácticos con nuevos conceptos, usando palabras ánglicas como péptido y enzima, hasta que parecían a punto de recobrar el conocimiento que sus ancestros habían abandonado.

Pero no buscándolo en una biblioteca. Los textos terrícolas sólo sirvieron como punto de partida. Como base de nuevos descubrimientos. Lo cual ejemplificaba la tendencia que ella proponía en su controvertida tesis. Seis Razas en ascenso en vez de seguir la Senda de la Redención, y no por el mismo camino que usaron sus antepasados...

Hecho por un camino nuestro.

Otros ejemplos llenaban los recintos que había más allá de ese parapeto de piedra, en talleres y laboratorios donde el personal de Uriel trabajaba cerca del calor de la lava, arrancando secretos a la naturaleza. A pesar de su sufrimiento, Sara se alegraba de ver en Monte Guenn más pruebas de que la civilización jijoana se dirigía hacia

nuevos rumbos.

Hasta que llegaron las naves del espacio.

Sara hizo una mueca. Ningún recordatorio era tan elocuente como el que habían presenciado anoche desde esa veranda.

Las herreras del Monte Guenn agasajaban a Sara y sus amigos con un festín bajo las estrellas, celebrando su recuperación. Un coro de marineros hoons del puerto cantaba baladas festivas y las aprendices de Uriel danzaban mientras sus diminutos esposos se apoyaban en sus lomos, imitando cada giro. Los qheuens grises, con su caparazón de quitina adornado con gemas, esculpían maliciosas caricaturas de los invitados, usando sus diestras bocas para tallar estatuillas de piedra.

Incluso Ulgor pudo participar, tocando el violus, arrancándole ricas vibraciones mientras Emerson se sumaba con su dulcímele. El hombre de las estrellas se puso a cantar, y cada verso salía entero de un recoveco de la memoria:

*En una casa de Fife,
vivían un hombre y su mujer.
Eran, creedme, gente cómica.*

*Para asombro de los otros,
ambos veían con los ojos
y movían la lengua al hablar.*

Cuando la fiesta se estaba animando, hubo una brusca interrupción.

Unos relámpagos iluminaron el noroeste, perfilando la mole distante de la Montaña Ardor, llevando a todos hacia el balcón.

Pasaron varios duras hasta que oyeron los ruidos, reducidos por la distancia a graves gruñidos. Sara pensó en relámpagos y truenos, una tormenta como la que había empapado el desierto últimamente, mientras ella deliraba presa del dolor. Pero sintió una fuerte conmoción, y se alegró de tener cerca a Emerson. Algunas aprendices contaron los intervalos que separaban cada relámpago de su sonido.

El joven Jomah expresó sus pensamientos.

—Tío, ¿la Montaña Ardor está en erupción?

El enjuto rostro de Kurt tenía una expresión lúgubre. Pero fue Uriel quien respondió, sacudiendo la larga cabeza.

—No, muchacho. No creo que sea una erupción.

Miró más allá del desierto venenoso.

—Creo que es Villa Ovoom.

Kurt habló con voz sombría.

—Detonaciones. Agudas. Nítidas. Mayores de las que produciría mi gremio.

El ánimo festivo se extinguió. Estaban destruyendo la mayor ciudad de la Cuesta, y ellos sólo podían mirar impotentes. Algunos gritaron de frustración, o rezaron al Huevo Sagrado. Otros mascullaron juramentos de venganza. Una persona explicó desapasionadamente por qué ese ultraje se cometía en una noche despejada: para que la violencia fuera visible en gran parte de la Cuesta, una demostración de poder irresistible.

Abrumada por el doloroso espectáculo, Sara había sido incapaz de pensar con coherencia. En ese momento pensaba en las madres: madres hoons, madres g'Keks, humanas, e incluso altivas reinas qheuens, aferrando a sus hijos mientras abandonaban hogares llameantes que se derrumbaban.

Las visiones rodaban en su cerebro como un ciclón de cenizas, hasta que Emerson le dio una doble dosis del elixir traeki.

Al caer en un sueño profundo, tuvo un último pensamiento.

Gracias a Dios que nunca acepté la propuesta de matrimonio del sabio Taine. Ahora podría tener mi propio hijo.

Éste no es momento para permitirse un amor tan profundo.

Ahora, a la luz del día, su mente funcionaba casi como antes del accidente: rápida y lógicamente. Incluso pudo poner la calamidad de la noche anterior en perspectiva.

Jop y Dedinger predicaron que nunca debimos tener ciudades. Dirían que los galácticos nos hicieron un favor al destruir Villa Ovoom.

Sara recordó leyendas que su madre leía en voz alta, de libros de historia que abarcaban muchas tradiciones terrícolas anteriores al Contacto. La mayoría de las culturas terrícolas contaban sagas sobre la pasada edad de oro, cuando la gente sabía más. Cuando tenía más Honor y sabiduría.

Muchos mitos describían dioses iracundos que destruían vengativamente las obras de los orgullosos mortales, para que los hombres y mujeres no empezaran a considerarse dignos del cielo. No existían pruebas creíbles de que esos acontecimientos hubieran ocurrido, pero la historia parecía tan común que debía reflejar un elemento profundo de la psique humana.

Tal vez mi herejía personal fuera un sueño tonto, y mi idea del «progreso» se basara en pruebas preparadas. Aunque Uriel y otros humanos han emprendido un camino diferente, ya no tenía caso discutir.

Dedinger tenía razón, a fin de cuentas.

Los dioses han decidido derribarnos.

La confirmación del desastre llegó esa mañana a través de los señaleros, el mismo sistema de espejos reflectantes que había sorprendido a Sara días atrás, cuando vio un destello durante el ascenso desde Xi. Usando un código basado en el gal-dos, la señal seguía un largo y sinuoso camino desde un pico al otro de los Linderos, llevando concisos informes sobre la devastación producida a orillas del río Gentt.

Miduras después llegó un testigo ocular, descendiendo del cielo como una bestia fabulosa, aterrizando en el parapeto de piedra de Uriel para asombro de Sara y los demás invitados.

Un joven humano emergió de las trémulas alas, desabrochándose las correas después de un audaz viaje por el ancho desierto, pasando de una corriente ascendente a otra en una hazaña que habría causado sensación en tiempos normales.

Pero el heroísmo y los actos milagrosos son rutinarios en la guerra, pensó Sara mientras la muchedumbre se agolpaba alrededor del joven.

Le temblaba el cuerpo de agotamiento mientras se quitaba el *rewq* que le había protegido los ojos sobre el Flujo Espectral. Se cuadró frente a la herrera cuando Uriel salió al trote de los talleres.

—Antes de atacar Villa Oboom, los jophurs presentaron un ultimátum en dos partes —explicó con voz ronca—. Su primera exigencia es que todos los *g'Keks* y *traeki* deben dirigirse a zonas especiales de reunión, para ser transportados fuera del planeta.

Uriel resopló con resignación, como si esperase algo parecido.

—¿Y la segunda parte del ultimátum?

Tuvo que esperar la respuesta. Kepha, la mujer de Xi, llegó con un vaso de agua, que el piloto bebió con gratitud, mientras los hilillos le mojaban la barbilla. Las *urs* apartaron los ojos ante ese desagradable espectáculo. Pero Uriel miró con paciencia hasta que él terminó.

—Adelante —insistió, cuando el joven le devolvió el vaso a Kepha con una sonrisa.

—Los jophurs quieren que los sabios supremos delaten la posición de la nave de los delfines —dijo el joven.

—¿La nave de los delfines? —Uriel hizo resonar sus cascos en las losas—. Hemos oído historias sobre esa cosa. Rumores e insinuaciones contradictorias de los *rothens*. ¿Los jophurs han revelado de qué se trata?

El mensajero intentó asentir, pero Tyug se acercó y le cogió la cabeza con varios tentáculos. El alquimista *traeki* lo untó con unguento para las quemaduras de sol.

—Parece ser... ¡Oye, cuidado! —Trató de apartar los tentáculos, luego ignoró al *traeki*—. Parece que estos delfines son las presas que han traído a los *rothens* y los jophurs a la Galaxia Cuatro. Más aún, los jophurs dicen que ahora están seguros de que los sabios están en contacto con la nave terrícola. O bien delatamos su posición, o bien habrá más destrucción, empezando por Villa Tarek y aldeas y villorrios menores, hasta que no quede ningún edificio en pie en la Cuesta.

Kurt sacudió la cabeza.

—Es sólo una amenaza. Ni siquiera los galácticos pudieron encontrar nuestras estructuras de madera, ocultas bajo su camuflaje.

El mensajero no parecía tan seguro.

—Por doquier hay fanáticos que creen que se acerca el fin. Algunos creen que los jophurs son agentes del destino, enviados para devolvernos a la Senda. Lo único que necesitan esos necios es iniciar un incendio y arrojar fósforo sobre la llama. Los jophurs pueden oler la señal usando su buscador de arco iris.

Buscador de arco iris, pensó Sara. Ahí se refiere al espectrógrafo.

Jomah quedó anonadado.

—¿La gente haría eso?

—Ya ha sucedido en algunos lugares. Algunos han tomado como rehenes a sus demolidores, obligándolos a activar las cargas. En otras partes los jophurs han establecido campamentos con una docena de anillos y una treintena de robots, reuniendo ciudadanos para interrogarlos. No sabéis cuan afortunados sois aquí.

No obstante, Sara tenía sus dudas. ¿Cómo podían los sabios supremos ceder ante esas exigencias? Los jophurs no se llevarían a los g'Keks para devolverles su jerarquía de dioses estelares. Los aniquilarían. En cuanto a los traekis, la muerte podía parecer agradable en comparación con el destino que les reservaban.

Además estaba la «nave de los delfines». Aun la informada Uriel estaba insegura. Si los sabios supremos estaban en contacto con una banda de pupilos terrícolas fugitivos, ella no sabía nada sobre ello.

Tal vez fuera fatiga emocional, o un efecto retardado de la droga de Tyug, pero Sara dejó de prestar atención. Cuando el mensajero se puso a describir la destrucción y muerte de Ovoom, Sara ya no aguantaba más. Dirigió su silla de ruedas hacia Emerson, que estaba cerca de la cometa del mensajero.

El fascinado hombre de las estrellas acariciaba las delicadas alas y travesaños, evaluando el ingenioso diseño. Al principio Sara pensaba si no sería el mismo aparato volante que había visto en una vitrina del museo de Biblos, el último de su especie, un vestigio de los fabulosos días de la llegada del Tabernáculo, cuando valientes exploradores aéreos ayudaban a los escasos colonos humanos a sobrevivir en sus primeras guerras. Con el tiempo, todos se habían perdido menos uno, y no se habían construido otros por falta de material de alta tecnología.

¡Pero esta máquina es nueva!

Sara reconoció texturas g'Keks en la delicada tela. La sustancia sedosa era familiar al tacto.

—Es una secreción traeki —explicó Tyug, que también se había alejado de la muchedumbre que rodeaba al mensajero. El alquimista compartía la preferencia por las cosas físicas antes que las palabras—. Yo/nosotros saboreamos una hebra. El polímero es una ingeniosa estructura de filamentos basada en fibra reductora. Sin duda encontrará otros usos en piduras venideros, al confluir nuestros diversos proyectos.

Ahí estaba de nuevo. Sara seguía oyendo insinuaciones sobre una estratagema secreta, la misteriosa razón por la cual había viajado hasta allí. Un proyecto que aún nadie le había explicado, aunque Sara empezaba a sospechar algo.

—Perdón por interrumpir vuestra reflexión, honorables Saras y Emersons — continuó Tyug—. Pero un mensaje aromático acaba de activar los receptores correspondientes de mi/nuestro quinto toroide sensorial. El sentido simplificado de este mensaje es que el sabio Purofsky desea vuestras presencias en proximidad de la suya.

Sara tradujo la torpe frase ánglica de Tyug.

En otras palabras, basta de remolonear. Es hora de poner manos a la obra. De vuelta a la misteriosa caverna de Uriel.

Sara vio que la herrera ya se había marchado con Kurt, dejando que la joven aprendiz Urdonnol siguiera interrogando al joven piloto.

Al parecer, aun esas estremecedoras noticias eran menos urgentes que la tarea a realizar.

Calcular problemas de mecánica orbital, pensó Sara. Aún no entiendo cómo eso nos ayudará a salir de este brete.

Miró a Emerson, que con cierta renuencia dejó de estudiar la cometa. Pero cuando el viajero de las estrellas se inclinó sobre Sara para acomodarle la manta, la miró a los ojos y sonrió. Cogió con sus fuertes manos la silla de Sara y la llevó por una rampa que descendía al interior de la montaña, hacia la asombrosa Sala de Discos Giratorios de Uriel.

Me siento como un g'Kek, rodando de este modo. Era una extraña percepción, pues en realidad el sept rodante era mucho más ágil. Tal vez todos los humanos tendrían que pasar una semana en una silla de ruedas, para hacerse una idea de cómo puede ser la vida para los demás.

Se preguntó cómo se desplazaban los g'Keks en su ámbito «natural». Según la leyenda, eran colonias artificiales que flotaban en el espacio. Lugares extraños, donde muchos de los supuestos de la vida planetaria no se sostenían.

Emerson eludía hábilmente los surcos que incontables generaciones de cascos urs habían dejado en el suelo de piedra. Aceleró cuando pasaron frente a un conducto que escupía vaharadas de la forja principal, manteniendo su cuerpo entre Sara y las oleadas de calor volcánico.

Sara estaba casi preparada para volver a caminar, pero era reconfortante gozar por un tiempo de esa inversión de papeles.

Tenía que admitir que él tenía talento para eso. Tal vez tenía una buena maestra.

Normalmente Prity se habría encargado de empujar la silla de Sara. Pero la chimpancé estaba ocupada, sentada en un taburete en el santuario de Uriel, con un lápiz en una mano, trazando arcos en hojas de papel rayado. Más allá del caballete de

Prity se extendía una vasta cámara subterránea llena de tubos, poleas y discos, enlazados por engranajes y correas de cuero, un laberinto de formas giratorias que llenaban un bastidor de madera que ascendía hasta un techo abovedado. En el crudo resplandor de los faroles de carboacetileno, figuras diminutas correteaban por el andamiaje, tensando y lubricando. Eran machos urs que se contaban entre los primeros que encontraban empleo útil fuera del marsupio de sus esposas, ganando buenos ingresos al ayudar en el complejo «pasatiempo» de Uriel la herrera.

Cuando Sara vio el lugar por primera vez, en medio de su fiebre, pensó que era una visión onírica del infierno. Luego sucedió algo maravilloso. Los discos giratorios cantaron.

No con sonido, sino con luces. Mientras giraban uno sobre otro, haces angostos se reflejaban en las superficies espejadas, reluciendo como rayos de luna en las facetas de una cascada congelada. Pero no era sólo un espléndido diseño aleatorio. Patrones. Ritmos. Algunos relámpagos palpitaban con precisión de reloj, mientras que otros efectuaban complejos ciclos ondulatorios, como el oleaje. Con la aguda sensibilidad de un subconsciente al desnudo, Sara había reconocido una armonía superpuesta de formas. Elipses, parábolas, catenarias, una serenata geométrica no lineal.

Es un ordenador, comprendió, aun antes de recobrar todas sus facultades. Y por primera vez desde que había partido de su casa de Dolo, se sintió en casa.

Es otro mundo.

Mi mundo.

Matemática.

HOJA

Pudo haberse quedado más, pero al cabo de tres o cuatro miduras, el aire de las vejigas de sus patas se puso rancio. Aun un qheuen azul necesita respirar por lo menos una docena de veces por día. Cuando la luz del sol penetró hasta su turbio refugio, Hoja supo que debía abandonar el fondo del río que lo había protegido durante la tormenta de fuego de la noche. Luchó contra la corriente del Gentt, clavando las cinco pinzas en la orilla lodosa, trepando hasta que pudo elevar la cúpula visual sobre la superficie.

Parecía el Día de la Condenación.

Las legendarias torres de Villa Ovoom habían sobrevivido a la era de la reconstrucción y a medio millón de años de viento y lluvia. Habían desaparecido las sofisticadas máquinas que la convertían en un espléndido puesto galáctico. Los buyurs se las habían llevado tiempo atrás, junto con casi todos los cristales de las ventanas. Pero a pesar de las diez mil aberturas vacías, las estructuras supervivientes habían sido palacios suntuosos para las seis razas exiliadas, brindando espacio para cientos de apartamentos y talleres, todos conectados por ingeniosos puentes de madera, rampas y toldos de camuflaje.

Sólo algunos tocones sobresalían en la polvareda. El implacable brillo del cielo mostraba cuan fútiles habían sido los intentos de ocultamiento.

Avanzando por la orilla llena de escombros, Hoja encontró restos más macabros, cuerpos que flotaban en los remolinos del río, junto con fragmentos desmembrados, miembros de bípedos, ruedas g'Keks y toroides traekis. A la manera qheuen, Hoja no sintió revulsión mientras avanzaba entre los cadáveres. Sólo esperaba que alguien juntara los restos para su reducción adecuada. Poco se ganaba con llorar por los muertos.

Hoja se sintió más perturbado por el caos de los muelles, donde varias torres habían caído sobre los embarcaderos y almacenes. Ninguna embarcación parecía intacta.

Se detuvo frente a un grupo de hoons que examinaba desconsoladamente su destruida nave. Sintió un aguijonazo de esperanza cuando reconoció el barco y vio que el reluciente casco de madera había sobrevivido. Luego comprendió que todos los mástiles y aparejos se habían perdido. Lanzó burbujas de decepción por tres de los cinco conductos de sus patas.

El día anterior Hoja había reservado un pasaje a bordo de esa nave. Bien podía arrojar el papel junto con los otros restos que bajaban al mar.

Gran parte de esa escoria estaba viva hasta anoche, cuando el cielo estrellado se iluminó con el espectáculo de una nave galáctica que llegó mucho antes que su propia onda de choque, anunciando su repentina llegada con un chirrido de fricción. Luego

sobrevoló Villa Ovoom con la gracia imperturbable de un pez gordo y predatorio.

El espectáculo era tan bello como terrible.

Una voz amplificada recitó un ultimátum ritual en un denso dialecto de galáctico dos con acento traeki.

Hoja ya había vivido demasiadas aventuras para quedarse a mirar.

La experiencia le había enseñado una lección simple: cuando alguien mucho más grande empezaba a proferir amenazas, era mejor largarse.

Apenas escuchó esas palabras mientras se sumaba al éxodo de los prudentes. Corriendo hacia el río, llegó a tiempo para refugiarse.

Y ni siquiera debajo de diez metros de líquido pardo y turbulento pudo ser ajeno a lo que siguió. Explosiones asoladoras, centellas cegadoras, gritos.

Sobre todo gritos.

Ahora, bajo el sol de un nuevo día, Hoja encontraba todas las facetas conceptuales de su mente agobiadas por los estragos. El centro poblado más grande de la Cuesta, una próspera comunidad del arte y del comercio, estaba en ruinas. En el centro de la devastación, los edificios no sólo habían caído, sino que estaban pulverizados. Sus cenizas flotaban hacia el este en la brisa.

¿Y si algo similar había sucedido en Villa Tarek, donde el verde Roney se juntaba con el helado Bikbur? ¿O en Villa Dolo, cuya represa protegía la próspera colmena de sus tías y madres? Aunque Hoja se había criado cerca de los humanos, la angustia le hacía olvidar el ánglico. Ahora la lógica de sus pensamientos funcionaba mejor en galáctico seis.

Desesperada, mi situación.

Al Monte Guenn por nave oceánica no hay camino.

Reunirme con Sara y los demás no puedo ahora.

Cumplir mi promesa no podré, ni mi voto sostener.

Otros qheuens emergían de las aguas, y sus cúpulas ascendían como corchos. Algunos azules audaces ya habían llegado a las calles ruinosas antes que Hoja, ofreciendo sus fuertes lomos y pinzas para asistir a las cuadrillas de rescate, buscando sobrevivientes entre los escombros. También vio rojos y gigantes grises que debían haber sobrevivido a esa noche de horrores sin un refugio acuático. Algunos parecían heridos y todos estaban cubiertos de polvo, pero se pusieron a trabajar junto a los hoons, humanos y demás.

Un qheuen se siente inquieto sin un deber que cumplir. Alguna obligación que pueda satisfacerse con el servicio, como al rascar un picor. En el mundo original, las matronas grises explotaban implacablemente ese instinto. Pero Jijo había cambiado las cosas, promoviendo otra clase de lealtad. La fidelidad a algo más que una

colmena o reina.

Sin ver una oportunidad de lograr el cometido inicial de reunirse con Sara, Hoja reorganizó sus facetas de prioridad, asignándose un nuevo proyecto inmediato.

Los cadáveres no significaban nada para él. No lo conmovían los muertos de Villa Ovoom. Pero irguió el corpachón, puso en movimiento las cinco patas y se apresuró a ayudar a quienes aún conservaban una chispa de vida.

Los supervivientes y sus rescatadores avanzaban cautelosamente entre las ruinas, como si cada piedra ocultara peligro.

Como la mayoría de las colonias, ésta había sido minada por una rama del Gremio de los Demoladores, preparando la ciudad para su destrucción si alguna vez llegaba el profetizado Día del Juicio. Pero cuando al fin llegó, no fue como lo anunciaban los Rollos. No hubo serenos y desapasionados funcionarios de los Institutos ordenando la evacuación y una pulcra demolición, y sopesando la valía de cada raza por su avance en la Senda de la Redención. En cambio hubo una abrupta y cruel lluvia de llamas que encendió algunas de las cargas que los demoladores habían cuidado con reverencia durante generaciones, y dejó otras acechando como trampas entre las ruinas.

Al estallar el cuartel de los demoladores, una enorme bola de fuego se había elevado a tal altura que lamió brevemente el vientre de la corbeta jophur, obligándola a una apresurada retirada. Aun ahora, varios miduras después del ataque, las explosiones retardadas todavía sacudían partes de la ciudad, frustrando los intentos de ayuda, tumbando pilas de escombros.

La situación mejoró cuando voluntarias urs de una caravana cercana entraron en la ciudad. Con sus sensibles narices, las urs buscaron cargas no activadas y carne viviente. Eran muy hábiles para encontrar humanos inconscientes u ocultos cuyo aroma les resultaba fuerte.

Pasaron miduras de pesada labor. Al caer la tarde, Hoja aún trabajaba con una cuerda, ayudando a despejar las tercas obstrucciones de un sótano sepultado. El jefe del equipo de rescate, un capitán hoon, lanzaba órdenes rítmicas.

—¡Hrrrm, tirad ahora, amigos! ¡Una vez más! ¡Y una más!

Hoja se tambaleó cuando el bloque de piedra cedió al fin. Un par de ágiles lorniks y un chimpancé entraron por la abertura y sacaron a un g'Kek con dos ruedas partidas. El estuche cerebral estaba intacto, y los cuatro ojos bailaron una danza de asombrada gratitud. El superviviente parecía joven y fuerte. Las ruedas podrían repararse, y sus rayos se repararían solos.

¿Pero dónde vivirá hasta entonces?, se preguntó Hoja, sabiendo que los g'Keks preferían la vida urbana, no la selva adonde habían huido muchos habitantes de Ovoom. ¿Será un mundo al que valdrá la pena volver, o un mundo lleno de virus diseñados por los jophurs y robots cazadores, programados para satisfacer una

antigua sed de venganza?

La cuadrilla estaba por reanudar la tarea cuando el traeki que hacía de vigía lanzó un grito desde una pila de escombros, mirando hacia todas partes con su anillo sensor.

—¡Observad! ¡Todos los yoes, dirigid vuestra atención a la dirección indicada!

Un par de tentáculos señalaba el sur y el oeste. Hoja irguió su caparazón y trató de elevar la cúpula, pero estaba cubierta de polvo y no tenía agua para limpiarla. Ojalá los qheuens tuviéramos mejor vista. Por Ifni, ahora me conformaría con conductos lacrimales.

Un objeto esférico sobrevoló lánguidamente el bosque, como una nube. Careciendo de toda perspectiva para esa extraña visión, al principio Hoja no pudo discernir el tamaño. Tal vez el titánico acorazado jophur había venido, en vez de enviar a su hermano menor. ¿Regresaban los jophurs para terminar el trabajo? Hoja recordó historias de armas galácticas mucho peores que las que había usado la corbeta. Armas capaces de derretir la corteza de un continente. Un río no serviría de refugio si los alienígenas usaban esas armas.

Pero vio que el objeto esferoide ondeaba en una brisa inquieta.

Parecía estar hecho de tela, y era mucho más pequeño de lo que había pensado.

Otros dos esferoides lo seguían. Hoja cambió instintivamente los lentes orgánicos de su cúpula para mirar en infrarrojo. Vio que cada objeto volante llevaba debajo un fulgor térmico colgado de cables.

Los demás espectadores, los que tenían vista más aguda, tuvieron diversas reacciones. Primero espanto, luego intriga, y al fin una especie de alegre asombro que expresaron con risas estridentes o gutureos profundos.

—¿Qué es? —preguntó un qheuen rojo, aún más cubierto de polvo que Hoja.

—Creo... —empezó Hoja, pero un humano lo interrumpió, cubriéndose los ojos con ambas manos.

—¡Son globos! Por Drake y Ur-chown... son globos de aire caliente.

Poco después, incluso los qheuens pudieron distinguir formas bajo los sacos de tela. Siluetas urs en cestos de mimbre, cuidando fuegos que estallaban intermitentemente en un calor súbito, casi volcánico. Entonces Hoja comprendió quiénes llegaban, como saliendo del sol poniente.

Las herreras de Montaña Ardor debían haber visto la calamidad de anoche desde su reducto de montaña. Las herreras acudían en ayuda de sus vecinos.

Parecía extrañamente blasfemo, pues los Rollos Sagrados anunciaban que del cielo llegaría la condenación.

Ahora parecía que los cielos despejados también podían traer alivio.

LESTER CAMBEL

Estaba demasiado ocupado para dejarse agobiar por sus remordimientos. Mientras la actividad en la base secreta alcanzaba un pico febril, Lester no tenía tiempo para revolcarse en sus culpas. Debía inspeccionar tubos resbalosos, un conducto meandroso que avanzaba por el bosque de bu, transportando desagradables fluidos traekis a altas cubas donde se congelaban formando una pasta química inflamable.

Lester también tenía que aprobar una nueva máquina para enrollar leguas de cuerda de fibra alrededor de troncos de bu, multiplicando mil veces su fuerza.

También estaba la cuestión de los escarabajos llameantes. Un asistente había encontrado un nuevo uso para esta vieja plaga, un peligroso insecto modificado por los buyurs y odiado por la mayoría de los jijoanos, pero que ahora podía resolver un irritante problema técnico.

La idea parecía prometedora, pero necesitaba más pruebas antes de incorporarla al plan.

Poco a poco el proyecto dejó de ser una fantasía alocada para convertirse en una jugada desesperada. Se decía que un corredor hoon aceptaba apuestas de sesenta a uno en contra del éxito.

Cada vez que superaban un problema, aparecían tres más. Era de esperar, y Lester llegó a ver esa creciente complejidad como una bendición. Mantenerse ocupado era el único modo de combatir contra las imágenes que acechaban su mente.

Una bruma dorada cayendo en la Meseta de Dooden. Sólo la inmersión en el trabajo podía sofocar los gritos de los g'Keks atrapados por la lluvia venenosa de un crucero jophur. Un crucero que él había llamado descuidadamente al ceder a su mayor vicio, la curiosidad.

No te culpes, Lester, aconsejaba Ur-jah en un dialecto de gal-siete. El enemigo pronto habría encontrado Dooden de todos modos. Entretanto, tu investigación produjo información valiosa. Ayudó a encontrar curas para las pestes qheuen y hoon. La vida consiste en concesiones, amigo mío.

Quizá. Lester admitía que en los papeles las cosas podían funcionar así. Sobre todo si uno entendía, como hacían muchos, que los g'Keks estaban condenados de todos modos.

Esa filosofía es mas fácil para las urs, que saben que sólo una fracción de sus vástagos puede sobrevivir. Los humanos lloramos toda una vida si perdemos un hijo. Si las urs nos resultan insensibles, es bueno recordar que para ellas debemos parecer absurdamente sentimentales.

Lester trató de pensar como una urs. No pudo.

Ahora llegaban noticias de los valientes comandos que se habían sumergido en el lago que cubría el Valle de Asamblea. La sargento Jeni Shen hablaba de un éxito

parcial, pues habían liberado varios daniks de la nave pero habían sufrido algunas pérdidas, entre ellas el joven sabio hereje, Lark Koolhan. Una gran pérdida, a juicio de Lester.

¿Qué le harían los alienígenas a Lark en ese momento?

Nunca debí aprobar ese peligroso plan.

Lester comprendía que no tenía carácter para ser un jefe militar.

No podía derrochar gente, como combustible para el fuego, ni siquiera como precio de la victoria.

Cuando todo esto terminara, suponiendo que alguien sobreviviese, planeaba renunciar al Consejo de los Sabios para transformarse en el estudioso más recluso de Biblos, errando como un fantasma entre polvorientos estantes de antiguos tomos. O bien podía reanudar su vieja práctica de la meditación en el angosto Desfiladero de los Benditos, donde las preocupaciones desaparecían bajo el dulce océano del olvido.

La oportunidad de retirarse de la vida era tentadora.

Pero ahora había demasiado que hacer.

El consejo rara vez se reunía.

Phwhoon-dau, que había consagrado la vida a estudiar las lenguas y costumbres de los legendarios galácticos, era el responsable de negociar con los jophurs. Lamentablemente no había mucho que negociar. Sólo suplicar a los invasores que cambiaran de mentalidad.

Phwhoon-dau envió reiteradas solicitudes a los alienígenas, alegando que los sabios supremos no sabían nada sobre la «nave de los delfines».

Creednos, oh grandes señores jophurs, imploraba el sabio hoon. No tenemos ningún canal de comunicación secreto con vuestra presa. Los acontecimientos que mencionáis no están relacionados. Sólo son coincidencias.

Pero los jophurs estaban demasiado furiosos para creerle.

En sus intentos de negociación, Phwhoon-dau recibía los consejos de Chorsh, el nuevo representante traeki. Pero el sustituto de Asx tenía poco que ofrecer. Como miembro del Gremio de Demoledores de Villa Tarek, Chorsh era un técnico valioso, pero no un experto en sus primos jophurs.

Chorsh tenía, sin embargo, un talento útil, un toroide de convocación.

Los vientos estivales llevaron el mensaje aromático del traeki a toda la Cuesta, la llamada de Chorsh a todas las pilas de anillos calificadas.

Venid... venid ahora adonde vosotros/nosotros somos necesarios.

Cientos de ellos ya se alineaban en una cadena de grasientas pilas de anillos que se prolongaba casi una legua entre los troncos de bu.

Cada voluntario se alimentaba con su festín de materia decadente, y las cuadrillas los abastecían como si echaran leños a una máquina de vapor. Humeando de cansancio, el grupo de síntesis química arrojaba fluidos relucientes en cubas

improvisadas hechas de troncos ahuecados, aumentando un caudal que al fin se convirtió en un río de licor hediondo.

Inmóviles y mudos, no parecían seres sentientes sino colmenas grasientas, alineadas en un camino sinuoso. Pero esa imagen era engañosa. Lester veía estrías de color en el cuerpo de un traeki cercano, un sutil juego de matices que ondeaba entre los anillos de la pila, como si conversaran entre sí. Luego las estrías formaban una trama de luces y sombras en los puntos que estaban más cerca de los vecinos del traeki. Esas pilas, a su vez, respondían con cambios en su propia superficie.

Lester reconocía el motivo ondulatorio: risa traeki. Los operarios compartían bromas, entre sus propios anillos y de pila en pila.

Son los más extraños de los Seis, pensó Lester. No obstante, los entendemos... y ellos a nosotros. Dudo que los refinados ciudadanos de las Cinco Galaxias puedan decir lo mismo de los jophurs. Su ciencia avanzada no pudo lograr lo que nosotros hemos logrado conviviendo con los traekis día a día.

Era un humor bastante tosco, por lo que Lester veía. Muchos de esos operarios eran farmacéuticos en sus aldeas de la Cuesta. El que estaba más cerca de Lester había especulado sobre otros usos del material que estaban preparando: tal vez pudiera servir como cura para el perenne problema del estreñimiento hoon, sobre todo acompañado por generosas aplicaciones de calor...

Al menos, así era como Lester interpretaba el lenguaje del color.

No era un experto en sus matices. De todos modos, no le molestaba que esos operarios se divirtieran con sus groserías. Su dura labor era incesante, y aun así la producción estaba retrasada.

Pero llegaban más traekis con cada midura, respondiendo a la convocatoria aromática del sabio.

Ahora esperemos que los jophurs sean demasiado avanzados para usar la misma técnica y rastrear nuestra posición por los vientos.

La sabia qheuen, Intuición Acerada, cargaba con todos los deberes de la administración civil en su ancho lomo azul.

Había que mudar refugiados, organizar la provisión de comida, despachar unidades de milicianos para aplastar estallidos de guerra civil entre los Seis. Tuvieron un claro éxito al erradicar las pestes extranjeras, reproduciendo las muestras que Jeni Shen trajo del lago y usando una nueva red de mensajeros aéreos para distribuir las vacunas.

Pero a pesar de estos éxitos, la trama social de la Comuna se desbarbaba. Se hablaba de bandas irruptoras que se alejaban de los límites oficiales de la Cuesta, buscando escapar del destino que amenazaba a las Seis Razas. En la Llanura de Warril cundían los enfrentamientos entre acalorados clanes urs. Y seguían llegando más malas noticias.

Informes recientes hablaban de varias colmenas de reinas grises que se habían separado de la Comuna, reafirmando la soberanía sobre sus antiguos dominios. Después de la devastación de Villa Oovoom, algunas princesas rebeldes rechazaban incluso a su sabia suprema.

—No aceptaremos el gobierno de una mera azul —declaró una colmena gris, despreciando a Intuición Acerada y reviviendo antiguos prejuicios—. Ven a aconsejarnos cuando tengas un nombre auténtico.

Claro que ningún qheuen rojo o azul usaba nombre, en cuanto tal. Era cruel y altanero mencionar esa falta, heredada de días antiguos y de otros mundos.

Peor aún, los rumores sostenían que algunas colmenas grises habían empezado a negociar por su cuenta con los jophurs.

Una crisis puede destruirnos o unirnos.

Lester miró el equipo de qheuens y hoons que levantaban andamios alrededor de las torres de bu. Había pocos troncos preparados, pero las cuadrillas estaban mejorando en esta tarea nueva. Algunas qheuens tenían una pericia heredada de sus abuelas, que en tiempos antiguos mantenían temibles catapultas en Villa Tarek, dominando dos ríos hasta que un gran sitio derribó ese antiguo reino.

Ojos celestiales podían detectar esa actividad. Pero troncos más altos rodeaban cada tronco escogido, sofocando el tumulto en un vasto mar de hierba enorme.

O eso esperamos.

Supervisando el trabajo, los operarios humanos y urs examinaban antiguos diseños encontrados en un raro texto de Biblos, que databa de días anteriores al Contacto y trataba sobre una oscura tecnología lobezna que ninguna potencia galáctica había necesitado ni usado en mil millones de años. Hombres y mujeres se unían a sus colegas urs para adaptar los peculiares conceptos del libro a los materiales nativos y a su propia destreza.

Las condiciones eran austeras. Muchos voluntarios ya habían sufrido privaciones, recorriendo largas distancias por abruptos caminos de montaña para llegar a esa zona de altas columnas verdes que se extendía como una pradera hasta el horizonte.

Todos los reclutas compartían un solo motivo, encontrar un modo de resistir.

En medio de la multitud aullante, era Ur-jah quien imponía orden en el caos, galopando de un lado al otro, asegurándose de que los sintetizadores traeki tuvieran alimento y materia prima, y de que todo filamento estuviera bien ceñido. Entre los sabios supremos, Ur-jah era la más calificada para compartir la tarea de supervisión de Lester. Tendría la pelambre apelmazada por la edad y los marsupios secos, pero su mente era aguda y más pragmática que la de Lester.

Entre los sabios supremos, sólo faltaba Vubben.

Juicioso y penetrante. Perspicaz. Jefe de un sept que estaba asignado tiempo atrás para la destrucción por enemigos que no olvidaban ni cejaban. Entre las razas

exiliadas de Jijo, la gente de Vubben había sido la primera en enfrentarse a los vientos huracanados de Izmunuti, buscando la brillante costa de Jijo dos mil años atrás.

Los g'Keks rodantes, tan cordiales como misteriosos.

Amables, aunque raros.

Traviesos pero de confianza.

Sin rostro, pero abiertos como un libro.

¡Cuan disminuido estaría el universo sin ellos!

A pesar de sus dificultades en las sendas accidentadas, algunos g'Keks habían llegado a esa remota base de montaña, trabajando para tejer telas o aplicar sus agudos ojos al problema de fabricar componentes. Pero el sabio no estaba a la vista.

Vubben se había ido al sur, a un lugar sagrado peligrosamente cercano a la nave jophur. Allí intentaba comulgar en secreto con el mayor poder de Jijo.

Lester se preocupaba por su amigo de ojos chirriantes, que se había aventurado a ir solo allá.

Pero alguien tiene que hacerlo.

Pronto sabremos si hemos sido necios o si hemos puesto nuestra fe en algo que merecía nuestro amor.

FALLON

Una región de blancura cegadora marcaba la frontera del Flujo Espectral, donde esa oblicua plataforma de piedra radiante se sumergía abruptamente en un mar de granos relucientes. Al norte de este punto comenzaba otra clase de desierto, uno que parecía menos duro para el cerebro y los ojos, pero era igualmente implacable. Un desierto donde residían organismos resistentes.

Organismos peligrosos.

Las huellas del hereje fugitivo cambiaron después del límite. Ya no relucían con colores aceitosos, contando verdades y mentiras. Internándose sin pausa, las huellas eran meras impresiones en el Llano de Arena Áspera, marcas que se volvían borrosas con los vientos que acariciaban las dunas, revelando sólo que alguien había pasado recientemente, un bípedo humanoide que cojeaba, apoyándose en la pierna izquierda.

Fallon discernía algo más: el fugitivo llevaba prisa.

—No podemos seguirlo más —informó a sus jóvenes acompañantes—. Nuestras monturas están exhaustas, y éste es el reino de Dedinger. Él lo conoce mejor que nosotros.

Reza y Pahná miraron el desierto arenoso, tan consternadas como él. Pero la mayor, una pelirroja corpulenta con un rifle colgado del hombro, disentía.

—Debemos continuar. El hereje lo sabe todo. Si se reúne con sus rufianes, pronto lo seguirán a Xi y nos atacarán. O bien podría delatar nuestra posición a los alienígenas. ¡Es preciso detenerle!

A pesar de esa vehemencia, Fallon comprendió que Reza estaba apesadumbrada. Durante varios días habían seguido a Dedinger por ese yermo, una vastedad de roca venenosa donde una astilla bajo la piel podía provocar una fiebre espasmódica. Un lugar casi desprovisto de vida donde la luz diurna creaba maravillosos espejismos: cascadas y pozos llameantes, ciudades áureas y polvo mágico. Ni siquiera la noche ofrecía descanso, pues los rayos lunares podían sobresaltar al alma incauta con sombras espectrales y evanescentes. Esas eran las terribles maravillas del Flujo Espectral, un territorio más hostil que el prosaico desierto que los esperaba adelante. Tan hostil que pocos jijoanos se atrevían a explorar sus márgenes, permitiendo que el secreto de Xi se mantuviera.

Reza tenía razón en temer las consecuencias, si Dedinger lograba escapar, sobre todo si el fanático lograba renovar su alianza con el clan urs que odiaba a los caballos, las Urunthai. El fugitivo ya tendría que haber sucumbido a los extraños peligros del Flujo. Los tres perseguidores pensaban alcanzarlo el día anterior.

Es culpa mía, pensó Fallon. Fui demasiado blando. Demasiado prudente. Mis viejos huesos no resisten un galope y no permití que las mujeres continuaran sin mí.

¿Quién habría adivinado que Dedinger cabalgaría tan bien con tan poca práctica,

conduciendo su caballo robado con una mezcla de cuidado y brutalidad, de modo que la pobre bestia murió a sólo dos leguas de la frontera?

Aun después de eso, mantuvo la brecha que los separaba. Mientras las illias cuidaban sus amadas yeguas, ese loco logró atravesar un terreno que tendría que haberlo matado primero.

Perseguimos a un adversario fuerte e ingenioso. Preferiría enfrentarme a un ermitaño hoon del hielo, incluso a un campeón gris, antes que arriesgarme con este tío con la espalda contra una duna.

Claro que al fin Dedinger debía agotar sus reservas, llegando al límite. Tal vez estuviera más allá de la próxima loma, extenuado.

Bien, no estaba mal tener esperanzas.

—De acuerdo —concedió Fallon—. Iremos. Pero estad alerta. Y preparadas para moveros rápido si lo ordeno. Seguiremos el camino hasta el anochecer, y luego regresaremos, lo hayamos alcanzado o no.

Reza y Pahna asintieron y apuraron sus caballos. Los animales avanzaron por la arena caliente sin entusiasmo, irguiendo las orejas con relinchos de protesta. Daltónica y carente de imaginación, su raza era inmune a los espejismos del Flujo Espectral, pero obviamente les disgustaba esa comarca de brillo cegador. Pronto los tres humanos se quitaron los simbiontes rewq, cambiándolos por gafas oscuras con revestimiento polarizado hecho de membranas de pescado estiradas.

Ifni, qué lugar tan horrible, pensó Fallon, inclinándose a la izquierda para distinguir las huellas del renegado. Pero Dedinger está a sus anchas aquí.

Teóricamente eso no debería importar. Antes de ceder el puesto a su aprendiz Dwer, Fallon había sido jefe explorador del Consejo de los Sabios, un experto que presuntamente conocía cada hectárea de la Cuesta. Pero eso era siempre una exageración. Claro que había pasado tiempo en ese desierto, conociendo a los hombres toscos y analfabetos que vivían bajo dunas huecas, sobreviviendo con la caza y la tosca vegetación.

Pero en esos tiempos yo era mucho más joven, antes que Dedinger iniciara sus prédicas, convenciendo a los habitantes del desierto de que eran perfectos, de que encabezarían la marcha de la humanidad en la Senda de la Redención.

Sería un tonto en creer que todavía sirvo como explorador en este terreno.

Fallon se sorprendió cuando el rastro atravesó un tramo de arena resonante.

Las huellas del fugitivo trepaban por el flanco de una duna, siguiendo un arco que habría agotado a un caballo. Fallon decidió cortar camino, ahorrando tiempo y energía, pero pronto la superficie arenosa dejó de amortiguar el ruido de los cascos. Las pisadas sonaban como tamborileos. Se detuvo con un juramento. Siendo aprendiz, una vez se atrevió a saltar en el centro de una duna resonante, y tuvo suerte de que no se derrumbara bajo su peso, pero pasó un pidura acariciándose un cráneo

dolorido por las reverberaciones.

Después de retroceder laboriosamente, rodearon el obstáculo.

Ahora Dedinger sabe que aún lo seguimos, se reprochó Fallon. ¡Concéntrate, maldición! Tienes experiencia. Úsala.

Fallon miró a las mujeres, cuyo secreto clan de jinetes lo había escogido para pasar un agradable retiro entre ellas, uno de los cuatro hombres que vivían en los valles de Xi. Pahná todavía era una joven desgarbada, pero Reza ya había compartido la cama de Fallon en tres ocasiones. La última vez había sido amable, sin hacerle reproches cuando él se durmió demasiado pronto.

Afirman que la experiencia y la consideración son rasgos preferibles en los hombres, cualidades que compensan la energía declinante. Pero me pregunto si eso es sabio. ¿No estarían mejor con un joven semental como Dwer?

Dwer estaba mejor equipado para este tipo de misión. El joven habría capturado a Dedinger días atrás.

Bien, no siempre tienes el hombre ideal para cada trabajo. Sólo espero que el viejo Lester y los sabios sepan aprovechar a Dwer. Su talento es inusitado.

Fallon no había tenido el talento natural de su aprendiz. En el pasado lo compensaba con disciplina y atención al detalle. Nunca había sido alguien que se pusiera a divagar.

Pero los tiempos cambian, y un hombre pierde la lucidez. Ya no podía evitar las remembranzas. Algo le recordaba siempre otros días; su pasado estaba lleno de riquezas.

Oh, los buenos tiempos en que atravesaba la estepa con Ul-ticho, su compañera de caza, cuya magnífica vida fue lamentablemente breve. Su compañía significaba para Fallon más que la de ningún humano. Nadie más entendía tan bien los silencios de su inquieto corazón.

Ul-ticho, alégrate de no haber visto este año en que todo se derrumbó. Aquellos tiempos eran mejores, vieja amiga. Jijo era nuestro, y ni siquiera el cielo presentaba amenazas que tú y yo no pudiéramos manejar.

Las huellas de Dedinger aún estaban a la vista, siguiendo el borde de una gran duna. Las marcas eran cada vez más frescas, y la cojera empeoraba a cada paso. El fugitivo estaba por caer. Si continuaban la marcha, tardarían a lo sumo medio día en alcanzarlo.

Y a poca distancia del primer refugio. No está mal. Quizá todavía podamos lograrlo.

Las presunciones son un lujo que las gentes civilizadas se pueden costear. Pero no los guerreros ni los que viven de la tierra. En esas huellas torpes, Fallon leía una historia tranquilizadora, y así infringía la regla que había inculcado a su aprendiz.

Cabalgaban en la misma dirección que el viento, así que ningún olor advirtió a los

animales antes de girar, descendiendo hacia el sombreado lado norte de la duna. De pronto los recibió un murmullo de voces, gritos llenos de ira y peligro. Antes que Fallon pudiera adaptar los ojos al cambio de luz, él y las mujeres se encontraron frente a una docena de ballestas. Las empuñaban hombres hirsutos que usaban capas, turbantes y antiparras membranosas.

Distinguió una estructura adelante, protegida de la intemperie, hecha de piedras apiladas. Olió agua.

¿Un nuevo pozo? ¿Construido desde la última vez que vine aquí cuando era joven? ¿O me olvidé de éste?

Lo más probable era que los hombres del desierto nunca le hubieran hablado de sus lugares secretos. Mucho mejor, desde su punto de vista, dejar que los sabios supremos creyeran que sus mapas estaban completos, manteniendo algo en reserva.

Alzando las manos, apartándolas de la pistola que llevaba en el cinturón, Fallon vio a Dedinger; quemado por el sol, se apoyaba en devotos seguidores que derramaban agua sobre sus labios cuarteados.

¡Estábamos tan cerca!

Las manos que sostenían a Dedinger tendrían que haber sido las de Fallon. Lo habrían sido, si las cosas hubieran sido un poco diferentes. Lo lamento, pensó Fallon, mirando a Reza y Pahna en una silenciosa disculpa. Sus rostros lucían adustos y sorprendidos. Soy un viejo, y os he defraudado.

NELO

La batalla de Villa Dolo implicaba temas más amplios, pero lo más importante que se decidió fue quién dormiría dentro esa noche.

La mayoría de los combatientes eran muy jóvenes o muy viejos.

En la victoria, los ganadores tomaban posesión de las cenizas.

En la derrota, los perdedores marchaban cantando.

Ayudados por algunos aliados qheuens, los artesanos iniciaron una igualada lucha contra los fanáticos seguidores de Jop el celóte. Ambos bandos estaban furiosos, decididos y mal armados con garrotes y porras. Todos los hombres, mujeres y qheuens en edad de combatir se habían ido con los milicianos, llevándose las espadas y otras armas.

Aun así, fue un milagro que nadie muriera en aquel enfrentamiento.

Los combatientes se enfrentaron alrededor del Árbol de Reunión de la aldea en una turba sudorosa, luchando con hombres que habían sido sus vecinos y amigos, en medio de una algarabía que impedía oír las órdenes de los jefes. Podría haber seguido hasta que todos cayeran de puro agotamiento, pero el conflicto se decidió abruptamente cuando un bando recibió inesperados refuerzos.

Hombres vestidos de marrón cayeron de las ramas del bosque de garu, donde jardines de musgo exuberante y rico en proteínas creaban un nicho rico y singular para los granjeros humanos. Superados en número, Jop y sus seguidores dieron media vuelta y huyeron por el valle cubierto de escombros.

—Los celotes fueron demasiado lejos —dijo un nudoso granjero arbóreo, explicando por qué su gente había renunciado a la neutralidad—. Aunque tuvieran una excusa para volar la represa sin orden de los sabios, tendrían que haber advertido primero a los pobres qheuens.

Un asesinato cometido en nombre de lo sagrado sigue siendo un crimen. Es un precio demasiado alto para seguir la Senda.

Nelo aún estaba recobrando el aliento, así que Ariana Foo expresó su gratitud en nombre de los artesanos.

—Ya se ha derramado bastante sangre en las aguas del Bibur. Es hora de que los vecinos se cuiden y sanen estas heridas.

A pesar de su silla de ruedas, Ariana había valido por diez guerreros durante la breve lucha, sin siquiera asestar un golpe. Dado su renombre de ex sabia del sept humano, ningún antagonista osaba enfrentarse a ella. Era como si una burbuja de cordura se desplazara por la muchedumbre, interrumpiendo el disturbio, que se reanudaba en cuanto ella había pasado. Su imagen contribuyó a decidir a los granjeros a salir del bosque para ayudarla.

Nadie persiguió a las fuerzas de Jop, que se retiraban en canoas y balsas a la otra

margen del Bibur, reorganizándose en una loma que separaba el río de un vasto pantano. Allí los desafiantes celotes cantaron pasajes de los Rollos Sagrados.

Nelo recobró el aliento. Era como si le hubieran aflojado las costillas, y le costaba distinguir entre los dolores de la fatiga y los porrazos. Al menos nada parecía roto, y respiraba mejor.

Conque hemos recobrado Dolo, pensó, sin alegrarse demasiado por el triunfo. Muerdetroncos había muerto, así como Jobee y la mitad de los aprendices de Nelo. Desaparecida su papelera, junto con la represa y la colmena qheuen, la batalla había sido ante todo para decidir quien se alojaría en las casas restantes.

Se organizó una improvisada enfermería alrededor del farmacéutico traeki, en una extensión de légamo cubierta de hojas. Nelo pasó un tiempo suturando heridas con hilo hervido, y aplicando compresas de yeso a enmaradas y enemigos magullados.

La tarea de curar y suturar apenas había empezado cuando una mensajera descendió del camino de puentes de cuerdas que conectaban el bosque. Nelo reconoció a la delgada adolescente, una lugareña cuya rapidez en las ramas era inigualable. Aún sin aliento, ella saludó a Ariana Foo y recitó un mensaje del comandante de la base miliciana oculta río abajo.

—Dos escuadras llegarán aquí antes del anochecer —comunicó con orgullo—. Enviarán tiendas y equipo mañana por la mañana, siempre que los jophurs no vuelen los barcos.

Era una acción rápida, pero la noticia sólo fue recibida con resignados murmullos. Toda ayuda resultaba ahora escasa, y demasiado tardía para salvar a la rica y unida comunidad de Villa Dolo. Con razón los secuaces de Jop se habían replegado sin oponer mayor resistencia. A su modo de ver, ya habían vencido.

La Senda de la Redención se extiende ante nosotros.

Nelo se fue a sentar en un tocón cerca del demoledor de la ciudad, cuyas cargas destructivas fueron confiscadas y mal usadas por la turba de Jop. El alicaído Henrik miraba a los celotes que cantaban en la otra margen del Bibur.

Nelo se preguntó si él tendría un semblante tan ojeroso y lúgubre como Henrik.

Tal vez no. Para su sorpresa, Nelo se sentía optimista.

—Nunca he visto semejante desquicio —dijo con un suspiro resignado—. Supongo que estaremos ocupados con la reconstrucción.

Henrik sacudió la cabeza, dando a entender que era imposible. Esto exasperó a Nelo. ¿Quién era Henrik para regodearse en la autocompasión? Como demoledor, sus necesidades profesionales eran pequeñas. Con ayuda de su gremio podía estar de vuelta en el negocio al cabo de un año. Pero aunque la familia de Muerdetroncos recibiera ayuda de otras colmenas, e iniciara la construcción de una represa insuperable, pasarían años hasta que hubiera un molino y una turbina que convirtieran la presión del lago en músculo industrial.

Y con eso apenas comenzaría la recuperación. Nelo pensaba consagrar el resto de su vida a la tarea de construir una papelera similar a la anterior.

¿Estaría Henrik avergonzado de que una turba temerosa usara mal sus cargas? ¿Cómo podía uno protegerse de tiempos como éstos, en que la profecía había fracasado? Los galácticos habían llegado a Jijo, pero no como estaba previsto. En cambio, meses de ambigüedad se habían mezclado con la malevolencia de los intrusos para sembrar la confusión entre las Seis Razas. Jop representaba una reacción.

Ellos buscaban modos de combatir a los alienígenas. A la larga, todo daría igual.

Tendríamos que haber seguido un tercer camino. Esperar y ver.

Seguir con nuestra vida hasta que el universo decidiera qué hacer con nosotros.

Nelo no sabía qué pensar. Su consternación había cedido ante una sensación extraña.

No era aturdimiento, pero tampoco era euforia en medio de esa devastación.

Odio todo lo que se hizo aquí.

No obstante...

No obstante, Nelo abrigaba esperanzas. Ya podía oler la madera recién cortada y el olor penetrante de la brea hirviente. Oía el ruido de los martillos que clavaban pernos, y las sierras escupiendo aserrín. Ya estaba imaginando un boceto para un taller mejor. Un molino mejor.

Toda mi vida cuidé la fábrica que me legaron mis antepasados, haciendo papel según el método tradicional. Era un lugar orgulloso. Una vocación noble.

Pero no era mío.

Aunque el diseño original perteneciera a colonos que habían descendido del Tabernáculo, usando su manto de dioses estelares, Nelo siempre había sabido, en su interior, que podía hacer un trabajo mejor.

Ahora, en su madurez, tenía la oportunidad de demostrarlo. Era una perspectiva triste, temible... y estimulante. Tal vez lo más extraño era que lo hacía sentir muy joven.

—No te echas la culpa, Henrik —le dijo caritativamente al demoledor—. Espera y verás. Todo mejorará.

Pero el demoledor sacudió de nuevo la cabeza. Señaló la otra orilla, donde los partidarios de Jop se dirigían al pantano del noreste, llevando canoas y otros bultos sobre la espalda, aún cantando.

—Ellos tienen mi provisión de reserva de pólvora. La robaron del almacén. No pude impedirlo.

Nelo frunció el ceño.

—¿De qué les servirá? Vienen milicianos por tierra y por agua. Jop no puede llegar a ninguna parte que valga la pena volar a lo largo del río.

—No van a lo largo del río —replicó Henrik, y Nelo vio que era verdad.

—¿Adonde, entonces?

De pronto supo la respuesta. Y en ese instante comprendió que había cosas mucho más importantes que reconstruir una papelera.

—Biblos —dijo el demoleedor, haciéndose eco del pensamiento de Nelo.

El papelerero parpadeó, incapaz de concebir esa inminente catástrofe.

—¿Los milicianos pueden detenerlos?

—Lo dudo. Pero aunque los detengan, no es sólo Jop quien me preocupa.

Lo miró por primera vez, y había una sombra en sus ojos.

—Apuesto a que el grupo de Jop no es el único que se dirige hacia allá.

RETY

Cuanto más aprendía acerca de los dioses de las estrellas, menos atractivos le parecían.

Ninguno de ellos es tan listo como un gláver que come estiércol, pensó mientras se dirigía al puente de la nave por un largo corredor.

Debía ser porque usaban tantos ordenadores y máquinas inteligentes para cocinar la comida, preparar el aire, contar historias, matar enemigos, arrullarlos por la noche y predecir el futuro. Si dependías demasiado de ellas, tu cerebro dejaba de funcionar.

Rety se había vuelto más cínica desde esos días en que Dwer y Lark la habían llevado desde los Linderos, una salvaje boquiabierta y muerta de hambre que se embelesaba con las artesanías más simples de la Cuesta «civilizada», desde la alfarería hasta los tejidos y los libros de papel. Pero ese respeto se evaporó en cuanto probó reales lujos a bordo de la estación rothen, donde Kunn y los otros daniks la halagaron con promesas que la deslumbraron.

Larga vida, fuerza y belleza, curas para los dolores y cicatrices, un lugar limpio y seguro para vivir bajo la protección de los señores rothens, y todas las maravillas que acompañan a una deidad menor que viaja entre las estrellas.

Allí había conocido a los instructores rothen. Sus instructores, le dijeron. Mirando las caras benévolas de Ro-kenn y Ro-pol, Rety había visto padres sabios y afectuosos, diferentes de los que había conocido cuando se criaba en una tribu irruptora. Los rothens parecían tan perfectos, tan nobles y tan fuertes que Rety casi cedió. Había comprometido su corazón.

Pero todo resultó ser mentira. No le importaba si realmente eran los instructores de la humanidad. Lo que contaba era que los rothens eran menos poderosos de lo que afirmaban. Nunca se lo perdonaría.

¿De qué servía un protector que no podía proteger?

Durante medio año, Rety había huido de una banda de incompetentes a otra, de su tribu de cincuenta cretinos a la Comuna de las Seis Razas. De la Comuna a los rothens. Y cuando la corbeta jophur triunfó sobre la nave exploradora de Kunn, pensó seriamente en dirigirse al pantano alzando las manos, ofreciendo sus servicios a esos feos anillos. ¡Eso sí que habría irritado a Dwer!

En un punto, mientras él aún chapoteaba en el lodo, hablando con la araña reductora, se había dirigido a la nave espacial derribada, dispuesta a golpear la puerta. Sin duda los jophurs eran como todos los demás y harían un trato a cambio de información importante.

Por un momento sólo la contuvo el hedor, un aroma que le hizo pensar en heridas pestilentes y gangrena. Lo cual fue una suerte, pues los jophurs también resultaron incapaces de defenderse contra lo inesperado.

Así que tengo que seguir buscando otro modo de salir de esta bola de barro. ¿Y a quién le importa lo que Dwer piense de mí? Al menos no pongo excusas raras por lo que hago.

El instructor de Rety había sido el yermo, cuya dura educación le dio una lección: sobrevivir a toda costa. Se crió observando cómo unas criaturas devoraban a otras y luego eran devoradas por otras más fuertes. Lark hablaba de la «cadena alimenticia», pero Rety la llamaba la «montaña de quién mata a quién». Cada decisión que tomaba suponía un ascenso en esa montaña, con la esperanza de que cada paso la llevara a la cima.

Cuando los jophurs fueron derrotados y capturados por los míticos delfines, parecía natural entrar en el submarino y pedir refugio a sus «primos terrícolas». Pero mira dónde estoy, sepultada bajo una pila de basura en el fondo del mar, ocultándome con una banda de peces terrícolas parlantes que son perseguidos por todos los monstruos y dioses estelares del espacio.

En otras palabras, de vuelta en el pie de la montaña. Siempre condenada a ser presa en vez de cazadora.

¡Diantre! Parece que sé elegirlos.

Había algunas compensaciones.

Por lo pronto, los delfines respetaban a los humanos, tal como los daniks a los rothens. Más aún, los tripulantes del Streaker consideraban que Rety y Dwer eran héroes por sus acciones contra la nave jophur. En consecuencia, podía circular libremente por la nave, y una contraseña le permitía llegar a la entrada del puente del Streaker.

Las dos puertas de la cámara de presión permanecieron cerradas durante un rato, y supo que los guardias debían estar examinándola con instrumentos. Quizá me revisen las entrañas para ver si contrabando un láser o algo así. Inhaló y exhaló profundamente, combatiendo su miedo instintivo al encierro en un espacio de metal. Pasaré, pasará.

Ese truco le había ayudado a soportar años de frustración en su primitiva tribu, cuando la derrota y la brutalidad parecían agobiarla.

No reacciones como una salvaje. Si otros pueden vivir en cajas, tú también puedes... por un rato.

La segunda puerta se abrió al fin, mostrándole una rampa que conducía a una cámara que todavía estaba inundada de agua.

Le disgustaban los compartimientos mixtos que constituían gran parte de esta nave, recintos medio sumergidos con pasarelas secas encima, con lo cual se daba acceso a todo el mundo. El líquido tibio le recordaba los arroyos volcánicos de los Cerros Grises, salvo que tenía cierta efervescencia. Fingiendo distensión, Rety se acercó al puesto de guardia, donde dos centinelas eran asistidos por un robot globular

cuyas zumbantes antenas la observaban atentamente. Uno de los delfines caminaba en una unidad ambulatoria de seis patas, sin la armadura de ojos saltones, que le permitía caminar por las zonas secas de la nave. El otro delfín usaba sólo un arnés para herramientas, y con lánguidos movimientos de las aletas se enfrentaba a un conjunto de monitores.

—¿Podemos ayudarte? —preguntó el segundo, puntuando la pregunta con un coletazo.

—Sí. Vine a interrogar a Kunn y Jass. Creo que les sonsacaré más si los veo a solas.

El guardia la miró con expresión dubitativa. El primer intento no había salido bien, cuando Rety acompañó a la teniente Tsh't para interrogar a los prisioneros humanos. Habían demostrado poca voluntad, y todavía usaban vendajes y medicamentos para sus heridas. Mientras la oficial hacía preguntas a Kunn sobre asuntos en las Cinco Galaxias, Rety recibió una caliente mirada de odio de su primo Jass, que murmuró la palabra «traidora» y escupió en el suelo.

¿A quién crees que traicioné, Jass?, se preguntó ella, mirándolo fríamente. ¿A los daniks? Ni siquiera Kunn se sorprende de que haya cambiado de bando, después del modo en que me trató.

¿O quieres decir que he traicionado a nuestro clan? ¿Esa banda de salvajes mugrientos que me crió y nunca me mostró amabilidad?

Antes de desviar los ojos, Jass dio a entender que era una cuestión personal. Ella había dispuesto que capturasen y atormentasen a Jass, y lo pusieran al servicio de Kunn. Si estaba encerrado en esa jaula de metal, era por culpa de ella.

Ese pensamiento la reanimó un poco. Tienes que admitirlo, Jass, al fin logré impresionarte. Pero pronto las cosas empeorarán. Haré que te sientas agradecido.

Entretanto, Kunn le dijo a Tsh't que la Tierra aún estaba sitiada, pero contaba con la ayuda de una extraña alianza con los thennanios.

—Pero para responder tu pregunta principal, los Institutos no han pedido una amnistía. Varios clanes estelares han bloqueado un decreto de salvoconducto que hubiera permitido el regreso de vuestra nave.

Rety no sabía qué significaba eso, pero sin duda era mala noticia para los delfines.

Una nueva voz intervino desde el aire, donde una figura abstracta se puso a girar.

—Teniente, por favor recuerda las instrucciones. Haz que el prisionero explique cómo su nave nos encontró en este mundo.

La oficial delfín tembló, tal vez irritada por el tono socarrón de la máquina. Pero Tsh't apretó la mandíbula en un gesto de sumisión y se aproximó a Kunn en su unidad ambulatoria. El humano no tenía dónde retirarse cuando esa máquina se acercó amenazadoramente.

El sudor le cubrió la frente, desmintiendo su falsa calma. Habiéndole visto intimidar a otros, Rety se alegró de ver que los papeles se invertían.

Entonces sucedió. Algún equipo falló, o bien la teniente dio un mal paso. El tobillo frontal derecho se partió, y Tsh't se derrumbó.

Los rápidos reflejos de Kunn le permitieron escabullirse y no ser aplastado. Cuando llegaron guardias para ayudar a Tsh't, la oficial delfín estaba magullada, malhumorada y sin ánimo para continuar la entrevista.

Pero yo estoy lista ahora, pensó Rety después, cuando uno de los guardias del puente se disponía a escoltarla por un angosto pasaje con números en cada escotilla. Tengo un plan, y esta vez será mejor que Kunn y Jass hagan lo que digo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo ahora? —preguntó el guardia—. Es el ciclo nocturno y los prisioneros duermen.

—Así es como los quiero. Aturdidos. Así soltarán la lengua.

En realidad, a Rety no le importaba que Kunn mencionara a los almirantes de todas las flotas de las Cinco Galaxias. Sus preguntas sólo servirían para encubrir otro tipo de comunicación.

Había estado ocupada en la sala que le designaron a bordo del Streaker, una cámara antes ocupada por una humana llamada Dennie Sudman, cuya ropa le sentaba bien. Las figuras de la pared mostraban a una joven de cabello moreno, y se decía que había desaparecido en otro planeta años atrás, junto con varios camaradas humanos y delfines. En el abarrotado escritorio Dennie había dejado una astuta máquina que hablaba en tono mucho más cordial que la sarcástica Niss.

Parecía ansiosa de ayudar a Rety, hablándole de la nave terrícola y su entorno.

He estudiado los pasajes que conducen de esta cárcel a la cámara de presión. Sé qué naves guardan allí y, ante todo, estos peces terrícolas confían en mí. Mis contraseñas nos dejarán salir.

Sólo necesito un piloto, y alguien que tenga la fuerza y el valor suficientes para luchar si nos topamos con problemas.

Y suerte. Rety había coordinado las cosas de modo que hubiera pocas probabilidades de cruzarse con Dwer.

Dwer no se fía de mí... y no sé si Jass y Kunn serán suficientes para tumbarlo.

De cualquier modo, prefería que Dwer no resultara lastimado.

Quizás hasta piense en él de cuando en cuando, cuando esté viviendo en alguna galaxia lejana.

No pensaba acordarse de muchas otras cosas de Jijo.

DWER

—Éste no es mi lugar —trató de explicar—. Ni el de Rety. Tenéis que ayudarnos a regresar.

—¿Adonde? —La mujer parecía francamente perpleja—. ¿A ese pantano costero, con desechos tóxicos y anillos jophurs muertos por compañía? ¿Con más jophurs en camino?

Una vez más, Dwer tenía problemas con las palabras. Le costaba concentrarse en esos espacios cerrados que llamaban «cabinas», donde el aire sabía tan muerto. Sobre todo en ésta, una cámara mal iluminada llena de objetos extraños que Dwer no entendía.

Lark o Sara se sentirían bien aquí, pero yo me siento perdido. Extraño las noticias que llegan en alas del viento.

Y no era una ayuda que la persona sentada frente a él fuera el ser humano más bello que había visto jamás, con cabello amarillo y cierta tristeza en los ojos claros.

—No, claro que no —respondió—. Hay otro lugar donde me necesitan... y también a Rety...

La mujer entornó los ojos.

—El joven hoon, Alvin, quiere que sus padres sepan que está vivo, y enviar un informe a la sabia urs que envió a los cuatro en su misión. Quieren ayuda para regresar a casa.

—¿Se la daréis?

—¿Cómo? Aparte de poner en peligro a nuestra tripulación, y quizá delatar nuestra posición a nuestros enemigos, parece injusto poner en jaque toda vuestra cultura con un conocimiento que es una maldición para quien lo posea.

—Y aun así...

Ella aguardó. Su mirada firme hizo que Dwer se sintiera como un chiquillo.

—Aun así, hay reticencia en tu voz. Una cautela sobre tu destino que me hace sospechar que no hablas de regresar a casa. No a la paz que conocías entre tus seres queridos, en la comarca que llamas la Cuesta.

Parecía inútil tratar de guardar secretos con Gillian Baskin. Dwer se encogió de hombros.

—La tribu de la muchacha, entonces —conjeturó la mujer—. La gente de Rety, en los cerros del norte, donde resultaste herido luchando con un robot de guerra.

Él agachó la vista y habló en voz baja.

—Necesito hacer ciertas cosas allí.

—Mmm. Ya me lo imagino. Obligaciones, supongo. Deberes incumplidos. —Ella suspiró suavemente—. Verás, entiendo lo que pasa con tu gente. Dónde están tus prioridades.

Él irguió la cabeza, intrigado. ¿Qué quería decir con eso? Había una melancolía resignada en el rostro de Gillian, y algo parecido al reconocimiento, como si viera algo familiar en él, que le despertaba un triste afecto.

—Háblame de ello, Dwer. Dime lo que debes lograr. Dime quién depende de ti.

Tal vez fue el modo en que le hizo la pregunta, o el poder de su personalidad, pero ya no pudo ocultar el resto de la historia. Las partes que había callado hasta ahora.

Su trabajo como jefe explorador de la Comuna, encargándose de que ninguna raza de colonos fuera al este de los Linderos, para impedir mayor contaminación en Jijo. Haciendo cumplir la ley sagrada. Cómo le ordenaron infringir esa ley, encabezando una misión para domar a los primos salvajes de Rety, con el propósito de garantizar la supervivencia humana en Jijo, por si la Cuesta era despojada de vida sapiente.

Cómo los cuatro —Danel Ozawa, Dwer, Lena y Jenin— supieron que los Cerros Grises ya no constituían un refugio, cuando Rety guió una nave danik hacia su tribu.

Cómo Dwer y los demás apostaron su vida para brindar una oportunidad a la tribu irruptora, cuatro humanos contra una máquina asesina, una apuesta que ganaron con gran coste.

—Una apuesta arriesgada, sin duda —comentó Gillian Baskin.

Movió la cabeza, interpelando a la otra criatura que compartía la habitación con ellos—: Entiendo que tú también estabas allí. Cuéntame, ¿te molestaste en ayudar a Dwer y los demás? ¿O siempre fuiste un fastidio inservible?

Después de contar su triste historia, Dwer se sorprendió al oír su propia carcajada. ¡Palabras adecuadas! Sin duda Gillian Baskin entendía a los noor.

Pies de Barro estaba acicalándose sobre una vitrina. Adentro había veintenas de extraños artefactos iluminados y etiquetados como tesoros en el museo de Biblos. Una luz bañaba otro objeto. Una momia, supuso. Una vez, cuando eran niños, Lark había intentado asustarlo con ilustraciones de cuerpos terrícolas momificados. Este parecía vagamente humano, aunque él sabía que no lo era.

Ante el reproche de Gillian, Pies de Barro dejó de relamerse para responder con una sonrisa. Dwer se imaginó qué significaba esa mirada: ¿Quién, yo? ¿No sabes que yo libré la batalla y salvé el pellejo de todos?

Después de su experiencia con arañas reductoras telépatas, Dwer no desechaba la posibilidad de que fuera algo más que imaginación. El noor no reaccionaba cuando él trataba de hablarle con la mente, pero eso no significaba nada.

Gillian también había probado varias técnicas para lograr que el noor hablara, primero pidiéndole a Alvin que insistiera con sus gutureos, luego encerrando a Pies de Barro en su oficina, con sólo la antigua momia por compañía. La máquina Niss había fastidiado al noor con un agudo dialecto del gal-siete, usando con frecuencia la expresión «querido primo».

—Danel Ozawa también intentó hablarle —dijo Dwer.

—¿Sí? ¿Y eso te pareció extraño?

Él asintió.

—Hay leyendas acerca de los noors parlantes... y también sobre otras criaturas. Pero no lo esperaba de un sabio.

Gillian golpeó el escritorio.

—Creo que lo tengo.

Se levantó y empezó a caminar, un acto sencillo que realizaba con gracia de cazadora, recordándole el andar de una ligger hembra.

—Nosotros los llamamos tytlals, y en mi lugar de origen hablan de una variedad azul. Son primos de la máquina Niss, en cierto modo, pues la Niss es obra de nuestros aliados, los tymbrimis.

—Los tymbrimis... creo que oí hablar de ellos. ¿No fue la primera raza con la que estableció contacto la Tierra, cuando nuestras naves salieron...?

Gillian asintió.

—Y resultó ser una gran suerte. Hay muchas razas y clanes honorables en las Cinco Galaxias. No dejes que la crisis actual te haga pensar que son todos malignos, o fanáticos religiosos. Es sólo que la mayoría de las alianzas moderadas tienen mentalidad conservadora.

»Primero analizan con cautela, y sólo actúan al cabo de largas deliberaciones. Demasiado largas para ayudarnos, me temo. Pero no los tymbrimis. Son amigos leales y valientes. Además, de acuerdo con muchos grandes clanes e institutos, los tymbrimis están totalmente locos.

Dwer se irguió, intrigado y confundido.

—¿Locos?

Gillian se echó a reír.

—Supongo que muchos humanos estarían de acuerdo. Una leyenda lo ejemplifica. Se dice que un día el Gran Poder del Universo, exasperado por alguna extravagancia tymbrimi, exclamó: «¡Estas criaturas deben ser los seres más insufribles que uno pueda imaginar!».

»Ahora bien, los tymbrimis aman los desafíos. Así que tomaron esa declaración como un reto. Cuando alcanzaron jerarquía de instructores, con licencia para llevar nuevas especies, canjearon dos razas pupilas normales por el derecho a un linaje presapiente con el que nadie más podía hacer nada.

—Los noors —dijo Dwer. Y se corrigió—: Los tytlals.

—Exacto. Criaturas cuyo principal deleite consiste en frustrar, sorprender y confundir a los demás, haciendo que los tymbrimis parezcan sobrios en comparación. Lo cual nos lleva a nuestro dilema. ¿Cómo llegaron a Jijo, y por qué no hablan?

—Los chimpancés de Jijo tampoco hablan, aunque tu máquina Niss me mostró

imágenes de chimpancés parlantes de la Tierra.

—Mmm. Eso es fácil de explicar. Los chimps todavía no hablaban muy bien cuando partió la Tabernáculo y trajo aquí a tus ancestros. Sería fácil eliminar ese talento en ese punto, para que los humanos fingieran...

Gillian chasqueó los dedos.

—Por supuesto.

La sonrisa de Gillian le hizo pensar en Sara, cuando su hermana estaba trabajando en un problema abstracto y de pronto lo resolvía.

—A los pocos años de establecer contacto con la Civilización Galáctica, los dirigentes de la Tierra supieron que habíamos entrado en una fase arriesgada. En el mejor de los casos, apenas lograríamos resistir mientras aprendíamos las complejas reglas de una cultura antigua y peligrosa. En el peor... —Se encogió de hombros—. Parecía prudente sacar una póliza de seguros. Sembrar una semilla donde la humanidad pudiera estar a salvo, por si ocurría lo peor.

Su expresión se nubló brevemente, y Dwer no necesitó su sensibilidad psi para comprender. Allá afuera, más allá de Izmunuti, estaba pasando lo peor, y ahora parecía que el fugitivo Streaker también había expuesto la «semilla».

De eso hablaba Danel al decir que los humanos no habían ido a Jijo para recorrer la Senda de la Redención. Quería decir que éramos una reserva... como los pobres g'Keks.

—Cuando los humanos trajeron chimpancés, redujeron su inteligencia. Si la colonia era descubierta, quizá los chimps escaparan del castigo. Quizá pudieran internarse en la selva y sobrevivir sin ser vistos por los jueces de los grandes institutos.

Gillian se volvió hacia Pies de Barro.

—Y los tymbrimis debieron hacer lo mismo. Ellos también debieron buscar refugio en Jijo. Pero, a diferencia de los glávets y las otras seis razas, no dejaron una colonia propia. En cambio dejaron una reserva secreta... los tytlals.

—Y tal como nosotros hicimos con los chimps, los privaron del habla. —Dwer sacudió la cabeza—. Pero entonces... —Señaló a Pies de Barro.

Gillian arrugó las cejas.

—¿Una raza escondida dentro de otra? ¿Tytlals sabientes, ocultos entre los demás? ¿Por qué no? A fin de cuentas, todos vuestros sabios guardan secretos. Si Danel Ozawa trató de hablar con Pies de Barro, eso significa que alguien ya debía saber algo acerca de los tytlals, aun en esos días tempranos, y mantuvo el secreto todo el tiempo.

Distraídamente, acarició la pelambre lustrosa del noor. Pies de Barro rodó, presentando el vientre.

—¿Cuál es la clave? —le preguntó a la criatura—. ¿Algún código? ¿Un signo

empático tymbrimi? ¿Por qué le hablaste una vez a la Niss y luego te callaste?

¿Y por qué me seguiste por montañas y desiertos? añadió Dwer en silencio, cautivado por ese misterio, aunque la complejidad, combinada con su claustrofobia, le estaba provocando jaqueca.

—Excúsame —dijo, interrumpiendo las cavilaciones de Gillian—. ¿Podemos volver al asunto por el cual vine a hablarte? Sé que te enfrentas a problemas mayores y más importantes que los míos, y te ayudaría si pudiera. Pero no veo ninguna manera de cambiar vuestros problemas estelares con mi arco y mis flechas. No te pido que arriesgues la nave, y lamento ser una molestia... Pero si hay algún modo en que puedas permitirme regresar a nado, realmente haré las cosas que debo hacer.

Fue entonces cuando el tytlal se puso de pie, con una expresión de evidente sorpresa. Los afilados erizos que normalmente ocultaba bajo la piel se irguieron. Más aún, Dwer estaba seguro de que algo cobraba forma en el aire sobre Pies de Barro. Una silueta fantasmal y vaporosa que parecía hablar por su cuenta.

Yo también, dijo, respondiendo a la declaración de Dwer. Cosas que hacer.

Dwer se frotó los ojos, atribuyéndolo a su imaginación, otro producto de la tensión que sufría su sistema nervioso.

Pero Gillian debía haber notado lo mismo. Parpadeó, señaló la expresión preocupada de Pies de Barro... y se echó a reír.

Dwer la miró desconcertado, y él también se distendió. Hasta ese momento aún no sabía qué pensar de la bella terrícola. Pero alguien que era capaz de desconcertar a Pies de Barro tenía que ser buena persona.

RETY

Mientras el guardia la escoltaba hasta la celda, miró las rejillas de ventilación. Los planos mostraban que el sistema estaba equipado con muchas válvulas de seguridad, y los conductos eran demasiado pequeños para los prisioneros.

Pero no para un pequeño macho urs, armado con cortadores láser prestados.

El plan de Rety era arriesgado, y odiaba enviar a su «esposo» a ese laberinto de tubos. Pero Yi parecía confiar en que no se perdería.

—Laberinto no peor que hediondos pasajes bajo pradera de hierba —resopló mientras examinaba un plano holográfico—. Más fácil que túneles de raíces donde deben corretear cachorros y machos urs, cuando no tenemos dulce marsupio conyugal. —Yi estiró el largo pescuezo—. ¡No te preocupes, esposa! Yi llevará herramientas a hombres encerrados. ¡Todo saldrá bien!

Ésa sería la fase crítica. Una vez que Kunn y Jass estuvieran más allá de la cámara de presión, los demás obstáculos cederían fácilmente, Rety estaba segura.

Dos celdas tenían luces rojas sobre puertas reforzadas. La más alejada, Rety lo sabía, contenía anillos jophurs que habían capturado en el pantano. La pequeña g'Kek llamada Huck estaba ayudando a la máquina Niss a interrogar a esos cautivos. Rety se había devanado los sesos para encontrar un modo de incluirlos en su plan, pero al fin decidió que era mejor dejarlos donde estaban.

El Streaker no se atreverá a perseguirnos, una vez que consigamos un bote estelar para salir, pero la nave jophur podría hacerlo. Sobre todo si esos anillos tienen un modo de llamar a sus camaradas.

Cuando el guardia se aproximó a la celda de Kunn, Rety acariciaba un papel plegado donde había escrito laboriosamente las instrucciones, llevando al límite su recién adquirido alfabetismo. Sabía que debía haber errores, pero no era momento para ser quisquillosa con la ortografía:

KUN PUEDO SAKARTE DE AKÍ KIERES BENIR?

Así decía la primera línea de la nota que planeaba entregarle mientras fingía que lo interrogaba. Si el piloto danik comprendía y accedía, ella se iría y metería a Yi en el sistema de conductos del Streaker. Había seleccionado buenos lugares para iniciar incendios —una sala de recreo y una bodega— que distraerían a los tripulantes mientras Kunn usaba las herramientas para escapar. Si todo salía bien, podrían dirigirse a la cámara de presión, robar un bote estelar y escapar.

Hay sólo una condición, Kunn. Tienes que aceptar que nos largaremos de aquí. Lejos de estos terrícolas, lejos de los daniks, los rothens, los monstruos jophurs y toda esa bazofia. Lejos de Jijo.

Rety estaba segura de que aceptaría. De todos modos, si él o Jass me crean problemas, descubrirán que ahora se las ven con otra Rety.

El guardia maniobró con su unidad ambulatoria. La desgarrada máquina tuvo que curvarse para que el delfín apoyara una llave en el panel de la puerta. Al fin se abrió. Rety vio dos catres en el interior, cada cual con un humano cubierto por una manta.

—Hola, Kunn —dijo, tocándole el hombro—. ¡Despierta! Basta de demoras y tonterías. Esta gente quiere saber cómo la encontraste...

La manta se deslizó, revelando un mechón de cabello lustroso, pero no hubo ningún movimiento.

Lo deben haber dopado, pensó. Espero que no esté demasiado dormido. ¡Esto no puede esperar!

Sacudió a Kunn con más fuerza, haciéndolo rodar... Y jadeó de sorpresa.

La cara del danik estaba morada. Tenía los ojos desorbitados y la lengua hinchada.

El guardia delfín lanzó un chillido de consternación en el lenguaje animal de su especie.

Rety luchó contra la sorpresa. Se había criado con la muerte, pero necesitó toda su fuerza de voluntad para reprimir el horror que la dominaba.

Se obligó a mirar el otro catre.

SARA

*El doctor Fausto era un buen hombre
que azotaba a sus estudiantes.*

*A azotes los llevaba
de Escocia a Francia
y de Francia a España,
y a azotes los hacía regresar...*

La canción de Emerson resonaba en el Salón de los Discos Giratorios, donde las motas de polvo chispeaban en angostos haces de luz cósmica.

Sara se asombró de la violenta letra, pero el hombre de las estrellas disfrutaba de esos borbotones que surgían de recovecos desconocidos de su cerebro mutilado. Rió, al igual que varios machos urs que lo seguían, correteando por los andamios de la increíble máquina de Uriel, ayudándolo a sintonizar cada componente. Las urs festejaban el tosco humor de Emerson y mostraban su devoción internándose entre láminas de cristal giratorio para ajustar una correa o una polea que él señalaba con rápidos gestos.

Una vez ingeniero, siempre ingeniero, pensó Sara. En ocasiones, Emerson se parecía a su padre, que podía callar durante días mientras cuidaba su amada papelera, obteniendo más satisfacción de la poesía de los martillos y rodillos que de las páginas blancas que permitían alfabetizar un mundo bárbaro.

Se le ocurrió un paralelismo.

El papel era adecuado para las Seis Razas, que necesitaban un sistema de almacenamiento de memoria que fuera invisible desde el espacio. Pero la máquina de Uriel tiene rasgos similares, un ordenador analógico que ningún satélite ni nave espacial puede detectar, porque no usa electricidad ni deja rastros digitales. Ante todo, los galácticos jamás imaginarían un trabajo tan complicado.

Aun así, tenía su belleza extravagante. Con razón ella soñaba con formas y ecuaciones cuando entrevió esta maravilla en las pausas de su delirio. Cada vez que un disco giraba contra el borde de otro, su eje rotaba a una velocidad que variaba con el punto radial de contacto. Si ese radio se modificaba como variable independiente, la rotación cambiaba en forma acorde, describiendo una función no lineal. Era un concepto maravillosamente simple, y diabólicamente difícil de llevar a la práctica sin años de paciente ensayo y error.

Uriel había visto la idea en un viejo libro terrícola, un concepto esencialmente lobezno usado brevemente en una vieja guerra ameroeurasiática. Poco después los humanos descubrieron los ordenadores digitales y abandonaron la técnica. Pero aquí

en el Monte Guenn, la herrera urs la había llevado a niveles nunca vistos. Invirtió gran parte de su riqueza y su pasión en el funcionamiento de ese concepto.

Y su urgencia urs. Sus vidas son tan breves que Uriel debía tener miedo de morir sin terminarlo. En ese caso, ¿qué haría su sucesora con todo esto?

Columnas, arcos y andamios de bu sostenían las astas giratorias alineadas, formando un laberinto tridimensional que llenaba la vasta cámara. Tiempo atrás esta cavidad derramaba magma líquido por los flancos de la montaña. Hoy palpitaba con otra clase de fuerza creativa.

Los rayos de luz cumplían una función en la danza matemática.

Rebotando en ciertos discos, los reflejos pulsátiles caían en una extensión de arena negra que habían alisado en el suelo. Cada destello afectaba los granos, causando un leve derrame. Crecían protuberancias donde los destellos eran más frecuentes.

Uriel halló una utilidad para los cangrejos-relámpago, se asombró Sara.

En Jijo, algunas costas hervían durante las tormentas eléctricas, pues estas criaturas diminutas pateaban arena en una frenética reacción. Pensábamos que eran cargas estáticas en el aire, pero sin duda es la luz. Algún día debo hablar con Lark sobre esto.

Y Sara comprendió otra cosa.

Los cangrejos pueden ser otra especie buyur, productos de la ingeniería genética que han vuelto a la naturaleza, pero conservando ese rasgo especial después que se fueron los genetistas.

Fuera cual fuese su función original, los cangrejos eran útiles para Uriel, cuyos cuatro cascos trepidaban nerviosamente mientras ella miraba los remolinos de la arena bajo una cascada de luz chispeante.

Los relámpagos aislados significaban poco. Era la distribución en la superficie y el tiempo lo que permitía resolver un complejo problema numérico. Cerca de Uriel, la chimpancé Prity estaba sentada en un taburete con su cuaderno de dibujo. Prity sacaba la lengua mientras dibujaba, copiando los trazos de la arena. Sara nunca había visto tan feliz a su pequeña asistente.

A pesar de este impresionante ingenio, las ecuaciones que resolvían no eran profundas. Sara ya había elaborado estimaciones aproximadas, con un error del diez por ciento, usando sencillas aproximaciones Delancy. Pero Lester Cambel necesitaba precisión en una amplia gama de condiciones limítrofes, incluyendo el cambio de presión atmosférica con la altitud. Para eso, las tablas creadas por la máquina ofrecían ventajas.

Al menos ahora entiendo para qué es. Se imaginó una frenética actividad bajo los imponentes troncos de un bosque de bu, multitudes de obreros trabajando, el flujo de líquidos acres y las discusiones en el mudo y arcaico dialecto de la ciencia.

Pueden estar locos, sobre todo Lester. Tal vez el esfuerzo sea contraproducente y provoque la saña de los alienígenas. Dedinger miraría esto —junto con las señales, cometas, globos y otras innovaciones— y diría que son los fútiles estertores de los condenados.

Pero el intento es glorioso. Si lo consiguen, sabré que tenía razón en cuanto a los Seis. Nuestro destino no está vaticinado en los Rollos, ni en la ortodoxia de Dedinger, ni tampoco en la de Lark.

Era especial.

De cualquier modo, si estamos condenados, voto por hacer el intento.

Sólo una cosa la intrigaba aún. Sacudió la cabeza y murmuró en voz alta:

—¿Por qué yo?

Kurt el demoledor había actuado como si este proyecto necesitara desesperadamente a Sara, por su pericia profesional. Pero la máquina de Uriel ya estaba funcionando cuando la partida llegó desde Xi. Prity y Emerson ayudaban a hacer funcionar el ordenador analógico, y también los libros que Kurt llevaba desde Biblos. Pero Sara no tenía mucho que aportar.

—Ojalá supiera por qué Uriel pidió por mí.

La respuesta llegó desde la entrada de la bóveda.

—¿Es lo único que deseas entender? Pero eso es fácil, Sara. No fue Uriel.

El que hablaba era un hombre de estatura mediana con un mechón de cabello blanco y una barba que parecía electrizada. Hojas de kawsh ardían en su pipa, un hábito característico de los hoons, pues el humo era demasiado fuerte para la mayoría de los humanos. Cortésmente, el sabio Purofsky exhaló hacia otro lado.

Ella se inclinó ante el erudito, conocido entre sus pares como la mejor mente de la Comuna.

—Maestro, si Uriel no necesita mi ayuda, ¿por qué se me pidió que viniera? Kurt hablaba como si fuera vital.

—¿De veras? Vital. Bien, supongo que lo es, Sara. En otro sentido.

Purofsky miró el destello de los rayos que rebotaban en los discos giratorios, demostrando su admiración por el logro de Uriel.

—La matemática debe pagar su existencia con cosas útiles —había dicho una vez el sabio—. Aunque la mera computación es como golpear una puerta porque no encontramos la llave.

Purofsky se había pasado la vida buscando llaves.

—Fui yo quien mandó buscarte, querida —explicó el sabio—. Y ahora que te has recobrado de tu infortunada caída en la montaña, creo que es hora de que te muestre por qué.

Aún era de día fuera, pero un paisaje de estrellas se extendía ante Sara. Astutas lentes proyectaban imágenes en la pared curva y el techo, recreando el cielo nocturno

en un maravilloso planetario construido por la predecesora de Uriel para que incluso la mala vista urs pudiera explorar detalladamente las constelaciones. El sabio Purofsky tenía la cara y la túnica cubiertas de estrellas, y su sombra arrojaba una nebulosa humanoide contra la pared.

—Debí empezar por explicarte en qué trabajé desde que me fui de Biblos. ¿De veras ha pasado más de un año, Sara?

—Sí, maestro.

—Mmm. Un año agitado. Y aun así... —Movi6 la mandíbula, sacudi6 la cabeza—. Como tú, yo me había decepcionado con mi anterior especialidad. Al fin decidí llevar los formalismos geometrodinámicos clásicos, anteriores al Contacto, más allá del estado en que estaban cuando la Tabernáculu abandon6 el sistema solar.

Sara lo mir6 sorprendida.

—Pero pensé que deseabas conciliar la física terrícola con los conocimientos galácticos. Demostrar que Einstein y Lee habían hecho aproximaciones toscas pero correctas... tal como Newton había prefigurado a Einstein.

En sí mismo eso habría sido una tarea colosal, algunos dirían que imposible. Según los informes traídos por la Tabernáculu, la relatividad espaciotemporal era vista con malos ojos por los expertos alienígenas contratados por el Consejo de los Terrágenos para enseñar ciencia moderna a los terrícolas. Los instructores galácticos consideraban superstición la cosmología de los humanos, fundamento de burdas sondas estelares que se arrastraban a velocidades sublumínicas. Hasta que la nave Vesarius cay6 en una hiperanomalía no detectada, terminando con el largo aislamiento de la humanidad, los herederos de Einstein no habían encontrado el modo de ir más rápidamente, aunque algunos métodos figuraban en la Biblioteca Galáctica desde hacía más de mil millones de años.

Después del Contacto, los humanos lograron comprar algunas hipernaves de tercera mano, y los viejos modelos matemáticos de Hawking, Pucell y Lee cayeron en el desprestigio. Al tratar de demostrar la validez de la física pre-Contacto, Purofsky había encarado una tarea extraña, quizá desesperada.

—Al principio obtuve algunos resultados prometedores, cuando replanteé el Empalme de Transferencia Realzada de Serressimi en términos compatibles con el anticuado cálculo de tensores.

—¿De veras? —Sara se inclin6 en la silla—. ¿Pero cómo volviste a normalizar los infinitos cuasisimultáneos? Casi habría que suponer...

El sabio alz6 la mano para interrumpirla, pues no deseaba entrar en detalles.

—Habrá tiempo de sobra para eso, si todavía estás interesada. Por ahora, digamos que pronto comprendí la futilidad de ese enfoque. La Tierra ya debe tener especialistas que entienden los modelos galácticos oficiales mejor que yo. Poseen unidades de la Gran Biblioteca y simuladores informáticos modernos. Supongo que

logré demostrar que nuestra vieja física era aceptable, aunque limitada. Causa orgullo demostrar que los lobeznos estábamos en la senda correcta, por nuestra cuenta. Pero nada nuevo podía salir de eso. —Purofsky sacudió la cabeza—. No, decidí que era hora de cambiar. Continuaría con el viejo enfoque espaciotemporal para ver si podía resolver un problema importante para Jijo, el misterio de las ocho naves estelares.

Sara parpadeó.

—Querrás decir siete, ¿verdad? ¿La cuestión de por qué tantas razas irruptoras convergieron en Jijo en tan corto tiempo, sin que las pillaran? ¿Pero eso no está resuelto? —Señaló el punto más brillante de la pared—. Izmunuti comenzó a inundar el espacio circundante con restos de carbono hace veinte siglos. Suficiente para sembrar el granizo hueco y modificar nuestro clima, a más de un año luz de distancia.

»Una vez que la tormenta destruyó los robots de vigilancia que el Instituto de Migraciones había puesto en órbita, las naves-furtivas pudieron pasar sin que las detectaran.

—Mmm, sí, pero no es suficiente, Sara. Por las inscripciones halladas en algunas ruinas buyurs, sabemos que se usaban dos puntos de transferencia para este sistema. El otro tuvo que sufrir un colapso después que se fueron los buyurs.

—¿Y bien? ¡Por eso el gambito de Izmunuti funciona! Una sola ruta de acceso encubierta, y los grandes institutos no debían explorar la región en otro millón de años. Debe ser una situación bastante singular.

—Singular, y conveniente. Tan conveniente, de hecho, que decidí acopiar nuevos datos.

Purofsky se volvió hacia la pantalla del planetario, y una expresión distante cruzó su cara en sombras. Al cabo de unos duras, Sara comprendió que debía estar divagando. Esa clase de distracción podía ser una prerrogativa del genio en los claustros de Biblos, pero era exasperante en estos momentos.

—¡Maestro! —exclamó—. Dijiste que necesitabas datos. ¿Realmente hay algo relevante que puedas ver con el sencillo telescopio de Uriel?

El erudito parpadeó, ladeó la cabeza, sonrió.

—Sabes, Sara, me resulta notable que ambos pasáramos el último año siguiendo conceptos poco convencionales. Tú, encarando la lingüística y la sociología... sí, he seguido tu trabajo con interés. Y yo, pensando que podía penetrar los secretos del pasado usando toscos implementos hechos de metal buyur reforzado y arena fundida. ¿Sabías que al tomar fotos de Izmunuti también tomé fotos de esas naves estelares? ¿Las que causan tanto revuelo en el norte? Las sorprendí cuando entraban en órbita... aunque mi advertencia no llegó a los sabios supremos a tiempo. —Purofsky se encogió de hombros—. En cuanto a tu pregunta... sí, logré aprender algunas cosas, usando el aparato de Monte Guenn.

»Piensa de nuevo en las singulares condiciones de Jijo, Sara. El colapso del

segundo punto de transferencia, la irradiación de carbono de Izmunuti, la inevitable atracción de un mundo aislado y protegido para los refugiados irruptores. Ahora piensa en esto... ¿cómo podían seres tan perspicaces como los buyurs no notar síntomas de estos cambios que estaban por producirse en el espacio cercano?

—Pero los buyurs partieron hace medio millón de años. Quizá los síntomas no existieran entonces, o fueran muy sutiles.

—Quizá. Y allí entran mis investigaciones. Y tu pericia, espero. Pues tengo la fuerte sospecha de que las anomalías en el espacio-tiempo eran detectables aun entonces.

—Espacio-tiempo... —Sara comprendió que él usaba adrede ese arcaico término de la física terrícola. Ahora fue su turno de pasar varios duras mirando el borrón de estrellas, evaluando las implicaciones—. Estás hablando de efectos de lente, ¿verdad?

—Muchacha astuta —respondió aprobatoriamente el sabio—. Y si yo puedo verlos...

—Los buyurs tuvieron que detectarlos...

—¡Como si leyeran un libro abierto! Y eso no es todo. Te llamé aquí para confirmar otra sospecha más interesante.

Sara sintió un cosquilleo en la espalda.

—¿A qué te refieres?

El sabio Purofsky cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, tenía un brillo en la mirada.

—Sara, creo que lo planearon así desde el principio.

OCTAVA PARTE

La colonización ilegal de los mundos en barbecho ha sido un problema en las Cinco Galaxias desde que existe documentación. Este problema recurrente tiene muchas causas, pero la más arraigada es la paradoja de la lógica reproductiva.

Los seres orgánicos de muchos mundos comparten un rasgo común, la autopropagación. En algunas especies, esto se manifiesta como el deseo consciente de tener vástagos. En otras razas, los individuos siguen groseros impulsos instintivos, como la sexualidad, y prestan poca atención a las consecuencias.

Por diferentes que sean los detalles del mecanismo, el efecto general es el mismo. Abandonadas a sus inclinaciones, las formas de vida orgánica se reproducen en números que exceden la tasa de reemplazo. Durante períodos de tiempo que son muy breves (según pautas estelares) el consiguiente incremento de población puede alterar rápidamente la capacidad de todo ecosistema viable. (Véanse los ejemplos adjuntos).

Las especies actúan así porque cada individuo fecundo es el descendiente directo de una larga cadena de reproductores triunfales. Dicho con simpleza, los que carecen de rasgos que permiten la procreación no son antepasados de nadie, los rasgos que alientan la reproducción son los rasgos que se reproducen.

Por lo que sabemos, este imperativo evolutivo se extiende incluso a la ecomatriz de las formas de vida basadas en hidrógeno que comparten el espacio real en paralelo con nuestra civilización respiradora de oxígeno. En cuanto al tercer orden —las máquinas autónomas—, sólo la implacable aplicación de salvaguardas restrictivas ha impedido que esta especie no orgánica se consagre a una reproducción exponencial, amenazando la base de toda la vida en las Cinco Galaxias.

Para la gran mayoría de las especies animales no sapientes de los ecosistemas naturales, esta tendencia al exceso de procreación es restringida por el hambre, la depredación y otros factores, resultando en estados cuasi estables de pseudoequilibrio. No obstante, las formas de vida presapientes a menudo utilizan su astucia para eliminar la competencia y entregarse a auténticas orgías reproductivas, seguidas por

un abuso de los recursos. Si permanecen demasiado tiempo sin guía, estas especies pueden provocar su propia ruina a través del colapso ecológico.

Esta es una de las siete razones por las cuales las formas de vida ingenua no pueden autoevolucionar hacia una sapiencia plenamente competente. La paradoja de la lógica reproductiva implica que el interés egoísta a corto plazo prevalece sobre la planificación a largo plazo, a menos que un linaje de instructores adoptivos imponga su sabiduría desde fuera.

Uno de los deberes de los instructores consiste en cerciorarse de que su raza pupila alcance el control activo de sus impulsos de auto propagación, antes de llegar a la adultez. Pero, a pesar de dichas precauciones, incluso las especies con ciudadanía plena se entregan a veces a abusos de procreación, sobre todo en momentos en que el orden legítimo se desmorona provisoriamente. (Véase referencia: «Tiempos de cambio»). Los episodios precipitados y espasmódicos de colonización y explotación han devastado zonas galácticas enteras.

Por ley, el castigo prescrito para las razas que perpetran estos ecoholocaustos puede ser la extinción total, hasta la cepa raigal de la raza.

En comparación, la colonización ilegal de mundos en barbecho constituye un Mito menor. Los castigos dependen de los daños causados, y del surgimiento de nuevas formas presapientes después de ese proceso.

No obstante, es fácil ver aquí la paradoja de la lógica reproductiva. De lo contrario, ¿por qué los individuos y especies sacrifican tanto, y se arriesgan a tan graves castigos, para permanecer en un primitivismo clandestino en mundos donde no deberían estar?

En el curso de decenas de millones de años, sólo se ha encontrado una solución para esta paradoja, y consiste en la aplicación continua de una previsión pragmática, en aras del bien común.

En otras palabras, la civilización.

*Manual galactográfico para terrícolas lobeznos ignorantes,
publicación especial del Instituto de la Biblioteca de las Cinco Galaxias,
año 42 del Contacto, en satisfacción parcial de la deuda del año 35*

Streaker

KAA

Hicieron el amor en una caverna oculta bajo peñascos costeros, donde las corrientes chocaban lanzando chorros de espuma que competían en altura con los escabrosos promontorios.

¡Al fin!, parecía gritar el eco cada vez que una ola se estrellaba contra los peñascos, como si todo lo que conducía a ese momento hubiera sido un preludio, un mero traslado de impulso a través del océano, de un retazo de agua salada al siguiente. Como si una ola sólo pudiera volverse real agotándose contra la piedra.

Los ecos rodantes reverberaban en la caverna. Ése soy yo, pensó Kaa, escuchando el grito de la rompiente. Así como la marea se completa en la costa, él se sentía ahora completado por el contacto con otro ser.

El agua le atravesaba la boca abierta, todavía palpitante de pasión.

Ese lugar secreto tenía el sabor de ella.

Peepoe rodó al lado de Kaa, acariciándolo con sus aletas pectorales, haciéndole cosquillar la piel. Él respondió con un suave coletazo, complacido de verla temblar de júbilo. Este afecto posterior al coito tenía un sentido aún más profundo que la breve danza de la cópula.

Era como la diferencia entre la necesidad y la elección.

¿Pueden las ardientes estrellas
gritar su alegría con más dicha
que este simple delfín?

Su haikú trinario salió con la debida espontaneidad, no meditado ni ensayado por los lóbulos frontales que los genetistas humanos habían modificado durante la Elevación de los neodelfines. Los gorjeos del poema rebotaron en las grutas de la caverna al tiempo que resonaban en su cráneo.

La respuesta de Peepoe surgió de la misma manera, franca y lánguida, con una apertura natural que no albergaba ninguna mentira:

La simplicidad no es
tu rasgo más conocido, querido Kaa.
¿No te sientes Afortunado?

Ese mensaje era emotivo y alentador, y ella debía saberlo. He recobrado mi apodo, pensó felizmente Kaa.

Todo habría sido perfección —un momento incomparable— salvo que algo más

invadió su placer. Un temblor sutil como la sombra sonora de una anguila en la noche.

Sí, has recobrado tu nombre, susurró una voz tenue, como un maremoto lejano. O un témpano rugiendo a mil kilómetros. Pero para conservarlo, deberás ganártelo.

Cuando Kaa verificó el avance del robot espía, casi había llegado a la cima del funicular del Monte Guenn.

Al principio Peepoe había decidido quedarse allí por motivos más profesionales que personales, ayudando a Kaa a conducir la sonda por el riel de madera hueca que trepaba por el flanco de un volcán extinguido. Aunque el riel era una maravilla de ingeniería aborígen, para Kaa no resultaba fácil guiar al robot por tramos de tierra y ripio. Él y Peepoe terminaron por acampar en la caverna y monitorearlo todo el día, en vez de regresar a ver a Brookida y los demás. Una unidad totalmente autónoma podría haber realizado el viaje por su cuenta, pero Gillian Baskin había vetado la decisión de enviar a la costa una máquina inteligente que pudiera aparecer en los detectores jophurs.

Hubo un momento de triunfo cuando el ojo de la cámara emergió del riel, atravesó una estación camuflada y avanzó por pasillos de piedra cincelada, arrastrando su delgada fibra de comunicaciones como una araña apresurada. Kaa la condujo por el techo, el camino más seguro, pues ofrecía una buena vista de los talleres nativos.

Otros observadores se sumaron en ese punto. Desde el Streaker, Hannes Suessi y los ingenieros comentaron los amplios recintos donde herreros urs y qheuens aprovechaban el calor de la lava, hundiendo cucharones en pozos cercanos para derretir, formar aleaciones y forjar. Ur-ronn, una de las cuatro jóvenes invitadas cuya presencia en el Streaker planteaba tantos problemas, respondía la mayoría de las preguntas. Ur-ronn explicó en inglés el funcionamiento de la forja, revelando una tensa reserva. Su servicio como guía formaba parte de un trato arriesgado cuyos detalles todavía estaban elaborando.

—No veo a Uriel en las hogueras —dijo la metálica voz de Ur-ronn en el receptor de Kaa—. Tal vez esté arriba, en su sala de juegos.

La sala de juegos de Uriel. Por el diario de Alvin Hph-wayuo, Kaa se imaginaba un complejo e inservible juguete de palillos y cristales giratorios, algo para ahuyentar el tedio de la existencia en un mundo salvaje. Le resultaba desconcertante que una dirigente de esa sociedad amenazada dedicara tiempo libre al aparato complicado e impráctico que describía Alvin.

Ur-ronn le indicó a Kaa que enviara la sonda por un corredor largo, más allá de varios recodos laberínticos, y luego por una puerta abierta hasta una cámara en penumbra, donde al fin el fabuloso dispositivo se presentó a la vista.

Peepoe soltó un silbido de asombro.

La descripción previa
no preparaba para tanta...
¡abundancia!

Sí, convino Kaa, mirando una cámara abovedada que habría sido impresionante aun en la Tierra, llena de vigas entrecruzadas y luces chispeantes. El relato de Alvin no hacía justicia a ese lugar, pues no comunicaba la compleja unidad de todas las partes giratorias; aun a primera vista se notaba que todo seguía un ritmo. Cada ondulación y giro se conectaba con una totalidad elegante y cambiante.

La escena era imponente. Figuras penumbrosas se movían por los andamios, haciendo ajustes, figuras pequeñas y ágiles y por lo menos una silueta bípeda que parecía vagamente humana. Pero Kaa no podía juzgar bien la escala porque la mayor parte de la máquina estaba envuelta en sombras. Además, la holovisión estaba diseñada para criaturas con dos ojos frontales. Un panel equipado con emisores de sonoralaje habría sido más adecuado para los delfines.

Incluso el irónico Hannes Suessi quedó mudo ante ese suntuoso y vibrante palacio de movimiento.

Al fin intervino Ur-ronn.

—¡Veo a Uriel! Es la segunda a la derecha, en ese grifo que está cerca de la chimfancé.

Varias urs observaban nerviosamente la máquina junto a una chimfancé que tenía un cuaderno. Las pulsaciones aleatorias de luz moteaban los flancos, como faunos en un bosque, pero Kaa notó que Uriel debía ser mayor que las demás. La chimfancé mostró a la herrera un boceto de curvas abstractas, comentando los resultados con señas en vez de palabras.

—¿Cómo haremos esto, Streaker? —preguntó Kaa—. ¿Entro y empiezo a hablar?

Antes parecía mejor para todos que el Streaker se mantuviera aislado, pero ahora los acontecimientos parecían imponer la necesidad de un diálogo.

—Escuchemos antes de anunciarnos —ordenó Gillian Baskin—. Preferiría una situación más privada.

En otras palabras, quería comunicarse con Uriel, no con una multitud. Kaa envió el robot hacia delante. Pero antes que pudieran oír las palabras de la urs, alguien más habló desde el Streaker.

—Permitidme esta indulgencia —canturreó la máquina Niss—. Kaa, ¿puedes volver a enfocar el aparato de Uriel? Deseo comprobar una conjetura.

Gillian no se opuso y Kaa movió la cámara hacia los andamios.

—Ved esa extensión de arena —señaló la Niss—. Pulcras pilas se acumulan donde la luz cae con más frecuencia. Estas pilas se correlacionan con los dibujos que la chimfancé acaba de mostrar a Uriel...

Un coletazo de Peepoe distrajo a Kaa.

—Alguien v-viene. El sensor periférico dice que las señales vitales que se aproximan son jophurs.

A pesar de las objeciones de la Niss, Kaa hizo girar la sonda. En la puerta vieron una silueta que la tripulación del Streaker había llegado a detestar, un cono de roscas grasientas.

—Calma —intervino Gillian—. Sin duda es sólo un traeki.

—Claro que sí —confirmó Ur-ronn—. Esa fila es Tyug.

Kaa recordó. Era el «alquimista principal» del Monte Guenn. El maestro de la síntesis química. Kaa se recostó contra Peepoe para tranquilizarla, y notó que se relajaba. Según el diario de Alvin, los traekis eran seres dóciles, muy diferentes de sus primos de las estrellas.

Así que se sorprendió totalmente cuando Tyug apuntó una hilera de sensores enjorados hacia la sonda espía. Pensativos rizos de vapor anaranjado brotaron de su conducto central. Luego el anillo superior se hinchó...

Y escupió un chorro de objetos que volaron hacia el ojo de la cámara. Kaa y los demás tuvieron tiempo para ver unos insectos —o un equivalente local— que creaban un desconcertante zumbido de luz y sonido con sus ojos compuestos y sus rápidas alas. Una horda de criaturas borrosas rodeó los sensores y lentes de Kaa.

Poco después, la consola sólo detectaba un temblor de chirriante estática.

GILLIAN

Una imagen magnificada flotaba sobre la mesa de conferencias, mostrando una criatura pequeña, congelada en su vuelo, cuyas alas eran una bruma irisada, dolorosa para el ojo. En contraste, la compacta urdimbre de líneas rizadas de la Niss parecía prosaica y abstrusa.

—¿Alguno de vosotros, niños, puede identificar esta criatura molesta? —preguntó con tono socarrón.

Las palabras eran corteses, aunque Gillian se disgustó con la insolencia.

Por suerte, Alvin Hph-wayuo no pareció reparar en ella. El joven hoon estaba sentado cerca de sus amigos, moviendo el saco laríngeo con una bestia noor en cada hombro. Ante la sardónica pregunta de la máquina, Alvin cabeceó cordialmente, un gesto humano que parecía totalmente natural.

—Hrrrm. Eso es fácil. Es una avispa de intimidad.

—Juguetes genéticamente alterados de los buyurs —dijo Ur-ronn—. Un famoso incordio.

Huck movió los cuatro ojos, escrutando la imagen.

—Ahora veo por qué las llaman así. Normalmente se mueven tan deprisa que nunca pude echarles un vistazo. Parece un rewq diminuto, con las membranas transformadas en alas.

Hannes Suessi gruñó, tamborileando sobre la mesa con su brazo prostético izquierdo.

—Sea cual fuere el origen de estas criaturas, parece que Uriel estaba precavida contra la posibilidad de espionaje. Han inutilizado nuestra sonda. Ahora ella pensará que fue enviada por los jophurs.

Ur-ronn se encogió de hombros.

—¿Quién más? Uriel no sabe nada de vosotros, a menos que los jophurs os mencionen.

Gillian asintió.

—Entonces puede destruir el robot, a menos que le hagamos hablar en inglés de inmediato. Niss, ¿tú y Kaa podéis enviar un mensaje?

—Estamos trabajando en ello. Las órdenes salen de la consola de control, pero la algarabía de estas avispas parece abarcar todas las bandas, impidiendo la confirmación. Es posible que la sonda resulte inoperable.

—Maldición. Tardaríamos dos días en enviar otra. No tenemos dos días. — Gillian se volvió hacia Ur-ronn—. Esto podría dificultar el cumplimiento de nuestra promesa.

Odiaba decirlo. Ansiaba conocer a la legendaria herrera del Monte Guenn. Al parecer Uriel era astuta y perspicaz, y su influencia sobre la sociedad jjoana era

notable.

—Hay otra posibilidad —sugirió Ur-ronn—. Volar allá en fersona.

—Una opción que debemos postergar por el momento —respondió la teniente Tsh't—. Cualquier aeronave que enviáramos más allá de estas aguas protectoras sería detectada al instante por el acorazado enemigo.

La oficial delfín descansaba en el cojín acolchado de una unidad de seis patas. Su cuerpo largo y brillante ocupaba el extremo de la sala más alejado de los jóvenes irruptores, y con su ojo izquierdo miraba a los miembros del consejo de a bordo.

—Créase o no, y a pesar de nuestra decepción con la pérdida de la sonda, tenemos otras prioridades.

Gillian comprendía la tozudez de la teniente. Su informe sobre el aparente suicidio de los dos prisioneros humanos dejaba muchas preguntas sin respuesta. Más aún, los problemas de disciplina estaban aumentando, y muchos delfines firmaban lo que llamaban la Petición de Procreación.

Gillian había tratado de elevar la moral hablando con los delfines, escuchando sus quejas, alentándolos con un toque instructor. Tom tenía ese don, como el capitán Creideiki. Una broma aquí, una parábola allá. La mayoría de los delfines se inspiraban más cuando empeoraban las cosas.

Supongo que no poseo ese talento. O bien esta pobre tripulación está cansada después de tantas fugas.

De todos modos, los mejores operarios estaban fuera de la nave, en cuadrillas que trabajaban sin cesar, mientras ella pasaba horas encerrada con la máquina Niss, descartando un plan desesperado tras otro.

Al fin, uno de sus planes le pareció menos endeble que los demás.

Sabroso —había dicho la Niss—. Aunque es una apuesta arriesgada. Nuestra fuga de Kithrup tenía más ventajas que este plan.

Makanee, la médica de a bordo, mencionó el tema que seguía en el orden del día. A diferencia de Tsh't, la cirujana prefería no estar sujeta a una máquina. Desnuda, salvo por un pequeño arnés de herramientas, participaba en la reunión desde un tubo transparente que ocupaba una pared de la sala. El cuerpo de Makanee relucía con diminutas burbujas del fluido oxigenado que llenaba los pasajes acuáticos del Streaker.

—Está la cuestión de los kiquis —dijo—. Se debe resolver, sobre todo si planeamos mover la nave.

Gillian asintió.

—Esperaba consultar este asunto con... —Eché una ojeada a la pantalla de la sonda espía perdida y suspiró—. La decisión definitiva debe esperar, doctora. Continúa con los preparativos y yo te avisaré.

Luego Hannes Suessi presentó un informe sobre el estado del casco del Streaker.

—Con este peso, será tan lento como cuando llevábamos ese crucero thennanio ahuecado, usándolo como armadura. Más lento, con todas las antenas probabilísticas cubiertas por esa capa de carbono.

—¿Entonces debemos pensar en trasladarnos a una de esas naves náufragas? — Eso sería difícil. Ninguna tenía las modificaciones que permitían que una raza acuática usara el Streaker.

El domo espejado que contenía el cerebro y el cráneo de Suessi asintió.

—Tengo cuadrillas preparando las mejores naves. —Rió a través del parlante del casco—. ¡Alegraos, todos! Con la ayuda de Ifni, es posible que algunos de nosotros logremos escapar de aquí.

Tal vez, pensó Gillian. ¿Pero adónde iremos si escapamos del sistema de Jijo? ¿A qué otra parte podemos huir?

La reunión se disolvió. Todos tenían qué hacer, incluidos los niños irruptores.

Y Dwer Koolhan estará esperando en mi camarote para pedirme de nuevo que lo deje volver a la costa. Aunque sea a nado. Para regresar a un lugar salvaje donde lo necesitan.

Tenía sentimientos ambiguos. Dwer era apenas un muchacho. Pero en todos esos años, desde que el Streaker tuvo que abandonar a Tom en Kithrup, era la primera vez que sentía cierta atracción física por otro.

Naturalmente. Siempre me han fascinado los héroes.

Recordó la última vez que había sentido el contacto de Tom, en una isla de metal en medio de un mar venenoso. La noche antes de que él partiera en un deslizador de energía solar, resuelto a desorientar a grandes flotas de combate, a frustrar a poderosos enemigos y facilitar la fuga del Streaker. El muslo izquierdo de Gillian aún sentía ese hormigueo, el lugar donde él la había apretado con afecto mientras se acostaba en esa frágil nave, sonriendo antes de partir.

—Regresaré antes que te enteres —dijo Tom, una frase extrañamente metafísica, si uno pensaba en ella. Y Gillian pensaba en ella a menudo. Luego desapareció, volando al norte, rozando las olas, por encima de las hostiles mareas de Kithrup.

Nunca debí permitir que se fuera. A veces debes decirle que no a un héroe.

Que otro se encargue de salvar el mundo.

Cuando Gillian se disponía a salir de la sala de conferencias, vio que Alvin, el joven hoon, trataba de reunir a ambos noors. La hembra era su mascota, en apariencia un ser brillante no sapiente, quizá derivado de la cepa tytlal, que databa de antes de la Elevación de su especie. Los tymbimis debieron dejar un caudal de genes de sus amados pupilos en Jijo, temiendo que a su clan le pasara lo peor. Una sabia medida, dada la cantidad de enemigos que se han hecho.

En cuanto al otro, Pies de Barro, que había fastidiado y acompañado a Dwer por medio continente, los análisis de su cerebro mostraban vestigios de Elevación.

Una raza escondida dentro de una raza, conservando todos los rasgos que los tymbrimis procuraron alentar en sus pupilos.

En otras palabras, los tytlals eran auténticos irruptores, una octava oleada de colonos ilegales, pero protegidos por nuevas capas de camuflaje.

Así disfrazados, quizá pudieran escapar de la ruina que el destino deparaba a los parientes de Alvin, Huck, Ur-ronn y Pinzón.

Pero eso no puede ser todo. La cautela no es un rasgo descollante en los tymbrimis ni en sus pupilos. No se tomarían tanto trabajo sólo para ocultarse. A menos que formara parte de un plan más amplio.

Alvin tenía problemas para recoger a Pies de Barro, que caminaba por la mesa ignorando las llamadas del hoon y olisqueando con su hocico bigotudo.

Al fin el tytlal se incorporó para mirar la imagen congelada proyectada por la sonda de Kaa, la avispa de intimidad. Pies de Barro ronroneó con curiosidad.

—Niss —murmuró Gillian.

Con un chasquido, el remolino giratorio cobró vida.

—¿Sí, doctora Baskin? ¿Has cambiado de parecer en cuanto a oír mis conjeturas acerca del intrincado aparato de discos giratorios de Uriel?

—Después —dijo ella, señalando a Pies de Barro. Gillian comprendió que el tytlal miraba más allá de la avispa de intimidad, algo en la escena de atrás—. Quisiera que realces la imagen. Averigua qué mira ese diablillo.

No añadió que había detectado algo por su cuenta. Algo que sólo un sensitivo podía advertir. Por segunda vez sentía una presencia, vaga y efímera, flotando sobre Pies de Barro. No estaba segura, pero tenía un sabor conocido.

Podía llamarse esencia tymbrimi.

KAA

No quedaba nada que hacer en la caverna. La sonda parecía estar muerta.

Aunque reviviera, toda conversación con los nativos se manejaría desde el Streaker. Entretanto, era momento de regresar al habitat. Hacía días que Kaa no veía a su equipo.

Una pareja humana se habría detenido antes de salir de la gruta, mirando en torno para recordar el lugar donde había hecho el amor por primera vez. Pero no los delfines. Los neodelfines experimentaban nostalgia, como sus instructores humanos, pero podían almacenar imágenes sonoras de modos que los humanos tenían que imitar con dispositivos de grabación. Al salir con Peepoe bajo la brillante luz del sol, Kaa supo que los dos volverían a visitar la caverna cuando quisieran, con sólo juntar las frentes arqueadas, recreando sus singulares ecos en ese antiguo abismo de memoria llamado el Sueño de las Ballenas.

Era agradable surcar de nuevo el ancho mar, con el ágil cuerpo de Peepoe compartiendo cada brinco. El movimiento expresaba alegría después de un largo encierro entre máquinas.

En el viaje de ida, todo había sido exquisito, aunque teñido de tensión sexual. Ahora no había secretos ni deseos conflictivos. Pasaron casi todo el viaje de vuelta en júbilo silencioso, como una pareja de los días presapientes, libres de los dones y lastres de la Elevación.

Al acercarse al habitat, Kaa notó que su mente volvía con renuencia a los ritmos ánglicos. Obligado a hablar, usó el dialecto informal de chillidos que los delfines preferían mientras nadaban.

—Bien, aquí viene —proyectó por sonar durante la fase subacuática de su ciclo de brincos y zambullidas—. De vuelta a casa y la familia...

—¿Familia? —respondió ella escépticamente—. Brookida, quizá. En cuanto a Mopol y Zhaki, ¿no preferirías ser pariente de un pingüino?

¿Tan obvio es lo que opino de ellos? Después de saltar en busca de aire, Kaa trató de aligerar las cosas con una broma.

—Oh, les reconozco ciertos méritos. Con suerte, no habrán incendiado el mar mientras estuvimos ausentes.

Peepoe rió y añadió:

—¿Crees que sentirán celos?

Buena pregunta. Los delfines no podían ocultar las relaciones personales como los humanos, con sus complejos juegos de engaño emocional. Con un examen de sonar de las vísceras, no costaba adivinar quién dormía con quién.

La envidia no sería un problema si yo estableciera una clara autoridad desde el principio, como oficial y como macho mayor.

Lamentablemente, la cadena de mando era un concepto humano reciente. Por debajo, los delfines machos aún sentían el antiguo impulso de competir por el predominio y los derechos de procreación.

De hecho, la elección de Peepoe podía reforzar la posición de Kaa en esa pequeña jerarquía. Aunque no necesitaría ayuda si fuera un auténtico líder.

—Celos. —Reflexionó, dándose más impulso con la cola, hasta que su pico impulsó la onda de choque compartida, arrastrando a Peepoe en su estela—. Esos dos sólo piensan en el sexo, así que es posible. Pero al menos dejarán de fastidiarte con propuestas sin esperanzas.

Los jóvenes machos habían hecho sugerencias desenfadadas desde el día en que Peepoe llegó, frotándose lascivamente contra ella hasta que Kaa tuvo que retarlos. Aunque los delfines tenían una escala de tolerancia muy diferente de los humanos frente a esa conducta —y Peepoe sabía cuidarse sola—, en este caso eran tan insistentes que Kaa tuvo que asestarles coletazos para disuadirlos.

—¿Sin esperanzas? —bromeó Peepoe—. No te ilusiones. ¿Cómo sabes que soy monógama? Tal vez me guste tener un pequeño harén.

Kaa extendió las fauces y trató de morderle la aleta pectoral, pero ella se apartó riendo.

—Bien —comentó ella—, a los Tursiops del Pacífico les agradan las relaciones retorcidas. Pero yo prefiero un conservador del Atlántico. Eres de Miami, ¿verdad? Hijo de un matrimonio chapado a la antigua, sin duda.

Kaa guillo. Aun el dialecto del ánglico era difícil a toda velocidad.

—Una variante de la familia Heinlein —concedió—. Ese estilo funciona mejor para los delfines que para los humanos. ¿Por qué preguntas? ¿Estás buscando un linaje para casarte?

—No. Preferiría iniciar otro. Siempre anhelé ser la matriarca fundadora de un buen linaje... si los amos de la Elevación lo permiten.

Era la pregunta eterna. Ningún neodelfín podía procrear legalmente sin permiso de la Comisión de Elevación de los Terrágenos. A pesar de las inusitadas libertades que los humanos habían dado a sus pupilos —derecho al voto y las formalidades de la ciudadanía— el Clan Terrícola aún estaba obligado por la Ley Galáctica.

Mejora a tus pupilos, decía el código básico de la Elevación, o piérdelos.

—Estás bromeando —respondió—. Si los delfines del Streaker pudiéramos regresar de este alocado viaje, nunca rendiremos otro examen de sapiencia. Quizá nos esterilicen a todos en el acto, por todos los problemas que hemos causado. O bien seremos héroes, y nos pasaremos donando esperma el resto de nuestra vida, alentando la nueva generación de neodelfines. De cualquier modo, nunca tendremos una acogedora familia.

No había esperado decirlo de ese modo, con un toque de sarcasmo. Pero Peepoe

debió reparar en su vehemencia. Continuó la marcha, pero su silencio reveló a Kaa cuánto le dolía.

Magnífico. Todo andaba tan bien... estas aguas maravillosas, los peces que cogimos para el desayuno, el amor. ¿Qué me hubiera costado compartir momentáneamente su sueño de un final feliz, dejar que se aferrara a la fantasía de que podíamos volver a casa y tener una vida normal?

—¡Kaa! —El grito de Brookida hizo reverberar el pequeño habitat—. Me alegra que hayas vuelto. ¿La misión anduvo bien? Espera a que sepas lo que descubrí correlacionando análisis de ecos sísmicos de aquí hasta el Streaker. Puse los datos en uno de los viejos programas de Charles Dart para obtener imágenes tomográficas de la zona de la corteza.

Todo eso de un tirón.

—Sensacional, Brookida. Pero, respondiendo a tu pregunta, nuestra misión no salió tan bien como esperábamos. De hecho, tenemos órdenes de prepararnos y marcharnos. Gillian y Tsh't planean desplazar la nave.

Brookida sacudió la cabeza moteada.

—¿Eso no delatará la posición del Streaker?

—Ese lugar ya es arriesgado. La doctora Baskin sospecha que los jophurs están ocupados, pero eso no puede durar.

La misión de Kaa era averiguar cuánto sabían los irruptores sobre esas cosas. Tal vez Uriel la herrera tuviera alguna idea de lo que se proponían los jophurs. Nadie había culpado a Kaa por el fracaso, al menos en voz alta. Pero sabía que el consejo de a bordo estaba decepcionado.

Les advertí que enviaran a alguien mejor entrenado para espiar.

Miró en torno.

—¿Dónde están los demás?

Brookida suspiró.

—Paseando en el trineo de Peepoe. O bien atacando las redes de pesca de los hoons y qheuens.

Diantre, maldijo Kaa. Había ordenado a Zhaki y Mopol que se mantuvieran a un kilómetro del domo y se limitaran a monitorear las cámaras ya instaladas en el Puerto de Wuphon. Ante todo, debían evitar todo contacto directo con los irruptores.

—Se aburrían —explicó Brookida—. Ahora que el Streaker tiene a Alvin y otros expertos locales a bordo, nuestro equipo es un poco redundante. Por eso estuve examinando los flujos de magma de la zona de subducción. Mi primera oportunidad desde Kithrup para verificar una idea que tenía, basándome en las investigaciones de Charles Dart. ¿Recuerdas esos extraños seres que vivían bajo la corteza de Kithrup? ¿Los que tenían ese nombre impronunciable?

—¿Te refieres a los Karrank-k%7 —intervino Peepoe.

Era muy hábil para expresar la doble aspiración del final, que sonaba como un hervor explosivo.

—En efecto. Me preguntaba qué clase de ecosistema podía mantenerlos allí abajo. Y eso me hizo pensar...

Brookida calló de golpe. Los tres delfines giraron mientras la pared de atrás emitía un zumbido grave. La vibración lastimó la mandíbula de Kaa.

Pronto todo el habitat gruñó en una frecuencia que Kaa reconoció.

¡Es un sáser! ¡Alguien ataca el domo!

—¡Arneses!

Ante esa orden, todos se lanzaron hacia el armario de herramientas. Kaa se introdujo en su aparato y sintió el contacto de los controles. Un cable buscó la conexión neural que tenía detrás del ojo izquierdo. Brazos robóticos zumbaron mientras él sacaba el arnés del armario. La unidad de Peepoe se soltó sólo un instante después.

Un rectángulo brillaba en la pared opuesta, encima y debajo de la línea de agua.

—¡Están entrando! —exclamó Peepoe.

—¡Respiradores! —gritó Kaa. Una manguera del arnés entró en su orificio nasal, cubriéndolo con un beso húmedo y un sello hermético. La ráfaga de aire envasado sabía aún más metálica que el aire reciclado del domo. Kaa envió una orden neural que activó su soplete y sáser, herramientas que podían funcionar como armas en un combate cuerpo a cuerpo...

¡No respondían!

—¡Peepoe! —gritó—. Revisa tu...

—¡Estoy ayudando a Brookida! —interrumpió ella—. ¡Su arnés está atascado!

Kaa agitó el agua con la cola, soltando un chillido de frustración.

Sin otra opción, interpuso su cuerpo entre ellos y la pared.

La pared se derrumbó en una cascada de espuma.

GILLIAN

—He descubierto varias cosas de interés —le dijo la máquina Niss a Gillian, cuando ella despertó de un breve sueño inducido—. La primera se relaciona con esa ostentosa máquina nativa, construida y operada por la calderera urs, Uriel.

Sentada en la penumbrosa oficina, miró una holoimagen de ruedas, poleas y discos centelleantes. A poca distancia, el antiguo cadáver de Herbie parecía mirar la misma escena. El juego de sombras hacía que el enigmático rostro momificado pareciera sonreír.

—Déjame adivinar. Uriel creó un ordenador.

La Niss se sorprendió: la espiral de líneas se cerró en un nudo.

—¿Lo sabías?

—Lo sospechaba. Por los informes de los niños, Uriel no perdería tiempo en algo inservible o abstracto. Querría dar a su gente algo especial. Algo que sus antepasados tuvieron que tirar.

—Posesión de ordenadores. Buen argumento, doctora Baskin.

Uriel no podía tener mayor aspiración que la de que ser Prometeo.

Llevar a su gente el fuego del cálculo.

—Pero sin resonancia digital —señaló ella—. Un ordenador que no se pudiera detectar.

—En efecto. No hallé referencias a nada semejante en nuestra unidad de la Biblioteca Galáctica. Así que fui a la edición de 2198 de la Enciclopedia Británica, anterior al contacto. Allí aprendí acerca de la computación analógica con componentes mecánicos, que tuvo un breve auge en la Tierra, con muchas de las mismas técnicas que vemos en los cristales giratorios de Uriel.

—Recuerdo haber oído algo sobre ello. Quizá Tom lo mencionó.

—¿También mencionó que la misma cosa se puede lograr usando sencillos circuitos electrónicos? Redes de resistores, capacitores y diodos pueden simular varias ecuaciones. Al conectar esas unidades, se pueden lograr soluciones para problemas limitados. Induce a reflexionar sobre el potencial militar de ese sistema. Por ejemplo, el uso de armas ofensivas sin controles digitales, con sistemas de guía imposibles de detectar.

El holo realizó un giro que Gillian interpretó como encogimiento de hombros.

—Pero si la noción fuera viable, ya habría llegado a la Biblioteca.

Ahí estaba de nuevo. Aun los tymbrimis sufrían el prejuicio de que todo lo valioso ya se debía haber hecho en el curso de dos mil millones de años. El supuesto casi siempre era acertado. Pero los lobeznos humanos se negaban a aceptarlo.

—¿Has deducido qué intenta calcular Uriel? —urgió Gillian.

—Ah, sí. —Las líneas giraron reflexivamente—. Es decir, quizá. Mejor dicho, no.

—¿Cuál es el problema?

La Niss reveló irritación.

—Mi dificultad es que todos los algoritmos usados por Uriel son de origen humano.

Gillian asintió.

—Naturalmente. Sus libros de matemática vienen de la Gran Edición, cuando el conocimiento humano inundó este mundo, casi todo procede de textos previos al Contacto. Un reflejo de lo que la sociedad galáctica hizo con la Tierra. En Jijo, nosotros fuimos los que desencadenamos una oleada de conocimientos que absorbió las creencias anteriores.

De ahí la extraña experiencia que Gillian había tenido recientemente, comentar los méritos literarios de Jules Verne con un par de jóvenes no humanos llamados Alvin y Huck, cuyas personalidades tenían poco en común con la norma galáctica.

La Niss accedió en un tornado de líneas ornamentales.

—Comprendes mi dificultad, doctora. A pesar de la simpatía tymbrimi por los terrícolas, mis creadores fueron Elevados como ciudadanos galácticos. Aunque los detalles de mi programación son excepcionales, fui diseñado de acuerdo con principios demostrados, al cabo de milenios de experiencia galáctica en el refinamiento de ordenadores digitales. Estos preceptos chocan con las supersticiones terrícolas...

Gillian carraspeó. La Niss hizo un gesto de disculpa.

—Perdón. Quise decir conocimientos terrícolas.

—¿Puedes darme un ejemplo?

—Puedo. Pensemos en el contraste entre las palabras o conceptos discreto y continuo. Según la ciencia galáctica, todo se puede lograr usando aritmética. Contando y dividiendo, usando enteros y fracciones racionales. Los algoritmos aritméticos sofisticados nos permiten entender la conducta de una estrella, por ejemplo, dividiéndola en partes más pequeñas, modelando dichas partes de una manera simple y luego recombinando las partes. Es el modo digital.

—Debe requerir gran cantidad de memoria y potencia informática.

—Es verdad, pero esto es barato para cualquier tarea que se requiera. Ahora recordemos a los lobeznos humanos antes del Contacto. Tus congéneres pasaron muchos siglos como seres semicivilizados, mentalmente preparados para hacer preguntas sofisticadas, pero sin acceso a transistores, interruptores cuánticos o procesos binarios. Hasta el momento en que vuestros grandes sabios Turing y Von Neumann expresaron el poder de los ordenadores digitales, generaciones de matemáticos tuvieron que apañárselas con lápiz y papel. El resultado fue una mezcla de lo brillante y de lo inane. Análisis diferencial abstracto y numerología cabalística. Álgebra, astrología y geometría topológica. Gran parte de esta amalgama se basaba

en conceptos patentemente absurdos, tales como la continuidad, o los bien llamados números irracionales, o la asombrosa noción de que existen capas infinitas de lo divisiblemente pequeño.

Gillian suspiró con abatimiento.

—Las mejores mentes de la Tierra intentaron explicar nuestra matemática poco después del Contacto. Una y otra vez demostramos que era coherente. Que funcionaba.

—Pero no lograba nada que máquinas calculadoras como yo no pudieran superar en instantes. Los observadores galácticos desecharon esas ingeniosas ecuaciones como trucos y atajos, o bien como devaneos abstractos de salvajes.

Gillian asintió.

—Esto ya sucedió una vez, ¿sabes? En el siglo veinte de la Tierra, después de la Segunda Guerra Mundial, los vencedores pronto se dividieron en dos bandos opuestos. Los expertos que has mencionado, Turing y Von-no-sé-cuántos, trabajaban para el oeste, ayudando a lanzar nuestra revolución digital. Entretanto, en el este gobernaba un dictador. Creo que se llamaba Steel...

—Pidiendo acceso a Británica... ¿Te refieres a «Stalin»? Sí, entiendo la relación. Hasta su muerte, Stalin obstruyó la ciencia soviética por motivos ideológicos. Prohibió la investigación genética porque contradecía la noción de perfección comunista. Más aún, reprimió el trabajo en ordenadores, llamándolos «decadentes». Aun después de su deceso, en el oeste muchos sostenían que el cálculo era tosco, grosero, que sólo servía para aproximaciones rápidas. Para la verdad, se necesitaba matemática pura.

—Por eso muchos devotos de la vieja matemática aún vienen de Rusia —rió Gillian—. Parece otra imagen invertida de lo que sucedió con la Tierra después del Contacto.

La Niss reflexionó.

—¿Qué insinúas, doctora? ¿Que Stalin tenía su parte de razón? ¿Que los terrícolas estaban en lo cierto? ¿Que estabais por descubrir algo que el resto del universo ha pasado por alto?

—Parece improbable, ¿verdad? No obstante, ¿no existe la leve posibilidad de que tus creadores te hayan asignado a esta nave por esa razón?

La urdimbre de líneas giró de nuevo.

—Entiendo la sugerencia, doctora Baskin.

Gillian se levantó para realizar algunos ejercicios. El breve período de sueño había ayudado. Aun así, debía resolver un centenar de problemas.

—Mira —le pidió a la máquina—, ¿todo esto apunta a algo? ¿Tienes alguna pista del problema que Uriel intenta resolver?

Señaló la holoimagen con poleas, correas de cuero y discos giratorios.

—¿En una palabra, doctora? No. Sé que Uriel está modelando un conjunto de ecuaciones diferenciales simultáneas, por usar la vieja terminología lobezna. La gama de valores numéricos que está examinando parece ser simple, hasta trivial. Yo puedo superar la capacidad de eso que llaman ordenador con un milbillonésimo de mi capacidad de proceso.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque para mí el problema primero requiere resolver el código de un lenguaje perdido. Necesito una apertura, una piedra Rosetta, después de lo cual todo se aclararía al instante. En síntesis, necesito la ayuda de un terrícola que me sugiera qué representan esas expresiones.

Gillian se encogió de hombros.

—Otra dificultad, pues. Nos hemos quedado sin matemáticos en esta tinaja. Creideiki y Tom solían jugar con la vieja matemática. Sé que Charles Dart lo intentaba, y Takkata-jim...

Suspiró.

—Y Emerson D'Anite. Él fue el último que pudo ayudarte.

Gillian se acercó a su consola de referencias.

—Supongo que podemos revisar los archivos de personal para ver si hay alguien más...

—No será necesario —interrumpió la Niss—. Es posible obtener acceso a uno de los expertos que has mencionado.

Gillian parpadeó, pensando que había oído mal.

—¿De qué estás hablando?

—Tú me encomendaste otro problema, averiguar qué miraba ese sapiente tytlal llamado Pies de Barro, después de la reunión. Para lograr eso, realcé la última escena de la cámara espía, antes que aparecieran las avispas de intimidación. Por favor, mira con atención.

La pantalla mostraba ahora la última imagen nítida enviada por la sonda perdida. A Gillian le resultaba físicamente doloroso observar las alas del insecto, y sintió alivio cuando la Niss enfocó un rincón. Lo que creció fue un sector del complejo aparato de Uriel la herrera, una maravilla de ingenio.

Yo seguí un curso de vieja matemática antes de ir a la facultad de medicina. Podría tratar de ayudar. La Niss puede darnos textos pre-Contacto. Sólo quiere una pista. Algo de intuición lobezna...

Divagó, distraída por la vívida ampliación. Ahora la rodeaba un laberinto de andamios improvisados, llenos de sombras, divididos por resplandecientes puntos de luz.

Toda esta increíble actividad debe conducir a algo importante.

Gillian vio el aparente objetivo de la Niss, un conjunto de sombras encaramadas

al andamiaje. Algunas figuras eran pequeñas, con torsos serpentinos y patas diminutas, y blandían herramientas con manos delgadas de muchas articulaciones.

Urs en miniatura, comprendió. ¿La cuadrilla de mantenimiento?

Una figura más grande se erguía sobre ellas. Gillian jadeó al comprender que era humana. Entonces recordó.

Desde luego. Los humanos están entre los aliados de Uriel, y son técnicos habilidosos. También son buenos escaladores, perfectos para mantener las cosas en funcionamiento. La Niss debía estar forzando su capacidad para magnificar la granulosa imagen. La tasa de magnificación se hizo más lenta, y algunas sombras parecían resistir ante ese embate de potencia informática. Pero pronto Gillian supo que el humano era varón, por la forma del cuello y los hombros. Estaba señalando, tal vez dirigiendo una pequeña tarea.

Gillian notó que tenía cabello largo, una brutal cicatriz. Miró la herida de la sien. La imagen se aclaró y mostró una sonrisa.

El reconocimiento fue como un chapuzón de agua helada.

—Por Dios... ¡no puede ser!

La Niss zumbó con satisfacción y curiosidad.

—¿Confirmas la semejanza? Parece ser el ingeniero Emerson D'Anite. Nuestro camarada a quien creíamos muerto por los Antiguos, en el Sistema Fractal. Su nave exploradora fue envuelta por una esfera de luz voraz, cuando el Streaker escapaba sinuosamente hacia Jijo.

La máquina tymbrimi compartía un rasgo con sus creadores, un profundo amor por la sorpresa. Ahora expresaba ese placer con un ronroneo.

—Con frecuencia preguntas cómo alguien pudo habernos seguido a este remoto rincón del universo, doctora Baskin. Creo que la pregunta acaba de adquirir nuevos niveles de urgencia.

KAA

No logró presentar una gran pelea.

¿Cómo podía hacerlo, con todas sus armas saboteadas? Además Kaa no estaba seguro de que pudiera causar daño a uno de su propia especie.

Obviamente, los que atacaron el domo tenían menos escrúpulos.

El habitat arruinado estaba abajo, sus fragmentos desperdigados en la plataforma continental. Junto con Peepoe y Brookida, Kaa apenas eludió las paredes que se derrumbaban, escapando del remolino de metal y espuma sólo para enfrentarse a las armas de sus captores.

Llevados a la superficie, él y los demás jadeaban con nervioso agotamiento bajo el sol del atardecer.

En cambio, Mopol descansaba en el trineo que Peepoe había llevado desde el escondrijo del Streaker, controlando los motores y armamentos con su conexión neural. Zhaki, que nadaba cerca de ellos en un arnés de herramientas, explicó la situación.

—As-sí s-son las cosas, piloto... —tartamudeó en su avidez—. Los tres haréis lo que decimos, si sabéis qué os conviene.

Kaa movió la cabeza, usando la mandíbula inferior para arrojar agua al ojo de Zhaki.

Tontas amenazas de alguien
que ha visto demasiadas películas.
Sólo dilo y tonto. ¡Ya!

Mopol resopló, pero Peepoe se rió del dilema de Zhaki. Seguir con amenazas ahora sería obedecer la orden de Kaa. Era una cuestión menor, no exactamente un empate lógico. Pero para Kaa era valioso recobrar al menos cierta iniciativa.

—Nosotros... —Zhaki sopló aire y probó de nuevo—. Mopol y yo renunciamos a la tripulación del Streaker. No regresaremos, ni podéis obligarnos.

Conque de eso se trata, pensó Kaa.

—¡Deserción! —escupió Brookida con indignación—. ¡Defraudar a vuestros camaradas cuando más os necesitan!

Mopol bufó desdeñosamente.

—Nuestro período legal de ssservicio terminó hace cassi dos añoss.

—Correcto —convino Zhaki—. Y nunca nos contrataron para esta locura... huir por las galaxias como mújoles heridos.

—Conque pensáis ser irruptores —replicó Peepoe con voz divertida—. Vivir salvajemente en este mar.

Mopol asintió.

—Algunos ya hablaban de eso, antes que abandonáramos la nave. Este mundo es un paraíso para nuestra especie. ¡Toda la tripulación tendría que hacerlo!

—Pero aunque ellos no lo hagan —añadió Zhaki—, nosotros sí.

Y añadió un haikú:

Seis o siete clanes
ya lo hicieron en la costa
Tenemos precedentes.

Kaa comprendió que no podría disuadirlos. El mar refutaría sus objeciones con su lisura mineral y el tentador eco de sus sabrosos peces. Con el tiempo, los desertores extrañarían las comodidades de la vida civilizada, o se aburrirían, o comprenderían que hay peligro aun en un mundo sin grandes depredadores. El agua estaba encrespada, y Kaa se preguntó si alguno de los delfines rebeldes habría salido durante una tormenta realmente peligrosa.

¿Pero acaso otras oleadas de colonos no se enfrentan a la misma opción? ¿Los g'Keks, qheuens y seres humanos?

—Los jophurs pueden traer problemas —les dijo.

—Correremos el riesgo.

—¿Y si os pillan los Institutos? —preguntó Brookida—. Vuestra presencia aquí sería un delito que hablaría mal de...

Mopol y Zhaki rieron. Hasta Kaa podía refutar fácilmente ese argumento. Ya había humanos y chimpancés en Jijo. Si el Clan Terrícola sufría un castigo colectivo por ese crimen, unos delfines viviendo en la costa no podían empeorar las cosas.

—¿Y qué pensáis hacer con nosotros? —preguntó Kaa.

—No demasiado. Tú y Brookida sois libres de regresar con la preciosa Gillian Bassskin, si queréis.

—Eso llevaría una semana —se quejó Brookida. Pero Kaa luchaba contra los espasmos involuntarios de los brazos de su arnés, provocados por la insinuación de Zhaki. Antes que pudiera desanudar sus centros de habla, Peepoe expresó su espanto.

—¿Sólo Kaa y Brookida? ¿Y yo debo quedarme?

Mopol asintió con tanta alegría que parecía delfín primario en vez de trinario.

—Es el p-p-plan —confirmó Zhaki—. Sería una pésima colonia sin ninguna hembra.

Kaa comprendió lo que se proponían. La presunta enfermedad de Mopol estaba destinada a llevarse una enfermera de la nave. La mayoría eran hembras jóvenes, siendo Peepoe la más atractiva.

—¿Añadirías el secuestro al delito de desertión? —preguntó ella, con voz tan

fascinada como temerosa.

La sangre de Kaa hirvió cuando Zhaki se aproximó para rozar a Peepoe, deslizándose por su vientre boca arriba.

—No lo llamarás así al cabo de un tiempo —prometió Zhaki, dejando una estela de burbujas mientras rodaba sugestivamente—. Con el tiempo, lo c-considerarás tu día de suerte.

Kaa no pudo más. Con un coletazo, embistió.

Después hubo aturdimiento y dolor.

A la deriva, Kaa se guiaba por el instinto mientras su cuerpo realizaba los movimientos necesarios. Elevando el orificio nasal por encima del agua. Respirando. Sumergiéndose. Dejando que su yo dividido se reorganizara.

—V-vamos, muchacho —le dijo el Ayudante—. Sólo un poco más.

Dócilmente, Kaa obedeció. Aprendiste esto a temprana edad... cuando estés herido, obedece al Ayudante. Podía ser tu madre, o una tía, o un macho de mayor edad. Alguien siempre era el Ayudante, pues de lo contrario el mar te engullía.

Con el tiempo recordó el nombre de este Ayudante. Brookida.

También empezó a reconocer la textura del agua del litoral. Y recordó por qué estaba en ese estado de aturdimiento en que todos los pensamientos se alejaban de su mente.

Una pelea. Había atacado en circunstancias desventajosas, esperando sorprender a sus enemigos con su audacia.

Sólo bastó una descarga de sonido concentrado para derribarlo, haciéndole temblar cada músculo. Paralizado, supo que los dos enemigos se alejaban, llevándose a su amada.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Brookida. El delfín más viejo examinó las entrañas de Kaa con el sonar, verificando su progreso. Algunas nubes mentales se estaban despejando. Suficientes para recordar algunos datos más. El habitat destruido, no valía la pena visitarlo de nuevo. Y era inútil tratar de perseguir un trineo, aunque llevara tres pasajeros, pues la noche se aproximaba rápidamente.

Los dos brazos del arnés temblaron cuando su aturdido cerebro envió órdenes espasmódicas por el enlace neural. Kaa logró erguir la cabeza al respirar y reconoció las colinas costeras. Brookida lo llevaba hacia la aldea pesquera.

—Mopol y Zhaki arruinaron los cables y transmisoresss del domo. Pero creo que podemos encontrar los cables que conducen a los robots espías del Puerto de Wuphon, conectarnos y llamar a la nave.

Algún orden se estaba imponiendo en los caóticos pensamientos de Kaa. Suficiente para comprender algo de lo que decía el viejo delfín. El regreso de la sapiencia le provocó una sensación ambigua. Era un alivio que la pérdida no fuera

permanente, pero añoraba esa simplicidad, ahora reemplazada por necesidades urgentes.

El trinario era más fácil que el ánglico.

Debemos perseguir
a esos hijos de gusanos sifilíticos
mientras la espora sonora está fresca.

—De acuerdo, sí. Qué espanto para Peepoe, pobre muchacha. Pero primero comuniquémonos con el Streaker. Tal vez nuestros camaradas puedan ayudar.

Kaa comprendía que era un consejo sensato. Uno de los primeros principios de legalidad humana que los delfines entendieron claramente era el de la colaboración, que tenía analogías en la sociedad natural de los cetáceos. Cuando se comete una ofensa contra el grupo, se puede pedir ayuda. No te enfrentes con los problemas a solas.

Dejó que Brookida lo condujera al lugar donde convergían los cables de fibra de las cámaras costeras. El estruendo del oleaje le recordó esa mañana, cuando hacía el amor. Lanzó una protesta primal contra la injusticia de todo. Encontrar una pareja y perderla el mismo día.

El agua sabía a qheuens y hoons, a madera y brea. Kaa descansó en la superficie, organizando sus ideas mientras Brookida se sumergía para establecer el enlace.

Un sáser... Zhaki me disparó con un rayo sáser.

Comprendió vagamente que quizá Zhaki le hubiera salvado la vida. Si ese rayo no lo hubiera detenido, Mopol habría usado la unidad mucho más potente del trineo.

¿Pero me salvó para qué? Dime Ifni... ¿de qué sirve?

Kaa suponía que había vuelto a perder su apodo.

Unas horas... y lo he perdido de nuevo. Peepoe se lo llevó consigo.

Brookida emergió, escupiendo eufóricamente, pues había logrado un pronto éxito.

—¡Lo tengo! Vamos, Kaa. Tengo a Gillian en línea. Ella quiere hablar contigo.

A veces la vida está llena de elecciones. Uno elige qué corriente seguir, que marea para llegar a destino. Otras veces sólo sufres un desgarrón, como si te atacaran dos oreas, una mordéndote la cola mientras la otra te tironea del hocico.

Kaa oyó la orden. La comprendió. No sabía si podría obedecerla.

—Lamento lo de Peepoe —dijo Gillian Baskin con voz cascada. La improvisada línea llegaba directamente a los nervios auditivos de Kaa—. La rescataremos y nos encargaremos de los desertores, en cuanto tengamos oportunidad. Créeme, es prioritario. Pero esta otra tarea es crucial. Nuestras vidas pueden depender de ello, Kaa.

La humana hizo una pausa.

—Quiero que te dirijas a Wuphon. Es hora de que uno de nosotros se dé un paseo por la ciudad.

Irruptores

EWASX

Anillos Míos, al fin ha sucedido.

¡Regocijaos! Vuestro toroide maestro ha logrado descubrir algunos de los grasientos recuerdos que vosotros/nosotros/Yo creíamos haber perdido para siempre. Esas valiosísimas sendas de recuerdos que fueron prácticamente borrados cuando el valiente y tonto Asx derritió la cera.

Ese acto de errónea lealtad conspiró contra la utilidad de esta híbrida pila de anillos durante demasiado tiempo. Algunos tripulantes del Polkjhy nos/Me llamaron experimento fallido. Incluso el líder capitán cuestionó este esfuerzo, este intento de convertir un traeki salvaje en nuestra autoridad leal en los asuntos jijoanos.

Admito que nuestra/Mi pericia sobre las Seis Razas era desigual y espasmódica. Se cometieron errores por y a pesar de nuestros consejos.

PERO AHORA YO/NOSOTROS HEMOS RECOBRADO ESTE SECRETO. Esta convicción que antaño llenaba el centro reductor del ser difuso llamado Asx.

Bajo las capas derretidas, quedaban algunas sendas de memoria.

¡NO SINTÁIS ASCO! En cambio, deberíais ser felices de que recobremos algo tan importante.

El Huevo.

Hasta ahora sólo hemos visto insolencia en las razas irruptoras, demoras y renuencia a cooperar con los equipos que enviamos.

Ninguna reunión voluntaria de alimañas g'Keks en los puntos indicados.

Ninguna migración de pilas traekis para nuestra evaluación y conversión.

Enjambres de robots han comenzado a registrar la campaña en busca de g'Keks y traekis, arreándolos hacia recintos donde puedan concentrarse con mayor densidad. Pero esta tarea resulta trabajosa e insuficiente. Sería mucho más cómodo persuadir a los lugareños de realizar la tarea por su cuenta.

Peor aún, estos seres caídos se niegan todavía a admitir todo conocimiento de la nave terrícola.

RESULTA DIFÍCIL OBLIGARLOS A COOPERAR. Los ataques contra los centros poblados se toman con resignación y dispersión.

Su triste religión nos desconcierta con su estoica pasividad. Es difícil privar de esperanza a gentes que nunca tuvieron mucha.

PERO AHORA TENEMOS UN NUEVO BLANCO.

Un blanco más importante para las Seis Razas que sus aldeas. Un blanco para convencerlos de nuestra implacable resolución.

Ya sabíamos algo sobre el Gran Huevo. Sus palpitantes radiaciones eran un fastidio que interfería con nuestros instrumentos, pero lo desechamos como una anomalía geofísica. Las formaciones con resonancia psi existen en algunos mundos.

A pesar de la mitología local, nuestra biblioteca de a bordo puede citar otros casos.
Un fenómeno raro, pero comprendido.

Sólo ahora entendemos cuan profundamente esta piedra está arraigada en la religión de estos salvajes. Es su objeto central de reverencia. Su «alma».

Qué divertido.

Qué patético.

Y qué conveniente.

VUBBEN

La última vez que sus añosas ruedas habían rodado por esa senda polvorienta, era en compañía de doce docenas de peregrinos de túnica blanca —los mejores ojos, mentes y anillos de las Seis Razas—, avanzando entre peñascos abruptos y fumarolas en sagrada peregrinación para pedir consejo al Huevo Sagrado. Por un tiempo, esa esperanzada procesión había hecho reverberar las paredes rocosas con vibraciones de camaradería, la Comuna unida y en paz.

Pero antes de llegar a su meta, el grupo cayó en un remolino de fuego, sangre y desesperación. Pronto los sabios y sus seguidores estuvieron demasiado ocupados con la supervivencia para dedicarse a meditar sobre lo inefable. Pero durante esas semanas, Vubben no pudo evitar una sensación de trabajo inconcluso, de que algo vital había quedado sin hacer.

De ahí ese solitario viaje de regreso, aunque llevara sus frágiles ruedas muy cerca de la nave jophur. Los ejes de Vubben y sus husos de motivación palpitaban por el agotador ascenso, y recordó que un valiente qheuen se había ofrecido para llevarlo hasta allí en su lomo gris.

Pero él no podía aceptar. A pesar de sus achaques, Vubben tenía que ir solo.

Al fin llegó al recodo final, poco antes del Nido. Se detuvo a recobrar el aliento y ordenar sus agitados pensamientos, preparándose para la prueba que lo aguardaba. Usó un trapo para enjugarse el sudor verde de los cuatro ojos.

Se dice que los cuerpos g'Keks nunca habrían podido evolucionar en un planeta. Nuestras ruedas y nuestras extremidades flageliformes son más adecuadas para los mundos artificiales donde vivían nuestros deíficos ancestros, antes de hacer la gran apuesta, ganarla y perderlo todo.

Con frecuencia se preguntaba cómo habría sido vivir en una ciudad giratoria cuyo espacio interior estaba cubierto de esbeltas carreteras en espiral. Sendas inteligentes que viraban, giraban y se conectaban a una orden nuestra, para que el camino entre dos puntos pudiera ser tan recto o tan deliciosamente curvo como nos gustara. Vivir donde el tirón de un planeta no nos presionaba implacablemente del nacimiento a la muerte, aplastando nuestros bordes y gastando nuestros cojinetes con áspera suciedad.

Más que cualquier raza irruptora, los g'Keks tenían que trabajar duramente para amar Jijo. Nuestro refugio. Nuestro purgatorio.

Vubben contrajo involuntariamente los tallos oculares cuando el Huevo le hizo conocer su presencia. Un borbotón de vibraciones tywushs parecía elevarse del suelo. Los temblores esporádicos eran más intensos cuanto más se aproximaba. Vubben tiritó cuando otro frente ondulatorio le acarició las tensas ruedas, haciéndole resonar el cerebro. Las palabras no podían expresar la sensación, ni siquiera en galáctico dos

o tres. El efecto psi no suscitaba imágenes ni emociones dramáticas, sino una expectación que crecía lenta pero inexorablemente, como si un plan largamente esperado se cumpliera al fin.

Ese momento culminó y se disipó, careciendo aún de la coherencia que él ansiaba.

Empecemos, pensó Vubben. Sus husos motrices palpitaban, ayudados por delgadas patas impulsoras, mientras ambas ruedas se alejaban del fulgor del crepúsculo, yendo hacia el misterio.

El Huevo se erguía sobre él, un saliente de piedra que se extendía medio tiro de flecha antes de curvarse. Aunque una centuria de peregrinaciones había trazado una apisonada senda en la piedra pómez, Vubben tardó casi un midura en efectuar el primer circuito alrededor de la base del ovoide, cuya masa se recostaba contra una cuenca profunda en el flanco de un volcán adormecido. En el camino, elevó brazos esbeltos y tallos oculares en suave bendición, suplementando su exhortación mental con el lenguaje del movimiento.

Ayuda a tu gente, urgió Vubben, procurando afinar sus pensamientos, armonizarlos con las vibraciones cíclicas.

Elévate. Despierta. Intercede para salvarnos...

Normalmente, el esfuerzo de comunión requería más de un suplicante. Vubben habría fusionado su aportación con la paciencia de un hoon, la tenacidad de un qheuen, la afinidad abnegada de un traeki, más esa voraz voluntad de saber qué hacía tan parecidos a los mejores urs y humanos. Pero un grupo tan numeroso podía ser detectado, tan cerca de los jophurs. De cualquier modo, no podía pedir a otros que se arriesgaran a dejarse atrapar en compañía de un g'Kek.

Con cada vuelta alrededor del Huevo, alzaba un ojo para mirar el monte Ingul, cuya cima se veía más allá del borde del cráter.

Phwhoon-dau había prometido apostar allí una cuadrilla de señaleros para alertar a Vubben si se acercaba una amenaza, o si había cambios en el tenso enfrentamiento con los alienígenas. Hasta ahora no había visto ninguna advertencia en ese pico occidental.

Pero afrontaba otras distracciones igualmente perturbadoras.

Loocen flotaba en el oeste, y en el terminador una curva de puntos brillantes dividía la luz del sol de las sombras. La tradición decía que esas luces eran ciudades con cúpulas. Los buyurs las habían dejado intactas porque Loocen no tenía un ecosistema nativo para reciclar y restaurar. El tiempo apenas las tocaría hasta que esta galaxia en barbecho y sus millares de sistemas estelares fueran entregados a nuevos inquilinos legales, y los brazos en espiral rebosaran nuevamente con el comercio.

¡Cómo habrían tentado esas ciudades lunares a los primeros exiliados g'Keks, que huían de sus abandonados hábitats espaciales, seguidos por turbas destructivas!

Sintiéndose seguros al fin, después de atravesar las tormentas de Izmunuti, habrían visto esas cúpulas como recordatorios de su hogar. Una promesa de baja gravedad y superficies limpias y lisas.

Pero esos lugares no ofrecían refugio contra enemigos implacables. La superficie de un planeta era mejor para los fugitivos, con un sistema de soporte vital que no requería ordenadores. El complejo desorden de un mundo natural era un buen escondrijo, si uno deseaba existir como un primitivo y sobrevivir como un animal.

De hecho, Vubben no sabía qué pasaba por la mente de los colonos originales. Los Rollos Sagrados eran los únicos registros escritos de esa época, y en general ignoraban el pasado, predicando en cambio cómo vivir en armonía con Jijo, y prometiendo la salvación a los que siguieran la Senda de la Redención.

Vubben era famoso por su destreza para recitar esos textos reverenciados. Pero, a decir verdad, los sabios dejamos de confiar en los Rollos hace un siglo.

Reanudó su solitaria peregrinación, iniciando el cuarto circuito cuando comenzó otra ola tywush. Los ciclos adquirían ahora mayor coherencia, pero Vubben presentía que mucho más poder permanecía en letargo bajo la superficie, un poder que él necesitaba desesperadamente.

Los abuelos hoons y qheuens testimoniaban que las emisiones eran más potentes en los últimos días de Drake el Joven, cuando el Huevo aún hervía con el calor del nacimiento, recién salido del vientre de Jijo. Las Seis Razas tenían sueños intensos que convencieron a todos menos a los más conservadores de que una revelación había llegado.

La política también influyó sobre la aceptación. Drake y Ur-chown emitieron fervientes proclamas, interpretando el nuevo vaticinio de modos que ayudaron a consolidar la Comuna.

«Esta piedra sabia es el don de Jijo, un portento que santifica los tratados y ratifica la Gran Paz», declararon con cierto éxito. Desde entonces, la esperanza se convirtió en parte de una religión revisada.

Aunque, en deferencia a los Rollos, rara vez se usaba esta palabra.

Ahora Vubben buscaba parte de esa esperanza, para sí mismo, para su raza y para todos los Seis. La buscaba en señales que indicaran que la gran piedra estaba por moverse de nuevo.

¡Siento que sucede! Si tan sólo el huevo se moviera lo suficiente, y a tiempo.

Pero la creciente actividad parecía seguir su propio ritmo, con un ímpetu que lo hacía sentir como un insecto bailando junto a un ser titánico.

Tal vez, sospechaba Vubben, mi presencia no se relacione con estos cambios. Lo que suceda a continuación quizá no tenga nada que ver conmigo.

HOJA

Los vientos soplaban del lado equivocado.

No era sorprendente. Los patrones climáticos de la Cuesta habían sido adversos durante más de un año. De todos modos, metafóricamente, las Seis Razas eran azotadas por vendavales de cambio. Aun así, al final de un día largo y agitado, Hoja tenía suficientes razones para maldecir esa brisa perversa.

Al caer la tarde, oblicuos rayos de sol lamían los bosques, formando un panorama de sombras y luz. Los Linderos eran una falange de soldados gigantescos cuyos caparazones enrojecían bajo el poniente. Abajo, un vasto pantano cedía el paso a una pradera, que a la vez se convertía en colinas boscosas. Pocos signos de habitación se veían desde esa altura, aunque Hoja tenía una incapacidad básica para mirar directamente abajo. La mole quitinosa de su ancho cuerpo bloqueaba una visión directa del suelo.

¡Cómo me gustaría ver, por una vez en mi vida, lo que hay bajo mis propias patas!

Sus cinco patas no hacían mucho en ese momento. Las pinzas colgaban sobre el espacio, chasqueando en espasmos reflejos, tratando en vano de aferrar el aire. Más desconcertante aún, los flagelos sensitivos de su boca no podían frotar tierra ni lodo para palpar las texturas del suelo, sino que también colgaban inútilmente. Hoja sentía un tipo de desnudez que era muy desagradable para un qheuen.

Eso había sido lo más difícil después del despegue. Para un qheuen la textura de la vida está determinada por el medio. Arena y agua salada para un rojo. Agua dulce y lodo para un azul. Un mundo de cavernas pétreas para las imperiales grises. Aunque sus ancestros tenían naves estelares, los qheuens de Jijo parecían malos candidatos para el vuelo.

Mientras sobrevolaba la campiña, Hoja pensó que era el primer aeronauta de su especie en cientos de años.

¡Vaya aventura! Valdrá la pena contárselo a Muerdetroncos y las demás matronas, cuando regrese a ese acogedor reducto de la represa de Dolo. Las crías, en su lodosa guarida, querrán oír la historia por lo menos cuarenta o cincuenta veces.

Si tan sólo ese viaje fuera un poco menos aventurero, más previsible. Esperaba comunicarme con Sara, no volar hacia las fauces del enemigo.

Encima de la cúpula y la franja visual de Hoja, las válvulas se abrieron con un siseo preliminar, seguido por un rugiente estallido de calor. Incapaz de mover el cuerpo colgado, sólo podía imaginar esos trebejos urs en el cesto de mimbre, operando independientemente, usando chorros de llamas para llenar el saco de aire caliente, manteniendo el globo a cierta altitud. Pero sin rumbo estable.

Todo era tan automático como lo permitía la tecnología de las herreras, pero no

había modo de escapar de la tiranía del viento. Hoja tenía un solo control para operar, un cordel sujeto a un cuchillo distante que abriría el globo cuando él tirase, liberando los vapores y haciéndolo descender plácidamente. Eso aseguraban las herreras. Como piloto, tenía un deber, coordinar el descenso para que finalizara en un lugar acuático.

Aunque cayera con cierta violencia, un mero chapoteo no dañaría su cuerpo blindado. Aunque una maraña de sogas y tela rasgada le trabara las patas, arrastrándolo hacia abajo, Hoja podía contener el aliento el tiempo suficiente para liberarse a dentelladas y trepar a la costa.

No obstante, había costado convencer al consejo de supervivientes que gobernaba las ruinas de Villa Oboom de dejarle llevar a cabo esta idea descabellada. No estaban convencidos de que un qheuen azul fuera el próximo mensajero.

Pero demasiados humanos han perecido los últimos días, volando en cometas frágiles. Las pilotos urs se han roto la crisma y las patas. Yo sólo tengo que descender en el agua y podré salir. Las precarias circunstancias de hoy me convierten en un piloto ideal.

Había un solo problema. Mientras enganchaban a Hoja al aparato, las herreras le habían asegurado que la brisa vespertina era segura en esa época del año, por el valle del Gantt. Debía llevarlo hasta el Lago de la Prosperidad en pocos miduras, dejándole tiempo para llegar a la estación de señales más próxima al anochecer. Sus informes sobre la situación de Oboom se incorporarían al sistema de mensajes. Y entonces Hoja podría cumplir al fin con esa tarea inconclusa, restaurar el contacto con Sara tal como había jurado. Suponiendo que ella estuviera en Monte Guenn.

Pero los vientos cambiaron menos de un midura después del despegue. El prometido rápido viaje al este se convirtió en un largo desvío hacia el norte.

A casa, notó. Lamentablemente, el enemigo estaba en el medio. Si seguía así, lo derribarían antes que viera Villa Dolo.

Para peor, empezaba a tener sed.

Esta situación es ridícula, gruñó Hoja mientras despuntaban las estrellas. La brisa se convirtió en ráfagas adversas y rítmicas. Varias veces estas ráfagas elevaron sus esperanzas, empujando el globo hacia picos donde vio otras estaciones de señales, transmitiendo rápidos centelleos por la cadena montañosa. Al parecer había muchas señales esa noche, y muchas se dirigían al norte. Pero en cuanto un gran lago aparecía bajo el saco de gas, soplabla otra ventolera, empujándolo hacia rocas y árboles en un ángulo exasperante. La frustración le agudizaba la sed.

Si esto sigue así, quedaré tan deshidratado que me zambulliré en un charco.

Hoja pronto comprendió cuan lejos había llegado. Mientras las últimas luces desaparecían en los picos más altos, vio una hendedura en las montañas que cualquier jijoano reconocería, el paso que conducía al Valle del Festival, donde cada año la Comuna de las Seis Razas se reunía para celebrar y llorar otro año de exilio. Cuando

se puso el sol, la brillante medialuna de Loocen le hizo compañía, alumbrando los cerros.

Hoja esperaba que la superficie se aproximara mientras iba hacia el noreste, pero el altímetro urs detectaba el cambio en los niveles del suelo y reaccionó con otra llamarada, impidiendo que el globo descendiera.

Luego Loocen también descendió, dejándolo en un mundo de sombras. Las montañas se convirtieron en dentelladas negras contra el firmamento estrellado. Hoja quedó a solas con su imaginación, especulando sobre lo que los jophurs harían con él.

¿Habría un estallido de frías llamas, como el que había visto salir del vientre de la corbeta que devastó Villa Oboom? ¿Lo despedazarían con escalpelos de sonido? ¿O él y el globo serían vaporizados en cuanto tocaran un campo de fuerza defensivo, esa clase de barrera descrita a menudo en pintorescas novelas terrícolas?

Lo peor que podía imaginar era un «rayo tractor» que lo capturase para arrastrarlo al tormento en algún infierno jophur.

El cordel... ¿debo tirar ahora?, se preguntó. ¿Para que nuestros enemigos no aprendan el secreto de los globos de aire caliente?

Los qheuens no se reían antes de llegar a Jijo. Pero la variedad azul había adoptado ese hábito, que irritaba a las reinas grises, aun antes que se pudiera culpar a los hoons y humanos como malas influencias. Hoja contrajo las piernas, temblando mientras una gama de silbidos escapaba por sus conductos de respiración.

¡Correcto! No debemos permitir que esta «tecnología» caiga en manos equivocadas... o anillos equivocados. ¡Caramba, los jophurs podrían fabricar sus propios globos para usarlos contra nosotros!

Los barrancos respondieron con tenues repeticiones de su risa, ecos que lo alegraron un poco, como si hubiera un público para presenciar su inminente partida del universo. A ningún qheuen le gusta morir solo, pensó Hoja, aferrando con fuerza el cordel que lo enviaría hacia el oscuro abrazo de Jijo. Sólo espero que alguien encuentre suficientes fragmentos de caparazón para hacerlos escoria...

Entrevió un destello tenue. Venía desde delante... valle arriba, bajo el paso de montaña. Trató de enfocar el visor, pero de nuevo tuvo que maldecir la mala vista que su raza había heredado de tiempos antiguos. Escrutó el pálido resplandor.

¿Podría ser...?

Los suaves rayos le recordaron la luz de las estrellas rebotando en el agua, y le hicieron postergar su acción unos duras. Si era un lago, tendría apenas el tiempo necesario para estimar la distancia, incluir su grado de deriva y calcular el momento correcto para tirar. Con mi suerte, resultará ser el lago ácido de una araña reductora. Al menos eso solucionará el problema de la escoria.

El destello se aproximó, pero su contorno parecía extrañamente liso, a diferencia de un cuerpo natural de agua. Su perfil era ovalado, y los reflejos eran convexos...

¡Por Ifni y los ancestros!, maldijo Hoja con sorprendida consternación. ¡Es la nave jophur!

Miró estupefacto el tamaño de ese objeto globular.

Tan enorme que creí que formaba parte del paisaje.

Estimó su curso y dirección.

Pronto estará encima.

Para colmo, el viento arreciaba desde atrás, acelerando su aproximación. Hoja tuvo una idea. Una idea que cambió su parecer acerca de la crueldad del destino.

Esto es mejor, decidió. Será como esa novela que leí el invierno pasado, de ese humano pre-Contacto, Vonnegut. El libro terminaba cuando el héroe hacía un osado gesto personal dirigido a Dios.

El gesto parecía más que apropiado. Al enfrentarse a la extinción causada por una fuerza omnipotente, un mero mortal sólo puede marcharse con un ademán desafiante.

Las partes vocales de un qheuen cumplían muchas funciones, incluida la sexual. Así que Hoja hizo una virtud del riesgo, y se dispuso a presentarse ante el enemigo del modo más ofensivo posible.

¡Buscad esto en vuestra Biblioteca Galáctica!, pensó, agitando sus flagelos sensores sugestivamente. Tal vez, antes de su vaporización, los jophurs buscaran referencias sobre los qheuens que viajaban por las estrellas y comprendieran el extremo de su insolencia. Hoja esperaba que al menos su vida valiera eso. Que lo mataran con furia, no con indiferencia. Un hormigueo recorrió sus sensores, y Hoja se preguntó si el peligro estaba provocando una versión perversa de su afán de copular. A fin de cuentas, aquí estoy, dirigiéndome hacia un gran cuerpo blindado con mis partes pudendas al aire.

Muerdetroncos no aprobaría la comparación, supongo.

Mientras el viento lo empujaba, el acorazado —una cosa tan enorme que rivalizaba con las montañas cercanas— desapareció bajo el borde delantero de su caparazón quitinoso. La cosa no sería visible durante la aproximación final, una ironía que Hoja no encontraba divertida.

Luego, para su sorpresa, avistó aquello que había estado esperando, un lago. Un lago grande, apresado detrás del gran crucero, inundando el Valle del Festival bajo hectáreas de agua fría.

Si no me derriban, pensaba. Si no me detectan, podría llegar...

¿Pero cómo podían no ver ese saco de gas? Sin duda ya debían haberlo localizado con sus increíbles instrumentos.

El cosquilleo en los sensores expuestos de Hoja se multiplicó en rápidas oleadas, como si lo estuvieran acariciando y aguijoneando.

Pero no era excitación sexual. La sensación activaba el instinto de alimentarse, haciendo que sus incisivos con forma de diamante chasquearan por reflejo, como si

recogieran una presa en el lodo.

Los sensores captan las vibraciones magnéticas y eléctricas de criaturas ocultas en el lodo, recordó.

Banda electromagnética... ¡me han detectado!

Cada vez que jadeaba por un conducto de las patas, pasaba otro dura. El lago creció, y supo que la nave debía estar justo debajo de él.

¿Qué estaban esperando? Entonces se le ocurrió otra cosa.

Me han detectado... ¿pero pueden verme?

Ojalá hubiera estudiado más ciencia en la academia de Villa Tarek. Aunque los grises eran mejores en las abstracciones —por eso adoptaban nombres verdaderos—, Hoja supo que debía haber seguido ese curso básico de física.

Veamos. En las novelas humanas hablan de «radar», ondas radiales que rebotan en objetos distantes, delatando la posición de los intrusos, por ejemplo.

Pero sólo puedes obtener un buen eco si las ondas radiales rebotan. Metal, u otra cosa dura.

Hoja retrajo los dientes. Por lo demás, la parte inferior de su cuerpo era su zona más blanda, con planos multifacéticos que podían desviar los rayos entrantes en diversas direcciones. El saco de gas, calculó, debía tener apenas más densidad que una nube de lluvia.

Esperaba que el altímetro urs aguardase un poco antes de ajustar la altura del globo y disparar su llama rugiente...

El hormigueo se acentuó, luego empezó a disminuir. Momentos después, una frescura acarició el vientre de Hoja. Detectó la atracción del agua. Un alivio acompañado por preocupación, pues el aire frío aumentaría la velocidad de descenso.

¿Ahora? ¿Debería tirar del cordel, antes que las llamas se enciendan y me delaten?

El agua lo llamaba. Hoja ansiaba lavarse el polvo de los poros.

Pero se contuvo. Aunque su súbito descenso del cielo no llamara la atención, aterrizaría en el peor lago de Jijo, dentro del perímetro de defensa jophur, presuntamente patrullado por toda clase de máquinas cazadoras. Tal vez los robots no lo habían detectado hasta ahora porque no estaban programados para pensar en qheuens volantes. Pero detectarían un qheuen nadador.

De todos modos, el agua le daba una extraña sensación. Había centelleos bajo la superficie, relámpagos turbadores que reforzaron su decisión de aguardar.

Cada dura que pasaba confirmaba esa elección, a medida que aumentaba la separación entre Hoja y el gigantesco acorazado, que reapareció detrás de él como una curva oscura con luces fluctuantes, divididas por una ondeante línea de agua. Le causó escalofríos.

De pronto un punto resplandeciente salió del flanco de la nave, pareciendo

apuntar hacia él.

Aquí viene, pensó Hoja.

Pero la luz no era un rayo calórico. No era un haz mortífero, a pesar de todo. El punto se ensanchó. Se convirtió en una abertura rectangular y reluciente. Una puerta.

Una puerta enorme, comprendió Hoja, preguntándose qué podía ocupar tanto espacio en ese mastodóntico crucero estelar.

Al parecer, otro crucero estelar.

Desde el hangar abierto, una forma de cigarro salió con un zumbido, moviéndose despacio al principio, luego acelerando hacia Hoja.

De acuerdo, pues. No extinción, sino captura, ¿pero por qué enviar esa cosa enorme detrás de mí?

Tal vez vieron su gesto obscuro y lo comprendieron mejor de lo que él esperaba. Una vez más, Hoja preparó el cordel. A último momento, caería para escapar de la captura, o bien le dispararían mientras caía. O los robots cazadores lo seguirían, bajo el agua o en tierra. Aun así, valía la pena intentarlo. Al menos beberé un trago.

De nuevo, la visión nocturna le causó problemas. Estimar la velocidad de la corbeta parecía inútil. Los pensamientos del frustrado Hoja pasaron del anglico a los surcos más fáciles del galáctico seis.

Antes he visto — este espectro de terror.

Esta cosa vi — cuando una ciudad asolaba.

Ciudad de delincuentes — de irruptores — mi gente.

Flexionó las patas espasmódicamente mientras la nave se dirigía hacia él sin aminorar la velocidad.

Qué diablos...

La nave siguió de largo con un rugido de aire. Hoja sintió garfios de acero urs tirando de su caparazón en los cinco puntos de suspensión. Un arela se zafó desgarrando el blindaje quitinoso como papel y meciéndose ferozmente mientras la estela de la nave la succionaba.

El mundo pasó en un borrón, enseñándole qué era volar en serio.

La nave jophur desapareció, ignorando al globo y su pasajero. La miró una vez más, subiendo hacia los Linderos, dejándolo en un remolino de confusión y aire turbulento.

VUBBEN

Al cabo de un tiempo, Vubben logró aplacar su inquietud, permitiendo que la resonancia tywush impregnara su alma, eliminando dudas y distracciones. Pasó otro midura, y otro circuito, mientras su meditación se profundizaba. Cuando Loocen se puso, surgió un vasto firmamento de constelaciones y nebulosas. La titilante morada de los dioses.

Mientras viraba hacia el oeste, otro pestañeo de luz le llamó la atención, un centelleo sincopado diferente de otras estrellas. Sumido en su trance, Vubben tuvo que esforzarse para elevar un ojo y reconocer la fluctuación como lenguaje en código.

Necesitó más esfuerzo, y un tercer ojo, para descifrarlo.

Nave jophur moviéndose, emitió el farol del monte Ingul. Hacia el Huevo.

El mensaje se repitió. Vubben avistó una chispa distante que repetía las palabras en un pico más lejano, y comprendió que otras estaciones estaban transmitiendo el mensaje. Aun así, su cerebro estaba sintonizado en otro plano, impidiéndole comprender qué significaba.

En cambio, regresó hacia el fantasma sensorial que lo atraía, la impresión de estar posado sobre una cinta trémula que subía y bajaba como un mar ondulante.

No era una sensación desagradable. Se sentía nuevamente joven, creciendo en la Meseta de Dooden, cruzando un puente colgante, sintiendo el traqueteo de los tablones bajo sus ruedas, deslizándose sin barandas de seguridad aunque tenía abismos mortales a ambos lados.

Sus tensas ruedas zumbaban mientras él avanzaba como un bólido, los cuatro ojos extendidos para obtener el máximo paralaje.

Evocó ese momento en su integridad, no como un recuerdo entrañable y distante, sino en todo su esplendor. Era lo más parecido al paraíso que jamás había experimentado en Jijo.

En medio de esa euforia, una parte de Vubben supo que había cruzado un límite. Ahora estaba con el Huevo, detectando la aproximación de un enorme objeto desde el oeste. Un objeto mortífero que subía con andar apacible desde el valle. Apacible para los de a bordo.

La presión de los campos gravíticos arrancaba hojas de los árboles, raspaba y penetraba el suelo de Jijo, turbaba antiguas rocas. Vubben tuvo intuiciones acerca de los tripulantes, entidades anulares, mucho más aplomadas y unificadas que los traekis.

Extraños anillos. Egocéntricos y tenaces. Dispuestos a causar estragos.

HOJA

El altímetro del globo debía estar fallando. O bien le faltaba combustible. De un modo u otro, los ajustes automáticos eran más esporádicos. Chisporroteos inquietantes acompañaban cada chorro de calor, y las pulsaciones eran menos frecuentes. Al fin cesaron del todo.

El lago había desaparecido detrás de él durante esos frenéticos duras en que la estela de la nave espacial arrastró el globo, más allá del asolado Valle, hasta un paso angosto, hacia los Linderos. También desapareció su última oportunidad de tirar del cordel para descender en aguas profundas. En cambio, lo rodeaban árboles, como dientes de un peine que se usara para despulgar a un lornik.

Y yo soy la pulga.

Suponiendo que sobreviviera cuando un gigante del bosque lo arrancara del cielo, alguien podía oír sus gritos y acudir. ¿Pero qué pensará cuando encuentre un qheuen en un árbol?

Ese giro era un modo común de aludir a lo improbable, una contradicción intrínseca, como una urs nadando, o un humano modesto, o un traeki egocéntrico.

Parece que éste es el año de las contradicciones.

La copa de un árbol rozó una de sus pinzas. Hoja se retrajo por reflejo, haciendo girar todo el cuerpo. Luego mantuvo las cinco patas retraídas. Pero esperaba otro impacto en cualquier momento.

En cambio, el bosque terminó de pronto. Hoja vio peñascos escabrosos y un olor sulfuroso le acarició la lengua. Tuvo una sensación de ascenso. Y calor. Los sensores de su boca se curvaron como reacción ante una ráfaga caliente de abajo.

Desde luego, comprendió. Si vas al este desde el Valle y haces los giros correctos, te encuentras en una comarca de geiseres.

El globo se elevó en una corriente ascendente.

La nave jophur debe haberme arrastrado hacia un desfiladero en especial. La senda de los peregrinos. El camino que conduce al Huevo.

El cuerpo de Hoja seguía girando mientras el saco de gas ascendía. Para otros seres esto habría sido desconcertante, pero los qheuens no tenían una orientación preferida. No importaba hacia qué lado «mirase». Hoja estaba preparado cuando el objeto que buscaba apareció.

¡Allá está!

La corbeta estaba delante. Se había detenido en el aire y apuntaba un reflector, sobrevolando un lugar que sólo podía ser el Nido.

¿Qué planea hacer?

Recordó Villa Ovooom, donde los alienígenas decidieron atacar de noche para aumentar el terror y el efecto visual. ¿Podría ser su intención una vez más?

¡Pero los jophurs no dañarían el Huevo!

Hoja nunca había tenido la menor capacidad psi. Pero parecía que los sentimientos se orientaban ahora hacia su interior, desde sus extremidades hasta la flexible bomba linfática de su centro. La expectativa vino primero, luego algo semejante a una intrigada curiosidad.

Al fin, en rápida sucesión, sintió reconocimiento, comprensión y una cumbre de aburrimiento decepcionado. Todas estas impresiones lo barrieron en cuestión de segundos, y de algún modo supo que no venían de los jophurs. Fuera lo que fuese — un insulto psi o un fallo de comunicación— pareció enfurecer a los tripulantes del crucero, instándolos a la acción. El haz se angostó, dejando de ser un rayo difuso para convertirse en una aguja de terrible brillo que se clavó insidiosamente. Duras después siguió el sonido, una serie trepidante de explosiones crujientes. Hoja no pudo ver el oscuro blanco, pero un humo reluciente Ascendió desde el punto de impacto.

Hoja envió un silbido áspero e involuntario por sus conductos y tensó las patas espasmódicamente. Pero no había impresión de dolor ni de sorpresa. Se requerirá más que eso, pensó altivamente. Mucho más.

Los jophurs podían usar lo que quisieran para transformar el indefenso Huevo en un charco. Ahora su propósito estaba claro. Este acto, aún más que la matanza de Ovoom, bajaría la moral de los Seis.

Hoja siguió viaje en su vehículo impulsado por el viento, esperando llegar a tiempo.

LARK

Tres humanos observaban un panorama de destrucción desde su celda, reaccionando de diversas maneras.

Lark miraba la holoescena con el mismo pasmo supersticioso que había sentido meses atrás, al toparse por primera vez con la tecnología galáctica. Las imágenes parecían exigir hábitos, modos de ver, aprendidos a temprana edad. Las cosas que él debería reconocer —como los Linderos, por ejemplo— poseían un aire resbaloso. Extrañas perspectivas transmitían más de lo que se vería por una ventana del mismo tamaño, sobre todo cuando la escena enfocó el Huevo Sagrado.

—Vuestra obstinación, general e individual, ha llevado a vuestra gente a este trance —dijo la alta pila de anillos—. La destrucción de meras ciudades no os conmovió, pues vuestros Rollos Sagrados predicán la futilidad de los bienes tangibles. Pero ahora, observad mientras nuestra corbeta asesta un golpe contra vuestros verdaderos fundamentos.

Una aguja cegadora chocó contra el Huevo. Olas de dolor invadieron el pecho de Lark. Cayó hacia atrás con un grito y se rasgó la ropa, tratando de arrancarse el amuleto de piedra que le colgaba del cuello. Ling trató de ayudar, pero no entendía el porqué de su dolor.

La ordalía pudo haberlo matado, pero terminó tan súbitamente como había comenzado. El rayo cortante desapareció, dejando una cicatriz humeante en el flanco del Huevo. Ewasx burbujeó con satisfacción, mencionando «una señal» y una «grata rendición».

Lark envolvió el fragmento del Huevo en la tela de su ropa interior, para impedir que le tocara la piel. Sólo entonces notó que Ling lo abrazaba, acariciándole el rostro, diciéndole que todo estaría bien.

Seguro que sí, pensó Lark, reconociendo una mentira bien intencionada. Pero apreció el gesto, el contacto cálido.

Mientras su visión se despejaba, vio que Rann lo miraba con frío desdén. Le disgustaba que Lark reaccionara así porque un rayo hendía una roca. Le disgustaba que Ling se manchara las manos con un nativo. Y le disgustaba que las Seis Razas cedieran tan fácilmente, rindiéndose ante los jophurs para rescatar un mero trozo de piedra psi.

Rann ya había demostrado su voluntad de sacrificarse con sus camaradas para proteger a su raza instructora. Obviamente, consideraba indigna otra conducta.

Bésale los pies a un rothen, pensó Lark, aunque no lo dijo en voz alta.

La corbeta se alejaba del Huevo. La cámara ganaba altitud, enfocando oscuros riscos. La comarca era familiar. Lark debía reconocerla.

Lester Cambel... Se dirigen hacia Lester y el bosque de bu.

Conque los sabios habían optado por revelar el misterioso proyecto que los mantenía tan ocupados en su base secreta, un trabajo de meses, tan sólo para proteger el Huevo.

No debería sorprenderme. Es nuestro lugar sagrado, a fin de cuentas. Nuestro profeta. Nuestro vidente.

Aun así, estaba sorprendido. De hecho, era lo último que hubiera esperado.

HOJA

Hoja seguía de viaje en su vehículo impulsado por el viento, esperando llegar a tiempo...

¿Para hacer qué? ¿Para distraer a los jophurs unos duras mientras lo hacían cenizas, dando al Huevo un respiro antes que se reanudara el ataque? ¿O, peor aún, pasar flotando, gritando y agitando las patas, tratando en vano de llamar la atención a seres que no lo consideraban más importante que una nube?

Sentía frustración. Las hormonas de combate activaban reacciones autónomas, haciendo que su cúpula se retrajera, poniendo la franja visual debajo del caparazón, dejando sólo una tersa superficie blindada.

Esa respuesta instintiva habría tenido sentido tiempo atrás, cuando los qheuens presentientes libraban sus batallas en las marismas costeras del distante planeta donde sus instructores los encontraron y Elevaron. Pero ahora era un fastidio. Hoja trató de recobrar la calma, sometiendo su respiración a un ritmo regular y ordenado. Tuvo que contar hasta veinte para que la cúpula se distendiera lo suficiente para elevarse y devolverle la visión.

Su franja visual giró, absorbiendo los penumbrosos desfiladeros que hacían un laberinto de esta zona de los Linderos. De inmediato comprendió dos cosas.

El globo se había elevado considerablemente en ese breve tiempo, ensanchando su campo visual.

¡Y la nave jophur se había ido!

¿Pero adónde?

Hoja se preguntó si estaría debajo, en su punto ciego. Eso provocó una fantasía. Se vio a sí mismo cortando el globo y cayendo sobre la nave. Aterrizando con un estampido, se arrastraría por la parte superior hasta llegar a una entrada. Una escotilla que pudiera forzar, o una ventana de vidrio que pudiera partir. Una vez abordo, cara a cara, les demostraría...

Ah, allí está.

La imagen heroica se evaporó como rocío cuando vio la corbeta que se empequeñecía rápidamente, enfilando hacia el noroeste.

¿Ya habría liquidado el Huevo?

Mirando una parte más cercana, vio el gran ovoide, a cierta distancia en dirección contraria. Ahora lo veía en su plenitud, con una quemadura feroz en un flanco. La piedra relucía a lo largo de esa cicatriz irregular, arrojando una luz ocre sobre el ripio que bordeaba el fondo del Nido. Pero el Huevo parecía relativamente intacto.

¿Por qué se habían ido sin terminar el trabajo?

Buscó la corbeta por su destello de luz estelar refleja.

Noroeste. Se dirige al noroeste.

Hoja trató de pensar.

Allí está mi casa. Villa Dolo. Villa Tarek. Y Biblos, comprendió luego, esperando equivocarse.

Quizá las cosas acabaran de empeorar.

EWASX

¡La amenaza dio resultado, anillos Míos!

Ahora nuestra pericia está comprobada. Nuestra/Mi valía está vindicada ante el líder capitán y nuestros camaradas. Como Yo/nosotros predijimos, en cuanto nuestro bombardero comenzó a atacar su sagrada roca psíquica, llegó una señal.

Era la misma irradiación digital que usaron la última vez para revelar la ciudad g'Kek. Los salvajes intentan aplacarnos una vez más.

Harán cualquier cosa para proteger a su deidad de piedra.

¡OBSERVAD A LOS CAUTIVOS HUMANOS, ANILLOS MÍOS! Uno de ellos, el varón que nosotros/Asx una vez conocimos como Lark Koolhan, gimió al ver el Huevo bajo ataque, mientras que los otros dos no parecían afectados. Así, un experimento controlado demostró que Yo/nosotros teníamos razón en cuanto a los primitivos y su religión.

Ahora la hembra conforta a Lark mientras nuestro crucero se aleja del Huevo dañado, hacia el punto de donde viene la señal.

¿Qué nos ofrecerán esta vez? ¿Algo tan satisfactorio como la ciudad g'Kek ahora congelada, con sus muestras encapsuladas de odiosas alimañas?

La pila táctica principal calcula que los irruptores no sacrificarán la cosa que más deseamos, la nave de los delfines. Todavía no. Primero intentarán comprarnos con cosas menores. Quizá su legendario archivo, una patética acumulación de conocimientos primitivos, toscamente inscritos en hojas vegetales o una corteza similar. Un acopio de mentiras y supersticiones que los palurdos se atreven a llamar Biblioteca.

¿Tiemblas de sorpresa, oh segundo anillo cognoscitivo? ¿No esperabas que Yo me enterara de esta otra cosa atesorada por las Seis Razas?

Ten la certeza de que Asx se encargó de derretir ese recuerdo. La información no vino de su pila reforzada.

¿Creías realmente que nuestra pila Ewasx era el único intento de obtención de datos ordenado por el líder capitán? Hubo otros cautivos, otros interrogatorios.

Tardamos demasiado en tener noticias de esta pústula de conocimiento terrícola de contrabando —Biblos— y la posición exacta era insegura. Pero ahora Yo/nosotros especulamos. Tal vez Biblos sea la cosa con que pretenden sobornarnos, cambiando su archivo por la «vida» de su Huevo Sagrado.

Si eso se proponen, aprenderán.

Quemaremos los libros, pero eso no bastará.

NADA BASTARÁ.

En definitiva, ni siquiera la nave de los delfines bastará. Aunque será un buen comienzo.

HOJA

Noroeste. ¿Qué blanco podía llevarlos en esa dirección?

Casi todo lo que conozco o me interesa, concluyó Hoja. Dolo, Tarek y Biblos.

Mientras la pálida Torgen se elevaba detrás de los Linderos, observó cómo se deslizaba la nave, sabiendo que la perdería de vista mucho antes que llegara a cualquiera de esos destinos. A Hoja ya no le importaba adonde lo llevaran los vientos mientras no tuviera que presenciar la destrucción que caía sobre los lugares que amaba.

Una cadena de luces diminutas y fluctuantes seguía al crucero mientras los exploradores de la montaña comunicaban la noticia del avance. Descifró algunas frases en gal-dos y vio que no eran palabras sino números.

Maravilloso. Somos buenos para describir y medir nuestra caída.

Azuzado por sus hormonas de combate, Hoja sentía una creciente incomodidad física. Le palpitaban los nervios en el lugar donde uno de los garfios urs había arrancado plaquetas dérmicas, exponiendo tegumentos carnosos al aire frío. La sed lo acuciaba, haciéndole desear que fuera un gris.

El globo dejó atrás la corriente cálida y detuvo su ascenso. Pronto reanudaría el descenso, enviándolo hacia un paisaje de sombras irregulares.

Espera un dura.

Hoja trató de concentrar su visión, escrutando la distante nave jophur.

¿Se ha detenido?

Pronto supo que así era. La nave revoloteaba de nuevo, escrutando el terreno con su reflector.

¿Yo me equivocaba? Tal vez el próximo blanco no sea Biblos ni Tarek. ¡Pero allí no hay nada! Esas colinas son un yermo. Sólo una inservible extensión de bu...

Miraba perplejo cuando algo le sucedió a la montaña que estaba bajo la nave. Centellas rojizas estallaron, como gases palúdicos alumbrados por cargas de estática, en la orilla pantanosa de un lago. Ondas chispeantes recorrieron los tupidos bosquecillos de bu.

¿Qué hacen ahora los jophurs?, se preguntó. ¿Qué arma están usando?

Los destellos cobraron más brillo, resplandeciendo bajo veintenas de tallos de bu. La nave aún alumbraba el terreno, como si le divirtiera encontrar tubos de vegetación nativa que escupían fuego... luego empezó a elevarse.

Hoja oyó el primer trueno al tiempo que comprendía.

No son los jophurs. Es...

La corbeta demostró alarma y comenzó a retroceder. Su haz se estrechó en una aguja cortante que barrió una de las columnas que se elevaban.

Un instante después, todo el noroeste estaba iluminado. Andanadas de tubos

ardientes se lanzaban al cielo con un rugido que estremecía el aire.

Cohetes, pensó Hoja. ¡Son cohetes!

La gran mayoría erró, pero la precisión no parecía importante, tan denso era el enjambre de misiles. La corbeta no pudo destruirlos con rapidez suficiente para evitar que tres de ellos le acertaran en los flancos. Un cuarto proyectil le dio de lleno. La ojiva falló, pero el mero impulso abolló un sector del casco, haciendo girar la nave.

Otras ojivas estallaban antes de lo debido, o rodaban para explotar en el suelo, llenando la noche con una incandescencia brillante e infructuosa. Tan grande era el desperdicio que parecía que la nave jophur podría escapar.

Luego un cohete tardío despegó. Giró y se lanzó con aparente deliberación contra la gruñona corbeta.

Una explosión deslumbrante le desgarró el vientre, partiendo la nave en dos. Hoja tuvo que usar otra parte de su visor medio cegado para presenciar las dos partes que caían, como dos tazas gemelas en llamas, al suelo del bosque.

Más escoria para limpiar, pensó Hoja, mientras las llamas rodaban por los flancos de las montañas. Pero se alegraba de vivir ese momento, lanzando silbidos de celebración por todos sus conductos respiratorios, compitiendo con los gárrulos fuegos de artificio para gritar hacia las estrellas.

Con visión qheuen, podía presenciar la destrucción de la corbeta mientras seguía el vuelo de la mayoría de los proyectiles, aquellos que no se desviaban o no explotaban prematuramente. Muchos todavía se elevaban ruidosamente al cielo, dejando estelas rojas y vibrantes.

Hoja gritó con más fuerza cuando terminaron su breve arco y cayeron como granizo en el Valle del Festival.

LESTER CAMBEL

El bosque estalló en llamas alrededor de Lester. Los proyectiles fallidos se estrellaron entre las rampas clandestinas, provocando explosiones de calor arrasador e incendiando altas columnas de bu. Desde el sur, un fulgor hiriente indicaba dónde caía la nave despedazada.

Aun así, se mantuvo en el claro donde él y una asistente g'Kek habían ido a observar el cielo en llamas.

Una cabo urs llegó al galope con su informe.

—Los fuegos nos rodean, sabio. Debes escapar.

Pero Lester se quedó donde estaba, escrutando los cielos ardientes.

—¡No puedo ver! —graznó—. ¿Alguno logró elevarse? ¿Están en camino?

La joven g'Kek respondió, mirando el cielo.

—Muchos se elevaron, oh sabio. Varias veintenas están en el aire. Tu diseño funciona. Ahora no podemos hacer más. Es tiempo de irse.

A regañadientes, Lester se dejó llevar hacia la ruta de escape que habían planeado.

Sólo entonces encontraron el camino bloqueado por feroces lenguas de fuego. Lester y sus compañeros tuvieron que replegarse hacia el campamento cuyos toldos de camuflaje estaban en llamas y las cubas de pasta traeki estallaban una tras otra, junto con algunos traekis.

Otras figuras huían en la humareda mientras el trabajo de meses, dedicado a crear un centro industrial clandestino, era consumido por un remolino turbulento.

—No hay salida —suspiró la urs.

—Entonces sálvate. ¡Te lo ordeno!

Lester la empujó, repitiendo la orden hasta que la cabo se alejó con un gemido y se dirigió hacia un sitio donde las llamas parecían menos intensas. Una urs podía sobrevivir. Lester ni siquiera podía intentarlo.

A solas con su joven asistente g'Kek, se acurrucó en el centro del claro, aferrándole una trémula rueda.

—Está bien —le dijo entre toses—. Hicimos lo que queríamos hacer. Todo termina. Ahora todo está en manos de Ifni.

LARK

Las primeras holoescenas habían sido confusas, pero estas nuevas imágenes lo dejaron aturdido, sin aliento, confundido. No tenía modo de entender ese espectáculo deslumbrante, potentes tubos de bu escupiendo llamas, veintenas de ellos elevándose como un enjambre de abejas furiosas.

La distante cámara giraba mientras la corbeta procuraba evadir una andanada de improvisados cohetes. La vista cambió tan bruscamente que Lark sintió un retortijón y tuvo que desviar los ojos.

Los otros parecían igualmente asombrados. Ling rió en voz alta, batiendo palmas, mientras Rann pasaba del asombro a la consternación. Entonces lo que está pasando debe ser bueno, pensó Lark, permitiéndose una chispa de esperanza.

Ewasx, el jophur, gorgoteaba y articulaba frases en galáctico dos.

—¡Insultante, traicionero, inesperado, imprevisto!

Su cuerpo compuesto temblaba, tiritando desde la cúspide hasta el segmento basal. La mayoría de los viejos y cerosos toroides eran conocidos para Lark. En un tiempo formaban parte de un amigo, un sabio bondadoso. Pero un recién llegado se había adueñado de ellos, un cuello reluciente, joven, sin rasgos, sin apéndices ni órganos sensoriales.

Ling y Rann gritaron, pero cuando Lark quiso mirar, la holoescena era sólo blanca.

—La corbeta —explicó Ling, con voz pasmada—. ¡La han destruido!

El jophur suspiró. Los temblores se convirtieron en convulsiones.

Ewasx sufre un ataque, pensó Lark. ¿Debería atacarlo ahora?

¿Golpear el anillo maestro con todas mis fuerzas?

Ling parloteaba alborotadamente sobre los cohetes. Pero Lark se había decidido y caminó hacia el trémulo jophur. Sus únicas armas eran sus manos, pero no importaba.

Lester, lograste un magnífico truco lobezno. Asx estaría orgulloso de ti. Y Asx querría que hiciera esto.

Echó el puño hacia atrás para golpear el trémulo anillo maestro.

Pero alguien le cogió el brazo, sosteniéndolo con fuerza. Lark dio media vuelta, dirigiendo su otro puño contra Rann. Pero el robusto danik sacudió la cabeza.

—¿Qué demostrarás? Sólo los enfurecerías, chico nativo. Estamos atrapados aquí, a su merced.

—Fuera de mi camino —gruñó Lark—. Voy a liberar a mi amigo traeki.

—Tu amigo se ha ido hace tiempo. Si matas un anillo maestro, toda la pila se disuelve. Lo sé, joven salvaje. Lo he puesto en práctica.

Lark estaba tan furioso que decidió atacar al danik. Rann optó por soltarlo y retroceder, alzando ambas manos en actitud defensiva.

Sí, pensó Lark, agazapándose. Eres un soldado estelar. Pero quizás un salvaje conozca algunos trucos que tú ignoras.

—¡Basta, los dos! —exclamó Ling—. Tenemos que prepararnos...

Se interrumpió cuando una sucesión de vibraciones graves sacudió el suelo de metal, potentes fuerzas que gruñían en otra parte de la vasta nave.

—Cañón defensivo —dijo Rann, identificando el estrépito—. ¿Pero contra qué disparan?

—¡Los cohetes! —replicó Ling—. ¡Te dije que venían hacia aquí!

Rann comprendió que los irruptores realmente podían ser una amenaza para una nave estelar. Maldijo, dirigiéndose a un rincón de la celda.

Lark se dejó guiar por Ling mientras el acorazado temblaba, disparando frenéticamente sus armas. El murmullo de detonaciones distantes se aproximó mientras se abrazaban. En ese momento sintió una vertiginosa lucidez, un torrente hormonal que mezclaba el placer del contacto de Ling con una aguda conciencia de la cercanía de la muerte.

Aun así, Lark se encontró rezando para que los próximos instantes acabaran con su vida.

Vamos, Lester. Puedes lograrlo. ¡Termina el trabajo!

El fragmento del Huevo se apoyaba contra su pecho, donde su último estallido había dejado cardenales humeantes. Aferró el amuleto de piedra con la mano libre, esperando un calor palpitante. En cambio encontró un frío helado, una fragilidad que se podía quebrar con un soplo.

NOVENA PARTE

DE LAS NOTAS DE GILLIAN BASKIN

Todos nos sentimos deprimidos. Suessi llamó desde la segunda pila de escoria donde su cuadrilla acababa de tener un accidente. Estaban tratando de despejar las inmediaciones de una vieja máquina minera buyur cuando estalló un maremoto. La pila de naves se desplazó y un antiguo casco cayó sobre un par de operarios, Satina y Sup-peh. No tuvieron tiempo de reaccionar y fueron aplastados.

Así que cada vez somos menos. Nuestros mejores colegas —los más habilidosos y dedicados— pagan inevitablemente el precio.

Y después está Peepoe, el deleite de todos. Una pérdida terrible... secuestrada por Zhaki y su compinche. ¡Ojalá pudiera ponerles las manos encima!

Pero tuve que mentir al pobre Kaa. No podemos perder tiempo recorriendo el mar en busca de Peepoe.

Eso no significa que la abandonaremos. Sus amigos le devolverán algún día la libertad. Lo juro.

Pero nuestro piloto no será uno de ellos.

Me temo que Kaa nunca la verá de nuevo.

Makanee terminó la autopsia de Kunn y Jass. Aparentemente los prisioneros prefirieron tomar veneno a responder nuestras preguntas. Tsh't se culpa a sí misma por no haber registrado mejor al agente danik, ¿pero quién podía imaginarse que Kunn estaría tan preocupado por nuestro interrogatorio?

¿Y tenía que llevarse consigo a ese desdichado nativo? El primo de Rety no podía conocer secretos por los que valiera la pena morir.

Rety no tiene explicaciones, Sin nadie para interrogar. Se ofreció para ayudar a Suessi, a quien no le vendrá mal una mano. Makanee recomienda el trabajo como buena terapia para la pobre muchacha, que fue la primera en ver esos cadáveres.

Me pregunto qué secreto quería proteger Kunn. Normalmente, dejaría todo lo demás para averiguarlo. Pero suceden demasiadas cosas mientras nos preparamos para desplazarnos.

De todos modos, sabemos por los prisioneros jophurs que la nave rothen es

irrelevante. Tenemos preocupaciones más inmediatas.

El Cubo de la Biblioteca no ha averiguado nada sobre ese símbolo, las nueve espirales con ocho óvalos. La unidad registra ahora sus archivos más antiguos, una tarea que se dificulta a medida que llega más lejos.

En compensación, el cubo me ha llenado de datos sobre otras recientes «plagas irruptoras», colonias secretas establecidas en mundos en barbecho.

Resulta ser que la mayoría son prontamente descubiertas por los guardianes del Instituto de Migraciones. Jijo es un caso especial, con acceso limitado y la protección de Izmunuti. Además, esta vez se declaró en barbecho una galaxia entera, con lo cual la inspección representa una tarea monumental.

Pregunté por qué habrían apartado una galaxia entera, cuando la unidad básica de la recuperación ecológica es un planeta, a lo sumo un sistema solar.

El cubo explicó que con frecuencia ponen en cuarentena zonas de espacio mucho más vastas. La civilización respiradora de oxígeno evacúa todo un sector o brazo en espiral y lo cede a la cultura paralela de respiradores de hidrógeno, esas misteriosas criaturas a veces llamadas zang. Esto contribuye a mantener ambas sociedades separadas en el espacio físico, reduciendo las probabilidades de fricción.

También contribuye a la cuarentena. Los zang son imprevisibles, y con frecuencia ignoran las incursiones menores, pero pueden ser feroces si gran cantidad de otros sapientes aparecen donde no deben.

Detectamos presuntas naves zang antes de pasar frente a Izmunuti. Creo que nos tomaron por una «incursión menor», pues nos dejaron en paz.

El canje de sectores y zonas en gran escala tiene ahora mayor sentido. Aun así, interrogué al cubo.

¿Alguna vez se declaró en cuarentena una galaxia entera?

La respuesta me sorprendió.

Hace mucho tiempo... por lo menos ciento cincuenta millones de años. ¿Dónde he oído antes esa cifra?

Nos dicen que hay ocho órdenes de sapiencia y cuasi sapiencia. La oxígena es la más vigorosa y manifiesta. Como decía Tom, «nos pavoneamos, actuando como dueños del lugar». De hecho, me sorprendió saber que los respiradores de hidrógeno superan en número a los respiradores de oxígeno. Pero los zang y sus parientes pasan casi todo el tiempo en las turbias capas de los mundos jovianos.

Algunos dicen que es porque temen el contacto con los respiradores de oxígeno.

Otros dicen que podrían aplastarnos en cualquier momento pero nunca se han decidido. Tal vez lo hagan, en algún momento de los próximos mil millones de años.

Los otros órdenes son maquinal, memético, cuántico, hipotético, retirado y trascendente.

¿Por qué reflexiono ahora sobre esto?

Bien, nuestros planes están en marcha, y el Streaker pronto lo estará también. Es probable que dentro de pocos días estemos muertos, o bien prisioneros. Con suerte, podemos comprar algo valioso con nuestras vidas. Pero las probabilidades de escapar parecen escasas.

Aun así... quizá lo consigamos. Afín de cuentas, los jophurs pueden tener un problema mecánico en el momento propicio. Quizá decidan que el esfuerzo no vale la pena.

El sol podría entrar en nova.

En ese caso, ¿adonde podrá ir el Streaker?

Hemos tratado de buscar justicia dentro de nuestra oxicultura —la Civilización de las Cinco Galaxias— pero los Institutos no fueron dignos de confianza. Probamos con los Antiguos, pero los miembros del orden de los retirados fueron menos imparciales de lo que esperábamos.

En un universo lleno de posibilidades, queda media docena de órdenes cuasi sabientes. Alienígenas en pensamiento y sustancia. Y se rumora que peligrosos.

¿Qué podemos perder?

Streaker

KAA

Proyectiles relucientes hendieron el agua cuando él emergía para respirar. Las lanzas eran armas toscas —astas de madera hueca con punta de cristal volcánico— pero cuando un arpón afilado le rozó el flanco, Kaa perdió la mitad del aire en un grito impulsivo. El puerto —ahora una trampa abarrotada, sin salida— devolvió el eco de su gemido.

Los marineros hoons no tenían dificultades para desplazarse a la luz de las antorchas, moviendo sus botes, ejecutando las complejas órdenes de sus capitanes. El agua vibraba como un tambor mientras la trampa se cerraba alrededor de Kaa. Una red porosa ya cerraba la angosta boca de la bahía.

Para peor, los nativos recibían refuerzos. Sonidos rechinantes anunciaron la llegada de patas con pinzas por la costa rocosa del sur de la ciudad. Formas quitinosas se sumergieron en el agua, recordándole a Kaa una película de terror sobre cangrejos gigantes. Qheuens rojos, comprendió, cuando estos nuevos aliados ayudaron a los hoons a cerrar otro refugio, en las profundidades.

¡Ifni! ¿Qué habían hecho Zhaki y Mopol para que los lugareños se enfurecieran tanto al ver un delfín en su bahía? ¿Tanto han irritado a esta gente que quieren matarme al verme?

Aún le quedaban algunos trucos. Una y otra vez desorientó a los hoons, maniobrando, fingiendo lentitud, obligándolos a cerrar el cerco y escurriéndose por una brecha, esquivando una andanada de jabalinas.

Mis ancestros tenían práctica en esto. Los humanos nos dieron lecciones mucho antes de pasar de las lanzas a los escalpelos.

Aun así, sabía que era una lucha donde el cetáceo no podía triunfar. A lo sumo podía lograr un empate.

Sumergiéndose bajo una barcaza hoon, Kaa abrió las mandíbulas, cogió el remo entre los dientes y tironeó. Su dureza le lastimó la boca y las encías, pero añadió fuerza con un coletazo.

El remero cometió el error de aferrarse. Ni siquiera un hoon podía rivalizar en fuerza con Kaa. Un bramido de sorpresa terminó con un chapoteo cuando el marinero cayó al agua. Kaa soltó el remo y se alejó deprisa. Ese acto no le ganaría el cariño del hoon. Por otra parte, ¿qué podía perder? Kaa había desistido de su misión, establecer contacto con la Comuna de las Seis Razas. Sólo le quedaba luchar para sobrevivir.

Debí haber escuchado mi corazón. Debí haber ido en busca de Peepoe.

La decisión aún le causaba remordimiento. ¿Cómo podía obedecer las órdenes de Gillian Baskin —por urgentes que fueran— en vez de internarse en el oscuro mar para perseguir a los matones que habían secuestrado a su amada pareja?

¿Qué importaba el deber —incluso su juramento a la Tierra— en comparación

con eso?

Cuando Gillian cortó la comunicación, Kaa escuchó mientras se ponía el sol, detectando los ecos distantes del trineo, vagamente audibles en el noroeste. El sonido viajaba lejos en el mar de Jijo, sin la miriada de máquinas que hacían de los mares de la Tierra una cacofonía. El trineo ya estaba tan lejos —por lo menos cien kilómetros— que sería inútil seguirlo.

¿Y qué? ¿Era casi imposible? Eso nunca detenía a los héroes de los libros de relatos y las holosimulaciones. Ningún público ovacionaba a un campeón que se dejaba arrear por una mera imposibilidad.

Tal vez eso determinó la decisión de Kaa. El hecho de que fuera un cliché. Todos los héroes de película —humanos o delfines— abandonaban camaradas, patria y honor en aras del amor. La implacable propaganda de todas las historias románticas lo urgía a hacerlo.

Pero si triunfara, a pesar de todo, ¿qué diría Peepoe cuando la rescatara? La conozco. Me llamaría tonto y traidor, y nunca más me respetaría.

Así fue como Kaa se encontró en el Puerto de Wuphon, como le habían ordenado, después del anochecer, con todos los veleros de madera ocultos bajo un toldo de camuflaje que borroneaba sus contornos. Aún odiándose por su decisión, se había aproximado a un muelle donde había dos vigías con zancos junto a un par de noors que bostezaban. A la luz de las estrellas, Kaa se irguió sobre la cola para recitar su discurso de salutación, y por poco lo traspasaron. Regresando a la bahía, esquivó proyectiles afilados que le erraron por centímetros.

—¡Esperad! —había gritado, emergiendo del otro lado del muelle—. ¡Cometéis un terrible error! Os traigo noticias de vuestros hijjoss perdidos. De Alvin...

Apenas escapó por segunda vez. Los guardias hoons no escuchaban. La oscuridad apenas salvó a Kaa mientras le arrojaban más proyectiles.

Su gran error fue tratar de comunicarse por tercera vez. Cuando ese último intento fracasó, trató de partir y descubrió que le habían cerrado la puerta. La boca de la bahía estaba bloqueada y estaban estrechando el cerco.

Parece que no sirvo para la diplomacia, reflexionó mientras hendía el lodo del fondo. Giró cuando su sonar detectó formas blindadas que se aproximaban extendiendo las pinzas. Puedo sumar eso a mis otros fracasos... como espía, como oficial... Mopol y Zhaki nunca habrían irritado a los lugareños con sus insensatas travesuras si él los hubiera conducido bien. Y como amante...

Kaa sólo se consideraba bueno en una cosa. Y si seguía así, nunca tendría otra oportunidad de practicar su oficio.

Un ruido estruendoso sonó adelante, en el fondo de la bahía.

Quiso girar de nuevo para buscar otro sitio, temiendo el momento en que sus forzados pulmones lo obligaran a volver a la superficie.

Pero el sonido tenía algo extraño. Una blandura. Una tristeza melódica y resignada que parecía llenar el agua. La curiosidad venció a Kaa mientras zigzagueaba, proyectando chasquidos de sonar hasta percibir...

¡Un hoon!

¿Pero qué hacía ahí abajo?

Kaa avanzó, ignorando la creciente escasez de su reserva de aire, hasta que distinguió un bípedo alto entre nubes de lodo. Los ecos confirmaron lo que veían sus incrédulos ojos. La criatura se desvestía, quitándose las prendas, sujetándolas con una cuerda.

Kaa supuso que era hembra, pues era menuda y tenía un modesto saco laríngeo.

¿Será la que cayó por la borda? ¿Pero por qué no regresa al bote? Pensé...

Kaa fue sorprendido por una oleada de imágenes contradictorias, una sensación muy familiar entre los terrícolas desde el Contacto, cuando un concepto que parecía familiar de pronto dejaba de tener sentido.

¡Los hoons no saben nadar!

El diario de Alvin Hph-wayuo no lo mencionaba. Alvin implicaba que su gente amaba apasionadamente los botes y el mar. Y no tomaban la vida a la ligera, sino que lloraban la pérdida de sus seres queridos aún más profundamente que un humano o un delfín. De pronto Kaa supo que los escritos de Alvin lo habían engañado, pues se parecía tanto a un chico terrícola que no mencionaba cosas que daba por sentadas.

Alienígenas. Vaya uno a saber.

La hoon sujetó la cuerda de ropa alrededor de su muñeca izquierda y sostuvo el otro extremo con la boca, exhalando con serenidad su último aliento, inflando una tela semejante a un globo. La tela subió un par de metros, llegando a poca distancia de la superficie.

No está pidiendo ayuda, comprendió, mientras la hoon se sentaba en el lodo, tarareando una endecha. Se está asegurando de que recobren su cuerpo cuando draguen el fondo. Kaa había leído la parte donde Alvin describía los ritos fúnebres, ritos que los lugareños tomaban muy en serio.

Sus pulmones ardían. Kaa lamentó que la unidad respiratoria de su arnés se hubiera arruinado cuando Zhaki le disparó.

Oyó que los qheuens se aproximaban por detrás, haciendo chasquear las pinzas, pero detectó una brecha en su hilera. Confiaba en que podría pasar. Intentó girar para aprovechar esa breve oportunidad.

Qué diablos, suspiró, y pateó hacia el otro lado, dirigiéndose hacia la hoon moribunda.

Tardó un rato en llevarla a la superficie. Cuando emergieron, el cuerpo de ella temblaba con ásperos jadeos. El agua le brotaba de las narices al tiempo que absorbía aire por la boca, un truco interesante que Kaa casi envidió.

La empujó para que apoyara un brazo en un remo a la deriva, luego giró para mirar la bahía, dispuesto a esquivar lanzas.

No le arrojaron ninguna. En realidad, parecía haber una curiosa ausencia de botes en las cercanías. Kaa bajó la cabeza para arrojar suspicaces haces de sonar por su frente arqueada, y confirmó que todos los botes habían retrocedido.

Despuntaba una luna. Una de las grandes. Ahora distinguía siluetas, hoons de pie en sus botes, todos mirando hacia el norte o el noroeste. Los machos tenían los sacos distendidos, y un tarareo llenaba el aire. Parecían indiferentes a la súbita reaparición de alguien que había estado a punto de ahogarse.

Creí que estarían todos aquí, echando sogas, tratando de rescatarla. Era otro ejemplo de conducta alienígena, a pesar de todos los libros terrícolas que habían leído esos hoons. Kaa tuvo que impulsarla con el hocico, sintiendo un escalofrío en el lomo mientras empujaba a la superviviente hacia un muelle.

Había más aldeanos en el muelle, con antorchas que flameaban en el viento. Parecían estar mirando o escuchando algo.

Un delfín puede ver y oír cosas que suceden sobre la superficie del agua, pero no tan bien como los que viven exclusivamente en ese reino seco. El agitado Kaa no pudo distinguir mucho en la dirección que ellos miraban. Sólo el contorno de una montaña.

El dispositivo informático de su ojo derecho giró hasta que Kaa distinguió una estrella titilante cerca de la cumbre de la montaña. Una estrella que palpitaba con un ritmo espasmódico. Al principio no entendió nada, aunque la cadencia parecía evocar el galáctico dos.

—P-p-perdón —comenzó, tratando de aprovechar la inactividad. Parecía una buena oportunidad para presentarse—. Soy un delfín, primo de los humanoss... me enviaron con un mensaje para Uriel la...

La muchedumbre lanzó un gemido que le hizo temblar la mandíbula. Distinguió conversaciones.

—¡Cohetes! —suspiró un curioso en inglés—. ¡Los sabios fabricaron cohetes!
Otro habló en maravillado gal-siete.

—Una nave espacial destruida... y ahora atacan la grande.

Kaa parpadeó, fascinado por la tensión de los aldeanos.

¿Cohetes? ¿He oído bien? Pero...

La muchedumbre lanzó otro grito.

—¡Descienden! ¡Atacan!

De pronto la estrella de la montaña interrumpió su boletín. Todo sonido pareció desvanecerse con ella. Los hoons guardaron silencio. Hasta las aceitosas aguas de la bahía callaban, lamiendo suavemente el muelle.

Los centelleos se reanudaron y la muchedumbre lanzó un gemido de decepción.

—Sobrevive, existe. El acorazado sigue ahí —dijo un traeki en gal-dos—. Nuestro mayor esfuerzo ha fracasado. Y ahora llega el castigo.

Irruptores

LARK

El momento por el que Lark rezaba no llegó. Las paredes no se astillaron, desgarradas por ojivas nativas o aullantes trozos de bu. En cambio, el distante sonido de las detonaciones disminuyó. La vibración de las armas jophurs cambió de tenor ahora que el elemento sorpresa había desaparecido, y pasó de frenético a complaciente, como si los proyectiles entrantes fueran meras molestias.

Luego reinó el silencio. Había terminado.

Soltó el fragmento del Huevo, y también a Ling. Retrajo las rodillas, las rodeó con los brazos y se hamacó desdichadamente. Nunca se había sentido tan decepcionado de estar vivo.

—¡Vaya, faltó poco! —exhaló Ling, saboreando la supervivencia.

Lark no podía culparla. Aún podía abrigar esperanzas de escapar, o de ser canjeada en algún intercambio de prisioneros galácticos. Todo esto podía transformarse en un mero episodio en sus memorias. Un episodio, como yo, pensó. El astuto chico selvático que conoció en Jijo.

Su viejo amigo Harullen habría encontrado un elemento positivo en este fracaso. Ahora los airados jophurs podían extinguir toda la vida sapiente del planeta, no sólo a sus enemigos g'Keks. ¿Eso no concordaría con la creencia de Lark, con su herejía?

Las Seis Razas no deben estar aquí, pero tampoco merecen la aniquilación. Yo quería que hiciéramos lo correcto pacífica y honorablemente, y por propia voluntad. Sin violencia. Sin incendiar bosques y valles.

—¡Mira!

Miró a Ling, que se había incorporado y señalaba a Ewasx. La pila de anillos aún se movía, pero un toroide del medio sufría convulsiones. Melladuras palpitantes crecieron en lados opuestos, distendiendo su silueta redonda.

Ambos hombres se unieron a Ling, mirando incrédulamente mientras las melladuras se profundizaban y formaban bultos circulares que se estiraron hasta que sólo los restringió una membrana. El jophur flexionó las patas basales.

Los humanos retrocedieron cuando Ewasx se deslizó por el suelo, primero hacia la puerta blindada, luego zigzagueando hasta desmoronarse como una pila de tubos flácidos.

El anillo medio seguía palpitando.

—¿Qué hace? —preguntó la asombrada Ling.

Lark tuvo que tragar antes de responder.

—Está vlenando. Dando a luz, podría decirse. Los traekis no lo hacen con frecuencia, porque pone en peligro la unión de la pila. En general cultivan embriones y los dejan crecer en una pila aparte.

Rann quedó boquiabierto.

—¿Dando a luz? ¿Aquí?

Obviamente sabía más sobre cómo matar jophurs que sobre el resto de su ciclo vital.

Lark comprendió que la catatonía de Ewasx no era sólo producto del ataque sorpresivo. Ese shock había activado otra convulsión que sólo esperaba el momento oportuno.

Las membranas comenzaron a desgarrarse. Uno de los nuevos anillos, casi del tamaño de la cabeza de Lark y de profundo color morado, comenzó a asomar. El otro era más pequeño y rojo, y emergía por una pústula mucosa, arrastrando hilillos de viscosidad rancia.

Ambos toroides recién nacidos se deslizaron por los flancos de la pila madre, y luego por el suelo de metal, buscando la sombra.

—Lark, será mejor que mires esto —dijo Ling.

Apenas podía apartar los ojos de ese espectáculo fascinante y nauseabundo. Aproximándose a Ling, notó que ella señalaba hacia abajo.

—Cuando corrió de aquí para allá, hace un dura, dejó esa huella en el suelo.

¿Y con eso qué?, pensó Lark. Vio manchas de grasa en el metal. Los traekis lo hacen con frecuencia.

Parpadeó al reconocer letras ánglicas. Una, dos, tres, cuatro...

R E W Q

—¿Qué...? —preguntó Rann.

Lark se llevó una mano a la frente, donde su simbiote rewq aguardaba inactivo, succionándole levemente las venas. A un toque, le cubrió los ojos, modificando los colores de la habitación.

De inmediato todo cambió. Hasta ese momento los trémulos flancos del jophur parecían una acumulación de sombras distorsionadas. Pero ahora veía hileras de letras sobre varios anillos más viejos.

Lark leyó la primera serie. Un anillo abre puertas. Úsalo para regresar a los Seis...

Un chillido de dolor lo interrumpió. Lark dio media vuelta y gritó:

—¡Basta!

Rann estaba encima de uno de los anillos recién vlennados, dispuesto a pisarlo por segunda vez. La pequeña criatura temblaba, rezumando fluidos viscosos por una herida del flanco.

—¿Por qué? —preguntó el danik—. Habéis firmado nuestra sentencia de muerte con ese burdo ataque de misiles. Bien podemos desquitarnos un poco.

Ling se enfrentó acaloradamente con su ex colega.

—¡Tonto! ¡Hipócrita! Antes detuviste a Lark y ahora haces esto. ¿No quieres salir de aquí?

Se agachó sobre el anillo trémulo y lo tocó tentativamente.

Lark se volvió hacia la pila de anillos, el ser compuesto que había logrado ser de nuevo Asx, de un modo extraño y limitado. Las letras ya se estaban desvaneciendo cuando él leyó por segunda vez.

Entrega segundo anillo a Phwhoon-dau/Lester. Él/tú/ellos deben...

Esta vez el grito fue humano.

¡Ling! Lark dio media vuelta y acudió en su ayuda.

Ella sostenía al toroide herido con una mano, mientras el otro atacaba a Rann por encima del hombro de Ling. El danik la atacaba por detrás, cerrándole el brazo sobre la garganta, apretándole el gáznate y quizá las arterias.

Rann oyó el bramido de Lark y giró levemente, usando el cuerpo de Ling como escudo mientras seguía asfixiándola. Miró burlescamente a Lark, que fingió embestir por la derecha y luego se lanzó hacia el otro flanco. No hubo tiempo para delicadezas mientras todos caían juntos, una masa confusa de brazos y piernas.

Podría haber sido un enfrentamiento equilibrado si Ling no se hubiera desmayado. Pero cuando su cuerpo cayó sin conciencia, Lark tuvo que enfrentarse solo a la furia entrenada de Rann. Logró asestar algunos golpes, pero pronto le costó impedir que el agente rothen le pegara en lugares vitales. Al fin, desesperado, arrojó los brazos alrededor de Rann, estrechándole el torso como un luchador.

Su oponente se sentía tan confiado que usó parte de su energía para provocarlo.

—Salvaje darwinista —se burló—, simio involucionado...

—Los rothens son cerdos —respondió Lark, insultándolo a su vez.

Rann rugió y trató de morderle la oreja. Lark apartó la cabeza justo a tiempo, y luego la lanzó contra la cara de Rann, partiéndole el labio.

De pronto los rodeó un olor que llenó las narices de Lark con una pestilencia nauseabunda. Por un instante se preguntó si era el olor del danik, o el olor de la muerte.

Rann logró liberar una mano y la usó para pegarle en el flanco. Pero el dolor parecía distante, y los golpes débiles. La visión temblaba mientras el espantoso olor crecía, y Lark notó que su rival también era afectado.

Más que él.

Rann lo soltó y se derrumbó. Lark retrocedió, jadeando. A través de una bruma de conciencia evanescente, notó la fuente del hedor. El anillo traeki herido había trepado al hombro de Rann y le inyectaba otra dosis de sustancia ponzoñosa en la cara.

Debería detenerlo, pensó Lark. Un exceso quizá no sólo desmayaría a Rann, sino que lo mataría.

Pero la vida tenía prioridades. Combatiendo contra el agotamiento y el seductor refugio del sueño, Lark rodó para buscar a Ling, esperando que aún pudiera revivirla.

HOJA

—Las ojivas más eficaces fueron las que tenían cápsulas topórgicas, llenas de una fórmula traeki tipo dieciséis y metal buyur molido. Los escarabajos de ignición fueron útiles para hacer explotar los núcleos sólidos de los cohetes. Muchos de los que no usaban escarabajos se consumieron o estallaron en sus rampas de lanzamiento...

Hoja escuchó mientras la joven humana recitaba su informe ante una telegrafista urs cuyos rápidos golpes en las teclas se convertían en haces de luz. Jeni Shen hizo una mueca cuando un farmacéutico le aplicó ungüentos en la piel chamuscada. Su rostro estaba cubierto de hollín y el costado de su chaquetón aún despedía humo. La voz de Jeni era seca como pizarra, y sin duda le dolía hablar, pero siguió recitando sin parar, como si temiera que la estación de señales fuera el primer blanco de la represalia jophur.

—Los observadores informan que los mejores blancos se obtuvieron con los cohetes que llevaban a bordo esas criaturas mensajeras. Ocuparlas de ese modo fue sólo un capricho de Phwhoon-dau, así que no había muchas. Pero pareció funcionar. Antes que lo llevaran al hospital, Lester pidió que volviéramos a examinar todas las criaturas buyurs que conocemos, por si tienen otra utilidad...

La cabaña de piedra estaba atestada. El ataque con los proyectiles, y los incendios, habían creado una marea de refugiados. Hoja tuvo que abrirse paso entre los fugitivos para llegar a ese puesto miliciano donde podría presentar un informe de su aventura.

La estación recibía frenéticas noticias acerca del derribo de la última corbeta jophur, e incluso de la incapacidad de los cohetes para siquiera abollar la nave madre. Esa noche de raudas esperanzas terminó en nuevas frustraciones cuando se conocieron las bajas, que incluían por lo menos uno de los sabios supremos.

Aun así, reinaba cierta euforia. Las malas noticias eran de esperar. Pero la sorpresa realzaba el sabor de la victoria.

Hoja recordaba vívidamente la caída de las dos mitades ardientes de la nave derribada, que habían desatado tormentas de fuego. Me alegra que cayera sobre los bu, pensó. Según los Rollos, los diversos ecosistemas de Jijo no eran iguales. El bu era un invasor alienígena como los Seis. La conflagración de esa noche no había herido profundamente al planeta.

Tampoco a mí, añadió Hoja, haciendo una mueca mientras un médico g'Kek trataba de repararle una pata rota.

—Sólo córtala —le dijo al médico—. Y también la otra.

—Pero te quedarás sólo con tres —protestó el g'Kek—. ¿Cómo caminarás?

—Me las arreglaré. De todos modos, las nuevas crecen más rápidamente si las

cortas de raíz. Termina con eso de una vez.

Afortunadamente había logrado aterrizar con dos patas extendidas en flancos opuestos del cuerpo. Eso le dejó un trípode que le permitió salir a rastras de la maraña de tela y travesaños. La iluminada ladera era pedregosa y abrupta, un lugar espantoso para que un qheuen azul pasara una noche helada. Pero el destello de los mensajes que iban de pico en pico lo alentó a seguir adelante hasta llegar a ese santuario.

Conque podré contarle mi historia a Muerdetroncos, a pesar de todo. Quizás hasta la escriba. Nelo me ayudará a publicarla, ya que la mitad del relato se relaciona con su hija...

Hoja sabía que la sed, el dolor y la falta de sueño lo hacían desvariar. Pero si descansaba ahora perdería su lugar en la fila, justo después de Jeni Shen. El comandante de la estación, al enterarse de su aventura en globo, le había dado prioridad después del informe oficial sobre el ataque con cohetes.

Debería sentirme halagado. Pero los cohetes se han terminado. Y aunque quedara alguno, se ha perdido el elemento sorpresa. Nunca lograremos triunfar de nuevo sobre los jophurs. Pero mi idea aún no fue puesta a prueba. ¡Y funcionaría! Soy la prueba viviente. Es preciso avisar a las herreras de la Montaña Ardor.

Así que aguardó con impaciencia mientras Jeny terminaba su informe, plagado de tecnicismos.

Cuando empezó la amputación, la cúpula de Hoja se retiró instintivamente, cubriendo su franja visual bajo una gruesa quitina, impidiéndole mirar. Así que trató de evocar el tiempo en que voló brevemente por el cielo, el primero de su especie en hacerlo desde la llegada de la nave-furtiva, tanto tiempo atrás.

Pero los recuerdos de un qheuen no son tan fuertes como defensa contra el dolor.

Se necesitaron tres fuertes hoons para mantener la pata bien estirada, para que el médico la cortara limpia.

LARK

Afrontó un segundo hedor al despertar.

El primero había despedido un humo sofocante que llenó el pequeño recinto, borrando el mundo bajo un manto de dulce pestilencia.

El nuevo olor era amargo, penetrante, e invadía su sueño. No hubo transición. Lark se irguió bruscamente mientras su cuerpo se convulsionaba entre estornudos. Reconoció la celda, el suelo y las paredes de metal, el sofocante encierro de ese lugar.

Una rosca grasienta y morada, aún cubierta de mucosa, lanzó un último chorro de líquido brumoso hacia su rostro. Lark retrocedió, asfixiándose.

—¡Estoy despierto! ¡Basta, comedor de estiércol!

El recinto giró mientras él rotaba, buscando. Encontró a Ling a sus espaldas, jadeando con el esfuerzo de incorporarse. Marcas lívidas mostraban los lugares donde Rann la había apretado, poniendo en peligro su vida.

Lark se giró de nuevo, buscando a su enemigo.

Vio los pies descalzos del danik más allá de la mole de Ewasx.

¿Ewasx? ¿O todavía es Asx?

La pila de anillos tembló. Hilillos de pus cerosa gotearon de las heridas gemelas por donde habían salido los anillos vlennados.

Podría intentar averiguarlo, y luego tratar de...

Pero Lark vio un orden en los toroides trémulos. Un ritmo sistemático. Gorjeos espasmódicos brotaban del conducto del habla.

—Alto humanos... YO/NOSOTROS ORDENAMOS... obediencia...

La voz temblaba pero cobraba fuerza.

Ling miró a Lark. Se entendieron de inmediato.

Asx se había tomado muchos problemas para darles un obsequio.

Era hora de probarlo.

—¡DETENEOS! —exhortó Ewasx—. Se os exige que... desistáis...

Afortunadamente las extremidades del jophur aún estaban tiasas. El conjunto inferior se resistió cuando el anillo maestro intentó moverlos.

Asx todavía lucha por nosotros, comprendió Lark, sabiendo que eso no podía durar.

—Usa el morado —le dijo a Ling, que acunaba el toroide recién nacido más grande—. Asx dijo que abría cerraduras.

Ella lo miró dubitativamente, pero apoyó el anillo en una lámina contigua a la puerta. Habían visto que Ewasx la tocaba cuando quería salir de la celda. Entretanto, Lark usó su harapienta camisa para llevar al traeki carmesí. El que Rann había herido cruelmente. El que Lark debía entregar a los sabios supremos, una tarea imposible, aunque la mutilada criatura sobreviviera.

Un gemido sonó detrás de Ewasx. Era Rann, levantándose al fin.

Vamos ya urgió Lark en silencio, aunque sin duda Ling jamás había usado semejante llave para abrir una cerradura.

El anillo morado expulsó un fluido por los poros. Se oyeron chirridos mientras el mecanismo de la puerta parecía reflexionar. Se abrió con un siseo.

Lark salió con Ling, ignorando las maldiciones jophur que los siguieron hasta que la puerta se volvió a cerrar.

—¿Adonde vamos ahora? —preguntó Ling.

—¿A mí me lo preguntas? —rió Lark—. ¡Dijiste que las naves galácticas son estándar!

Ella frunció el ceño.

—Los rothens no tienen acorazados estelares de este tamaño. Tampoco la Tierra. Seríamos afortunados de ver uno de lejos... y aún más si escapáramos después de verlo.

Lark se sentía extraño, semidesnudo en un pasadizo alienígena lleno de aromas exóticos. En cualquier momento podía entrar un jophur en el corredor, o bien un robot de guerra que se propusiera cazarlos.

Las láminas del suelo empezaron a vibrar con creciente urgencia mecánica.

—Sólo adivina —exhortó Lark, con una sonrisa alentadora.

Ling se encogió de hombros.

—Bien, si seguimos yendo en una dirección, tarde o temprano tenemos que llegar al casco. Vamos. Quedarnos quietos es lo peor que podemos hacer.

Los corredores estaban desiertos.

En ocasiones pasaban frente a un recinto grande y veían jophurs en el interior, frente a instrumentos extrañamente curvos, o mezclados en grupos oscilantes, comulgando con nubes de vapor. Pero las pilas rara vez se movían. Como biólogo, Lark no pudo dejar de sentirse intrigado.

Descienden de criaturas sedentarias, casi sésiles. Aun con la introducción de anillos maestros, conservan algunos rasgos traekis, y prefieren trabajar en un solo lugar, relativamente quietos.

Era raro pasar frente a tantas puertas cerradas, usando el anillo para abrir escotillas blindadas, sin encontrar a nadie. Asx debió tener en cuenta que esto nos daría más probabilidades de llegar a una cámara de presión y...

Lark se inquietó.

¿Y luego qué? Si hay lanzaderas o láminas volantes, Ling podría entender sus principios, ¿pero cómo operará controles preparados para tentáculos jophurs? Quizá deberíamos ir a la sala de máquinas. Tratar de romper algún mecanismo. Causar algún contratiempo antes que nos encuentren.

Ling apuró el paso con creciente ansiedad. Tal vez veía algo en el grosor de las

puertas blindadas, o las curvadas juntas, indicando que estaban cerca.

La próxima escotilla se abrió, y de pronto se enfrentaron con su primer jophur.

Ling jadeó y Lark sintió que se le aflojaban las rodillas. Quiso dar media vuelta y echar a correr, aunque sin duda ya era demasiado tarde.

La cosa era más grande que Ewasx, con anillos lustrosos y saludables que él nunca había visto en un traeki jijoano.

Tal como Rann en comparación conmigo, pensó Lark.

Durante ese breve instante, su compañera levantó el anillo morado, apuntándolo como un arma contra el gran jophur. Un chorro de vapor aromático saltó hacia la pila.

El jophur titubeó, alzó una docena de patas insectoides y siguió de largo por el pasillo.

Lark lo miró confundido.

¿Qué fue eso? ¿Una señal de reconocimiento? ¿Un falso salvoconducto?

Se imaginaba que Asx —dondequiera el sabio traeki hubiera escondido un fragmento de su yo— debía haber observado todos los códigos químicos que un jophur usaba para desplazarse por la nave. Lo que Lark no entendía era qué clase de conciencia implicaba eso.

¿Cómo se podía ocultar una personalidad dentro de otra cuando el nuevo anillo maestro estaba a cargo, dominando cada acto?

El jophur rodeó una esquina, continuando con sus tareas. Lark miró a Ling. Ella lo miró a su vez y ambos suspiraron.

La cámara de presión estaba llena de máquinas, aunque no había lanzaderas ni láminas volantes. Cerraron la puerta interior y se dirigieron al otro lado, aplicando el anillo que oficiaba de llave, ansiosos de ver cielo azul y de oler el fresco viento de Jijo. Si tenían suerte y este portal daba al lago, podrían saltar al agua. Si sobrevivían, podrían cortarles la fuga en cualquier momento, hasta que atravesaran el perímetro defensivo. Pero nada de eso importaba ahora. Los dos se sentían ávidos, indómitos.

Lark aún acunaba el anillo herido, preguntándose qué harían los sabios con él.

Tal vez Asx espera que reclutemos comandos y regresemos con bombas de los demolidores y usando estos anillos para tener acceso.

Interrumpió sus reflexiones cuando la gran escotilla rodó a un costado. Lo primero que vieron no fue la luz del día, sino estrellas.

Sintió un escozor hasta que comprendió que no era el espacio exterior, sino la noche de los Linderos. Una ráfaga de aire estimulante y fresco lo despejó. Nunca podría irme de Jijo, pensó. Es mi hogar.

Un pálido fulgor borraba las constelaciones sobre el dentado perfil de las montañas del este. Pronto llegaría el alba. ¿Una época de esperanzado comienzo?

Ling le ofreció la mano mientras miraban hacia abajo.

—Hasta ahora todo bien —dijo, y compartieron la satisfacción de mirar el rebote

del claro de luna en el agua—. Todavía está oscuro fuera. El lago cubrirá nuestro rastro térmico. Y esta vez no habrá señales informáticas que nos delaten.

Ni tubos respiratorios para permitirnos permanecer bajo el agua, pensó él, pero no quiso arruinarle el entusiasmo.

—Veamos si hay algo que podamos usar para bajar al lago sin tener que saltar —añadió Ling. Juntos inspeccionaron los estantes de equipo de una pared de la cámara, y ella gritó alborotadamente—. Encontré un rollo de cable. Si tan sólo lograra entender los controles modificados...

Mientras Ling examinaba el carrete de metal, Lark sintió un cambio en la vibración de fondo que los acompañaba desde que habían escapado de la celda. La resonancia se intensificó hasta llenar el aire con un zumbido áspero.

—Algo está pasando —dijo Lark—. Creo...

Entonces la nave se sacudió, y casi los tumbó. Ling soltó el cable, pero logró conservar el equilibrio.

Un segundo ruido irrumpió por la puerta abierta de la cámara. Un estrépito espantoso, como si Jijo mismo se quejara. Lark reconoció la fricción del metal contra la roca.

—¡Ifni! —exclamó Ling—. ¡Están despegando!

Aferrándose, tratando de conservar el equilibrio, llegaron a la escotilla y miraron abajo de nuevo, pasmados ante el espectáculo de las fuerzas naturales repentinamente desatadas.

Bien, no habrá salto al lago, pensó Lark. La nave jophur despegaba lentamente, pero al iniciar el ascenso desbarató la represa que había sumergido el valle en un lago provisional. Repentinamente el Valle del Festival se transformó en una tormenta huracanada. Los árboles sumergidos se desprendían de sus empapadas raíces. Las piedras caían en el remolino que carcomía las orillas fangosas. Mientras el acorazado se elevaba, un vasto caudal de aguas turbias y escombros derribaba todo a su paso, lanzándose hacia llanuras distantes.

Demasiado tarde, comprendió Lark. Nos demoramos en escapar. Ahora estamos atrapados dentro.

Como para confirmarlo, una luz parpadeó cerca de la escotilla abierta, que empezó a cerrarse. Una medida automática de seguridad, supuso, para una nave estelar que despega. A pesar del mortífero caos que lo esperaba abajo, Lark apenas reprimió la tentación de saltar por ese hueco que se cerraba.

Ling le estrujó la mano mientras entreveían algo brillante y redondo, una cúpula alargada sobresaliendo de las aguas. Aun en la penumbra del alba reconocieron la nave rothen, todavía encerrada en una prisión de tiempo cuántico.

El portal se cerró con un estampido y un siseo, cortando la brisa. Atrapados dentro, miraron la cruel escotilla.

—Nos dirigimos al norte —dijo Lark. Era lo último que había notado al mirar el valle.

—Vamos —respondió Ling pragmáticamente—. Debe haber algún lugar donde esconderse en semejante nave.

NELO

A pocas leguas de su objetivo, los celotes comprendieron que estaban rodeados. Pasaron la noche en el pantano, contando las fogatas de las fuerzas leales a los sabios supremos. Apresados entre fuerzas opuestas —los milicianos de Biblos y el destacamento de Nelo—, se rindieron con las primeras luces.

Hubo pocas ceremonias, y la chusma entregó pocas armas. Casi todo su fervor fanático se había agotado durante el difícil cruce de una marisma donde altas torres buyur antaño se elevaban al cielo. Jop y sus alicaídos seguidores marcharon en una harapienta columna hacia el Bibur, soportando las burlas de sus ex vecinos.

—¡Ven a mirar! —Nelo empujó al granjero hacia un peñasco desde donde se veían riscos relucientes más allá del ancho río, todavía sumergidos en las largas sombras. El alba revelaba una vasta caverna cincelada siglos atrás por la nave terrícola Tabernáculo. Una veintena de enormes columnas sostenía el Puño de Piedra, que pendía como una sentencia aplazada sobre un apiñamiento de pintorescos edificios de madera que evocaban famosas estructuras de la Tierra, tales como el Taj Mahal, la gran pirámide de Keops y la Main Library de San Diego, California.

—El archivo está en pie —le dijo Nelo a su enemigo—. Querías derribar el Puño, pero no será así. Y dentro de un par de años estaré fabricando papel de nuevo. Fue en vano, Jop. Las vidas que desperdiciaste, y los bienes. No conseguiste nada.

Nelo vio que la amargura de Jop se redoblaba cuando llegaron a una nueva estación de señales construida en la otra margen de Biblos, donde tuvieron noticias del ataque con cohetes, la destrucción de una nave jophur y la presunta avería de otra. Jóvenes milicianos gritaron exaltados al enterarse de que la «tormenta» de la noche anterior había sido el furor de las Seis Razas, cobrando venganza por los pobres g'Keks.

Había rostros adustos. El capitán miliciano advirtió que era apenas una batalla en una guerra que la Comuna de Jijo no tenía esperanzas de ganar.

Nelo rehusó pensar en ello. En cambio, cumplió su promesa a Ariana Foo, entregando su mensaje para que lo transmitieran. Las señales luminosas viajaban mejor de noche, pero el operador volvió a encender su lámpara al ver el nombre de Ariana en el papel. Mientras se difundía ese boletín, el capitán procuró conseguir transporte para cruzar el Bibur, donde los aguardaban duchas y ropas limpias.

Y reposo, pensó Nelo. Pero, a pesar de la fatiga, se sentía más joven que en muchos años, como si la extenuante persecución por los marjales le hubiera quitado varios años, dejando en él al viril guerrero de tiempo atrás.

Apoyándose en un árbol, Nelo cerró los ojos y evocó sus planes para la reconstrucción de la papelera.

Nuestra primera tarea será ayudar a los azules a reparar la represa. Esta vez lo

haremos bien. Nos preocuparemos menos por el camuflaje y más por obtener una buena provisión energética. Mientras estoy en Biblos, podría copiar algunos diseños...

Irguió la cabeza cuando un aprendiz de carpintero de Dolo gritó su nombre. El joven había leído los mensajes de la noche anterior, escritos en la pared del puesto de señales.

—Acabo de ver el nombre de tu hija —le dijo el joven—. ¡Está en el Monte Guenn!

Nelo avanzó a trompicones, mientras Jop hacía exactamente lo mismo. El granjero estaba tan sorprendido como él. Su consternación contrastaba con la alegría que sintió Nelo al enterarse de que su hija vivía.

Sara. La mente del papelerero sintió vértigo. En nombre de los fundadores. ¿Cómo había llegado al Monte Guenn?

Marchó de prisa al cobertizo, ansioso de saber más. Quizá también tuvieran noticias de Dwer y Lark.

Un operador de la estación de señales lanzó un grito. Mientras el operador seguía pulsando su tecla, transmitiendo el mensaje de Ariana Foo, la receptora salió por la puerta, una mujer madura que agitaba un papel cubierto de garabatos.

Corrió hacia el capitán miliciano, jadeando con urgencia.

—Mensaje de los vigías —gritó—. ¡La nave jophur viene hacia aquí!

No descendió en barrena. La nave estelar era demasiado inmensa para eso.

Una bruma polvorienta acompañaba su paso sobre bosques y campos, pero cuando la vasta montaña del cielo se desplazó majestuosamente sobre el Bibur, las aguas se aquietaron ominosamente. Su vidriosa huella era aún más ancha que su sombra.

Sigue andando, rogó Nelo. Sigue de largo.

Pero era obvio que el gran crucero tenía planes allí, y detuvo su avance sobre el río, a plena vista del Gran Archivo.

Esta vez fue Nelo quien sintió consternación mientras Jop sonreía satisfecho. Alguien debe habernos delatado, pensó. Los rumores hablaban de emisarios jophurs que se instalaban en aldeas pequeñas, exigiendo información. Tarde o temprano algún celóte o devoto de los Rollos habría denunciado este lugar.

El poderoso acorazado estelar no lanzó rayos candentes ni una lluvia de bombas para vengar a la pequeña hermana que había perdido la noche anterior.

En cambio, pequeños portales se abrieron en el flanco. Descendieron dos docenas de robots, revoloteando perezosamente hasta llegar a poca distancia del agua, donde se volvieron en formación y se dirigieron hacia Biblos.

Una segunda oleada salió de la nave, conduciendo láminas negras y bruñidas. Conos ahusados se dirigieron a esos aparatos planos, como pilas de tortitas brillantes,

cada pila sobre su sartén volante.

Antes que la partida jophur llegara a las murallas de la ciudad oculta, la nave estelar comenzó a moverse de nuevo, hacia el lugar de donde había venido —al sur por el sureste—, cobrando altitud aceleradamente. Pronto se elevó sobre las nubes y se perdió en el resplandor del sol de la madrugada.

Se reunieron muchedumbres en la orilla del río, mirando la margen opuesta. Biblos aún estaba inmersa en las sombras nocturnas. En contraste, los robots relucían hasta que pasaban bajo el Puño de Piedra, seguidos por sus amos jophurs.

Después de eso, Nelo y los demás tuvieron que basarse en lo que narraba el capitán miliciano, que observaba por los binoculares.

—Cada jophur entra en un edificio diferente, custodiado por varios robots. Algunos usan la puerta del frente... pero uno ordenó a sus servidores que derribaran una pared y entró por allí. Ahora todos están dentro... y la gente huye. Humanos, hoons, qheuens... hay un g'Kek... su rueda izquierda humea. Creo que le han disparado.

La muchedumbre murmuró una queja, pero nada podía hacer. Nadie podía hacer nada.

—¡Veo escuadras de milicianos! Casi todos humanos, con algunas urs y hoons. Tienen rifles... ese nuevo modelo con balas de punta de fibra reductora. ¡Corren hacia el Edificio de Ciencias! Se están dispersando como para organizar una escaramuza, usando puertas opuestas para entrar desde ambos flancos al mismo tiempo.

Nelo apretó los puños mientras miraba la otra margen. Al mismo tiempo se preguntaba por qué el gran acorazado había ido hasta allí pero no había destruido el centro de la vida intelectual jijoana.

Supongo que el crucero tenía otros asuntos que atender. De cualquier modo, regresará para recoger a esta partida.

Había una esperanza. Tal vez queden algunos cohetes de anoche.

Tal vez le acierten al crucero antes que pueda regresar.

Siempre existía esa esperanza, aunque parecía improbable que los jophurs se dejaran atrapar por segunda vez.

En la otra orilla un grupo de refugiados —investigadores, bibliotecarios y estudiantes— salía por las puertas hacia las almenas. No había muchos g'Keks entre los fugitivos. Ni traekis. Ambas razas parecían destinadas a permanecer en el interior, condenadas por diferentes motivos.

¿Qué quieren los jophurs con nuestra biblioteca?, se preguntó. ¿Sacar libros y llevárselos a casa para leer?

En realidad, esa idea irrisoria tenía sentido.

Apuesto a que el ataque con cohetes les hizo comprender que nos guardamos

algunos ases en la manga. De pronto tienen interés en lo que sabemos, y en cómo lo sabemos. Revisarán nuestros libros para averiguar qué otras sorpresas desagradables podemos reservarles.

Algo sucedía en la sombría caverna. Distantes estampidos llegaron desde la otra orilla, sin duda desde el Edificio de Ciencias.

—¡Están saliendo! —anunció el capitán, apretando los binoculares—. Los fusileros se repliegan, arrastrando a sus heridos, tratando de cubrirse. Están...

Bajó los binoculares. El oficial tenía los ojos turbios y guardó silencio, totalmente apabullado.

Un cabo cogió los binoculares y continuó con el informe.

—Muertos —fue la primera palabra que dijo—. Veo soldados muertos. Todos han caído.

La muchedumbre calló. En la otra orilla del Bibur nada se movía, excepto alguna máquina que revoloteaba bajo el Puño de Piedra.

Los demolidores, pensó Nelo. ¿Por qué no activaron sus cargas?

El mayor secreto de las Seis Razas. La fortaleza más segura de la humanidad en Jijo. Habían capturado Biblos en cuestión de duras. El valioso archivo estaba en manos de los invasores jophurs.

EWASX

¿Está acordado, pues, anillos Míos? ¿Hemos arrancado los últimos restos de resistencia clandestina? ¿Podemos entender que no habrá más episodios de rebelión subrepticia?

La pila sacerdotal amenazó con desmantelarnos después del último inconveniente, cuando vosotros tonta/astutamente lograsteis realizar una vlnnación sin que vuestro toroide maestro lo supiera. El sacerdote intentó raspar cada huella de memoria cerosa que bordeaba nuestro núcleo, buscando claves del paradero de ese par de alimañas lobeznas que vosotros (breve y revoltosamente) liberasteis en nuestra gloriosa nave Polkjhy.

Pero luego la pila psicotáctica informó que la telemetría mostraba que Lark y Ling casi seguramente salieron cuando los instrumentos informaron la anómala apertura de una cámara de presión.

Los humanos son buenos en el agua. Sin duda se creyeron a salvo en el lago, sin sospechar que serían arrastrados por un vórtice de ruina cuando nuestra majestuosa Polkjhy despegara.

Ese destino extrañamente apropiado, irónicamente dramático, alegró tanto al líder capitán que impartió una orden contraria al deseo de la pila sacerdotal. Por el momento, pues, nuestra/Mi unión es segura.

¡NO CONTÉIS CON LA CONTINUIDAD DE NUESTRA TEMPLANZA/PERDÓN, ANILLOS MÍOS!

¿Perdón por qué, preguntáis?

Ahora Me preocupáis. ¿La cera común está tan fusionada? ¿Tanto nos dañó la personalidad Asx con su segundo intento de suicidio por amnesia? ¿Debo ofrecer memoria de los hechos recientes a través de los procesos semielectrónicos del toroide maestro?

Muy bien, anillos Míos. Así lo haré. Luego comenzaremos de nuevo, restaurando la pericia que nos volvía útiles a la causa jophur.

Juntos observamos mientras una partida de nuestra nave tomaba posesión de la «Biblioteca» de las salvajes Seis Razas. Aunque contiene una cantidad patéticamente pequeña de bits, ésta es la fuente de su treta lobezna.

Una primitiva conspiración que nos ha costado bastante.

Algo bueno sucedió cuando Yo/nosotros vimos esos toscos edificios hechos de árboles talados, protegidos por una caverna artificial.

Muchas sendas cerosas resonaron con súbito reconocimiento. Buscando acceso a esas sendas recobradas, pudimos revelar al líder capitán muchos secretos de este tesoro de pseudoconocimiento. Secretos que Asx se proponía guardar.

Poco a poco recobramos nuestra anterior reputación y estima.

¿Os satisface, anillos Míos?

Cuan gratificante es sentir vuestra bien predispuesta aceptación. Esa breve rebelión, seguida por una segunda amnesia suicida, parece haberos dejado más dóciles que antes. Ya no sois soberanos anillos traekis, sino partes de una totalidad mayor.

¡Pero ahora mirad! Dejando una fuerza de ocupación en Biblos, nuestra Polkjhy regresa a su tarea principal. Demasiado tiempo nos hemos dejado distraer y demorar. No habrá más negociaciones con los ladrones rothens. No habrá más regateos con las razas salvajes. Las seis encontrarán sus diversos destinos frente a las fuerzas terrestres ya desperdigadas por la Cuesta.

En cuanto al Polkjhy, nos dirigimos a esa hendedura continental, ese abismo oceánico. Posición estimada de la nave de los delfines.

ESTÁ DECIDIDO. LOS ROTHENS TENÍAN RAZÓN, A PESAR DE TODO.

Bombardearemos las profundidades, poniendo en peligro a los terrícolas fugitivos. Para salvar la vida, no tendrán más opción que emerger y rendirse.

Hasta ahora, el líder capitán prefirió la paciencia a la acción precipitada. No queríamos destruir aquello que buscábamos sin develar sus secretos. Como ningún otro clan ni flota rival ha venido a Jijo, parecíamos contar con mucho tiempo.

Pero eso fue antes que perdiéramos ambas corbetas. Antes que las dilaciones se prolongaran.

¡Ahora estamos resueltos a correr el riesgo!

Con las bombas de profundidad preparadas, descendemos hacia la zona conocida como la Grieta.

¿QUÉ ES ESTO? ¿YA?

LOS DETECTORES SUENAN.

¡MOVIMIENTO EN LAS AGUAS!

Un gozoso afán de cacería llena el puente. Debe ser la presa, delatando su posición mientras se escabulle en busca de un nuevo escondrijo.

Luego los detectores remotos lanzan noticias turbadoras.

No es una sola nave quien emite las vibraciones que detectamos.

HAY VEINTENAS DE FUENTES DE EMISIÓN. ¡CENTENARES!

SARA

Emerson parecía contento durante el largo descenso desde el Monte Guenn. Apretaba la cara contra la ventanilla del funicular, mirando el mar.

¿Cómo se sentiría si supiera a quién veremos?, se preguntó Sara mientras el vehículo descendía por antiguos flujos de lava, más rápido que una urs al galope. ¿Estaría extasiado, o trataría de saltar y huir?

Una miriada de destellos se extendía desde la rompiente hasta el nuboso horizonte. Las aguas de Jijo parecían plácidas pero Sara las miraba con respeto. Una mera ondulación de esa vastedad podía borrar los árboles y asentamientos de la costa. La constancia del mar demostraba la bondad de ese mundo hacia la vida.

Siempre anhelé ver esto antes que mis huesos fueran al Sumidero como escoria. Nunca pensé que llegaría a caballo, cruzaría el Flujo Espectral, atravesaría un volcán y al fin viajaría en un fabuloso funicular para reunirme con criaturas legendarias.

Estaba pletórica de energía, a pesar de que en el Monte Guenn nadie había dormido mucho últimamente.

Uriel había terminado de usar su ordenador analógico justo a tiempo. Miduras después que despacharon los cálculos balísticos al norte, los señaleros habían transmitido emocionantes noticias sobre las consecuencias.

Asombrosas victorias con los cohetes.

Desalentadores fracasos con los cohetes.

Incendios forestales, sabios muertos. El Huevo herido y silencioso, quizá para siempre.

Inundaciones en el Valle, con un sinfín de muertos y gentes sin hogar.

Y eso no era todo. Durante toda la noche, junto con otras nuevas de toda la Cuesta, llegaron crispados resúmenes de hechos importantes para Sara.

Sintió euforia al enterarse de las aventuras aéreas de Hoja. Luego el informe de su padre evocó abrumadoras imágenes de la destrucción de Dolo, y tuvo que buscar un sitio para sentarse, la cabeza entre las manos. Al menos Nelo estaba con vida. Pero otros conocidos se habían ido, junto con la casa donde se había criado.

Con Lark y Dwer soñábamos con lo que ocurriría si un día estallaba la represa. Pero nunca creí que sucedería de veras.

La pena la mantuvo apartada un tiempo, hasta que alguien le dijo que había llegado un mensaje urgente para ella, con el imprimátur de una ex sabia.

Ariana Foo, comprendió Sara al examinar la breve misiva. Por Ifni, ¿a quién le importan las dimensiones de la nave donde se estrelló Emerson? ¿Importa qué clase de vehículo pilotaba cuando era un dios de las estrellas? Ahora es un alma herida. Tullida. Atrapada en Jijo como todos nosotros.

¿O no era así?

Después de tanta agitación, Sara se había acostado a descansar cuando nuevos acontecimientos conmocionaron a Uriel y sus huéspedes.

Por la madrugada los capitanes del Puerto de Wuphon comunicaron que había un monstruo en la bahía. Un ser semejante a un pez que, después de algunos malentendidos, afirmó que estaba emparentado con los seres humanos. Más aún, la criatura decía que tenía un mensaje para la herrera.

Uriel estaba feliz.

—¡Esa cámara que tanto nos asustó era de origen terrícola! ¡Quizá los jophurs no nos hayan encontrado, pese a todo!

Se decía que el acorazado estelar estaba en marcha, tal vez dirigiéndose hacia ellos. Pero Uriel no podía evacuar la forja con tantos proyectos en marcha. Sus equipos estaban más atareados que nunca.

—Iré a ver al terrícola de inmediato —declaró la herrera.

No faltaron voluntarios para acompañarla. Viajando en el primer funicular, Sara observó cómo Prity hojeaba el arrugado cuaderno de Emerson, deteniéndose en una página donde ágiles criaturas con cola y aletas brincaban extasiadas en el oleaje. Una imagen extraída de la memoria.

—Tienen aspecto diferente del que creía —comentó Uriel, curvando el pescuezo sobre el hombro de la chimpancé—. Hasta ahora sólo conocía esa raza por las descripciones de los libros.

—Deberías leer libros ilustrados —rió Kurt el demoleedor, quien codeó a su sobrino. Pero Jomah mantenía la cara apretada contra la ventanilla, junto a Emerson, turnándose para señalar rasgos del cambiante paisaje. El jovial hombre de las estrellas no parecía conocer el propósito de este viaje.

Sara comprendió por qué sentía pesadumbre. Más allá de todas las preocupaciones, comprendió que quizá fuera hora de que el pájaro volara a su nido.

Mirando a la robusta persona que había rescatado del borde de la muerte, Sara no veía qué más podía ofrecerle. Ninguna cura para un cerebro devastado, cuya única esperanza estaba en la Civilización de las Cinco Galaxias. Aunque lo persiguieran enemigos omnipotentes, ¿quién no preferiría esa vida a una existencia fantasmal y clandestina en una costa lejana?

Nuestros ancestros, se respondió. La tripulación del Tabernáculo y todas las demás naves-furtivas.

Recordó lo que el sabio Purofsky había dicho sólo un día antes.

—No hay accidentes, Sara. Demasiadas naves vinieron a Jijo en demasiado poco tiempo.

—Los Rollos hablan de destino —había respondido ella.

—¡Destino! —resopló el sabio—. Una palabra creada por gentes que no entienden cómo llegaron adonde están, y que son ciegas a su objetivo.

—¿Me estás diciendo que sabes cómo llegamos aquí, maestro?

A pesar de las recientes conmociones y tragedias, Sara no podía dejar de pensar en la respuesta de Purofsky.

—Claro que sí, Sara. Me parece clarísimo. Fuimos invitados.

EWASX

—¡Necios! —declara el líder capitán—. Todas esas emanaciones menos una deben originarse en señuelos, afinados para imitar las emisiones de una nave estelar. Es una estratagema táctica típica en el espacio profundo. Pero ese artificio no funcionará si nos mantenemos a poca distancia y usamos técnicas estándar para analizar las emanaciones. ¡Encontraremos la nave que buscamos!

Ah, anillos Míos. ¿Podéis discernir los colores que bañan los lustrosos flancos de nuestro líder capitán? ¿Veis cuan gloriosos son?

Presenciad la genuina dignidad de la ira jophur en su forma más refinada.

¡Cuánta indignación! ¡Cuánto furor egocéntrico! Los oalies estarían orgullosos de nuestro comandante, sobre todo cuando todos recibimos noticias imposibles.

No son señuelos.

Los objetos detectados, que se desplazan mar adentro desde la Grieta... todos son auténticas naves estelares.

Vapores de temor enturbian el puente. ¡Una gran flota de naves!

¿Cómo consiguieron los terrícolas esos aliados?

Ni siquiera nuestra Polkjhy puede con tantos.

¡Seremos derrotados!

DWER

—Lo lamento —dijo Gillian Baskin—. Fue una decisión repentina. No hubo tiempo para disponer un viaje especial a la costa.

Parecía irritada, como si la solicitud fuera inesperada. Pero Dwer no le había pedido otra cosa desde que estaba a bordo.

Los dos humanos flotaban en una cámara amplia y llena de agua, el centro de control del Streaker. Junto a ellos pasaban delfines, respirando el líquido oxigenado con pulmones que estaban modificados para que esa actividad fuera casi natural. En las consolas y puestos de control, usaban cúpulas esféricas o tubos conectados con sus orificios nasales. Dwer jamás había visto un ambiente tan extraño, aunque los delfines parecían estar en su elemento. En cambio, Dwer y Gillian usaban trajes esféricos que parecían fuera de lugar.

—No serviré de nada aquí —repitió, oyendo que su casco globular proyectaba las palabras—. No tengo aptitudes que sean útiles. Apenas puedo respirar eso que aquí llamáis aire. Ante todo, hay gente que me espera y me necesita. ¿No puedes dejarme en una embarcación?

Gillian cerró los ojos y suspiró.

—Entiendo tu situación —dijo en inglés—. Pero debo cuidar más de cien vidas. Y hay muchas otras cosas en juego. Lo lamento, Dwer. Espero que entiendas.

Sabía que era inútil insistir. Un delfín reclamó la atención de Gillian, que pronto se reunió con él y la teniente Tsh't para afrontar la última crisis.

El gruñido de los motores del Streaker le hacía doler la cabeza, tal vez un efecto residual de las jugarretas que el robot danik había hecho con su cerebro. No podía demostrar que las cosas mejorarían si él regresaba a la costa. Pero sus piernas, brazos y pulmones extrañaban el descampado, el viento y el suelo áspero.

Un mapa fantasmal flotaba en el puente. La tierra firme era una franja grisácea que bordeaba ambos lados de un desfiladero sumergido, la Grieta, ahora lleno de luces móviles que se dispersaban como abejas abandonando la colmena. Más de cien naves buyurs despertaban al cabo de un millón de años, abandonando la pila de chatarra donde las habían arrojado.

La táctica era familiar. Muchas criaturas usaban la bandada para confundir a los depredadores. Dwer aprobaba la astucia de Gillian y su tripulación, y les deseaba suerte.

Pero yo no puedo ayudarlos. Soy inútil aquí. Ella tendría que dejarme ir.

La mayoría de las naves rescatadas estaban controladas por robots programados para obedecer instrucciones simples. Otras eran conducidas por voluntarios que se mantenían cerca del Streaker, cumpliendo tareas especiales. Rety se había ofrecido como voluntaria para uno de esos equipos, sorprendiendo y preocupando a Dwer.

Ella nunca hace nada a menos que pueda sacar ventaja.

Si él hubiera ido, habría podido tener la oportunidad de desviar el señuelo hacia la costa y saltar...

Pero no tenía derecho a estropear el plan de Gillian.

Maldición, estoy habituado a la acción. No me acostumbro a ser un observador pasivo.

Pero tendría que acostumbrarse.

Trató de cultivar la paciencia, ignorando una picazón que el traje le impedía rascar, observando las luces que se dispersaban, casi todas dirigiéndose hacia la salida de la Grieta, hacia el vasto abismo oceánico del Gran Sumidero.

—¡Motores estelaresss! —anunció el oficial de detección gravítica, moviendo la cola en el agua, creando burbujas en el líquido oxigenado—. Los detectores pasivos muestran una nave clase Nova o superior. Sssigue la sssenda de la Grieta...

EWASX

Llega la comprensión, junto con un hedor de frustración.

La vasta flota que temimos brevemente no es una amenaza, en definitiva. No son naves de guerra sino naves abandonadas, desechadas tiempo atrás por considerarse inservibles.

Empero, nos confunden y desconciertan. Una ráfaga de feromonas de liderazgo hiende esa bruma de decepción.

—A trabajar —ordena nuestro líder capitán—. Somos habilidosos. Somos poderosos. Hagamos bien vuestra/nuestra tarea. Descifrad este misterio. Hallad la presa. Somos jophurs. Venceremos.

DWER

Una luz brillante entró en las pantallas, mucho más alta y grande que las demás, desplazándose por encima de la línea de agua imaginaria.

Debe ser el acorazado, pensó. Trató de invocar una imagen. Algo terrible y enorme. Afilado y veloz.

—¡Están arrojando proyectiles! —anunció la estridente voz del oficial de detección. Caían chispas de ese enorme fulgor.

Bombas, comprendió Dwer. Lo había visto antes, pero no en semejante escala.

La teniente Tsh't gritó una advertencia.

—Tripulación, prepararse para ondas de choque.

SARA

Cuando se apearon los pasajeros una cuadrilla hoon se encaramó sobre el funicular cubriéndolo con pilas de tela plegada. Varios equipos habían enviado ese material a la forja desde el alba, despojando cada nave de sus velas. Pero la herrera urs apenas miraba el cargamento. En cambio, Uriel se alejó, encabezando la marcha hacia el puerto con altivo andar centauroide.

El denso y salobre aire de mar afectó a todos. Sara vigilaba a Emerson, que olió la brisa y comentó con una canción:

Se aproxima una tormenta.

Apostad a ello esta noche.

Una borrasca se acerca.

Mejor buscad protección.

Los khutas y almacenes del puerto estaban cubiertos por un tupido enrejado de lianas y trepadoras que crecían con la exuberancia tropical típica de los climas meridionales.

Pero las callejas estaban desiertas. Todos estaban trabajando para Uriel, o bien junto a la bahía, donde una muchedumbre de hoons y qheuens parloteaba alborotadamente. Varios hoons —machos y hembras con barbas que indicaban su mayoría de edad— se arrodillaban en un muelle, mirando el agua, y gesticulaban animadamente. Pero los funcionarios de la ciudad cedieron el paso cuando se aproximó la partida de Uriel.

Sara seguía vigilando a Emerson, que mantuvo su expresión de casual curiosidad hasta que una lustrosa figura gris asomó sobre el agua.

El hombre de las estrellas se paró en seco.

Está sorprendido, pensó Sara. ¿Estaremos equivocados? Quizá no tenga nada que ver con la nave de los delfines.

El emisario cetáceo elevó el cuerpo, agitando el agua con la cola.

—Conque essss cierto... —murmuró en ánglico el terrícola parecido a un pez, inspeccionando a Emerson con un ojo, luego el otro—. Me alegra verte con vida, ingeniero D'Anite. Aunque parece imposible, después de lo que te pasó en el mundo fractal. Confieso que no entiendo cómo nos has seguido a este planeta desolado.

Poderosas emociones cruzaron el rostro de Emerson. Sara vio asombro, curiosidad, desesperación.

—K-K-K...

El consternado intento de hablar terminó en un gruñido. El delfín pareció decepcionado con esta reacción, y manifestó su preocupación con un chillido.

Emerson sacudió la cabeza, tratando de aprovechar otros recursos. Al fin halló un modo de expresar sus sentimientos, cantando a borbotones:

*¡Qué extraños los caminos del absurdo!
¡Cómo se mofa del sentido común!*

*¡Hemos visto acertijos en abundancia,
mas ninguno supera esta paradoja!*

GILLIAN

El ultimátum ocupó todas las longitudes de onda, un chillido estridente que llenó el puente del Streaker, haciendo burbujear la oxiaqua. Borbotones de burbujas crecían y estallaban con cada frase en galáctico cuatro.

La mayoría de los neodelfines leían una traducción textual preparada por la máquina Niss. Letras ánglicas y caracteres de gal-siete cruzaban la holopantalla.

¡OÍD Y COMPRENDED NUESTRA ÚLTIMA OFERTA/ORDEN!

Gillian procuró discernir los matices del dialecto jophur original, con la esperanza de entender algo nuevo. Era la tercera repetición desde que el acorazado enemigo comenzó a transmitir desde la atmósfera.

VOSOTROS A QUIENES BUSCAMOS HABÉIS REALIZADO HÁBILES MANIOBRAS, DIGNAS DE RESPETO. YA NO DESPERDICIAREMOS BOMBAS. CESAREMOS DE INSPECCIONAR INÚTILMENTE LOS SEÑUELOS.

El cambio de táctica era previsible. Al principio el enemigo había enviado robots a esas oscuras profundidades, para examinar y eliminar las naves buyur reactivadas, una por una. Pero para el equipo de Hannes Suessi resultó fácil instalar trampas cazabobos. Cada nave se autodestruía al aproximarse una sonda, destruyendo al autómeta consigo.

Así se invertía la jerarquía de combate habitual. En el Sumidero, las naves grandes y ruidosas eran más baratas que los robots que las cazaban. Suessi tenía muchas más preparadas para emerger de las pilas de escoria. Era dudoso que los jophurs pudieran derrochar sus robots al mismo ritmo.

Había una desventaja. Los señuelos eran naves de desecho, en mal estado cuando las abandonaron medio millón de años atrás. Sólo la increíble resistencia de la manufacturación galáctica les permitía ser relativamente utilizables, y muchas se habían desactivado, cayendo nuevamente en el Sumidero.

SI NO LOGRAMOS QUE OBEDEZCÁIS POR ESTE MEDIO, ESTAMOS DISPUESTOS A OFRECEROS CONDICIONES GENEROSAS...

Ésta era la parte que Gillian escuchó atentamente, las primeras dos veces que la reprodujeron. Lamentablemente, la «generosidad» jophur no era tentadora. A cambio de los datos, gráficos y muestras del Streaker, el líder capitán de la nave Polkjhy prometía la sepultura criónica de la tripulación, con garantía de resurrección y liberación en sólo mil años, «una vez que se hayan resuelto los problemas actuales».

En otras palabras, los jophurs querían apoderarse de los secretos del Streaker asegurándose de que nadie más los compartiera durante mucho tiempo.

Cuando el mensaje expuso esta oferta, la lugarteniente de Gillian se aproximó.

—Hemos logrado acopiar la mayoría de las provisioness que pidió la experta

local —comunicó Tsh't. Cuando establecieron contacto con la Comuna, la herrera Uriel había pedido una lista de artículos muy necesarios—. Varios señuelos se dirigen a la costa, como solicitaste. Kaa y su nuevo equipo pueden desembarcar el material que necesita Uriel.

La teniente delfín hizo una pausa.

—Supongo que huelga añadir que esto aumenta nuestro peligro. El enemigo podría detectar un ritmo en estos movimientos, y concentrar su atención en el puerto hoon.

—La Niss sugirió una formación de enjambre para impedirlo —respondió Gillian—. ¿Qué hay del traslado de los tripulantes? ¿Cómo andan los preparativos de Makanee?

Tsh't movió la lustrosa cabeza. Descansando del fatigoso ánglico, respondió en trinario.

Las mareas cambian con las estaciones,
llevándonos a destino
y distanciando a los seres queridos...

Añadió una coda enfática:

Para siempre.

Gillian hizo una mueca. Su plan —la menos desagradable de varias opciones— cortaría lazos en una tripulación que había compartido muchos momentos difíciles. Un viaje épico que los terrícolas cantarían durante siglos.

Siempre que todavía queden terrícolas, después del Tiempo de Cambios.

Pero no tenía opción. La mitad de los neodelfines del Streaker sufrían atavismo por estrés, una decadencia de las facultades necesarias para el pensamiento crítico. El miedo y el agotamiento al fin cobraban su precio. Ninguna raza pupila tan joven como los Tursiops amicus había soportado tantas cosas por tanto tiempo. Es hora de realizar el sacrificio que todos sabíamos que un día llegaría.

Las amenazas jophurs aún vibraban en la cámara. Tratándose de otra raza, Gillian habría incluido el factor de la bravuconada, pero éstos eran adversarios que convenía interpretar literalmente.

Letras amenazadoras relucían en la holopantalla.

SOMOS LA ÚNICA NAVE DE GUERRA GALÁCTICA EN ESTA REGIÓN.
NADIE ACUDIRÁ EN VUESTRA AYUDA. NINGÚN COMPETIDOR NOS
DISTRAERÁ, COMO SUCEDIÓ EN OTRAS OCASIONES.

PODEMOS DARNOS EL LUJO DE ESPERAR, INVESTIGANDO Y

ELIMINANDO LOS SEÑUELOS DESDE DISTANCIA SEGURA. EN CASO CONTRARIO, DE SER NECESARIO, ESTA NOBLE NAVE RENUNCIARÁ AL HONOR DE ACTUAR POR SU CUENTA Y SOLICITARÁ AYUDA A LA VASTA ARMADA JOPHUR.

LA DEMORA SÓLO AUMENTA NUESTRA IRA. AUMENTA EL DAÑO QUE CAUSAREMOS A VUESTROS PRIMOS TERRÍCOLAS Y LOS DEMÁS IRRUPTORES QUE HABITAN ILÍCITAMENTE EN TIERRA PROHIBIDA.

Gillian pensó en Alvin, Huck y Ur-ronn, que escuchaban en una cabina seca cercana, y Pinzón, que los representaba en el puente, corriendo de aquí para allá y haciendo chasquear las pinzas.

Ya trajimos problemas a los lugareños cuando los rothens nos siguieron hasta Jijo. Tiene que haber un modo de evitarles nuevos castigos por nuestra culpa. Pronto será hora de terminar con esto.

Gillian se volvió hacia Tsh't.

—¿Cuánto falta para nuestro turno?

La teniente se comunicó con el oficial de táctica y movimiento.

—Nos deslizaremos a la costa entre el cuarto y quinto señuelos... dentro de ocho horas.

Gillian miró a Pinzón, el caparazón rojizo cubierto de burbujas de oxiagua, el visor qheuen girando locamente, absorbiendo todo con la avidez de la adolescencia. Los jóvenes lugareños se alegrarían de saber lo que estaba por ocurrir. Y también Dwer Koolhan. Espero que esto lo complazca, aunque no es exactamente lo que él quería.

Gillian admitió que echaría de menos a ese joven que le recordaba tanto a Tom.

—De acuerdo —le dijo a Tsh't—. Llevemos a los niños a casa.

LARK

Juntos sólo estaban ciegos a medias, mientras se tambaleaban por los mohosos corredores de una vasta nave alienígena llena de seres hostiles. Ling sabía más que él sobre naves estelares, pero Lark era el que impedía que se extraviaran del todo.

Ante todo, había pocos símbolos en las paredes, así que el conocimiento de los dialectos galácticos era casi inútil. En cambio, cada abertura o intersección cerrada parecía proyectar un olor singular, efectivo a poca distancia. Como jijoano, Lark podía oler algunos y detectar los indicadores de feromonas más sencillos, casi tan bien como un brillante humano de cuatro años sabría leer señales callejeras en una metrópolis.

Un sabor amargo le recordó el olor de los próctores traeki en el Festival de Asamblea, cuando tenían que disolver una pelea o someter a un borracho pependenciero.

Seguridad, parecía decir el olor. Guió a Ling por ese corredor.

Ella tenía una meta, sin embargo, que él no entendía. Con la cabeza llena de miasmas fragantes, Lark dejó con gusto que ella escogiera el destino. Sin duda cualquier camino que eligieran llevaría finalmente al mismo lugar, su vieja celda.

Tres veces más se toparon con jophurs solitarios. Pero las exhalaciones del anillo morado les permitieron ser ignorados. Las puertas seguían abriéndose a su orden. El regalo de Asx era increíble. Demasiado bueno, en realidad.

No puedo creer que este truco funcione por largo tiempo, pensó mientras se internaban en el corazón del acorazado. Tal vez Asx pensó que lo necesitáramos por un midura, hasta llegar al exterior. Una vez que la tripulación supiera que los prisioneros se habían escapado, la treta tenía que fallar. Los jophurs tomarían medidas, ¿verdad?

Entonces comprendió.

Tal vez no haya alerta. ¡Quizá los jophurs crean que hemos huido de la nave!

Quizá.

Aun así, cada encuentro con una pila de anillos en un pasaje húmedo lo llenaba de inquietud. Lark había vivido entre traekis toda su vida, pero hasta este momento no había comprendido hasta qué punto su conciencia era diferente. Qué extraño que un ser sapiente te mirase sin verte, sólo porque despedías el aroma indicado.

En la próxima intersección, olió las tres ramas del corredor y encontró el indicador que Ling buscaba, un olor simple que significaba vida. Señaló, y ella asintió.

—Como pensaba. La disposición no es muy diferente de la de una nave de carga tipo Setenta. Lo mantienen en el centro.

—¿Qué mantienen en el centro? —preguntó Lark, pero ella ya echaba a correr.

Dos fugitivos humanos llevando sus únicas herramientas, el anillo rojo y el anillo morado.

Cuando se abrió la próxima puerta, Ling retrocedió ante el resplandor. El lugar estaba más iluminado que los corredores. El aire también olía mejor. Menos abarrotado de significados que él no podía comprender. La primera impresión de Lark fue la de una gran cámara llena de color.

—Como esperaba —dijo Ling—. La disposición es estándar. Quizá tengamos una oportunidad.

—¿Una oportunidad de qué?

Ella echó una ojeada a la enorme bóveda, un laberinto de vigas entrecruzadas, cubiertas con diversos tipos de vegetación.

—Una oportunidad de sobrevivir —respondió ella, cogiéndole la mano y obligándolo a entrar.

Los rodeó una selva organizada, sucesivas hileras de estantes y plataformas cuidadas por máquinas que se deslizaban sobre rieles. Sobre esta vasta red florecía un estallido de formas vivientes, anchas hojas y lianas colgantes, trepadoras y tubérculos relucientes. Goteaba agua de algunos de esos sinuosos cables verdes, y ambos se acercaron para lamerla ávidamente.

Ahora Lark comprendía el significado del símbolo aromático que los había conducido ahí.

En medio del infierno habían encontrado un pequeño oasis. En ese momento parecía el paraíso.

EMERSON

No le gustaba bajar al agua. Realmente había un excesivo frenesí en el puerto.

No se sentía exultante al ver de nuevo a Kaa y otros amigos. Reconoció al buen Brookida, y a Tussito y Wattaceti. Todos parecían contentos de verlo, pero demasiado ocupados para conversar e intercambiar noticias.

Tal vez diera lo mismo. Emerson se sentía avergonzado.

Avergonzado porque sólo podía saludarlos con sus nombres y algunas canciones.

Avergonzado de no poder ayudarlos a trasladar esa chatarra marina, instruir a los asistentes de Uriel y enviar los materiales por funicular hasta la cumbre del Monte Guenn.

Ante todo, se sentía avergonzado por el fracaso de su sacrificio, en esa inmensa ciudad espacial hecha de nieve, esa luminosa metrópolis del tamaño de un sistema solar llamada Sistema Fractal.

Había parecido noble y valiente cuando despegó en una nave thennania, disparando a discreción para crear una distracción que ayudara al Streaker a escapar. Con su última mirada —mientras los campos de fuerza lo arrinconaban— había visto que su amado y vapuleado navío entraba en una abertura del vasto caparazón de hielo, y rezó para que lograra huir.

Gillian, había pensado. Tal vez ella pensara en él ahora. Tal como recordaba a su Tom.

Cuando los Antiguos lo sacaron de la nave, hicieron con él lo que quisieron. Lo palparon y sondearon. Lo mutilaron. Le impusieron el olvido. Y lo enviaron aquí.

Los contornos aún son borrosos, pero ahora Emerson ve el acertijo esencial.

El Streaker había huido a este planeta olvidado para caer en una trampa. Más mala suerte para una tripulación que nunca hallaba descanso.

¿Pero por qué me enviaron a mí aquí?

Ese acto de los Antiguos no tenía sentido. Parecía descabellado.

Todos estarían mejor si él hubiera muerto, tal como había planeado.

Toda la población del puerto hoon andaba de aquí para allá. Sara parecía absorta en su conversación con Uriel, o bien discutiendo acaloradamente con el investigador humano de barba gris cuyo nombre Emerson no podía recordar.

Con frecuencia llegaba un mensajero, trayendo uno de esos papeles que usaban para transcribir los mensajes de los señaleros. Una vez, la mensajera urs llegó al galope, conmocionada por la noticia que traía.

Hubo exclamaciones consternadas, y Emerson sólo distinguió una palabra, «Biblos».

Todos parecían tan contrariados que a nadie pareció importarle cuando manifestó el deseo de regresar en el funicular a la forja de Uriel. Con gestos, Sara aclaró que

debía regresar antes del poniente, y él accedió. Obviamente algo ocurriría entonces. Sara ordenó que Prity lo acompañara para cuidarlo.

A Emerson no le importaba, se llevaba bien con Prity. Eran seres afines. El grosero humor de la chimpancé, expresado con gestos, lo animaba a menudo.

¿Esas cosas como peces son primos míos?, dijo ella, aludiendo a los ocupados delfines. ¿Esperaba que tuvieran buen sabor!

Emerson se echó a reír. Las dos razas pupilas de la Tierra se trataban con una rivalidad que parecía instintiva.

Durante el viaje cuesta arriba, examinó algunas de las máquinas que Kaa y los demás habían llevado a petición de Uriel. La mayoría parecían chatarra, ordenadores galácticos de bajo nivel, arrancados de consolas que debían tener cientos o millones de años. Muchas estaban oxidadas o mohosas por la larga inmersión. Esos variados dispositivos parecían compartir un solo rasgo: las habían reparado para encenderlas. Lo notó porque los cables energéticos estaban envueltos en cinta protectora. Por lo demás, parecía una pila de basura.

Ansiaba acucillarse para jugar con esas cosas. Pero Prity negó con la cabeza. Tenía órdenes de impedirlo. Así que Emerson miró por la ventana, viendo que distantes nubes se aproximaban ominosamente desde el oeste.

Fantaseó con huir, tal vez a Xi, el apacible y bucólico refugio oculto en un vasto desierto de colores. Montaría a caballo y tocaría música, repararía herramientas sencillas para ganarse el sustento. Algo para convencerse de que su vida aún valía algo.

Durante un tiempo se había sentido valorado aquí, cuando ayudaba a Uriel en el Salón de los Discos Giratorios, pero ya nadie parecía necesitarlo. Se sentía como un lastre.

Sería peor si regresaba al Streaker. Un hollejo. Un fragmento. Lo tentaba la posibilidad de curación. Pero Emerson sabía que la perspectiva no era prometedora. El capitán Creideiki había sufrido una lesión parecida, y la médica de a bordo no había podido sanarla.

Tal vez en casa... en la Tierra...

Recordó esa esfera azul, una visión de belleza que le desgarró el corazón.

En el fondo, Emerson sabía que no volvería a verla.

El funicular se detuvo. Emerson se animó un rato mientras ayudaba a la gente de Uriel a descargar los bultos. Junto con Prity, siguió a las urs y los qheuens por un sinuoso corredor, hacia un flujo de aire caliente.

Llegaron a una gruta subterránea que tenía una entrada que miraba al norte. Manchas de color brillaban más allá, recordándole el Flujo Espectral.

Había operarios atareados. Emerson vio equipos g'Keks ocupados en coser dos grandes paños de tela fuerte y liviana. Las urs ajustaban válvulas hechas a mano

mientras los qheuens grises doblaban tubos con sus fuertes pinzas. Ráfagas de aire calentado por el volcán inflaban un saco con forma de globo.

Emerson miró esa escena, miró la chatarra que habían donado los delfines.

Sonrió.

Para su gran satisfacción, las herreras urs parecieron alegrarse cuando él ofreció su ayuda en silencio.

KAA

Al anochecer el cielo se pobló de lluvia y relámpagos.

El submarino ballena, el Hikahi, demoró la entrada en el Puerto de Wuphon hasta que las primeras lloviznas barrieron los muelles y cabañas. Los goterones tamborileaban en la protegida bahía mientras el sumergible ascendía por una plataforma costera hacia un lugar de encuentro.

Kaa lo precedía, guiándolo por el angosto canal, entre escabrosos bajíos semicoralinos. Nadie le habría negado ese honor. Todavía soy jefe de pilotos, pensó. Con o sin mi apodo.

La nave de proa roma lo siguió por el promontorio mientras él indicaba el camino con potentes coletazos. Era una técnica de pilotaje más antigua que la zambullida en un agujero de gusano, no demasiado técnica. Pero los ancestros de Kaa guiaban así a los marineros humanos desde un tiempo inmemorial para ambas razas.

Doscientos metros más, proyectó con lenguaje de sonar. Luego un giro de treinta grados a babor. Después de eso, faltan trescientos cincuenta metros.

La respuesta fue fría y profesional.

Enterado. Preparándonos para desembarco.

Kaa y su equipo —Brookida y media docena de neodelfines que habían llegado antes para descargar las provisiones de Uriel— amarraron la nave cuando llegó al muelle más grande. Una pequeña multitud de dignatarios esperaba en el muelle, bajo el cielo encapotado. Los paraguas protegían a las delegadas urs, que se apiñaban en una masa trémula, meciendo el pescuezo. Los humanos y hoons se las apañaban con capas y sombreros, mientras que los demás ignoraban la lluvia.

Kaa dio instrucciones mientras el timonel precisaba la posición y apagaba las máquinas. Con un burbujeo, el Hikahi se aproximó al muelle. Las compuertas se abrieron como bocas sonrientes.

Iluminada por el interior, una humana salió. Una mujer alta cuyo porte orgulloso parecía decir que tenía poco que perder —poco que la vida pudiera arrebatarse— salvo el honor. Gillian Baskin escrutó la superficie de Jijo, aspirando aire fresco por primera vez en años.

Luego regresó al interior, saludando con una sonrisa y el brazo extendido.

Cuatro siluetas se aproximaron, una alta, una desgarbada, una rodante y otra que parloteaba como un potro nervioso. Kaa conocía a la alta, aunque no los habían presentado. Alvin, el joven escritor «humitador», amante de Verne y Twain, cuyo diario les había explicado tanto sobre esa cultura mixta de razas irruptoras.

Los que aguardaban suspiraron de alegría y echaron a correr.

Así, abrazados por sus seres queridos y castigados por la lluvia, los intrépidos tripulantes del Sueño de Wuphon regresaron a casa.

Hubo otros reencuentros... y despedidas.

Kaa fue a popa para ayudar a Makanee a desembarcar sus pacientes. La médica del Streaker parecía más vieja, y muy cansada, mientras supervisaba a la creciente multitud de neodelfines que chapoteaban y chillaban más allá del flanco de estribor del Hikahi. Aunque algunos parecían aturridos, otros se movían con explosiva energía. Dos enfermeras ayudaban a Makanee a impedir que el grupo se dispersara en el sur de la bahía, usando las descargas de alto voltaje de los arneses para que no escaparan. Los involucionados estaban desnudos.

Kaa los contó —cuarenta y seis— y tiritó de preocupación.

¡Cuánto se había reducido la tripulación del Streaker! Gillian debía estar desesperada para pensar en abandonarlos aquí. En muchos casos el atavismo por estrés debía ser temporal, y se recobrarían si sólo tuvieran paz por un tiempo.

Bien, tal vez la consigan en Jijo, pensó. Suponiendo que el mar de este planeta resulte ser tan amigable como parece. Y suponiendo que los galácticos nos dejen en paz.

Al convertirse en la última raza ilegal de Jijo, los delfines tenían una ventaja sobre sus predecesores. No necesitarían edificios ni demasiadas herramientas. Sólo los detectores galácticos más precisos podrían distinguir su resonancia ADN del caldo orgánico de un mundo viviente, y sólo de cerca.

Hay ventajas, admitió. De este modo, algunos de los nuestros pueden sobrevivir, aunque no sobrevivan la Tierra y sus colonias. Y si nos atrapan aquí, qué importa. ¿Cómo podríamos los terrágenos estar en más problemas de los que tenemos?

Kaa había leído acerca de la creencia local en la Redención. Una especie en apuros podía tener una segunda oportunidad si regresaba al estado umbral, de modo que un nuevo instructor pudiera adoptarla y guiarla hacia un destino mejor. El *Tursiops amicus* tenía menos de trescientos años como especie que usaba herramientas. Ante esa retozona multitud de delfines, ex miembros de una tripulación estelar de élite que ahora chillaban como animales, Kaa supo que no tardarían mucho en lograr la «redención». Sintió vergüenza.

Kaa se reunió con Brookida, descargando las provisiones de Makanee. No quería ver a las enfermeras, que quizá le reprocharan la «pérdida» de Peepoe. Al menos ahora existe la probabilidad de encontrarla. Con nuestra colonia instalada, puedo actuar como explorador de Makanee. Con el tiempo alcanzaré a Zhaki y Mopol en mis patrullas. Saldaremos cuentas.

La escotilla de popa siguió abierta cuando salió el último delfín. Chillidos de excitación resonaron en la bahía cuando otro grupo de emigrados siguió a Makanee hasta un punto de reunión en un islote rocoso. Anfibios de seis extremidades, con agallas alrededor de la cabeza. Trasplantados de su nativo Kithrup, los kiquis no eran exactamente irruptores. Ya eran una forma presapiente madura, un auténtico tesoro.

Habría sido bueno llevarlos a la Tierra triunfalmente y reclamar la adopción frente al Instituto Galáctico de Elevación. Pero ahora Gillian consideraba que era mejor dejarlos aquí, donde tendrían una oportunidad.

Según el plan, la colonia de delfines y kiquis permanecería en Puerto de Wuphon unos días, mientras un farmacéutico traeki analizaba sus necesidades dietéticas. De ser necesario, nuevos tipos de pilas traekis se encargarían de crear suplementos simbióticos. Luego ambos grupos irían a buscar un hogar en las islas.

Iré pronto, Peepoe, pensó Kaa. Una vez que todos estén instalados, nada en Jijo ni en las Cinco Galaxias me impedirá buscarte.

Un pensamiento feliz. Pero otro pensamiento lo carcomía.

Gillian no sólo se está liberando del personal prescindible. Ha traído a la costa a todos los que pudo, para protegerlos.

En otras palabras, la agente terrígena planeaba algo desesperado, probablemente fatal.

Kaa tenía el inquieto presentimiento de saber qué era.

ALVIN

Supongo que los reencuentros pueden ser embarazosos, aunque sean felices.

Que nadie me interprete mal. No me imagino un momento mejor que aquel en que los cuatro —Huck, Ur-ronn, Pinzón y yo— bajamos de la ballena de metal para ver los faroles de nuestra ciudad. La familiaridad inundó mis sentidos. Oí los crujientes transportes de escoria y el mugido de la marea. Olí los doseles vegetales y el humo de una cocina, alguien preparando guisado de chubvash. Mis agallas magnéticas sintieron el cosquilleo del Monte Guenn, invisible en la oscuridad, pero una poderosa influencia en el sentido de orientación hoon.

Luego el gutureo de mi padre resonó en las sombras, y mi madre y mi hermana se lanzaron a mis brazos.

Confieso que al principio vacilé. Me alegraba estar en casa, verlos y abrazarlos, pero también me sentía incómodo con tantas atenciones, y un poco tenso por caminar sin bastón por primera vez en meses.

Cuando tuve un momento libre, saludé a mis padres y les entregué un paquete envuelto en el mejor papel que pude encontrar en el Streaker, conteniendo mis vértebras de bebé. Era un momento importante. Al irme era un hijo desobediente. Al regresar era un adulto que tenía cosas que hacer.

La recepción de mis amigos fue menos sentimental. Claro que los padres adoptivos hoons de Huck estaban emocionados de haberla recobrado de entre los muertos, pero nadie esperaba que sintieran lo mismo que mis padres, que creían haber perdido a su único hijo varón meses atrás. Pinzón tocó las pinzas de una matrona de la colmena qheuen, y eso fue todo para él.

En cuanto a Ur-ronn, ella y Uriel apenas se saludaron. Tía y sobrina tenían una prioridad, alejarse de la lluvia. Huyeron de la garúa a un almacén cercano, sumergiéndose rápidamente en un proyecto. A las urs no les gusta perder tiempo.

¿Parezco desalmado si digo que no podía consagrar toda mi atención a mi familia? Aun mientras me abrazaban felizmente, yo miraba para ver qué sucedía. Seré yo —y tal vez Huck— quien narre a las generaciones posteriores este acontecimiento. Este significativo reencuentro en el puerto.

Por lo pronto, había otros reencuentros.

Mi nuevo amigo humano, Dwer Koolhan, salió del Hikahi, alto y robusto como un hoon púber. Cuando apareció, la muchedumbre de curiosos gritó y una joven corrió hacia él extendiendo los brazos.

Dwer pareció asombrado de verla, luego compartió su entusiasmo y la estrechó en un abrazo giratorio. Al principio creí que era una amante, pero ahora sé que es su hermana, que tenía sus propias aventuras para contar.

La lluvia amainó un poco. Uriel regresó, usando botas y un impermeable negro

que le cubría todo salvo la punta del hocico. La seguían varios hoons, arreando un grupo de criaturas cuadrúpedas. Glávvers. Dos docenas de esas bestias de ojos saltones desfilaron por el muelle. Algunas llevaban bártulos en la cola. Sin quejas, trotaron hacia el submarino.

No entendí —aún no entiendo— esta parte de la transacción. No entiendo para qué los fugitivos terrícolas necesitan glávvers.

Gillian Baskin hizo que los hoons se llevaran varios cestos a cambio. Yo había visto el contenido y sentí que un viejo apetito despertaba en mí.

Libros. Cientos de libros de papel, recién impresos a bordo del Streaker. No era una gran cantidad de material, comparada con la unidad de la Biblioteca Galáctica, o incluso con la Gran Edición, pero las cajas incluían informes actualizados sobre la situación de las Cinco Galaxias, y otros temas que Uriel había pedido. Valor más que suficiente para canjear por un grupo de glávvers carroñeros.

Luego asocié el cambio con los delfines y kiquis que también desembarcaron en Wuphon y comprendí. Este trato es más de lo que aparenta.

¿Mencioné al prisionero alto? Cuando todos se dirigieron al gran salón para un apresurado festín, miré hacia atrás y vi que una figura encapuchada bajaba del muelle al submarino, conducida por dos urs.

Era un bípedo, pero no se movía como un humano ni un hoon, y noté que tenía ambas manos atadas. El prisionero entró en el Hikahi deprisa, y nunca oí una palabra sobre ello.

El último reencuentro sucedió medio midura después, cuando todos nos reunimos en el ayuntamiento.

Según el complejo plan elaborado por la máquina Niss, el submarino tardaría un tiempo en partir, así que se celebró un banquete típico de la Comuna. Cada raza reclamó un rincón de la cámara hexagonal para sus necesidades alimentarias, y luego los individuos se pasearon alrededor de la fogata central, charlando, presentándose, hablando de la naturaleza del universo. Mientras Gillian Baskin trababa una intensa conversación con mis padres y Uriel, mi hermana me contó lo sucedido en Wuphon desde nuestra partida. Así supe de compañeros de escuela que habían ido a la guerra, sumándose a los milicianos mientras nosotros cuatro teníamos aventuras pueriles en la críptica profundidad. Algunos habían muerto o desaparecido en las humeantes ruinas de Ovoom. Otros, la mayoría qheuens, habían muerto en la plaga de fines de primavera. La enfermedad hoon no tuvo oportunidad de arraigarse en el sur. Pero antes que llegaran las vacunas, una nave permaneció anclada frente a la costa, en cuarentena, porque un marinero revelaba síntomas.

A la semana, media tripulación había muerto.

A pesar de la gravedad de estas palabras, me costaba prestar atención. Estaba tratando de armarme de coraje. Pronto debería dar a mis familiares la noticia que

menos querían oír.

En medio de la multitud vi a Dwer y su hermana, junto al fuego, cada cual asombrando al otro con historias de sus viajes. Su alegría parecía atemperada por una inquietud común a todos: preocupación por seres queridos y alejados cuyos destinos se desconocían. Tuve la sensación de que ellos dos sabían, como yo, que quedaba muy poco tiempo.

A poca distancia vi al compañero noor de Dwer, Pies de Barro, el que Gillian llamaba «tytlal», encaramado en una viga con otros de su especie. No demostraban el desenfado de costumbre, sino que estaban taciturnas. Ahora los Seis conocíamos su secreto: los tytlals son una raza escondida dentro de una raza, otra tribu de irruptores, totalmente consciente de sus actos. ¿Alguna víctima de sus travesuras pasadas intentaría vengarse de esos diablillos? Esa no parecía su mayor preocupación, pero no perdí tiempo en compadecerme de ellos.

Bienvenido al mundo real, pensé.

Tyug estaba acuclillado en un rincón, resoplando furiosamente.

Cada pocos duras, el anillo sintetizador del traeki sacaba otra bola reluciente de una sustancia cuyo valor las Seis Razas habían aprendido al cabo de una larga experiencia. Suplementos para mantener saludables a los glávvers, por ejemplo, y otras maravillas químicas que podían ser útiles para la tripulación de Gillian, si algún milagro les permitía escapar. Si Tyug terminaba pronto, Uriel esperaba conservar a su alquimista. Pero yo sospechaba que el traeki pensaba irse cuando partieran los terrícolas.

La fiesta se interrumpió cuando un par de grandes hoons con insignias de próctor irrumpieron por las puertas de cuero con un varón humano que yo nunca había visto. Era de estatura media, con tez oscura y expresión desdichada. Llevaba un rewq en la frente, y el cabello peinado para ocultar una desagradable cicatriz cerca de la oreja izquierda. Una pequeña chimpancé lo seguía con aire acongojado.

No pude oír los detalles, pero luego deduje que era un tripulante perdido del Streaker, cuya aparición en Jijo los tenía desconcertados.

Había estado en el Monte Guenn, ayudando a las herreras de Uriel en un proyecto secreto, cuando de pronto trató de escapar robando una máquina voladora.

Mientras los guardias lo entraban, Gillian lo reconoció. Sonrió, aunque él se echó hacia atrás, como temeroso del reencuentro. El hombre moreno giró a la izquierda para ocultar su mutilación, pero Gillian insistió en cogerle las manos. Expresó placer al verle, besándole una mejilla.

Tal vez luego averigüe dónde encaja él en todo esto. Pero el tiempo apremia y debo concluir este relato antes que el Hikahi zarpe para reunirse con la nave de los delfines. Así que terminaré con el punto culminante de una noche agitada.

Entró un heraldo. Su vibrante saco guturó:

—¡Venid! ¡Venid a ver lo insólito!

Salimos de prisa y vimos que la lluvia había cesado. Entre las nubes se abría un tajo por donde Loocen derramaba un fulgor pálido y líquido sobre la ladera del Monte Guenn. Frágiles estrellas brillaban, incluido un ojo rojo, profundo y ciclópeo.

A pesar de esta tregua, la tormenta no había terminado. Los relámpagos centelleaban y las nubes se ponían más densas. El oeste era una masa de tonante negrura. En minutos llegaría a la costa.

La gente señalaba. Huck se me acercó y señaló con los cuatro ojos, haciéndome mirar el volcán.

Al principio no entendí lo que veía. Formas borrosas y espectrales se elevaban, siluetas curvas que tapaban las pocas estrellas. Los relámpagos alumbraban su forma esférica. Parecían grandes y lejanas. Me pregunté si eran naves estelares.

—Globos —dijo Huck en un pasmado susurro—. ¡Como en La vuelta al mundo en ochenta días!

Gracioso. En ese momento Huck parecía más impresionada que cuando estábamos a bordo del Streaker y veíamos esas consolas parpadeantes y esas máquinas parlantes. Miré la flota de frágiles sacos de gas, preguntándome qué voluntarios eran tan valientes como para pilotarlos en semejante noche, rodeados por látigos de electricidad, mientras implacables enemigos acechaban en las alturas. Veintenas de globos se elevaron desde las cuevas secretas del Monte Guenn. Subieron en el viento del oeste y dejaron atrás la montaña, perdiéndose de vista.

Yo estaba cerca de Gillian Baskin, y sé qué dijo la terrícola cuando se volvió hacia Uriel la herrera:

—De acuerdo. Has cumplido tu parte del trato. Ahora es momento de cumplir la nuestra.

DÉCIMA PARTE

VUBBEN

Triturado. Ruedas arrancadas o desgarradas. El estuche cerebral goteando lubricante. Los husos motivadores rasgados y descargándose en el suelo.

Vubben yace junto a su deidad, sintiendo que se le va la vida.

Aún le parece notable estar vivo. Cuando la corbeta jophur atacó el Huevo Sagrado, estaba en el flanco de la gran piedra, del otro lado. Pero el surco del Nido escupió un calor explosivo semejante a un río, alcanzándolo mientras huía.

Vubben yace hecho un guiñapo, consciente de dos hechos.

Los g'Keks sobrevivientes necesitarán un nuevo sabio supremo.

Y algo más.

El Huevo todavía vive.

Eso le llama la atención. ¿Por qué los jophurs no lo liquidaron? Sin duda tenían ese poder.

Tal vez estaban distraídos.

Tal vez piensan regresar.

¿O los han persuadido sutilmente de largarse?

Los ritmos del Huevo parecen más calmos, pero más nítidos que nunca. Se pregunta si podría ser un efecto de su muerte inminente. O quizás sus husos desflecados, estirados en la cara pétreo, perciben vibraciones que los sentidos normales no detectarían.

Una cristalina lucidez lo llama, pero Vubben se siente restringido por su tenaz afán de vivir. Eso fue lo que siempre impidió que los sabios y místicos comulgaran plenamente con el Huevo Sagrado, comprende. Los seres mortales, incluso los traekis, deben preocuparse por la continuidad, pues de lo contrario no se puede jugar apropiadamente el juego de la existencia. Pero esa preocupación también es un impedimento. Enturbia los sentidos. Los hace receptivos al ruido.

Se libera del impedimento con una suerte de satisfacción. La rendición despeja el camino, abriendo una senda donde él se zambulle como un joven que acaba de dejar sus ruedas de entrenamiento y se desliza extasiado por una rampa que nunca conoció antes, cuyas curvas cambian delicadamente.

Vubben siente que el mundo se vuelve transparente. Y con su reciente claridad, empieza a ver conexiones.

En la leyenda, y en la tradición humana, se decía que los dioses hablaban con los profetas, y con los que estaban al borde de la muerte. Pero la gran piedra no vocaliza. Ninguna palabra llega a Vubben, ni siquiera imágenes. Pero él se siente capaz de seguir la forma del Huevo, su vibrante unidad. Como un embudo, lo atrae hacia abajo, hacia las entrañas de Jijo.

Esa es la primera sorpresa. Por su forma, las Seis Razas supusieron que el Huevo

era autónomo, una piedra nacida del calor interior de Jijo, ahora integrado al mundo de arriba.

Aparentemente aún conserva sus lazos con el mundo de abajo.

La deslumbrada mente de Vubben contempla el reino que hay bajo la Cuesta, no como una imagen sino en su gestalt, como un vasto dominio formado por patrones dendríticos de calor de lava, ramas de un bosque de magma, alimentando y manteniendo una creciente cordillera. Las raíces del bosque se hunden en lagos inimaginablemente profundos y anchos, inconmensurables cámaras donde la roca fundida se tensa bajo la presión de un planeta activo.

Pero aun aquí perdiste la formación de patrones. Vubben se sorprende al ver la fuente.

¡Escoria!

Bajo la Cuesta se desliza una gran lámina de piedra más pesada, una placa oceánica que empuja el continente y se zambulle a más profundidad aún, arrastrando un basalto milenario para que se reúna con capas de corteza que confluyen lentamente. Este proceso no es del todo misterioso para Vubben. Ha visto ilustraciones en los textos de Biblos. Al descender, la placa oceánica deja una mezcla espumosa de agua y elementos livianos.

Y también diseños.

¡Diseños de escoria! Antiguos edificios, implementos y máquinas desechados tiempo atrás, siglos antes que los buyurs obtuvieran el uso de este mundo. Aun antes de sus predecesores.

Esas cosas han desaparecido tiempo atrás, derretidas, borradas, sus átomos desperdigados por la presión y el calor. No obstante, algún vestigio persiste. El magma no olvida.

Se supone que la escoria debe limpiarse, piensa Vubben, alarmado ante las implicaciones. Cuando arrojamos nuestros huesos y herramientas al Sumidero, son purificados por el fuego de Jijo. ¡No debería quedar nada!

¿Pero quien es él para oponerse si Jijo opta por recordar algo de cada raza arrendataria, adueñándose de sus recursos, sus variadas formas de vida, antes que se vayan de acuerdo con la Ley Galáctica?

¿Eso eres?, pregunta al Huevo Sagrado. ¿Una destilación del recuerdo? ¿La esencia cristalizada de especies que pasaron antes y ahora están extinguidas?

Un pensamiento trascendente, pero melancólico. La raza de Vubben está al borde de la aniquilación. Él anhela alguna forma de preservación, algún refugio frente al olvido. Pero para tener ese vestigio, los sapientes deben morar largo tiempo en un mundo tectónico.

Durante la mayor parte de su período de sapiencia, su especie vivió en el espacio.

Entonces no te interesan los seres vivientes, acusa al Huevo. Eres como esa araña

reductora loca de los cerros, con el rostro vuelto hacia el pasado.

De nuevo, no hay respuesta en palabras o imágenes. En cambio Vubben vuelve a sentir ese contacto. Subiendo por canales de calor de fricción, trepando contra lentas cascadas de humedad, roca supercalentada... hasta que su mente llega a un ámbito fresco y oscuro, las honduras del mar, un sitio muy íntimo.

El Sumidero. Vubben se siente rodeado por las grandes pilas de escoria de las oleadas inmigratorias más recientes. Aun aquí, entre las reliquias buyur, el Huevo parece conectado. Vubben siente que el cementerio de antiguos instrumentos ha sido perturbado. Pilas de desechos arcaicos aún tiemblan por efecto de una intrusión.

No hay furia por esto. Ni siquiera interés. Pero hay una reacción, un reflejo prodigioso.

El mar está implicado. La turbación de las pilas de escoria ha provocado cambios en las olas y mareas. En el calor y la evaporación. Como un gigante dormido respondiendo lentamente a un minúsculo picor. Una tormenta enorme comienza a agitar la superficie y el suelo del océano, llevando las cosas de vuelta adonde deben estar.

Vubben no sabe qué ha irritado tanto al Sumidero. Tal vez los jophurs.

O bien el final de los embarques de escoria de las Seis Razas. De todos modos, piensa con más lentitud a medida que la muerte asciende desde sus extremidades. Las preocupaciones mundanas le interesan menos con cada dura que pasa.

Aun así, logra reunir algunos pensamientos.

¿Eso es todo lo que somos para ti?, pregunta al planeta. ¿Un picor?

Comprende que Drake y Ur-chown exageraron cuando anunciaron su «revelación» hace un siglo. El Huevo no es un dios, un ser consciente. Ro-kenn tenía razón al llamarlo una partícula de piedra psi, más compacta y mejor ordenada que el Flujo Espectral. Una destilación de lo que había sido útil para la unión de las Seis Razas.

Útil de muchas maneras, pero no digna de plegaria.

Percibimos lo que ansiábamos percibir, porque la otra posibilidad era inaceptable. Enfrentarnos al hecho de que los irruptores están solos. Siempre estuvimos solos.

Pudo haber sido el último pensamiento de Vubben. Pero en el momento final llega algo más. Un destello de sentido que se fusiona con sus evanescentes relámpagos neurónicos. En ese fugaz momento, siente una oleada de abrumadora certidumbre.

Más capas yacen bajo los estratos durmientes. Capas que son conscientes.

Capas que saben.

La desesperación no es su última compañera. En cambio siente, en rápida sucesión...

Expectación...

Satisfacción...

La percepción de un antiguo plan que se realiza lentamente...

KAA

—¿N-no puedes usar a otro?

—¿A quién más? No hay nadie.

—¿Qué hay de Karkaett?

—Suessi lo necesita para cuidar las máquinas. Este esfuerzo no funcionará a menos que operen por encima de su capacidad.

Desesperanza. Kaa la consideraba una palabra sencilla. Pero, como el concepto de infinitud, estaba cargada con una amplia gama de sentidos. Pateó el agua con frustración. Ifni, ¿me atraparás de este modo? ¿Arrastrándome de nuevo por el universo, cuando sólo deseo quedarme?

Gillian Baskin estaba arrodillada en el muelle, el impermeable reluciente. Relámpagos distantes alumbraban la bahía, revelando que el Hikahi ya había cerrado sus compuertas, preparándose para zarpar.

—Además —añadió Gillian—, eres nuestro piloto principal. ¿Quién estaría mejor calificado?

Palabras agradables, pero el Streaker tenía un piloto mucho mejor.

—Keepiru debió quedarse con la tripulación, allá en Kithrup. Yo debería haber ido en el esquife con Creideiki.

La mujer se encogió de hombros.

—Así son las cosas, Kaa. Confío en tu habilidad para sacarnos enteros de este mundo.

¿Y después de eso? Lanzó un gruñido dubitativo. Todos sabían que este proyecto era suicida. En Kithrup las probabilidades parecían malas, pero al menos habían logrado distraer a las flotas que perseguían al Streaker. Mientras escapaban por ese remolino de combate y confusión, habían podido engañar a sus perseguidores con un disfraz, el casco hueco de una nave thennania. Esa treta sólo requería mucha habilidad, y suerte.

En el espacio de Jijo no había lugar donde ocultarse. No había una batalla por donde escabullirse. Sólo un perseguidor gigantesco y mortífero y una maltrecha presa.

Por el momento, el Streaker estaba a salvo en el mar de Jijo, ¿pero qué oportunidad tendría una vez que tratara de escapar?

—No te preocupes por Peepoe —dijo Gillian, entendiendo el porqué de su renuencia—. Makanee tiene buenos delfines, y muchos son amigos de Peepoe. La buscarán sin cesar hasta encontrar a Zhaki y Mopol y liberarla. De todos modos, ¿ella no está mejor aquí? ¿No usarás tu habilidad para mantenerla a salvo?

Kaa miró a Gillian, sabiendo que ella usaría cualquier medio para convencerlo, incluso apelar humildemente a su sentido del honor o de la caballerosidad.

—Entonces lo admitesss —dijo.

—¿Admito qué?

—Que seremos una carnada, nada mássss. Nuesssstro objetivo es sacrificarnos.

Gillian calló varios segundos, se encogió de hombros.

—Vale la pena, ¿no te parece?

Kaa reflexionó. Al menos ella era franca, una capitana que se portaba decentemente con su piloto.

—Un mundo, siete u ocho razas sabientes, algunas de ellas al borde de la extinción, y una cultura singular. ¿Darías la vida por eso?

—Supongo que sssí —murmuró al fin.

Gillian había ganado. Kaa dejaría su corazón en Jijo, y volaría hacia la muerte con los ojos abiertos.

Luego recordó. Ella había hecho la misma elección tiempo atrás.

Una decisión que todavía debía atormentarla, aunque no pudo hacer otra cosa.

Aun así, Kaa se sorprendió cuando Gillian saltó al agua y le arrojó los brazos a la cabeza. Le temblaban las manos mientras lo acariciaba con gratitud.

—Me enorgulleces —dijo—. La tripulación estará satisfecha, y no sólo porque tengamos el mejor piloto de esta galaxia.

Kaa expresó su confusión con una interrogación sonar, arrojando ecos desconcertados entre las columnas de un muelle cercano. Gillian dio su respuesta trinaría a través de esa reverberación, tejiendo una trama de sonido cuya textura era casi una melodía.

En las sendas estelares

algunas bolas de nieve medran en las llamas.

¿No te sientes Afortunado?

RETY

La ingeniera delfín le gritó desde la cámara de presión de la nave rescatada.

—¡V-vamos, Rety! Tenemos que salir ya, para reunirnos con los demás.

Chuchki tenía motivos para estar agitada. Su unidad ambulatoria gemía y rechinaba. La cámara de presión estaba atestada, y también albergaba el trineo acuático que les permitiría salir de ese barco fantasma y regresar al Streaker. Siempre que todo saliera según lo planeado.

Sólo que yo no formo parte del plan, pensó Rety.

Poniéndose frente a Chuchki, con la escotilla abierta entre ambas, se quitó la túnica que le habían dado como miembro honorario de la tripulación. Al principio el gesto la había complacido, hasta que vio que los terrícolas eran sólo otro hatillo de perdedores.

Rety arrojó la prenda en la cámara.

—Dile a la doctora Baskin y los demás que gracias, pero a partir de ahora me las apañaré sola. Buena suerte. Ahora lárgate.

Chuchki la miró sorprendida, sin poder moverse ni hablar. Sus servomecanismos chirriaron. La unidad ambulatoria se puso en movimiento.

—¡Golpea ese botón, Yi! —gritó Rety por encima del hombro.

En la sala de control, su «esposo» apretó una palanca que activaba el ciclo de la cámara. La escotilla interior se cerró, interrumpiendo la protesta de Chuchki. Una hilera de luces rojas mostró que la cámara se llenaba de agua mientras se abría la compuerta externa.

Pocos duras después, Rety oyó el ruido de una máquina que se alejaba, el trineo que las había llevado a ambas allí. Ordenó el cierre de la puerta externa, por si Chuchki intentaba alguna hazaña. Algunos aún la consideraban una niña, y muchos delfines sentían un apego místico por sus instructores humanos.

Pero estaré bien. Mucho mejor que esos tontos.

Varios corredores se alejaban de la cámara, pero sólo uno estaba iluminado por bombillas. Siguiendo ese camino, regresó a la sala de control, a veces demorándose para acariciar un panel o mirar una cámara llena de máquinas misteriosas. En los últimos días había examinado esa nave estelar rescatada, antaño un paquebote buyur, según Chuchki.

Aunque era un desquicio, era una de las «mejores» ruinas recobradas, apta para el soporte vital y con plena maniobrabilidad, gracias a las aguas heladas y estériles del Sumidero. Las máquinas galácticas durables podían permanecer intactas para siempre, o hasta que Jijo las succionara.

Ahora es mía, reflexionó, investigando su trofeo. Tengo mi propia nave estelar.

Claro que era una pila de chatarra. Era improbable que llegara a alguna parte en

ese cascajo. Pero siempre había luchado contra lo improbable desde que había nacido en esa mugrienta tribu de salvajes, tan orgullosos de su repugnante ignorancia. Y sobre todo desde que comprendió que preferiría que la azotaran por hablar de más a ser esclava de un bestial energúmeno de dientes podridos.

Rety había sufrido algunas decepciones últimamente. Pero ahora veía lo que cada tropiezo tenía en común. Todo era por confiar en los demás: primero los sabios de la Comuna, después los rothens, y al fin una maltrecha banda de infelices terrícolas.

Pero eso pertenecía al pasado. Ahora estaba haciendo lo que hacía mejor: confiar en sí misma.

La sala de control abarcaba treinta pasos de anchura, con una docena de consolas. Todas estaban oscuras, excepto un puesto refaccionado, festoneado de cables con conexiones improvisadas. Había luces en todo ese panel. En el suelo, una holopantalla portátil revelaba un vibrante mapa de las inmediaciones de la nave. La nave era una flecha brillante que avanzaba por un laberinto de riscos en el fondo de un gran océano.

La mayoría de los señuelos viajaban con piloto automático, pero algunos se movían más flexiblemente, tripulados por voluntarios, haciendo ajustes en la formación de enjambre planeada por la máquina Niss. En este esfuerzo, la inteligencia y las ágiles manos de Rety habían sido útiles para Chuchki, compensando su falta de educación. Se sentía merecedora de su nave estelar.

—¡A la orden, capitán!

Su único compañero bailoteó en la consola, saltando entre palancas e interruptores, y la saludó con una ululación estridente.

—¡Lo conseguimos! ¡Como piratas de llanuras! ¡Como leyendas de tías guerreras! Ahora somos libres. No más bestias noor, no más barco repugnante lleno de peces amantes de agua.

Rety rió. Cuando se sentía sola, Yi siempre la alegraba.

—¿Adonde, capitán? —preguntó la diminuta criatura—. ¿Nos largamos de Jijo? ¿Nos dirigimos a un lugar bueno y soleado, para variar?

Ella asintió.

—Es la idea. Sólo que tenemos que ser pacientes un poco más.

Primero el Streaker debía recoger a Chuchki y otros operarios.

Rety tenía la impresión de que los terrícolas esperaban algún acontecimiento que ocurriría en la costa. Pero después de oír el ultimátum jophur sabía que Gillian Baskin tendría que actuar pronto.

Yo los ayudé, racionalizó. Y no interferiré con el plan de ellos... no demasiado.

Pero en definitiva, nada de eso importará. Todos saben que los freirán cuando intenten escapar. O bien los jophurs los capturarán, como un ligger cazando un gallaiter.

Nadie puede culparme por tratar de salir de esta trampa.

¿Y si alguien la culpaba de todos modos?

Rety se rió de ese pensamiento.

En ese caso, puede tratar de oler peor que un traeki, por lo que me importa. La nave es mía, y nadie puede hacer nada al respecto.

Se largaría de Jijo, de un modo u otro.

DWER

El cielo nocturno crepitó.

Por momentos se le erizaba el cabello. Una electricidad estática sacudía la barca del globo con estruendo, mientras fulgores azules subían y bajaban como cables, bailando como tragos. Una bola blanca y verdosa lo siguió por el cielo por más de un midura, imitando cada ascenso, descenso y vaivén. No podía distinguir si estaba a un tiro de flecha o a varias leguas. El espectro sólo desapareció cuando un chaparrón se cruzó en el medio, pero Dwer seguía alerta, temiendo que volviera.

Versiones más grandes del mismo poder centelleaban en todas las direcciones, aunque a distancia segura. Se habituó a contar kiduras entre cada descarga y la llegada del trueno. Cuando el intervalo se acortaba, el trueno sacudía el globo como una muñeca de trapo.

Uriel había instalado controles para mantener a Dwer por encima de la tormenta, al menos según los toscos cálculos meteorológicos de su ordenador de discos giratorios. La zona más furibunda estaba abajo, en un banco de nubes que se extendía hasta el horizonte.

Pero eso sólo implicaba que había brechas iluminadas por la luna por donde su frágil aeronave podía volar. Lo rodeaban los potentes motores térmicos de la tormenta, nubarrones hirvientes cuyos altivos picos raspaban los límites del espacio.

Este peligroso espectáculo superaba todo lo que Dwer había experimentado, y quizá lo que hubiera experimentado un dios estelar de las Cinco Galaxias. Estaba tentado de subir a los aparejos para ver una mejor vista de la imponente naturaleza. Para que la tormenta le acariciara el cabello. Para responder a gritos cuando la naturaleza bramaba.

Pero no estaba libre. Tenía deberes que cumplir.

Así que Dwer hizo lo que le habían dicho, y permaneció acurrucado en la jaula de alambre que habían construido las herreras, sujeto al cesto de mimbre que se mecía precariamente bajo un enorme saco de gas. El recinto de metal lo protegería, supuestamente, de una descarga eléctrica menor.

¿Y si un rayo perfora el saco? ¿O enciende el cilindro de combustible? ¿O...?

Unos chasquidos le advirtieron que se cubriera la cara durante medio dura, hasta que el sensor de altitud llenó el globo con una llamarada, manteniéndose a distancia segura del suelo.

«Segura», por cierto, sólo en términos comparativos.

—Teóricamente, este vehículo tendría que llevarte más allá de los Linderos, y más allá del Llano Venenoso —había explicado la herrera—. Desfués de eso fasará el feligro de los relámfagos. Puedes dejar la caja de Faraday y guiar la aeronave como te enseñamos.

Como me enseñaron en medio midura, corrigió Dwer, mientras corrían preparando el lanzamiento del último globo.

Todos los otros le llevaban la delantera, una flota de naves frágiles dispersándose rápidamente en las corrientes de aire, pero todas con el mismo rumbo. Iban al este, impulsadas por vientos huracanados. Dos veces había visto llamas en esa dirección, llamas que no podían ser de la tormenta eléctrica. Estallidos de fuego ocre testimoniaban que un globo estallaba a lo lejos.

Por suerte, esos otros no tenían tripulación, sólo instrumentos recobrados de las antiguas naves. Dwer era el único jijoano tan chiflado como para salir a volar en semejante noche.

Necesitaban un voluntario. Un observador que les comunicara si el truco tenía éxito.

No guardaba rencor contra Uriel y Gillian. Al contrario. Dwer era apropiado para la tarea. Era necesaria. Y el viaje lo llevaría adonde él quería.

Donde me necesitan.

En los Cerros Grises.

¿Qué habría ocurrido con Lena y Jenin en el tiempo que él había pasado cautivo de un robot loco, combatiendo a los jophurs en un pantano y luego atrapado con los terrícolas en el fondo del mar? Las mujeres ya debían haberse unido con las tribus urs e irruptora, y quizá las hubieran conducido a gran distancia de los geiseres donde había muerto Danel Ozawa. Quizá tardara meses en encontrarlas, pero eso no importaba. Dwer tenía su arco y sus provisiones. Sus aptitudes estaban a la altura de la misión.

Sólo necesito aterrizar en la zona apropiada, a unas cien leguas, sin romperme la crisma. Puedo cazar y juntar hierbas. Guardar mi pasta traeki para después, por si la búsqueda se prolonga todo el invierno.

Trató de revisar el plan, analizando los problemas a los que podía enfrentarse, las dificultades de explorar y sobrevivir en terreno agreste. Pero su mente seguía volviendo a esa feroz cabalgata por un cielo iracundo, o bien a las tristes despedidas que la precedieron.

Al principio, él y Sara habían intentado usar palabras, hablando de sus peripecias, compartiendo noticias sobre amigos vivos y muertos. Ella le contó lo poco que sabía de Nelo y su ciudad destruida. Él describió cómo Lark le había salvado la vida en una tormenta de nieve, tanto tiempo atrás que parecía otra época.

Pendía sobre ese reencuentro el conocimiento cierto de que debía terminar. Ambos debían ir a otros lados. Misiones con escasa probabilidad de éxito, pero impuestas por el deber y la curiosidad. Dwer había vivido así toda su vida adulta, pero necesitaba cierto esfuerzo para entender que su hermana había escogido el mismo camino, aunque a escala más vasta.

Podría haber intentado disuadir a Sara, cuya misión podía ser suicida: participar en el desesperado intento de fuga de los terrícolas.

Pero había algo nuevo en su porte, una disposición que le hizo evocar su infancia, cuando seguía a Lark para encontrar fósiles y Sara era la más recia de los tres. Sara siempre había sido incomprensible. Tal vez era hora de que recorriera las mismas galaxias que llenaban sus pensamientos.

—Recuérdanos cuando seas una diosa estelar —le había dicho antes de despedirse.

Ella respondió con un susurro ronco.

—Dale mi amor a Lark y...

Sara cerró los ojos, abrazándolo.

—Y a Jijo.

Se abrazaron hasta que las herreras urs dijeron que era momento de irse.

Cuando el globo despegó, el Monte Guenn se irguió sobre él, un espectáculo como jamás había visto. Los relámpagos alumbraban el Flujo Espectral con efecto siniestro, creando imágenes ilusorias.

Dwer observó a su hermana de pie en la entrada de la caverna, recortada contra la luz. Demasiado orgullosa para llorar. Demasiado fuerte para fingir. Cada cual sabía que posiblemente el otro fuera hacia su muerte. Ambos sabían que quizá fuera su último momento compartido.

Nunca sabré si ella sobrevivió, había pensado, mientras las nubes devoraban el gran volcán, llenando la noche con arcos centelleantes.

Mirando por un hueco entre las nubes, había entrevisto una punta de la constelación Águila.

A pesar del dolor de la separación, Dwer había logrado sonreír.

Es mejor así. Desde ahora hasta el día en que me muera, me la imaginaré allá arriba. Viviendo en el cielo.

ALVIN

A fin de cuentas, no tuve que explicarles nada a mis padres. Gillian y Uriel ya se lo habían explicado, antes de la hora de partir.

Las Seis Razas necesitan representantes, explicaron. Suceda lo que suceda.

Más aún, yo me había ganado el derecho de ir. También mis amigos.

¿Y quién era el más apto para contar la historia de Jijo?

Mu-phauwq y Yowg-wayuo tuvieron que aceptar mi decisión.

¿Acaso estar en Jijo era más seguro que luchar contra los jophurs en el espacio? Además, yo había cambiado mis vértebras. Podía decidir por mi cuenta.

Mi madre me dio la espalda. Le acaricié las vértebras, pero ella habló sin darse la vuelta.

—Gracias por regresar de entre los muertos —murmuró—. Hónranos teniendo tus propios hijos. Llama a tu primogénito con el nombre de tu tío abuelo, que fue capitán del Auph-Vuhoosh. El ciclo debe continuar.

Y se marchó con mi hermana. Me sentí conmovido y desconcertado por esa orden, y me pregunté cómo la obedecería.

Mi padre, Ifni lo bendiga, fue más filosófico. Me dio un morral, su colección de libros de autores de la nueva ola del reciente renacimiento literario de Jijo, los escritores hoons, urs y g'Keks que últimamente se han expresado de modo singular en la página impresa.

—Es para recordarte que los humanos no dominan del todo nuestra cultura. Nuestra armonía tiene más de una línea, hijo mío.

—Lo sé, papá —respondí—. No soy un humitador total.

Él cabeceó, gutureando.

—Se dice que los hoons éramos taciturnos y avinagrados antes que nuestra navefurtiva llegara a Jijo. Las leyendas dicen que no teníamos una palabra que significara «diversión». Si eso es verdad, en caso de que te encuentres con alguno de nuestros obtusos primos allá arriba, háblales del mar, Hph-wayuo. Háblales del modo en que el viento infla las velas, un sonido que ninguna máquina puede imitar. Enséñales el gusto de la espuma. Muéstrales todas las cosas que nuestros instructores nunca hicieron. Será el regalo de los felices condenados para quienes no conocen la alegría en el cielo.

Otros tuvieron despedidas más fáciles.

Los qheuens están acostumbrados a enviar a sus machos en empresas arriesgadas, en bien de la colmena. Las madres de Pinzón le tallaron una orgullosa inscripción en el caparazón, y lo despidieron con gran estilo.

Las urs se preocupan ante todo por su trabajo, sus lealtades y ellas mismas. Ur-ronn no tuvo que soportar sensiblerías lacrimógenas. En parte por la lluvia, ella y

Uriel se despidieron deprisa. Uriel tal vez lo viera como una buena transacción. Perdía a su mejor aprendiz, pero tuvo una compensación adecuada. Uriel parecía mucho más contrariada por la pérdida de Tyug.

Pero era inevitable. Los terrícolas necesitan un traeki. Y no cualquier traeki, sino el mejor alquimista que podamos enviar. Ninguna pila podía sustituirlo. Además, es buen augurio que estén representadas todas las razas.

Los padres adoptivos de Huck trataron de expresar pena por su partida, pero su genuino afecto por ella no les provocaría pesadumbre. Los hoons no son humanos. No podemos establecer un vínculo corporal pleno con los que no son de nuestra sangre. Para bien o para mal, nuestros afectos son más profundos pero más estrechos que los de un terrícola.

Así que los cinco volvimos a bordo como representantes oficiales, y como adultos. Yo había cambiado mis vértebras y Pinzón exhibía su inscripción tallada. Ur-ronn no hizo alardes, pero todos notamos que uno de sus marsupios ya no tenía una blancura virginal, sino un tono azulado, mientras su nuevo esposo se contorsionaba y lo estiraba.

Huck llevaba su propio emblema de madurez, un tubo de madera sellado con cera en ambos extremos. A pesar de su aspecto humilde, debía ser la cosa más importante que llevábamos de la Cuesta.

Huphu iba en mi hombro cuando entré en el submarino. Noté que el noor tytlal, Pies de Barro, también se había reunido con nosotros, aunque la criatura parecía sumamente infeliz. ¿Lo habían exiliado los demás, por el delito de revelar su antiguo secreto? ¿O lo honraban como a nosotros con la oportunidad de vivir o morir por Jijo?

Sara Koolhan estaba entre su chimpancé y el hombre de las estrellas herido cuando cerraron las compuertas, aislándonos de las luces del muelle, nuestra aldea y el cielo tonante.

—Bien, al menos estamos más cómodos que la última vez que nos sumergimos, dentro de un estúpido tronco ahuecado —comentó Huck.

Pinzón silbó rencorosamente por los conductos de sus patas.

—¿Quieres un lugar cómodo? ¿La pobre g'Kek quiere viajar en mi lomo, y que le cante una canción de cuna?

—Callaos, vosotros dos —rezongó Ur-ronn—. Ifni se conflace en darme un hato de ignorantes for confaña.

Huphu se acurrucó mientras yo gutureaba, sintiendo una extraña satisfacción. Las riñas entre mis amigos eran una característica de aquellos días ingenuos en que éramos chiquillos que soñaban con aventuras en nuestro Sueño de Wuphon. Era grato saber que algunas cosas serían constantes en el espacio y en el tiempo.

Pero Huck no había mencionado la auténtica diferencia entre la inmersión

anterior y ésta.

Entonces creíamos sinceramente que podíamos regresar a casa.

Esta vez sabíamos que no.

EWASX

¡SUENAN LAS ALARMAS! ¡LOS INSTRUMENTOS EMITEN SONIDOS DE PELIGRO!

Mirad, anillos míos, cómo el líder capitán llama a los robots y las pilas tripulantes que estaban consagradas a sondear el abismo submarino.

Mayores inquietudes nos ocupan ahora.

Durante días los detectores han sondeado las profundidades, tratando de separar la presa de un sinfín de señuelos. ¡Incluso llegamos a pensar que quizá la nave terrícola no sea una de esas señales movedizas! Podría estar ocultándose en silencio en una pila de escoria. Operando el enjambre por control remoto, podría sortear todos los canales normales del éter, usando su demoníaco talento para la manipulación de sonidos.

Yo/nosotros estamos aprendiendo a ser cautos. No mencioné esta posibilidad al líder capitán.

¿Por qué me abstuve? Un dato se presentó a nuestra atención. Los poderosos a menudo piden la «verdad» o las mejores sugerencias de sus subalternos. Pero en realidad no desean que los contradigan.

De todos modos, las pilas tácticas estimaron un aumento de probabilidades en el hallazgo de nuestra presa. Un día más, a lo sumo.

Los del Polkjhy tenemos tiempo.

Hasta que detectamos intrusos. Extraños que sólo podían venir de las Cinco Galaxias.

¡HAY POR LO MENOS SEIS POR SEIS DE ELLOS!

Así declara el operador del detector.

—Revoloteando casi estacionarios, no más de quince grados planetarios al este. En un momento no estaban. De pronto aparecieron.

El oficial del éter exhala vapores dubitativos.

—Yo/nosotros no percibimos nada, ni nuestros satélites. Esto provoca una hipótesis razonable: que tus toroides son defectuosos, o bien tus instrumentos.

Pero los chequeos de rutina no descubren defectos en ninguno de ambos.

—Quizás hayan burlado a nuestros satélites con engaño memético —sugiere una pila táctica—. Combinando esto con excelente tecnología de enmascaramiento...

—Quizás —interrumpe otro—. Pero la gravítica no es tan fácil de engañar. Si hay seis medias docenas de naves, no pueden ser mayores que tipo Dieciséis. En tal caso, no podrán con nosotros. Podemos aniquilar todo el escuadrón de inmediato.

—¿Por eso operan en modalidad de sigilo? —inquire el líder capitán, impregnando la tensa atmósfera con feromonas de calma forzada—. ¿Están esperando refuerzos?

Es una posibilidad que no podemos ignorar. Pero, careciendo de corbetas, debemos investigar nosotros mismos.

A regañadientes, la grácil Polkjhy gira, dirigiéndose hacia la flota espectral. Si son los exploradores de una flota —quizá los soros o los tandus, nuestros acérrimos enemigos—, quizá sea preciso actuar deprisa y en forma contundente. El tipo de desempeño que justifica la existencia de anillos maestros.

¡No debemos permitir que otros se lleven el trofeo!

Mientras nos desplazamos al este, un nuevo pensamiento burbujea. Una estría de cera, secretada por nuestro antes rebelde segundo anillo cognoscitivo.

¿Qué ocurre, anillo mío?

¿Recuerdas que los salvajes irruptores llamaron a nuestra corbeta no una, sino dos veces, usando diminutos hilillos de poder digital para atraer nuestra atención?

La primera vez usaron esa señal para sobornarnos, revelando la posición de un reducto g'Kek.

¿La segunda vez? Ah, sí, era una trampa que atrajo a la corbeta.

¡MUY ASTUTO, ANILLO MÍO!

Ah, pero la comparación no sirve.

Esta vez hay muchas más fuentes.

Son más fuertes, y los rastros tienen esporas típicas de los ordenadores de las naves estelares.

Pero ante todo, anillo mío, ¿no oíste a nuestra pila de detección?

Estas señales no pueden pertenecer a trasnochados irruptores.

¡VUELAN!

SARA

—¡Gravítica!

El oficial de detección dio un coletazo.

—¡Signos de movimiento! El emisor grande abandona su posición estacionaria. El acorazado jophur se desssplaza al este a Mach dos. Diez kilómetros de altitud.

Sara miró cómo Gillian Baskin asimilaba la noticia. Esto estaba previsto en el plan, pero la terrícola rubia no mostraba ninguna reacción.

—Muy bien —respondió—. Informadme sobre cualquier cambio de vector. Operador de señuelos, activar programa enjambre número cuatro. Que las ruinas se eleven lentamente.

La cámara inundada era diferente de otros «puentes» sobre los que Sara había leído en libros antiguos. Esta nave terrícola se controlaba desde un recinto donde los humanos sólo podían entrar usando máscaras respiratorias. Este lugar estaba construido para los delfines.

Era la nave de ellos, aunque una mujer estuviera al mando.

Un olor almizclado le hizo picar la nariz, pero cuando quiso rascarse, su mano chocó contra el yelmo transparente, sorprendiéndola por quincuagésima vez. El líquido efervescente le ponía la carne de gallina en los brazos y las piernas. Pero no tenía espacio mental para el fastidio, el temor o la claustrofobia. Ese lugar era demasiado extraño para permitir reacciones tan prosaicas.

La forma y el tamaño del Streaker aún eran enigmáticas. Había entrevisto el casco al llegar, por una tronera del submarino, y el reflector mostraba un misterioso cilindro con remaches, un gigantesco gusano cuya negra superficie parecía beber la luz en vez de reflejarla. La amplia cámara de presión estaba casi desierta cuando Kaa y los otros delfines salieron del Hikahi, usando máquinas ambulatorias para dirigirse a sus puestos. Ahora la mayor parte de la nave estaba sin agua, para reducir el peso al mínimo.

Las paredes temblaban con la vibración rítmica de las máquinas, primas distantes del molino de su padre, o de los vapores de Villa Tarek. La familiaridad era profunda, como si la afinidad fluyera por la sangre de Sara.

—El acorazado sobrevuela los Linderos. ¡Abandonando campo visual!

—No deis demasiada importancia a eso —Gillian recordó a la tripulación—. Todavía tienen satélites arriba. Mantén la formación de enjambre número cuatro. Kaa, llévanos al ala oeste de nuestro grupo.

—A la orden —respondió el piloto. Su cola y sus aletas se movían grácilmente, sin revelar ninguna tensión—. Suessi informa que los motores operan nominalmente. Gravítica cargada y lista.

Sara miró una hilera de pantallas que monitoreaban otras partes de la nave. Al

principio cada pantalla parecía imposiblemente pequeña, pero su casco seguía los sutiles movimientos de sus ojos, realizando toda imagen en que ella decidiera concentrarse, expandiéndola con nitidez tridimensional. La mayoría mostraban cámaras vacías, con paredes todavía húmedas por la inundación reciente. Pero la sala de máquinas era un hervidero de actividad. Identificó a Suessi por su singular apariencia, un torso de láminas coronadas por un domo reflectante que encerraba lo que quedaba de su cabeza. El brazo que todavía era humano señalaba un panel, recordando a un operador neodelfín que realizara un ajuste.

Ese mismo brazo había estrechado trémulamente a Emerson cuando el Hikahi atracó, recibiendo al tripulante pródigo. Sara nunca había visto un cíborg. No sabía si era normal que lloraran.

Emerson y Prity también estaban ahí abajo, ayudando a Suessi con sus ágiles manos. Sara los veía trabajar en las sombras, acompañados por Ur-ronn, la joven urs, que traía y llevaba cosas. Emerson parecía de mejor humor cuando estaba ocupado. A fin de cuentas, esas cubiertas y máquinas habían sido su vida durante muchos años. Aun así, desde el reencuentro en el muelle, Sara no había visto su habitual sonrisa. Por primera vez, parecía avergonzado de sus heridas.

Esta gente debe estar en apuros para necesitar ayuda de un simio, una herrera urs y un lisiado que no habla. Los otros jóvenes de Wuphon también estaban atareados. Cumpliendo encargos y cuidando el rebaño gláver, manteniendo a las criaturas tranquilas en ese extraño entorno.

Quizá yo sea la más inútil de todos. Sólo el Huevo sabe lo que hago aquí.

La culpa era del sabio Purofsky, cuyas especulaciones cósmicas justificaban que ella se marchara con los desesperados terrícolas. Aunque su razonamiento se sostenga, ¿qué puedo hacer con el plan buyur? Sobre todo si esta misión es suicida...

El oficial de detección trinó, agitando burbujas con la cola.

—Fuente gravítica primaria desacelerando. Nave jophur aproximándose a posición estimada de observador móvil.

Observador móvil, pensó Sara. Ése es Dwer.

Lo imaginó en ese frágil globo, a solas en el ancho cielo, rodeado por la furia de la naturaleza, mientras ese gran leviatán se dirigía hacia él.

Prepárate, hermano. Ahí viene.

DWER

Cuando dejó atrás los Linderos, la tormenta amainó un poco, permitiéndole atisbar algunas estrellas. Las brechas se ensancharon. Pronto Dwer vio un fulgor pálido en el oeste. Una luminosidad gris se propagó por una vasta planicie de ondulantes cimitarras.

Había recorrido esa estepa meses atrás, guiando a Danel, Lena y Jenin a los Cerros Grises. Todavía llevaba las cicatrices de ese difícil viaje, cuando filosos tallos les tajeaban la ropa, cortando la carne expuesta.

Este modo de viajar era mejor, flotando en lo alto. Siempre que uno sobreviviera a los relámpagos, esos truenos que hacían castañetear los dientes y la aterradora proximidad de picos de montaña que se erguían en la noche como pinzas gigantescas lanzándose contra un bocado.

Tal vez caminar fuera preferible, a pesar de todo.

Bebió un sorbo de agua. El alba implicaba que era momento de prepararse. Máquinas dormidas habrían despertado cuando las primeras luces alumbraron los globos, cerrando circuitos eléctricos. Ordenadores rescatados de antiguas naves estelares realizaban cálculos inservibles.

Los jophurs ya deben estar en movimiento.

Se tocó la frente, cubriéndose los ojos con el rewq que le habían dado. Su entorno cambió. Los contrastes se realzaron. Todo rastro de bruma desapareció del horizonte, y pudo mirar el sol del amanecer, distinguiendo los destellos de una docena de globos desperdigados hacia el este, pequeños sobrevivientes de la tempestad que los había llevado tan lejos.

Dwer sacó cuatro cristales de un morral de su cintura y los insertó en el mimbres de la barca, de modo que todos relucían bajo la luz oblicua. Un martillo esperaba en su cintura, pero por el momento lo dejó allí, mirando más allá de los señuelos, buscando los Cerros Grises.

Allá voy, Lena y Jenin. Pronto estaré allá, Lena y Jenin. Sólo tengo que superar algunos obstáculos más.

Trató de imaginar sus rostros, pensando en el futuro en vez de demorarse en el pasado. En su mochila llevaba una piedra sensora que se encendería en la víspera del solsticio de invierno, si por algún milagro los sabios supremos le daban autorización. Si todas las naves estelares se marchaban, y había motivos para creer que ninguna regresaría. Para entonces Dwer debía encontrar a Lena y Jenin, y ayudarlas a preparar a la tribu para el destino que tuviera reservado, un regreso a la Cuesta, o bien una vida de ocultamiento perpetuo en esa comarca agreste.

De cualquier modo, es el trabajo para el que estoy entrenado. Un deber que sé cómo cumplir.

Pero le costaba aplacar su inquietud. Pensaba en Rety, la irascible muchacha irruptora que había optado por quedarse con la tripulación del Streaker. Eso no le sorprendía; Rety sólo quería irse de Jijo, y ese modo, a pesar del riesgo, parecía el más viable.

Pero Dwer evocaba la aventura que habían compartido como cautivos del robot danik, cuando él guiaba la máquina por los ríos, usándola como un sombrero, conduciendo sus campos con su sistema nervioso.

Entonces comprendió. El recuerdo no era un accidente. Ni una asociación gratuita.

Era una advertencia.

Sintió un hormigueo en la espalda. Turbadoramente familiar.

—¡Excrementos! —exclamó, girando hacia el oeste.

Entonces vio un objeto descomunal, azul y curvo como un rostro demoniaco, que sobrevolaba los Linderos y se dirigía silenciosamente hacia él, a más velocidad que el sonido.

Era como observar el vuelo de una flecha dirigida a su nariz. En instantes la nave estelar dejó de ser una mancha, creciendo hasta llenar el mundo.

Dwer cerró los ojos, preparándose para lo peor.

Pasaron kiduras, dos por cada palpitación de su agitado corazón.

Al cabo de veinte kiduras, la barca chocó con una muralla de sonido que lo sacudió como un trueno.

Pero sólo era sonido. Ningún impacto.

¡Debe haberme errado!

Abrió un ojo, girándose... y la vio en el este, dirigiéndose hacia los señuelos.

El coloso se movía a mayor altura. La inminente colisión había sido un espejismo. Nunca había estado a una legua de él, ni lo había visto.

Pero no puede errar con los señuelos, pensó. Están a plena vista.

Hoja, su amigo qheuen, había informado que los globos parecían transparentes para los instrumentos jophurs. Pero eso era de noche. Ahora estaba amaneciendo. Sin duda verían los sacos de gas.

O quizá no. Dwer recordó el entusiasmo de la máquina Niss con el concepto de los globos. La máquina sabía mucho sobre las costumbres jophur. Tal vez Gillian Baskin supiera lo que hacía. La idea era confundir a los jophurs. Enviarlos en busca de presuntas naves enemigas que pudieran detectar sin mucha precisión.

El titán del espacio desaceleró, bajando en una larga espiral. Un nimbo de aire distorsionado curvó la luz que estaba dentro del radio de esa imponente esfera. El rewq aclaraba que era un escudo, fundamento aparente para que los jophurs se creyeran invencibles.

Dwer palpó el martillo que llevaba en la cintura y esperó.

LARK

Quería hacer el amor de nuevo.

¿Quién no lo querría, después del modo en que Ling se había contorsionado y le había clavado las uñas, con gritos animales que revelaban su origen de diosa estelar urbana? También él había sentido un sismo de pasión. Una fogosidad que nacía de un salvajismo interior, seguido por una liberación que estaba jubilosamente exenta de todo pensamiento sapiente.

A pesar del peligro de estar atrapado en una nave llena de enemigos mortales, Lark se sentía bien. Mejor que...

Mejor que nunca. Este climax no lo dejó en un estado de lasitud, sino pletórico de energía, una euforia que nunca había experimentado después del coito. Allá van mis votos de celibato, pensó. Desde luego, ese voto era por Jijo. Y ya no estamos en Jijo.

Tendió la mano hacia Ling. Pero ella lo contuvo, incorporándose.

Sus pechos aún relucían con el sudor de ambos.

Ling escuchaba con expresión distante.

Una selva los rodeaba, sostenida por un andamiaje que llenaba una cámara más grande que la caverna artificial de Biblos. Un laberinto de profusa vegetación cubría la cavidad. En este rincón, al parecer descuidado por los robots de mantenimiento, los dos homínidos fugitivos habían construido un nido. Ling, la bióloga espacial, no tuvo problemas en identificar frutas y tubérculos comestibles. Podían vivir semanas o meses así, o quizás el resto de su vida. A menos que el universo se inmiscuyera. Y, por cierto, el universo se inmiscuyó.

—Han encendido su escudo defensivo —le dijo ella—. Y creo que están reduciendo la velocidad.

—¿Cómo lo sabes?

Lark prestó atención, pero no distinguió ninguna diferencia en la urdimbre de sonidos maquinales, mucho más complejos que la verde selva.

Ling se puso su túnica harapienta, la única prenda que le quedaba.

—Ven —dijo.

Con un suspiro, él se puso la camisa rasgada. Cogió la correa de cuero que sostenía su amuleto, el fragmento de Huevo Sagrado que había arrancado cuando niño. Por primera vez en años pensó en no ponérselo. Si la nave se había ido de Jijo, ¿no quedaría libre al fin de ese lastre ambiguo?

—¡Vamos! —insistió Ling, dirigiéndose hacia la salida. En un cabestrillo de tela llevaba al toroide rojo herido, uno de los anillos traeki provistos por Asx.

Lark se colgó la correa del cuello y cogió el tosco saco que contenía el anillo morado y sus escasas pertenencias.

—Allá voy —murmuró, saliendo del nido, preguntándose si alguna vez

regresarían.

Ling ya sabía orientarse. Lark olía los indicadores de olores en las intersecciones, y el anillo morado servía como llave, así que no tuvieron problemas en dirigirse al «norte» a lo largo del eje de la nave. Dos veces aceleraron usando tubos antigraavedad. El estómago de Lark hizo piruetas mientras su cuerpo descendía por un negro túnel. Los aterrizajes siempre eran suaves. Mejor aún, no encontraron ningún jophur ni robot en el camino.

—Están en sus puestos de combate —explicó ella—. Aquí. La sala de control debería estar debajo de este nivel. Si tengo razón, puede haber una galería para observadores.

Lark olió un aroma familiar, muy semejante a la fragancia que usaban los traekis cuando se referían a Biblos.

Ling señaló un símbolo escrito en la pared.

—¡Tenía razón! —exclamó.

Lark había visto antes ese símbolo, una espiral con cinco brazos ondulantes. Aun las razas caídas de Jijo sabían qué significaba. La gran Biblioteca Galáctica. El símbolo de la paciencia y el conocimiento.

—¡Deprisa! —urgió Ling mientras él apoyaba el anillo morado en la lámina de entrada. La lámina se deslizó, dando acceso a una cámara penumbrosa cuya única iluminación provenía de una ancha ventana.

Bastaron pocos pasos para acercarse y mirar por el vidrio la brillante galería de abajo. Una cámara llena de jophurs.

Había veintenas de pilas. Más altas y más perfectas que un traeki jijoano, operaban instrumentos rodeados por paneles centelleantes y controles iluminados. En el centro, una reluciente pila se erguía sobre una tarima, supervisando el trabajo de la tripulación.

—Muchas naves grandes tienen cubiertas de observación como ésta —explicó Ling en voz baja—. Son para los delegados de los grandes institutos, cuando vienen a bordo en giras de inspección. Pero casi siempre contienen un Observador.

—¿Un qué?

Ella señaló a la izquierda, donde Lark vio un cubo de tamaño humano con una lente oscura en el medio, mirando la sala de control jophur.

—Es WOM, memoria sólo de escritura. Un testigo. Se supone que cualquier nave importante de un gran clan lleva uno, sobre todo si viaja en una gran aventura. Lleva un registro que luego se puede archivar para que las generaciones posteriores aprendan de la experiencia de cada raza, cuando expire cierto período.

—¿Cuánto tiempo?

—Millones de años, supongo. Sé que conservan los Observadores, pero nunca he sabido que un WOM sea leído durante la época presente. Cuando lo dices así, parece

una contradicción. Una típica hipocresía galáctica. O quizá no entiendo alguna sutileza del concepto.

Yo tampoco, pensó Lark, olvidando al Observador.

—Mira —dijo, señalando un extremo de la cámara jophur—. Esas grandes pantallas muestran el exterior. Parece que acabamos de pasar los Linderos.

—Vamos hacia el sol —dijo Ling—. O bien es de mañana o...

—Nada en la Cuesta se parece a esa pradera. Es hierba venenosa. Así que es de mañana, y aquello es el este.

—Mira las nubes —comentó Ling—. Se están despejando, pero debió haber una torm... —Calló, pestañeando—. ¿Oyes eso? Los jophurs están alborotados. Tal vez pueda ajustar estas perillas y...

Un sonido estalló en la cubierta de observación. Un borbotón de gal-dos.

—¡ORDENÉ CORREGIR LAS DISONANCIAS/DESACUERDOS ENTRE VUESTROS DIVERSOS INFORMES! ¡JUSTIFICAD ESTA BÚSQUEDA METÓDICA! EXPLICAD RAZONES POR LAS CUALES NO DEBERÍAMOS REGRESAR A NUESTRA MISIÓN PRIMARIA, BUSCAR LA NAVE LOBEZNA.

Lark vio que el jophur de la tarima central gesticulaba al pronunciar estas palabras, así que debía estar al mando. Ojalá tuviera un arma, pensó. Pero la barrera de vidrio quizá fuera demasiado fuerte para algo tan tosco como un hacha o rifle jijoano.

—Yo/nosotros no podemos recomendar alejarnos de esta zona hasta que verifiquemos/refutemos la posibilidad de naves enemigas —replicó una pila cercana, usando una versión menos imperiosa del mismo dialecto—. Ordenadores de nave estelar revolotean cerca, aunque no los detectamos en otras bandas. ¿Cómo es posible? ¿Vuelo sin gravítica? Los jophurs, grandes y poderosos, deben poseer/descifrar este secreto, por razones de seguridad.

Otra pila de anillos se aproximó, y Lark la reconoció. Esa pila de toroides una vez había sido el ex sabio traeki, aunque su discurso no tenía la modesta gentileza de Asx.

—Yo/nosotros ofrecemos este conocimiento... los indicadores aromáticos que perseguimos tienen el hedor de una compleja estratagema. Recordad los tubos de llamas que los salvajes irruptores usaron contra nuestra corbeta. Ahora nuestros camaradas del capturado archivo de Biblos informan que han identificado el truco lobezno como «cohetes».

»Contradiendo al oficial táctico, yo/nosotros señalamos que esos cohetes volaron sin gravítica. Yo/nosotros sostenemos además que...

Otra pila interrumpió.

—¡Localización! Uno de los puntos ha permanecido activo el tiempo suficiente para verificar su posición.

El comandante sopló compactas bocanadas de vapor morado.

—¡PROSEGUID CON VECTOR DE ATAQUE! ¡PREPARAD UNA CAJA DE CAPTURA PARA PRENDER LA FUENTE! TRÁTESE DE UN SOFISTICADO ENEMIGO O DE OTRA TRETA IRRUPTORA, LO GUARDAREMOS PARA INSPECCIONARLO Y REGRESAREMOS A NUESTRO OBJETIVO PRINCIPAL.

Las pilas de anillos reaccionaron con más rapidez que un traeki, poniéndose a trabajar en un torbellino de patas y zarcillos. Pronto los monitores externos mostraron nubes y una pradera en muchas bandas espectrales. En algunas pantallas parpadearon círculos concéntricos.

—Mirillas para los blancos —explicó Ling. Pero los círculos no parecían contener nada. Sólo espacio abierto.

Lark se metió la mano bajo la camisa, acariciando el fragmento de Huevo.

—Siento...

Ling le tiró del brazo.

—¡Mira la pantalla de la izquierda!

Él entornó los ojos y distinguió algo pequeño y redondo. Una forma espectral, casi transparente. Tela de camuflaje, comprendió, reconociendo los efectos de esa textura g'Kek. De pronto Lark comprendió. Los jophurs se dirigían hacia un objeto que era invisible a casi todos sus sensores, porque sólo estaba hecha de aire y una tela trenzada que diluía la luz.

Ojalá su rewq no hubiera caído en una fatigada hibernación. El borroso globo creció, mientras el corazón de Lark palpitaba con fuerza. Su amuleto palpitaba en respuesta.

—¿Qué es eso? —preguntó la perpleja Ling.

Antes que él pudiera responder, las pantallas de proa se ennegrecieron.

Un jophur gimió. Varios soplaron vapor de color. El comandante se curvó y tronó.

—¡ALERTA, HOSTILIDADES! ¡DEFENSA ROBÓTICA! TODOS LOS PUESTOS, PREPARARSE PARA LA RETIRA...

GILLIAN

—¡Detonación! —gritó el oficial de detección del Streaker—. ¡Una de nuestras bombas de proximidad acaba de estallar, casi encima de los jophurs!

Los neodelfines ovacionaron.

—Tal vez eso haya sacudido a esos canallas —gritó alguien esperanzadamente.

Gillian pidió silencio.

—Calma, gente. Ese petardo sólo puede rasparles la pintura. —Suspiró. Era un momento crucial en su plan—. ¡Lanzad el enjambre! —ordenó—. Subamos, Kaa. Tal como lo planeamos.

—¡A la orden! —El piloto se tensó mientras impartía órdenes por su conexión neural. El Streaker respondió al instante. Los motores subieron a plena potencia por primera vez en un año. El sonido era emocionante, aunque sin duda los delataría, una vez que se recobraran los sensores jophurs.

La telemetría indicaba que los motivadores funcionaban bien. Gillian miró las pantallas que mostraban la sala de máquinas. Hannes Suessi iba de aquí para allá, supervisando a su bien entrenada tripulación. Incluso Emerson D'Anite parecía cautivado, pasando sus largas y oscuras manos por la consola de resonancia primaria, su viejo puesto durante tantas fugas accidentadas. El lenguaje no parecía importante en este punto, cuando prevalecían la agilidad física y la habilidad táctil.

Quizás también esta vez la nave oiría el agudo grito de victoria de Emerson.

Si todas las reparaciones funcionaban. Si aprovechamos al máximo los componentes que extrajimos de las naves desechadas. Si los señuelos funcionan como se planeó. Si el enemigo hace lo que esperamos...

Si... si...

El domo de cristal del recinto cambió de color. La negrura del abismo se disipó mientras el Streaker se elevaba, volviéndose azul, luego verde claro. El rugido del motor cambió de tono mientras el océano de Jijo aflojaba su abrazo.

El Streaker emergió del mar con fuerza explosiva, más rápido que una bala, seguido por una estela de vapor recalentado.

De submarino a nave del espacio, una vez más.

Vamos, muchacho.

¡Vamos!

RETY

Despertando de un sueño de medio millón de años, la antigua ruina crujió y chilló. Obligada a un furioso esfuerzo, aulló como una bestia dolorida.

Rety gritó también, tapándose los oídos. Duros puños la aplastaban contra la columna curva a la que se había amarrado. Con cada sacudón, tramos de soga y cable eléctrico se hundían en su piel.

Desde el morral de Rety, Yi alzó la cabeza.

—¡Esposa, no llores, no te preocupes!

Pero su aguda exclamación se perdió en un remolino de sonido.

Pronto sus palabras se diluyeron en un gemido, una ululación urs.

Temiendo quedar atrapada, Rety tiró de las correas con las uñas, procurando liberarse.

No vio que pasaban del agua al aire. La holopantalla mostró la rompiente que llegaba a una costa arenosa, luego la parte superior de las nubes.

Arrastrándose por el suelo de metal, Rety se dirigió a la cámara de presión, viendo sólo un estrecho túnel a través de una bruma de dolor.

EWASX

Los efectos empiezan a gastarse.

Emerjo del estado de aturdimiento, ciego y solo. Pasan más duras mientras recobro mi sentido de unidad y propósito.

Envío señales de rastreo por los zarcillos de control. Restablezco la comunicación con los anillos subalternos. Pronto obtengo acceso a sus diversos sentidos, mirando a todas partes con palpitantes capullos oculares.

HOLA, ANILLOS MÍOS. Informadme y preparaos para un movimiento urgente. Sin duda hemos experimentado un episodio de retracción.

¿Un qué?

¿De veras no lo sabéis, anillos míos? ¿Nunca habéis experimentado la principal desventaja del don oalie?

Existen armas que pueden dejar insensibles a los jophurs por un tiempo, obligándonos a depender de la protección robótica mientras dura nuestra breve incapacidad.

¿Qué incapacidad, preguntáis?

Yo/nosotros miramos en torno. Ya no estamos cerca del líder capitán, sino ante el panel de control principal, los zarcillos enroscados en el timón.

¿QUÉ ESTAMOS HACIENDO?

Ordeno a los zarcillos que se retiren, y obedecen. Las pantallas muestran un borrón de movimiento acelerado mientras el Polkjhy atraviesa un paisaje de desfiladeros escarpados y sinuosos, diferente de todo lo que nuestra memoria registra de la Cuesta. Los indicadores inerciales muestran que vamos hacia el este, alejándonos del mar. Alejándonos de la presa.

Otras pilas despiertan cuando sus anillos maestros se recobran de la retracción. Activo nuestro toroide basal, alejándonos del puesto del piloto. Nos ponemos detrás del líder capitán, que está despertando del sopor.

Es probable que otros presuman que nuestros sofisticados guardianes robóticos — programados para servir/proteger durante un interludio de retracción— tenían buenos motivos para enviar la Polkjhy en esta dirección desfavorable. Fingiendo inocencia, Yo/nosotros observamos mientras las pilas de pilotaje recobran el control, deteniendo este vuelo, preparándose para recobrar altura.

ANILLOS, ¿CUÁL ERA VUESTRO PROPÓSITO? ¿QUÉ TRATABAIS DE LOGRAR MIENTRAS VUESTRO TOROIDE MAESTRO ESTABA INCAPACITADO? ¿ESTRELLARNOS CONTRA UNA MONTAÑA?

Los robots no lo habrían permitido. Pero desviar el curso de la Polkjhy... eso estaba en vuestro poder, ¿verdad?

Percibo que no hemos terminado de aprender las artes de la cooperación.

GILLIAN

Aunque era emocionante estar de nuevo en movimiento, Gillian sabía que el Streaker no era el mismo. Funcionaba lentamente, para tratarse de un explorador clase Snark. La masa terrestre se alejaba con una parsimonia que resultaba desalentadora en comparación con la agilidad de antaño. Los motores de Suessi no eran los culpables. Era ese maldito revestimiento de carbono que cubría el casco del Streaker con toneladas de peso muerto, taponando las aletas probabilísticas y los radiadores gravíticos, demorando críticamente la obtención del impulso orbital. Minutos de vulnerabilidad.

Gillian miró la pantalla. Una dispersión de puntos brillantes mostraba por lo menos veinte señuelos fuera del agua, y una docena más elevándose de sus antiguas tumbas, gritando de alegría o dolor ante esa insólita resurrección. Grupos de señuelos subían en diversas direcciones, desbandándose según planes convenidos, aunque despojados de vida.

Todos, excepto uno.

Gillian pensó en la muchacha humana, Rety, encerrada en una de esas luces titilantes. ¿Habría sido mejor irrumpir en su nave secuestrada? ¿O tratar de controlar su ordenador y reprogramarlo para que Rety fuera a la costa?

La Niss no pensaba que esos esfuerzos tuvieran éxito en tan poco tiempo. De todos modos, Alvin y Huck habían convencido a Gillian de no intentarlo.

—Sabemos lo que tratáis de hacer con este intento de fuga —había dicho la joven g'Kek.

—¿Y aun así os ofrecisteis para venir?

—¿Por qué no? Bajamos al Sumidero en un tronco de árbol ahuecado. Los irruptores saben que la vida es un préstamo pasajero. Cada persona debe escoger cómo gastarlo. Todas nuestras familias y septs dependen de esta aventura, doctora Baskin. Rety escogió su destino. Que lo siga.

Mientras el Streaker aceleraba, Gillian se volvió al delfín que estaba a cargo de la óptica psi.

—Avísame cuando recibas un mensaje del observador —ordenó.

—T-todavía n-no hay sssseñal —respondió el delfín—. Ya esss hora, si me preguntas.

—Pues nadie te preguntó —replicó Gillian.

Sin querer, miró a la matemática jijoana, Sara Koolhan, cuyo hermano había partido en un globo de aire caliente sabiendo que, si la tormenta no lo abatía, los jophurs quizá lo hicieran. Sara flotaba en un enjambre de burbujas, observando intensamente. Pero, detrás del visor del casco, Gillian vio una lágrima en la mejilla de la joven.

Gillian no necesitaba más culpas. Se esforzó por pensar pragmáticamente.

Ojalá el muchacho no muera en vano. Miró los monitores. Tendremos que decidirlo... dentro de instantes.

DWER

La deslumbrante explosión sacudió su rewaq, dejándolo comatoso. Pero la criatura cumplió su propósito, salvando los ojos de Dwer.

Salvo por algunos puntos rojos, su visión volvió a la normalidad.

Habría una onda de choque, pensó. Después del zamarreo de esa noche y esa mañana, se preguntó si el globo sobreviviría a otra sacudida.

Dwer preparó su martillo sobre la fila de cristales insertados en la barca de mimbre. Miró el este, preguntándose qué mensaje enviar.

Todos los señuelos se habían ido. Eso no era una sorpresa. ¿Pero dónde está la nave jophur?

Dwer no podía actuar sin datos, así que aguantó y cabalgó sobre el estruendoso eco de la explosión cuando llegó, achatando la hierba del Llano Venenoso.

El globo sobrevivió. Sólida artesanía urs. Cogiendo los binoculares, buscó de nuevo a los jophurs, escrutando el horizonte.

¿Lo habría volado una mina aérea? Gillian Baskin pensaba que eso era casi imposible. Ningún arma del arsenal del Streaker podía atravesar las defensas de semejante nave, ni siquiera con el elemento sorpresa. Pero podría fastidiar al enemigo por un tiempo crucial.

Al fin distinguió el destello distante. La nave parecía estar alejándose, dirigiéndose hacia el sol.

Dwer titubeó. Había sólo cuatro cristales de mensajes. Ninguno de los códigos convenidos tomaba en cuenta la posibilidad de que el enemigo huyera. No se elevaba al espacio ni regresaba al oeste, hacia el Sumidero, ni siquiera permanecía inmóvil. ¡Se alejaba de toda oportunidad de vigilar a la nave terrícola!

Si no envío nada, creerán que he muerto.

Pensó en Sara, y sintió la tentación de romper todos los cristales para tranquilizarla.

Pero podrían tomar una decisión errónea, y ella podría morir en vez de mí. Por mi culpa.

A estas alturas, escuadrones de naves espaciales se elevaban sobre la atmósfera, entrando en órbita. Gillian Baskin tenía que decidir con qué grupo iría. Se suponía que la señal de Dwer debía ayudar.

La frustración lo paralizaba. Alzando los binoculares una vez más, volvió a encontrar la nave jophur, un punto en el horizonte.

Entonces notó algo.

El punto había dejado de alejarse. Parecía revolotear más allá de una escarpada serranía.

Los Cerros Grises, comprendió Dwer. Si puedo enviar la señal adecuada, podré

empezar a descender a tiempo para aterrizar donde quiero.

El punto brillante titubeó, se puso en movimiento. Dwer pronto lo confirmó. Estaba creciendo. Los jophurs regresaban.

Ahora sé qué enviar, pensó con satisfacción. Alzó el martillo y lo bajó sobre el segundo cristal. En ese instante sintió un cosquilleo en la espalda. La sensación se disipó rápidamente.

Cumplido su deber, Dwer buscó el cordel de descarga de gas. El acorazado volvería a pasar cerca, y el único modo de maniobrar era perder peso.

Tranquilo, pensó. Que baje despacio. Sería mejor llegar a las colinas antes de...

La gran nave se aproximó rápidamente y viró hacia el oeste mientras ganaba altura, pasando a cientos de tiros de flecha. Pero esta vez no ignoró a Dwer.

Mientras pasaba, la potente esfera azul arrojó una mancha. Un punto minúsculo que trazó un arco y descendió deprisa. Dwer no tenía que saber mucho sobre tecnología galáctica para reconocer un misil.

Gillian mencionó que yo podía llamar la atención cuando enviara la señal.

Suspiró, mientras el punto trazaba una curva y se dirigía hacia él.

Bien, pensó, recogiendo su preciada pertenencia, el arco que le habían obsequiado las maestras talladoras de Villa Ovoom, honrando su habilidad como rastreador de la Comuna de las Seis Razas.

Cuando llegó la explosión, no se parecía a nada de lo que esperaba.

GILLIAN

—¡Eso es! —exclamó, satisfecha con la noticia.

Aún más eufórica estaba Sara, que soltó un aullido urs al enterarse de que su hermano estaba con vida.

La señal también confirmó la conjetura de Gillian. Los jophurs reaccionaban con lentitud, pero hacían lo que había esperado.

—Son previsibles —comentó la Niss, cuyo holograma giratorio atravesaba las burbujas de oxiaqua sin perturbaciones—. La demora sólo significa que tenemos más ventaja.

Gillian accedió, pero en sus pensamientos añadió: Necesitaremos diez veces esta ventaja para triunfar.

—Sácanos de aquí, Kaa —le dijo al piloto—. Quédate con el enjambre número dos. Ocuparemos el segundo lugar.

—¡A la orden! —respondió el piloto.

Las graves armonías de los motivadores se agudizaron. Gillian miró la pantalla de la sala de máquinas. La moral parecía alta entre los delfines de Suessi. Emerson D'Anite irguió la cabeza para cantar. Gillian sólo oyó un fragmento, aunque la letra alentó a los colegas de Emerson.

¡Jijo Jijo!

¡Nos vamos a la guerra!

Aun teniendo en cuenta el daño cerebral, la letra era pésima. Era agradable tener de vuelta una parte del viejo Emerson.

Las pantallas externas mostraban que el planeta se alejaba, una esfera azulada y parda envuelta en un envoltorio de clima vivificador. Muchos retazos verdes indicaban los sitios donde se elevaban metrópolis antes que el lugar fuera arrasado. Aunque cubiertas por pantanos, bosques y praderas, esas regiones aún mostraban contornos regulares que no se borrarían en milenios.

La Tierra tiene esas cicatrices, pensó. En mayor abundancia. La diferencia es que nosotros éramos ignorantes y no lo sabíamos. Tuvimos que aprender del peor modo cómo manejar un mundo, enseñándonos a nosotros mismos.

Gillian miró a Sara, cuyos ojos mostraban dolor y maravilla al ver que su mundo natal se reducía a una pequeña esfera, la primera de su linaje de irruptores en mirar Jijo desde que sus ancestros habían ido ahí siglos atrás.

Un refugio. Un asilo para los terrícolas y otros. Todos se proponían ocultarse, refugiarse del cosmos, y cada raza redimiría su legado a su manera. Hasta que nosotros trajimos de vuelta el universo.

La teniente Tsh't se movía entre los delfines apostados frente a sus consolas, alentándolos con estallidos de sonar, siempre atenta a las distracciones. Esa supervisión parecía innecesaria. Ningún tripulante del puente había mostrado síntomas de atavismo por estrés. Todos tendrían una puntuación óptima de Elevación cuando llegaran a casa.

Si llegamos a casa.

Si todavía existe y nos está esperando.

Todos sabían por qué media tripulación se había quedado en Jijo, junto con los kiquis y las copias de los registros del Streaker.

No tenemos muchas probabilidades de escapar, pero quizá podamos alejar al universo de Jijo. Distrayéndolos. Haciéndoles olvidar los irruptores.

Se requeriría habilidad y suerte para lograr ese sacrificio. Pero si tenían éxito, qué triunfo. Impedir la extinción de los g'Keks, la transformación de los traekis, las acusaciones que sufriría la Tierra si se descubría a los irruptores humanos.

Si esto funciona tendremos una reserva de terrícolas en Jijo, humanos, chimpancés y delfines. Por si lo peor ocurre en casa. Esto vale la pena.

Pero, como todo en el cosmos, tenía un precio.

Habían pasado Loocen, la luna donde aún relucían ciudades abandonadas, y aceleraron a un millón de kilómetros cuando el oficial de detección declaró:

—¡Crucero enemigo abandonando atmósfera! ¡Persiguiendo enjambre número uno!

La pantalla mostraba un punto que se elevaba desde Jijo, más grande y brillante que los demás, acelerando con su masa titánica.

Una vez pudimos dejarte atrás, pensó Gillian. Todavía podemos hacerlo... por un tiempo.

A pesar del revestimiento de carbono, el Streaker aún podía aumentar la distancia que lo separaba del acorazado perseguidor. La inercia newtoniana restaría velocidad a la pesada nave jophur, hasta que alcanzara velocidades adecuadas para hipermotor nivel cero.

Luego la ventaja empezaría a cambiar.

Si tan sólo hubiera un punto de transferencia más cercano. Gillian sacudió la cabeza, y se aferró a ese deseo. Si tan sólo Tom y Creideiki estuvieran aquí. Apuesto a que nos sacarían sin problemas. Yo podría irme tranquila a la enfermería, para tratar delfines con la cola irritada y pasar mi abundante tiempo libre descifrando los misterios de Herbie.

En un momento de decisión, había optado por llevar esa momia de mil millones de años, a pesar de que el Streaker podía ser destruido en cuestión de horas o días. No podía separarse de esa reliquia que Tom había sacado con esfuerzo de una flota de naves espectrales en el Cúmulo Superficial, en días más felices, antes que toda la

Civilización de las Cinco Galaxias pareciera ensañarse con el Streaker.

Cuando la ingenua tripulación esperaba gratitud por su trascendente descubrimiento.

Nunca sorprendas a un obtuso galáctico, decía un refrán tymbrimi. A menos que tengas doce sorpresas más en el bolsillo.

Buen consejo.

Lamentablemente, sus trucos se estaban agotando.

Sólo le quedaba un puñado.

LOS SABIOS

El último grupo de peregrinos ahora sabía más acerca del Huevo Sagrado.

Más de lo que sabían Drake y Ur-chown, cuando miraron por primera vez esa maravilla reluciente y blanca. Esos famosos héroes conspiraron para explotar el huevo con sus propios propósitos religiosos y políticos, declarando que era un vaticinio. Un heraldo de la unidad. Un dios.

Ahora los sabios tienen copias impresas brindadas por la nave de los delfines. El informe, bajado de una unidad de la Gran Biblioteca Galáctica, dice que el Huevo es un geomorfo psiactivo. Un fenómeno observado en algunos mundos donde los procesos de restauración tectónica son continuos, donde los ciclos anteriores de ocupación y renovación tenían ciertas características temporales y tecnológicas...

Phwhoon-dau pensó en ello mientras el nuevo Consejo de Sabios se acercaba al sitio sagrado, caminando, reptando o rodando hacia el lugar adonde se dirigían por separado cuando oyeron la moribunda llamada de Vubben.

En otras palabras, el Huevo es una destilación, una condensación del pasado de Jijo. Toda la escoria depositada por los buyurs y sus predecesores se ha combinado para generar patrones.

Patrones que se abrían paso a través de la presión del magma y el calor volcánico.

Al sur, brotaban caóticamente, produciendo el Flujo Espectral.

Pero aquí las condiciones permitían la condensación. Una punta cristalina consistente en pura memoria y propósito.

Al fin comprendía por qué todas las razas irruptoras se habían asentado en la Cuesta, a pesar de las envidias y riñas iniciales.

Fuimos convocados.

Algunos decían que este conocimiento atentaría contra las viejas costumbres, y Phwhoon-dau estaba de acuerdo. La fe anterior, basada en los Rollos Sagrados, luego modificada por oleadas de herejías, nunca sería la misma.

El fundamento de la Comuna de las Seis Razas había cambiado.

Pero el fundamento sobrevivía.

Un nuevo Consejo de los Seis entró en el desfiladero, donde pasó un breve tiempo frente a los restos carbonizados de su miembro anterior, un cúmulo de nervios y fibras pegados en el ceniciento flanco del Huevo.

Allí sepultaron a Vubben, el único sabio que gozaba de ese honor.

Luego iniciaron su tarea.

Otros se reunirían pronto con ellos. Un nuevo consejo implicaba nuevos deberes.

Al menos sabemos qué eres pensó Phwhoon-dau, mirando la masa curva del Huevo. Pero quedan otras preguntas. Como, por ejemplo... ¿por qué?

RETY

Los controles se negaban a responder.

—¡Vamos! —gritó, golpeando la caja holosimuladora con la palma de la mano, moviendo más palancas.

No es que Rety supiera qué haría una vez que controlara la nave señuelo. Al principio, las deslumbrantes vistas de Jijo y el espacio la fascinaron. Todo era mucho más grande de lo que suponía. Luego había apagado el holo visual mientras luchaba con otros paneles y pantallas.

La prudencia aconsejaba dejar la maquinaria en paz, y al fin Rety decidió seguir el consejo. Se obligó a apartarse, reuniéndose con Yi frente a su pila de provisiones, sacadas del trineo cuando Chuchki no miraba. Acarició a su pequeño esposo mientras mascaba una barra de alimento concentrado, reflexionando sobre la situación.

Todos los señuelos estaban programados para salir por diversas rutas hacia el «punto de transferencia» más cercano. Desde ahí saltarían de la Galaxia Cuatro, en barbecho, hacia caminos distantes y transitados donde prosperaban formas de vida que respiraban oxígeno.

Eso estaba bien para Rety, siempre que encontrara un modo de enviar una señal a otra nave.

Esta vieja nave no valdrá mucho, pero debería pagarme el billete hasta la próxima parada, al menos.

Aún no sabía qué sucedería después. Tal vez consiguiera un empleo. Aún tenía la máquina de enseñar que antes pertenecía a Dennie Sudman, así que aprender esa jerigonza alienígena no sería difícil.

Encontraré un modo de hacerme útil. Siempre lo he encontrado.

Pero tenía que llegar al punto de transferencia.

Gillian tal vez arregló las cosas para que los señuelos atraigan a los jophurs. Tal vez emitan una luz o ruido para hacerles creer que hay delfines a bordo.

Eso podría funcionar por un tiempo. Esos apestosos anillos andarán de aquí para allá, perdiendo tiempo mientras verifican.

Pero Rety sabía lo que sucedería a continuación. Al fin los dioses jophurs verían la triquiñuela. Entenderían qué buscar, y sabrían cuál nave era el verdadero blanco.

Supongamos que para entonces hayan destrozado la mitad de los señuelos. Eso me deja una probabilidad de cincuenta contra cincuenta. Por Ifni, son más de las que tendría a bordo del Streaker. Una vez que averigüen cuál es, dejarán los demás señuelos.

Al menos esa era la idea general. Desde que había encontrado a Kunn y Jass muertos en sus celdas, Rety supo que debía largarse de la nave terrícolá cuanto antes y apañárselas sola.

Podría enviar una señal, cuando lleguemos a una galaxia civilizada, pensó. Supongo que se necesitará algo más que encender una luz en una ventana. Será mejor que estudie un poco esas cuestiones de radio e hiperonda.

Aunque la unidad de enseñanza era maravillosa y paciente, Rety no se desvivía por empezar esa tarea tediosa, ni por alimentarse con esa viscosidad que producía el antiguo procesador de alimentos, una vez que la comida del Streaker se terminara. La máquina había tomado la muestra de cutícula que ella le dio, y al cabo de unos instantes produjo una sustancia con sabor a cutícula.

Un gorjeo interrumpió sus pensamientos. Una luz se encendió sobre la holopantalla. Rety se aproximó a la máquina.

—¡Pantalla encendida!

Una imagen tridimensional se irguió sobre el suelo. Al principio no entendió bien la imagen, que mostraba cinco grupos de puntos ambarinos alejándose de un disco azul. Tardó unos instantes en comprender que ese disco era Jijo, y que los enjambres de señuelos ya se habían alejado del planeta. La separación entre los convoyes crecía a cada dura. Un punto quedaba atrás, más brillante que los otros, rojo en vez de amarillo. Se aproximaba a uno de los enjambres fugitivos.

Debe ser la nave jophur, comprendió. Mirando con atención, vio que el punto grande era seguido por puntos carmesíes muy pequeños, como abalorios en un cordel.

El símbolo rojo se aceleró, aproximándose a su presa.

Caray, me compadezco de los que estén en ese enjambre, cuando esos anillos apuestos los alcancen.

Rety tardó un poco más en comprender la desagradable verdad.

Ese enjambre contenía su propia nave.

Los jophurs iban tras ella.

Mi suerte de siempre, se quejó, sabiendo que al universo le importaba un comino.

DWER

Todo cambió.

En un momento estaba rodeado de cielo. Montañas, nubes y praderas se extendían bajo su barca de mimbre. El globo urs crujía arriba.

Desde el noroeste, un objeto reluciente cayó sobre él como un plegorráptor, imposible de detener una vez que ha escogido su presa.

Ése soy yo, pensó, sintiéndose hipnotizado como un ratón de la hierba que, sorprendido en el descampado, sabe que no hay escapatoria y no tiene más opción que presenciar la terrible belleza de la muerte alada.

La muerte volaba hacia él.

Vio una explosión, un brillo estridente.

Y se encontró aquí.

Una bruma dorada rodeaba a Dwer.

Estoy vivo.

Las sensaciones de un cuerpo joven y fuerte acompañaban picores irritantes y el aguijonazo de raspones recientes. Su ropa estaba como antes. También la barca, un cesto tejido con juncos, con su contenido intacto.

No podía decirse lo mismo del globo. El gran saco de gas era una pila de tela de camuflaje, con la mitad superior cortada. Los pliegues restantes estaban extendidos en el interior de lo que Dwer comprendió era una prisión. Una cárcel esférica. Ahora la veía claramente. Una esfera cuya superficie interior despedía una luz dorada, desconcertante al principio.

—¡Eh!

Para sorpresa de Dwer, su principal reacción era la extrañeza. En esos momentos finales, cuando descendía el misil, se había despedido de la vida. Ahora, cada nuevo momento era una ganancia. Podía gastarlo como quisiera.

Optó por la curiosidad.

Salió del cesto y apoyó los mocasines en la superficie dorada. Esperaba que fuera lisa, pero el material se adhería a las suelas, de modo que tenía que esforzarse para dar un paso. Después de varios pasos de prueba, tuvo otra revelación sorprendente.

«Abajo» es cualquier sitio donde yo esté de pie.

Desde su nueva posición, parecía que la barca estaba ladeada, a punto de caer sobre él.

Se acuclilló, mirando el «suelo», combatiendo la desorientación.

No estaba tan mal.

Me adaptaré. Será como caminar por el hielo de un glaciar. O explorar cavernas desde el extremo de una cuerda, colgando de los riscos de Desolación.

Luego reparó en algo. Mirando abajo, vio algo más que una superficie dorada y

pegajosa. Un resplandor. Diamantes diminutos. Gemas en un légamo oscuro. Se agachó más, acercándose las manos a los ojos para desviar los reflejos.

Comprendió. Los diamantes eran estrellas.

LARK

Agachados detrás de un obelisco aromático, dos humanos tenían la insólita oportunidad de ver qué sucedía en la sala de control jophur.

Lark habría preferido quedarse en la tranquila «cámara de observación».

Pilas de toroides viscosos exhalaban vapor mientras trabajaban ante luminosos instrumentos. La densidad de los olores lo sofocaba.

Debía ser peor para Ling, que no había crecido cerca de los traekis. Pero parecía maravillada de estar ahí.

Bien, fue una idea magnífica, pensó, recordando el impulso que los había llevado a entrar en un antro lleno de enemigos.

¡Mira!, ¡los jophurs parecen aturcidos! ¡Bajemos de este bonito escondrijo y saboteemos sus instrumentos mientras están desmayados!

Pero los jophurs no permanecieron inconscientes mucho tiempo.

Cuando él y Ling llegaron a la sala de control, varias pilas de anillos empezaron a resoplar y hamacarse mientras despertaban de su sopor.

Mientras las máquinas presentaban un informe a sus amos, los dos humanos apenas atinaron a brincar detrás de ese cúmulo de objetos acaracolados con forma de jophur idealizado, aunque con el doble de altura y hecho de una sustancia húmeda y fibrosa.

Lark se tiró al suelo. Sólo quería desaparecer, cerrar los ojos y lograr que la realidad objetiva se esfumara.

Respondiendo a sus palpitaciones, el anillo morado se retorció en el saco de tela. Lark lo cubrió con la mano y la criatura se calmó.

—¡Creo que sé lo que sucede!

Lark alzó la cabeza, miró las bronceadas piernas de Ling y vio que ella se inclinaba sobre una de las columnas viscosas, mirando las pantallas jophurs.

Le cogió la muñeca y la obligó a agacharse. Ella aterrizó sobre sus posaderas.

—Haz como los gusanos —fue su consejo. En asuntos de ocultamiento y supervivencia, Ling tenía mucho que aprender de un irruptor jijoano.

—De acuerdo, hermano rata —respondió Ling con asombrosa jovialidad, y continuó—: Algunas pantallas cubren espectros que no identifico, pero pude averiguar que estamos en el espacio y nos dirigimos a Izmunuti.

Lark sintió náusea y algo parecido al pánico. A diferencia de sus hermanos, que soñaban con el vuelo estelar desde que eran pequeños, él nunca había querido irse de Jijo. La sola idea le daba ganas de vomitar. Notando su incomodidad, Ling le acarició la cabeza, pero siguió hablando, describiendo una compleja persecución espacial que Lark no lograba visualizar.

—Al parecer hay una flota de naves cerca de Jijo —explicó ella—. Aunque no

entiendo cómo llegaron allí. Tal vez vinieron a espiar desde Izmunuti y los jophurs los están persiguiendo. De todos modos, la flota misteriosa parece haberse dividido en cinco grupos, y todos se dirigen por separado hacia la estrella. Y desde allí al punto de transferencia, supongo. También hay un par de objetos pequeños que siguen a esta nave... conectados con ella, al parecer, por una tenue línea de fuerza. Ignoro cuál es su propósito. Pero dame tiempo...

Lark quería echarse a reír. Le daría a Ling el mundo, el universo. Pero en ese momento sólo deseaba volver a su nido. Su refugio verde, donde dulces frutas colgaban al alcance de la mano y nadie podía encontrarlos.

Empezaba a vencer el vértigo cuando un ruido estalló en la sala.

—¿Qué es eso? —preguntó, incorporándose. No intentó impedir que Ling se levantara para echar un vistazo.

—Lanzamiento de armas —explicó ella—. Los jophurs disparan misiles contra el escuadrón más próximo. Deben sentirse bastante confiados, porque sólo lanzaron uno por cada nave.

Lark les deseó suerte a los nuevos alienígenas, fueran quienes fuesen. Si alguno de ellos escapaba, podría presentar un informe al Instituto de Migraciones.

Aunque las Seis Razas de Jijo habían vivido temiendo la ley durante dos mil años, la intervención de jueces neutrales sería mucho mejor que el destino que les reservaran los jophurs.

—Las pequeñas naves intentan maniobras evasivas, pero no les sirve de nada —dijo Ling—. Los misiles se aproximan.

RETY

Maldijo la nave, porque no se dejaba controlar.

Maldijo a Gillian Baskin y los delfines, por ponerla en una situación donde no podía hacer otra cosa salvo escapar de su incompetencia hacia esta trampa imposible.

Maldijo a los jophurs por lanzar misiles contra la flota de señuelos, en vez de encontrar su presa.

Su unidad educativa explicó qué simbolizaban esas flechas que se aproximaban, ahora claramente visibles en la pantalla.

Ante todo, Rety se maldijo a sí misma. En definitiva, no tenía otro a quien culpar.

Una por una, las naves que iban detrás se topaban con sus depredadores. Asombrosamente, los puntos ambarinos no desaparecían, sino que se ponían carmesíes. Luego retrocedían, acercándose al gran punto rojo.

Los jophurs no devoraban a sus cautivos. Eso llevaría demasiado tiempo. En cambio, los colocaban al final de la cadena, una cola de renacuajo que ondeaba detrás de la poderosa nave.

Rety reflexionó. Quizá no quieran matarlos, después de todo. Quizá sólo quieran prisioneros.

En tal caso, Rety estaría preparada. Sostuvo a Yi con un brazo y la unidad didáctica con el otro, sintonizándola para que empezara a enseñarle galáctico dos, el dialecto jophur.

Cuando llegó su misil, Rety estaba más tranquila de lo que esperaba.

—No te preocupes, Yi —dijo, acariciando a su pequeño esposo—. Encontraremos algo que les interese y haremos un trato. Espera y verás.

Con desesperada confianza, se aferró mientras la antigua nave buyur temblaba. En instantes el zumbido de los motores se interrumpió, y también el tirón de la cubierta. Una fuerza más suave pareció atraerla hacia la proa de la nave capturada.

Las luces se apagaron, pero Rety veía un poco. Arrastrándose por el suelo y las paredes inclinadas, siguió la fuente de iluminación hasta llegar a una tronera, desde donde miró afuera y vio un mundo crepuscular y amarillo.

—Mejor que estar muertos, supongo —comentó secamente Yi.

—Supongo —convino Rety, y se encogió de hombros—. Al menos veremos qué pasa, sea lo que fuere.

GILLIAN

—Encontré una referencia en la Biblioteca. Se llaman cajas de captura —explicó la Niss—. Esta arma ofrece una solución inteligente para el dilema jophur.

—¿En qué sentido? —preguntó Gillian.

—Creíamos haberlos puesto en la embarazosa situación de inspeccionar cada señuelo para descubrirnos. Un proceso torpe y lento. Pero de este modo los jophurs sólo necesitan aproximarse para lanzar sus misiles. Luego pueden seguir viaje, arrastrando a los cautivos.

—¿Esa masa adicional no les restará velocidad? —preguntó Kaa el piloto.

—Sí, y eso obra a nuestro favor. Pero no tanto como para compensar la ventaja que les da esta técnica.

Gillian sacudió la cabeza.

—Lástima que no lo supimos a tiempo para integrarlo en nuestros planes.

—Los grandes clanes —respondió la Niss con tono defensivo— tienen acceso a archivos de armamento que abarcan mil millones de años de historia galáctica.

Se hizo silencio en el puente, hasta que Sara Koolhan habló, la voz alterada por el amplificador del casco.

—¿Qué sucederá si nos alcanza un misil?

—Crearé un campo similar a la jaula topórgica que las Seis Razas encontraron alrededor de la nave rothen. Esa tenía metros de grosor, y los misiles no pueden portar tanta seudomateria. El efecto principal de una caja de captura es suprimir las señales digitales.

Sara no entendió, y Gillian le explicó.

—Los ordenadores digitales se pueden detectar a distancia, y pueden eliminarse mediante tecnologías de efecto de campo. Una de las razones por las cuales las formas de vida orgánica, no las máquinas, prevalecen en las Cinco Galaxias. Lamentablemente, esto significa que pueden desactivar fácilmente nuestros señuelos, encerrándolos en una cápsula de espacio-tiempo distorsionado.

»En realidad, es un arma ideal para usar contra las naves no tripuladas. Los jophurs pueden ser malignos y limitados en muchos sentidos, pero no carecen de habilidad ni capacidad de razonamiento.

Sara asintió.

—¿Eso significa que el método no funcionará tan bien contra el Streaker?

—Exacto —dijo Gillian—. Prepararemos nuestros ordenadores para soportar una desactivación temporal sin inconvenientes...

—Habla por ti misma —murmuró la Niss.

—En cuanto la caja de captura nos rodee, los tripulantes pueden usar herramientas sencillas para disolverla desde dentro. ¿Período estimado de

desactivación, Niss?

El holograma giró.

—Ojalá tuviéramos mejores datos de la expedición que los irruptores enviaron contra la nave rothen. Hablaban de los efectos cuánticos de una capa topórgica de metros de espesor. Pero los misiles jophur arrojarán burbujas delgadas. Si están preparados, los tripulantes nos liberarán en pocos minutos.

Kaa y varios delfines suspiraron de alivio, pero la máquina Niss continuó.

—Lamentablemente, al pinchar la burbuja avisaremos a los jophurs que capturaron una nave que contiene presas vivientes. Después de eso, nuestra recobrada libertad será bastante breve.

DWER

El material era extraño. Parecía rechazar levemente su mano, hasta que llegaba a un par de centímetros. Luego la atraía. Ninguno de ambos efectos era intenso. Podía retraer la mano fácilmente.

No recordaba por qué le resultaba familiar.

Dwer caminó por su jaula circular, deteniéndose para agacharse y examinar el paisaje estelar. Reconocía la mayoría de las constelaciones, salvo una zona que siempre había sido invisible desde la Cuesta.

Conque así luce el cielo meridional No enturbiado por el polvo ni la atmósfera. El Cúmulo del Amargón se extendía ante él, un vasto y reluciente espectáculo. Sería aún más deslumbrante sin la pátina dorada que lo cubría.

Gracias a Ifni por esa pátina, se recordó. Allá afuera no hay aire.

En una dirección había una estrella muy brillante que al principio no reconoció.

Pronto lo supo. Era el sol, muy reducido, y cada vez más pequeño.

En la dirección opuesta se encontraba el fiero ojo de Izmunuti. El resplandor rojo se acentuó hasta que comenzó a formar un disco. Aun así, notaba que debía estar más lejos que el sol. Se decía que Izmunuti era una gigante entre las estrellas.

Luego reparó en otros objetos. No eran estrellas ni nebulosas, sino puntos relucientes. Al principio todos parecían lejanos. Pero al cabo de un midura se acercaron más. Eran formas redondeadas que se revelaban más por su aura resplandeciente, que ocultaba las constelaciones, que por el brillo que emitían.

Una de ellas —una esfera ondeante cerca de Izmunuti— tenía que ser una nave estelar. Crecía con cada dura que pasaba. Pronto la reconoció como el titán que dos veces había cruzado el cielo del Llano Venenoso, sacudiendo su indefenso globo.

Cuando Dwer cruzó su prisión para mirar desde otro lado, vio una hilera de esferas amarillentas, aún más cerca de la nave estelar. El color le hizo comprender. Son otros cautivos, como yo.

Al acercarse a la barrera, sentía un cosquilleo en el cuero cabelludo y la espalda. Había similitudes con los momentos en que el robot danik había enviado sus campos por su cuerpo, alterándole el sistema nervioso de modo permanente pero aún incierto.

Bien, yo era raro antes de eso. Por ejemplo, no conozco a nadie que hablara con una araña reductora...

Echó la cabeza hacia atrás, recordando al fin con qué asociaba este material. El fluido que la loca araña de las montañas, Unica-en-su-especie, usaba para encerrar a sus víctimas, protegiendo su colección de los estragos del tiempo.

Tuvo una extraña sensación. Una rara idea.

Yo podía hablar con las arañas, no sólo la de la montaña, sino la del pantano. Me pregunto qué significa.

Una vez más, apoyó la mano en el material dorado, apretando, hundiendo los dedos. Era esponjoso pero resistente.

Pero Dwer dejó que su mente adoptara la misma modalidad de pensamiento que lo ponía en comunión con las arañas reductoras.

Siempre había pensado que la araña era la que realizaba la mayor parte del trabajo, pero ahora comprendía. Es mi propio talento. Mi propio don. Y por el Huevo Sagrado, creo que puedo...

Algo cedió. La resistencia desapareció y sus dedos pasaron a través del material como si penetraran un líquido viscoso.

Un frío abrupto atacó la mano expuesta, como si mil hormigas vampiro trataran de chuparle las venas. Dwer retrajo el brazo. Los dedos estaban rojos y entumecidos, pero intactos. La membrana se cerró al instante, sin dejar nunca una apertura hacia el espacio.

Suerte para mí, pensó.

Cuando miró de nuevo, la nave estelar había alcanzado su tamaño mastodóntico... una bestia enorme que se acercaba con el confiado aplomo del cazador.

Soy un pez en la línea. ¡Me está arrastrando!

Del otro lado, las esferas cautivas cabeceaban como globos en un cordel invisible. Las distancias que los separaban decrecían rápidamente.

Dwer se sentó a pensar.

Luego empezó a recoger provisiones.

LOS SABIOS

Phwhoon-dau dirigía el nuevo sexteto, iniciando la serenata con un grave gutureo de su resonante saco laríngeo.

Intuición Acerada lo siguió, frotando un tambor mirlitón con su movediza lengua y lanzando silbidos sincopados por los conductos de sus cinco patas.

Ur-jah se sumó, apoyando su violus en un pliegue de su largo pescuezo, creando armonías con el doble arco.

Después de eso, por mayoría de edad, los nuevos sabios de los septs traeki, humano y g'Kek añadieron su propia aportación, tocando para un gran fragmento ovoide de piedra herida. Las armonías eran toscas al principio, pero pronto se fusionaron en una unión que concentraba la mente.

Hasta ahora, la reunión no era excepcional. Otros grupos de seis habían tocado para el Huevo en el curso de cien años. Algunos de ellos con más talento para la música.

Pero esta vez las cosas eran diferentes. No era un grupo de seis.

Otras dos razas jijoanas estaban presentes.

El primero era un gláver.

La raza involucionada siempre estaba invitada a asistir, pero hacía siglos que un gláver no participaba en los ritos de la Comuna, desde mucho antes de la llegada de los terrícolas, y desde mucho antes de la llegada del Huevo.

Pero los gláveres habían actuado extrañamente durante meses. Ese día una hembra había salido de la espesura y había cogido la senda de la peregrinación, siguiendo a Phwhoon-dau, como si tuviera en mente el mismo destino. Ahora sus enormes ojos relucían al crecer la música, y extraños maullidos salían de su boca torcida. Sonidos que evocaban palabras. Con su ágil cola bifurcada agitaba un tosco cascabel de piel de animal, con piedras resonantes en su interior.

No era un gran instrumento, pero eso no tenía importancia. A fin de cuentas, su especie no tenía práctica.

¿Cuánto costará, se preguntó Phwhoon-dau, sacarlos de la jubilosa Senda de la Redención?

En una roca cercana, una octava criatura dejó de lamerse y observar. El noor-tytlal tenía dos manchas en su pelambre negra, manchas blancas bajo los ojos que se sumaban a su expresión natural de escéptico desdén.

Los sabios no se dejaban engañar. Había llegado poco después de los demás, ojeroso, maltrecho y cansado, pues había corrido durante varios días. Sólo la urgencia, no la curiosidad complaciente, podía haber inducido a un noor a actuar así. La criatura movía las orejas y la rígida pelambre del cráneo, contradiciendo su aire de indiferencia.

Ahora se conocía el secreto. Todos sabían que eran pupilos de los legendarios tymbrimi. Más aún, sus instructores habían legado a los tytlals el personalísimo don de la música.

Phwhoon-dau vio una leve palpitación encima de la despectiva criatura, como si un bolsón de aire empezara a titilar. Los sabios alteraron su armonía para que concordara con esa vibrante perturbación, ayudándola a crecer mientras la lustrosa cara del noor manifestaba una sorpresa vacilante.

Quisiéralo o no, ahora formaba parte del patrón.

Parte del Consejo de Ocho.

En los estrechos y resonantes confines de la morada del Huevo, creaban su arte, su música.

Y pronto otra presencia se dio a conocer.

EWASX

¡Mirad, anillos Míos, qué bien avanza la cacería!

Un convoy fugitivo está liquidado, y sus naves se han sumado a nuestra caravana de cautivos. Aunque este creciente lastre impide al Polkjhy alcanzar su máxima velocidad, nuestras pilas tácticas calculan que todos salvo el último convoy estarán a nuestro alcance antes que nos aproximemos a las tormentas de Izmunuti.

Para facilitar la aceleración, el líder capitán ha ordenado que acerquemos la hilera de naves cautivas. Cuando los robots las aborden, podremos deshacernos de los señuelos.

Ahora la pila de detección comunica datos que llegan desde Jijo, el planeta que dejamos atrás.

—¡Más rastros digitales! ¡Más señales de motores!

Pero el líder capitán dictamina que es sólo un fútil intento de distraernos. La nave terrícola puede haber dejado naves rescatadas detrás, para que se activen después de una demora programada. O bien otros aliados vivientes han actuado en Jijo para preparar esta treta. No tiene importancia. Una vez capturadas las naves fugitivas, estaremos entre los terrícolas e Izmunuti.

Las cosas serían diferentes si hubiera más de un camino para entrar o salir de este sistema. Pero la situación es muy conveniente para que una nave bloquee Jijo.

No habrá más fugas.

Eso es verdad. Pero Yo/nosotros vacilamos en señalar que quizás esto no sea el fin. Es posible que los lobeznos nos hayan enviado en una persecución vana, y que persigamos naves robóticas mientras usan este respiro para ocultarse en nuevos escondrijos, en las honduras de las confusas aguas de Jijo. Incluso pueden abandonar su nave, llevando su vital información a la costa, donde sólo la encontraremos analizando minuciosamente todo el ecosistema.

La pila sacerdotal no consentirá una violación tan extrema de la Ley Galáctica. Si resulta necesaria una medida tan drástica, quizás haya que dismantelar al sacerdote y destruir el Observador. Entonces estaríamos irrevocablemente comprometidos. En caso de fracasar, nos calificarían de bandidos y deshorraríamos nuestro clan.

¿Cómo es posible siquiera pensar en estas medidas?

Porque todos los augurios muestran con creciente certidumbre que un tiempo de cambios ya ha comenzado en las Cinco Galaxias.

Por eso muchos grandes clanes están frenéticamente activos.

Si los Institutos están a punto de caer, no habrá nadie para investigar los delitos cometidos en este mundo.

NO TEMBLÉIS ASÍ, ANILLOS MÍOS. ¿No os he asegurado reiteradamente que los poderosos jophurs están destinados a prevalecer? ¿Y que vosotros/Yo estamos

destinados a contribuir a ese fin?

No es preciso pensar en crimen y castigo, si somos los que forjarán las nuevas reglas.

De cualquier modo, quizá no sea necesario regresar a Jijo. Si nuestra presa está delante de nosotros, los grandes objetivos de nuestra alianza pronto estarán al alcance de nuestros tentáculos.

Nos aproximamos al segundo convoy. Y lanzamos los misiles.

DWER

Mientras la poderosa nave estelar se aproximaba por un flanco, tuvo que esperar mientras los abalorios amarillos se acumulaban en el otro, uniéndose con desalentadora lentitud. Terminados sus preparativos, Dwer iba de un lado al otro para mirar.

Con el tiempo, aprendió una técnica para acelerar cada cruce. Pateaba la pared y volaba por el interior.

La colosal nave jophur se aproximaba. Cuando su oscura masa bloqueó casi todo el paisaje estelar, una puerta se abrió en el flanco y salieron varias formas octogonales, flotando hacia la prisión de Dwer.

Reconoció las siluetas.

Robots de combate.

Tardaron tiempo en acercarse, y Dwer comprendió que era una gran distancia. Por lo menos veinte tiros de flecha. Aun así, sólo faltaban duras para que llegaran.

Al volver hacia la popa de su prisión esférica, Dwer suspiró de alivio. Las burbujas cautivas ya se tocaban. Eran esferas amarillas de diverso tamaño, pero ninguna era tan grande como el acorazado. La mayoría eran mucho más grandes que su pequeña bola.

Dwer buscó el lugar donde su burbuja tocaba la segunda de la línea. Sonaba un tamborileo cada vez que las superficies se rozaban.

Se puso el mono que le había dado la tripulación del Streaker, una prenda que cubría todo menos los pies, la cabeza y las manos. Nunca se le había ocurrido pedir más.

Pero ahora me gustaría tener guantes espaciales y un casco.

No importaba. Cuando las esferas se tocaron de nuevo, se concentró para llegar al estado mental adecuado, y actuar.

SARA

Dejó la sala de control cuando el contacto con ese agua efervescente empezó a arrugarle la piel. De todos modos, no había ninguna razón para estar allí. Podía recibir las mismas noticias en su cómoda cabina, ex morada de un gran sabio terrícola llamado Ignacio Metz.

Sara se secó y se puso sencillas ropas de a bordo, pantalones y una camisa que no presentaban ningún misterio, ni siquiera para una tosca irruptora. No obstante, eran prodigios de suavidad y confort.

Cuando pidió a la sala que le presentara una pantalla táctica, vívidas imágenes tridimensionales mostraron que el acorazado jophur había escogido otro enjambre de señuelos y acababa de disparar sus misiles. Mientras tanto, la hilera de víctimas se fusionaba con el fulgor rojo, como si los engullera uno por uno.

Dio una orden con la voz y la pantalla mostró el objetivo del Streaker, la gigante roja, muy magnificada. La estructura de filamentos giratorios de su inflamada cromoesfera era más vasta que un sistema solar normal. La hinchada superficie de Izmunuti hervía, lanzando lenguas de gas ionizado, rico con los elementos pesados que constituían el cuerpo de Sara.

Purofsky piensa que los buyurs sabían modificar una estrella.

Al margen de esa notable idea, era un espectáculo emocionante.

Todas las naves-furtivas que depositaron su semilla ilícita en Jijo, junto con las diversas esperanzas de cada generación fundadora, habían pasado frente a esos fuegos furibundos. Desde los humanos y los g'Keks, que buscaban la mera supervivencia, hasta los ancestros hoons, que aparentemente habían realizado un largo trayecto para dedicarse a pescar.

Todas esas esperanzas se derrumbarán si el Streaker no llega a los fuegos de Izmunuti.

Sara ignoraba aún cómo Gillian Baskin planeaba salvar Jijo. ¿Dejaría que el enemigo la alcanzara y volaría su nave, para liquidar también a los jophurs?

Una valiente estratagema, pero sin duda el enemigo estaría preparado y tomaría precauciones.

¿Luego qué?

Parecía que Sara lo sabría cuando llegara el momento.

Se sentía mal por los jóvenes, Huck, Alvin y los demás. Pero ahora eran adultos, y voluntarios.

De cualquier modo, los sabios dicen que es buen presagio que los miembros de todas las Seis Razas estén presentes cuando está por suceder algo vital.

Sara iba por otros motivos.

Purofsky dijo que uno de nosotros tenía que correr el riesgo, él o yo, y viajar con

el Streaker, apostando a la ínfima probabilidad de que sobreviva. Uno de nosotros tenía que averiguar si es verdad lo que dedujimos acerca de los buyurs.

El trabajo de toda una vida, en física matemática y lingüística, parecía concordar con la conclusión de Purofsky.

Jijo no era un accidente.

Ah, si hurgaba en la psicología podía encontrar otros motivos para su insistencia en ser ella quien fuera.

¿Quizá para seguir cuidando de Emerson?

Pero Emerson ahora estaba con quienes lo amaban. Camaradas que habían afrontado juntos la muerte, muchas veces. Tras superar su vergüenza inicial, Emerson había encontrado modos de hacerse útil.

Ya no necesitaba a Sara.

Nadie me necesita.

Admítelo. Has venido por curiosidad.

Porque eres la hija de Melina.

Porque quieres saber qué pasa a continuación.

DWER

Por suerte se acordó del aire.

No habría aire del otro lado.

Penetrando en la barrera, contorsionándose, arqueando el cuerpo, logró abrir un túnel que llevaba de su esfera a la contigua. Un breve huracán vació rápidamente la atmósfera de su celda anterior, hasta que la presión se estabilizó. Luego continuó la marcha, dejando que la apertura se cerrara a sus espaldas.

Sintió un estampido en los oídos, una aceleración del pulso. Esa trepa había diluido el aire disponible, llevándolo del equivalente del nivel del mar al equivalente de una cumbre montañosa en sólo medio dura.

Bailaban manchas ante sus ojos. Su cuerpo no resistiría mucho más.

Había otro motivo para apresurarse. Al salir de la esfera que contenía los restos del globo, había visto sombras del otro lado. Robots jophurs. Que iban a inspeccionar a su primer cautivo.

Había apoyado el equipo en la dorada superficie de la nueva celda. Dwer cogió el improvisado bártulo y fue hacia el único refugio posible, la nariz de la nave estelar prisionera.

No se parecía a la masiva nave jophur, sino que evocaba dos cucharas soldadas, con el bulboso extremo adelante. Por suerte, el recinto apenas dejaba espacio a proa y popa. Una hilera de ventanas casi tocaba la superficie dorada.

¡Y hay una puerta!

Dwer reunió sus fuerzas, flexionó las piernas, se lanzó hacia la cámara de presión. Atravesó esa distancia y logró aferrar una protuberancia con la mano izquierda.

Si esto requiere un código secreto, estoy fregado.

Afortunadamente las cuadrillas de delfines tenían un procedimiento estándar para entrar en las ruinas buyurs y modificarlas. Dwer los había acompañado en algunos viajes, para ayudar. Se alegró de ver que el improvisado mecanismo aún estaba instalado, sintonizado para funcionar de un modo que hasta un cazador jijoano podía entender.

Para abrir, mover la perilla.

Su suerte aún lo acompañaba. La perilla giró.

Si hay aire dentro, habrá un ventarrón. Si no hay aire, seré absorbido. Y moriré.

Tuvo que apoyar los pies en el casco y tirar para mover la escotilla.

Su visión se enturbió y Dwer supo que estaba a pocos duras de un desmayo.

Una brisa súbita lo abofeteó, silbando con fuerza desde el interior de la nave.

Aire rancio. Aire pestilente, húmedo, maravilloso.

GILLIAN

La mala noticia no era precisamente imprevista. Aun así, había tenido esperanzas de algo mejor.

Mientras la nave jophur añadía otro enjambre de señuelos a su cadena, dirigió su atención a otra parte, acelerando para perseguir al próximo grupo escogido.

Pronto la verdad fue evidente.

La suerte del Streaker se había agotado.

Esta vez escogieron bien, pensó. Tenía que pasar tarde o temprano.

El Streaker estaba en la mira del enemigo, y aún debía cruzar siete mictaars de hiperespacio para llegar a su seguridad.

LOS SABIOS

Ahora hay otros en Jijo, pensó Phwhoon-dau, sabiendo que ni siquiera ocho serían suficientes por mucho tiempo. Los nuevos colonos delfines debían ser invitados.

En textos terrícolas he leído acerca de los cetáceos y su glorioso Sueño de las Ballenas. ¿Qué música podremos crear cuando estos extraños seres añadan su voz a nuestro coro?

¿Y qué seguiría después? ¿Lorniks, chimpancés y zookirs? ¿Los kiquis que los delfines habían llevado desde lejos? Una mezcla de voces, pues. Quizás una civilización digna de ese nombre.

Todo eso estaba delante, una posibilidad atractiva, un reto a la probabilidad y la razón. Por ahora, el Consejo estaba constituido por quienes se habían ganado su lugar sobreviviendo en Jijo. Compartiendo ese mundo. Criando vástagos cuyos átomos venían de la corteza renovadora del planeta madre. Este rasgo impregnaba la armonía musical de los Ocho.

Respiramos Jijo con cada inhalación.

Así gutureaba Phwhoon-dau con las profundas y palpitantes vibraciones de su saco laríngeo.

Bebemos sus aguas. Al morir, nuestros seres queridos nos sepultan en su abismo. Allí nos reunimos con los ritmos del mundo.

La presencia que los unía era familiar y majestuosa a la vez. El Consejo la sentía palpar en cada nota de la flauta o el mirlitón. Impregnaba el cascabeleo del gláver y los símbolos empáticos de los tyltals.

Durante generaciones, el Huevo había rondado sus sueños. Sus suaves cadencias recompensaban cada peregrinación, ayudando a unir la Comuna.

Pero durante esos años los sabios lo habían sabido. Sólo duerme.

Ignoramos qué sucederá cuando despierte.

¿El Huevo despertaba ahora porque el Consejo tenía al fin las piezas que faltaban? ¿O el cruel rayo jophur lo había arrancado de su sopor?

A Phwhoon-dau le gustaba pensar que su viejo amigo Vubben era el responsable.

O quizá sólo era cuestión de tiempo.

Los ecos aumentaban gradualmente. Phwhoon-dau lo sentía en los pies, un crescendo resonante bajo la superficie. Una acumulación de poder. De propósito.

Cuánta energía. ¿Qué sucederá cuando se libere? Su saco laríngeo palpitaba con sus gutureos, mucho más dolorosos y potentes que nunca.

Phwhoon-dau se imaginó esa cuenca montañosa estallando con fuerza titánica, derramando lava por los torturados pasadizos del Valle de los Festivales.

Pero cuando la energía se liberó, sólo provocó un leve temblor del suelo.

Aun así, todos se tambalearon cuando echó a volar, más rápida que el pensamiento.

LA CUESTA

Para Nelo —de pie en las ruinas de su papelera, agotado y desalentado después de una larga marcha a casa— llegó como una rápida serie de aromas.

El olor agridulce de la pulpa humeante que se derramaba en los bastidores.

El olor caliente y vital de su difunta esposa, dispensándole atención después de un largo día dedicado a sus hijos.

El olor del cabello de Sara a los tres años, adictivo como cualquier droga.

Nelo se sentó en un parapeto destrozado, y aunque esas sensaciones duraron menos de un kidura, algo se astilló en su interior y rompió a llorar.

—Mis hijos —gimió—. ¿Dónde están?

Algo le decía que ya no pertenecían a su mundo.

Para Fallon —inmóvil en la guarida subterránea de un rodandante, esperando la muerte— la sensación llegó como una oleada de imágenes. Recuerdos.

Los misteriosos árboles-espino del Llano del Amanecer, más al este de lo que nadie había viajado en un siglo.

Los témpanos del noroeste, grandes montañas flotantes de torres níveas, esculpidas por el viento.

Los palpitantes fantasmas del Flujo Espectral, y el oasis de Xi, donde las gentiles illias lo habían invitado a terminar sus días, compartiendo sus secretos y sus nobles caballos.

Fallon no gritó. Sabía que Dedinger y sus fanáticos escuchaban fuera de esta caverna en las dunas. Cuando ese energúmeno regresara, no obtendría satisfacción del ex jefe de exploradores de la Comuna.

Pero la inundación de recuerdos lo afectaba. Fallon derramó una lágrima de gratitud.

Una vida sólo adquiere plenitud ante sus propios ojos. Fallon evocó la suya, y le pareció buena.

Para Uriel —interrumpida en un caudal de nuevos proyectos— la ola llegó como una pausa molesta. Un desperdicio de valioso tiempo.

Especialmente cuando todos sus aprendices dejaron sus herramientas y miraron el vacío, emitiendo graves y reverentes gemidos, suspiros o relinchos.

Uriel reconoció lo que era. Una bendición. Para la cual tenía una respuesta simple.

¿Y qué?

Tenía demasiado en qué pensar para derrochar duras en cosas que estaban fuera de su control.

Comentó secamente en gal-dos:

—Me alegra que te hayas decidido.

»Me alegra que tú, oh longevo Huevo, te hayas dignado actuar.

»Mas perdona si no lo interrumpo todo para exaltarme.

»Para muchas, la vida es demasiado corta.

Para Ewasx —instantes después, a medio año-luz de distancia— llegó como una grave y dolorosa vibración en la cera. Una cera antigua, acumulada durante muchos jaduras por la pila predecesora, un viejo sabio traeki.

Un vapor involuntario brotó del núcleo común de la pila, sorteando el anillo maestro para flotar como una nube compacta sobre el orificio superior.

Loado sea el destino...

Otras pilas se alejaron de Ewasx, turbadas por esos aromas singulares, impregnados con salvajes vestigios de suelo jijoano.

Pero la pila sacerdotal mayor reaccionó automáticamente ante ese humo reverente, inclinándose y añadiendo: Amén.

LARK

—¡Lark, tu mano!

Tembló, luchando para controlar la súbita conmoción que lo obligó a arrancarse el amuleto del cuello. Aferró la piedra con fuerza, aunque empezaba a quemarle la carne.

Agazapado tras un extraño obelisco —su único refugio en la amplia sala de control jophur—, Lark no se atrevía a gritar de dolor. Trató de no contorsionarse mientras Ling usaba ambas manos para abrirle el puño. Al fin soltó el fragmento de piedra, que cayó al suelo con un hedor de carne carbonizada. Aun ahora, el calor seguía creciendo.

Trataron de retroceder, pero la temperatura de la piedra siguió aumentando hasta que un feroz fulgor los cegó.

—¡No! —jadeó Lark mientras Ling se lanzaba hacia el resplandor, tratando de coger la correa. Para su sorpresa, aún tenía longitud suficiente para que ella la hiciera girar por encima de su cabeza, como si lanzara un trozo de sol llameante. La soltó, arrojando el talismán de Lark en un arco hacia el centro de la sala.

Siguieron silbidos de consternación, acompañados por oleadas de pestilencia tan abrumadora que Lark se sofocó.

—¿Por qué diablos...? —preguntó, pero Ling le tiró del brazo.

—Necesitábamos una distracción. ¡Vamos, es nuestra oportunidad!

Lark parpadeó, asombrado por el poder del hábito. Estaba enfurecido con ella por haber arrojado su amuleto, y hasta tuvo que reprimir el ansia de recobrar esa maldita piedra.

Déjala, y enhorabuena, pensó.

—Correcto —le dijo a Ling—, vamos.

DWER

Dentro de la nave señuelo, se derrumbó en la cubierta y vomitó, lanzando lo poco que tenía en el estómago.

Durante esa desagradable experiencia, sufrió otra clase de desorientación. Por un momento le pareció que Única-en-su-especie estaba en su cabeza, tratando de hablar de nuevo. La vertiginosa sensación habría podido ser casi agradable, si la náusea no le arrasara el cuerpo.

Terminó antes que él pudiera entender qué sucedía. De todos modos, ya había perdido demasiado tiempo.

Los jophurs no tardarán en revisar mi globo urs. Comenzarán a investigar esta burbuja.

En gravedad plena, habría sido casi imposible trepar por la nave capturada para llegar a la popa. Pero Dwer sabía adaptarse, y pronto aprendió a volar.

LARK

Corrían por un pasillo lleno de humo, perseguidos por gritos airados y haces de luz palpitante, cuando una detonación abrupta sacudió el suelo. Una pared de aire golpeó a los dos humanos desde atrás, tumbándolos.

Estamos fregados, pensó Lark, suponiendo que debía ser un arma de sus perseguidores.

Sin embargo, mirando por encima del hombro, vio que los robots giraban y se dirigían hacia el lado contrario. Hacia una ruidosa tormenta de hollín negro y arremolinado que salía de la sala de control.

—¿Crees...? —empezó.

Ling sacudió la cabeza.

—Los jophurs son resistentes. Dudo que la explosión haya hecho algo más que aturdirlos.

Bien, pensó Lark. Era sólo una piedra.

Sentía agudamente su ausencia.

La ayudó a incorporarse, temiendo que los robots regresaran.

—Ahora saben que estamos aquí.

Echaron a correr nuevamente. Pocos duras después Ling se echó a reír.

—Sí, supongo que ahora lo saben.

GILLIAN

Una onda psi brotaba del planeta. El oficial de detección anunció un cambio en la pantalla táctica.

—¡M-mirad eso!

Gillian lo vio. La configuración jophur estaba cambiando. El disco rojo y brillante titilaba. Su «cola» de puntos carmesíes, que se había aproximado a la nave madre, comenzaba a alejarse.

—Parece que el enemigo se ha liberado de los señuelos que capturó. Mi conclusión es que encontraron el modo de registrarlos rápidamente y deshacerse de ellos. Ahora los señuelos flotarán hacia Izmunuti y el acorazado, libre de ese lastre, nos alcanzará mucho más pronto.

Las esperanzas de Gillian, que habían renacido cuando llegó la onda psi, se hundieron más que nunca.

—Será mejor que nos preparemos para nuestra última batalla —murmuró.

Entre los delfines hubo una total ausencia de chasquidos de sonar, como si ninguno de ellos quisiera dar a ese momento la realidad del sonido.

—Un m-minuto —anunció Kaa—. ¡Los jophurs desaceleran! ¡Regresan para recobrar la hilera desechada!

—Pero... —Gillian parpadeó—. ¿Pudieron arrojarla por accidente?

El holograma Niss giró, aceptó esa posibilidad con un cabeceo abstracto.

—Se presenta una hipótesis. La onda psi que detectamos era demasiado débil para afectar un acorazado de guerra, a menos que fuera causal directa.

—Explícate.

—Pudo obrar como un mecanismo de activación que, por accidente o adrede, precipitó la liberación de potencialidades que ya estaban presentes a bordo de la nave jophur.

—En otras palabras, la ola pudo haberlos afectado a pesar de todo. Tal vez desencadenando acontecimientos disgregadores...

—En efecto. Si esto hizo que los jophurs perdieran el control de su cadena de cajas de captura, sin duda regresarían para recobrarlas, aun al coste de una demora. Porque sospecharían que la onda psi se proponía liberar las cajas.

—En otras palabras, estarán más ansiosos de registrar cada caja.

Gillian reflexionó, luego preguntó:

—¿Se ha demorado mucho el tiempo de interceptación?

Kaa agitó la cola.

—Bastante, pero no lo suficiente. Llegaremos a la corona de Izmunuti, pero el enemigo estará a suficiente distancia como para seguirnos con detectoresss. El plasma no introducirá ninguna diferencia apreciable.

Gillian asintió.

—Bien, las cosas están un poco mejor. Y un par de trucos pueden mejorarlas aún más.

Los delfines lo festejaron con una carcajada de complicidad y volvieron al trabajo, lanzando chasquidos de confianza. En una situación similar, Tom habría hecho un comentario igual al de Gillian.

En realidad, Gillian no sabía si su plan siquiera merecía ese nombre.

SARA

Decían que una onda psi había llegado de Jijo, pero Sara no sintió nada.

No era sorprendente. Entre los hijos de Melina, siempre le había parecido que Dwer era el sensitivo, mientras que ella sólo servía para la lógica. Hasta poco tiempo atrás, Sara tenía poco interés en esos asuntos. Pero luego sintió intriga. Tal vez esto era lo que Purofsky decía que debíamos buscar.

Sentada a la mesa de trabajo, Sara interrogó al ordenador portátil.

—En cuanto a esa onda psi... ¿tenemos idea de su hipervelocidad?

—Sólo una estimación. Viajaba a aproximadamente dos mictaars por midura.

Sara trató de hacer el cálculo mentalmente, traduciéndolo a términos que conocía mejor, como años-luz. Luego comprendió que la máquina podía hacerlo gráficamente.

—Muéstramelo.

Un holo mostró su mundo natal como un punto azul en el cuadrante inferior izquierdo. El Streaker era un destello amarillo en la esquina superior derecha, acompañado por otros miembros del enjambre de señuelos número dos. Entretanto un convoy carmesí —la nave jophur y sus cautivos— reanudaba la persecución.

El ordenador presentó una superposición, dibujando un entrecruzamiento de líneas, vectores ondulatorios en el hiperespacio de nivel cero. Los cálculos eran sencillos, pero Sara tardó un rato en entender la compleja representación tridimensional. Soltó un silbido.

—Eso no es el cuadrado inverso. Ni siquiera uno sobre R. ¡Era direccional!

—Un paquete ondulatorio direccional bien conservado, resonando en la primera, tercera y octava bandas del...

El ordenador se puso a hablar en una jerga psi que Sara no podía seguir. Para ella, bastaba con saber que el paquete estaba apuntado. Su pico había pasado encima del Streaker y su perseguidor.

La coincidencia era increíble. Significaba que algún poder de Jijo sabía exactamente dónde estaban ambas naves y...

Sara se detuvo.

No saques conclusiones apresuradas. ¿Y si no éramos el objetivo de ese haz? ¿Y si sólo estábamos en su camino, entre Jijo y...?

Se levantó de un brinco.

—¡Muéstrame Izmunuti y el punto de transferencia!

La pantalla cambió de escala, expandiéndose hasta que el Streaker apareció a medio camino de la feroz gigante roja.

Y más allá, un plegamiento. Una torsión en la textura de la realidad. Un lugar al que vas si quieres ir muy lejos.

Aunque se necesitaban gráficos de ordenador para distinguirlo, el punto de transferencia no era una nulidad invisible. La mole de Izmunuti enviaba pendones ocres hacia el hoyuelo en el espacio.

—¿Cuándo llegará la onda psi a Izmunuti?

—Ya ha llegado.

Sara tragó saliva.

—Entonces muéstrame una estimación... —Hurgó en su memoria para buscar palabras que había leído, pero rara vez usado—. Muéstrame probables curvas de hiperdeflexión cuando la onda psi alcance la gigante roja. Enfatiza las regiones metaestables de almacenaje de energía inversa, con potencial para... emisión simulada en las bandas que mencionabas.

Líneas y curvas multicolores se reflejaron en su frente y sus pómulos.

Abrió los ojos con asombro. Articuló una palabra, pero no pudo pronunciarla. Buscó un fajo de papel que no era mejor que el de mejor calidad de su padre y anotó dos líneas de coordenadas.

Gillian Baskin respondió a su llamada urgente, aunque parecía un poco irritada.

—Sabia Koolhan, realmente no tengo tiempo...

—Sí, claro que sí —respondió Sara con firmeza—. Nos reuniremos en su oficina en cuarenta duras. Sin duda querrá enterarse de esto.

RETY

Una joven en un recinto cerrado, a solas en su universo, hasta que alguien golpeó la puerta.

En realidad no estaba del todo sola. Yi estaba con ella. Más aún, el golpe no sonó en la puerta, sino en la ventana. Aun así, el elemento de turbadora sorpresa estaba allí. Rety saltó hacia atrás, alejándose del sonido, que crecía con cada golpe.

—¡Viene de allá! —gimió Yi, señalando con su largo pescuezo.

Rety miró la ventana. Había una silueta agazapada detrás, perfilada contra la bruma dorada que rodeaba la nave. Era una figura distorsionada, de cabeza bulbosa. Un brazo giró, empuñando un objeto romo, y golpeó el cristal una vez más.

Fisuras diminutas se extendieron desde el punto de impacto.

—¡Enemigo entrando! —gritó Yi.

Rety pensó en monstruos del espacio, pero no sintió miedo. No pensaba ceder su dominio a un invasor, jophur, robot o lo que fuera.

Otro golpe sonó en el mismo sitio. Obviamente el intruso necesitaría varios más para dañar la ventanilla. Rety se dirigió hacia la imprecisa silueta para averiguar con quién se las veía. Después del siguiente impacto, se apretó contra el vidrio y miró afuera.

Al principio las imágenes eran borrosas. Luego la criatura pareció reparar en su presencia y también se inclinó hacia delante. Rety entrevió lo que parecía una ondeante cúpula de tela clara. Un casco improvisado, comprendió.

Y dentro de esa burbuja protectora...

Lanzó un grito, saltando hacia atrás por reflejo, más desconcertada que si hubiera visto un monstruo o un fantasma.

Cuando regresó para echar otro vistazo, la figura se puso a gesticular frenéticamente, señalando el flanco de la nave.

—Sí —suspiró ella—. Atranqué la cámara de presión, ¿verdad?

Rety cabeceó vigorosamente, para que el visitante pudiera ver, y se deslizó por las paredes hasta llegar a la puerta cerrada. Sacó la tranca que había puesto para impedir que Chuchki volviera a entrar.

La cámara de presión se activó lentamente, dándole tiempo para preguntarse si sus ojos la habían engañado. Tal vez era sólo una estratagema de alguna criatura telepática que procuraba ganar acceso llenando su cerebro con imágenes del pasado...

La puerta interior se abrió al fin, y Dwer Koolhan la traspuso, arrancándose el globo de tela que había usado como tosco sistema de soporte vital. Tenía el rostro azulado cuando Rety le ayudó a cortar la cinta adhesiva, rescatada del material encontrado en otras naves señuelo durante su largo viaje por la hilera cautiva. El

joven cazador inhaló profundamente mientras Rety retrocedía para mirarlo. Al fin él se recobró y rodó a un costado, alzando la cabeza para enfrentar su mirada incrédula.

—Debí saber... que serías tú —murmuró Dwer con voz resignada.

—¡Ifni! ¿Nunca me libraré de ti? —exclamó Rety al unísono.

EWASX

Debemos sopesar las ventajas y opciones.

Mientras Izmunuti comienza a rugir con una tormenta atmosférica, nuestra pila táctica declara que hemos perdido un tiempo valioso.

Tres enjambres huyen delante de nuestro majestuoso Polkjhy.

El primero entrará en la tormenta justo cuando lo alcancemos.

Llegaremos al segundo cuando pase a máximo impulso hiperbólico. ¿Y el tercero?

Llegará al punto de transferencia con tiempo suficiente para saltar al próximo nivel del hiperespacio.

El sabotaje en la sala de control ha creado graves problemas, desproporcionados con el daño infligido a nuestro líder capitán, cuya incapacidad no debe durar mucho. Entretanto, sin embargo, el oficial táctico ha ideado un plan.

ARROJAREMOS LAS CAJAS DE CAPTURA QUE NOS DEMORAN.

Nos dirigimos hacia Izmunuti. Si la presa está dentro de una de las trampas, deberá revelarse pronto, o arriesgarse a la inmolación.

ASÍ LIBERADO, NUESTRO POLKJHY IRÁ DIRECTAMENTE HACIA EL PUNTO DE TRANSFERENCIA.

Así podremos interponernos entre la presa y su camino de escape.

Estas rápidas maniobras tendrán inconvenientes, pero al cabo terminarán con toda esperanza para los terrícolas, sin importar en qué enjambre se ocultan. Sus actividades subsiguientes nos permitirán detectar qué nave está guiada por sapientes y cuáles operan con meros programas automáticos.

El aroma de la cacería llena el puente, la avidez por la próxima empresa. Será muy gratificante para la Polkjhy conquistar a los terrícolas sin pedir ayuda al gran clan. Triunfar donde flotas enteras han fracasado. ¡Esto será glorioso!

PERO AHORA A NUESTRA TAREA, ANILLOS MÍOS.

Hay alimañas sueltas en nuestro acorazado. Nuestro puente averiado y cubierto de hollín fue deshonorado a plena vista del Observador de la Biblioteca. Debemos encontrar las alimañas. Yo/nosotros somos los designados para la persecución, en virtud de nuestra/Mi experiencia con los humanos.

¿Nuestro primer recurso, anillos míos?

Traed al otro prisionero humano.

El llamado Rann.

Él nos ayudará a encontrar a sus ex colegas. Ya tiene esa inclinación.

REGOCIJAOS, ANILLOS MÍOS.

De este modo nos mostraremos útiles, evitando que nos desmantelen. Si tenemos éxito, se ha prometido una buena recompensa para este toroide maestro.

¡Temblad de emoción, anillos míos! Mientras el Polkjhy surca el espacio en pos de una victoria segura, realizamos otra cacería en su interior.

EMERSON

Las máquinas le cantan en un idioma que él todavía entiende.

Mientras trabaja con los calibradores, parece ser el mismo de antes. Amo de las máquinas. Niño mecánico. El hombre que hace volar las naves estelares. Entonces recuerda algo. Un informe centellea, o una voz robótica enumera una lista de parámetros. Prity no sabe interpretarlo. El lenguaje de señas no puede traducir las sutilezas de la transformación de hiperondas.

Los camaradas de Emerson respetan sus esfuerzos. Están complacidos y sorprendidos con su habilidad para ayudar.

Pero, comprende ahora, también tratan de complacerlo.

Las cosas nunca serán iguales.

Su largo turno termina. Suessi le ordena que se tome un descanso.

Sube a la sentina con Prity y visita a los glávvers, sintiendo algo en común con esas sencillas criaturas, casi tan mudas como él.

Alvin y Huck intercambian insultos y agudezas en inglés, su lengua nativa, pero él sólo entiende el sentido general. Son amables, pero tampoco aquí Emerson encuentra consuelo.

Busca a Sara, y la encuentra en la sala de navegación, rodeada por el personal de Gillian. Resplandecientes representaciones de una estrella gigante llenan el centro de la sala, con diversas órbitas trazadas a través de su caparazón llameante. Algunas sendas se superponen, usando arcos de honda para arrojar el Streaker hacia el punto de transferencia, un embudo deforme en el espacio. La táctica parece intrépida, aun para un piloto como Kaa. Pero ese método es obvio.

Sin duda el enemigo espera esa maniobra.

Otras órbitas no tienen sentido, y rozan la gigante roja alejándose del agujero. Alejándose del único modo de salir de esta peligrosa región de una galaxia prohibida.

Dejar que el enemigo llegue primero al punto de transferencia parece suicida.

Por otra parte, dada la velocidad del acorazado jophur, el Streaker tendrá pocas opciones. Quizá Sara y Gillian piensan dirigirse hacia el espacio profundo y ocultarse entre esas rocas calcinadas que fueron planetas, antes que Izmunuti se hinchara hasta consumir a sus hijos.

Sara está enfrascada en su trabajo. Nadie parece reparar en esa extravagancia: una salvaje jjoana dirigiendo los esfuerzos de sofisticados viajeros estelares. En momentos como éste, una idea puede contar mucho más que la experiencia.

La incongruencia le hace sonreír, y recobra parte de su buen humor. Su habitual optimismo.

A fin de cuentas, ¿cuándo han importado las ventajas y desventajas?

Detrás del puente hay una cúpula de observación adonde sólo se llega con una

escalerilla. La pequeña cabina es un resabio de la raza que era dueña del Streaker antes que el Clan Terrícola lo comprara y lo adaptara para uso de los delfines. Se requiere cierta agilidad para subir a ese cubículo. El reducto secreto de Emerson.

En un extremo, una gruesa burbuja de cuarzo diamantino brinda una visión del exterior, donde la bóveda estelar, desnuda y nítida, lo rodea con su noche eterna. Izmunuti se oculta tras la proa de la nave, pero vastas extensiones del brazo en espiral local chispean como diamantes. Los cúmulos globulares son como diatomeas fosforescentes en un mar iluminado por la luna. Desde que despertó en Jijo, no esperaba experimentar esto de nuevo. La confrontación desnuda. Mente y universo. Tanta belleza lo conmueve. Excesiva. Dolorosa.

Emerson pasó medio año aprendiendo a conocer el dolor, hasta que se convirtió en una especie de amigo. Su aliado para exhumar recuerdos. Y mientras contempla el fuego estelar, sucede de nuevo.

Recuerda la caída en Jijo: pestilencia, ropas en llamas, agua turbia, la vaga conciencia de haber librado una batalla. Una distracción, un sacrificio para permitir que escaparan sus amigos.

Pero esa no era la verdad. Era una historia implantada.

En realidad, los Antiguos lo sacaron de ese caza thennanio. Lo sondearon y palparon. Durante días y semanas escudriñaron su mente, luego lo metieron en una cápsula. Un tubo que lo estrujaba...

Emerson gime, recordando que ese viaje terminó en una llameante caída en Jijo y ese espantoso pantano donde lo encontró Sara.

Recuerda a los Antiguos. O una facción de ellos. Ojos fríos. Voces duras, ordenándole que olvide. Que olvide... pero condenándolo a vivir.

Conozco... vuestra... mentira...

La barrera resiste. Por un instante, sufre un dolor más agudo que nunca. Un dolor elemental, como el vacío que lo rodea.

Como una granizada de rayos cósmicos. Como la miríada de capas cuánticas que envuelven cada quark y cada leptón de su zamarreado cuerpo.

Apenas logra ver más allá de esa destilada angustia, que convierte el sinfín de estrellas en agujas oblicuas. Pero ahora una forma sale de esas motas irregulares. Espasmódica, zigzagueante.

Está nadando, comprende. Avanzando hacia él, corriente arriba, contra una fuerte marejada. Una forma rescatada de su memoria. Pero este recuerdo, en vez de traer más pesadumbre, barre con todos los dolores. Enérgicos coletazos impulsan una corriente tranquilizadora.

Aparece un rostro de delfín.

Capitán...

Creideiki...

Un rostro lleno de cicatrices, profundamente herido detrás del ojo izquierdo. Una herida demasiado parecida a la de Emerson para que sea coincidencia. La explicación lo envuelve en sonido.

¡Canallas y mentirosos,
carentes de imaginación,
cruelmente roban ideas!

Emerson comprende de inmediato el haikú trinario. Los Antiguos deben haber leído su mente, donde vieron la herida de Creideiki.

Parecía coincidir con sus necesidades, así que la copiaron en el cautivo humano. ¿Qué mejor modo de liberarlo, y aun así tener la certeza de que no contaría nada?

Pero no entiende el porqué. ¿Por qué liberarlo para entregarlo a una existencia crepuscular?

¿Qué motivo podían tener?

Todo en el momento oportuno...

Esa frase le hace sonreír, pues la interpreta de un modo que antes se le escapaba. Un sentido simple y purificado.

Momento oportuno.

Emerson escruta las galaxias, liberado del dolor. Reconoce que ese dolor fue una ilusión. El producto de una megalomanía que sus enemigos usaron contra él.

El océano de la noche es demasiado vasto y está demasiado ocupado para interesarse en su dolor. Un universo que evoluciona no puede molestarse con los problemas de un solo individuo, miembro de uno de los órdenes más bajos de la vida sapiente.

¿Por qué iba a hacerlo?

¡Qué privilegio es la existencia, en definitiva! A fin de cuentas, Emerson le debe todo al cosmos, y el cosmos no le debe nada.

Comparte un último momento de comunión con su capitán y camarada. No le importa si el sonriente delfín es un fantasma, un espejismo o una imagen real y milagrosa. Sólo sabe que la lección de Creideiki es cierta.

No hay contratiempo —ni herida ni golpe del cruel destino— que no pueda transformarse en canción.

Por un instante, Emerson oye música en cada rayo de luz estelar.

*Quando el tifón invernal te arroje
sobre granos de arena
ásperos y relucientes,
y la creación se confabule*

*para lanzarte
a un tiempo de cambio,
cuando te falte el aliento
y tu sangre se derrame,
otea, amigo mío,
el arrecife brillante,
en busca de un don
para darle a otro,
en busca de una retribución
por los favores que recibiste.
Pues en el momento oportuno
las perspectivas relucen
en la costa del infinito.*

GLOSARIO

ESPECIES SAPIENTES

g'Kek: Miembro de la primera raza irruptora que llegó a Jijo, hace dos mil años. Elevados por los drooli, los g'Keks tienen ruedas impulsadas biomagnéticamente y tallos oculares en vez de cabeza. Durante casi todo su período de sapiencia, no vivieron en planetas. Los g'Keks están extinguidos en las Cinco Galaxias, excepto en Jijo.

gláver: Miembro de la tercera raza irruptora que llegó a Jijo. Pupilos de los tunuctyurs, que a la vez fueron pupilos de los buyurs, los gláveres son bípedos de piel opalina y ojos grandes. De un metro de altura, tienen una cola prensil bifurcada que compensa la ineficacia de sus manos. Desde que colonizaron Jijo ilegalmente, involucionaron hasta un estado de presapiencia. Para algunos, son un ejemplo cabal que señala la Senda de la Redención.

hoon: Miembro de la quinta raza que colonizó Jijo. Los hoons son omnívoros bípedos, de piel pálida y escamosa y pelaje blanco y lanudo. Su columna vertebral es una estructura maciza y hueca que forma parte de su sistema circulatorio. Poseen unos sacos laríngeos inflables que originalmente empleaban en las ceremonias de cortejo, pero luego su uso evolucionó para «gutarear». Desde que fueron pupilos de los guthatsa, los miembros de esta raza han servido como adustos y oficiosos burócratas de la cultura galáctica.

humano: Miembro de la raza irruptora más joven. Los humanos llegaron a Jijo hace menos de trescientos años. Los «lobeznos» humanos evolucionaron en la Tierra y quizás alcanzaron una civilización tecnológica y un tosco viaje interestelar por su cuenta. Su mayor logro: la Elevación de neochimpancés y neodelfines.

jophur: Organismo semejante a un cono de anillos apilados; como sus primos traeki, los jophurs consisten en «anillos de savia» intercambiables y esponjosos, cada cual de inteligencia limitada, pero que se combinan para formar un ser sapiente comunitario. Los anillos especializados dan a la pila los órganos sensoriales y manipuladores y a veces aptitudes quimiosintéticas exóticas. Como los traekis, esta singular especie era afable y poco ambiciosa cuando fue pupila de los poas. Los celosos oalies los reinventaron con «anillos maestros», transformando a los traekis en jophurs, seres tercos y profundamente ambiciosos.

qheuen: Miembro de la cuarta raza irruptora de Jijo. Pupilos de los zhoshs, los qheuens son seres exoesqueléticos, radialmente simétricos, con cinco patas y pinzas. Su cerebro está parcialmente contenido en un domo central retráctil llamado «cúpula». Rebeldes qheuens colonizaron Jijo en un intento de conservar su antiguo sistema de castas, donde la variedad gris brindaba las matriarcas reales mientras las especies roja y azul eran criadores y artesanos. Las condiciones de Jijo —y la intervención humana— provocaron la desaparición de este sistema.

rothen: Misteriosa raza galáctica. Un grupo humano (los dakkins o daniks) cree que los rothens son los instructores perdidos de los terrícolas. Los rothens son bípedos, algo más corpulentos que los humanos, pero con proporciones similares. Se cree que son carnívoros.

traeki: Segunda raza ilegal de colonizadores que llegó a Jijo. Los traekis son una variante retrógrada de los jophurs que huyó de la imposición de anillos maestros.

tytlal: Especie que se consideraba imposible de Elevar; fue Elevada por los tymbrimis.

tymbrimi: Especie humanoide aliada con el clan terrícola. Los tymbrimis son conocidos por su inteligencia y su diabólico sentido del humor.

urs: Miembro de la sexta raza irruptora de Jijo. Habitantes de las praderas, carnívoros y centauroides, tienen el cuello largo y flexible, cabeza alargada y brazos sin hombros que terminan en manos diestras. Los urs inician su vida como larvas de seis patas, expulsadas del marsupio materno para que sobrevivan por su cuenta. Los que sobreviven a la «infancia» pueden ser aceptados en una banda urs. Las hembras urs alcanzan el tamaño de un venado grande, y poseen marsupios gemelos de procreación, donde guardan parejas de escaso tamaño, menores que el gato doméstico. Una hembra con jóvenes prelarvales expulsa a uno o dos machos para dejar sitio para su prole. Los urs aborrecen el agua en su forma pura.

NOMENCLATURA

ánglico: Idioma humano creado en el siglo XXI. Aunque usaba muchas palabras inglesas, recibió influencia de otras lenguas anteriores al Contacto y se modificó según nuevos enfoques de la teoría lingüística.

araña reductora: Forma de vida artificial diseñada para destruir edificios y artefactos tecnológicos en mundos declarados en barbecho.

atavismo por estrés: Un estado que afecta a las especies recién Elevadas, cuando los individuos pierden sus funciones cognoscitivas superiores bajo estrés.

Biblioteca Galáctica: Una prodigiosa compilación de conocimientos compilada durante el curso de cientos de millones de años. En la mayoría de las naves estelares y colonias galácticas hay «bibliotecas subsidiarias» cuasi sabientes.

Biblos: Fortaleza que contiene el Archivo, o Salón de los Libros, una combinación de universidad y biblioteca circulante central, que ejerce una profunda influencia sobre la cultura jijoana.

Bibur: Río que pasa frente a Biblos y se une con el Roney en Villa Tarek.

buyur: Ex ocupantes legales de Jijo, con apariencia de ranas, conocidos por su ingenio, previsión y manipulación de genes para crear herramientas animales especializadas. Partieron cuando Jijo se declaró en barbecho, hace casi medio millón de años.

ceremonia de reducción: Disolución de cadáveres por medio de la cual se devuelve la carne al ecosistema jijoano. A menudo implica el consumo de carne por anillos traekis especializados. Los restos no degradables se tratan como escoria y se envían al Sumidero.

chimpancé o «chim»: Simio que sufrió una Elevación parcial y acompañó a los humanos a Jijo, incapaz de articular palabras pero capaz de comunicarse por medio de signos.

clan terrícola: Una pequeña y excéntrica «familia» galáctica de razas sabientes que consta de pupilos neochimpancés, neodelfines y sus instructores humanos.

Consejo de los Terrágenos: Cuerpo gobernante del gobierno interestelar de la humanidad, a cargo de las relaciones entre el clan terrícola y la sociedad galáctica.

cotorrín: Insecto creado por los buyurs, que puede memorizar y repetir frases breves. Los primeros humanos de Jijo dudaban de su cordura cuando «oían voces».

dakkin: Término vulgar equivalente a «danikenista», un movimiento cultural que data de las postrimerías del primer contacto de la humanidad con la civilización galáctica. Los dakkins creen que los terrícolas fueron pupilos de una raza galáctica que optó por permanecer oculta por razones desconocidas. Un culto derivado sostiene que los rothens son esta raza de guías sabios y enigmáticos. (También «danik»).

deconstructor: Dispositivo mecánico que cuenta con el permiso del Instituto de

Migraciones para demoler restos de una civilización tecnológica en un planeta declarado en barbecho.

delfín primal: La semilengua usada por los delfines naturales, no Elevados, de la Tierra.

demoledor: Experto en explosivos que mina grandes colonias de las Seis Razas para su rápida destrucción cuando llegue el Día. El gremio tiene su sede en Villa Tarek.

Día del Juicio: En las profecías, el día en que los Seis Clanes de Jijo serán juzgados por sus crímenes. Para ese entonces, muchos esperan que sus descendientes sean como los glávèrs: inocentes que han seguido la Senda de la Redención.

Dolo: Aldea del río Roney, famosa por la fabricación de papel.

dura: Unidad de tiempo que equivale aproximadamente a un tercio de minuto.

Elevación: Proceso por el cual una especie animal presapiente se convierte en una raza plenamente sapiente, capaz de sumarse a la sociedad galáctica, mediante la guía de una raza «instructora».

escoria: Todo material no biodegradable destinado a ser arrojado al Sumidero, para ser reciclado por los fuegos tectónicos de Jijo.

Exilio: Época que comenzó cuando la primera raza intrusa llegó a Jijo.

Festival de Asamblea: Celebración y feria anual que celebra y refuerza la Gran Paz entre las razas irruptoras de Jijo. Incluye una peregrinación al Huevo Sagrado.

Flujo Espectral: Imponente e inhabitable región desértica de la Cuesta, cubierta por láminas de piedra volcánica de colores brillantes y protuberancias de cristal fotoactivo.

fourns: Otro término para qheuen.

galáctico-a: Persona, raza, concepto o tecnología que deriva de la antigua civilización de las Cinco Galaxias.

Gentt: Río que está al norte de la Montaña Ardor.

Gran Edición: La repentina introducción de libros de papel, por parte de los humanos, poco después de su llegada a Jijo.

Gran Paz: Época de creciente entendimiento entre los Seis Clanes, atribuida a la influencia de Biblos, o bien a la aparición del Huevo Sagrado y los parásitos rewq.

Grieta: Rama del Sumidero situada en el extremo meridional de la Cuesta.

Guenn, Volcán o Monte: Sede de las forjas clandestinas de Uriel la herrera.

herejías: Visiones alternativas del destino de Jijo, sostenidas por grupos que disienten de las teorías de los sabios supremos. Una de estas visiones sostiene que la Ley Galáctica es justa y que Jijo estaría mejor sin la «epidemia» de las razas irruptoras. Otras se basan en interpretaciones más ortodoxas de los Rollos Sagrados, y piensan que cada raza exiliada debe buscar la salvación en la Senda de la Redención. Una extraña herejía se llama «progreso».

Huevo Sagrado: Misteriosa masa de piedra que surgió hace un siglo de un volcán, acompañada por visiones, sueños y actividad psíquica.

humitador: Término coloquial para designar a alguien que imita a los humanos, porque los textos terrícolas todavía dominan la vida literaria de Jijo, mucho después de la Gran Edición.

Ifni: Probablemente una vulgarización de «Infinitud». En la tradición del espacio, nombre dado a la diosa de la suerte. Personificación del Azar o la Ley de Murphy.

Iki: Lugar legendario de exterminio de delfines.

illias: Tribu matriarcal de mujeres humanas que viven secretamente en el Flujo Espectral.

incursor: En Jijo esta palabra designa a invasores que buscan material genético.

Institutos Galácticos: Vastas y poderosas academias, presuntamente neutrales y ajenas a las políticas de clan. Los Institutos manejan o regulan varios aspectos de la civilización galáctica. Algunos tienen más de mil millones de años de antigüedad.

instructor-a: Raza galáctica que ha tenido por pupila al menos una especie animal, llevándola a la sapiencia plena.

irruptor: Renegado que intenta colonizar mundos que el Instituto Galáctico de Migraciones ha puesto en barbecho. En Jijo, el término alude a los que tratan de fundar nuevas colonias ilegales fuera de la Cuesta.

Izmunuti: Estrella gigante roja, incómodamente cercana al sol de Jijo; emite un viento de carbono que oculta a Jijo de la supervisión del Instituto de Migraciones.

jadura: Unidad de tiempo que equivale aproximadamente a 43 horas.

Jijo: Planeta de la Galaxia Cuatro. Hogar de siete razas irruptoras: humanos, hoons, qheuens, urs, g'Keks, los involucionados glávvers y los jophurs «retrógrados» conocidos como traekis.

Jophekka: Mundo natal de los jophurs.

kidura: Unidad de tiempo que equivale aproximadamente a medio segundo.

kiqui: Raza presapiente, nativa de Kithrup.

Kithrup: Mundo acuático rico en metales pesados, donde el Streaker perdió al capitán Creideiki y muchos otros al escapar de una emboscada.

Linderos: Cordillera que marca el linde oriental de la Cuesta.

Lobezno: Término galáctico despectivo para designar una raza que parece haber alcanzado el viaje espacial sin asistencia de instructores.

Loocen: La mayor de las tres lunas de Jijo.

Lornik: Animal doméstico, criado como sirviente por los qheuen. Los lorniks son radialmente simétricos, tienen cuatro patas y cuatro manos de tres dedos.

meseta de Dooden: El mayor y más antiguo enclave g'Kek.

midura: Unidad de tiempo que equivale aproximadamente a 71 minutos.

Mundo Fractal o Sistema Fractal: Un lugar de retiro para las razas que casi han

trascendido la Civilización de las Cinco Galaxias. Un inmenso edificio de nieve de hidrógeno que rodea una pequeña estrella y utiliza su energía.

Morgran: Punto de transferencia donde el Streaker fue atacado por naves de guerra de los clanes religiosos fanáticos.

neochimpancé: Un chimpancé Elevado; los neochimpancés son los primeros pupilos de la humanidad; los neochimpancés totalmente Elevados hablan; la variedad «inconclusa» que acompañó a los humanos a Jijo es muda.

neodelfín: Un delfín Elevado; los neodelfines son pupilos de la humanidad.

nihánico: Otro idioma humano anterior al Contacto, derivado de un híbrido del japonés y del chino hantiguo.

noor: Criatura astuta, diestra y traviesa, de apariencia similar a la nutria. Los noors no se pueden domesticar, pero los pacientes y afables hoons emplean noors en sus naves. Las otras razas irruptoras los consideran una molestia.

Oalie: Especie que coparticipó en la tercera etapa de Elevación de los jophurs, miembros fanáticos de la Alianza de Obedientes. Expertos en manipulación genética, los oalie modificaron la biología y psicología traekis mediante la adición de anillos maestros, transformándolos en jophurs.

Oakka: planeta que alberga la Jefatura Regional del Instituto de Migraciones, donde el Streaker apenas logró escapar de la trampa y la traición.

Passen: La luna más pequeña de Jijo.

phuvnthus: Criaturas hexápodos de Jijo que se alimentan de madera.

pidura: Seis duras a la séptima potencia, aproximadamente 4 días.

Polkjhy: Nombre de la nave jophur que descendió en Jijo en busca del Streaker.

Poria: Nombre del cuartel general dakkin, donde una pequeña población humana sirve a los señores rothen.

Progenitores: Primera raza legendaria de viajeros espaciales, que inició el ciclo de Elevación hace dos mil millones de años.

pupilo-a: Raza que trabaja durante un período de servidumbre para los instructores que la sacaron del estado animal presapiente mediante la Elevación.

punto de transferencia: Zona de espacio-tiempo débil que permite el viaje más rápido que la luz a las naves que ingresan en determinadas condiciones.

Puño de Piedra: Enorme saliente de piedra que se yergue encima de Biblos y fue minado por los demoledores con la finalidad de destruir la fortaleza el Día del Juicio.

rewq: Criatura simbiótica cuasifungosa que ayuda a las Seis Razas a «interpretar» las emociones y gestos de las demás.

Rollos Sagrados: Textos de origen enigmático, el único material escrito en Jijo entre la partida de los buyurs y la introducción de libros de papel por parte de los humanos. Los rollos instruían a los g'Keks y colonos posteriores acerca de la necesidad de ocultamiento, cuidado planetario y «redención».

Senda de la Redención: Meta de las facciones religiosas ortodoxas de Jijo, que creen que las razas irruptoras deben involucionar hacia la presapiencia. Sólo así podrán escapar del castigo por haber colonizado un mundo en barbecho, obteniendo una segunda oportunidad de Elevación. Los glávvers ya han emprendido ese camino.

sept: Raza o clan sapiente de Jijo, es decir, los g'Keks, glávvers, hoons, urs, traekis, qheuens y humanos.

Sistema Fractal: Mundo Fractal (véase).

Streaker: Nave estelar terrícola tripulada por neodelfines. Los descubrimientos del Streaker provocaron una persecución sin precedentes por parte de varias facciones galácticas que ansiaban adueñarse de sus secretos.

Sueño de Wuphon: Batiscafo construido por Pinzón, con ayuda de Alvin, Huck y Ur-ronn. Provisto por Uriel la herrera.

Sumidero: Vasta grieta submarina, o zona de subducción, formada por placas tectónicas, que transcurre a lo largo de la Cuesta. Toda la escoria generada por las razas moradoras —desde restos de esqueletos hasta cascos de naves espaciales— se debe arrojar allí para que las fuerzas naturales la derritan bajo la corteza de Jijo.

Tabernáculo: Nave-furtiva que llevó irruptores humanos a Jijo hace doscientos años.

Topórgico: Un sustrato pseudomaterial constituido por tiempo plegado orgánicamente.

Torgen: Una de las lunas de Jijo.

Urchachka: Mundo natal de los urs.

Urchachkin: Clan urs que dio refugio a las mujeres y sus caballos en el Flujo Espectral.

Villa Tarek: La ciudad más grande de la Cuesta, donde confluyen el Roney y el Bibur. Sede del Gremio de Demoledores.

vlennación: Extraña forma de reproducción traeki en la que un adulto produce una pila pequeña y completa.

Xi: Pradera del Flujo Espectral, morada de las illias.

zang: Miembro de una raza respiradora de hidrógeno, semejante a un enorme calamar. Los zang viven en la atmósfera de los gigantes gaseosos. El Instituto de Migraciones ha cedido toda la región galáctica de Jijo a respiradores de hidrógeno; los sapientes respiradores de oxígeno deben permanecer alejados durante un largo período de barbecho. Los globos de patrulla zang son un raro pero temido visitante en Jijo.

zhosh: Raza que Elevó a los qheuens.

zookir: Animal sirviente criado por los g'Keks.

AGRADECIMIENTOS

El autor desea expresar su agradecimiento a Stefan Jones, Steinn Sigurdsson, el profesor Steven Potts, Greg Smith, Matthew Johnson, Kevin Conor, Anita Gould, Paul Rothmund, Richard Masón, Gerrit Kirkwood, Rubén Krasnapolsky, Damien Sullivan, Will Smit, Grant Stevenson, Roian Egnor, Joy Crisp, Jason M. Robertson, Micah Altman, Jeff rey Slostad, Joseph Miller y Gregory Benford por sus comentarios y observaciones a partir de borradores previos de La costa del infinito. Kevin Lenagh dibujó el mapa de Jijo. Robert Qualkinbush recopiló la nomenclatura del glosario. La novela se ha beneficiado de la perspicacia y la atenta ayuda de mi agente Ralph Vicinanza y de Tom Dupree de Bantam Books. Como es habitual esta historia habría sido mucho más pobre sin la inteligente y muy humana colaboración de mi esposa, la doctora Cheryl Brigham. Es culpa mía cualquier exceso o extravagancia que haya quedado.



DAVID BRIN. Nacido en 1950, es uno de los nombres más destacados de la ciencia ficción moderna. Posee una sólida formación científica tras una licenciatura en Física y un doctorado en Astrofísica. Ha trabajado como investigador y docente en la Universidad de California en San Diego y ha sido consultor de la NASA. Brin domina también el arte literario y narrativo como pocos. A finales de los años ochenta fue elegido por los lectores de la influyente revista LOCUS como el autor de ciencia ficción favorito de los años ochenta, por encima incluso del popular Orson Scott Card. En Estados Unidos, Brin, junto con Benford y Bear, representa hoy el punto más álgido de la madurez narrativa y estilística de una ciencia ficción sólidamente inspirada en la ciencia.

Su obra más conocida y famosa es la serie de la Elevación de los Pupilos que le ha reportado repetidos premios Hugo, Nébula y Locus.

En la primera trilogía de la serie, tras MAREA ESTELAR (1983) y LA REBELIÓN DE LOS PUPILLOS (1987), ambas publicadas en Acervo, apareció por fin en España el primer título de dicha serie: NAVEGANTE SOLAR (1980, NOVA éxito, número 2). Recientemente Brin ha abordado una nueva entrega ambientada en el mismo universo de ficción.

La nueva trilogía se inicia con ARRECIFE BRILLANTE (1995, NOVA número 103), continúa con LA COSTA DEL INFINITO (1996, NOVA número 126), y finaliza con HEAVEN'S REACH (1998, prevista en NOVA, en el 2000, con el número 131).

En las obras citadas domina la habilidad narrativa y la especulación de ámbito galáctico con nuevas razas y especies, pero la sólida formación científica de Brin se aprecia incluso en obras presuntamente «menores» como EL EFECTO PRÁCTICA (1984, NOVA número 91), en la que un profesor universitario es transportado a un mundo alternativo donde el segundo principio de la termodinámica está invertido y los objetos mejoran con su uso en lugar de deteriorarse. Una idea brillante servida con una técnica narrativa que recuerda explícita y voluntariamente la ciencia ficción de los años cuarenta y cincuenta a la que Brin rinde homenaje.

EL CARTERO (1985, NOVA número 105 con el título MENSAJERO DEL FUTURO) es una emotiva y brillante aventura post-holocausto nuclear que constituye una de las mejores novelas aparecidas en la ciencia ficción de la década de los ochenta. Ha sido llevada al cine en un ambicioso proyecto liderado por Kevin Costner quien la convirtió en una especie de western nacionalista del futuro.

Junto con su amigo Benford, Brin ha publicado también EL CORAZÓN DEL COMETA (1985) al amparo de la moda surgida a raíz del más reciente paso del famoso cometa Halley cerca de la Tierra.

En los últimos años, Brin ha abordado obras francamente ambiciosas que parecen destinadas a dejar huella en la historia de la ciencia ficción. TIERRA (1990, NOVA éxito, número 6) es una larga novela sobre el futuro cercano en nuestro planeta, y TIEMPOS DE GLORIA (1993, NOVA éxito, número 9) incluye una inteligente y cuidada especulación en torno a una forma distinta de organizar la relación entre los sexos. En este último caso, la originalidad estriba en que Brin ha osado aportar la especulación de un varón a una temática reservada tradicionalmente a autoras femeninas como Le Guin, Russ, Tepper o Atwood, por citar sólo algunos casos ejemplares.

Brin ha obtenido también varios premios con sus relatos cortos, como el Hugo por «The Crystal Spheres» (1984) y por «Thor meets Captain America» (1987). Sus primeros relatos están recogidos en la antología THE RIVER OF TIME (1986), y existe también otra selección más reciente, OTHERNESS (1994).

Hace poco junto con Gregory Benford y Greg Bear, David Brin ha aceptado el difícil encargo de continuar la famosa saga de la Fundación de Asimov para componer una nueva trilogía llamada, tal vez, a hacer historia en el género. Los títulos que la forman son EL TEMOR DE LA FUNDACIÓN, de Gregory Benford (1997, NOVA número 113), FUNDACIÓN Y CAOS, de Greg Bear (1998, NOVA número 124), y EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN, de David Brin (1999, prevista en NOVA con el número 136).